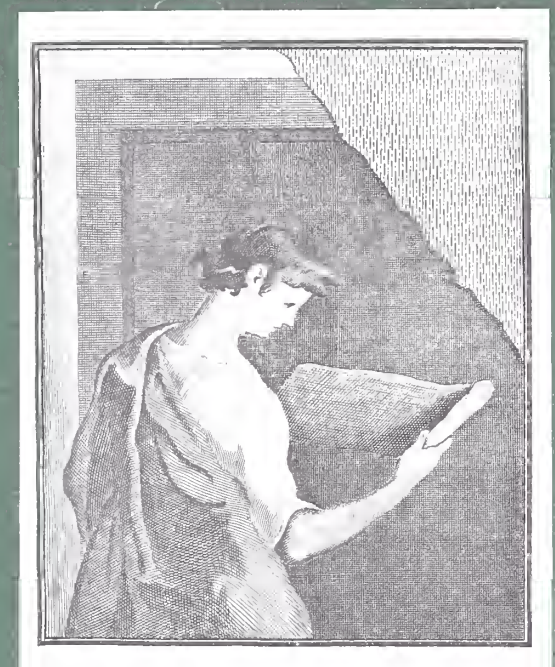
HISPANIA
:LITERATURA:
Y
:ARTE:
CRÓNICAS
QUINCENALES
DIRIGIDO:
MIRALLES:



HISPANIA

Literatura y Arte. - Crónicas Quincenales

Tomo II. - Año 1900

Tip. de HISPANIA
Hermenegildo Miralles: Calle de Bailén, 59
BARCELONA

ÍNDICE

por orden alfabético, de los trabajos literarios contenidos en este tomo

ÍNDICE

por orden alfabético, de los grabados que contiene este tomo

cuario
piscis
aries
tauro
geminis
cancer
leo
virgo
libra
escorpio
sagitario
capricornio
HISPANIA
ALMANAQUE PARA
HERMENEGILDO MIRALLES BARCELONA

Revista Quincenal, Literaria y Artística

Suscripción y venta: HERMENEGILDO MIRALLES; Bailén, 59. - Barcelona

y en las principales librerías y kioscos de España y del Extranjero

El mayor elogio que se puede hacer de nuestra Revista es lo que repetidas veces ha dicho la prensa local, de Madrid y de Provincias: «Es la mejor Revista que se publica en España y puede figurar entre las mejores que se publican en el Extranjero.» Así no es de extrañar la entusiasta acogida que al público ha merecido, y alentados por tan brillante éxito, hemos querido todavía ampliar y mejorar las condiciones de nuestra publicación, haciendo gala de los poderosos elementos de reproducción que esta empresa posee.

En adelante **HISPANIA** dedicará á menudo 4 páginas de suplemento á las actualidades importantes, puesto que las 16 páginas quincenales resultan insuficientes para tratar de ciertas manifestaciones que son de verdadero interés.

Réstanos solo añadir, que **HISPANIA** no ha publicado ni publicará nunca nada que esté reñido con la moral y lo correcto, y que seguirá dando á sus inteligentes lectores, tanto en literatura como en arte, lo más selecto de la produccion intelectual española.

Con el objeto de simplificar nuestra administración y evitar molestias á nuestros suscriptores, conviene que al suscribirse abonen el importe de la suscripción anual, que importa 12 pesetas.

Los abonados que hayan satisfecho por anticipado el precio de la suscripción, tendrán derecho á los siguientes

REGALOS

Almanaque de HISPANIA para 1900

con 12 composiciones originales de los reputados artistas Mas y Fondevila, Baixeras y Llimona (pintor)

Una reproducción artística en relieve

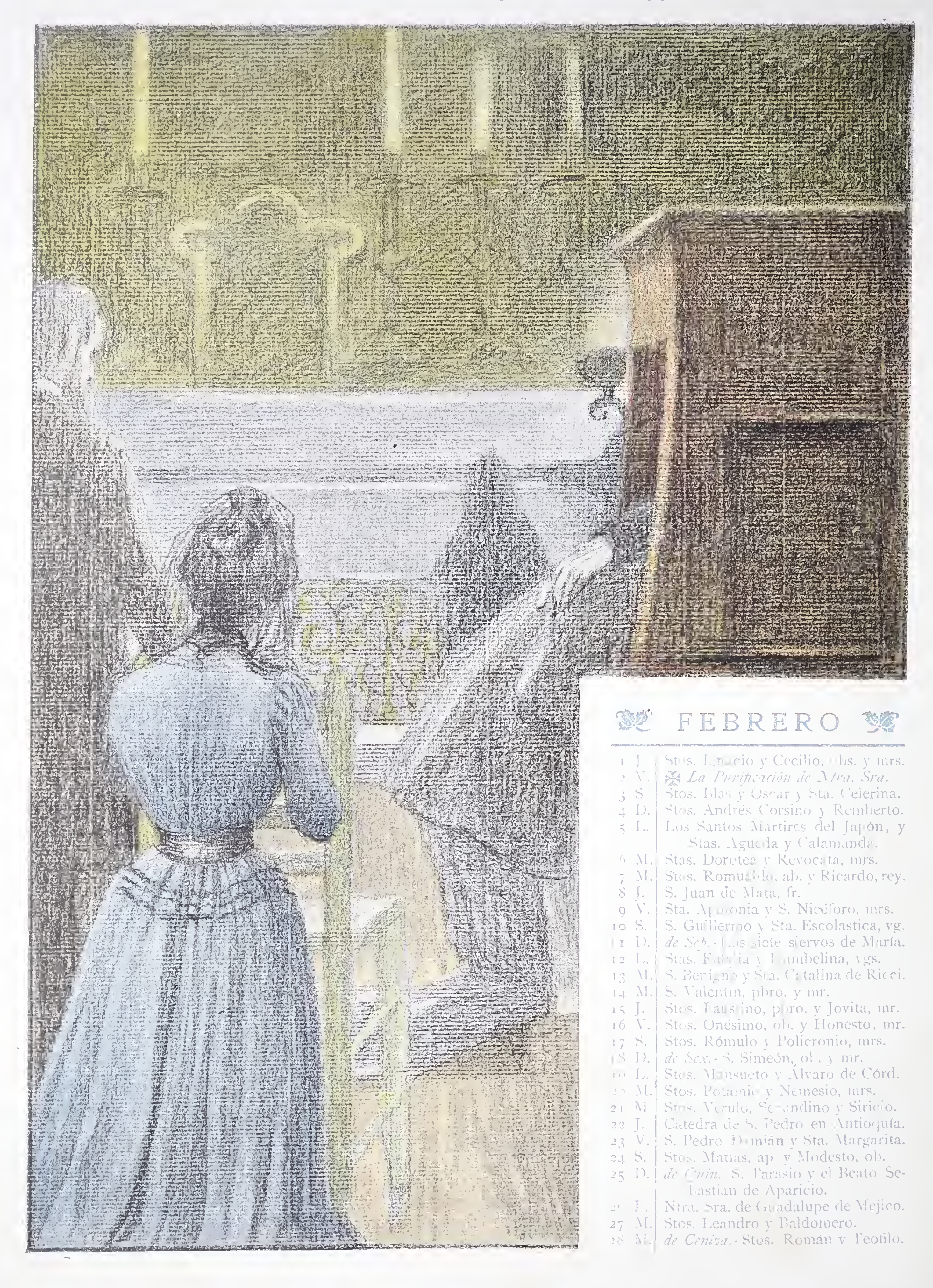
de un bajo relieve esculturado expresamente para **HISPANIA**, por el Sr. Llimona (escultor).

Las tapas para la encuadernación de los números publicados de HISPANIA en 1900

Los corresponsales de la península é islas adyacentes, al hacer suscripciones anuales, enviarán el importe líquido, deducida su comisión á esta administración, y de aquí se les mandará un recibo formalizado para cada suscriptor. Se remitirán estrictamente los regalos correspondientes á los recibos que esta administración haya librado.

ENERO

1	L.	✠ *La Circuncisión del Señor.*
2	M.	S. Siridión, ob. y S. Macario, abad.
3	M.	S. Daniel, mr. y Sta. Genoveva, vg.
4	J.	S. Tito, ob. y cf. y Sta. Drafosa, mr.
5	V.	S. Telesforo, mr. y Sta. Emiliana, vg.
6	S.	✠ *La Adoración de los Santos Reyes.*
7	D.	S. Raimundo de Peñafort, cf.
8	L.	Stos. Teófilo y Eladio, mrs.
9	M.	S. Julián, mr. y Sta. Basilisa, vg.
10	M.	Stos. Nicanor, mr. y Gonzalo, cf.
11	J.	S. Higinio, mr. y Sta. Honorata, vg.
12	V.	Stos. Arcadio y Aelredo ó Alfredo.
13	S.	S. Gumersindo, cf. y Sta. Gláfira, vg.
14	D.	El Santísimo Nombre de Jesús.
15	L.	S. Pablo, primer ermitaño.
16	M.	S. Fulgencio, ob. y S. Marcelo, mr.
17	M.	S. Antonio Abad y Sta. Rosalina.
18	J.	La Catedra de S. Pedro en Roma.
19	V.	S. Canuto y Stas. Pía y Germana.
20	S.	Stos. Fabián, p. y Sebastián, mr.
21	D.	La fiesta de la Sagrada Familia.
22	L.	Stos. Anastasio y Vicente español.
23	M.	S. Ildefonso ó Alfonso, arz. de Toledo
24	M.	Stos. Timoteo, ob. y Tirso, mrs.
25	J.	La Conversión de S. Pablo apóstol.
26	V.	Sta. Paula, vda. y S. Policarpo, mr.
27	S.	Stos. Emeterio y Juan Crisóstomo.
28	D.	Stos. Cirilo y Julián, obs. y cfs.
29	L.	Stos. Valero y Francisco de Sales.
30	M.	Stas. Martina y Aldegundis, vgs.
31	M.	S. Pedro Nolasco y Sta. Marcela.



FEBRERO

1	J.	Stos. Ignacio y Cecilio, obs. y mrs.
2	V.	✠ *La Purificación de Ntra. Sra.*
3	S.	Stos. Blas y Oscar y Sta. Celerina.
4	D.	Stos. Andrés Corsino y Remberto.
5	L.	Los Santos Mártires del Japón, y Stas. Agueda y Calamanda.
6	M.	Stas. Dorotea y Revocata, mrs.
7	M.	Stos. Romualdo, ab. y Ricardo, rey.
8	J.	S. Juan de Mata, fr.
9	V.	Sta. Apolonia y S. Nicéforo, mrs.
10	S.	S. Guillermo y Sta. Escolastica, vg.
11	D.	*de Sep.*- Los siete siervos de María.
12	L.	Stas. Eulalia y Humbelina, vgs.
13	M.	S. Benigno y Sta. Catalina de Ricci.
14	M.	S. Valentín, pbro. y mr.
15	J.	Stos. Faustino, pbro. y Jovita, mr.
16	V.	Stos. Onésimo, ob. y Honesto, mr.
17	S.	Stos. Rómulo y Policronio, mrs.
18	D.	*de Sex.*- S. Simeón, ob. y mr.
19	L.	Stos. Mansueto y Álvaro de Córd.
20	M.	Stos. Potamio y Nemesio, mrs.
21	M.	Stos. Verulo, Secundino y Siricio.
22	J.	Catedra de S. Pedro en Antioquía.
23	V.	S. Pedro Damián y Sta. Margarita.
24	S.	Stos. Matías, ap. y Modesto, ob.
25	D.	*de Quin.* S. Tarasio y el Beato Sebastian de Aparicio.
26	L.	Ntra. Sra. de Guadalupe de Mejico.
27	M.	Stos. Leandro y Baldomero.
28	M.	*de Ceniza.*- Stos. Román y Teófilo.

MARZO

1 J.	S. Rosendo, ob. y cf.
2 V.	S. Simplicio, p. y cf.
3 S.	Stos. Hemeterio, Celedonio y Medín, mrs.
4 D.	*I. de Cuar.*-S. Casimiro, rey y S. Lucio, papa.
5 L.	El Beato Nicolás Factor.
6 M.	S. Olegario.
7 M.	Sto. Tomás de Aquino y Sta. Perpétua, mr.
8 J.	S. Juan de Dios, fr.
9 V.	S. Paciano, ob.
10 S.	S. Melitón.
11 D.	*II de Cuar.*-S. Constantino y Sta. Aurea.
12 L.	S. Gregorio el Magno.
13 M.	Stos. Ramiro y Rodrigo.
14 M.	Sta. Florentina, vg.
15 J.	Sta. Madrona, vg. y mr.
16 V.	S. Heriberto, ob. y cf.
17 S.	Stos. Patricio y José de Arimatea.
18 D.	*III de Cuar.*-El Arcángel S. Gabriel.
19 L.	✠ *S. José.*
20 M.	S. Niceto y Sta. Fotina.
21 M.	S. Benito, abad y fr.
22 J.	S. Deogracias, ob.
23 V.	El Beato José Oriol.
24 S.	S. Timolao, mr.
25 D.	*IV de Cuar.*- ✠ *Anunciación de Ntra. Sra.*
26 L.	S. Braulio, ob. y cf.
27 M.	Sta. Lidia.
28 M.	Stos. Timoteo y Sixto III
29 J.	S. Eustasio, ab.
30 V.	S. Juan Clímaco, ab.
31 S.	Sta. Balbina, vg. y mr.

ABRIL

1	D.	*de Pasión.*-Sta. Teodora, vg. m.
2	L.	S. Francisco de Paula, fdr.
3	M	S. Benito de Palermo, cf.
4	M.	S. Isidoro, arz. de Sevilla, dr.
5	J.	S. Vicente Ferrer, cf
6	V.	Los Dolores de Ntra. Sra.
7	S.	S. Epifanio, ob. y mr.
8	D.	*de Ramos.*-S. Alberto el Magno
9	L.	Sta. María Cleofé.
10	M.	S. Ezequiel, profeta.
11	M.	S. León el Magno, papa y dr.
12	J.	*Santo.*-S. Julio, papa.
13	V.	*Santo.*-S. Hermenegildo, rey.
14	S.	*Santo.*-S. Telmo, cf.
15	D.	*Pascua de Resurrección.*
16	L.	S. Toribio, ob. y cf.
17	M.	La Bta. María Ana de Jesús.
18	M.	S. Eleuterio, ob.
19	J.	S. Hermógenes, mr.
20	V.	Sta. Inés de Monte Pulciano.
21	S.	S. Anselmo, ob. y dr.
22	D.	*de Cuasimodo.*-S. Sotero, papa.
23	L.	S. Jorge, m.
24	M.	S. Fidel, mr. y Sta. Bona, vg.
25	M.	S. Marcos Evangelista.
26	J.	Stos. Cleto y Marcelino, p. y m.
27	V.	S. Pedro Armengol, mr.
28	S.	S. Pablo de la Cruz, fr.
29	D.	Ntra. Sra. de Montserrat.
30	L.	Sta. Catalina de Sena, vg.

MAYO

1	M.	Stos. Felipe y Santiago, ap.
2	M.	S. Atanasio, ob. y dr.
3	J.	La Invención de la Santa Cruz
4	V.	Sta. Mónica, viuda.
5	S.	La Conversión de S. Agustín.
6	D.	*S. Juan ante portam latinam.*
7	L.	S. Estanislao, ob. y mr.
8	M.	La Apar. de S. Miguel Arcáng.
9	M.	S. Gregorio Nacianceno, ob.
10	J.	S. Antonio, arz. de Florencia.
11	V.	Stos. Poncio y Eudaldo, mrs.
12	S.	Sto. Domingo de la Calzada.
13	D.	S. Pedro Regalado, cf.
14	L.	S. Bonifacio, papa.
15	M.	S. Isidro labrador.
16	M.	S. Juan Nepomuceno, mr.
17	J.	S. Pascual Bailón, cf.
18	V.	S. Félix de Cantalicio, cf.
19	S.	S. Pedro Celestino, papa.
20	D.	S. Bernardino de Sena, cf.
21	L.	S. Secundino, mr.
22	M.	Sta. Rita de Casia, viuda.
23	M.	La aparición de Santiago ap.
24	J.	✠ *La Ascensión del Señor.*
25	V.	S. Gregorio VII, papa.
26	S.	S. Felipe Neri, cf. y fr.
27	D.	El venerable Beda, pbro.
28	L.	S. Justo, ob. de Urgel.
29	M.	Sta. Teodosia, mr.
30	M.	S. Fernando, rey de España.
31	J.	Sta. Angela Merici, vg. y fra.

JUNIO

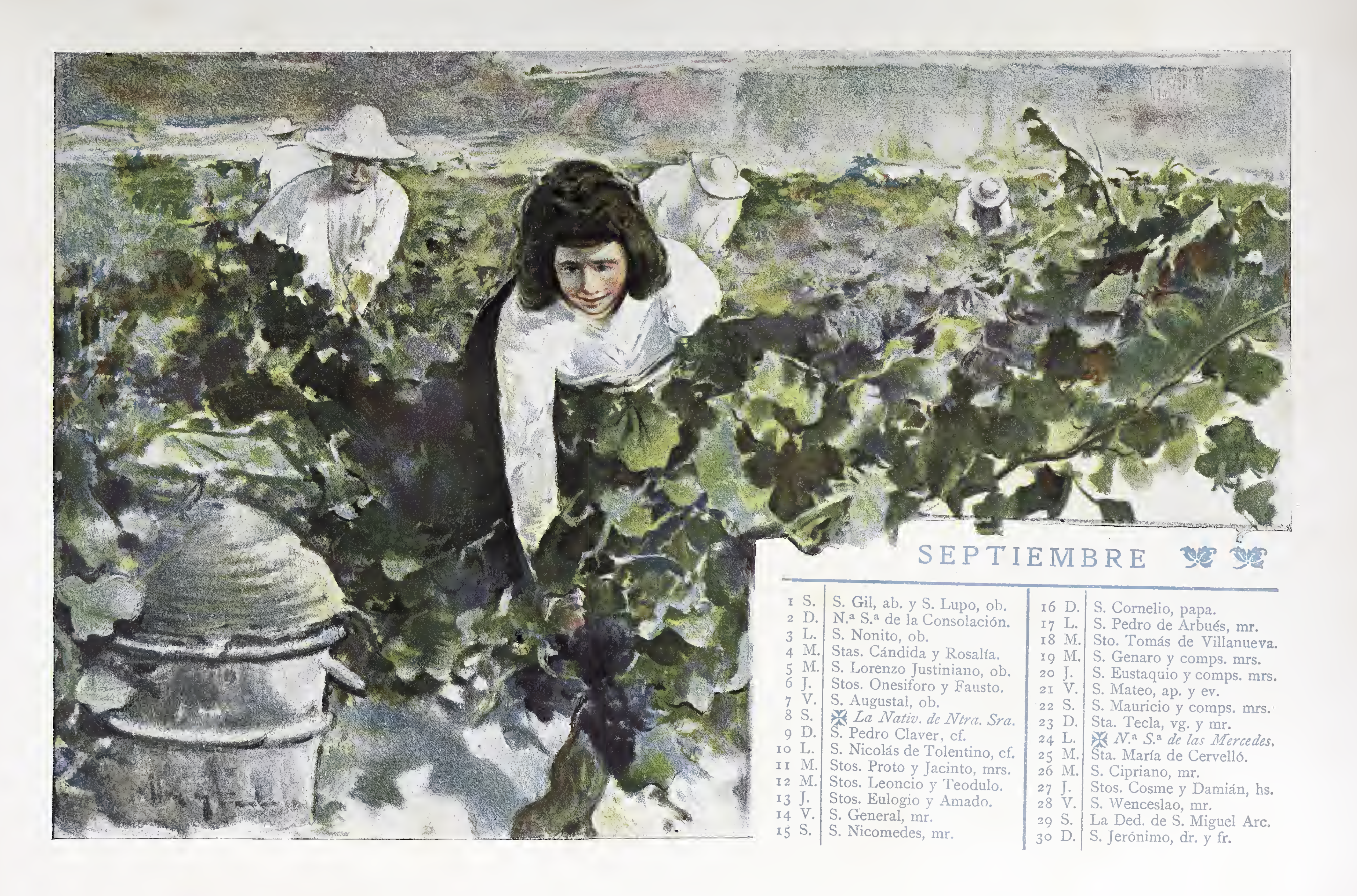
Día		
1	V.	S. Enecón, ab.
2	S.	Stos. Marcelino y Pedro, mrs.
3	D.	*Pascua de Pentecostés.*
4	L.	S. Francisco Caracciolo, fr.
5	M.	S. Bonifacio, ob. y mr.
6	M.	S. Norberto, ob., cf. y fr.
7	J.	S. Sabiniano, mr.
8	V.	S. Salustiano, cf.
9	S.	Stos. Primo y Feliciano, mr.
10	D.	*La Santísima Trinidad.*
11	L.	S. Bernabé, ap.
12	M.	S. Juan de Sahagun, cf.
13	M.	S. Antonio de Padua, cf.
14	J.	✠ *SS. Corpus Christi.*
15	V.	Stos. Vito y Modesto, mrs.
16	S.	S. Juan Francisco de Regis.
17	D.	Stos. Manuel, Sabel é Ismael.
18	L.	Stos. Marco y Marceliano, mrs.
19	M.	Sta. Juliana de Falconeris, vg.
20	M.	S. Silverio, papa y mr.
21	J.	S. Luis Gonzaga, cf.
22	V.	El Sagrado Corazón de Jesús.
23	S.	Sta. Agripina, vg. y mr.
24	D.	La Nativ. de S. Juan Bautista.
25	L.	S. Guillermo, ab.
26	M.	Stos. Juan y Pablo hermanos.
27	M.	S. Zoilo, mr. y S. Ladislao, rey.
28	J.	S. León II, papa y cf.
29	V.	✠ *S. Pedro y S. Pablo,* ap.
30	S.	La Conm. de S. Pablo apóstol.

JULIO

1	D.	Sta. Leonor, reina.
2	L.	La Visitación de Ntra. Sra.
3	M.	S. Trifón y comp. mrs.
4	M.	S. Laureano, ob. y mr.
5	J.	S. Miguel de los Santos, cf.
6	V.	S. Isaías, profeta.
7	S.	Stos. Fermín y Odón, obs.
8	D.	La traslac. 2.ª de Sta. Eulalia.
9	L.	S. Zenón y comp. mrs.
10	M.	S. Cristóbal y Sta. Amalia, vg.
11	M.	S. Pío I, papa y mr.
12	J.	S. Juan Gualberto, ab.
13	V.	S. Anacleto, papa y mr.
14	S.	S. Buenaventura, card. y ob.
15	D.	S. Enrique, emp.
16	L.	El Triunfo de la Santa Cruz.
17	M.	Sta. Marcelina, vg y mr.
18	M.	S. Federico, ob. y cf.
19	J.	S. Vicente de Paúl, fr.
20	V.	S. Elías, profeta.
21	S.	Sta. Práxedes, vg.
22	D.	Sta. María Magdalena, penit.
23	L.	S. Liborio, ob. y cf.
24	M.	Sta. Cristina, vg. y mr.
25	M.	✠ *Santiago el Mayor,* apóstol.
26	J.	Sta. Ana, madre de Ntra. Sra.
27	V.	Stas. Juliana y Semproniana.
28	S.	Stos. Celso y Víctor, mrs.
29	D.	Sta. Marta, vg.
30	L.	Stos. Abdon y Senen, mrs.
31	M.	S. Ignacio de Loyola, fr.

AGOSTO

1 M.	S. Pedro, ap.	16 J.	S. Roque, cf.
2 J.	S. Estéban, p. y m.	17 V.	S. Liberato, ab.
3 V.	La Inv. del cuerpo de S. Estéban.	18 S.	S. Agapito, mr.
		19 D.	S. Joaquín.
4 S.	Sto. Domingo G.	20 L.	S. Bernardo, ab.
5 D.	N.ª S.ª de las Nieves.	21 M.	Sta. Juana F. F.
6 L.	Stos. Justo y Pastor	22 M.	S. Sinforiano, mr.
7 M.	S. Cayetano, fr.	23 J.	S. Felipe Benicio.
8 M.	S. Ciriaco, mr.	24 V.	S. Bartolomé, ap.
9 J.	S. Román, mr.	25 S.	S. Luis, rey de F.
10 V.	S. Lorenzo, mr.	26 D.	S. Ceferino, p. y m.
11 S.	Sta. Filomena, vg.	27 L.	S. José de C.
12 D.	Sta. Clara, vg.	28 M.	S. Agustín, ob.
13 L.	S. Casiano, mr.	29 M.	Sta. Sabina, mr.
14 M.	S. Eusebio, mr.	30 J.	Sta. Rosa de Lima.
15 M.	✠ *Asunc. de N.ª S.ª*	31 V.	S. Ramón Nonato.



SEPTIEMBRE

1	S.	S. Gil, ab. y S. Lupo, ob.	16	D.	S. Cornelio, papa.
2	D.	N.ª S.ª de la Consolación.	17	L.	S. Pedro de Arbués, mr.
3	L.	S. Nonito, ob.	18	M.	Sto. Tomás de Villanueva.
4	M.	Stas. Cándida y Rosalía.	19	M.	S. Genaro y comps. mrs.
5	M.	S. Lorenzo Justiniano, ob.	20	J.	S. Eustaquio y comps. mrs.
6	J.	Stos. Onesiforo y Fausto.	21	V.	S. Mateo, ap. y ev.
7	V.	S. Augustal, ob.	22	S.	S. Mauricio y comps. mrs.
8	S.	✠ *La Nativ. de Ntra. Sra.*	23	D.	Sta. Tecla, vg. y mr.
9	D.	S. Pedro Claver, cf.	24	L.	✠ *N.ª S.ª de las Mercedes.*
10	L.	S. Nicolás de Tolentino, cf.	25	M.	Sta. María de Cervelló.
11	M.	Stos. Proto y Jacinto, mrs.	26	M.	S. Cipriano, mr.
12	M.	Stos. Leoncio y Teodulo.	27	J.	Stos. Cosme y Damián, hs.
13	J.	Stos. Eulogio y Amado.	28	V.	S. Wenceslao, mr.
14	V.	S. General, mr.	29	S.	La Ded. de S. Miguel Arc.
15	S.	S. Nicomedes, mr.	30	D.	S. Jerónimo, dr. y fr.

OCTUBRE

1	L.	El Santo Angel Custodio del Reino de España.	16	M.	S. Galo, ab.
2	M.	Los Santos Angeles de la Guarda.	17	M.	Sta. Eduvigis, viuda, duquesa de Polonia.
3	M.	S. Cándido, mr.	18	J.	S. Lucas, evangelista.
4	J.	S. Francisco de Asis, fr.	19	V.	S. Pedro de Alcántara.
5	V.	S. Froilán, ob.	20	S.	S. Juan Cancio, cf.
6	S.	S. Bruno, fr.	21	D.	Sta. Úrsula.
7	D.	Ntra. Sra. del Rosario.	22	L.	Sta. María Salomé, vda. y Sta. Córdula, mr.
8	L.	Sta. Brígida, vda.	23	M.	S. Pedro Pascual, ob.
9	M.	S. Dionisio, ob. y mr.	24	M.	S. Rafael Arcángel.
10	M.	S. Francisco de Borja.	25	J.	S. Crispin, mr.
11	J.	S. Nicasio, ob. y mr.	26	V.	S. Evaristo, p. y mr.
12	V.	Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza.	27	S.	S. Vicente, mr.
13	S.	S. Eduardo, rey y cf.	28	D.	Stos. Simón y Judas T.
14	D.	Ntra. Sra. del Remedio.	29	L.	S. Narciso, ob. y mr.
15	L.	Sta. Teresa de Jesús, vg.	30	M.	S. Claudio, mr.
			31	M.	S. Quintin, mr.

NOVIEMBRE

1 J.	✠ *La Fiesta de todos los Santos.*	16 V.	S. Elpidio y compañeros mártires.
2 V.	La Conm. de los fieles difuntos.	17 S.	Sta. Gertrudis la Magna, vg.
3 S.	Los innum. mártires de Zaragoza.	18 D.	Stos. Máximo y Bárulas, niño mr.
4 D.	S. Carlos Borromeo, card., ob. y cf.	19 L.	Sta. Isabel, reina de Hungría, vda.
5 L.	S. Zacarías, profeta.	20 M.	S. Félix de Valois, fr.
6 M.	S. Severo, ob. y mr.	21 M.	La Presentación de Ntra. Sra.
7 M.	S. Florencio, ob. y cf.	22 J.	Sta. Cecilia, vg. y mr.
8 J.	Los cuatro Santos mrs. Coronados.	23 V.	S. Clemente, p. y mr.
9 V.	S. Teodoro, mr.	24 S.	S. Juan de la Cruz, fr.
10 S.	S. Andres Avelino, cf.	25 D.	Sta. Catalina, vg. y mr.
11 D.	El Patrocinio de Ntra. Sra.	26 L.	Los Desposorios de Ntra. Sra., y S. Conrado, ob.
12 L.	S. Martin, p. y mr.	27 M.	Stos. Facundo y Primitivo, mrs.
13 M.	S. Estanislao de Koska, cf.	28 M.	S. Gregorio III, p. y cf.
14 M.	S. Serapio, mr. y S. Rufo, primer obispo de Tortosa.	29 J.	S. Saturnino, ob. y mr.
15 J.	S. Eugenio, ob. y mr.	30 V.	S. Andrés, apóstol.

DICIEMBRE

1 S.	Sta. Natalia, mr.
2 D.	Stas. Bibiana, Adria, Paulina y Aurelia.
3 L.	S. Daniel, ob.
4 M.	Sta. Bárbara, vg. y m.
5 M.	S. Dalmacio ó Dalmiro, ob.
6 J.	S. Nicolás de Bari.
7 V.	S. Ambrosio, ob.
8 S.	✠ *La Purísima Concepción de N.ª S.ª*
9 D.	Sta. Leocadia, vg.
10 L.	Ntra. Sra. de Loreto y Sta. Eulalia de M.
11 M.	S. Dámaso, papa.
12 M.	S. Sinesio, lector y m. y Sta. Odila, ab.
13 J.	Sta. Lucía, vg. y mr.
14 V.	Stos. Nicasio y Pompeyo, mrs.
15 S.	S. Eusebio, ob. y mr.
16 D.	Stas. Albina, vg. y m. y Adelaida, emp.
17 L.	S. Lázaro, ob. y cf. y Sta. Vivina, vg.
18 M.	Ntra. Sra. de la Esperanza ó de la O.
19 M.	S. Nemesio, mr.
20 J.	Sto. Domingo de Silos
21 V.	Sto. Tomás, apl.
22 S.	S. Zenón, soldado.
23 D.	S. Servulo, pobre paralítico.
24 L.	S. Delfín, ob. y santa Tarsila, vg.
25 M.	✠ *La Nativ. de Nuestro Sr. Jesucristo.*
26 M.	*S. Estéban*
27 J.	S. Juan, apl. y evg.
28 V.	Los Santos Inocentes.
29 S.	Santo Tomás Cantuariense, ob. y mr.
30 D.	La Traslación de Santiago, apóstol.
31 L.	S. Silvestre, p. y cf. y Sta. Coloma, vg.

PLAFÓN DECORATIVO

40 piezas azulejos cartón piedra, en colores y relieve. Tamaño natural: 1m × 1'60

PANORAMA NACIONAL

BELLEZAS DE ESPAÑA Y SUS COLONIAS

Lo forman 2 preciosos albums, lujosamente encuadernados,
que contienen cada uno más de 300 vistas,
fotografías grabadas é impresas con esmero

CADA TOMO **20** PESETAS

LITOGRAFÍA-ENCUADERNACIONES

Hermenegildo Miralles, Editor

59, Calle de Bailén, 70

·BARCELONA·

Tintas de Ch. Lorilleux y C.ª

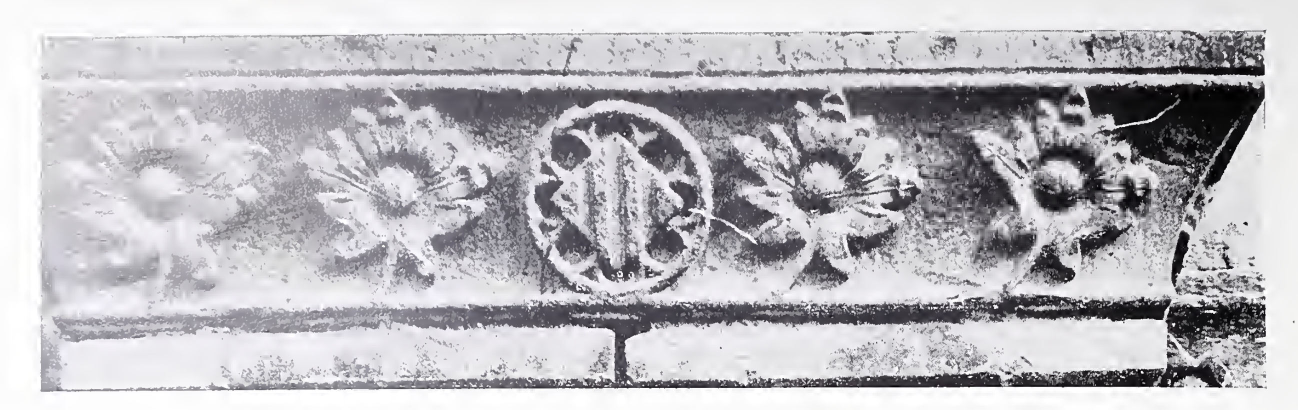
Papel de los Sucesores de Torras hermanos

º 22.-15 ENERO 1900 HERMENEGILDO MIRALLES.-BARCELONA

V. MASRIERA.—BIOMBO

S. M. EL REY DON ALFONSO XIII, EN TRAJE DE PICADERO

L. Roig de Lluis, fot.



Basílica de Santa María de Ripoll

CUENTO DE REYES

En el ámplio despacho, de severo y modesto mueblaje, hallábase reunida toda la gente de casa en torno á la chimenea, donde ardía el cok en vivísima hoguera de un rojo intenso. Los cuatro niños — el mayor de ocho años — habíanse sentado en el suelo y charlaban sin cesar, arrebatándose la palabra, entregados á una de esas improvisaciones imaginativas con que la niñez adorna y acrecienta la realidad futura de las cosas que desea febrilmente y quisiera ver cumplidas al instante. Mucho más cerca del fuego, el abuelito, que apenas si lograba templar el frío implacable de los años, escuchaba con sin igual delicia, encogido en la mullida butaca, aquel hablar impetuoso, signo de vida pujante que por todos lados brota y se manifiesta en todas ocasiones; y de vez en cuando, cruzaba miradas de inteligencia con la madre, que de pie, al lado del balcón, pretendía leer un periódico y á cada paso lo dejaba para atender á los niños.

Anochecía prematuramente. El cielo, cubierto de nubes de un gris plateado que amenazaban resolverse en nieve, adelantaba el crepúsculo y entristecía los últimos momentos de la tarde. El soberbio horizonte que desde el balcón se dominaba — horizonte de valles y cerros, terminado en altísimos montes — se iba borrando con velos de niebla suavísima, que apagaba más y más el verde desmayado de las praderías y esfumaba las masas obscuras, de un tinte carmíneo á veces, de los árboles desnudos de hojas. Y en medio de la dulce alegría que á la madre y al abuelo llevaban á cada instante la presencia de los pequeños y el timbre de sus voces queridas, notaban ambos que una mortal tristeza les iba invadiendo el espíritu, tristeza emanada á la vez de la naturaleza ensombrecida y de los recuerdos de amarguras pasadas. Cada disminución en la luz crepuscular, les echaba en el alma un nuevo velo de negruras; y sin decírselo, sentían que á cada momento, aquel cariño de ambos que se juntaba sobre las inquietas cabecitas de los niños, impregnábase de un dejo de compasión irresistible, como si en vez de envidiarles la frescura de vida, se doliesen de verlos entrar, tan despreocupados y sin miedo, en la selva enmarañada y dura del mundo.

Bien ajenos á estas cavilaciones, los cuatro hermanitos dejábanse llevar por la atractiva inspiración de sus sueños poéticos. Buscaban ahora apoyo en la realidad circundante para seguir fantaseando; el mayor, con cierta malicia escéptica y cierto afan de deslumbrar á los pequeños; éstos, con inocente y natural espontaneidad, que les arrastraba de modo irresistible. Por centésima vez en el día, volvieron á mirar un gran cuadro que colgaba de la pared, frente al balcón, iluminado ahora por aquella luz grisácea del crepúsculo y también, de costado, por reflejos brillantes de la chimenea. Era un lienzo antiguo, de factura holandesa, que representaba la Adoración de los Reyes Magos. En el centro, la Virgen, cubierto el busto por plegado manto que destacaba su azul verdoso sobre una especie de dorado tapíz, tenía en el regazo al tierno infante, desnudo del todo, coronado por el divino nimbo. Á los lados, los tres monarcas orientales, con caras de vulgarísimos burgueses flamencos, trajeados de una manera medio convencional, medio realista, acercábanse adorando al niño Jesús y trayéndole ricos presentes; y en lo alto, sobre la arcatura de un pórtico que llenaba el fondo, lucía la estrella de oro, dejando caer un haz de rayos blanquísimos semejante á la cabellera de un cometa. Apesar de la costumbre que tenían de ver aquellas caras, protestaban los niños de semejante representación de los Reyes. Las imágenes nacidas en su fantasía, eran muy otra cosa; y, además, como dijo el mayor, las figuras de barro del Nacimiento, «tenían otras caras».

— Y van montados, — añadió el segundo-génito, preciosa niña de suaves ojos azules. Dirigiéndose al abuelo: ¿Vendrán á caballo, ó á pie? — preguntó enseguida.

Antes de que contestara el anciano, ya los otros dos pequeños habían dado su opinión, naturalmente, distinta. Ambos reconocían á los Reyes el indiscutible derecho de ser plazas montadas; pero quería el uno que viniesen en borriquillos morunos y el otro en velocípedos, por parecerle esto cosa más nueva y más digna de la majestad y riqueza reales. Á lo menos, á él, si le dejasen manifestar sus preferencias, escogería el velocípedo.

La conversación giró al momento sobre cosas más positivas: — ¿Qué traerán los Reyes? Y aunque ya varias veces lo habían preguntado, insistieron en averiguar si llegarían aquella noche, aquella misma noche.

— ¿Qué duda cabe? — dijo la madre apartándose del balcón y viniendo á juntarse con los pequeños. Vendrán; es el día fijado.

— ¿Pronto, pronto, antes de cenar? — apuntó la niña.

— Creo que no. Cuando ellos vengan, estareis ya durmiendo. Tienen mucho que hacer en el camino, y es natural que tarden.

— ¿Pero nos oirán ahora, si les pedimos cosas chillando mucho, mucho? — preguntó el tercero con vivo afan.

— Sin que chilleis — contestó el abuelo, temeroso ya de las voces de los niños. — Son de oído finísimo esos señores.

— ¿Vamos á cantarles en el Nacimiento? — insinuó el chiquitín.

No fué necesario más. Como grupo de alborotados pajarillos, que de improviso levantan el vuelo piando locamente, pusiéronse en pie los cuatro hermanos para correr hacia la galería, donde el Nacimiento, con sus figuras pintarrajeadas, sus montes de cartón y *rocaille,* sus placas de musgo arrancadas del vecino prado, esperaba para animarse que los niños encendieran las luces y golpearan la alegre pandereta. Allá fueron todos con febril algazara, deseosos de agasajar mucho á los Reyes y congraciarse con ellos; y las infantiles voces sonaron bien pronto con brillantes tonalidades que, apesar de su desconcierto, parecían fundirse en una rara y briosa armonía.

Quedaron solos el abuelo y la madre. La luz del crepúsculo se había apagado de tal modo, que no marcaba más que un rectángulo ceniciento sobre los cristales del balcón. El despacho se llenaba de sombras; y por contraste, el fuego parecía más vivo, más rojo, enviando á todos lados reflejos de incendio. Llamados en aquella hora sombría, evocadora de todos los recuerdos tristes, á consoladora intimidad, padre é hija hablaron de sus dos mayores preocupaciones: los pequeños, que comenzaban á vivir, y los mayores que habían muerto.

La doble viudez trajo abrumadora tristeza á la casa, antes alegre. El anciano, infatigable luchador de la inteligencia, que vió con estupor cómo desaparecía de su lado la compañera de toda la vida, vió también defraudada la esperanza de una prosecución de su obra en el mundo, con la prematura muerte del que era á la vez nuevo hijo y discípulo, á quien la envidia miserable, armando el brazo de la inhumana venganza, había arreba-

tado en plena granazón. Y desde entonces, cada vez que se hallaban solos, lejos de las escrutadoras miradas de los niños, padre é hija volvían sobre el inolvidable drama siempre presente á su memoria.

Aunque hablaban con cierto misterio, para que desde fuera no les oyesen, la voz del anciano tenía acentos de indignación, de emocionada protesta contra las miserias las injusticias, los horrores de la condición humana, más salientes para él que para otros, no sólo por el cruel golpe recibido, sino también por el ágrio contraste con el optimismo tan natural á los obreros de la inteligencia, que, viviendo en un mundo abstracto, pierden de vista la realidad de las pequeñeces sociales. Poco á poco, la conversación fué languideciendo, trocándose de una parte en ahogados sollozos, de otra en frases entrecortadas y nerviosas. Al fin, reinó el silencio... Parecían haberse dormido padre é hija; y en aquella calma de sepulcro, destacábanse con mayor fuerza los cánticos y voces de los niños, arrebatados en inocente y exaltada alegría.

La noche era ya completa. Los cristales del balcón no trasparentaban mancha alguna de luz, y el fuego de la chimenea había crecido en color y en siniestros reflejos. El anciano, vuelto de cara hacia el testero donde colgaba el cuadro de la Adoración, podía ver, iluminada de rojo, gran parte de la figura de un Rey, que parecía bañada en sangre. ¿Qué extraña combinación de imágenes se formó en la mente del dolorido viejo, para que comenzase de pronto á notar movimientos de vida en el pintado lienzo, y se sintiera súbitamente contaminado por las mismas ilusiones que allá fuera tenían en impaciente espera á los niños?...

El fondo del cuadro empezó á retroceder, alejándose, alejándose, metros, kilómetros, claramente visible por cierta luz misteriosa de un suave tono plateado; formó una bóveda larguísima, sostenida á un lado y otro por columnas de mármol blanquísimo; y la perspectiva era tan natural y perfecta, que al aparecer al final, en lo más lejano, un grupo de hombres, no mostraba tamaño mayor que muñequitas.

— Ya vienen — pensó el anciano. — Son ellos. Y le palpitó el corazón como, cuando niño, esperaba á los Reyes entre impaciente y miedoso.

El grupo fué avanzando y creciendo: era toda una comitiva de gentes variadas, unas á pie, otras á caballo y en camellos, conduciendo numerosos bultos.

— Son los regalos — siguió pensando el visionario. — Pero no veo más que dos Reyes: ¿y el otro, el otro? Movió un momento la vista y dió con él.

— ¡Ah, vamos! está aquí ya; es este que va de rojo. Llegó antes y les espera.

Seguían avanzando, con extraordinaria rapidez. Muy luego estuvieron todos á dos pasos del anciano. Descabalgaron los jinetes, y uno de los Reyes, de luenga barba blanca y cabellera canosa, acercóse á la butaca.

— La hora es llegada, — dijo. — Pide. Te será dado cuanto desees. Es la noche de las ilusiones y de los inocentes apetitos. Pide.

— No es á mí, no — creyó contestar el anciano. — Viene equivocada Vuestra Majestad. Son aquellos, los de la galería, mis nietecitos, que aguardan impacientes..

— ¿No eres tú niño como ellos? — interrumpió el Mago. — Los hombres vuelven á la infancia muy á menudo. Todos sois niños en el desear y en esperar un milagroso regalo.

— ¡Niño! Sí, puede que lo sea... Lo soy, sin duda, puesto que Vuestra Majestad lo dice, — balbuceó el an-

ciano.—Y ¿qué puedo pedir, qué puedo escoger de vuestros santos bagajes?

— Pide. ¿Quieres años de vida? Los viejos, somos por lo general miedosos de la muerte.

— ¡Yo, no, no! Créalo Vuestra Majestad. No pretendo torcer el curso natural de mi existencia. Viví cuanto era posible. Trabajé por la verdad y por el bien. Ya nada podría hacer en este mundo, ni por mí ni por los otros. Dejemos que la lámpara se apague por sí misma en el momento fijado.

— ¿Quieres oro?

— Nunca lo ambicioné.

— ¿Qué desearías para ser feliz? Algo hemos de dejarte como señal de nuestro paso. Nuestras manos están hoy abiertas. Pide con fe y te será concedido.

Vaciló el anciano ante una idea que le surgió de pronto en el cerebro. Dulcísima esperanza brilló con ténue claridad en su espíritu... Con honda emoción, con palabras nacidas de lo más profundo y sano del alma, pidió así:

— Para mí no quiero nada. Contento estoy de lo que logré en la vida. Toda ella la acepto y la bendigo, con sus afanes, con sus dolores, con sus desengaños. Luchando he pasado por ella, siempre descontento de mi obra, siempre confiado en mi ideal. He buscado la verdad con ánsia infinita, y mil veces me engañó el deseo de verla cara á cara. Recibí, no obstante, más de lo que merezco. Al través de los más agudos reveses, seguí caminando con la resignación en el alma, sin doblegarme, sin protestar, sin maldecir... Pero á medida que avanzaban los años, una honda amargura iba llenándome el corazón, porque á todo me resigné menos á la falta de amor entre los hombres. El gran anhelo de mi vida, yo que he querido tanto, ha sido que todos me quisiesen. Creí que para ello bastaba no hacer mal á nadie, dar á los otros el mayor bien posible. Ni aun así me libré de la más grande tristeza que puede caer sobre un verdadero hombre: tuve enemigos; me persiguió la envidia; me desconoció la ingratitud; me engañó la hipocresía; me calumnió la malicia; me hirieron las maldades todas con cruel y terrible golpe... Á todos perdono; á ninguno guardo rencor; de nada ni de nadie me duele el daño recibido sobre mi persona y mis bienes, ó sobre los que más amé en el mundo... No pido venganza. No odio á los delincuentes. Pero lloro lágrimas de sangre por el delito. Lo que en todo eso me conmueve y me amarga es que sea posible; es que los hombres se lleguen á odiar, á envidiar, á maldecir, á perjudicarse mútuamente; que no se miren como hermanos; que puedan ser enemigos unos de otros. Quisiera antes de morir el consuelo inmenso de que todos los que me han hecho daño viniesen á juntar su mano con la mía y á decirme que me aman, como hermanos míos que son. Que no me teman, ni me odien más por el temor. No, no les quiero mal; pero necesito que me amen... He ahí lo que pido. Puesto que me ofreceis dones, dejadme ese, no para mí, para todos... Borrad del lenguaje humano la palabra «enemigo», la más cruel y amarga de todas.

Calló el anciano, y afanoso miró al Mago, que sonreía tristemente.

— Hace diecinueve siglos — contestó — que Aquel á quien fuimos á adorar, vino al mundo para eso que tú pides. Dió su vida en prenda; y con ser tan grande el sacrificio, no ha logrado aún fructificar entre los hombres. No está en nuestra mano hacer más de lo que el divino ejemplo no ha hecho.

Rápidamente, fuéronse borrando, tras estas palabras, las figuras de la comitiva regia. Tendió hacia ellas sus brazos el anciano, queriendo detener al venerable Rey que desaparecía; y con mortal angustia, le gritó:

— Y esos, esos que ahí fuera os aguardan, ¿quedarán entregados también al odio de sus semejantes? ¿No tendréis misericordia de ellos?

Á punto de extinguirse, la sombra ya lejana del Rey volvió la cabeza, y sus labios se movieron diciendo algo.

El anciano oyó las palabras, escuchó la sentencia:

— Ellos mismos han de redimirse. En medio de lágrimas, nacerá el amor.

Borróse del todo el cuadro.

Al despacho llegaron entonces, más alegres y alborotadas que nunca, las canciones de los cuatro niños que seguían pidiendo á los Reyes.

RAFAEL ALTAMIRA

Croquis inédito de Eusebio Planas

DESFILE DE L(

Créame V. caballero — me dijo Ignacio, el cochero veterano — créame V. esa vistosa y tradicional ceremonia va de capa caída; á mí las apariencias no me engañan y se lo que me digo; la fiesta no es hoy lo que fué un tiempo; en el mío... ¿Y sabe V. por qué?

— ¿...?

— Pues porque falta lo principal: falta la fe.

— ¿La fe?... — salté algo asombrado.

— Ni más ni menos. Falta la fe... ó, si lo prefiere V., la convicción. Hoy día no hay convicciones; no señor, no las hay, y así como se han perdido tantas y tantas convicciones religiosas y políticas, también se ha ido al suelo, la convicción que antes se tenía, tan firme, tan arraigada en los *Tres Toms*.

— Me parece que V. exagera un poquito... — observé en tono conciliador.

— No exagero nada. El excepticismo que lo invade todo, conforme V. no ignora, ha penetrado en esta hermosa fiesta y ya verá V. lo que queda de ella dentro de pocos años.

Arrojó el señor Ignacio un hondísimo suspiro, se puso á liar un cigarrillo, aspiró metódicamente algunas bocanadas de humo y luego prosiguió con voz pausada y entonación casi adolorida.

— ¿Sabe V. cuantos años cuento ya? Setenta y cinco. Hace tres que vendí mi cochería, porque me sentía algo achacoso y porque viene una edad en que el hombre necesita descanso y porque contando con un buen pasar, me dije que sería gran tontería seguir trabajando y pagando contribución al gobierno: que la pague otro... Si de setenta y cinco saca V. tres, quedan setenta y dos; y como yo entré en el oficio á los doce, resulta que he andado metido en cuadras y alternando con coches, caballos y cocheros, sesenta años justos y cabales. Y como á los catorce y gracias á mi especial vocación por la carrera, sabía yo tenerme muy bien sobre un potro, aunque fuera en pelo, y guiaba un carruaje con tanto ojo y tanto pulso, como si hubiese llevado medio siglo de práctica, tiene V. que desde dicha edad empecé á tomar parte, á cada San Antonio que nos enviaba el Calendario, en los Tres Toms. Y hasta mis sesenta y ocho, en que tuve la desgracia de romperme un

Colección - Casellas

S "TRES TOMS"

pierna, seguí luciendo el garbo por esas calles de Dios, á cada 17 de Enero, sin faltar uno solo. Ni uno solo ¿entiende V.?... pues mire, recuerdo que una vez, el setenta y seis, creo que era, me levanté de la cama en donde estaba con unas calenturas de todos los demonios y á pesar de la prohibición del médico y de los gritos de mi mujer, me planté sobre el lomo del *Galán*... y á la calle con los compañeros. Y no solo no me morí de aquella, como me decía el mata-sanos, sino que volví á casa, casi curado.

— De modo que según sus cálculos «ha hecho» V. cincuenta y cuatro años seguidos los *Tres Toms?*

— Sí señor; cincuenta y cuatro años — repuso con noble orgullo el señor Ignacio. — Con que ya ve V. si conoceré el asunto y si puedo hablar de él.

— Indudablemente. Es V. una autoridad en la materia.

— Pues porque lo soy, aunque me esté mal el decirlo, le digo á V. que falta la fe, que no hay ya convicciones, que la gente moza del gremio no lleva á esta hermosa fiesta aquel noble entusiasmo de mis buenos tiempos. ¿Creerá V. que hay hombre que toma nuestra cabalgata en guasa y que desdeña el formar parte de ella, siendo así que en mis mocedades era considerado como un altísimo honor el figurar en la comitiva y pasear el rumbo por estas calles de Dios, haciendo caracolear un caballo bien empenachado?... ¡Ah! caballero — añadió el señor Ignacio, cuyo rostro se animó, rejuvenecido por el calor de sus recuerdos — ¡cuando pienso que ese día del diez y siete de Enero lo tenía yo por el más venturoso y el más deseado de todo el año, y lo esperaba con ansia y lo gozaba con una satisfacción, casi diría celestial!... Apenas si empezaba á rayar el día, ya me tenía V. en la cuadra limpiando y frotando el caballo que había de montar y que salía de mis manos hecho un sol; luego me tocaba á mí: no fuí nunca presumido ni afeminado, ni coquetón; pero aquel día... lo que es aquel día necesitaba tres horas largas para acicalarme y componerme. Verdad es, que cuando me plantaba en la calle á punto para poner el pie en el estribo, estaba yo con mi pantalón y mi chaquetilla de paño fino y ajustado como un guante, con mi corbata y mis guantes blancos, como la nieve, con mi chis-

tera que resplandecía tanto como mis botas de charol y con mis botas que chispeaban tanto como la chistera, estaba yo, vuelvo á V. á decirle, tan arrogante y tan guapo, cual pudiera estarlo el mismo *Galán*, el mejor caballo que haya montado en mi vida y que durante diez años lució su pelo y su penacho por estas calles. Recuerdo, sobre todo, un año, año memorable entre los memorables. Bebía yo, entonces, los vientos por la más gallarda moza que hubiese en el *Padró* y hasta diré en todo el casco de Barcelona: no me miraba ella en malos ojos, muy al contrario; pero tenia yo un rival y un rival temible: un tal Olegario, que aunque bastante feo y desgarbado, me llevaba la ventaja de ser rico; como que era el hijo del señor Garrufau, el antiguo cochero del Borne. Á mi Coloma no le hacia maldita la gracia el Olegario, pero á su padre si, por lo del dinero; por lo que se veia la chica muy soliviantada y yo auguraba muy mal de mi pleito. Tanto que llegué á perder las esperanzas y hasta creo que habría emigrado á las Américas por no soportar la tristeza y la humillación de ver á mi prenda en brazos de otro; pero no hubo necesidad de ello, gracias al milagro que obró nuestro glorioso San Antón.

— ¡ Milagro ! ... — dije admirado.

— Y de los buenos; de los legítimos. Figúrese V. que llega el gran día y que salimos los del gremio formando tres comitivas que daban el opio. En la mía se pavaneaba el Olegario, vestido como un príncipe y con cada brillante en la camisa, que deslumbrara á un ciego. Y para acabar de fastidiarme, iba el condenado, caballero en un jaco estupendo, como no habia otro mejor ni más lucido en toda la cofradía. En fin, que se llevaba tras si las miradas de todo el mundo, las de Coloma inclusive, y que no había ojos más que para él, lo cual, como ya puede V. suponer, me hacia tragar más hiel y vinagre que no le dieron á Nuestro Señor Jesucristo.

Pero cuando más rabioso estaba yo, salió el Santo con el milagro... ó que tal me pareció á mí. Acababan de echarnos á las bestias y á nosotros la bendición de rúbrica, delante de la Iglesia, y emprendíamos de nuevo la marcha, cuando á Olegario, en su empeño de hombrearse y de meternos sus gracias por los ojos, se le ocurre el obligarle á su montura á caracolear como hacen los maestros: el animal era de sentido y en vez de obedecer á la rienda y á la espuela, se levanta de pies y luego resbala sobre el empedrado y se cae... y ya me tiene V. al muchacho apeándose por las orejas y besando el santo suelo, en medio de un coro de risas y de rechiflas, bastante para dejar allí mismo de cuerpo presente á un hombre de honor. ¡Que Dios me perdone! pero alegría como la que tuve entonces, no la he vuelto á tener en mi vida. Y como que Coloma presenció el lance y se reía como una bendita, inútil es decirle á V. que Olegario perdió en aquel punto todo su prestigio y todas sus probabilidades, no obstante los patacones de su padre. Y yo me casé seis meses después con Colomita.

Sonrió el señor Ignacio al evocar el recuerdo, encendió otro cigarrillo y concluyó :

— Pero los *Tres Toms* no son ya lo que un dia fueron.

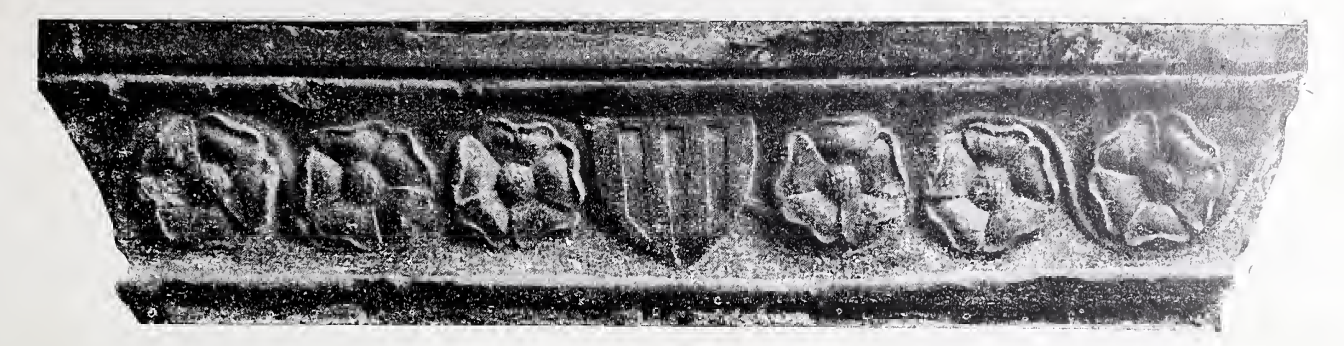
H. M.

ACUARELA DE A. MAS Y FONDEVILA

LA ADORACIÓN DE LOS REYES

Cuadro al óleo, atribuído á Viladomat, existente en la parroquia del Pino

O. JUNYENT —ESCALERA ALTA DE LA CATEDRAL DE BURGOS



Basílica de Santa María de Ripoll

COBRAR EL BARATO

Bien haya la civilización con todos sus horrores!

Hay que decirlo así, hoy que vuelve á levantar la cabeza en nuestra Patria el partido de las viejas tradiciones y de las pasadas añoranzas.

Encomio la civilización por dos razones: Es la una, porque soy hijo de ella, y no es buen hijo el que no hace honor á su madre.

Y es la otra... que ella nos ha librado, en todos los ordenes de la vida, de aquellas costumbres empecatadas que hacían reina del mundo á toda la truhanería malandante.

Y como no hay cosa peor que hablar de lo que no se entiende, y, por otra parte, nadie conoce mejor su casa que el que vive en ella, yo, que vivo en Sevilla desde que en ella nací — ¡ y ya han pasado algunos ministerios y ha llovido más de un chaparrón! — puedo dar fe de la exclamación que hago al comenzar, y, como hijo de mi tiempo, rendirle el tributo de que es merecedor por la libertad que nos ha concedido, bien que sometiéndonos á otras esclavitudes tarifadas con la mayor escrupulosidad y exactitud.

Uno de los tipos más característicos de Andalucía á mediados del siglo que está agonizando fué el baratero; y una de las industrias que por entonces producían más y mejor era la de... *cobrar el barato.*

Los que á esta industria se dedicaban eran, por regla general, mozos *crúos*, gente toda de pelo en pecho, pupilos, presuntos ó pasados, de los mejores y más renombrados presidios de la Península.

Y así como Fernández y González decía del Cid:

« Sus arreos son las armas,
su descanso el pelear, »

el arreo y las armas de aquella truhanería eran su duro y bien presillado marsellés, su faja de seda, calzón corto, boto — que no botín — de cuero, cien veces suavizado con manteca; sombrero calañés, petaca de Ubsique, tabaco de contrabando traído á Sevilla por Perico Lacambra, y... la navaja de muelles sevillana, comprada en los escondidos zaquizamies de la antigua calle de la Plata.

El baratero, como el chocolate—ambos muy españoles — siempre han sido falsificados.

El baratero de pergaminos, de *casta* — vamos al decir — casi siempre era valiente de verdad. Su historia corría de boca en boca por todos los mentideros, y sus nobles acciones — que casi siempre la nobleza y la valentía van acompañadas — eran conocidas casi tanto como el Ave-María y el Padrenuestro.

Consistía el *cobrar el barato* en llegarse uno de esos valientes adonde quiera se manejaba una baraja, que nunca se manejaba sola, sino acompañadas de las antiguas *jaras de Carolus IV;* escupir por el colmillo, cuando lo podía conservar, que entonces, como ahora, también se daban bofetadas de cuello vuelto y los colmillos salían á pasear; y... en decir: — *¡ El barato !*

Y por regla general, el barato siempre se pagaba cuando el baratero lo era de verdad.

(Hoy también se paga el barato, pero... lo cobra la policía. ¡ Corrupciones de los tiempos !)

Pues bien; el baratero, por entonces, degeneró, y degeneró en la chusma.

La chusma, en todo tiempo, ha sido debil y asustadiza, tanto como amenazante y voceadora.

Los barateros de cartel ejercían en los burdeles formales.

Los barateros de baratillo acostumbraban á ejercer fuera de puerta, cobrándole á la arriería.

Por entonces, el llamado Mercado del Barranco, situado en el antiguo Puente de Triana, era el sitio adonde acudía toda la arriería extremeña á la compra de sardinas, pescado en aquel tiempo muy solicitado y que era conducido á Sevilla en innumerables faluchillos de Ayamonte, Rota, Huelva, S. Juan del Puerto y aun de la costa de Portugal.

Los arrieros en general siempre han sido algo arrimados á la cola; pero los arrieros extremeños, por entonces, lo eran algo más.

Era costumbre entre ellos, después de hacer sus compras de sardinas, pagar al baratero *porque sí,* porque se presentaba, ejerciendo influencia sobre su candidez, y les exigía *el barato.*

Sucedió que uno de los arrieros, nuevo en el oficio, y algo remiso en eso de pagar sin llevarse mercancía, hizo su compra, y al salir dióse de cara con uno de los barateros.

— ¡ Oye, tú — díjole el baratero — ¡ er barato !

— Eso, ¿ qué es ? — contestó ágriamente el arriero.

— Eso es... que tié aquí que pagá.

— Yo ya he pagao abajo... ¡ Arre ! — dijo á las bestias.

— ¿ No oyes tú ?... Que aquí hay que pagá, ó... peleá conmigo — dijo el baratero engallándose.

— ¡ Pá luego es tarde! — contestó el arriero; y echando mano á la *gallarda* de fresno ó acebuche, que llevaba terciada en la faja por detrás, se enredó á darle varazos.

El baratero se puso en facha con la navaja abierta, y brinco acá, y salto allá, era tal el número de varazos que le daba en remolino el arriero, que no podía acercársele.

En esto, el baratero, decíale:

— ¡ Dame juego... Dame juego !...

Y contestóle el arriero cruzándole la cara:

— ¡ Pá jueguecitos estamos! ¡ Pá jueguecitos estamos!...

J. Rodríguez La Orden

MIS REYES MAGOS

Dejé interrumpida la grave lectura,
oyendo cercano y alegre clamor:
tropel bullicioso, con loca soltura,
pasó de las hachas al vivo fulgor.

Escalas llevando mozuelo ignorante,
de roncas cencerras al ágrio sonar,
y oliendo á vapores del vino espumante,
va, los Reyes Magos, la turba á esperar.

¡Oh, gratas creencias del cándido niño,
hermosas visiones de un sueño gentil!
¡Oh dulces mentiras que inventa el cariño,
oh goces ansiados del alma infantil!

¡Ay Dios, qué lejanos!... La triste viajera
de pálido rostro mi hogar visitó:
vendrá todavía, con planta ligera;
llevóse á los mios... y espérola yo.

—¡Qué turba insensata! ¡Qué necia alegría!—
volviendo las hojas del libro, pensé...
Y así, meditando, la noche corría...
quedéme dormido, dormido... y soñé.

Dos reyes ancianos, de níveos cabellos,
un joven monarca de negro color,
corceles fogosos, cargados camellos,
cruzaron mi calle con prisa y rumor.

Retumban los golpes que dan á mi puerta;
sonaron las trompas; gritó Baltasar:
—Te llaman los Reyes: arriba, despierta,
y elige el regalo que te hemos de dar.—

—Pues dame, oh monarca, tan solo un presente,
salud, y cumplida verás mi ambición.—
Buscó en sus riquezas el rey del Oriente
y luego me dijo: — No traigo ese don.—

Con noble talante, Gaspar le seguía;
habló: —¿qué deseas? — Y yo respondí:
—¡Oh rey, sólo quiero la santa alegría!—
— El don que tú quieres no tengo yo aquí.—

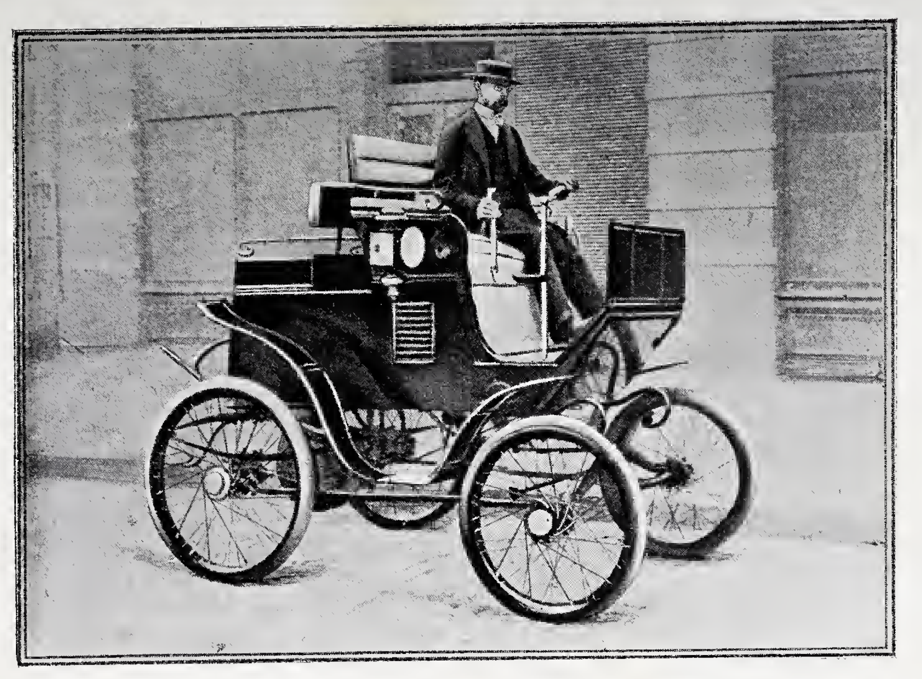
Melchor á mi puerta llegó sin tardanza,
mostrando tesoros de enorme valor,
y díjome: — pide. — Pedí la esperanza...
— No traigo esperanzas, — repuso Melchor.

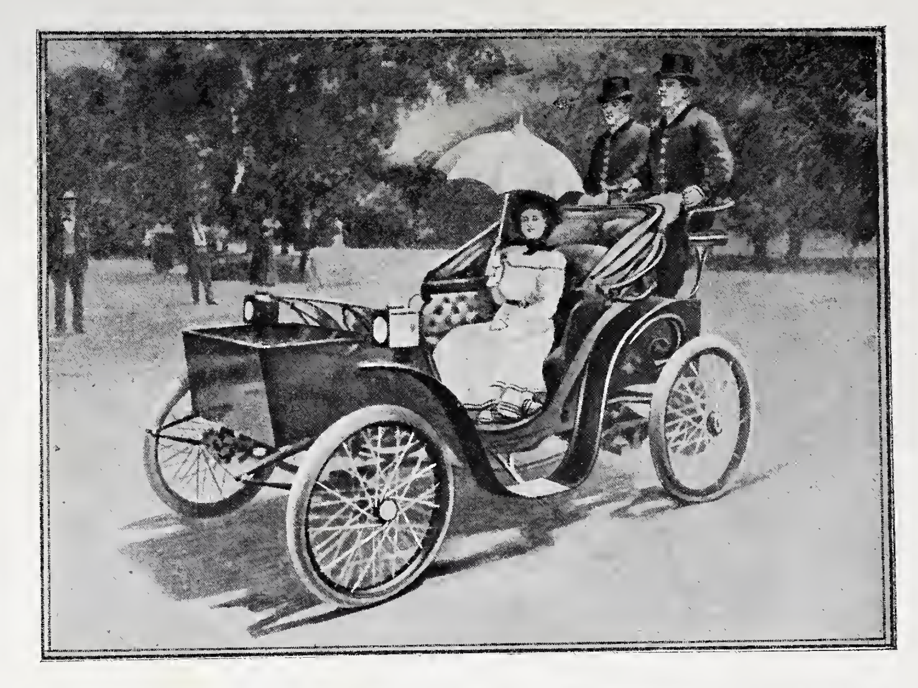
Sonó de las trompas la marcha festiva,
de fieros corceles el largo trotar,
perdióse en la niebla la gran comitiva...
y yo, solo y triste, dejé de soñar.

Al fin las quimeras de sueños tan vagos
vencidas huyeron y ví amanecer:
la luz dió en mis canas... ¡Ya no hay reyes magos,
que dones tan ricos me puedan traer!

JOSÉ DE NELILLA

Sevilla, Enero, 1900





ÚLTIMOS MODELOS DE COCHES ELÉCTRICOS

N.º 23.-30 ENERO 1900 HERMENEGILDO MIRALLES. - BARCELONA

XVIIª Exposicion Extraordinaria anual del Salon Parés

Firme HISPANIA en su propósito de dedicar preferente atención á los asuntos de arte y á los temas de actualidad, no podía preterir las exposiciones que desde principios de año vienen organizándose en el Salón Parés, por constituir la actualidad artística más sonada.

Y como quiera el azar que la primera exhibición, por estar enteramente consagrada á los dibujos originales reproducidos en nuestra revista, nos toque muy de cerca, no podemos pasarnos sin hablar de ella en primer lugar. Una legión de artistas y de *amateurs* montó constantemente guardia de honor ante aquellos diseños magistrales, que asimismo examinó con aplauso Barcelona entera. La prensa local, haciendo coro á la opinión pública, dedicó con rara unanimidad entusiastas párrafos á la Exposición-Hispania, donde, al lado de firmas universalmente celebradas, figurara la nata y flor de los artistas catalanes. Comenzar con una manifestación como aquella era entrar con buen pie en la serie de exposiciones de este año.

Pero en estos momentos el espectáculo ha cambiado por completo. El escenario del Salón Parés ofrece un decorado enteramente distinto. Á la valiosísima exposición de ejemplares artísticos en «blanco y negro» ha sucedido ahora la XVIIª de las Exposiciones Extraordinarias, que anualmente se celebran en aquel salón, esencialmente constituídas por lienzos al óleo. Los autores son los mismos ó casi los mismos. Los ilustradores de ayer son los pintores de hoy. La plana mayor de nuestro arte, que decorara con sus croquis y diseños las columnas de HISPANIA, hoy presenta sus obras de color á la pública espectación.

Mas y Fondevila nos hace penetrar en el interior de sus iglesias, tan curiosamente sorprendidas en su pintoresco encanto. Dionisio Baixeras nos traslada á los imponentes espectáculos de la montaña, bajo unos cielos preñados de tempestad. Luis Graner nos revela una escena del Nuevo Testamento, cuando Cristo resucitado se aparece, henchido de luz, á los apóstoles sorprendidos. Llimona nos ofrece una visión nueva de las ceremonias del culto católico, desarrolladas en plena naturaleza. Barrau nos muestra, en una mujer del pueblo parisiense, las luchas de las clases sociales. Tamburini simboliza la Noche en una mujer que se escurre, cubierta de crespones, entre la luna y las estrellas. Francisco Masriera muestra una de sus *mondaines* en plena orgía, vacilante entre los vapores del champagne. Antonio Utrillo nos presenta un exquisito ejemplar de belleza, de entre su vasto repertorio de elegancias femeninas. Torres Fuster nos da á escoger entre sus cuatro cabezas de adorables jóvenes, llenas todas de poéticos ensueños. Federico Brunet nos introduce en el soberbio coro de sus magníficas catedrales. Manuel Cusí, representa un palco de damiselas bulliciosas en una *soirée* de estreno. Ricardo Urgell nos da la visión de la mujer en compañía de su hermana, que es la flor. Xiró se complace en el contraste social que ofrecen, puestas de lado, la vida triunfante y la suprema miseria. Claudio Hoyos traduce en pintoresco estilo una de las fases más conmovedoras de la música popular. Teixidor refiere una anécdota familiar entre los abuelos, encantados ante su nietecita. La señora Ubach nos revela un episodio más de la vida femenina, en las horas inciertas del primer amor.

Los aspectos de paisaje, también presentan abundante y valiosa cosecha la actual exposición. Urgell exterioriza como siempre la majestad silenciosa de las llanuras en las horas de la mañana; Mir revela el encanto de las vegetaciones, al reflejarse en las aguas soñolientas; José Masriera, canta la poesía de las arboledas, inundadas á trechos por el sol; Baixas relata las faenas del labrador en las huertas verdecientes; Tolosa señala los hermosos contrastes de las vegetaciones en otoño, con los arbustos de color tostado, al lado de los verdes lujuriosos; Matilla se complace en las atmósferas luminosas de un puerto, en cuyas aguas se balancean los botes...

Pero á esta lista de obras y de autores, faltaría aún añadir muchos nombres, muchos títulos, que no nos es posible retener en la memoria. La XVII Exposición del Salón Parés se contará entre las más nutridas y más valiosas, y precisamente, cuando uno piensa en esta valía y este número, cuando uno se fija en la suma de esfuerzos que representa una manifestación artística como la actual, es cuando deplora que, dentro de quince días, al cerrarse la exhibición, no quede de ella más que una reminiscencia harto confusa. Al propósito de subsanar este injusto olvido obedece el presente número de HISPANIA, confeccionado á guisa de catálogo ilustrado, á fin de que subsista como recuerdo gráfico, vivo, de tan interesante exposición.

HISPANIA
DIBUJOS ORIGINALES

MAS Y FONDEVILA.--ROSAS

J. MIR.—L'ESTANY

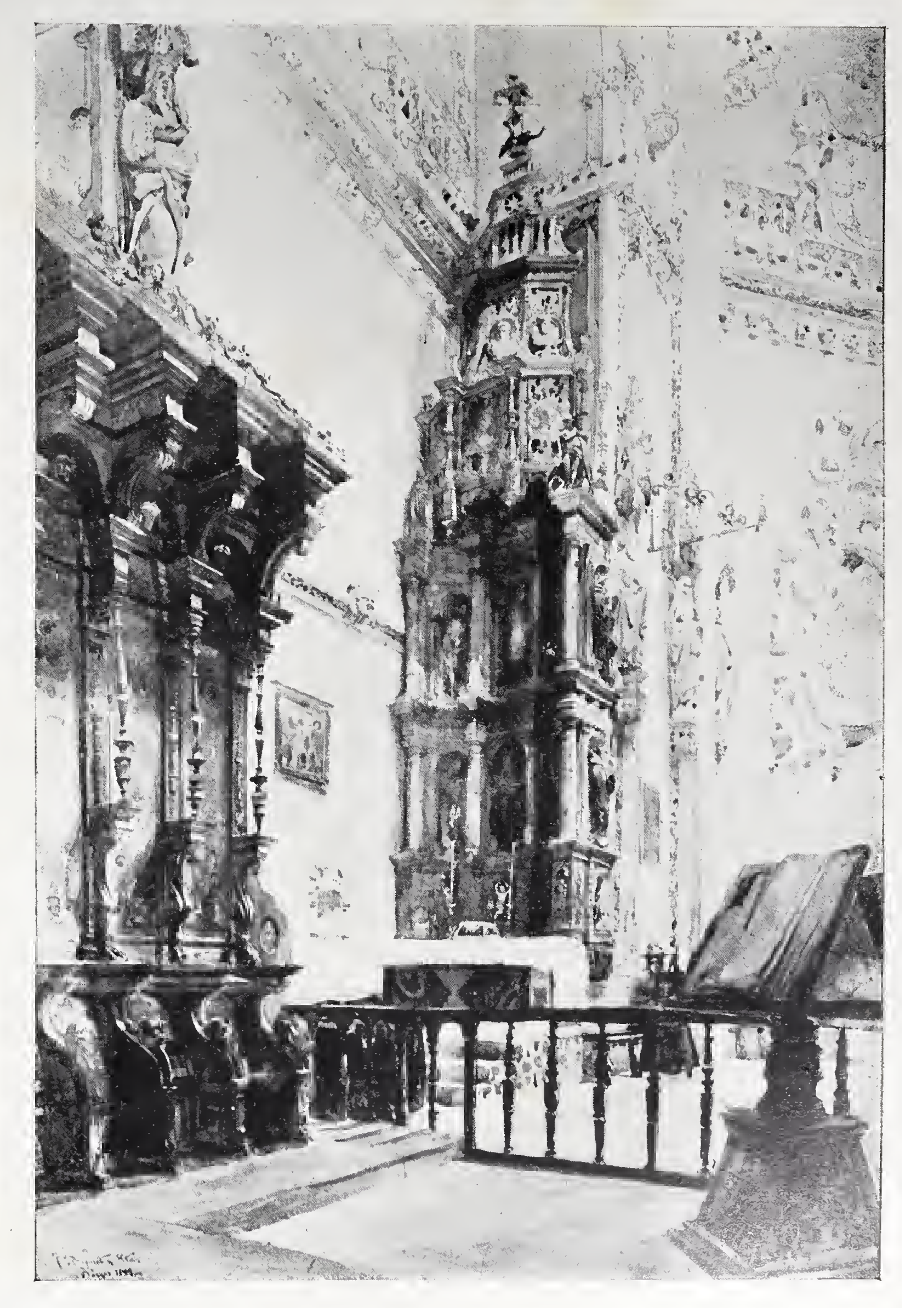
A. TOLOSA.—OTOÑO

TAMBURINI.—LA NIT

J. AGRASSOT.—ALLÁ VA

M. URGELL.—AMANECIENDO

R. URGELL.—PRIMAVERA



J. BRUNET Y FITA.—CAPILLA DEL CONDESTABLE (BURGOS)

V. UBACH.—ESPERANDO

E. GRECI.—BODEGÓN

J. BAIXAS.—AL CAMP

FOIX.—SANT GENÍS

A. TORRES FUSTER.—ZORAIDA

V. UBACH.—INDECISIÓN

F. MASRIERA.—LA ÚLTIMA COPA

C. HOYOS.—LA MÚSICA POPULAR

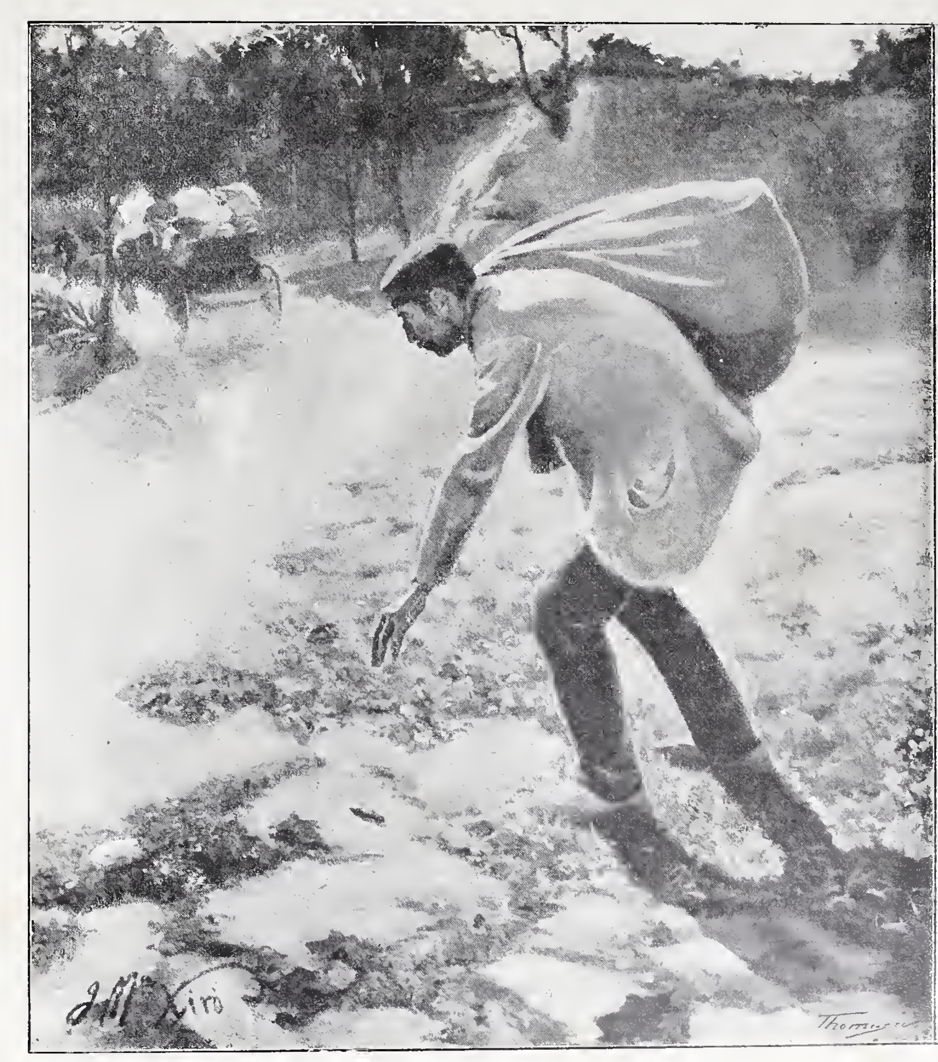
J. PINÓS COMES.—SUPLICIO DE TÁNTALO

J. LLIMONA.—¡NOSTRAMO!

D. BAIXERAS.—NUVOLS DE TRONS

C. HOYOS.—LAS PRIMERAS NEUS

N. RAURICH.—PINEDA DE SANTA SUSAGNA



J. M. XIRÓ.—QUI NO POT SEGAR, ESPIGOLA

L. GRANER.—PAX VOBIS

P. BEJAR.—POMPEYANA

A. TORRES FUSTER.—RAQUEL

S. FERRÉ.—CABEZA DE ESTUDIO

M. TEIXIDOR.—LA NIETECITA

J. MASRIERA.—PAISAJE

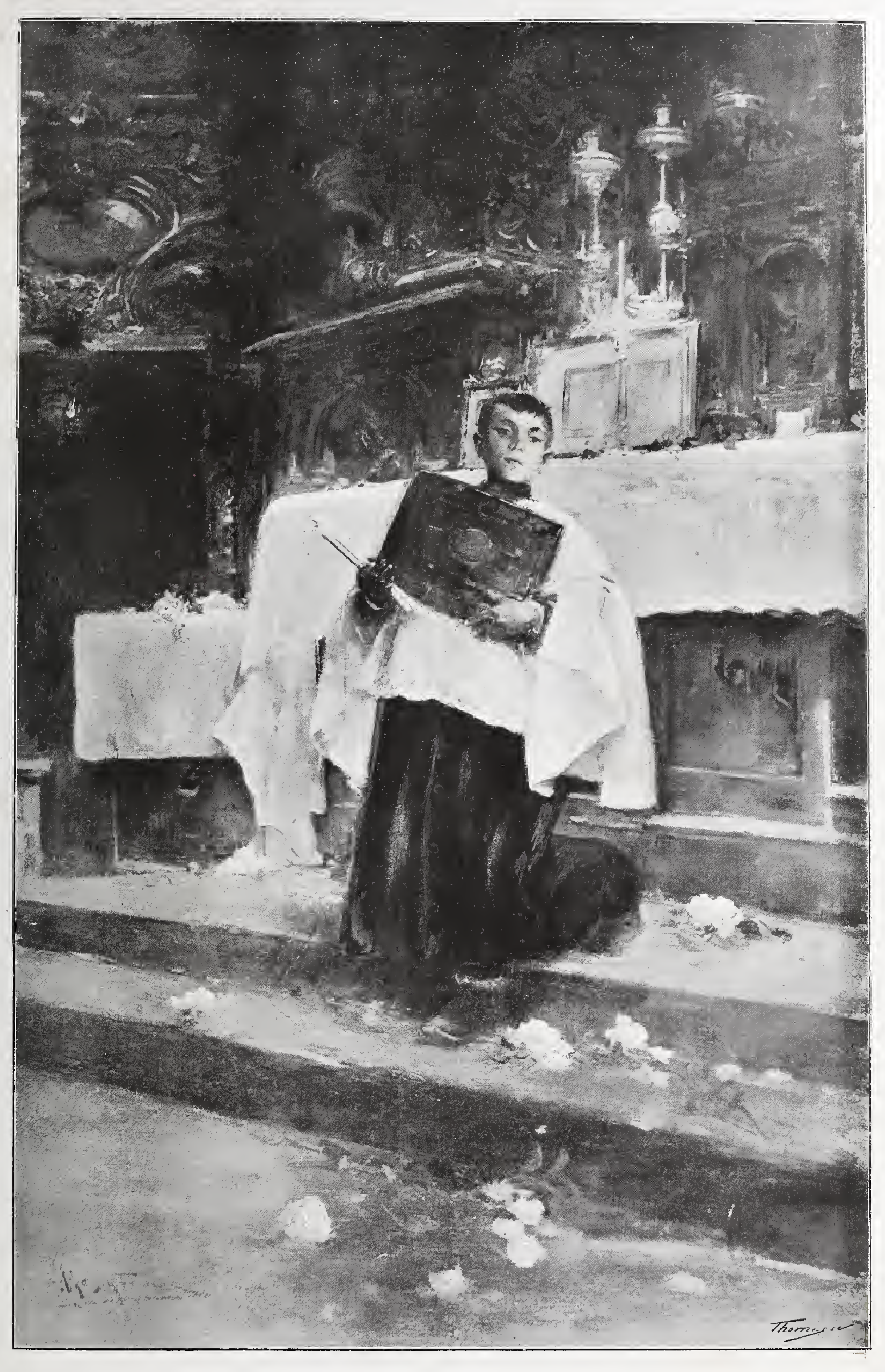
A. UTRILLO.—TARDOR

M. CUSÍ.—NOCHE DE ESTRENO

L. BARRAU.—LA FEMME DE L'OUVRIER

S. MATILLA.—PUERTO

A. TORRES FUSTER.—AMAPOLAS



MAS Y FONDEVILA.—L'ESCOLÁ

HISPANIA

REVISTA QUINCENAL, LITERARIA Y ARTÍSTICA

Suscripción y venta: HERMENEGILDO MIRALLES; Bailén, 59. - Barcelona

y en las principales librerías y kioscos de España y del Extranjero

El mayor elogio que se puede hacer de nuestra Revista es lo que repetidas veces ha dicho la prensa local, de Madrid y de Provincias: «ES LA MEJOR REVISTA QUE SE PUBLICA EN ESPAÑA Y PUEDE FIGURAR ENTRE LAS MEJORES QUE SE PUBLICAN EN EL EXTRANJERO.» Así no es de extrañar la entusiasta acogida que al público ha merecido, y alentados por tan brillante éxito, hemos querido todavía ampliar y mejorar las condiciones de nuestra publicación, haciendo gala de los poderosos elementos de reproducción que esta empresa posee.

En adelante **HISPANIA** dedicará á menudo 4 páginas de suplemento á las actualidades importantes, puesto que las 16 páginas quincenales resultan insuficientes para tratar de ciertas manifestaciones que son de verdadero interés.

Réstanos solo añadir, que **HISPANIA** no ha publicado ni publicará nunca nada que esté reñido con la moral y lo correcto, y que seguirá dando á sus inteligentes lectores, tanto en literatura como en arte, lo más selecto de la producción intelectual española.

Con el objeto de simplificar nuestra administración y evitar molestias á nuestros suscriptores, conviene que al suscribirse abonen el importe de la suscripción anual, que importa **12 pesetas.**

Los abonados que hayan satisfecho **por anticipado** el precio de la suscripción, tendrán derecho á los siguientes

REGALOS

Almanaque de HISPANIA para 1900

con 12 composiciones originales de los reputados artistas Mas y Fondevila, Baixeras y Llimona (pintor)

Una reproducción artística en relieve

de un bajo relieve esculturado expresamente para **HISPANIA**, por el Sr. Llimona (escultor).

Las tapas para la encuadernación de los números publicados de HISPANIA en 1900

Los corresponsales de la península é islas adyacentes, al hacer suscripciones anuales, enviarán el importe líquido, deducida su comisión á esta administración, y de aquí se les mandará un recibo formalizado para cada suscriptor. Se remitirán estrictamente los regalos correspondientes á los recibos que esta administración haya librado.

Tintas de Ch. Lorilleux y C.a

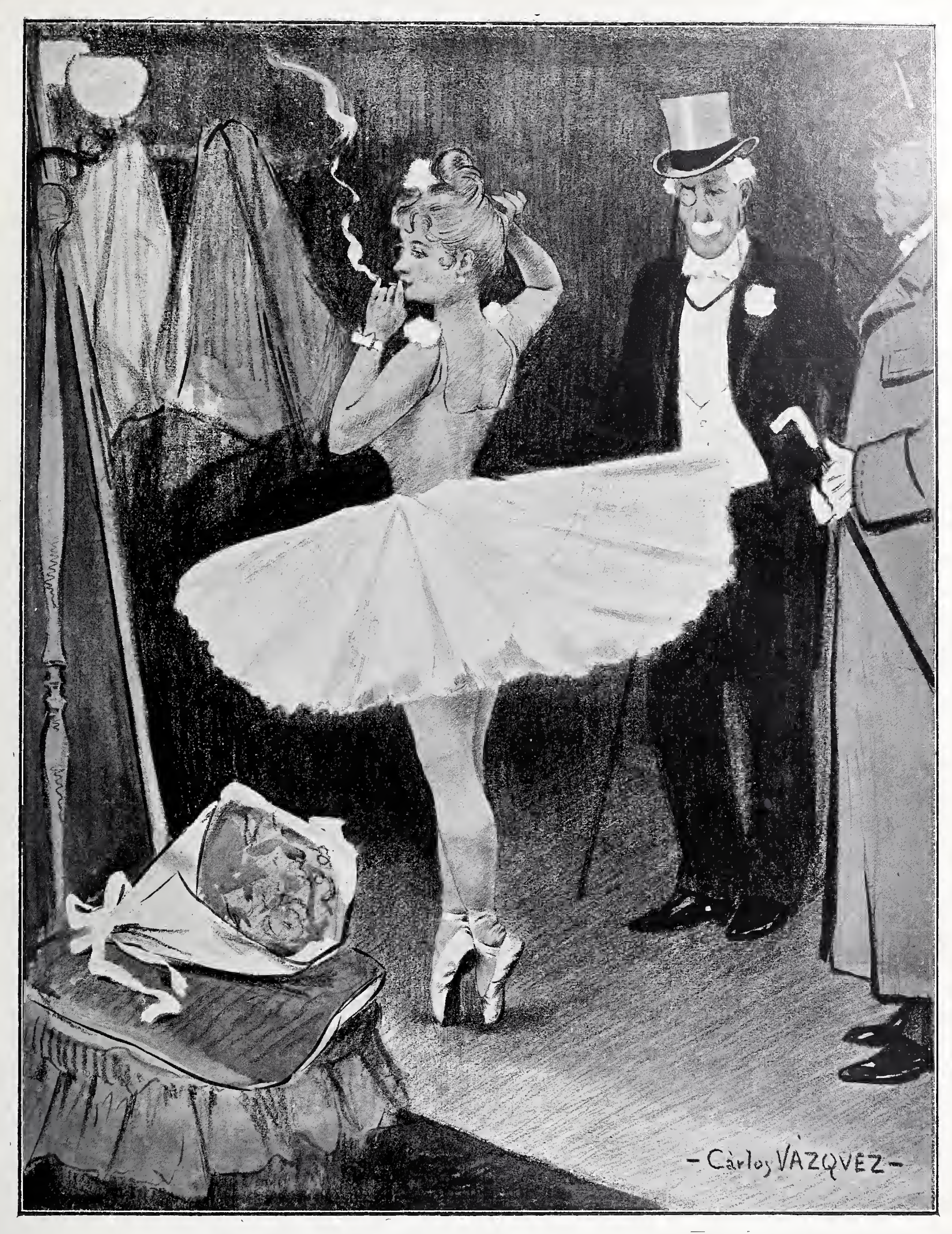
Papel de los Sucesores de Torras hermanos

4.-15 FEBRERO 1900 HERMENEGILDO MIRALLES.- BARCELONA

SUMARIO

D.R

DARIO DE REGOYOS.—APUNTES DE MI CARTERA



C. VÁZQUEZ.—SUSANA Y LOS DOS VIEJOS

EL ORFEÓ CATALÁ

En el memorable Café de Pelayo, donde tantos elementos del catalanismo artístico y literario tuvieron su asiento, celebrabánse el año 1891 unos conciertos á cuarteto en los que tomaba parte, como pianista, un joven casi imberbe, casi un chiquillo, vivo y nervioso, de mirar inteligente y aire bonachón. Era Luis Millet.

Concurría á menudo á la tarima de los concertistas otro músico amigo, joven también, de pelo negro é hirsuto, de mirada firme, de cuerpo endeble, en el que la naturaleza no había permitido que brazos y piernas pudieran moverse con el natural desembarazo, de lo que seguramente provenían ciertos pujos de mal disimulada displicencia que casaban muy bien con el aire marcadamente bohemio del joven músico. Era Amadeo Vives.

Y allí, al lado de la misma tarima, en una mesa del café, concurrían también á diario media docena de jóvenes aficionados á la música que, movidos por sus afanes artísticos, pronto anduvieron en amistades con Vives y con Millet.

Y allá, por Septiembre de aquel año de 1891, aliáronse las ideas soñadoras de Vives, las iniciativas enérgicas de Millet y los entusiasmos por el arte de aquella media docena de aficionados, y surgió un hecho: la fundación del «Orfeó Catalá.»

El 17 de Octubre del mismo año aprobábase ya oficialmente el Reglamento de la nueva asociación consagrada á la «creació y conservació d'un Orfeó ben instruït en l'art musical pera cantar ab perfecció tota classe de composicións corals.» Los primeros maestros del naciente «Orfeó» fueron, naturalmente, Luis Millet y Amadeo Vives, á los cuales se unieron, primero Jacinto Tort, y, más tarde, José M.ª Comella. En Enero de 1892 se habían ya reclutado 28 socios coristas y 37 socios protectores que asiduamente concurrían al local del «Foment Catalanista» de la calle de Lladó.

* * *

Muy pronto pudieron apreciarse los primeros frutos del ímprobo trabajo que maestros y coristas se echaron encima. El 5 de Abril de 1892 aparecía por primera

vez el «Orfeó Catalá» ante el público congregado en la Sala Bernareggi de la calle de Poniente, cantando el «Ave Verum» de Mozart y la «Boda d'aucells» de García Robles, en un concierto organizado por Antonio Nicolau. El 31 de Julio siguiente aparecía en el Palacio de Ciencias, para su primera «proba d'estudis», con una masa de 30 coristas, cantando tres canciones populares catalanas, una de ellas «Els Segadors» que tanto renombre ha adquirido después, y dos piezas nuevas de Vives y de García Robles. Y, en Octubre, tomaba parte el «Orfeó» en los célebres conciertos de la «Sociedad Catalana» dirigidos por Nicolau, cantando el *Agape Sacro* de «Parcifal» y la «Marcha fúnebre» de Berlioz. Y en todas partes el aplauso público consagró el mérito y animó los esfuerzos de los orfeonistas.

Al empezar el año 1893 eran ya 79 los socios protectores y 50 los coristas. Los jóvenes cantores habían ya levantado el vuelo del nido que amorosamente les había permitido labrar en su casa el «Foment Catalanista», y se establecían en casa propia, en la calle de los Cambios Nuevos. Mas los comienzos de esta vida independiente fueron, como muchos, bien azarosos, y el año 1893 fué para los fundadores del «Orfeó Catalá» un año de prueba. Llegóse como se pudo al año 1894, entre desidencias y cuestiones interiores de caracter personal; trasladóse en este año la asociación á la calle de Dufort; y, á principios de 1895, aparecía nuevamente el «Orfeó Catalá» ante el público, en el Ateneo Barcelonés, donde fué objeto de una delirante ovación. Contaba entonces con 109 socios protectores y 46 coristas. El amor y la perseverancia de Millet y de sus fieles lo habían salvado.

Y desde aquella memorable sesión del Ateneo Barcelonés, que fué la cuna de la gloria del «Orfeó Catalá» ya todo han sido plácemes y bienandanzas. El canto de la *Patria Nova* de Grieg, ahogado en frenéticos aplausos, fué el jalón primero del triunfal camino. En aquel año de 1895 fué ya la vida artística actívisima: muchas sesiones en diversas sociedades; un concierto público en el Salón de Bellas Artes; la tarde del Viernes Santo en San Pedro, donde se dió la primera muestra de la música polifónica con el *Benedictus* de Palestrina; varias ex-

Fachada de la casa Moxó, de la plaza de San Justo, donde se halla instalado el Orfeó Catalá

SALA DE ESPERA DEL ORFEÓ CATALÁ

cursiones artísticas á Masnou, Sitges, Badalona y Ripoll; y, en fin, con motivo de la venida á Barcelona de la celebrada «Capilla Nacional Rusa» un paso de gigante por el camino de la perfección artística, un espectáculo conmovedor y otro gran triunfo.

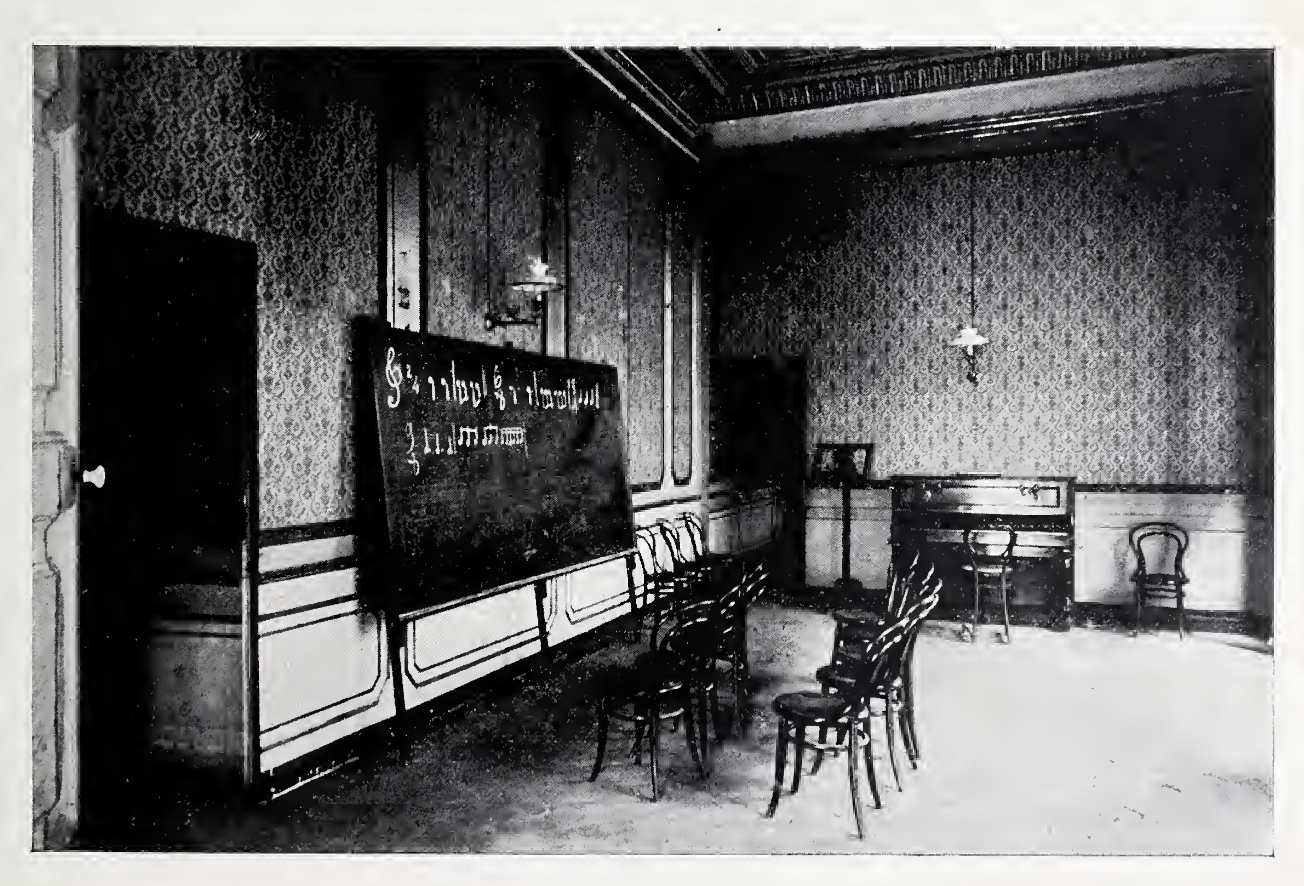
Instituyóse entonces la sección de niños, de cuya educación artística se encargó primero Juan Gay y luego José María Comella; y, al cabo de algún tiempo, se fundó la sección de señoritas, con el concurso de Doña Emerenciana Werhle. El campo de la acción artística se extendía cada vez más, y, en tal ocasión, pudo contar el Orfeó con otro auxilio: el del concienzudo profesor de solfeo Juan Salvat. Gallissá dibujaba para el «Orfeó» la famosa y bellísima *Senyera* y, con ella al aire, para ser allí bendecida, subía Millet con sus orfeonistas al Montserrat, y allí, al pie de la Virgen patrona de los catalanes, rendía su *senyera*, para clavarla después triunfalmente en la sagrada montaña como otro jalón de su gloriosa carrera.

ESCALERA DE LA CASA MOXÓ

Conciertos de todas clases, excursiones artísticas á Sabadell, Masnou y Tarrasa, audiciones, en varios templos, de la gran misa de Victoria, *Ó quam gloriosum*, estrenada en Montserrat; de todo hubo en aquel año memorable de 1896. Al empezar el de 1897 contaba el «Orfeó Catalá» con 400 socios protectores y 100 coristas.

El «Orfeó Catalá» era ya una institución popular de las que en todas partes y en todos los tonos se dice que honran á Cataluña. Su vida próspera exigía más amplio local que el modesto, pero altamente simpático y sugestivo de la calle de Dufort, y vióse obligada la asociación á trasladarse al

Salón de ensayos de conjunto del ORFEÓ CATALÁ



Clase de solfeo del ORFEÓ CATALÁ

señorial palacio de la casa Moxó, de la plaza de San Justo. La vida en esta casa ha sido ya para el « Orfeó » toda una vida señorial dentro del arte. De allí partieron los orfeonistas para alborotar de entusiasmo al público de Barcelona en aquel inolvidable concierto sacro dado en el Teatro Lírico el 4 de Abril de 1897; allí se formó la capilla de San Felipe Neri para cantar, en los oficios de gloria y de requiem de los templos, exclusivamente la gran música religiosa de los siglos XV y XVI; de allí salieron Millet y sus hombres, niños y señoritas, para Sabadell donde cantaron, en la iglesia de San Félix, la misa portentosa llamada del Papa Marcelo, de Palestrina; de allí, en fin, partieron para tomar parte en el Concurso Internacional de Orfeones celebrado en Niza, y allí volvieron con su *Senyera* laureada, ostentando el primer premio de aquel gran concurso.

Nadie habrá olvidado la recepción entusiasta que hizo al « Orfeó Català » el pueblo de Barcelona, á su vuelta de Niza. Todos los catalanes consideramos entonces como propias las glorias del Orfeó. Desde aquel momento fué considerado éste como una fundación nacional. Millet había llevado á sus cantores hasta la meta. En Niza fué clavado el tercero y último jalón de una vía de triunfos repetidos.

* * *

Desde la vuelta de Niza, donde el mérito del «Orfeó» fué internacionalmente consagrado, no ha pasado ya por Barcelona celebridad alguna artística que no desee conocer y que no visite el «Orfeó Català.» Puede decirse, como dijo alguien, que para todo artista extranjero de algun renombre resultan ya inexcusables tres visitas: la de la Catedral, la del templo de la Sagrada Família y la del «Orfeó Catala.»

El que esto escribe ha tenido el gusto de acompañar en estas visitas al notable músico alemán Ricardo Strauss, al eminente maestro francés Vicente d'Indy y á la actriz incomparable Mme. Réjane, y en todas estas visitas ha podido notar la misma sorpresa en los artistas extranjeros: ninguno de ellos esperaba encontrarse con una tan acabada manifestación del arte coral y del buen gusto músico; todos quedaban asombrados ante aquel repertorio inmenso de música tan seria y escogida, y tan diferente de la que acostumbran á cultivar los mejores orfeones de Europa. Strauss suplicaba á Millet que le honrara aceptando algunas de sus

La SENYERA del Orfeó Catalá
Proyecto del arquitecto Sr. Gallissá

obras para incluirlas en el repertorio del « Orfeó », y le invitaba á ir con su gente á Berlin y á Munich donde era seguro su triunfo; d'Indy declaraba que, en punto á calidad artística, el « Orfeó Catalá » nada tenia que envidiar ni que aprender de la *Schola cantorum de Saint Gervais*, y que le auguraba un éxito grande cuando fuera á Paris, á donde debia ir; Mme. Réjane se levantaba emocionada, después de oir el « Cant dels aucells », y, sin decir palabra, acercábase á la Sra. Werhle y con ella compartia las hermosas flores que en la mano llevaba; después, al oir el final del *Credo* de la misa del Papa Marcelo, lloraba silenciosa, y, segun dijo por la noche á un amigo, todo el dia se habia sentido dominada por aquella impresión emocionante.

No hay que hablar de las últimas etapas de la vida artística del « Orfeó Catalá » que, por lo recientes, todos recordarán. Cada concierto, cada audición religiosa, cada excursión artística ha sido un nuevo triunfo. ¿Quién será capaz de olvidar los grandiosos conciertos del Teatro Lírico, en el último de los cuales han salido á luz entre aplausos estruendosos « La mort del escolá » de Nicolau, y la « Pregaria á la Verge del Remey » de Millet? ¿Quién dejará de esperar, anhelante, la repetición de aquella tarde sacra y de aquellos oficios de Jueves y Viernes Santos en San Felipe Neri, para oir nuevamente los *Responsorios* estupendos de

LUÍS MILLET.—Retrato al carbón de R. CASAS

Victoria, el severo *Miserere* de Allegri, los portentosos *Improperios* y el imponderable *Stabat Mater* de Palestrina? ¿Quién, que á ellas haya asistido, dejará de recordar, embelesado, aquellas magníficas fiestas artísticas de Igualada, Mataró, Villanueva, Camprodón, San Feliu de Codinas, Figueras y Palma de Mallorca?

El «Orfeó Catalá» cuenta hoy con una masa coral de 50 señoritas, 50 niños y 100 hombres, y con muy cerca de 800 socios protectores. Y como el entusiasmo de todos y el saber y el buen gusto de Millet y de sus auxiliares la Sra. Werhle y los Sres. Comella y Salvat van al unísono y siempre en *crescendo,* no hay que decir si con tales elementos cumple el «Orfeó» admirablemente los fines que se ha propuesto.

Los cantos populares catalanes, la música polifónica, sagrada y profana, de los siglos XV y XVI, y las obras de los músicos modernos de todos los pueblos, y especialmente de Cataluña, hallan casi siempre en Millet y en el «Orfeó Catalá» la interpretación justa y la ejecución acabada con que puedan soñar los espíritus más descontentadizos. Lo mismo cuando se trata de exhalar acentos de mística ó de humana ternura, como en la «Verge bressant» de Cesar Franck ó en «L'Emigrant» de Vives, que cuando se trata de cantar los brillantes explendores de la Fe ó de la Naturaleza, como en el «Credo» de Palestrina ó en los «Xiquets de Valls» de Clavé; lo mismo si se trata de estructuras musicales sencillas en que todo es sentimiento, como en la «Pregaria» de Millet ó en el «Sí á Deu

LAS TRES SECCIONES DE ORFEONI

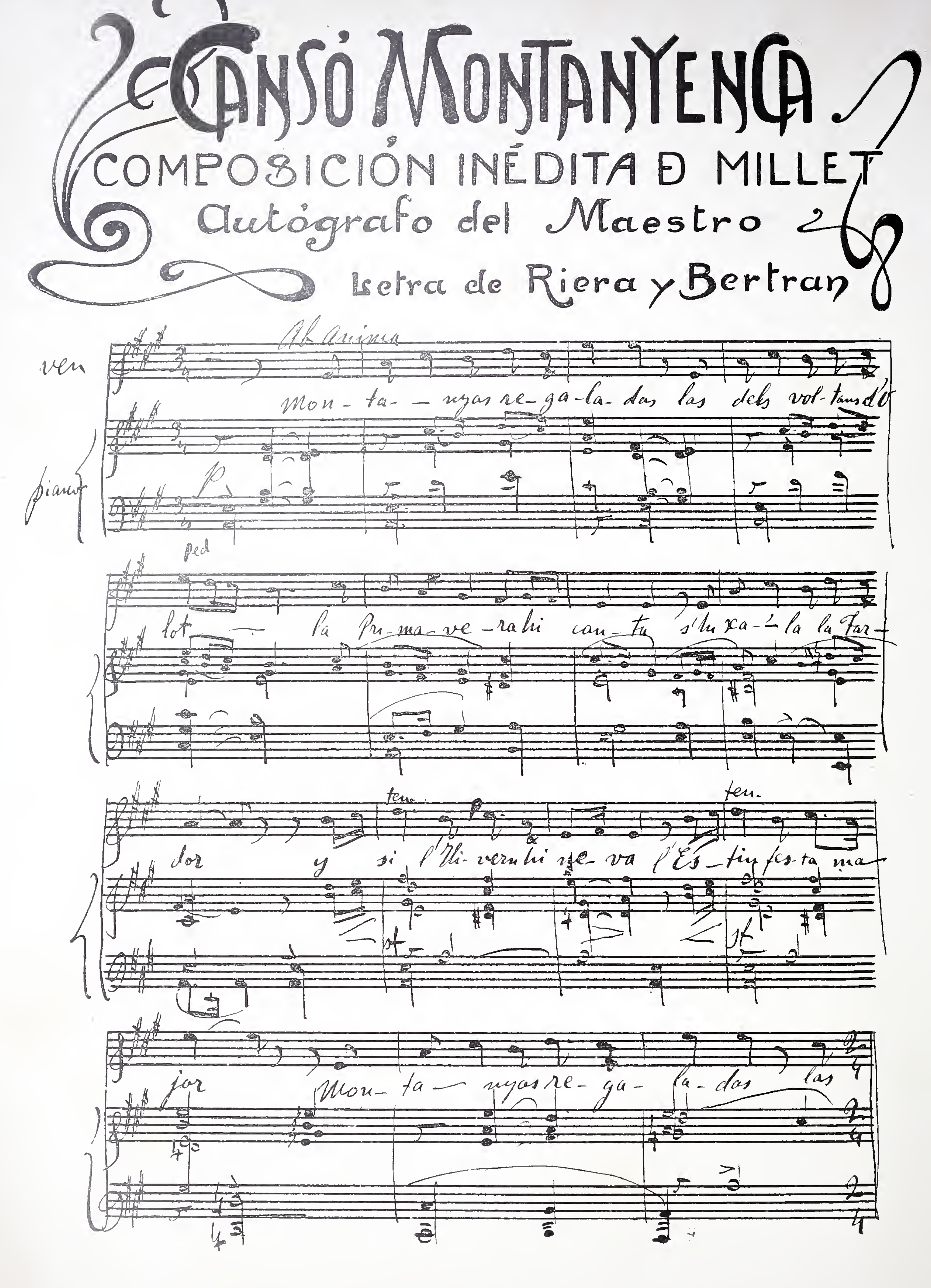
plau» de Mendelssohn, que sí se trata de composiciones complicadas y de expresión dificilísima, como en el responsorio «Ó vos omnes» de Victoria ó en la «Aucellada» de Jannequín.

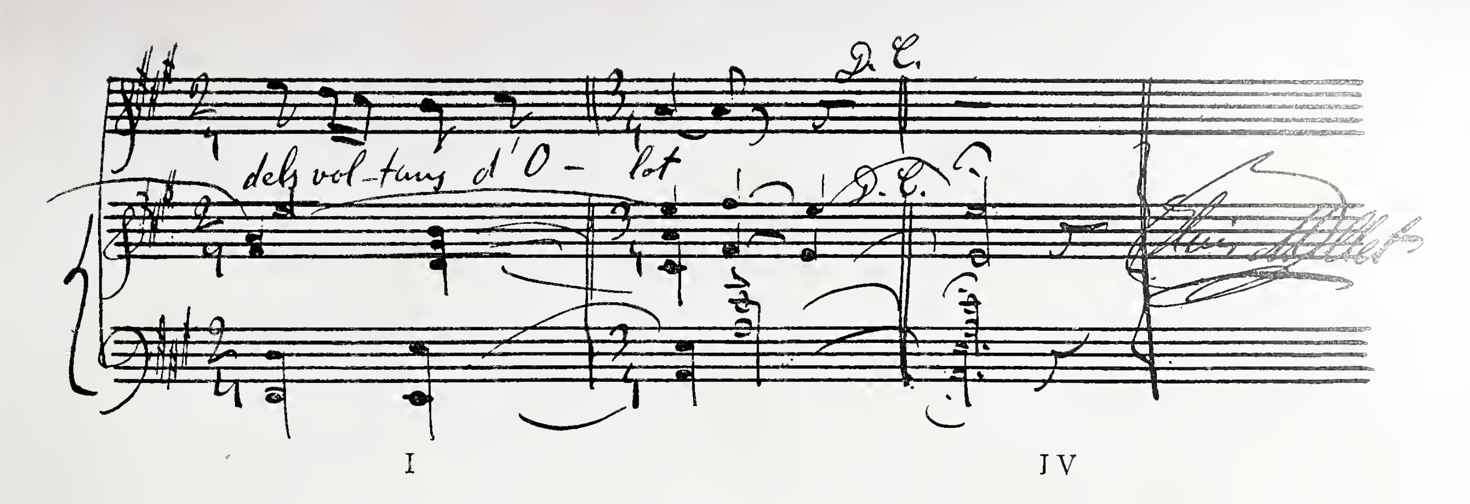
Y no es estraño que haya llegado el «Orfeó Catalá» á tan bellos resultados. Porque hay en todos sus elementos una compenetración tan íntima de sentimientos, una abnegación y un desinterés tan absolutos, y una devoción tan viva y fuerte, que solo pueden explicarse por la elevación de las almas que Millet ha logrado haciendo cantar únicamente á sus orfeonistas música tan soberbia y escogida, y solo pueden comprenderse al presenciar los ensayos, aquellos ensayos en los que Millet canta, y grita, y gesticula, y riñe, acalorado, sin contemplaciones, y acaricia, y ríe, y salta, y brinca de alegría, segun fallen ó acierten sus cantores, siempre entusiastas, siempre devotos y atentos á las menores indicaciones de su Millet querido, insubstituíble.

Este cuerpo complicado del «Orfeó Catalá» no tiene más que una alma, la de Luis Millet. He aquí todo el secreto de su valer y de su fortuna. Porque Millet ha resultado una alma muy grande para el arte, y muy sencilla, una alma de niño, para el trato social. Y esta fortuna del «Orfeó Catalá» durará lo que Millet, como la de los Coros de Euterpe duró lo que Clavé. Estas grandes obras del arte se resumen, sin remedio, en un hombre, en el artista. Afortunadamente Millet es joven y fuerte, y será eternamente un *bon enfant.* Que Dios se lo conserve por muchos años á los beneméritos cantores del «Orfeó Catalá», para gloria suya, de Cataluña entera y del Arte músico.

E. SUNYOL

...S, HOMBRES, SEÑORITAS Y NIÑOS

Esplugas, fot.

Cansó Montanyenca
Composición inédita D Millet
Autógrafo del Maestro
Letra de Riera y Bertran



I

Montanyas regaladas,
las dels voltants d' Olot,
la Primavera hi canta,
s' hi xala la Tardor
y si l' Hivern hi neva
l' Estiu festa major,
montanyas regaladas,
las dels voltants d' Olot.

II

Companys ¡ amunt y fora !
gran aire y gran claror
encenguin nostras venas
y axamplin nostres cors.
Rés dona la alegría
d'aqueixos miradors,
montanyas regaladas,
las dels voltants d' Olot.

III

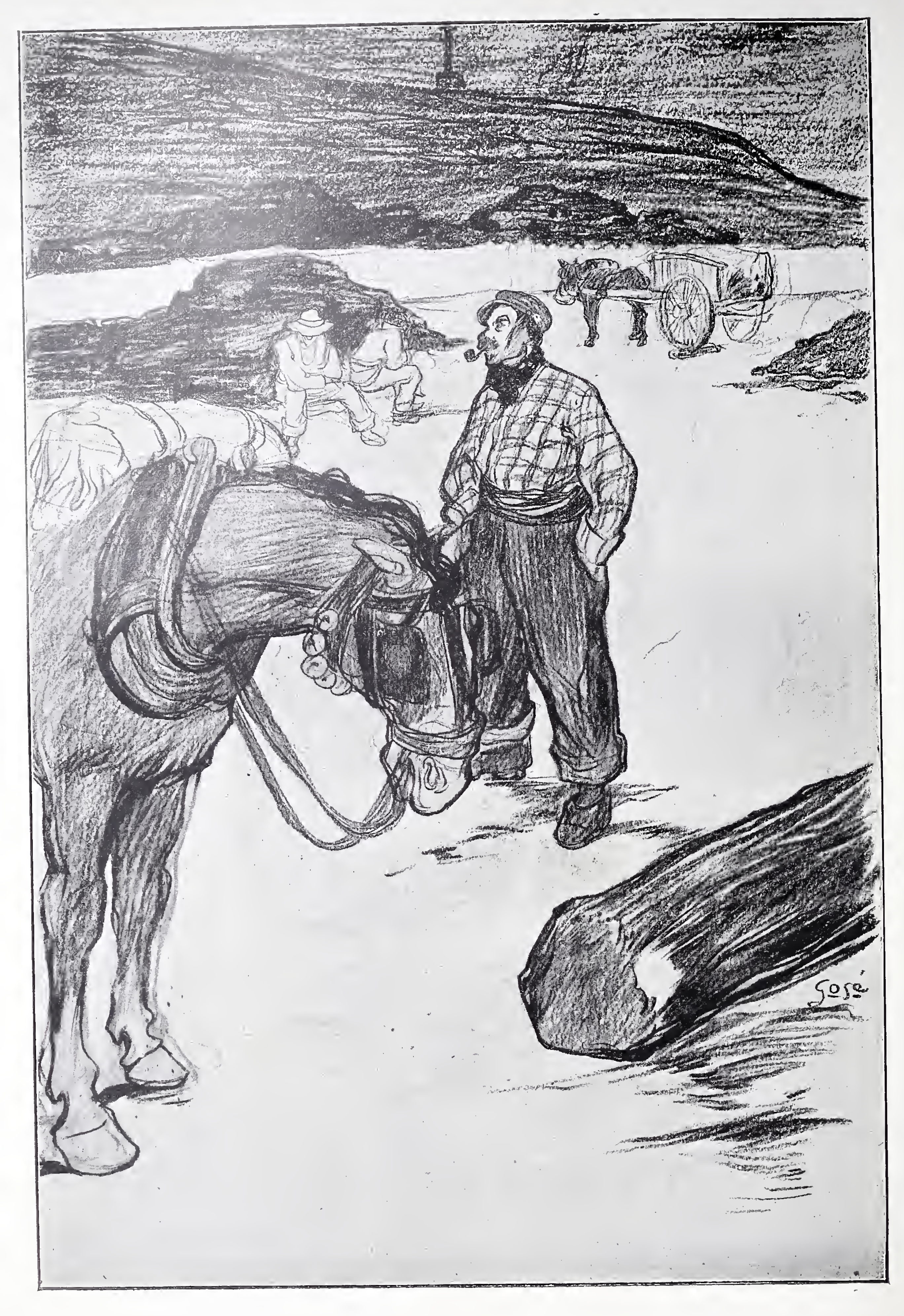
Bell Puigsacalm, tas cimas
congrian pluja y sol;
el Pirineu t'endressa
ab fraternals petons,
recorts d'antiga patria,
confiansas al retorn,
montanyas regaladas,
las dels voltants d' Olot.

IV

Boscám que remoreja,
blancays de gay fajól,
corrents ajogassantse
per marges floridors :
tot ens encisa l' ánima,
perque al bon Deu fá goig,
montanyas regaladas,
las dels voltants d' Olot.

V

De nostras altas serras
fidels adoradors
cerquém en las déus d' aigua
las déus dels sants amors.
Companys, ¡ amunt y fóra !
¡ com més amunt, millor !
montanyas regaladas,
las dels voltants d' Olot.



GOSÉ.—LA TRISTEZA DEL SUBURBIO

JOHN Ruskin ha muerto.

Á la edad de 81 años lo ha llevado al sepulcro una fiebre gripal cogida en el Norte de Inglaterra, en Corrustín, en aquel país de los lagos tranquilos donde se había retirado.

Ruskin ha sido el hombre que más ha influído en Inglaterra en el sentido altamente humano, *super-humano*, el que más ha contribuído á quitarle el caracter duro, utilitario, mecánico, para infundirle un caracter artístico, vital, franco y expansivo. Sabio, y artista, pero profundamente artista, hombre de corazón enamorado de los esplendores de la Naturaleza ha sido el patriarca de la *Religión de la Belleza* que él ha fundado. Los Judeo-Cristianos dijeron «*Dios es Justicia*». Los Alejandrinos, Dios es el Bien, y lo llamaron *Agathos*. Los sabios de la Edad Media lo buscaron bajo el aspecto de *lo que es*, de lo que es en si: *La Verdad*, la *Verdad suprema*, el Noumeno como dijo Kant, en oposición al fenómeno. Ruskin lo adoró en la Belleza.

Antes que todo fué un alma de artista, un contemplativo profundamente enamorado de la Creación y del Hombre la criatura más perfecta.

Pero con un corazón de oro y una inteligencia divina, se dedicó á sublimar el Hombre por el sentimiento. Y este gran contemplativo que llevaba la contemplación al éxtasis, era también un activo. Simbólicamente, podría representársele como uno de esos caballeros medioevales que admiramos en los retablos del mil trescientos, destacándose sobre un fondo de oro, con armadura y sobrevesta de brocado, mirando al Cielo en el cual impera el Eterno Padre, llevando en una mano una flor y en la otra una espada.

Con un corazón desbordante de amor cual San Francisco, y con una actividad infatigable, aristocrático por temperamento y demócrata por convicción, supo realizar la más bella y más fructífera síntesis que jamás se haya visto en el Reino Británico. Unió la acción á la contemplación, el conocimiento al sentimiento, á la crítica el entusiasmo, y predicó la Belleza y el buen gusto entre las masas, como entre los *Lords* del Parlamento, y juntando á la predicación el ejemplo vertió su fortuna de cinco millones de libras esterlinas para procurar salud y hermosura al pueblo, salud de cuerpo y salud de alma.

Y no cejó jamás en su propósito. No se le escuchó, se le tuvo por loco, pero él continuó con valor su propaganda de ideas y de medios, apesar de esto. Subió á los palacios, fué á las exposiciones, bajó á los talleres, á las fábricas, hizo tempestades en el parlamento, y no se cansó nunca

hasta que vió que á su impulso su país empezaba á embellecerse y á sanearse.

Él fué el que enamorado de la pintura antigua italiana fundó el *prerafaelismo* en Inglaterra. Él ha sido el padre del *Modernismo* en el Continente; pero no del modernismo decadente y vacío, sino de un modernismo lleno de vida y preñado de savia nueva.

Se necesitarían varios libros para dar cuenta de lo que ha hecho en pro de su país y de la Humana especie este Escocés ilustre. Grande en su empresa y en su actividad, empezó por ser modesto en su programa. «Vamos á probar — dijo — de hacer bello, pacífico y fecundo un pequeño rincón del territorio Británico. No importa que no lo crucen las *ferrovias*, ni que no lo ennegrezca el hollín de los vapores; pero en él no habrá seres humanos sin voluntad consciente y sin pensamiento. No habrá más desgraciados que los enfermos que cuidaremos, ni más improductivos que los difuntos, á quienes daremos sepultura. Rechazaremos la igualdad, hermana de la Muerte, poniendo de relieve toda superioridad que encontrar podamos, reprobando y abatiendo las inferioridades de toda especie. Tendremos flores, en primavera, en nuestros campos; frutos en otoño. Y reinará entre todos la música y la poesía. Nadie sufrirá ni frío, ni hambre, porque todos serán pagados por su trabajo actual, y los inválidos y los viejos, por lo que hayan trabajado. Se cultivará la ciencia para saber, el arte para sentir; estudiaremos lo pasado para adelantar en el porvenir; reverenciaremos los padres para educar á los hijos. Tenderemos á la vida, ricos de los dones del pensamiento, sin egoísmo y sin envidia, presentando al porvenir nuestros tesoros, como esos ingénuos magos de los cuadros del divino nacimiento, le presentan al Dios niño, el oro y el incienso».

Y precisamente este sueño de Ruskin; al cual unió la acción y abrió la caja, fué concebido en Mayo de 1871, después de los terribles días de la «*Comune*». Y no solo vertió su dinero para enaltecer y embellecer su país de Escocia, sinó que profundamente conmovido de las desgracias de Francia, y en compañía de Mgr. Manning, Sir John Subbok y Huxley, mandó fuertes cantidades para socorrer á aquella nación agobiada. Para su idea artística fundó la *Saint George's Guild* para realizarlo. Sería largo el reseñar como llevó á cabo su proyecto. Llamó á los jefes del socialismo obrero, y les ofreció su fortuna, pero vió que iban á producir una sociedad sombría y pesada, mecánica y pequeña; y halló sus cerebros mineralizados en un sistema duro como un engranage, y no pudo entenderse con ellos. Hablaban dos lenguajes distintos. Él les hablaba de Amor, de Belleza, de superiorizar la especie humana, protegiendo todas las perfectibilidades naturales que se manifestaran, y los otros le hablaban de Utilidad, de Igualdad y de máquinas. No se comprendieron, y Ruskin se marchó de Sheffield en la elegante silla de postas en que había venido, con sus lacayos vestidos á lo Luis XIV.

Pero no cejó. En Westworeland desaparecían las pequeñas industrias rurales. Ya apenas se esculpía la madera; ya no se repujaba el cobre; ya no se forjaba el hierro á martillo; ya no se hilaba y tejía á mano la buena tela á la antigua. Y corrió á ese nuevo campo de batalla para librar al mecanismo el primer combate. En pocos meses el país fué transformado y todas las antiguas industrias á mano, renacieron, instruyendo á los obreros, y poniéndoles Museos de telas, de cueros, de hierros de forja, de repujados, para que mejoraran artísticamente la labor antigua. Y así escribía en sus *Siete Lámparas de la Arquitectura*. «El hombre no debe transformarse en autómata, ni rebajar su trabajo inteligente al nivel del de una máquina. Si hace un trabajo libre y sentido, aunque este solo sea un plafón ó una tela, veranse en él puntos en los cuales se ha complacido más que en otros; unos en que ha ido la mano más ligera, otros más torpes ó menos cuidados; su personalidad quedará impresa en el estilo de su mano de obra; y el efecto de su artefacto será el de oir una poesía profundamente sentida, y mientras que los artefactos mecánicos nos harán el efecto de las mismas palabras recitadas por un papagallo».

No se pueden enumerar sus empresas en pro del mejoramiento de su pueblo y de la raza humana. «Así como los ganaderos educadores modifican provechosamente las especies animales, y los horticultores las vegetales, porque los sociólogos no hemos de llevar á una progresión ascendente la especie humana,— esclamaba — dándole mejores condiciones de existencia embelleciendo el medio ambiente, haciendo que se propague en condiciones espléndidas de amor, de salud y de vida». Á tal punto llevó estas ideas que llegó á hacer votar una ley que no permitiera que sus dominios fueran cruzados por los ferrocarriles en los puntos que podían destruir la belleza del paisaje, ni instalarse fábricas donde pudieran afear los pueblos, ni en condiciones de impedir la higiene. Y los talleres que se construían hacíalos construir aereados, espaciosos, en medio de jardines, y con frescos ó grandes cuadros célebres en las paredes, y organizaba los obreros en sociedades cooperativas para que se repartieran los productos relativamente á la calidad y la cantidad del trabajo de cada uno.

Fué más que un crítico y un sociólogo: fué un artista de la vida, á la vez profeta, creador y educador. El crítico inglés se limitaba á lo más á admirar las bellezas de las obras de arte. Él iba más allá, las propagaba, y esto con una libertad y una franqueza heróicas. En pro del ideal de Belleza luchó solo, contra todos. La mal llamada Utilidad práctica fué su enemigo, convencido de que lo más ideal es lo más real y lo más poético lo más práctico. Nada le importó, ni la opinión, ni el dolor, ni la calumnia; desafió los lores, los millonarios, las masas, las tentaciones del poder y de la fortuna, incluso las de la propia suya. Ante todo quiso ser libre y franco, directo, siempre correspondiendo sus actos á sus escritos, éstos á sus ideas, y sus ideas siendo paralelas de sus sentimientos, y éstos del enaltecimiento de la especie. Así le vemos sonriente hasta en sus angustias, simpático hasta en sus tiranías, noble hasta en sus odios, lo cual ha hecho exclamar con el Dante á un ilustre escritor francés: «*Si le Monde savait quel cœur il eut, apres l'avoir beaucoup loué, il le lourait plus encore... !*»

Era liberal y aristócrata, y esto desconcertaba á los *Torys* y á los *Wigts* ingleses. Los liberales no podían comprender que no fuese igualitario, los aristócratas que

no fuera defensor de lo atrasado. «¿Á que partido perteneceis pues? — le preguntó un día un alto personaje palaciego. — «Á un partido que está por encima de Gladstone y de Disraëli, como Dios está por encima de la Reina Victoria», respondióle. «Es el de la Vida y de la Belleza, y lo formamos dos hombres solos: Carlyle y yo».

Liberal activo, combate con ardor la teoría de los economistas ingleses, el «*dejad que se haga, dejad que pase*». Él comprende la libertad solo como concepto contingente de la acción; y guiado por una conciencia recta y en bien de la especie, «¿Que es la libertad? — exclama — ¿De que libertad nos hablais? ¿De qué independencia y hacia quién? ¿Independencia de las leyes eternas, y de las personas venerables? El perro fiel al Hombre es un animal bueno y fuerte. El ave que vuela y canta, es libre y no huye del Sol. Todo en la naturaleza obedece á la gravitación; y una gran roca, la sigue más que una insignificante pluma. Cuando el Giotto trazaba un círculo á pulso, su mano dependía de su cerebro. Libertad, sí, pero no contra la Vida ni sus superiores manifestaciones. Nadie dejará que un hijo suyo pequeño vaya á coger de encima de la mesa frutos envenenados que esten confundidos con otros buenos... Nadie le dirá «Escoge, que aunque mueras habrás adquirido la dignidad de ser libre». «¿Qué haremos del tiempo sino somos activos? ¿Qué del espacio si no tenemos piernas ni impulso para trasladarnos? La pincelada del Tintoretto, de Luini, de Corregio, de Reynolds, de Velázquez, es tan libre como el aire, y no obstante es justa, como hija que es de una disciplina heredada de quinientos años de esfuerzo que les permitió ser libres y hacer obras maestras.»

«Para ser libre hay que dominarse, saberse conducir á si mismo, tener una personalidad potente y robustecerla. Así en la Vida se triunfa de la Miseria y en el Arte de la Fealdad. Tener estilo, en la moral como en el arte, es todo. Ser uno mismo, y este uno ser alguien, contar para algo, ser un foco de acción influyente, irradiar vida y el paroxismo de la vida se traduce por placer y por Belleza. Restituid la salud y el vigor á los que sufren, nutrid sus corazones y sus inteligencias, adquirirán la gracia, es decir, la Belleza; y el culto de lo bello será el más seguro guía para la solución de los problemas sociales».

Así afirmaba que de nada serviría que los cuerpos humanos adquirieran una belleza helénica si sus almas no estaban preparadas á ser dichosas de tal dicha. Su admiración, el sentimiento profundo de la Belleza, así moral como física; he aquí el culto religioso que proclamaba. «Toda la educación ha sido dirigida hasta aquí por el protestantismo, decía, en contra del amor á la Naturaleza. El único conocimiento reputado necesario ha sido el de las *palabras*, por lo que no ha habido más contemplativos que los perezosos. En lugar de enseñarnos á ver y á sentir, se nos ha cargado la memoria con etiquetas. Y se han olvidado que admirar es el principal goce y el primer poder de la vida.» Así predicaba á los ricos el suministrar á las masas á más de medios de trabajo, de que admirar. «Dejad vuestros efímeros goces personales, — les decía — y cread monumentos ó museos que sirvan á todos y para siempre.» Recomendábales los artistas, poetas y pensadores, para que con su apoyo brillasen, no cual la estatua de nieve que Medicis mandó hacer á Miguel Angel y que fundió el sol del nuevo día, sinó que vitrificadas sus producciones, sean ricamente incrustadas en sus palacios, como el ventanal de personajes de colores entre dorados barrotes y columnitas de jaspe, que envía sus colorados destellos á lo lejos cuando el palacio está lleno de luz, y dentro del palacio cuando sale el sol en la naturaleza. Así los genios expléndidamente subvencionados por los poderosos, deben de enviar sus destellos á las generaciones venideras, iluminando al propio tiempo á los Mecenas, de reflejo.

Y á los pobres les predica que se gocen en ver las preciosidades, de los Museos, de las Iglesias, de las colecciones, que si saben comprenderlas y sentirlas, aquellas bellezas serán más suyas que de sus poseedores. Predica que debe de haber una *Aristarquia*, la dirección de los geniales, de los creadores, de los nobles, del ideal y del corazón; pero que este grupo de escogidos debe trabajar y producir para la masa, y elevarla. Y á ésta le dice que no dude de ninguna grandeza, de ninguna honradez, ni de ningun talento. Que no dude más que del mal. Que no deje de creer más que en una cosa, en el escepticismo de la vida. Que no tenga más que una rebelión; contra la Fealdad. Que á los poderosos no les eche en cara sino su pequeñez, sus costumbres y trajes utilitarios y sin gracia, y el que guarden solo para sí, sus fortunas y sus bellas colecciones; á los municipios que dejen arruinar los monumentos artísticos antiguos para construir casas con fachadas indiferentes; que subvencionen policía más que enseñanza y arte.

Á todos predica el respeto de lo bello y de lo grande. «Burlaos solo de la burla. Odiad al ódio. Despreciad el desprecio. Admirad, sin egoísmo, sin prejuicio, sin dudas. La desgracia está hecha de envidia. El que admira con todo su corazón no envidia á nadie. Admirando se comprende, admirando se perdona, admirando se crea.»

Condena á los que buscan más bien el oro que la vida. El país más feliz es el más vital, no el que tiene más dinero. Éste, por lo regular es un país feo inestético; como acostumbran á serlo los ricos. La pasión capitalista deforma el cuerpo y el alma. La contraria, la pasión socialista igualitaria produce el mismo efecto. Lo mismo el que tiende á acaparar las representaciones del valor, que el que tiende á destruirlas, son sembradores de fealdad y de muerte. Lo opuesto son los activos, los productores de valores nuevos, de cosas útiles á la vida. Los que juegan con meras representaciones del valor estan movidos por el orgullo; el orgullo que chispea lo mismo en los ojos del sombrío apóstol revolucionario, que en los del fariseo explotador resplandeciente de lujo. Ambos tienen el mismo movil: aparecer grandes sin serlo.

Que todo se organice para la paz, para la Vida, para la Belleza, para el Arte. He aquí el fin de la propaganda de Ruskin, ejercida en la cátedra, en el libro, en el periódico, y con el ejemplo. Oidle en su predicación profetizar la nueva era estética del siglo XX: «No se levantarán esos feos edificios con altas chimeneas que ennegrecen la atmósfera con su humo, sino hermosos palacios del trabajo. Los locomóviles serán artísticos como góndolas venecia-

nas. No habrá trabajo sin obreros, ni obreros sin trabajo. No se inventarán máquinas para reemplazar los brazos, para que haya brazos que esten inactivos, sino para que haya mentes que admiren y mediten. El hierro que ha de servirnos para las habitaciones no será fundido y vaciado en moldes de industria sino forjado artísticamente. Por los caminos se verán viajeros que tal vez correrán menos que ahora pero que admirarán más la naturaleza y llevarán á lo lejos las nuevas embellecidas por la imaginación, con lo cual resultarán menos falsas que la información de los periódicos. El traje, siempre bello y adecuado, será dirigido por el artista y no por el sastre, y cada uno tendrá el suyo, con su sello personal, y revelará su clase ú ocupación. Los médicos y demás que intervengan en curar, irán vestidos de púrpura y oro. Los soldados, de negro. Las joyas, más que de pedrería y metales preciosos, serán de arte. Los que tengan dominios no serán despojados de ellos pero vendrán obligados á que sirvan para los demás. Habitarán sus posesiones, fundarán escuelas, hospitales y museos, y enseñarán á todos, la historia, la música, las leyendas, la poesía, y hasta las danzas y la gimnasia. Los ricos no echarán el oro en las mesas de Baccarrat, ó en los campos de *courses*. Este oro, después de deducir el que les toque por la espléndida dirección del libre trabajo de sus fincas, lo restituirán á la tierra en abonos, á los obreros, porque lo han producido, y emplearán una parte en las bibliotecas, museos, escuelas, hospitales y demás instituciones en beneficio de todos. Las escuelas estarán ornamentadas con pinturas, esculturas, imágenes artísticas, antiguas y modernas. No habrá objeto que no sea artístico. Habrá arte y no lujo. Las cátedras serán todas las que se pueda al aire libre y en plena naturaleza.

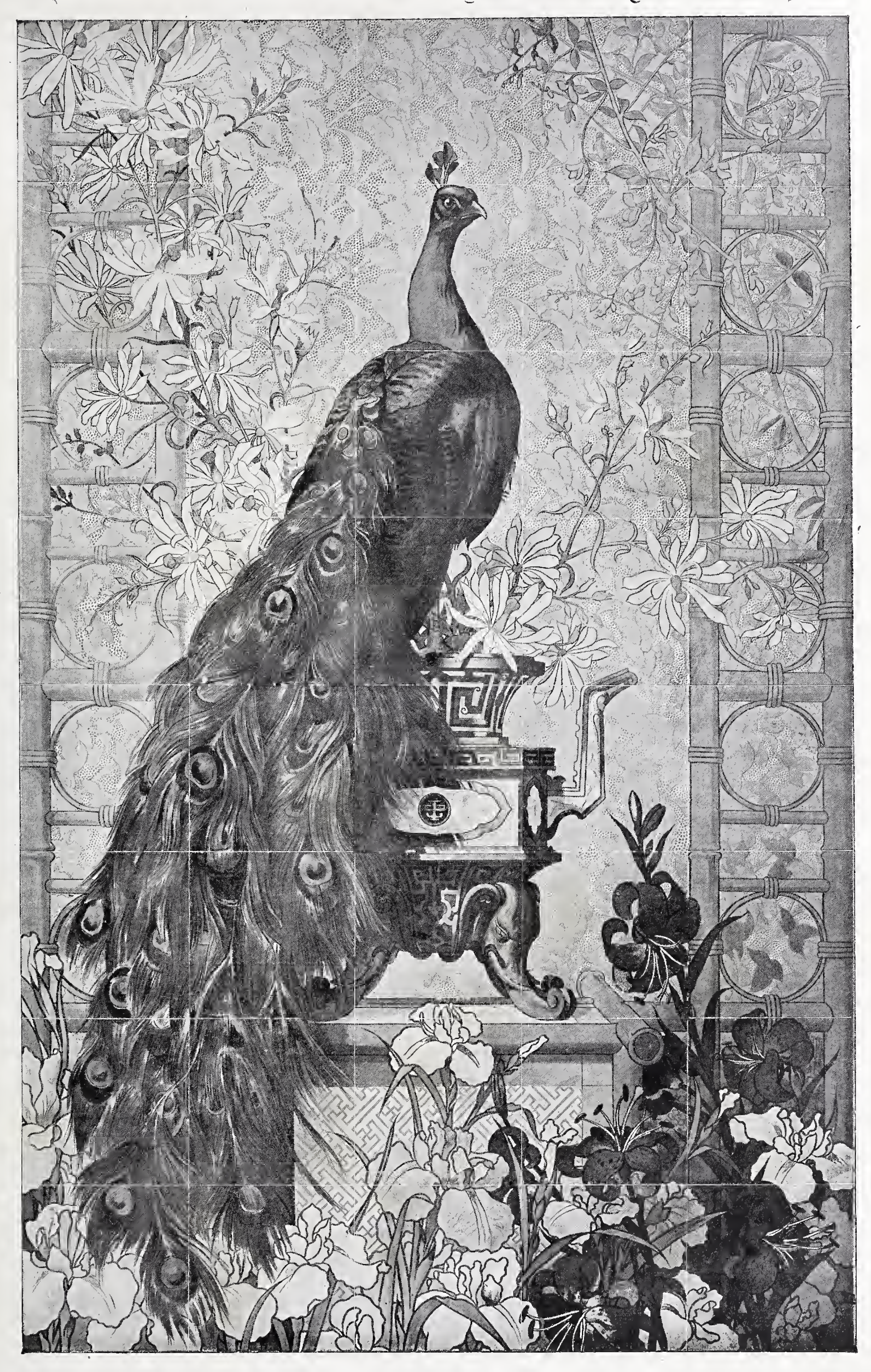
No habrá más capitanes que los de la producción ni más nobleza que la del corazón, ni más supremacia que la de la inteligencia. El Arte lo informará todo, pues el buen gusto forma el buen caracter. Las monedas llevarán el San Jorge matando el dragón, ó sea el Bien destruyendo el Mal, pues la moneda solo servirá para acrecentar la vida. El Estado hablará de Belleza á las multitudes por todos los medios que esten á su alcance: Los templos, los edificios, las murallas, las campanas, los trajes. Los cañones solo servirán para hacer salvas. Habrá fiestas públicas y lujo público. La principal será la fiesta de los matrimonios, la de la paternidad. Los jóvenes pasarán hasta su desarrollo completo instruyéndose y practicando artes bellas. Viajarán y escogerán libremente la madre de sus hijos. Trabajarán luego en su oficio ó profesión y este será su trabajo noble emancipado por los medios de la ciencia, no acaparado por la esplotación. Trabajar, amar, embellecer; esta será la divisa de los pueblos. La mujer será instruida, mas no pedante; ejercerá las artes que le sean propias, las delicadas. Educará los hijos, y el hombre los enseñará. No se mezclará en las discusiones, pero podrá entenderlas. En la casa de su marido será una sierviente y en su corazón una Reina.»

* * *

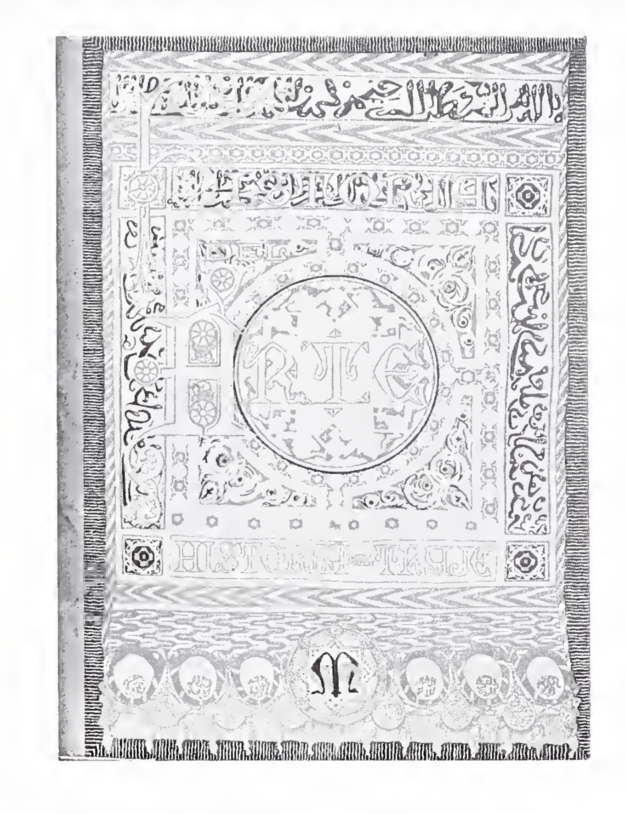
Después de lo dicho se comprenderá que este gran crítico que sentó por base el entusiasmo, empezando por dibujar y pintar admirablemente antes de criticar las obras; que este gran pensador filantropo que en un país mecánicamente utilitario basaba su sistema de redención en la Belleza; que este millonario que se arruinó por plantear su sistema, creando las industrias artísticas, haciendo estéticas las que no lo eran, despertando un amor sagrado á la Naturaleza; se comprenderá, decimos, que haya influído tanto en su pueblo que apenas hay casa de Inglaterra, que no tenga algo que le deba su forma ó su estilo, ni viajero inglés que no viaje bajo su influencia. Él ha producido la corriente que lleva á miles de ingleses á Italia á admirar las obras de arte. Él ha popularizado el viaje al Rhin y á Suiza, para admirar los bosques y las montañas. Él ha puesto en vigor la gimnasia; él ha creado un gusto superior en la mujer inglesa y una reacción contra la escuela economista. Á él se deben la mayor parte de corrientes humanitarias y artísticas de la Gran Bretaña. Y fuera de ella, ha inspirado á D'Anunzio y un sin fin de escritores y artistas jóvenes de Italia, de Alemania y de Francia, que le adoran como el profeta de una era nueva.

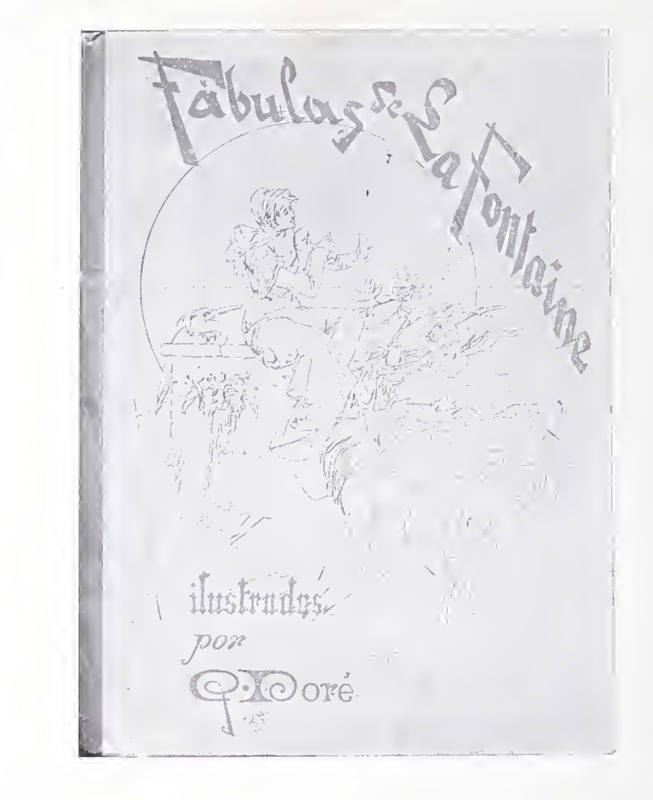
Pompeyo Gener

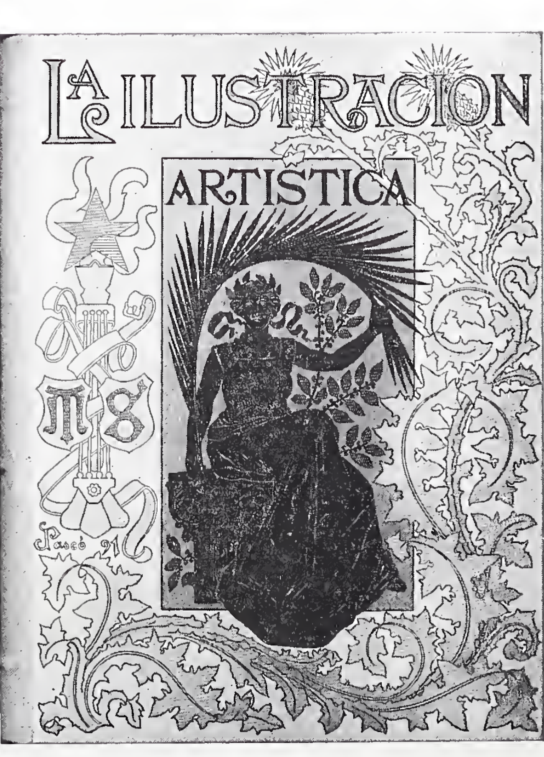
PLAFÓN DECORATIVO

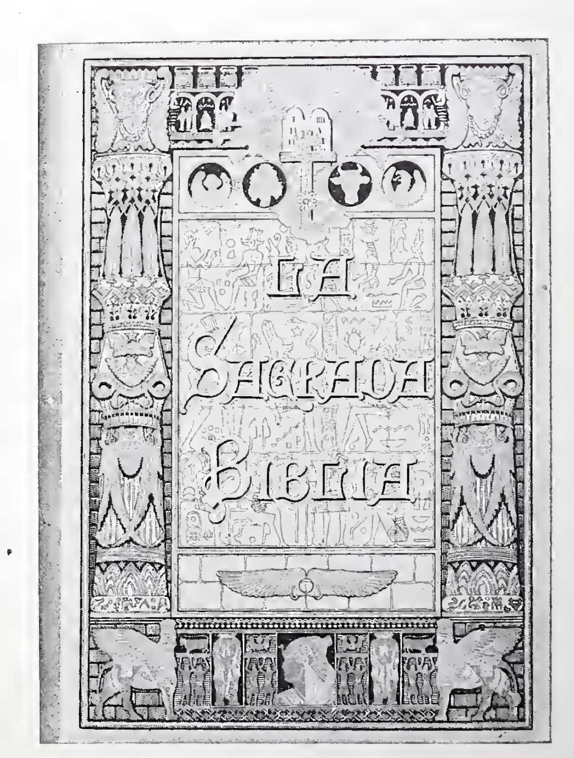


40 piezas azulejos cartón piedra, en colores y relieve. Tamaño natural: 1m × 1'60









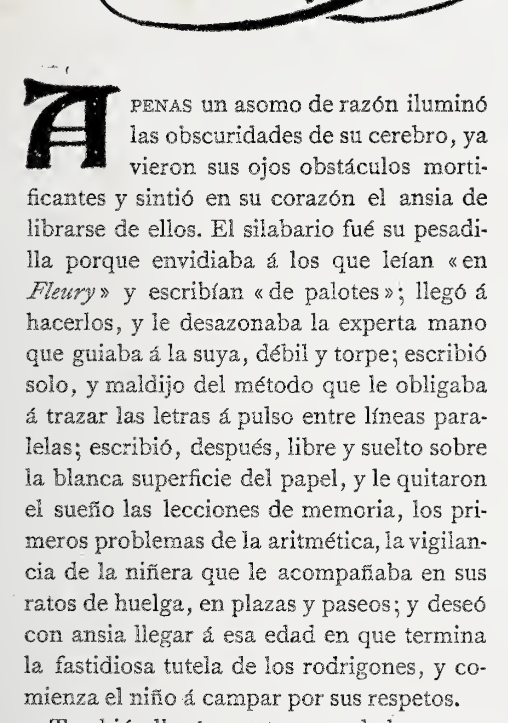
Encuadernaciones y tapas para las obras editadas por los Sres. Montaner y Simón. - Hermenegildo Miralles: Barcelona

HISPANIA
SPORT
Champagne
SPORT
Champagne

R. CANALS.—LA ESPAÑA NEGRA

LA LIMA DE LOS DESEOS

APUNTES D MI CARTERA



Apenas un asomo de razón iluminó las obscuridades de su cerebro, ya vieron sus ojos obstáculos mortificantes y sintió en su corazón el ansia de librarse de ellos. El silabario fué su pesadilla porque envidiaba á los que leían «en *Fleury*» y escribían «de palotes»; llegó á hacerlos, y le desazonaba la experta mano que guiaba á la suya, débil y torpe; escribió solo, y maldijo del método que le obligaba á trazar las letras á pulso entre líneas paralelas; escribió, después, libre y suelto sobre la blanca superficie del papel, y le quitaron el sueño las lecciones de memoria, los primeros problemas de la aritmética, la vigilancia de la niñera que le acompañaba en sus ratos de huelga, en plazas y paseos; y deseó con ansia llegar á esa edad en que termina la fastidiosa tutela de los rodrigones, y comienza el niño á campar por sus respetos.

También llegó pronto esa edad, porque el tiempo vuela; y le cambiaron los bombachos cortos por los calzones de largas perneras, la holgada blusa por la tirana chaqueta, y el birretillo gracioso por el empedernido sombrero; atáronle con una correa muchos libros, en latín los más divertidos de ellos, imponiéndosele la obligación de estudiar un poco de cada cosa todos los días, bajo la férula de otros tantos profesores, á cual más huraño y desabrido; y desde aquel momento empezó á envidiar la suerte del estudiante de Universidad que no necesitaba esclavizar los bríos de su temperamento á la engorrosa é inalterable ley de los *declinados* y de las conjugaciones; que era mozo con barbas y fumaba sin esconder el cigarrillo tras de cada chupada; que vestía como un caballero, viajaba solo y vivía en completa libertad. Entre tanto, cada hora de cátedra le parecía un año de cadena, cada examen le ponía fuera de quicio, y el peso de las lecciones pendientes le amargaban los pocos ratos que le quedaban libres para jugar al bote en las aceras y al marro en las plazas públicas.

Así fueron corriendo los años de su bachillerato, años que le parecieron siglos en su afán de que pasaran pronto, y también llegó á la Universidad. Para entonces ya le negreaba el bozo en la cara; y como era un mozalbete hecho y derecho, comenzaban á dilatarse, arrebolados y primaverales, los horizontes de su fantasía; el corazón palpitaba de regocijo en su pecho, rebosaba de vida y de esperanzas y se anegaba todo su ser en un golfo de delicias, sin fondo, sin riberas y sin tempestades. Pero tenía este mar un escollo, uno no más, contra el cual se estrellaba él en cuantos rumbos le trazaban sus inquietas imaginaciones: la Universidad misma, su condición de estudiante con las horas fijas de cátedra, su escasez de dinero y de levitas, su falta de verdadera independencia. ¿Qué era él, en sustancia, á la sazón? Entre los hombres, un niño; entre los niños, un hombre; es decir que en todas partes estaba de sobra, fuera de la ley... en todas partes, menos en la Universidad: precisamente donde él no quería estar. De modo que todos sus «ideales» se realizaban fuera de la región en que el deber y la edad le colocaban... ¡Ah! la borla, ¡la borla! ¡Cuando la ostentaría en sus sienes! La borla era la libertad, la independencia, el caracter, la verdadera carta de ciudadanía! La borla en sus sienes, era tener barbas, ser hombre, hablar en público, escribir, ser actor principal en la escena del mundo, adquirir fama, gloria quizás; de seguro, riquezas.

Y llegó también el día de ceñirse la borla, tras de muchos cursos ganados sabe Dios cómo, y sin haber pagado todas sus cuentas al sastre; pero pasando las penas del purgatorio, para que en tan largo número de años no conociera su padre los apuros de su vida.

Doctor, yo no sé en qué, tampoco en esta nueva jerarquía encontró lo que en ella había creído vislumbrar desde lejos. Desvaneciase su persona en la confusión de otros mil doctores de la propia ralea, y hasta observaba que no eran los más favorecidos por el aura popular los que tenían mayores merecimientos, sino mejores padrinos; ni estos los más venturosos, puesto que cada altura que ganaban de un salto, sólo les servía para codiciar con dobladas ansias otra mayor. Mortificábale esta invencible contrariedad de su carrera, y no resultaba, por ende, aquel punto el que le satisfacía para detenerse y acampar en él hasta el fin de su vida, colmadas ya sus ambiciones, y muertos, ó apaciguados siquiera, sus deseos. Molestábale también aquel vivir entre fárragos insustanciales que no podía barrer de su pupitre, porque ellos eran su pan y su vestido, fárragos acumulados por el movimiento maquinal de su cerebro de doctor, no producto de la febril ebullición de su fantasía que le arrastraba en bien distintas direcciones. Hastiábale, asimismo, la soledad en que

¡ Qué figuras, qué cuadros se pintan en el lienzo de su fantasía !

Dibujo de FELIU DE LEMUS

vivía dentro de su propio hogar, y suspiraba echando de menos, para estímulo en su trabajo y consuelo en su fatiga, el afecto noble y generoso de la compañera elegida por el corazón, y por Dios otorgada y bendecida. ¡ Venturoso instante aquel en que estos sus deseos llegaran á realizarse ! ¿ Á qué más afanes ya ni más intentos ?

Y llegó pronto el suspirado « mañana ». Pero los insaciables deseos no callaron. Faltaba algo en el cuadro de su felicidad; algo que es en el hogar doméstico lo que la brisa y los pájaros en el bosque: armonías y regocijo. Faltaban esos angelitos con ojos azules, húmedos labios y dorados rizos... Y también vinieron, segun los días y los años fueron corriendo; vinieron lanzando el primer vajido antes de abrir los ojos, especie de protesta que exhala el alma, aliento de Dios, al sentir el contacto de la tierra, montón de barro de maldades. Pero los tiernos seres sólo eran ángeles en la figura; y cogían indigestiones, y padecían tos ferina y sarampión, y un soplo de aire frío los ponía á morir. La estadística

acusaba una cifra espantosa de víctimas á aquella edad. ¡Qué pena cuando enfermaban! ¡Qué horrible pensamiento el de que podían morirse, cuando le asaltaban por todas partes, y le comían á besos y le registraban los bolsillos y le aturdían con sus preguntas sin fin, en una lengua cuya gramática solo conocen los padres!

¡Años! ¡más años!... Que pasaran los años era su anhelo incesante, para que aquellas tiernas existencias, con mayor desarrollo, corrieran menos peligros. Además ¿no es cada niño un problema que ha de resolver el tiempo? Y ¿qué curiosidad más lícita que la que siente un padre por conocer esa solución? ¿Qué llegará á ser aquel inocente que se aflige por la rotura de su juguete, y ríe como un loco con la mosca que se estrella contra los vidrios del balcón, imagen fiel de la razón sin guía? ¡Y qué cosas ven los padres en esas contemplaciones, á la luz de su amor y de sus deseos! ¡Qué figuras, qué cuadros se pintan en el lienzo de su fantasía! ...Poetas ilustres, sabios ingenieros, invictos generales, tribunos arrebatadores... tal vez el arte glorificado, la ciencia transformada, la patria engrandecida... porque todo ello puede ser obra del hombre; y para estas aristocracias del genio no hay cuna de preferencia, y no habiéndola ¿por qué no ha de soñarla cada padre en la de sus hijos? Verdad que tampoco la hay para los monstruos del crimen; pero Dios no ha querido dar á los padres la espantosa tortura de poder imaginarse en el inocente sér que acaricia sobre sus rodillas, al héroe del presidio, ó á la presa del verdugo. ¡Qué vuelen, pues, las horas y los años! ¡que se aclare el misterio! ¡que se resuelva el problema!

Y voló el tiempo, y el niño inocente llegó á muchacho revoltoso, y el muchacho se hizo mozalbete presumido, y el mozalbete se transformó en hombre barbado; y en cada una de estas fases ó etapas de su vida se iban retratando otras iguales de la vida de su padre, cuyos deseos, lejos de apaciguarse, á la edad de las abnegaciones y de los desengaños, crecían y se pultiplicaban, porque vivía por todos y para todos y cada uno de sus hijos; y los cuidados y los afanes de éstos eran sus propios afanes y cuidados... hasta que un día, al tender la vista en su derredor, se vió solo ¡solo en su hogar! Unos muertos, otros ausentes... ¡nadie quedaba allí ya!... nadie más que él, con la carga de su vejez y de sus achaques.

Corto, muy corto, resbaladizo y pendiente era el camino que le restaba; y aun le parecía que era lento su andar y que el tiempo no corría bastante; aún esperaba «mañana» el alivio de sus dolores y el calmante de sus pesadumbres. Débil filamento es ya lo que antes fué arbol robusto de su vida; y aún sin cesar, le muerde y le adelgaza con la lima de sus deseos implacables; y sólo cesa en él el ansia de *otra cosa*, cuando con el último suspiro de la vida se desprende el alma de la grosera envoltura que la ha ligado á la tierra, y libre y purificada con la resignación y el martirio, vuela á su verdadera Patria, donde el tiempo no corre, ni la luz se extingue, ni la dicha se acaba.

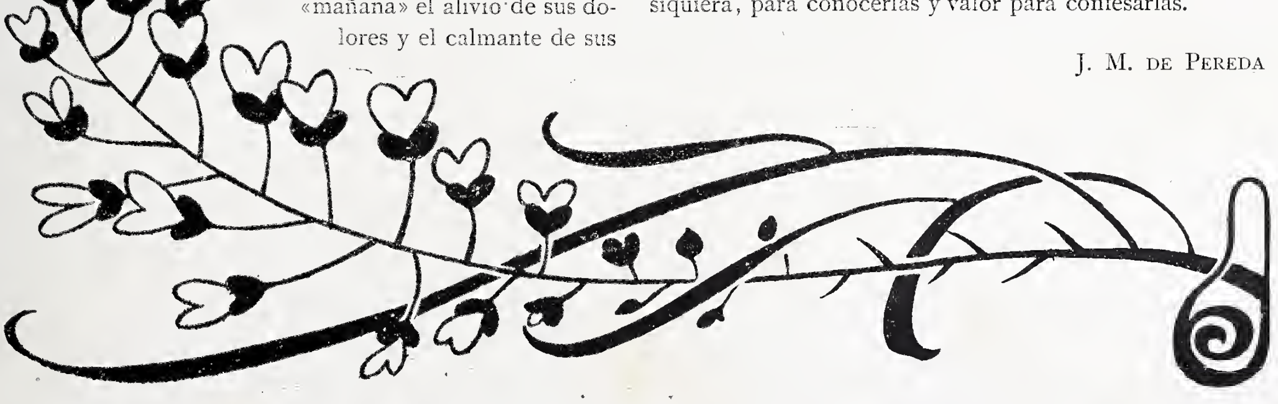
Tal fué, á grandes rasgos, su vida. Supla cada cuál con sus recuerdos y su experiencia, los detalles que faltan en el cuadro; los mezquinos, prosaicos deseos de cada instante: desde la bota que oprime, y el trabajo que fatiga, y el calor que sofoca y el frío que entumece, hasta el festín que se aguarda ó el ascenso ó el alivio, ó el mendrugo que se esperan. ¡Siempre el deseo empujando! ¡Siempre la lima mordiendo! Siempre, en fin, el alma, como desterrada en el mundo, ansiando por salir de él. No es otra la enfermedad que acusan nuestros deseos incesantes y nunca satisfechos: la nostalgia de la patria. ¡Lástima que no paren mientes en ello los sabios que han dado en engreirse con su ilustre progenie de gorilas y chimpancés! ¡Si al menos, y en virtud de su descubrimiento prodigioso, se vieran sanos de la enfermedad de los deseos! Pero ¿dónde los hay más insaciables que entre las luchas de la soberbia, enjendrada por los impulsos de una razón sin trabas ni cortapisas?

Los hasta aquí trazados, son rasgos de la vida, digámoslo así, del *hombre bueno;* el cual, con serlo y todo, jamás encontró en ella un punto de perfecto reposo, ni nunca hizo jornada que, al terminarla, deseara no pasar de allí. Pues fíjese un poco la atención, para completar el cuadro, en esas regiones sombrías donde la inteligencia se atrofia y el corazón se corrompe; donde el vicio es la ley y la miseria se impone con sus negros atributos de ignorancia, de envidias y de rencores. ¿Quién es capaz de medir el empuje y la velocidad vertiginosa de aquellos deseos? Ya no son lima que muerde en aquellas vidas agitadas: son, á un mismo tiempo, huracán que arrasa y precipita, y fuego que devora.

¿Qué es, pues, en sustancia, esto que llamamos *vivir*? ¿Qué tesoro es ese, por cuya guarda tantas injusticias y tantas maldades se cometen en la tierra? ¿Á qué queda reducido el espacio comprendido entre el recuerdo de lo último, ya pasado, y el primer deseo de *otra cosa mejor*?

Es posible que fueran muy otros los rumbos y el andar de los pueblos, si los hombres tuviéramos, ya que no alientos para vencer nuestras nativas debilidades, ojos, siquiera, para conocerlas y valor para confesarlas.

J. M. de Pereda



EL NÚMERO 13

Hace algún tiempo que la suerte, en cuyos brazos me entrego sin oponerle nunca la más pequeña resistencia, me llevó al gran casino de Monte Carlo. Hacer una descripción de aquel suntuoso edificio, sería cosa punto menos que imposible, sobre todo, disponiendo de poco espacio para ello; y por esta razón voy á limitarme al relato de lo que más fuertemente me impresionó durante mi estancia en la *Côte d'azur*.

Al comenzar todos los días las sesiones de la ruleta, veía yo un anciano de cabellos blancos, ojos azules, de profundo mirar; andar lento, delgado de cuerpo y elegantemente vestido, siempre de negro, que invariablemente tomaba asiento á la derecha de uno de los paleteros y que sin arriesgar en el juego un solo luis, permanecía horas enteras siguiendo con la mirada los saltos que daba la bolita de marfil antes de quedar inmóvil dentro de una de las casillas.

Al principio creí que sería uno de tantos *martingaleros* que después de estudiar profundas combinaciones pierden su dinero con la mejor buena fe del mundo; pero cuando vi que ni llevaba tarjeta, ni sacaba la cartera y que pasaba el tiempo como sugestionado por la rapidez vertiginosa de aquella esferita que giraba y giraba llevando á unos rostros la alegría y la desesperación á otros, comprendí que en aquel anciano había algún misterio y que su constancia obedecía á algo.

Tanto despertó mi curiosidad, que pregunté á todo el mundo, hasta que un día, estando en la *salle de conversation* interrogué á un viejo dependiente del casino que me dió la explicación siguiente:

Ese caballero que viene todos los años en la misma época y que permanece aquí dos meses justos, es un Lord inmensamente rico y que acude á Monte Carlo, como una madre cariñosa ó un amante melancólico van á rezar y á poner flores sobre la tumba del hijo querido ó de la mujer adorada, cuyo recuerdo vive perenne en el alma.

Ese anciano tenía en el mundo un solo amor, demostrado con la tranquilidad que se traduce en todos sus actos, pero no por eso menos intenso.

Todos los afectos de su corazón, todas las ternuras de que su alma era capaz, habíalas reconcentrado y acumulado en un solo ser.

Su hija. Era esta una criatura angelical, rubia, con ojos grandes, azules, muy parecidos á los del padre; su mirada acariciaba, su palabra sonreía y las pocas veces que una risa franca aparecía en sus labios era una carcajada sonora y vibrante como los chorros de agua cuando caen en el pilón de la fuente. Á los diez y seis años, Kety enfermó y el Lord la trajo aquí para que se distrajere cuando ya las eminencias médicas de Europa la habían desahuciado.

Á la niña la divertía mucho jugar á la ruleta y siempre se sentaba en ese sitio que ahora ocupa el padre. El anciano se acomodaba á su lado, limitándose á dar ó tomar el dinero que Kety ganaba ó perdía.

Al tercer año de venir á este país, la joven no era más que una sombra poco menos que intangible y un día, al incorporarse para cobrar un pleno de 10.000 francos que había ganado en el número 13, cayó sobre la mesa quedando su cuerpo inmóvil, sus ojos fijos en el número de la suerte y las manos crispadas sobre el tapete verde.

Desde entonces, el anciano Lord llega á Mónaco todos los años en la misma fecha y ahí se pasa horas y días pensando en su hija.

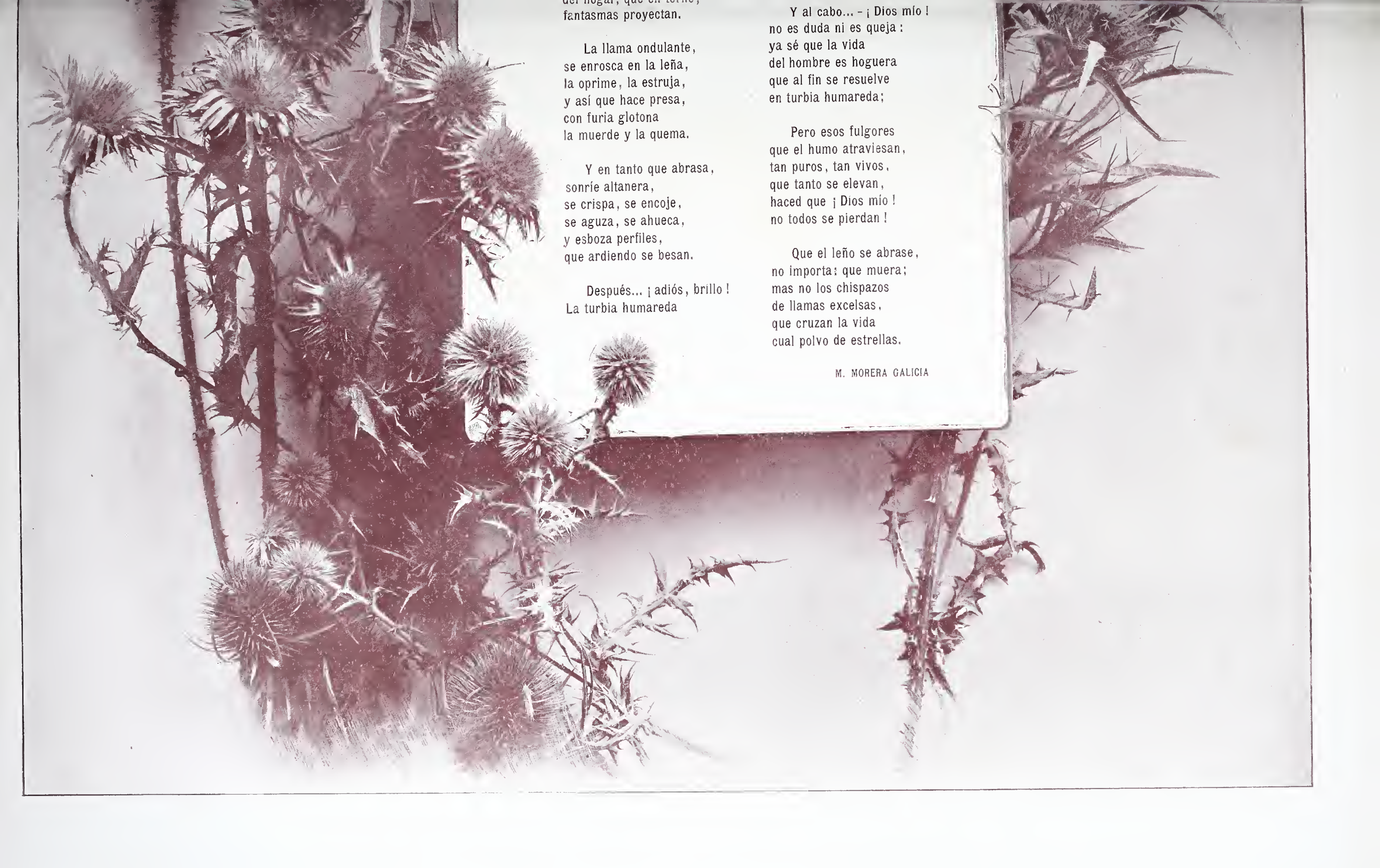
¡Quién sabe si reza!

¡Quién sabe si llora por dentro, con lágrimas que caen en el corazón y que son las más amargas.

El Barón de Sttoff

Señora Bonaplata

E. MAXENCE.—EL ALMA DEL MANANTIAL. (E. F., Fot.)



del hogar, que en torno,
fantasmas proyectan.

La llama ondulante,
se enrosca en la leña,
la oprime, la estruja,
y así que hace presa,
con furia glotona
la muerde y la quema.

Y en tanto que abrasa,
sonríe altanera,
se crispa, se encoje,
se aguza, se ahueca,
y esboza perfiles,
que ardiendo se besan.

Después... ¡ adiós, brillo !
La turbia humareda

Y al cabo... - ¡ Dios mío !
no es duda ni es queja :
ya sé que la vida
del hombre es hoguera
que al fin se resuelve
en turbia humareda;

Pero esos fulgores
que el humo atraviesan,
tan puros, tan vivos,
que tanto se elevan,
haced que ¡ Dios mío !
no todos se pierdan !

Que el leño se abrase,
no importa: que muera;
mas no los chispazos
de llamas excelsas,
que cruzan la vida
cual polvo de estrellas.

M. MORERA GALICIA

AL AMOR DE LA LUMBRE

Silencio en la casa,
silencio en la aldea,
la nieve y la noche
tendieron por fuera,
la nieve sudarios,
la noche tinieblas.

Me envuelve el reposo,
la paz me rodea,

se mece un instante,
sus copos se encrespan,
y arriba, en lo negro,
se pierden, se alejan.

Á veces la llama,
mordiendo en la leña,
se rompe en chispitas
que rápidas vuelan,

E. MAXENCE.—EL ALMA DEL BOSQUE. (E. F., Fot.)

Rendición de Marbella

ARTE ANTIGUO

Los relieves de la sillería baja de la catedral de Toledo

Los curiosos que visitan el coro de la catedral de Toledo se sienten, desde el primer momento, fascinados por la obra arquitectónica y la valiente talla del coro alto que hicieron Alonso Berruguete y Felipe Vigarni, comunmente llamado de Borgoña. El Renacimiento nos seduce más que ningun otro estilo artístico, porque en él vemos pujante el gusto moderno. El entusiasmo peca fácilmente de exclusivo y por esta causa suele no prestar atención al coro bajo, cuya sillería es obra *gótica*, con relieves de gran valor histórico y arqueológico, pues desarrollan ante los ojos del observador las gloriosas páginas de la epopeya de los Reyes Católicos, conocida con el nombre de Guerras de Granada, término dichoso de la Reconquista. Es una historia gráfica de aquellos triunfos inspirados por la fe religiosa y alcanzados por la fuerza de las armas y de la política; historia en que se nos representan con gran fuerza dramática y con un color descriptivo que no tiene la crónica, los principales hechos de armas; historia viva cuyo interés aumenta cuando sabemos que fué trazada por el entallador *maestre* Rodrigo, dos años después de la rendición de Granada, pues consta, por documentos, que comenzó la sillería en 1494 y la dió por terminada en 1495, siendo arzobispo de Toledo el gran cardenal Mendoza, actor principalísimo de aquellos sucesos y, sin duda alguna, el inspirador de tal obra artística, el mejor monumento en que se conmemoró tan fausto suceso. No cabe más auténtica représentación de él y debieran no olvidarlo los artistas cuando tratan de resucitar aquella época. Quien desee conocer como guerreaban, como vestían, cual era el porte y maneras de vencedores y vencidos, en aquella página de la historia patria, no puede excusarse de consultar estos relieves. Para desarrollar los asuntos se atuvo, necesariamente, maese Rodrigo á la narración de algun cronista ó testigo presencial de la guerra (pues no consta que él lo fuese) acaso del mismo cardenal, que de seguro tomó parte muy activa en la invención de tales relieves, y que debe considerarse como la mejor garantía de la fidelidad de esas representaciones, las cuales concuerdan por otra parte con el relato histórico. No faltan allí el intento de regicidio de Málaga, la sorpresa de Alhama, la concurrencia del rey y de la reina en el sitio de Moclín y en otros puntos. En casi todos los cuadros está el rey D. Fernando al frente de sus tropas, en muchos la reina D.ª Isabel y, en no pocos, el cardenal.

Son estos cuadros en número de cincuenta y cuatro, tantos como las sillas cuyos respaldos decoran; cada uno apoya sobre una ancha moldura, adornada con figuras de jublares y de animales reales ó fantásticos, en alto relieve, y está dentro de un hueco limitado por dobles columnillas y un arco rebajado con un festón de labor calada, formado por tallos serpenteantes, en algunos de ellos con granadas, emblemas parlantes de la empresa. En todos los cuadros el fondo consiste en los muros, torres y puertas de la plaza fuerte sitiada, tomada ó rendida. La arquitectura de tales construcciones no tiene por cierto nada de comun con la de los árabes; antes bien denota que el entallador tomó por modelos las fortificaciones castellanas. En una de las torres, grabado en caracteres góticos, está el nombre de la plaza. Estos nombres, tal como se leen, empezando por las sillas del ala

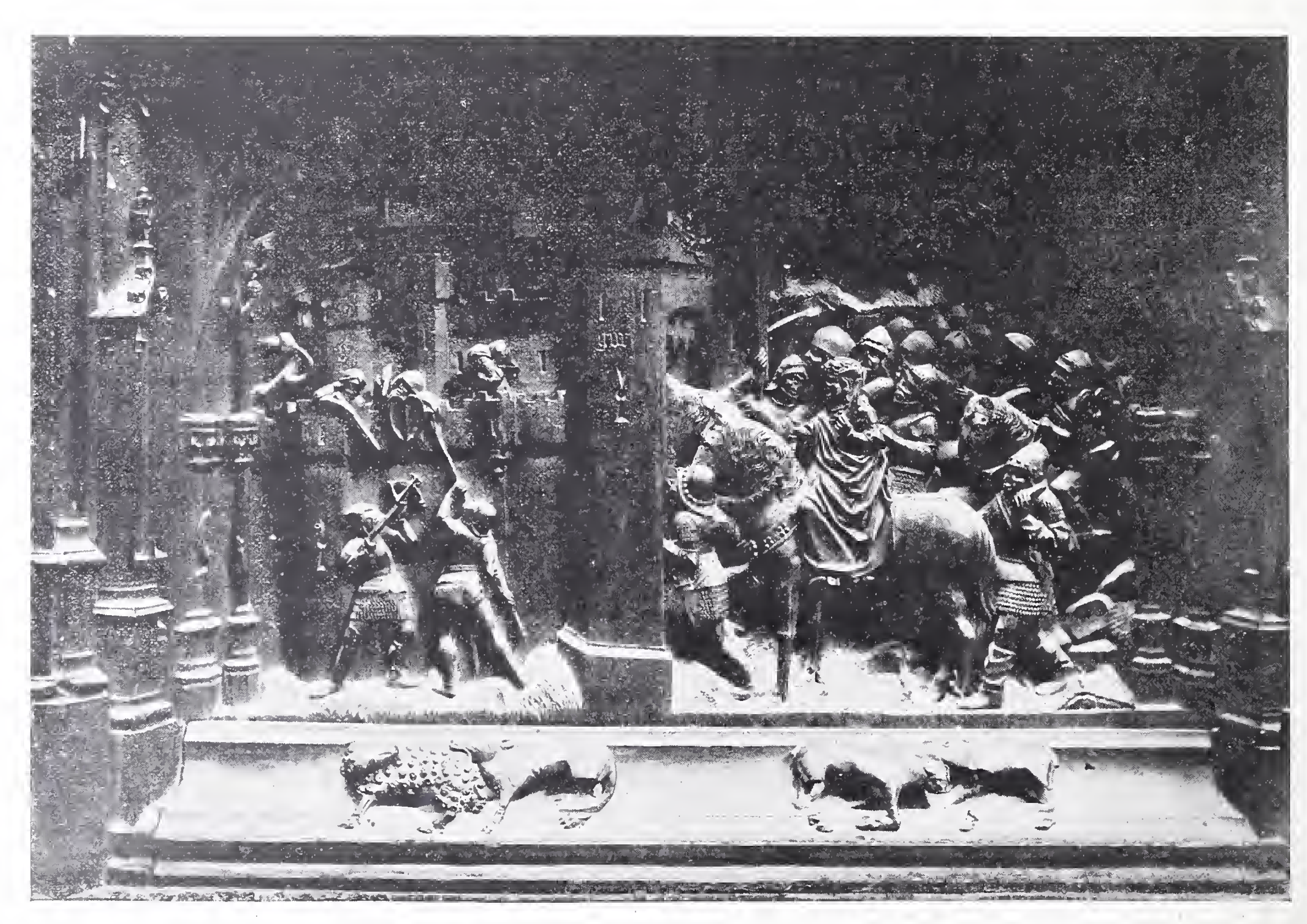
derecha, llamadas de la epístola ó del arzobispo, son, luego de los relieves de los tres primeros asientos, que no tienen inscripción, los siguientes: *Altora, Melis, Xornas, Erefan, Alminia, Baza, Mala* (dos veces), *Salobreña, Almuñecar, Comares, Beles, Montefrío, Moclin, Illora, Loja, Cazarabonela, Coyn, Cartama, Marbella, Ronda, Setenil, Alora y Alhama*. Los nombres de las sillas del lado del evangelio ó del dean, escepto la primera, tercera, cuarta, quinta, séptima y octava, que no los tienen, son: *Nixar, Padux, Vera, Huescar, Guadix, Purchena, Almaria, Rion, Castil de Ferro, Cambril, Zagani, Castul, Gor, Canzoria, Moxacar. Velez el Blanco, Gurarca, Velez el rubio, Sorco, Cabrera y Alminia*. El coste total de las 54 sillas fué de 700,000 á 800,000 maravedis, y consta una partida de 122,940 que se dieron al nombrado entallador á cuenta de los doce asientos fronteros del coro.

De dos relieves, uno de cada lado, ofrecemos al público fiel reproducción. Representa el primero la rendición de Marbella. En el medio aparece el rey D. Fernando, joven, gallardo y victorioso, vestido de armadura completa de las llamadas *góticas*, que fueron las primeramente usadas, y con su corona. Ante su caballo se postran para rendirle pleito homenaje, el alcaide y demás autoridades de la plaza, seguidos de trompeteros que tocan en honor del nuevo dueño. Son de notar los peregrinos trajes de los moros, consistentes en *tabardos* ó briales, turbantes con altos gorros y botas holgadas; véase también la lucida escolta del rey, compuesta de caballeros armados con celadas aragonesas, uno de ellos consolando á un moro que viene á caballo, montado á la jineta, á diferencia de los cristianos, que iban á horcajadas sobre la silla, afianzados sobre los estribos; véase la adarga que trae al brazo diestro el moro caballero, aquellas adargas de cuero que se fabricaban en Fez y ofrecían tan buena defensa para los envites de las lanzas y los tajos de las espadas. Aparte de todo esto, cautiva al espectador la vida con que resucita ante sus ojos aquella victoria conseguida en el verano de 1485.

El otro relieve representa la toma de Gor, ofreciéndonos dos momentos distintos del hecho de armas: á la izquierda, los moros hostilizan todavía á los cristianos con piedras y mosquetes, desde el adarve de la fortaleza cuyos sitiadores atacan con ballestas y largas picas; á la derecha, se ve asomado á las almenas un moro que muestra en señal de rendición la llave de la plaza, y en la puerta de la misma, el rastrillo levantado, permite la entrada al rey y á su gente de á pie y de á caballo. Lleva D. Fernando un sombrero, con la corona encima, y envuelve su cuerpo con un manto bien plegado. Los soldados van defendidos con capacetes ó celadas, cotas de malla y brigantinas, calzan botas altas y llevan diversas armas.

En cuanto al mérito artístico de la obra del entallador Rodrigo, debe tenerse ante todo en cuenta que no la ejecutaría por si mismo toda entera y mucho menos en tan poco tiempo. Como tantas análogas fué esta una obra de muchas manos, corregida y retocada en los trozos principales por la del maestro. Tampoco debe olvidarse que se trata de una obra gótica, con los defectos de conjunto, la proligidad de detalles y el predominio de la expresión sobre la belleza de la forma, caracteres constantes en todos los arcaismos. Adviértense desproporciones, faltas de perspectiva, rudeza y aun barbarismo, á veces, todo lo cual se coloca sin pena en la cuenta de los ayudantes, cuando se reconoce la habilidad y el acierto del maestro en las figuras mejor puestas, más airosas y, sobre todo, más expresivas, que honran á maese Rodrigo. En suma, considerada esta obra entre las de su género y su estilo, es de las mejores y de las más interesantes que hay en España.

José Ramón Mélida



Toma de Gor

UN NUEVO LABERINTO

No es un laberinto... clásico, vamos al decir; esto es, un laberinto griego, como aquel de que nos hablan las fábulas mitológicas; pero es árabe y para salirse de él sin volverse loco, es preciso ya que no el famoso ovillo de Ariadna, que hoy sería muy difícil de encontrar, la buena voluntad de un portero conocedor del secreto y guía benévolo del viajero extraviado en aquel intrincado dédalo.

Tampoco hay que matar á ningún Minotauro, préviamente, para salir de él — esto es, del Dédalo madrileño — con honra y vida, como logró salir el heroico hijo de Egeo; pero si la valentía es allí innecesaria, es absolutamente indispensable tener mucho ingenio, mucha paciencia y mucha nariz. Aunque bien mirado, resulten inútiles las tres circunstancias, puesto que por sí solo no consigue uno más que perder el tino... y divertirse un rato, que es lo que precisamente se trataba de demostrar.

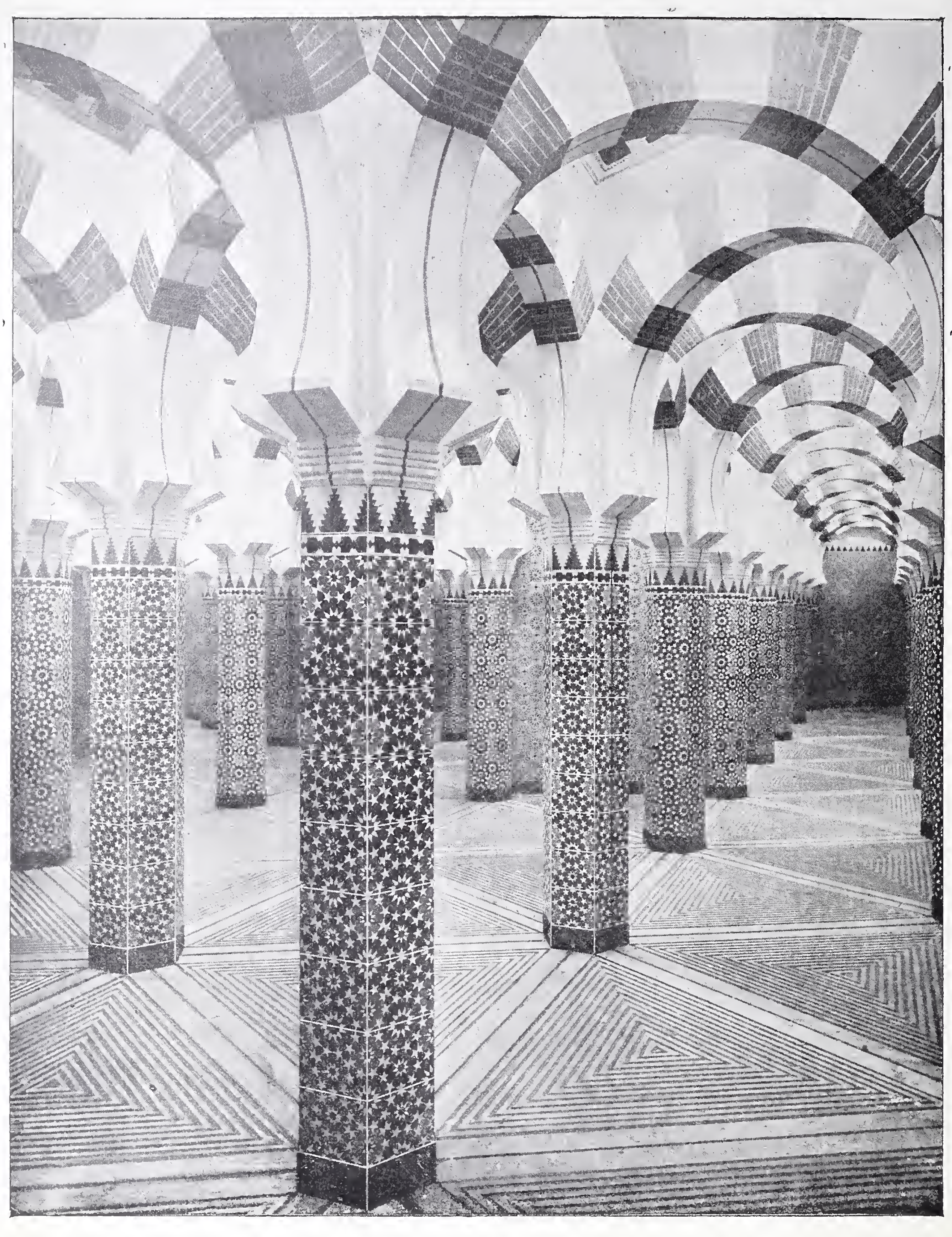
El laberinto árabe está instalado en el Teatro Moderno, de Madrid, y consiste en varias galerías marcadas por 66 columnas que en sus múltiples uniones y combinaciones forman hasta 250 arcos. Enormes espejos cubren las paredes de dichas galerías y en el *espejismo* producido por los cristalinos muros reside todo el secreto y está toda la ilusión, ya que el visitante una vez metido en aquel intríngulis, no ve en torno suyo más que centenares, millares de columnas, cuyas siluetas se pierden en lo infinito, mientras que á sus ojos se abren á derecha y á izquierda, por delante y por detrás, innumerables galerías que se extienden y se prolongan en todas direcciones, ofreciéndole salidas á granel: pero de estas salidas ¿ cuál es la buena ? *Ecco il problema*. En vano intenta el extraviado ciudadano orientarse: allí no hay orientación posible; en vano tuerce su rumbo á babor ó á estribor; allí no hay brújula que valga; á los pocos pasos y cualquiera que sea la dirección que uno tome, encuéntrase invariablemente, con un espejo que refleja la mar de columnas y de galerías; retrocede el viajero, quiere tomar nuevo camino y sigue andando... y vuelta á empezar: en vez de la abertura de *escape*, de la puerta de salida, tropieza con el eterno espejo que tan pronto le ofrece la brillante perspectiva de las interminables galerías como la propia y desconcertada imagen del visitante: todo depende de la inclinación de las lunas formando unas veces ángulos de 60 grados, otras de 45.

Desde que se inauguró tan divertido espectáculo, los madrileños acuden en masa al laberinto árabe, impulsados no tan solo por la curiosidad, sino por el amor propio y el deseo de conquistar el premio brindado por la empresa al explorador más listo ó más afortunado que, por sí solo, diera con la clave del enigma. Muchas personas de quienes no puede seguramente decirse que ignoren la ciencia de hacer su camino en la vida, han tenido que renunciar á salirse, sin guía, del laberinto, después de volverse medio tarumbas; el mismísimo señor Romero Robledo, tan experto en laberintos... políticos, hubo de declararse vencido tras muchas tentativas.

Y cuando un hombre como el Sr. Romero Robledo renuncia á una empresa que se metió entre ceja y ceja, nadie debe avergonzarse de ser tan poco afortunado como él... y como tantos otros.

El distinguido arquitecto D. Antero de Oteyza ha sido el autor del ingenioso proyecto y el director de las obras, habiendo sabido combinar con exquisito gusto el decorado, cuyo conjunto es de tanta riqueza como de valía artística. En la parte superior, esto es, en los arcos y capiteles se nota la reproducción exacta de la incomparable mezquita de Córdoba. Las columnas cubiertas de mosaicos árabes y con azulejos de cartón piedra fabricados por la casa de Hermenegildo Miralles, producen bellísimo efecto, así por la originalidad del dibujo como por la riqueza y gradación de los matices.

En resumidas cuentas: un pensamiento ingeniosísimo, llevado á cabo con tanta habilidad como gusto y riqueza, y proporcionando un buen rato de honesto esparcimiento á grandes y chicos de uno y otro sexo. Felicitamos, pues, sinceramente al inventor, á sus colaboradores y á la empresa del Teatro Moderno, que á buen seguro encontrará en ese intríngulis morisco, una legítima recompensa á sus sacrificios.



PROYECTO DE ANTERO DE OTEYZA **LABERINTO ÁRABE** FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.-MADRID

Teatro Moderno, - San Marcos, 35, - Madrid

En la Junta General celebrada por esta Sociedad el día 30 del pasado Noviembre se dió lectura de la siguiente comunicación:

« En cumplimiento de lo expuesto en su atenta comunicación referente á los azulejos de cartón piedra remitidos por la casa Miralles, de Barcelona, he procedido á su examen.

» Consiste este producto en unas placas compuestas de tres clases de cartones heterogéneos, íntimamente unidos entre sí por medio de una fuerte presión hidráulica, á fin de evitar el alabeo, que pudiera producirse por efecto de las temperaturas elevadas. Están barnizados en el frente, dorso y cantos, lo cual los hace relativamente impermeables.

» Son ligeros, inrompibles y de fácil colocación. Ésta se obtiene, según se detalla en el álbum-catálogo correspondiente y cuyo sistema ha comprobado el que suscribe, por un ligero enlistonado de madera y una serie de clavos de reducidas dimensiones; debiendo barnizarse después el conjunto con una capa de barniz bueno.

» Las condiciones artísticas de estos azulejos como elemento de ornato son excelentes, puesto que tratan de sustituir, dentro de los límites propios de su naturaleza, á las verdaderas cerámicas esmaltadas.

» No es posible sostener hoy, como en otros tiempos, que la ornamentación cerámica sea genuinamente española.

» En efecto, sin remontarse á las placas esmaltadas del interior de la pirámide de Saq-quarala ó al magnífico friso de los arqueros del palacio de Darío, pieza maestra del Salón persa del Museo del Louvre; dando de lado por su vaguedad las fabricaciones del Cairo en el siglo XI que cita el viajero Nassiri-Khosran, las persas del XII mencionadas por Ya-Kont, y las indicaciones del monje Theófilo sobre las artes cerámicas de Occidente en la misma época, vemos que los mahometanos dominan esta fabricación en todos los países donde ponen su planta ó su arte, persa en Rodas, árabe en Sicilia, mauritano en España; y que ya en las centurias décima quinta y sexta ilustran la Italia las manufacturas de Faença, Caffagiolo, Florencia y Urbino, con los Xantos y los Fontanas; y la Francia los de Virón y Saintes, con Cherpantier y Palissy.

» Pero si la ornamentación de esta rama de las artes del fuego puede considerarse como general, no es menos cierto que en España adquiere importancia grandísima con la enseñanza mahometana. Ya en 1350 se cita por el geográfo árabe Zbu-Batutall la ciudad de Málaga como centro de enorme fabricación y exportación, y bien apreciados de los arqueólogos modernos son los alicatados granadinos y sevillanos, el célebre vaso de la Alhambra, las cerámicas con reflejos metálicos de Valencia y Mallorca y, ya en pleno siglo de Carlos V, las fábricas de Puente del Arzobispo, de influencias asiáticas, así como las de Triana, en las que el italiano Nicolaso marcó el gusto del Renacimiento de su país; continuando la tradición ceramista española en Talavera y Alcora, más castiza aquélla que ésta, que se dejó influir por los artistas que el Conde de Aranda hizo venir de Monstiers.

» Es, por tanto, digno de los mayores plácemes todo esfuerzo hecho por la industria española para resucitar tan bello sistema de ornamentación. Pero, siendo la verdadera cerámica producto de gran coste, es de alabar la casa de Miralles, que, partiendo del principio de la exigida baratura del producto industrial que domina la época presente, ha ideado un elemento de ornato de hermoso efecto, gran duración (siempre que se emplee en lugares propios, ó sea en interiores) y acertados modelos.

» La colección de éstos comprende imitaciones escogidas de los alicatados granadinos, de los azulejos mudéjares en ellos inspirados, de los revestimientos persas, de las placas medioevales coloridas y con reflejos metálicos, y de las cerámicas ornamentales del Renacimiento, sin olvidar algunos dibujos modernos y la asimilación de reconocidos y apreciados modelos de la casa Minton.

» Por todas estas consideraciones, esta Sección Artística estima que el producto llamado "Azulejos cartón piedra" de la casa Miralles, de Barcelona, reune excelentes condiciones de aplicación y es altamente recomendable.

» Lo que tengo el honor de poner en conocimiento de V. E., cuya vida guarde Dios muchos años.—Madrid 29 Noviembre de 1898.—*El Presidente de la Sección Artística,* EDUARDO de ADARO.—Ilustre Excmo. Sr. Presidente de la Sociedad Central de Arquitectos.»

Lo que, en cumplimiento del acuerdo tomado, tengo la satisfacción de comunicarle para su conocimiento y fines consiguientes y para que pueda utilizar el informe cuando lo estime necesario.

Madrid 10 de Diciembre de 1898

El Secretario General,
(Rubricado)
Luis M.ª Cabello y Lapiedra, *Arquitecto*

PLAFÓN DECORATIVO

40 piezas azulejos cartón piedra, en colores y relieve. Tamaño natural: 1m × 1'60

Papel de los Sucesores de Torras hermanos

Tintas de Ch. Lorilleux y C.a

6.-15 MARZO 1900 HERMENEGILDO MIRALLES. - BARCELONA

J. PAHISSA.—LA RIERA

TIA ROSARIO

Dime, tía Rosario: ¿cómo es que siendo tan bonita no te has casado nunca?

La primera vez que, siendo todavía un chiquillo, dirigí esta pregunta á tía Rosario, recuerdo, como si la cosa datara de ayer, que vi su semblante ponerse muy pálido y sus ojos llenarse de lágrimas. Comprendí, instintivamente, sin explicarme la razón, que mis palabras habían causado daño, y, deseoso, en mi conciencia de muñeco, de repararlo inmediatamente, acudí al único recurso que tenía á mi disposición: — Anda, tiíta, no llores... — exclamé echándome impetuosamente en sus brazos y cubriendo su rostro de besos. — ¿No sabes que te quiero mucho, muchísimo, más que á nadie?

Más tarde, á medida que iba creciendo y que mi imaginación se metía en averiguaciones, asaltóme con frecuencia la misma curiosidad: ¿por qué tía Rosario, que debió ser tan guapa cuando joven, que conservaba, en sus cuarenta y cinco bien cumplidos, agradables vestigios de su belleza, que era siempre tan amable, tan discreta, tan buena y tan rica, no se había casado como sus hermanas, como mi madre y tía Lola, como iban á hacerlo mi hermana Enriqueta y mi prima Paca? Eso de que ella se hubiese quedado solterona me parecía muy raro, y más aún habiendo averiguado, por murmuraciones recogidas acá y acullá, que á tía Rosario se le habían presentado pretendientes á docenas que ella desairó, rehusó constantemente, desoyendo ruegos é instancias, declarando su inquebrantable resolución de vivir como siempre viviera.

Y muchas veces se me vino la pregunta de antaño á los labios, pero sin atreverme á formularla, temeroso de lastimar el corazón de aquella buenísima parienta que fuera para mí una segunda madre, que tanto había cuidado y mimado mi infancia. Hasta que un día, cuando era ya un adolescente, casi un hombre, brotó de nuevo de mi boca aquella interrogación, arrancada por un impulso irresistible.

Fué al caer de una tarde de verano: nos hallábamos mi tía y yo en la sala baja de nuestra quinta, á donde habíamos ido á pasar la temporada estival. Los últimos rayos del sol poniente penetraban por la ventana abierta, junto á la cual estaba mi tía absorta en su labor de tapicería, poniendo como un nimbo de oro sobre la gentil cabeza cubierta de una espesa y rizada mata de pelo blanco como la nieve. Pero se conservaba tan puro el escultórico perfil de su rostro, era de un sonrosado tan suave y, por decirlo así, tan juvenil el cutis terso, sin arrugas; surgía además el busto tan bien contorneado y airoso, que, más que una dama jamona y encanecida, de nueve lustros cumplidos, creí ver la imagen animada de una de aquellas hermosas y elegantísimas marquesas del siglo XVIII, inmortalizadas por los pinceles de Wateau y de Boucher.

Durante algunos minutos la estuve contemplando, sin que ella se diera cuenta de mi examen. Por fin levantó los ojos y me dijo sonriendo:

— ¿En qué piensas, muchacho? Parece que estás como embobado.

— Pensaba, tiíta, que cada vez me pareces más guapa.

— ¡Jesús! — exclamó ella entre asombrada y risueña. — ¿Piropos ahora?... Y ¡qué poco me figuraba yo tener un sobrino tan galante!

— Búrlate tanto como quieras, pero, la verdad, estás monísima así, con el sol que dora tus cabellos. Me gustaría ser pintor para retratarte, tal como estás en este momento: ya verías tú qué marquesa de Pompadour más hechicera saldría de mis pinceles.

— Eso. Y además podrías retratarte tú mismo á mi lado, en traje de abate, para completar el efecto.

Nos echamos á reir los dos, y luego, sin poder contenerme, solté la frase que constantemente bullía en mi cerebro:

—Vaya, tía Rosario, que cuanto más te miro menos me explico una cosa.

— ¿Qué cosa?

— Pues que no hayas querido casarte.

Púsose, como la vez primera que hiciera tal pregunta, triste, muy triste, el semblante de mi tía. Y al punto me asaltó el remordimiento de mi ligereza.

— Perdóname, — exclamé cogiendo su cabeza entre mis manos y poniendo un beso en su frente; — perdóname... Soy un tonto, un imbécil, en decirte estas cosas.

— No, hijo mío, no: tu pregunta es muy natural. Y, puesto que te pica la curiosidad por saber el motivo de mi soltería, — añadió tía Rosario con melancólica sonrisa, — voy á explicártelo. Una vez, cuando niño, me preguntaste lo mismo; pero ahora eres ya un hombre y puedo contarte lo que entonces no hubieras comprendido.

* * *

Veinticinco años atrás (ya ves que te hablo de cosas antiguas) vivíamos mi pobre padre, que en gloria esté, mis dos hermanas, esto es, la que hoy es tu madre, tu tía Lola y yo en un pequeño lugar de la provincia de Zaragoza llamado Villadarsa, en donde llevábamos una existencia de las más precarias. Nuestra posición distaba entonces muchísimo de ser lo que es hoy. Tu abuelo era un humilde maestro de escuela, cuyos miserables haberes no habrían bastado á mantener á su familia, sin el suplemento que mis hermanas y yo aportábamos semanalmente con nuestros trabajos de costura. Con el esfuerzo de todos íbamos tirando; pero había temporadas fatales en que el trabajo faltaba por completo y, entonces, la miseria penetraba en nuestro pobre hogar. Las semanas, y hasta los

meses, se sucedían con el cortejo inevitable de cotidianos apuros, y más de una noche nos acostamos sin haber cenado más que un mendrugo de pan negro.

Mis hermanas eran verdaderamente hermosas; yo... pasadera; pero, como ya puedes comprender, no teníamos entre la juventud masculina del pueblo ningún partido. Claro: nos faltaba lo principal; nos faltaba el dinero; y harto se sabía en toda la comarca que, si las hijas del maestro eran guapas, no tenían en cambio donde caerse muertas. Esa circunstancia bastaba para alejar de nuestro lado á todo pretendiente aceptable. Verdad es que, si hubiésemos querido casarnos, pasando por todo, no nos faltara el medio. Más de un gañán, calculando que quien nada posee debe apechugar con quien no tiene nada, se dignó solicitar nuestra mano; pero, como la perspectiva de un matrimonio semejante nos halagaba muy poco, preferíamos la de la soltería perpetua.

De esta suerte vivíamos resignadas á nuestro humildísimo destino, cuando estalló la guerra civil, que á la vuelta de algunos meses convirtió aquel nuestro tranquilo rincón en punto estratégico, en donde las huestes de Don Carlos establecieron posiciones importantes, fortificándolas y artillándolas. Era para ellos Villadarsa un buen centro de operaciones, y á cada momento veíamos entrar y salir partidas que poco á poco engrosaban hasta convertirse en nutridos batallones. Cuanto á las tropas liberales, no vimos una sola en algo más de un año. Pero un día nuestra pacífica población escuchó durante largas horas el fragor de un combate empeñado á corta distancia: oíamos perfectamente el estruendo del cañón y las descargas de fusilería; desde la meseta en donde estaba enclavada la iglesia parroquial se veía, allá en el fondo del valle, una densa humareda blanquecina cruzada por un incesante relampagueo.

Caía ya la noche, cuando llegaron á la desbandada los soldados carlistas: la batalla les había sido funesta, y, perseguidos de cerca por los liberales, atravesaban el pueblo en precipitada carrera y se perdían en los vecinos bosques. Tras los fugitivos vinieron los victoriosos, y, como la obscuridad imposibilitaba continuar la persecución, paráronse en aquel sitio y se alojaron en las casas del vecindario.

En la nuestra recibimos á un oficial de húsares y algunos soldados. El oficial, un joven alto, de rostro atezado y mirada enérgica, se excusó con mucha finura de la molestia que por las necesidades de la guerra se veía obligado á causarnos; molestia que, si á la verdad existía, no era nueva para nosotros, puesto que hacía largo tiempo teníamos alojados en casa. Y, que fueran carlistas ó fuesen liberales, lo mismo daba.

Al otro día salieron de nuevo á operaciones las tropas del gobierno. Pero, como el pueblo ofrecía una buena posición estratégica, el general dejó una pequeña guarnición para guardarlo y de la que formaba parte una sección de jinetes mandada por Luis. Luis,— añadió mi tía ruborizándose al recuerdo de este nombre,— era el oficial alojado en nuestra vivienda.

¿Qué te diré ahora, sobrino mío, sobre aquel idilio que la juventud y el amor hicieron nacer entre el gallardo militar y la pobre hija del maestro de escuela? Sólo puedo decirte que Luis se enamoró de mí y que fué ciegamente

correspondido. Á los quince días de conocernos, me juraba él que en concluyéndose la guerra sería mi esposo, y, como yo le objetase que mal negocio iba á hacer un oficial de brillante porvenir enlazándose con una lugareña que no poseía nada, contestóme: « No quiero por esposa más que á una mujer que yo ame y que me ame, y ésta la he encontrado ya. Dentro de poco seré capitán, y si la guerra se prolonga un poco, verás cómo me ascienden á comandante. Y con mi sueldo tendremos lo suficiente para vivir felices; no con lujo, pero sí con decoro. Y cuando más tarde seas tú toda una señora generala, no te digo nada...»

¡ Pobre Luis mío ! — murmuró tía Rosario con los ojos arrasados en lágrimas.—Recuerdo que me decía eso, una noche de invierno, al amor de la lumbre, en nuestra cocina. En aquel momento entró mi padre, que, al ver mi mano entre las manos de Luis, frunció el entrecejo mirándonos severamente. Pero mi novio, levantándose, fué á coger la diestra de mi padre y le dijo :

— Señor don Marcos: Rosario y yo nos amamos: ¿ me quiere V. por yerno ?

Aquella misma noche quedamos prometidos, y Luis, sacando de su dedo un sencillo aro de oro que había pertenecido á su madre, lo puso en el mío. Míralo... es este mismo... es mi anillo de desposorios... — exclamó tía Rosario con hondísima emoción, mostrándome la modesta é inapreciable joya que lucía en su anular.

Permaneció algunos momentos silenciosa, embargada la mente por el lejano, pero siempre vivo recuerdo. Luego prosiguió :

—Viví entonces, durante cinco ó seis semanas, el período más dulce que Dios ha puesto en mi existencia. Luis y yo nos amábamos con delirio, y sólo turbaba nuestra dicha el inquieto temor de una brusca separación que las exigencias de la guerra podían imponernos de un momento á otro. Y á este temor se unía, por mi parte, él de que en una acción me hirieran, me mataran quizás, á mi prometido.

Una noche entró Luis en casa con el semblante ligeramente nublado.

— ¿ Qué te pasa ? — le pregunté temerosa.

— Nada; pero tengo que decirte algo que, aunque sea cosa muy corriente tratándose de un militar en campaña, va á desazonarte.

— ¿ Partes acaso ?... — murmuré estremecida.

— ¡ Oh !... Por algunas horas solamente, á lo que presumo: acabo de recibir la orden de salir á la madrugada para hacer un reconocimiento, por esos campos con mis húsares. Ya ves tú que no tiene el lance nada de particular.

Y se echó á reir, para quitarme con su jovialidad el íntimo terror que me dominaba. Cuando él, después de pasar dos horas á mi lado, según su costumbre, se retiró

á su cuarto, me fuí yo al mío, pero pasé en vela y rezando el tiempo que nos separaba de la madrugada. Y cuando clareaba el alba y se disponía mi prometido á montar á caballo, me tenía á su lado para recibir su adiós... y un beso... el primero y el último que sus labios habían de posar en mi boca.

— ¿Murió? — pregunté con una emoción que nunca había sentido en mi alma.

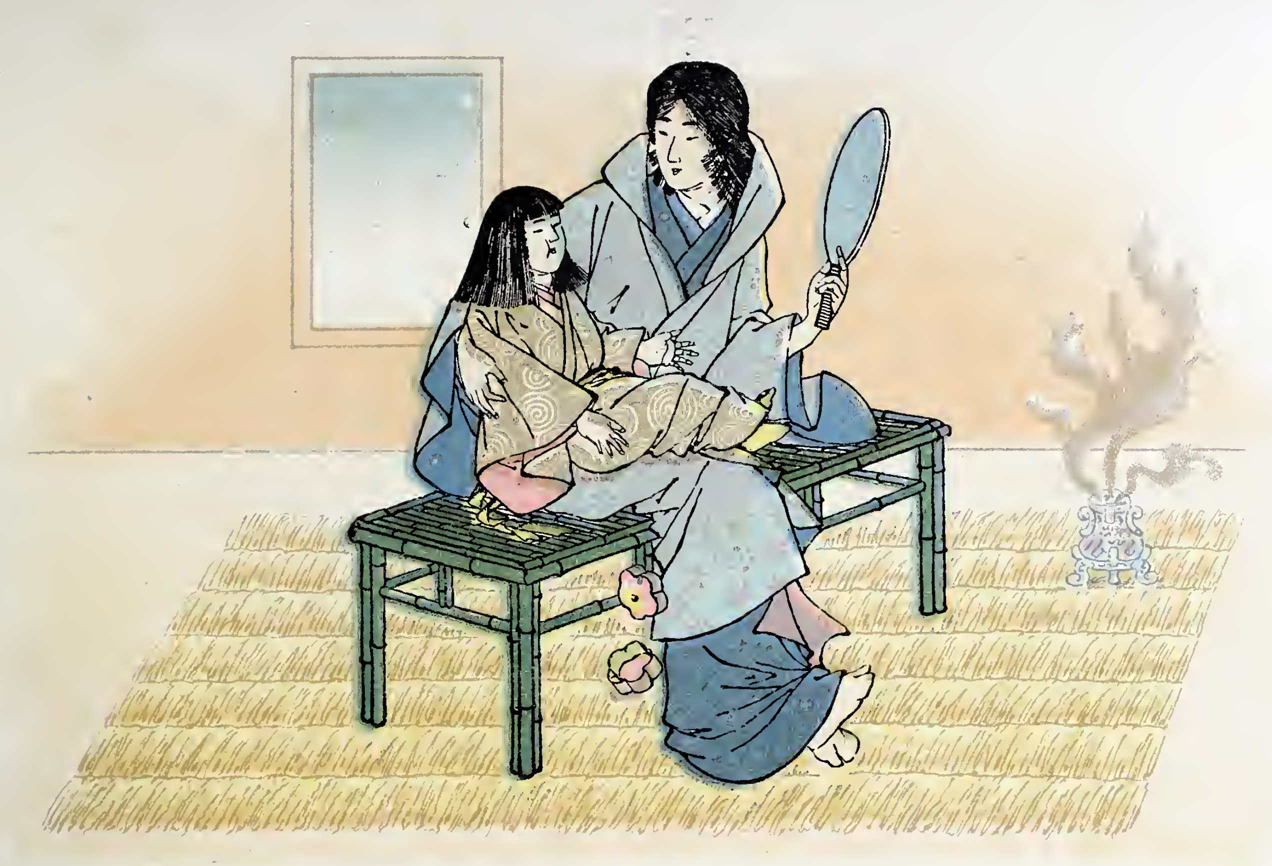
Hizo un esfuerzo tía Rosario para reprimir el sollozo que burbujeaba en su garganta, y dijo con voz apagada:

— Á poco de haber salido los jinetes se oyeron disparos á corta distancia del pueblo, y una hora después los húsares conducían sobre un caballo el cadáver de su jefe, de mi Luis, con el corazón atravesado por una bala.

Cubrióse el rostro con las manos mi tía para ocultar el llanto que bañaba sus mejillas, y así estuvo largo rato, sin que yo me atreviera á interrumpir el desahogo de aquel dolor tan sagrado, tan viejo ya y aún tan vivo. Por fin levantó la cabeza y, mirándome con sus hermosos ojos llenos de lágrimas, añadió:

— Ante aquel cuerpo exánime y cuya mirada vidriosa parecía clavarse en la mía, juré no pertenecer á ningún hombre, y ahí tienes, sobrino mío, por qué tía Rosario, que después, gracias á una herencia inesperada, pasó de la suma pobreza á la suma riqueza, ha querido permanecer soltera, fiel á su promesa y á su único amor.

JUAN BUSCÓN



EL ESPEJO

CUENTO JAPONÉS

Muchisimo tiempo há, vivian tranquilos un hombre y su mujer, ambos jóvenes y con una hija, una chiquilla, á la cual los dos querian con toda el alma. No puedo deciros sus nombres, porque los he olvidado, pero el del lugar donde vivian era el de Matsuyama, en la provincia de Eclugo.

Pues sucedió que, siendo aún la niña una muñequilla hubo de ir el padre, por negocios, á la gran ciudad, capital del Japón. Estaba demasiado lejos la ciudad, para que madre é hija le acompañasen, y así marchóse solo, después de despedirse cariñosamente y de prometer que las traería algún lindo presente.

Nunca habia ido la madre más allá de la próxima aldea, y así, no dejó de asustarse un tantico al pensar en las largas jornadas que habia de hacer su marido, á la par que se

enorgullecia, pensando que él seria el primer hombre de la comarca que habria estado en la gran ciudad en donde vivian el Rey y los más insignes señores, y en la que podian verse cosas tan bellas y curiosas.

Llegó, por fin, el dia en que el marido debia estar de vuelta; entonces le puso la madre á la niña sus mejores vestidos, y ella, á su vez, se engalanó con uno azul que sabia ser del gusto de aquél. Imaginad cuán alegre estaria la buena mujer al ver llegar á su hombre, sano y salvo, y cómo la pequeñina aplaudia con sus manecitas y reia alegremente, cuando vió los bonitos juguetes que su padre le habia traido. Mucho hubo de contar él acerca de las admirables cosas que habia visto en sus jornadas y en la ciudad misma.

«Te he traido una linda cosa— díjole á su mujer; — esto que llaman un espejo. Mírate en él y dime qué ves dentro.» Dióle entonces una caja lisa y blanca, de madera, dentro de la que, al abrirla, encontró la esposa un objeto redondo de metal. Por un lado era blanco como plata bruñida y adornado con figuras de pájaros y flores en relieve, y, por el opuesto, brillante cual el más terso cristal; y, al cogerlo, la mujer observó, con tanto deleite como asombro, que en su interior habia un rostro feliz y sonriente, con partidos labios y chispeantes ojos.

«¿Qué ves?» de nuevo le preguntó su marido, contento al ver su asombro y gozoso por haberle probado que algo habia aprendido, mientras estuvo fuera de casa. «Veo una linda mujer que me mira y que mueve los labios cual si hablase, y ¡cosa singular! lleva puesto un vestido azul exactamente como el mio.»—«Es claro, inocente criatura, puesto que ves allá dentro tu propia imagen, — repuso el marido, orgulloso de saber algo que su esposa ignoraba. — Esta pieza redonda de metal se llama *un espejo,* y en la ciudad todo el mundo lo tiene, aunque nosotros no lo hubiésemos visto aqui todavia.»

Enamoróle á la mujer el presente, y por muchos dias no se cansaba de mirarse en el espejo, porque como era la primera vez que veia y tenia un objeto

de esta clase, era también la primera vez que podía contemplar reflejada en la tersa superficie su propia cara. Juzgó pronto que cosa tan admirable era sobrado preciosa para usarla todos los días, por donde metió pronto de nuevo el espejo en su estuche y lo guardó cuidadosamente entre sus objetos de más precio.

Pasaron años, y marido y mujer siguieron viviendo felices. La alegría de su vida la tenían en su joven hija, la cual crecía siendo viva imagen de la madre y tan hacendosa y cariñosa, que cada día la amaban más sus padres. Recordando cómo se despertó su vanidad al contemplarse tan hermosa, ocultó la madre cuidadosamente el espejo ante el

temor de que, viéndose en él, apareciese en su hija el espíritu del orgullo. Nunca habló de esto, olvidólo el padre, y la hija creció tan sencilla como lo había sido su madre, y nada supo de su palmito, de sus gracias, ni tampoco del espejo que las hubiera reflejado.

Un día, empero, sobrevínole grande infortunio á esta dichosa familia. Enfermó la bondadosa madre, y aunque la hija no la dejó ni de día ni de noche, cuidándola con amoroso celo, fué empeorando, empeorando, perdiéronse las esperanzas de que curase y por fin murió. Cuando comprendió que debía separarse pronto de su marido y de su hija, entristecióse profundamente, apenándose por los que dejaba tras de sí y, muy especialmente, por su hijita. Llamóla y la dijo: «Hija mía de mi alma: bien sabes que estoy muy enferma: pronto moriré y os dejaré solos á tí y á tu padre, á quien tanto quiero. Cuando me hubiere marchado de este mundo, prométeme que mirarás este espejo todas las mañanas y todas las noches. En él me verás á mí y comprenderás que sigo vigilándote.» Al acabar

estas palabras, sacó el espejo del sitio donde se hallaba escondido y lo entregó á su hija. La muchacha, llorando, prometió verificarlo así, y la mujer, más tranquila y resignada, expiró poco después.

La obediente y respetuosa hija no olvidó jamás el encargo de su madre, y por consiguiente, mañana y tarde, sacaba el espejo del escondite y miraba en él ansiosamente. Allí contemplaba la viva y sonriente visión de su difunta madre, no pálida y enferma como en sus últimos días, sino hermosa y joven como años antes. Referíale á esta imagen, por la noche, los sinsabores del día, y le pedía por la mañana su cariño y su protección constantes. Así vivió la niña, cual si la viese su madre, procurando agradar á ésta como lo había hecho en vida y evitando siempre todo lo que pudiese darla pena ó disgustarla. Su mayor regocijo se cifraba en poder mirar el espejo y decirle: «Madre mía: he sido hoy lo que habrías querido que fuese.»

Viéndola cada mañana y cada noche cómo se miraba en el espejo y cómo trababa conversación con él, preguntóle su padre al fin la razón de tan extraña conducta. «Padre mío,— contestóle la niña, — miro todos los días el espejo para ver á mi querida madre y hablar con ella.» Refirióle en aquella ocasión cuál había sido el deseo de su madre moribunda y cómo ella no había dejado de cumplirlo un solo día. Encantado ante tanta inocencia y tanto amor, derramó el buen padre lágrimas de cariño y de ternura, y se guardó bien de explicarle á la niña que la imagen del espejo era su propia risueña cara, que, por virtud de la simpatía y de los recuerdos, se parecía cada día más á la de su difunta madre.

MARCELA

A la fúnebre cita no faltara,
si al mismo infierno de acudir hubiera;
verá muerto al que ya, viviendo, fuera
de un amor inmortal especie rara.
Á Grisóstomo el nicho se prepara
en la fría oquedad de una cantera,
que más dulce aposento no ofreciera
el duro corazón de la que amara.

. . . .

¡Radiante aparición! Entre esplendores,
sobre el peñasco-tumba la doncella
surge, del cielo bajo el puro manto;
junto á un zarzal, entre silvestres flores,
humana Virgen, con su planta huella,
en vez de odiosa sierpe, un amor santo.

Domingo Gutiérrez Cueto

20
DE PARIS
F. Gonzalez
1900

à Nice
F. Gonzalez
1900

INDUSTRIAS ARTÍSTICAS DE BARCELONA

METALISTERÍA

ARQUILLA DECORATIVA

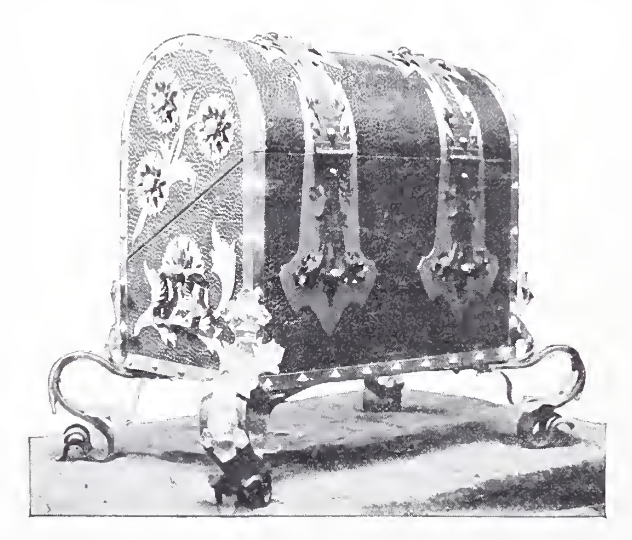
La obra que reproducimos en estas páginas, honran al arte catalán por la inventiva que revela y por su delicada ejecución. Exteriormente cubierta de cuero, va adornada con aplicaciones de bronce, hierro y plata, ostentando la siguiente dedicatoria:

Mensaje á D. Emilio Castelar por cien mil republicanos.

Como indica esta leyenda, la artística joya estaba destinada á contener el mensaje de adhesión que los donantes entregaron al político español poco antes de que éste falleciese. La obra fué proyectada por el joven y distinguido artista, Don Víctor Masriera y ejecutada en los reputados talleres de los señores Masriera y Campins.

Medalla proyectada y modelada por Don Eusebio Arnau y fundida en los acreditados talleres de los Sres. Masriera y Campins

La medalla es del tamaño llamado *conmemorativo*. En el anverso aparece de perfil el retrato de Castelar con la inscripción *Æmilio Castelar, obii XXV Maj MDCCCXCIX;* en el reverso hay dos figuras, una representando el *Genio de la Elocuencia* sosteniendo en la mano izquierda una antorcha y estrechando con la diestra la de un obrero forjador. Al fondo, vese el sol que surge de las tinieblas y circundado de rayos, sobre los cuales se lee *Libertas*. Bajo los pies de las figuras, en caracteres romanos, como todos los de las inscripciones de esta medalla hay esta otra leyenda: *Pavlvs Bosch, fecit fecere 1899*, en números latinos.



Las figuras del reverso están muy bien modeladas, y su dibujo es correcto y robusto. El retrato de Castelar es de un gran parecido. Esta medalla, por la forma en que fué ejecutada, tiene el aspecto de un bajo relieve, y fué fundida, no acuñada, como se hacía en el siglo XVI por los grandes medallistas.

Este procedimiento de la fundición, seguido entre otros por los Leoni (padre é hijo) Cellini y J. Trezzo, tiene la ventaja de dar á cada medalla el valor de una prueba de artista, pues es indispensable el retoque en cada ejemplar.

OBRAS COMPLETAS

DE

PEREDA, D. José María

De la Real Academia Española

Se venden á 4 ptas. cada tomo en Madrid y Santander, y á 4'50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:

1. Los hombres de pro, *con el retrato del autor y un estudio crítico sobre sus obras, por* D. M. Menéndez y Pelayo.
2. El buey suelto...
3. Don Gonzalo González de la Gonzalera.
4. De tal palo, tal astilla.
5. Escenas montañesas.
6. Tipos y paisajes.
7. Esbozos y rasguños.
8. Bocetos al temple. Tipos trashumantes.
9. Sotileza.
10. El sabor de la tierruca.
11. La puchera.
12. La Montálvez.
13. Pedro Sánchez.
14. Nubes de estío.
15. Peñas arriba.
16. Al primer vuelo.

FUERA DE LA COLECCIÓN

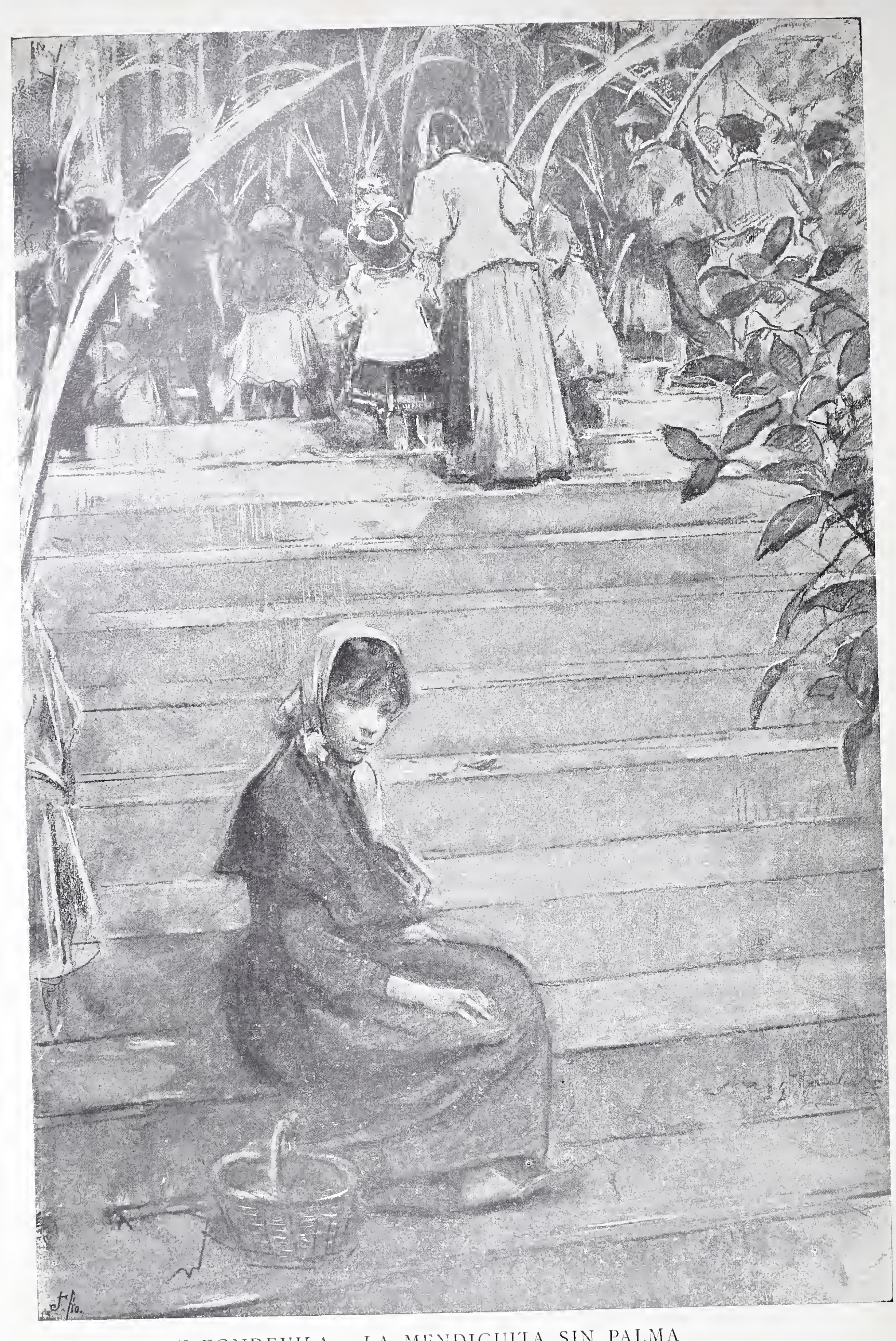
PACHÍN GONZÁLEZ, *Madrid, 1896. Un tomo en 8.º,* 3 pesetas

TIPOS TRASHUMANTES, *edición elegantemente ilustrada. Un tomo en 4.º,* 5 pesetas

DISCURSOS *leídos por los Sres. Menéndez y Pelayo, Pereda y Pérez Galdós, ante la Real Academia Española, en las recepciones públicas verificadas los días 7 y 24 de Febrero de 1897. Un tomo en 8.º,* 2 pesetas

¡Mire que tiene bemoles este descubrimiento! ...¡Poder ver lo que lleva ahi dentro ese granuja sin necesidad de echarle el guante!

HISPANIA
27.-30 MARZO 1900
HERMENEGILDO MIRALLES.- BARCELONA



ARCADIO MAS Y FONDEVILA.—LA MENDIGUITA SIN PALMA

SALÓN DE CÁTEDRAS DEL ATENEO BARCELONÉS

EL ATENEO BARCELONES

CORRÍA el año 1836, es decir hallábase Cataluña en el periodo álgido de la más terrible guerra civil que registra nuestro siglo, cuando algunas personas de nuestra capital intentaron asociarse para propagar los conocimientos útiles por todos los medios posibles y acudieron á la Autoridad superior en demanda de permiso para fundar el *Ateneo Catalán*. La referida sociedad debía celebrar conferencias públicas é instructivas y publicar un periódico, sosteniéndose con la modesta cantidad de *diez reales* al mes, que debía pagar cada uno de los asociados. Á pesar de la notoria utilidad del proyecto, lo crítico de las circunstancias porque atravesaba el país hizo que la idea no prosperara y muriera en flor, á poco de concebida.

Largo tiempo transcurrió desde la fecha en que se habló por primera vez de un Ateneo, hasta que en 1860, época de prosperidad cual pocas se registren en nuestra historia, inaugurose el *Ateneo Catalán*, con toda la pompa y ceremonia que el acto merecía, en casa del Marqués de Castell-Dos-Rius. El Sr. Anglasell, comisionado por el Ateneo, se felicitaba en un discurso de que el éxito hubiera correspondido á sus esperanzas y con él se demostraba de un modo claro la necesidad de la existencia del nuevo centro y se afirmaba la vitalidad del mismo. Verdaderamente, la nueva sociedad fué recibida con entusiasmo por el público ilustrado de Barcelona, y figuraron en ella personalidades tan conspícuas como los Sres. Durán y Bas, Lorenzale, Girona, Rogent, Ferrer y Vidal, Agell y Permanyer. No contaba aun dos años de existencia el Ateneo cuando ya el número de socios había crecido en gran manera, abriéndose un gabinete de lectura, cuya riqueza en libros y revistas lo hacía de los mejores de España, y celebrándose Exposiciones artísticas que contribuyeron no poco á revelar el talento de varios jóvenes pintores y á acrecentar el renombre de los que disfrutaban el favor del público. Por aquel tiempo la Sección de ciencias físicas y naturales discutió extensamente el famoso *Ictíneo* ó buque submarino de Monturiol, que excitaba entonces la atención general y era el tema favorito de todas las conversaciones.

No pasó mucho tiempo sin que se inauguraran las cátedras, en las cuales descollaron el famoso Dr. Letamendi, el diserto Anglasell uno de los fundadores de la sociedad, y hombres de tanto valer como los

D. Luis Domenech y Montaner
Actual Presidente del Ateneo

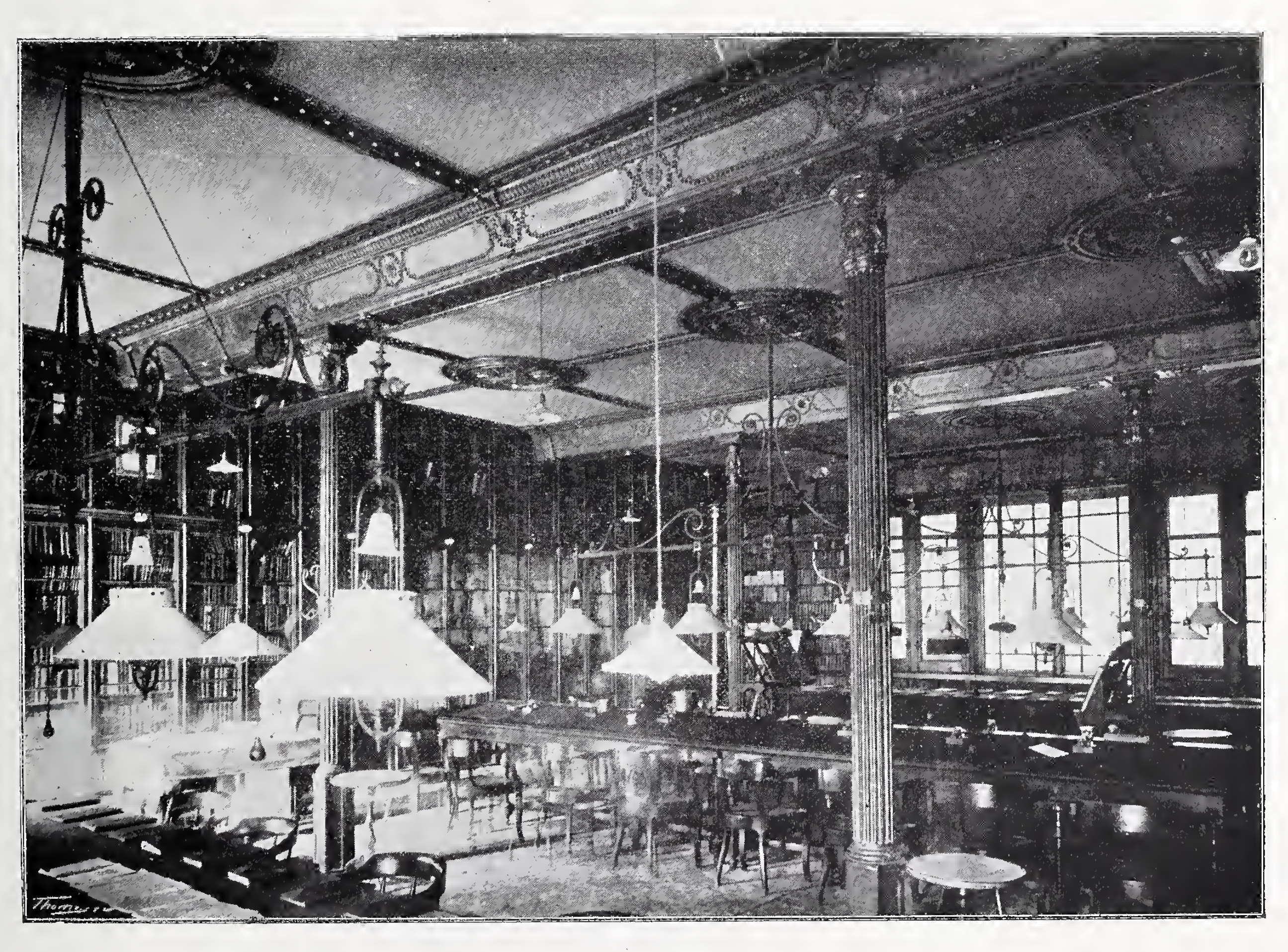
Sres. Orriols, Milá y Orellana cuyo nombre brilla con justicia en la Historia del Ateneo Catalán. Fiel á su propósito de contribuir á la cultura pública, el Ateneo ofreció varios premios para obras artísticas y trabajos históricos, concediendo además una subvención á los *Juegos Florales*, recien establecidos, y á las *Sociedades Corales* que también aparecieron por aquella fecha. Durante este periodo, activo sobre toda ponderación, la situación económica de la sociedad era floreciente, expansionándose ésta cada vez más, cosa tanto más de notar cuanto que lo debía á sus propios esfuerzos y no á protección oficial alguna. Ni el temible azote colérico que asoló nuestra ciudad en 1865, ni el hondo malestar y el visible descontento que se sentía en víspera de la Revolución, fueron causas bastantes para impedir la noble labor del Ateneo.

Inaugurado el tormentoso periodo que comienza con la sublevación de Cádiz y la batalla de Alcolea, el Ateneo Catalán declara por boca de su Presidente, que jamás será una sociedad política, ya que ésta no entra en sus fines, y que la prudencia guiará siempre todos sus actos. Hasta algunos años después no había de aparecer la discordia entre las dos tendencias de la época moderna, por lo cual pudo entonces el Ateneo proseguir tranquilamente su camino, singularmente afortunado y provechoso. Sin embargo, al llegar al año de 1872 era visible su decadencia y nadie podía prever hasta donde llegaría, cuando su fusión con el *Casino Mercantil Barcelonés*, infundió nueva vida á ambas sociedades, que al reunirse formaron una corporación estable y de brillante porvenir. El *Ateneo Barcelonés* estaba fundado.

Por todo extremo beneficiosa fué la referida transformación, gracias al número y calidad de los socios y á los medios tanto morales como materiales que esto representaba. Creyóse por algunos que la sociedad perdería su caracter y se desnaturalizaría, trocando su papel glorioso de promovedor de la cultura general por el frívolo y vano de un centro meramente recreativo. La mejor respuesta á estos infundados temores ha sido la incansable actividad científica y literaria que ha demostrado el Ateneo desde la fecha á que nos referimos.

MOLINÉ

Instituída la primera Junta del Ateneo Barcelonés, de la que fué presidente el insigne jurisconsulto D. Manuel Durán y Bas, procedióse á una mejora de local y se dedicó una cantidad crecida al fomento de la Biblioteca, cosa que hasta entonces no había podido hacerse por lo reducido de los presupuestos. La vida intelectual fué asimismo intensa y rica sobremanera. Tratáronse los temas de mayor actualidad, aunque siempre con acentuado criterio



BIBLIOTECA ANTIGUA

conservador, que era el que dominaba á la sazón en el Ateneo, por más que figurasen en él distinguidas personalidades de ideas políticas más avanzadas. Esta animación cambióse en repentino silencio al llegar los calamitosos años de la segunda guerra civil; de poco habían de valer entonces las graves discusiones de una sociedad literaria frente al pavoroso espectáculo de las desdichas públicas ocasionadas por la pasión y la discordia. Solo alguna conferencia de interés industrial pudo celebrarse en aquel tempestuoso periodo, ocupando la cátedra con gran lucimiento el ilustre patricio D. José Ferrer y Vidal, que el Ateneo contó entre sus socios más valiosos.

La lucha entre las dos fracciones, moderada y avanzada, del Ateneo Barcelonés, á pesar de que contaba mucho tiempo, no se manifestó claramente hasta el año 1878, en que habiéndose negado la Junta Directiva á que uno de los socios más ilustrados del Ateneo diese una conferencia pública acerca de determinados puntos de actualidad, las Secciones se opusieron á este acuerdo estimándolo improcedente. Acalorada y larga fué la discusión levantada con este motivo, triunfando á la postre los representantes de las ideas liberales, lo que motivó la dimisión del Presidente del Ateneo D. Ignacio Ferrán, quien fué sustituído por el letrado D. Joaquín Cadafalch.

Aquel año fué notable por demás la actividad intelectual, dando una conferencia el explorador Soleillet acerca de sus viajes al Sahara y leyendo algunas de sus obras el malogrado D. Antonio Bofarull y nuestro gran poeta Jacinto Verdaguer. También se acordó en este periodo inaugurar una galería de retratos de los socios ilustres fallecidos, donde se colocó primeramente, como deuda de gratitud, el de Don Ramón Anglasell. El pensamiento de crear una Biblioteca de Literatura Catalana, nació también por aquella época, pero tardó algunos años en verse realizado, por diversas circunstancias desfavorables.

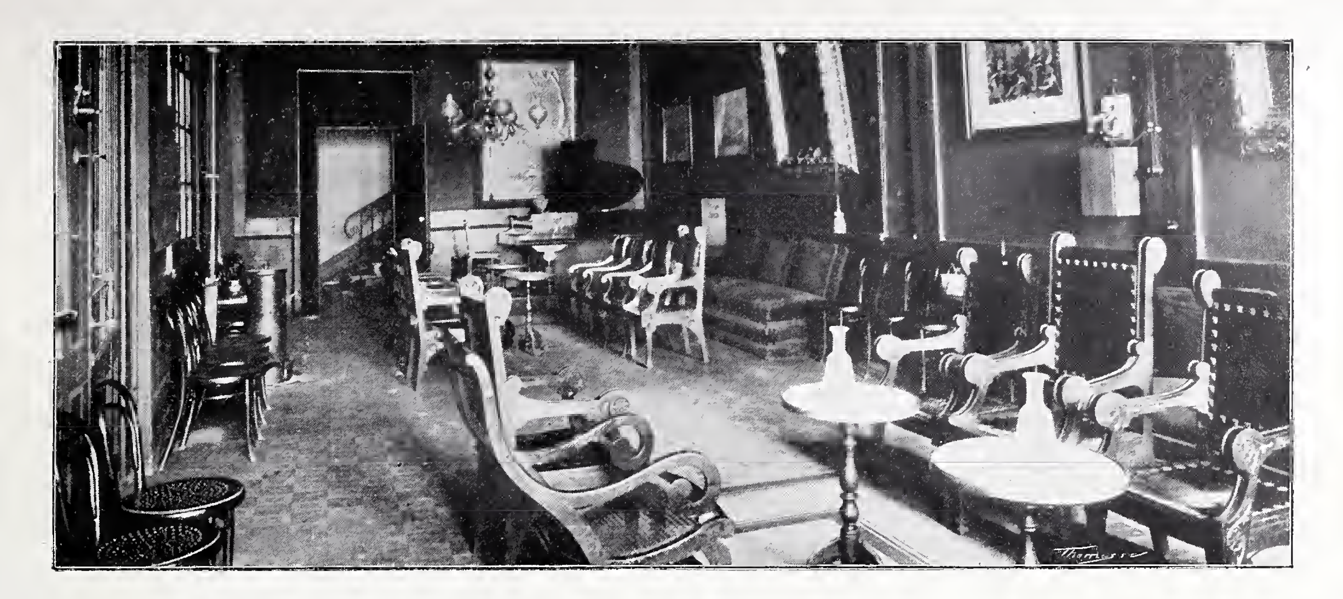
MARTÍ

Durante el curso de 1879 merece notarse la velada literaria que el Ateneo dedicó á D. Antonio Cánovas del Castillo, en la cual tomaron parte los señores Sardá, Rahola, Nanot y Renart, y Melchor de Palau. Bien puede decirse que la inmensa labor realizada por la Sociedad en aquel año desmintió los funestos vaticinios que en el sentir de algunos pesaban sobre ella desde el triunfo de las ideas avanzadas. En efecto, las brillantes conferencias de los señores Robert, Ossío, Sol y Ortega, Peña y Goñi, Riera y Bertrán, etc., mantuvieron la reputación del Ateneo sino la acrecentaron de un modo notable. D. Carlos Vidiella demostró también en este mismo año sus excepcionales condiciones de pianista con una velada musical, en la que se leyeron varias poesías de los Sres. Guimerá, Riera y Bertran, y Matheu.

No desmayaron el año 1880 las tareas del centro, como lo prueba el éxito obtenido por las conferencias dominicales inauguradas el curso anterior y las veladas literarias, dedicada una de ellas á D. Dámaso Calvet que leyó un fragmento de su poema «Mallorca Cristiana» y la otra á los eminentes literatos provenzales Mathieu y Roumenille, así como á los de Madrid y Mallorca, Sres. Cañete y Quadrado. Varios conciertos de música clásica ocuparon la Cuaresma del mencionado año, durante el cual pudo admirarse también el talento del genial Sarasate, quien dedicó al Ateneo en el espacio de una velada los primores de su violín.

Abrióse el curso siguiente bajo la presidencia de D. Bartolomé

BIBLIOTECA NUEVA



SALÓN DE CONVERSACIÓN.—ANTIGUA SECRETARÍA

Robert y fué en verdad fecundo en labor de todo género. En una sesión necrológica en honor de D. Francisco Permanyer, disertaron los Sres. Angelón y Rius y Badía acerca la vida del difunto y leyéronse poesías en honor del mismo. También se dedicaron veladas á los Sres. Pí y Margall, Eduardo Saavedra y Echegaray, sin que las discusiones propias de la sociedad quedasen olvidadas en tan activo periodo. Á este pertenece también la velada que se celebró en recuerdo del malogrado poeta Bartrina. Tomaron parte en la misma los Sres. Rahola, Calvet, Oller y Cerdá, tocando una hermosa elegía los señores Vidiella, García y Cioffi, la cual fué compuesta por el maestro Rodríguez de Alcántara.

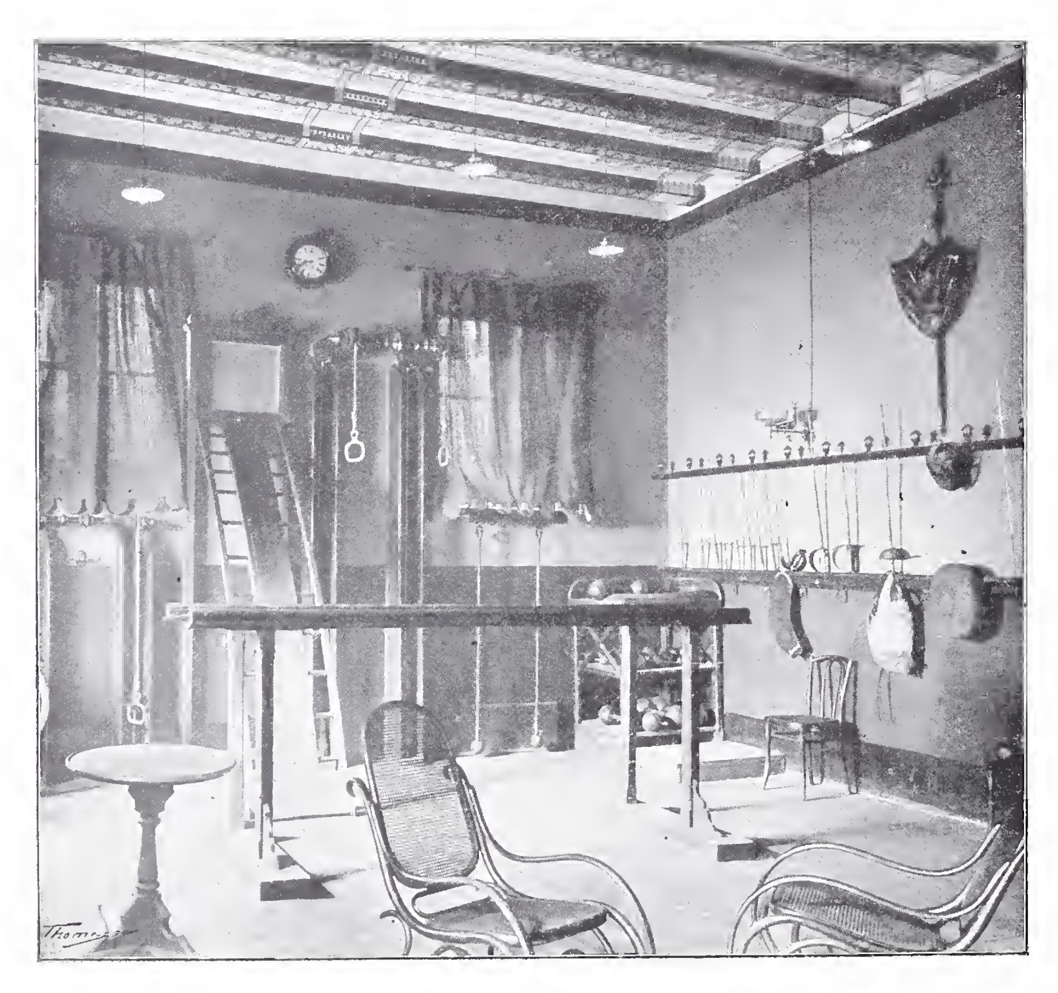
Desde aquella fecha sería inacabable tarea la de relatar con exactitud las manifestaciones de vida del Ateneo Barcelonés, que revistieron un caracter notabilísimo el año de 1888, en que se celebró la Exposición Universal. En este año se dedicaron veladas al Sr. Castelar y al Duque de Almenara Alta; la sección de industria invitó á los expositores extranjeros, y á fines del año referido comenzaron las conferencias críticas de la Exposición de Barcelona, en las que disertaron los Sres. Salas Antón, Yxart, Puig y Valls, Pellicer y Maciá y Bonaplata.

Por aquel tiempo comenzó á agitarse el asunto de la permuta del edificio del Ateneo con el Cuartel de la Guardia Civil, que debía recibir otro nuevo en el Ensanche y con las mejores condiciones higiénicas. El señor Girona hizo construir exprofeso este último con objeto de adelantar la resolución del expediente y el Gobierno lo aceptó con cierta prisa, ocupándolo la benemérita al llegar al mes de Mayo de 1890. Pero el Ateneo... á estas horas aguarda aún el día de cambiar de residencia. El caso es por demás curioso. Cuando parecía que nada faltaba para acabar el interminable expediente de permuta, el Estado anunció de repente que no podía tratar con el Ateneo porque *éste no era corporación.* Un viaje que hizo á Madrid uno de los individuos de la Directiva no pudo aclarar el motivo de aquella extraña resolución porque en el Ministerio... *nadie sabía nada.* Y á pesar de todo, aquí quedó la cosa, gracias á los beneficios de nuestra paternal y previsora centralización destinada á impedir todas las iniciativas y á poner trabas á todos los progresos. El Ateneo de Madrid que recibe del Estado una cuantiosa subvención, es considerado como una corporación oficial, en tanto que el de Barcelona queda relegado á la categoría de un Círculo de recreo. No es esta por desgracia la primera ni la última consecuencia de la malhadada intervención del Estado y de los abusos de centralización, tan torpes como inoportunos. Parecía que en el caso del Ateneo nada faltaba para resolver el asunto, pues todas las partes asentían, y bastó una disposición dictada por... no se sabe quien, para anularlo todo de una vez. Sea como quiera, el fracaso de cuantas gestiones se hicieron en aquella fecha hizo abandonar el proyecto de traslado de domicilio social.

Otra fecha memorable del Ateneo Barcelonés, porque parece señalar el *máximum* de su actividad intelectual, es el curso de 1892-93. Celebró á la sazón España el cuarto centenario del descubrimiento de América, y José Yxart, desde la presidencia del Ateneo, quiso que el acontecimiento se conmemorara con una serie de conferencias que pusieran de relieve el estado de la cultura española y particularmente la catalana en el siglo XV. Segun el plan eminentemente gráfico y documental ideado por su insigne organizador, bastantes de aquellas celebradas conferencias fueron acompañadas, según su índole, de exhibiciones ó audiciones ilustrativas. El maestro Pedrell reforzó su lección sobre *Nuestra música en los siglos XV y XVI,* con la ejecución de composiciones de aquellos tiempos, dirigida por el maestro Nicolau.

RODRIGO

SALÓN DE TRESILLO



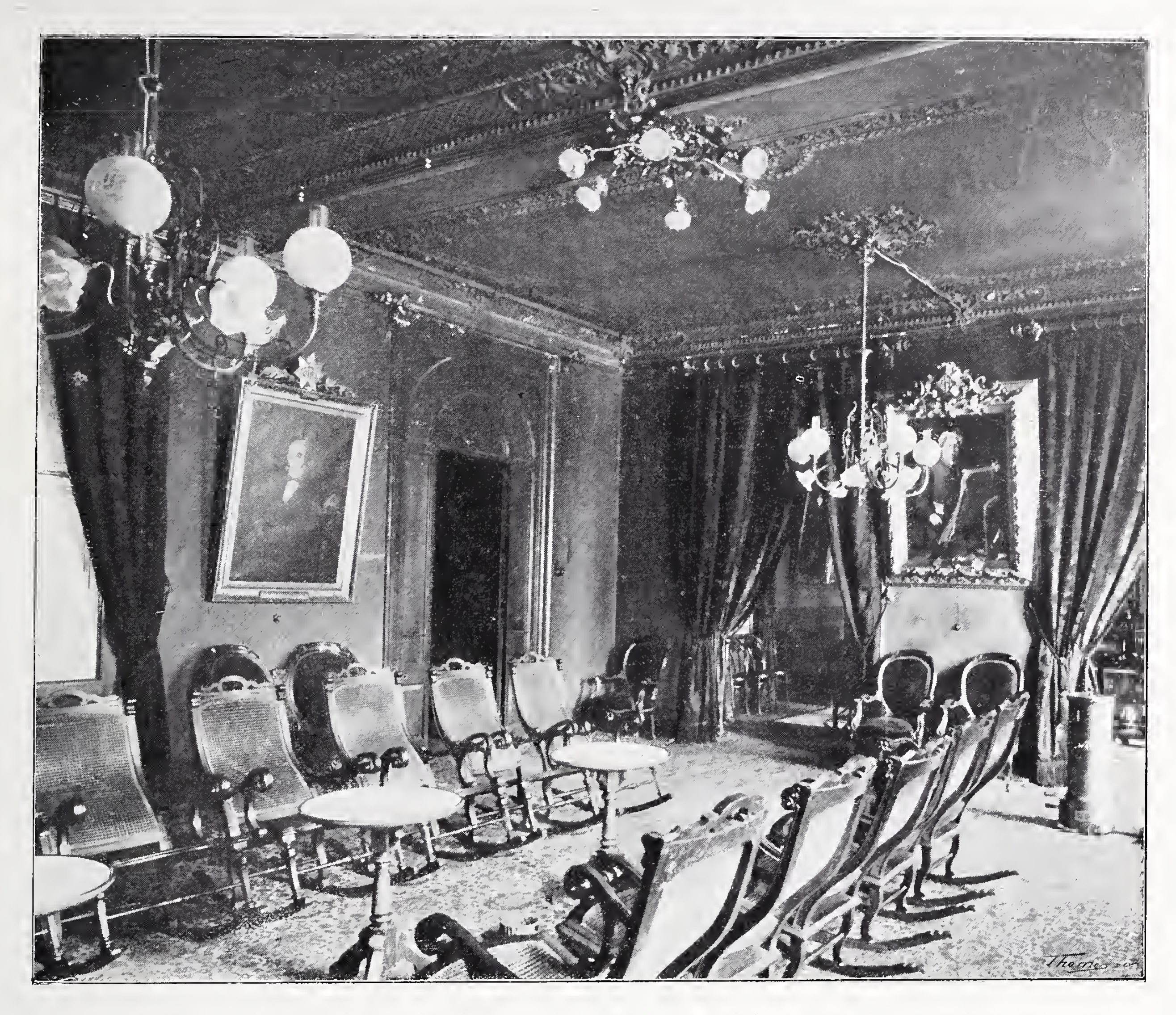
GIMNASIO Y SALA DE ESGRIMA

Raimundo Casellas, para explicar *La Pintura catalana en los siglos XIV y XV,* organizó, á guisa de documentación demostrativa, una exposición de tablas góticas pertenecientes á la Catedral de Barcelona y á diferentes particulares.

Sanpere y Miquel adujo mapas, planos y otros instrumentos gráficos para resucitar en el Salón de Cátedras del Ateneo Barcelonés la fisonomía moral y física de *Barcelona en 1492.*

Aquellas conferencias en que, amás de los referidos, tomaron parte escritores tan notables como el propio José Yxart, José Coroleu, Ramón D. Perés, entre otros, tuvieron gran resonancia, bien justificada por cierto, puesto que aparte de la novedad que ofrecía una *disertación con ilustraciones,* mitad discurso, mitad espectáculo, palpitaba en la mayor parte de los trabajos leídos este espíritu particularista que había dentro de poco de orientar los destinos del Ateneo, como los de tantas otras corporaciones barcelonesas hasta entonces de caracter meramente especulativo, hacia procedimientos y funciones militantes, más directamente relacionados con la cosa pública y las aspiraciones del país.

Corolario de las nuevas tendencias fueron las manifestaciones que á partir de aquel instante se sucedieron en el Ateneo Barcelonés, tales como la *Ex-*



SALONES DE CONVERSACIÓN

posición del Libro y del Grabado catalanes, celebrada en 1894 durante la presidencia del Sr. Pella y Forgas, y sobre todo las conferencias dadas en los años 95, 96 y 97, catalanas todas ellas, así por la lengua en que fueron escritas y leídas como por el espíritu que las informaba. Novedad digna de mentarse fué la introducción, para ilustrar aquellas lecturas públicas, de las proyecciones luminosas, para las cuales adquirió el Ateneo un aparato de gran potencia, apropósito para ser instalado en el Salón de Cátedras.

Entre otros publicistas, escritores y artistas no menos significados, tomaron parte en las mencionadas conferencias D. José Puig y Cadafalch, tratando en una sesión de *Arquitectura románica* y en otra de *Los caracteres diferenciales de la arquitectura en Cataluña;* D. Buenaventura Bassegoda ocupándose de la *Arquitectura gótica;* D. Enrique Prat de la Riba, desarrollando el tema: *Demostración de la nacionalidad catalana;* D. Luis Durán y Ventosa, disertando en una sesión de *Las cuestiones sociales en el campo* y en otra del *Espíritu expansivo catalán;* D. Estéban Sunyol, explicando con demostraciones gráficas la *Geografía de Cataluña;* D. Luis Doménech y Montaner haciendo un detenido estudio de *Las banderas nacionales en España;* D. Santiago Rusiñol reseñando la *Andalucía vista por un catalán;* D. Luis Labarta tratando de los *Hierros artísticos en Cataluña*, &.

Sería harto difícil encontrar fuera de nuestra región, una sociedad que reuniese los elementos con que cuenta el Ateneo Barcelonés y que tuviera una historia más brillante. Sin auxilio ninguno oficial, luchando con toda suerte de adversidades y gracias á su indomable tenacidad y energía, el Ateneo Barcelonés, ha contribuído en gran manera al progreso nacional y á la cultura pública. De conformidad con sus tradiciones artísticas y literarias ha procedido *Hispania,* al dedicar uno de sus números al Ateneo Barcelonés, con motivo de la sesión inaugural del presente curso, en la que, el presidente de la corporación D. Luis Doménech y Montaner, con su competencia de erudito historiografo y su inspiración de artista, tan acabado cuadro ha sabido trazar de la antigua civilización catalana.

W. Coroleu

ANTIGUOS PRESIDENTES
DEL
ATENEO BARCELONES
D. JUAN AGELL.
1860 y 1866.
D. PABLO MILÁ Y FONTANALS.
1861.
D. RAMÓN ANGLASELL.
1862.
D. RAMÓN FERRER Y GARCÉS.
1863.
D. PABLO VALLS.
1864.
Coleccion de Retratos
Editada en 1888

D. José Ferrer y Vidal.
1865 y 1874.

D. Manuel Durán y Bas.
1867, 1872 y 1876.

D. Francisco Barret.
1868

D. José de Letamendi.
1869.

D. Timoteo Capella.
1870.

D. Joaquín Cadafalch
1871 y 1878

D. Melchor Ferrer.
1873.

D. Francisco López Fabra.
1875.

D. Ignacio M.ª Ferrán.
1877.

D. Narciso Carbó.
1878 y 1887.
D. Domingo Valls y Castillo.
1879.
D. Juan Sol y Ortega.
1879
D. Manuel Angelón.
1880.
D. Bartolomé Robert.
1881.
D. Luis Góngora.
1882.
D. Manuel Girona.
1883 y 1885.
D. Juan Tutau.
1886.
D. José Coroleu.
1888.

De los 1300 socios que cuenta el Ateneo, hay algunos centenares que no ponen casi nunca el pie en los salones de la corporación. Han perdido la costumbre de ir, y solo algún día ó alguna noche, muy de tarde en tarde, cuando alguna conferencia ó algún concierto excita su curiosidad ó necesitan ver á un amigo, asoman por allí y hacen acto de presencia durante un par de horas... ó durante algunos minutos. Y aun entre esos señores que olvidan el camino del Ateneo, encontraríamos más de dos y más de tres que hace muchos años no han atravesado los dinteles de la casa. Así, conozco yo uno que desde el año de la Exposición, en 1888, en cuya época acompañó á un forastero á visitar el Centro, no ha vuelto, ni una sola vez, á entrar en éste. « ¿ Qué quiere V. ? — me decía una tarde que le reprochaba yo amistosamente su inasistencia perpétua — no tengo tiempo y solo me acuerdo de que el Ateneo existe, una vez por mes, cuando viene el cobrador á pedirme la cuota reglamentaria. »

En cambio, hay algunos otros centenares de ateneistas que restablecen, vamos al decir, el equilibrio, frecuentando asiduamente, diariamente, la casa, y á quienes « les falta algo » el día que tienen que abstenerse por una ú otra causa. Y entre esos fieles que concurren constantemente los hay que pasan allí las tres cuartas partes de la jornada y con los que se encuentra inevitablemente uno, mañana, tarde y noche, en la biblioteca ó en los salones de conversación. De esos, era el más... inamovible, cierto apreciabilísimo sujeto — hoy ya socio seguramente de algún Ateneo celestial — y al cual veían comparecer los porteros, entre nueve y diez de la mañana. Acomodábase en un sillón, metíase sosegadamente en el cuerpo toda la prensa local, marchábase algo después de mediodía, para ir á comer, y á las dos volvía á presentarse para tomar café y esperar la llegada de los amigos, la formación de la *peña*. Las pláticas le entretenían agradablemente hasta eso de las cinco, en cuya hora pasaba á la sala de tresillo, en donde tenía entretenimiento hasta las ocho. Soltaba entonces los naipes y no se le volvía á ver hasta hora y media más tarde. Un ratito de conversación en esta sala, otro ratito de cháchara en otra, alguna partidita de ajedrez y un repaso rápido á las ilustraciones y semanarios con monos, le proporcionaban gratísimo medio de matar el tiempo hasta las doce ó doce y media, hora en que el buen señor se largaba definitivamente, dejando el local desierto ya del todo y con las luces apagadas.

Rarísimos son, á decir verdad, los socios que les sacan tanto el jugo á su personalidad y condición de ateneistas. Por regla general los más asiduos se contentan con el par ó tres de horitas invertidas, por la tarde, en la peña y en la biblioteca. Por la tarde, ó por la noche, ó bien... tarde y noche.

Un amigo mío, hombre de espíritu eminentemente metódico y aficionado á clasificar, establece las siguientes divisiones :

1.ª Socios que no concurren nunca ó en casos excepcionales.

UN RINCÓN DE LA BIBLIOTECA

LEYENDO PERIÓDICOS

2.ª Socios que concurren á diario, ó cuando menos con mucha frecuencia.

Este segundo « género » de socios comprende tres « especies » características, clasificadas según la causa principal ó determinante; á saber:

1.ª Socios bibliófilos (no encuentro en este momento palabra más adecuada, aunque ésta no lo sea mucho); esto es, socios que lo son para beneficiar de los valiosos elementos reunidos en la Biblioteca.

2.ª Socios *peñistas*.

3.ª Socios tresillistas.

Esta última especie representa una minoría ínfima. De las otras dos hay que decir, que muchas veces se entremezclan y forman una sola variedad: son numerosos los socios á quienes seducen por igual el salón de lectura y el salón de conversación, el diario ó el libro y la cháchara entre cuatro amigos.

Como de los bibliófilos no tengo aquí que hablar y de los tresillistas menos todavía, voy á decir algo de la otra especie, de la clasificada en orden segundo: de los peñistas en una palabra.

* * *

Ante todo he de confesar que no sería nada inoportuno, antes bien, muy puesto en lugar y razón el hilvanar aquí un pequeño y erudito párrafo sobre el origen de esta palabra *peña*, en la acepción figurada que se la da hoy con tanta frecuencia. Pero ese origen — también he de confesarlo humildemente — lo ignoro, ó mejor dicho no lo tengo todavía por bien averiguado, ya que acerca del mismo he oído diferentes versiones, que por ser disconformes no solventan en modo alguno la cuestión. No creo tampoco que el Diccionario de la Lengua dilucida el problema ni admita siquiera el vocablo en el sentido que aquí le damos. Concretémonos, por lo tanto, á decir que por peña se entiende el pequeño círculo de amigos que habitualmente se reunen en un café ó en un casino ó en otro cualquier sitio análogo.

Peñas, las hay en todos los salones del Ateneo, excepción hecha, por supuesto, de los de lectura, en donde el silencio es de rigor; y en los del tresillo en que no se gastan más pláticas que las usuales entre jugadores. Pero las tres salas cuyos balcones dan á la Rambla y el salón de Cátedras — llamado así, porque si, pues Cátedras no las hay y si las hubo un tiempo su existencia se pierde en la noche de los tiempos — las peñas viven y palpitan y evolucionan y se transforman con sus períodos de formación, de grandeza y de decadencia; nacen unas, mueren otras, evolucionan todas y nada hay en fin que tenga una consistencia menos granítica que esas peñas humanas formadas por conglomeraciones de quita y pon.

Soy ya viejo, llevo próximamente treinta años de vida « ateniense », he visto surgir, crecer, menguar y desaparecer muchas peñas; y me he convencido de que su composición geológica ha de ser arenosa.

Algunas han adquirido en los anales de la casa merecida notoriedad, más que por su duración, por sus elementos componentes. Recuerdo principalmente la que se formó hace ya mucho tiempo, allá por 1876 ó 78, que vivió algunos años y á la cual asistían, entre otros varios socios, el inolvidable Joaquin María Bartrina, el catedrático Francisco de Paula Rojas, Melchor de Palau el ingenioso poeta, José Roca y Roca, periodista y literato ya conocidísimo, Juan Sardá abogado entonces novicio, pero gozando de una reputación lisonjera en el campo de las letras, Eusebio Corominas, el actual Director de *La Publicidad*, etc., etc. Todas las tardes, entre tres

HOJEANDO REVISTAS

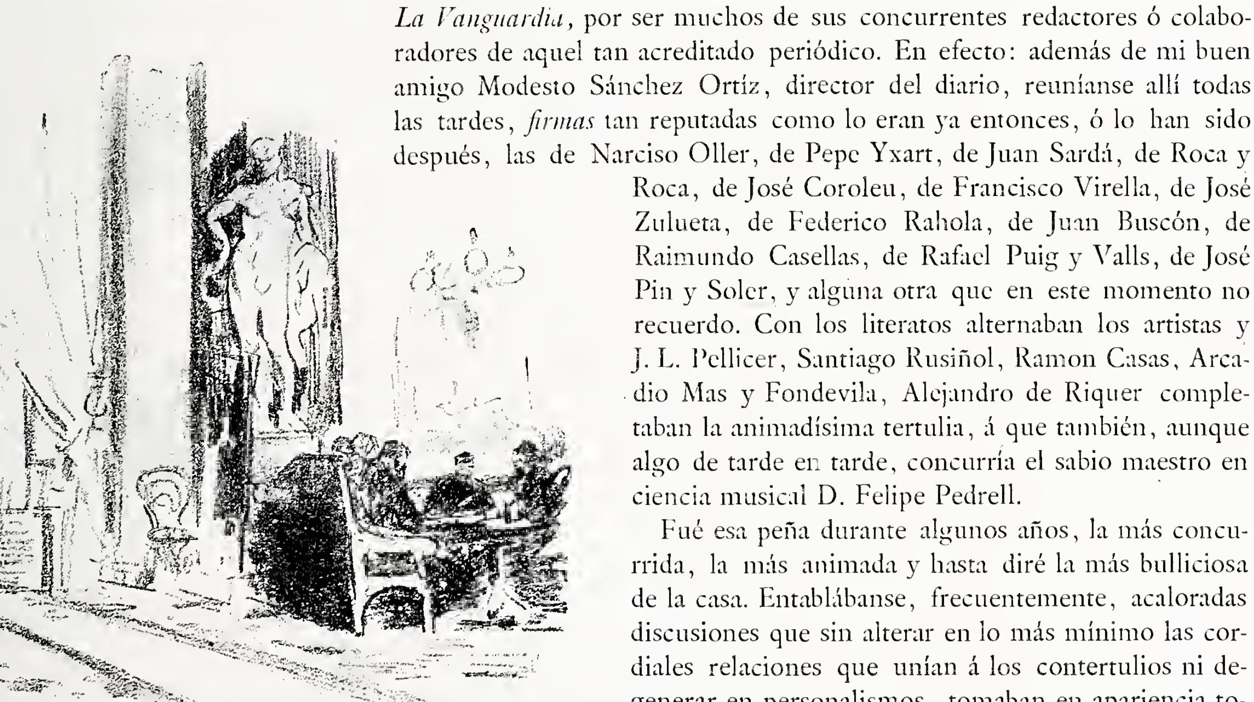
y cinco, reuníanse los habituales peñistas al pie de una de las estátuas del gran salón y allí, durante un par de horas que con frecuencia mejoraban en un tercio y quinto y hasta en doble, se hacía un consumo estupendo de pasta cerebral y de jarabe de pico; hablábase de todo: de religión, política, filosofía, ciencias, artes y letras; *de omni re scibili* como habría dicho Pico de la Mirándola, *et quibusdam aliis,* como hubiese añadido irónicamente Voltaire. Con muchísima frecuencia oíanse vulgaridades y sandeces, pero también ¡que de donosas ocurrencias, de felices humorismos y de originales conceptos!... De tarde en tarde asomaba la típica cabeza de D. José de Letamendi, el médico ilustre y escritor ingenioso, que se aproximaba sonriendo á nuestro grupo y terciaba en nuestras pláticas, deleitándonos con sus saladas observaciones. Pero el alma de la peña era el autor del *Algo:* paréceme verle todavía con su rostro imberbe, que los primeros ataques de un mal terrible é implacable ponían pálido y ojeroso, medio echado sobre un diván, hablando con su voz reposada y tranquila, refiriéndonos alguna de las encantadoras y profundas fantasías poético-científicas que se proponía escribir — y que casi nunca escribía — ó soltando con el aire más apacible y juicioso del mundo, tremendas paradojas que horripilaban al intruso de buena fe que por curiosidad acercábase á nuestro círculo. ¡Pobre Bartrina!... Su salud cada día más quebrantada le obligaba á pasar semanas enteras encerrado en su cuarto; sus apariciones en el Ateneo fueron haciéndose raras y si de tarde en tarde le veíamos entrar; su semblante demacrado, su mirada vidriosa y triste nos oprimían dolorosamente el corazón. En aquellos momentos de tregua que su dolencia le otorgaba, volvía á ser Bartrina el *causeur* brillante y sugestivo de siempre; pero con postreros resplandores de una luz que se apagaba, se fué extinguiendo poco á poco: el genial escritor cayó sin fuerzas, vencido por el mal que le consumía... y una tarde nos vimos reunidos los peñistas junto al féretro que encerraba el cadaver del pobre Joaquín.

AJEDRECISTAS

* * *

Otra de las peñas más nutridas y más notables, así por la cantidad como por la calidad de sus elementos fué la que se formó hace ya diez ó doce años en el salón *del uno,* y que á poco fué conocida por la peña de *La Vanguardia,* por ser muchos de sus concurrentes redactores ó colaboradores de aquel tan acreditado periódico. En efecto: además de mi buen amigo Modesto Sánchez Ortíz, director del diario, reuníanse allí todas las tardes, *firmas* tan reputadas como lo eran ya entonces, ó lo han sido después, las de Narciso Oller, de Pepe Yxart, de Juan Sardá, de Roca y Roca, de José Coroleu, de Francisco Virella, de José Zulueta, de Federico Rahola, de Juan Buscón, de Raimundo Casellas, de Rafael Puig y Valls, de José Pin y Soler, y alguna otra que en este momento no recuerdo. Con los literatos alternaban los artistas y J. L. Pellicer, Santiago Rusiñol, Ramon Casas, Arcadio Mas y Fondevila, Alejandro de Riquer completaban la animadísima tertulia, á que también, aunque algo de tarde en tarde, concurría el sabio maestro en ciencia musical D. Felipe Pedrell.

Fué esa peña durante algunos años, la más concurrida, la más animada y hasta diré la más bulliciosa de la casa. Entablábanse, frecuentemente, acaloradas discusiones que sin alterar en lo más mínimo las cordiales relaciones que unían á los contertulios ni degenerar en personalismos, tomaban en apariencia tonos violentos y subidos de vehemente disputa. Y en más de una ocasión, el estruendoso vocerío que de allí salía, repercutiendo hasta los silenciosos rincones de la biblioteca y del tresillo, hicieron levantar, inquieta,


PEÑA EN EL SALÓN DE CÁTEDRAS

UNA PEÑA

la cabeza á lectores y jugadores que se preguntaban: « ¿ pero que demonios pasa en aquella sala ?... ¿ concluirán por pegarse ? » Generalmente era contestada esta pregunta por una homérica carcajada, que brotaba de allá dentro, del mismo lugar de la *disputa:* un chiste oportuno, una observación maliciosa bastaban para aplacar la exaltación de los discutidores é imprimir distinto giro á la conversación.

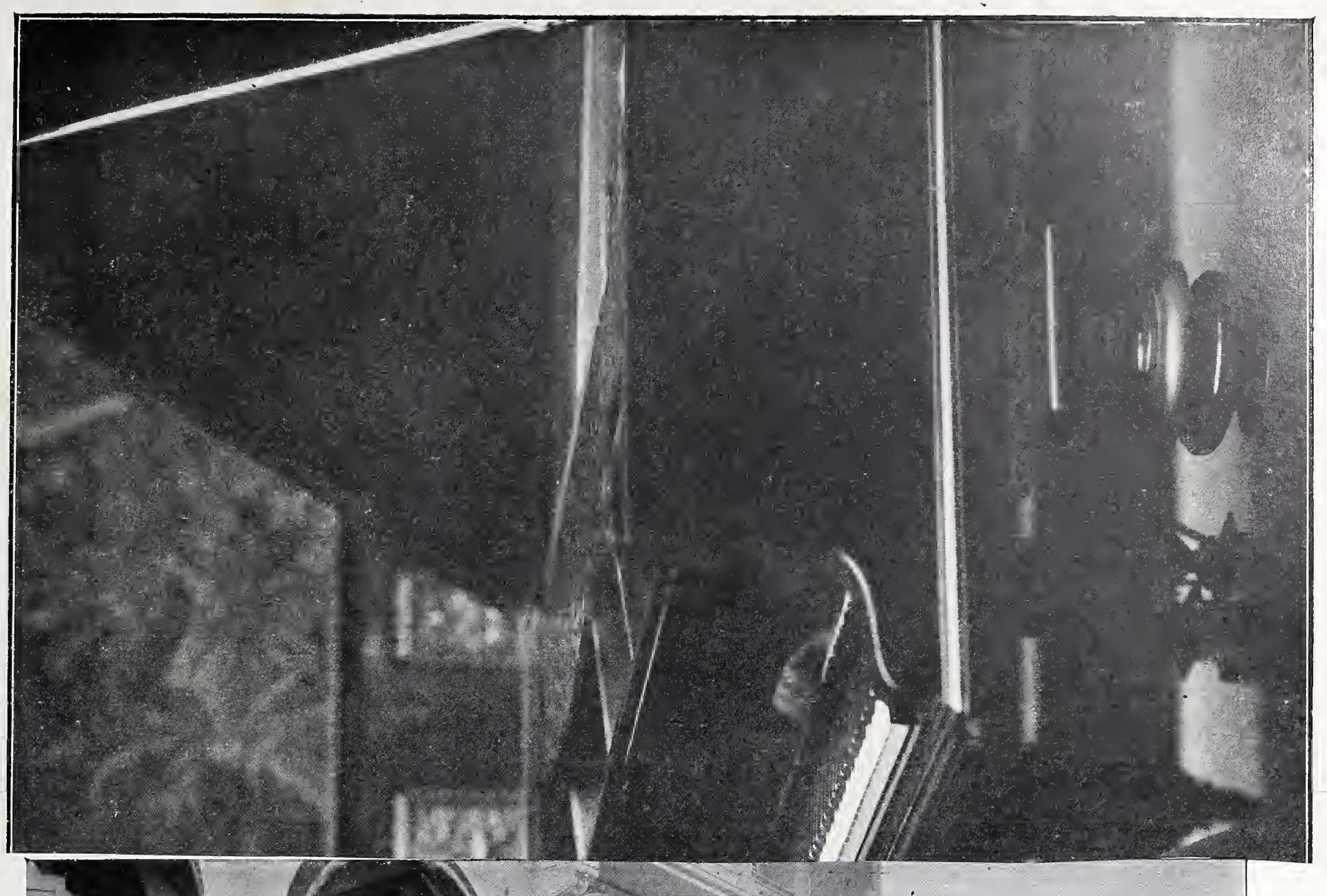
Lentamente fué aquella peña de *La Vanguardia* deshaciéndose ó, mejor dicho, cambiando de aspecto. La muerte penetró allí y con implacable mano hirió en el apogeo de su virilidad preciosas existencias, desaparecidas unas tras otras. ¡ Cuantos y queridísimos amigos he visto caer en poco tiempo ! Virella, Coroleu, Yxart, Soler y Miquel, Sardá y otros emprendieron el eterno viaje... La cotidiana tertulia quedó en cuadro ; á las ausencias tristísimas causadas por la muerte se añadían las deserciones de los peñistas que por distintos motivos perdían la costumbre de venir. Pero los ausentes eran reemplazados por otros ateneistas; á los escasos elementos que de antaño quedaban uníanse los nuevos, y la peña del *uno* es hoy como lo fué antes, una de las animadas; si ha cambiado algo de aspecto y mucho de caracter, no es menos ardorosa ni menos... intelectual. En ella continua discutiéndose, ora con tranquilidad, ora con apasionamiento, de todo lo discutible, pero sobre todo y con marcada preferencia, de música y catalanismo. Y también á veces, se grita como se gritaba antes. Diríase que la vieja atmósfera del salón lleva consigo esa exuberancia.

* * *

Las restantes peñas diseminadas en los otros salones de la casa son más reducidas y más tranquilas. Dudo, empero, haya ninguna que por ese concepto pueda sostener la comparación con cierto cenáculo de señores ancianos que veinte años atras se reunía en el salón del *dos.* Instalados aquellos respetables varones, abogados unos, médicos otros, comerciantes esos, rentistas aquellos, en sus respectivas mecedoras, se pasaban un par de horitas, de 9 á 11 de la noche, departiendo grave y pausadamente, con voz monótona, sobre los asuntos del día. No se oía allí una voz que se elevase más alto que las otras. Á veces, transcurrían cinco, diez minutos en medio de un silencio sepulcral. ¿ Reflexionaban aquellos buenos señores acerca de arduos problemas ó luchaban con las perfidias del sueño que empezaba á cerrar sus párpados ?... Es cosa que no se ha podido jamás averiguar. Generalmente, después de un prolongado mutismo, se oía una reflexión tan sesuda y original como la siguiente: —Pues, señores, yo entiendo que el porvenir de España se presenta cada vez más inseguro y problemático. —Verdaderamente, no es muy claro y como el gobierno no proceda con mucho tacto, puede suceder... algo, — opinaba dos minutos después otro preopinante. Los demás se mostraban completamente conformes y la reunión se disolvía poco después de las once y sin incidente alguno desagradable. También aquella respetable peña se deshizo y no creo quede ya uno solo de sus componentes, para recordar aquellas gratas horas de somnolencia.

Y si queréis saber, lectores, algo más de las peñas, de su existencia, de su historia, de su formación y de su extinción, de su presente y de su pasado, preguntad á Martí, el Oficial Mayor de la Biblioteca, á quien veréis constantemente grave, impasible, con su aspecto de diplomático, cruzar sin descanso de la Biblioteca á los salones y de los salones á la Biblioteca; preguntad á su *Subsecretario,* el buen Moliné, desviviéndose por complacer á los socios que le llaman á cada momento y le piden diarios, ilustraciones, revistas, libros y que va de sala en sala, atendiendo á este y al otro; preguntad á los antiguos dependientes de la sociedad, al veterano Rodrigo, sobre todo, y podréis conocer « á fondo » cuanto os interese acerca de las Peñas del Ateneo.

UN VIEJO ATENEISTA



Audouard, fot.

.OS G. VIDIELLA

Grupo de jefes y oficiales del Sarmiento y de individuos de la Asociación de Exportadores de vino en su excursión á la Rabassada

UNA PEÑA

la cabeza á lectores y jugadores que se preguntaban: «¿pero que demonios pasa en aquella sala?... ¿concluirán por pegarse?» Generalmente era contestada esta pregunta por una homérica carcajada, que brotaba de allá dentro, del mismo lugar de la *disputa:* un chiste oportuno, una observación maliciosa bastaban para aplacar la exaltación de los discutidores é imprimir distinto giro á la conversación.

Lentamente fué aquella peña de *La Vanguardia* deshaciéndose ó, mejor dicho, cambiando de aspecto. La muerte penetró allí y con implacable mano hirió en el apogeo de su virilidad preciosas existencias, desaparecidas unas tras otras. ¡Cuantos y queridísimos amigos he visto caer en poco tiempo! Virella, Coroleu, Yxart, Soler y Miquel, Sardá y otros emprendieron el eterno viaje... La cotidiana tertulia quedó en cuadro; á las ausencias tristísimas causadas por la muerte se añadían las deserciones de los peñistas que por distintos motivos perdían la costumbre de venir. Pero los ausentes eran reemplazados por otros ateneistas; á los escasos elementos que de antaño quedaban uníanse los nuevos, y la peña del *uno* es hoy como lo fué antes, una de las animadas; si ha cambiado algo de aspecto y mucho de caracter, no es menos ardorosa ni menos... intelectual. En ella continua discutiéndose, ora con tranquilidad, ora con apasionamiento, de todo lo discutible, pero sobre todo y con marcada preferencia, de música y catalanismo. Y también á veces, se grita como se gritaba antes. Diríase que la vieja atmósfera del salón lleva consigo esa exuberancia.

* * *

Las restantes peñas diseminadas en los otros salones de la casa son más reducidas y más tranquilas. Dudo, empero, haya ninguna que por ese concepto pueda sostener la comparación con cierto cenáculo de señores ancianos que veinte años atras se reunía en el salón del *dos*. Instalados aquellos respetables varones, abogados unos, médicos otros, comerciantes esos, rentistas aquellos, en sus respectivas mecedoras, se pasaban un par

El Salón de Ciento, decorado para el banquete dado por el Ayuntamiento de Barcelona á los marinos del SARMIENTO

El eminente pianista CARLOS G. VIDIELLA

Audouard, fot.

HERMENEGILDO MIRALLES
59 - BAILÉN - 70
BARCELONA
HISPANIA.—LITERATURA Y ARTE. CRÓNICAS QUINCENALES.
PANORAMA NACIONAL, 2 tomos con 640 vistas de España y Colonias.
ATLAS GEOGRAFICO, con 38 mapas en colores.
A LOS TOROS. Álbum por Perea, con 28 acuarelas.
LITOGRAFÍA
MONTADA CON TODOS LOS ADELANTOS MODERNOS
RELIEVES. Trabajos en relieve para fábricas de tabacos, etc.
ENCUADERNACIONES industriales y artísticas.
JUGUETES recortados para fábricas de chocolate, etc.
IMÁGENES de todas clases.
AZULEJOS CARTÓN PIEDRA
PODEROSO ELEMENTO PARA LA DECORACIÓN INTERIOR
PIDASE CATALOGO

º 28.-15 ABRIL 1900

HERMENEGILDO MIRALLES.- BARCE

J. M. TAMBURINI.—SONRISA DE ABRIL

Un día, ya al anochecer, Elvirita, que venía del colegio de Loreto por el paseo de Gracia arriba, oyó sonar tras de sí un cascabel, cascabel que no paraba y que debía colgar á lo más á dos palmos del suelo. ¿Quién podía producir aquel retintín como no fuese un perro, y sobre todo un perro muy pequeño y muy bonito? La niña volvió la cabeza; la oscuridad cada vez mayor y la gente impidiéronle ver lo que buscaba. Pero aquel retintín seguía sin cesar. Unas veces á diestra, otras á siniestra, ora más cerca, ora más lejos, en ocasiones acompañado de un gruñido lastimero, iba siguiéndola, persiguiéndola, rondándola como misterioso revoloteo que excitaba su curiosidad y se enseñoreaba de su pensamiento.

— ¿ Dónde estará ese perrillo ? — preguntó al criado que la acompañaba, para que él también lo buscase.

— Señorita, lo oigo, pero no lo veo. Debe ser muy pequeño.

— Por eso lo busco; para ver si he adivinado cómo es.

— ¿ Cómo piensa V. que será ?

— ¡ Oh ! Yo no me lo figuro tan pequeño, no. Debe ser uno de esos galguitos ingleses que parecen caballitos, ¿ sabe V. ? Por el estilo del que tiene doña Catalina, ¿ se acuerda V. ?... Pero, caramba, no pára. ¡ Oh ! Y llora, llora... Ese animalito anda perdido — añadió, volviendo otra vez la cabeza y parándose inútilmente.

— Bueno, ¿á qué preocuparse? ¿Qué le va V. hacer? Sigamos andando, antes que sus papás de V. nos riñan. Hoy ha salido V. más tarde.

— ¡ Es que el *padre* nos ha echado una plática!... ¡Jesús, qué señor tan machacón !... Pero es que ese animalejo me dá angustia. ¡ Dilín, dilín, dilín! como si nos siguiese un pordiosero. Hasta me parece que dice: « Un centimito por amor de Dios; tengo hambre. »

El criado se echó á reir.

— ¿ Se ríe V. ? Pues qué, ¿ no le dá lástima ?

— ¿ Lástima ? ¿ Y por qué ?

— ¡ Calle, calle ! que ahora le he visto la cola; — dijo la niña, parándose otra vez. — Y ¡ qué lejos ! Por allí, cerca de aquel banco y de aquellos chicos. ¡ Gracias á Dios que encienden ya los faroles !... ¡ Uy qué bestia ! ¿ Quién me ha pegado este empujón ?

Y á pesar de los empellones que recibía de los transeuntes más atareados, no acertaba á moverse del mismo sitio.

— Vamos, señorita, vamos; mire V. que me reñirán.

Ni por esas. La niña desandaba lo andado, acercándose al perrillo, y escudriñando todos los rincones del paseo con el mayor afán.

— Ahora lo vuelvo á ver, — exclamó por fin; — es lo mismo que un caballito. ¡ Y qué azorado anda, Señor ! ¡ Cómo busca ! ¿ No le digo á V. que anda perdido ?

— Bueno, señorita, déjele V. por Dios; mire V. que se hace tarde; vamos.

La niña meneó la cabeza malhumorada, y á regañadientes dejó correr al perro. Pero apenas habían dado diez pasos más hacia arriba, cuando el dilín dilín más precipitado y próximo del cascabel la hizo volver de nuevo. Se hallaban á la altura de la calle de Valencia; el paseo estaba ya mucho más alumbrado y despejado de gente. El perro galopaba, como decía la niña, galopaba desahogadamente entre los pocos transeuntes, y aunque haciendo eses, venía hacia ella.

— ¡ Ay qué monín ! — exclamó entusiasmada. — Y es del color que yo me figuraba : color de plomo. ¡ Ay, que bo...ni...tooo !

No había acabado siquiera de pronunciar esta palabra, que ya tenía el perrito encima, encaramándose á sus rodillas todo tembloroso, gruñendo, saltando y arañándole el vestido con una nerviosidad y un modo tan desesperado de menear la cola, que no parecía sino que había encontrado á su amo.

— ¡ Pobrete ! Se le figura que soy su ama. ¿ Qué quieres, monín, qué quieres ? — dijo la niña, castañeteando los dedos con el brazo levantado.

Y el perro salta que salta, y cabriolas van y cabriolas vienen, meneando la cola como la niña meneaba los ojos de los cuales brotaban chispazos de alegría.

— Cree que soy su ama. Mire V. qué saltos... Monín, salta, salta.

Y como la escena se iba prolongando y el criado que quería evitarse regaños, trató de ahuyentar al perro amenazándolo con los libros; pero el animal amenazado retrocedió un tanto, y con un alma que ni un mastín, hizo cara al sirviente y le enseñó los dientes ladrando como un desesperado.

— ¡ Duro, — dijo la niña azuzando al perro, — duro ! Usté se lo busca. ¿Con qué derecho se mete en mis asuntos? Quisiera que le mordiese... Vén aquí, monín, vén; no hagas caso de este majadero.

— Señorita, — contestó el criado con tono humilde porque sabía los puntos de insolencia que calzaba aquella niña mimada, — no creo haber dado á V. motivo para tratarme de esa manera.

— Sí, señor que me lo ha dado. Es V. un impertinente entrometido. Siga V. adelante, calle y no se meta donde no le llaman, — exclamó, engallándose, la niña.

Y prescindiendo ya de aquel, acarició al perro é hizo que la siguiera hasta su casa á la que llegaron sin haber hablado una palabra más.

II

La entrada del animalito revolvió la casa. Á los gritos de la niña, amos y criados acudieron maravillados. Visto

con buena luz, aquel perro resultaba ser un animal aristocrático, fino, bien cuidado, reluciente como seda, que ostentaba con rumbosa coquetería el elegante collar de piel de Rusia con su cascabel colgando. Todos le llamaban, todos lo querían, y él, meneando la cola, estirando aquellas orejitas que parecían hojitas de begonia rotas, corría de unos á otros, caracoleaba, brincaba y hacía tales extremos y daba tales gruñidos, que no parecía sino que quisiese hablar. Cualquiera habría dicho que conocía á aquellas personas años há, que volvía á la casa que había perdido.

Durante la cena, no abandonó la silla que le pusieron entre Elvirita y su madre, á las que divertía con los gestos vivos y elocuentes con que les pedía las cosas. La niña, sobre todo, se rió mucho más que comió. No hubo conversación posible. « ¡ Qué hocico tan negro ! ¡ Qué dientes tan blancos ! ¡ Qué patitas tan delgadas y listas ! » D. Víctor, que era extraordinariamente locuaz, le empezó á mirar de reojo, y más tarde, insinuó que era preciso devolverlo á sus amos. Pero la niña se puso triste, y como la niña se entristecía, la madre contradijo al marido.

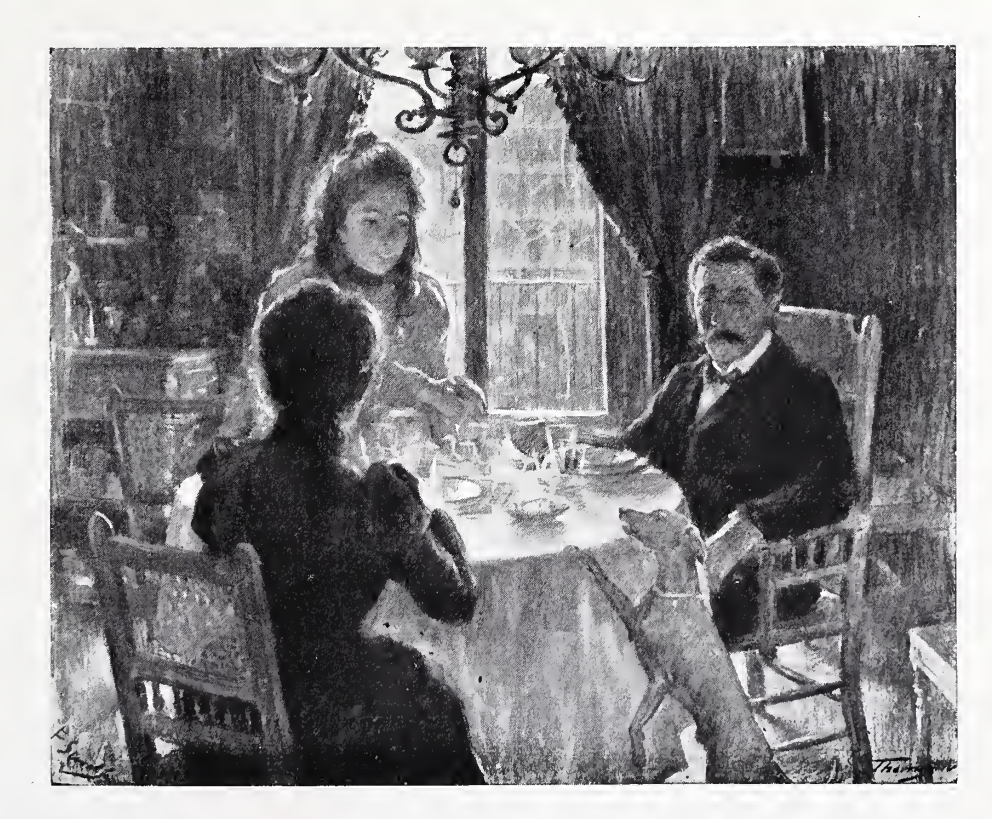
— ¡ Qué cosas tienes ! ¿ Y cómo sabrías de quién es ?

— Muy fácilmente; puesto que en el collar llevaba iniciales y número. Yendo á informarme al registro municipal de los perros.

Elvira abandonó repentinamente la mesa llevándose al perro, y arrancándoselo, tiró el collar no se sabe dónde, mientras en el comedor seguía el matrimonio cuestionando por lo que el marido llamaba deber natural y la mujer humorada caprichosa, ganas de llevar la contraria y de aguar una alegría á la niña. Entró ésta, y como siguiera la discusión, la emprendió acalorada con su papá, discutiendo insolentemente el derecho de propiedad sobre animales tan inteligentes y tan bien dotados de voluntad y cariño como aquél lo estaba. Oponía á este derecho la innata facultad de elección que podía tener el animal inteligente, la determinación espontánea que tomó en seguirla y el haberse defendido hasta de quien quería apartarlo de ella. Negaba en absoluto la objeción de que un perro, precisamente el más fiel de los animales, pudiera confundir personas, insistiendo repetidas veces en que si ella *poseía* ahora al animalito, no era porque se lo hubiese quitado á nadie, sino porque él la había seguido.

D. Víctor escuchaba con la boca abierta los extraños argumentos de su hija, no pudiendo explicarse de donde demonios había sacado toda aquella filosofía de derecho natural. Careciendo de argumentos que oponerle y ganado por la travesura más bien que agraviado por la insolencia de su hija, puso fin á la discusión con un : « ¡ Calla, mocosa ! » autoritario, al que contestó el perro ladrando en defensa de la aludida; mas, por último, D. Víctor cedió á fuer de padre debil y bonachón.

Desde aquel día, y con el nombre exótico y mimoso de Dick, quedó el galgo dueño y señor del campo, hasta un extremo verdaderamente desolador. Juguetón como buen cachorro, brincaba por encima de las mesas y de las sillas mejor que un clown, y aquí rompía un jarro, allí derribaba una lámpara, más allá desgarraba vestidos, y ora deshilachaba alfombras y flecos, ora deshojaba flores ó roía un guante ó echaba á rodar un sombrero ó se escapaba al jardín á desmochar las plantas, á destruir las más hermosas que se oponían á su paso, cuando reñía con el gato. Aquello era un atropello continuo, una devastación, una tromba asoladora, capaz de arruinar á una familia, de acabar con sus amistades... pero ni el mismo D. Víctor lo veía. Él era el primero en llevar los bolsillos llenos de azúcar para que Dick se luciese con aquellos saltos inverosimiles, que daba arrancándose como un loco, previos dos ó tres gruñidos de impaciencia y algún ladrido cascado que era como un grito de locura y ya en conexión con el estrépito que producía al derribar alguna cosa. Doña Amalia, el ama de la casa, hacía que se tratase á aquel déspota como á una persona. Dick tenía su plato, á Dick no le faltaba su cama, una mantita para preservarse del frío, ni sus zapatitos de goma. Por la mañana tomaba su baño, por la tarde lo sacaban á paseo, y, al volver, lo cepillaban y le rociaban con esencias para que oliese bien. Así era que el afortunado animalito vivía lo más regalado del mundo, en medio de aquella familia, á la cual, fuerza es confesarlo, correspondía con una fidelidad tan grande que ni siquiera hacía caso de las perras. Pasando de una falda á otra, enroscado á los pies de la



señora cuando bordaba, pegado á la elegante chimenea cuando en las noches de invierno se reunía ante ella la tertulia, no abandonaba un solo día á sus amos, y cuando éstos ó él volvían de paseo, expresaba con bulliciosas demostraciones de alegría cuánto los había echado de menos en aquellos breves momentos de ausencia.

— ¡ Dios nos libre de que se muriese ! — decía á menudo D.ª Amalia.— Le he cobrado mucho afecto á ese pobre animal al verle tan cariñoso.

— ¡ Oh ! Es que no le falta más que hablar. ¡ Eh, pobrecito Dick ! — exclamaba la niña en un arranque de entusiasmo, cogiéndole en brazos y dándole besos en el mismo hociquito.

Y cuando el perro se escapaba de sus brazos, ya le estaba esperando D. Víctor con un terrón de azúcar en los dedos para hacerlo saltar como una pelota, celebrando con una lagrimita el arrojo y ardimiento con que el animal bricaba. « Porque creedme, — decía muy formal, — si el animalito hace eso, no es por el azúcar (que demasiado harto debe estar de ello), sino por divertirme.»

Y esta situación de mútua cordialidad fué aumentando con el tiempo, hasta el punto de que, al cabo de cuatro años, aquellos señores, sin notarlo ni exagerar, hablaban del animalejo como de un individuo de la familia.

Pero como una felicidad absoluta es siempre pasajera, aun tratándose de perros afortunados como Dick, que era de los que se pueden citar como ejemplo de lo que vale el nacer con buena estrella, llegó un día en que Elvirita, la predilecta del animalito, enfrascada en las relaciones amorosas que contrajo, empezó, no diré á olvidar, pero sí á hacer menos caso del perrillo y á negarle á menudo las caricias que él seguía pidiéndole con una cola tan impaciente y movediza y unos ojos tan tristones que demostraban sobrado lo que padecía.

De vez en cuando, se le escapaba á la muchacha decir:

— ¡ Ay, hijo, qué pesado eres ! ¿ No ves que he de escribir á mi Pepin para que, en vez de venir á las ocho y cuarto, esté aquí á las ocho ? ¡ Ea ! vete, vete, no seas impertinente.

Y él animalito, más triste que la noche, con el rabo entre piernas y llorando en su interior por aquella inconstancia que no sabía explicarse ni dejar de perdonar á cada paso, se iba á buscar consuelo en el regazo de D.ª Amalia ó de D. Víctor que, por fortuna, se le mantenían aún leales.

De sus tres grandes pasiones ya no le quedaban al perro más que dos y gracias. Peor fué cuando con motivo de comprar los vestidos y alhajas para la joven, ni ésta ni su madre paraban en casa en todo el santo día de Dios, y ya no tenía el abandonado Dick más compañero cariñoso que D. Víctor, durante los pocos ratos que podía dedicarle. Aquella soledad le causaba una nostalgia espantosa, pero aun se desalentaba más el pobre animal al ver la frialdad con que se recibían las extremosas cabriolas con que seguía celebrando la llegada de sus amas siempre que volvían á casa. ¡ Ah ! ¡ Qué dolor, al verse desdeñado de aquel modo ! ¿ Acaso no notaban aquel redoblar de sus patitas sobre la seda de sus faldas, ni los gruñidos de aflicción que daba ? ¿ No veían sus anhelos, ni sus saltos de alegría antes tan celebrados ? ¿ Por ventura no era el mismo, no las quería como antes ? ¿ Qué pasaba allí, qué significaba aquella mudanza tan cruel ? ¡Es cierto que aun le respondían, alguna que otra vez, castañeteando los dedos... pero esto era tan poca cosa, comparado con lo de antes, que solo servía para hacer más doloroso el contraste ! Tantos desaires le enflaquecían, hacían que se volviese gruñón, malhumorado y le obligaban á andar por la casa con las orejas gachas y arrastrando la cola, como un desdichado que ha perdido hasta el humor de vestirse.

Pero aun fué más gorda la que hizo D.ª Amalia, la señora que en un principio había atendido á su bienestar con tanta generosidad. Acercándose el día de la boda de Elvira, concluídos ya los trajes, los iban llevando á la casa y las señoras no salían ya, para ir recibiéndolo todo. La alegría de Dick no tenía límites. Hacerlo estar quieto era imposible. La expresaba como podía y como mejor sabía, y el pobre no acertaba á comprender, porque sus amas, entusiasmadas con aquellas telas tan hermosas y atadas con cintas bonitas, no le hacían caso: harto trabajo tenían con irlas colocando, como en parada, en el salón destinado á exhibir el *trousseau*, y no podían permitir que Dick tan temerario, con el afán de acariciarlas continuamente, las hiciese caer de las manos aquellos montones de preciosidades ó les descosiese un adorno de algún vestido.

Quisieron dárselo á entender, primero con algún conato de puntapié que, en su aturdimiento, quizás tomara el animalito por una broma que le gastaban, y luego á puñadas y á algún puntapié de veras, al ver que aún insistía. Dick, entonces, vió claro y ladró dolorosamente ofendido, pero corriendo en seguida á buscar á sus amas con las patitas levantadas para que le perdonasen aquel arranque de genio.

— ¡ Qué impertinente estás ! — exclamó la joven impacientada.

— ¡ Y tanto ! Marea, aburre, — añadió la madre. Y dejando el montón de camisas bordadas que traía en brazos, cogió al perrillo, lo llevó fuera de la habitación, y volviendo á entrar, cerró la puerta por dentro.

Pero Dick, que, como todo celoso, había perdido el juicio, lejos de irse á llorar á su cama, se puso á gemir detrás de aquella puerta, y viendo que no se la abrían, sin reparar en que era blanca y dorada, empezó rasca que te rasca con sus uñas, rayándola de mala manera y poniendo al que lo oía carne de gallina.

— ¡ Diantre ! — exclamaron las señoras ya desesperadas. — ¡ Qué se lleven á Dick de ahí !

Y D.ª Amalia tocó un botón eléctrico y mandó imperiosamente que cogiesen á Dick y, durante aquellos días, lo tuviesen atado en la cochera.

III

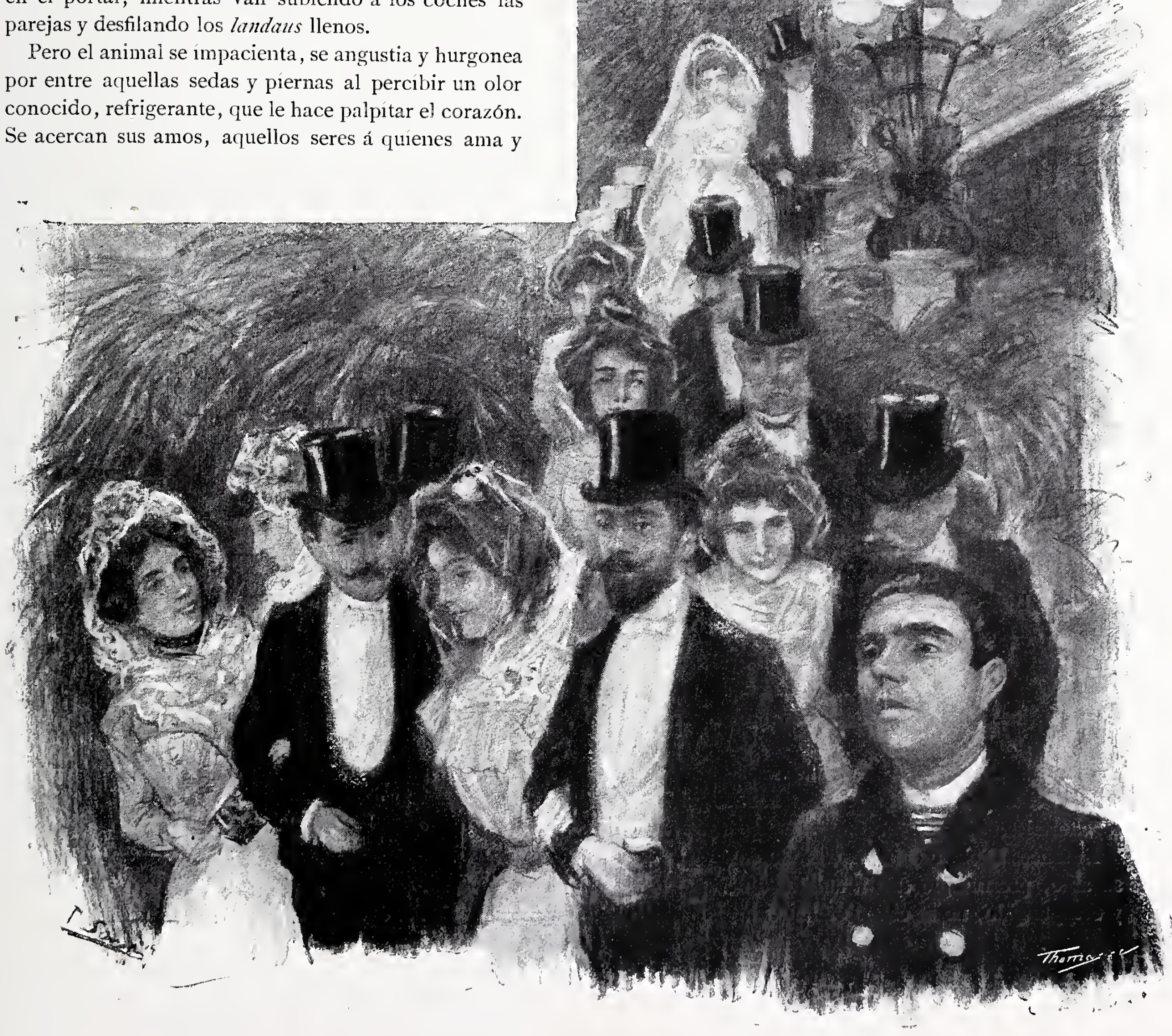
Lo que padeció Dick en tan duro cautiverio se conoció sobradamente en su piel sedosa que había perdido todo su brillo y que tenía pegada á las costillas, como si le hubiesen prensado. No quería comer, aborrecía el agua, se pasaba el día aullando y dando tirones á la cadena, con un desaliento y una angustia que daban lástima.

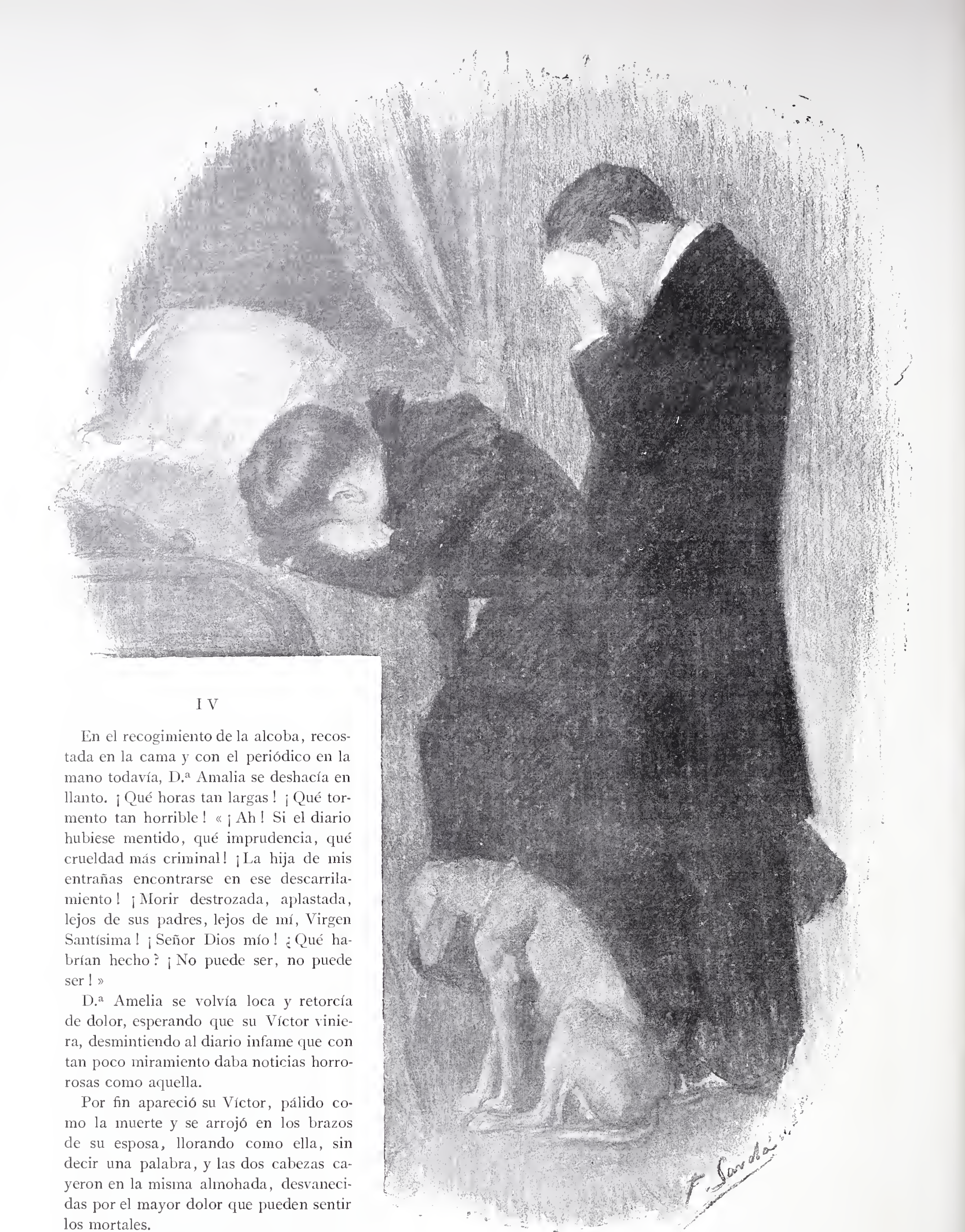
Por fin llegó la víspera de la boda. El trajín de la cochera fué tan grande que nadie se ocupó de Dick. Á la nostalgia de los de arriba se agregó, aquel día, el desdén de los de abajo. Coches y caballos, todo salió afuera. La

cochera quedó vacía y abierta de par en par; el movimiento de coches, que iban alineándose mientras tanto, delante de la casa, era sorprendente. Dick comprendió que se preparaba algo extraordinario, y al ver que no se contaba con él, que lo tenían olvidado, se puso fuera de sí y todo se le volvía llorar y ladrar y tirar más y más de la cadena. « ¿ Serían capaces aquellos descastados de vaciar la casa y dejar que él se muriese de hambre ? » Desde las orejas á la cola, le temblaba la piel como movida por corrientes eléctricas. Por último, oyó tanto bullicio en la escalera que se decidió á hacer un esfuerzo supremo. Del tirón que dió rompiósele el collar ya en mal estado, y por fin recobró la libertad.

De un salto se plantó en el pie de la escalera; pero una vez allí, vió estupefacto que de ella se desprendía con alegre rumor toda una cascada de jóvenes y de señoritas estorbándole el paso. Ellos van de frac, ellas adornadas de flores y encajes, despidiendo fragancias que le despistan, que le perturban el recuerdo de algunas caras que habría jurado conocer. Y la cascada es larga y compacta, porque todos van cogidos del brazo, encajonados entre las palmas y arbustos que los jardineros han puesto á entrambos lados de la escalera. No le queda más remedio que esperar, y el pobre Dick espera, gruñendo lastimeramente, que se agote aquella cascada detenida á cada paso por la aglomeración de gente que se forma en el portal, mientras van subiendo á los coches las parejas y desfilando los *landaus* llenos.

Pero el animal se impacienta, se angustia y hurgonea por entre aquellas sedas y piernas al percibir un olor conocido, refrigerante, que le hace palpitar el corazón. Se acercan sus amos, aquellos seres á quienes ama y se despepita por ver, y quiere acercarse á ellos. Y las parejas se lo impiden, le pisan, le ahogan; mas él hurga que hurga, se abre paso y al fin dispone de tres escalones libres. ¡Oh gloria! ¡Oh cielo! En el cuarto escalón están parados, cogidos del brazo D. Víctor y Elvirita, él radiante de alegría, ella de pureza y hermosura, bajo su velo blanco y su diadema de flores de azahar. Los de abajo, así como los que la siguen, y su madre la primera, la contemplan embobados, celebrando la riqueza y buen gusto de su lujoso vestido de cola que lleva recogida al brazo. Dick ya no puede más; la alegría le empuja, y ¡ paf ! cuando menos se lo piensan, de un solo salto, temblando, enardecido, llega á los pies de su predilecta, ladrando de alegría y levantando las patitas. La joven chilla de espanto; la madre grita: « ¡ Ay, el vestido ! » — « ¡ Ay, pobre velo ! » — gritan á su vez otras personas. D. Víctor, al oirlo, no se para en reflexionar y descarga á Dick un puntapie con tal acierto en mitad del vientre, que le arroja por el aire, como una bala, hasta el portal, como podría haber arrojado un andrajo.





IV

En el recogimiento de la alcoba, recostada en la cama y con el periódico en la mano todavía, D.ª Amalia se deshacía en llanto. ¡ Qué horas tan largas ! ¡ Qué tormento tan horrible ! « ¡ Ah ! Si el diario hubiese mentido, qué imprudencia, qué crueldad más criminal ! ¡ La hija de mis entrañas encontrarse en ese descarrilamiento ! ¡ Morir destrozada, aplastada, lejos de sus padres, lejos de mí, Virgen Santísima ! ¡ Señor Dios mío ! ¿ Qué habrían hecho ? ¡ No puede ser, no puede ser ! »

D.ª Amelia se volvía loca y retorcía de dolor, esperando que su Víctor viniera, desmintiendo al diario infame que con tan poco miramiento daba noticias horrorosas como aquella.

Por fin apareció su Víctor, pálido como la muerte y se arrojó en los brazos de su esposa, llorando como ella, sin decir una palabra, y las dos cabezas cayeron en la misma almohada, desvanecidas por el mayor dolor que pueden sentir los mortales.

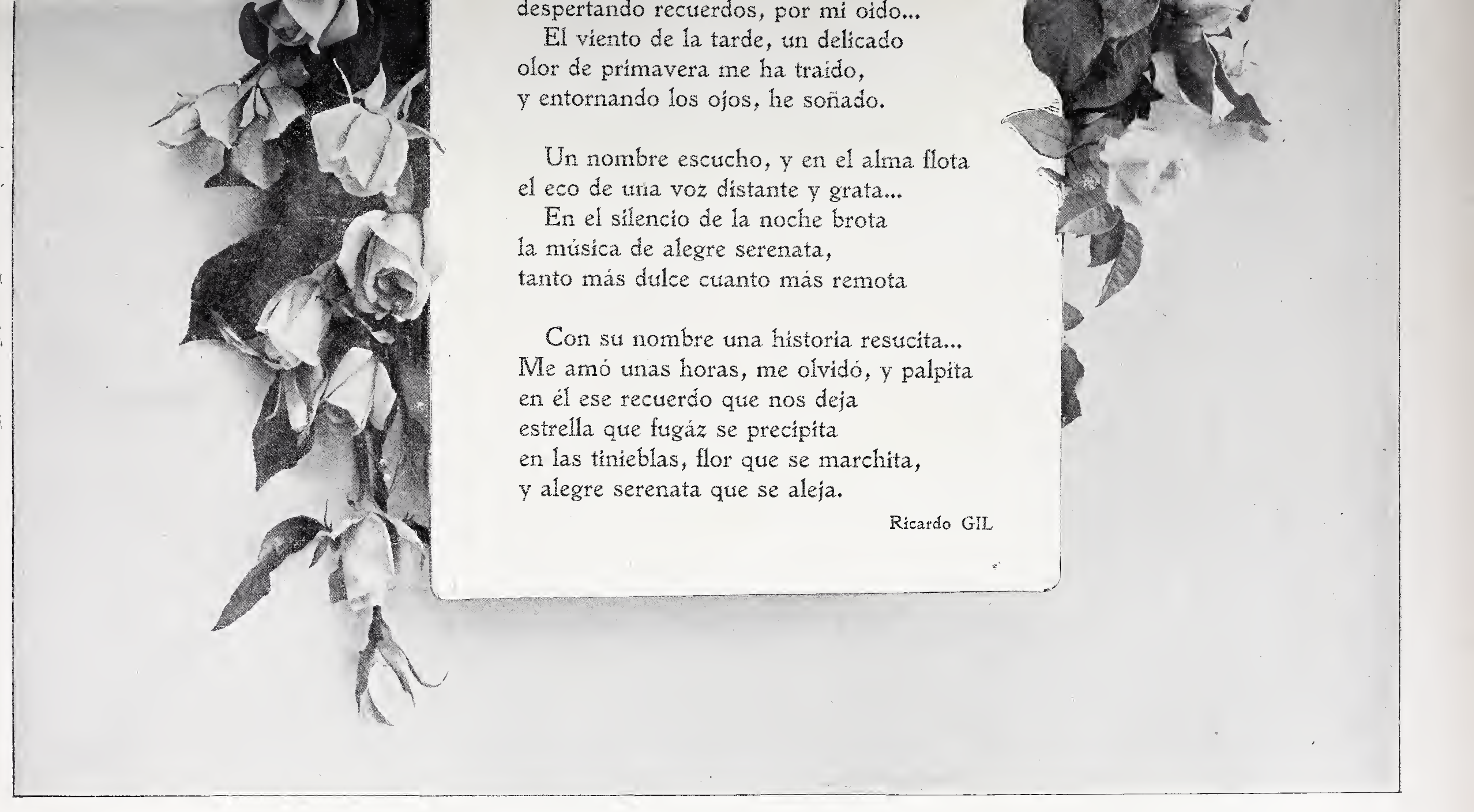
Entonces Dick, que había entrado con su amo, prorrumpió en un aullido doloroso, se acurrucó reverentemente á los pies de ambos esposos, y lloroso y compungido, no se cansó de lamer las lágrimas que aquellos desdichados iban derramando sobre el suelo.

NARCISO OLLER

(Traducido del catalán, por A. M.)

S. M. EL REY DON ALFONSO XIII, EN TRAJE DE PICADERO

Un nombre han pronunciado; y sonriente
por mi memoria cruza su semblante...
En la profunda sombra, de repente
surge, brilla y se apaga estrella errante,
dejando un rastro, en pós, resplandeciente

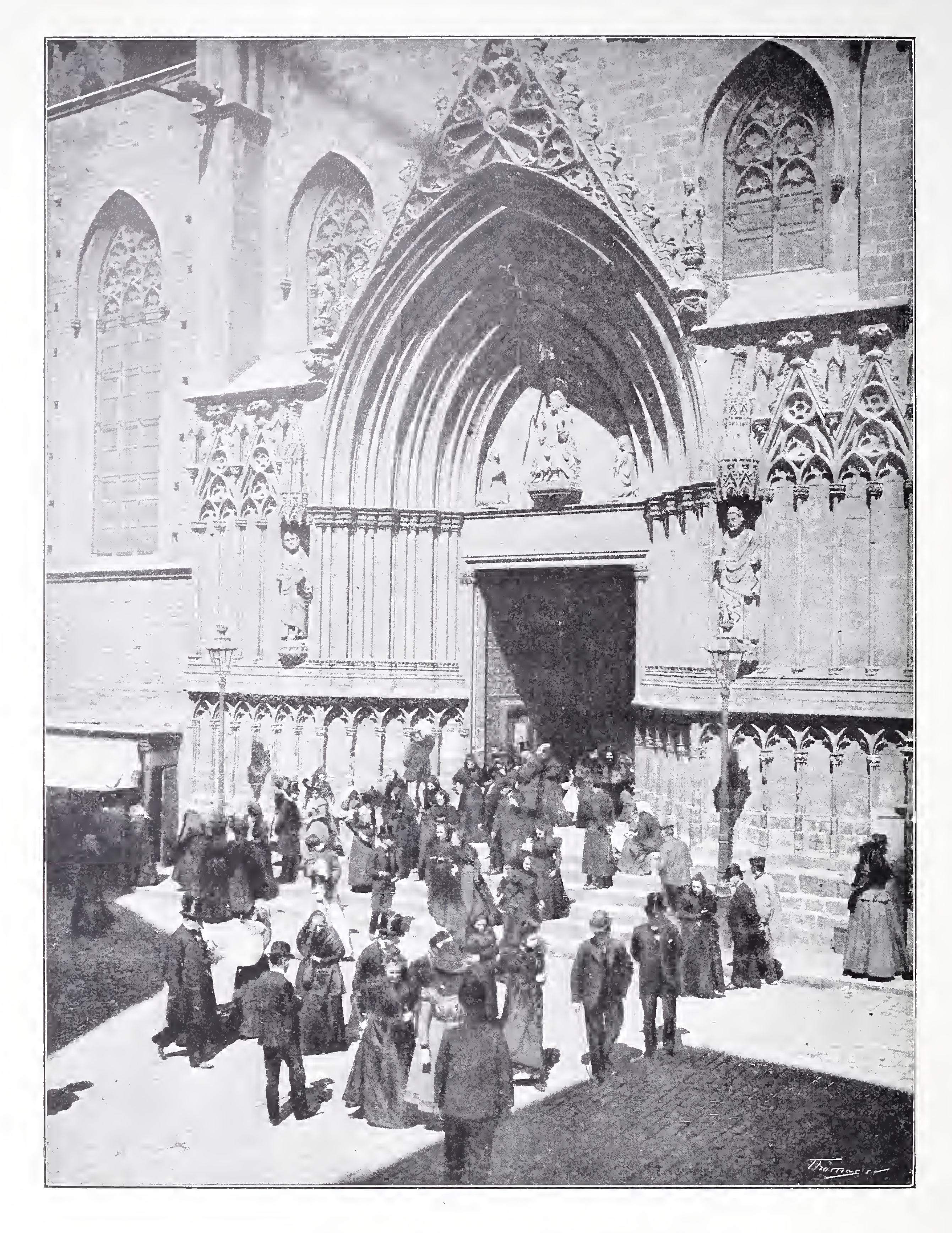


despertando recuerdos, por mi oido...
  El viento de la tarde, un delicado
olor de primavera me ha traido,
y entornando los ojos, he soñado.

  Un nombre escucho, y en el alma flota
el eco de una voz distante y grata...
  En el silencio de la noche brota
la música de alegre serenata,
tanto más dulce cuanto más remota

  Con su nombre una historia resucita...
Me amó unas horas, me olvidó, y palpita
en él ese recuerdo que nos deja
estrella que fugáz se precipita
en las tinieblas, flor que se marchita,
y alegre serenata que se aleja.

Ricardo GIL



IGLESIA DE SANTA MARÍA DEL MAR

La visita al Monumento en la mañana del Viernes Santo

LAS DOS ATMÓSFERAS

FUÉ durante la época en que, para estudiar prácticamente el hipnotismo, andaba yo á caza de sonámbulas más ó menos auténticas. Una nota, que me facilitó un ayudante algo guasón, consignaba las señas de la nueva vidente — una tal Teodora — y añadía:

« No encuentra objetos perdidos ni da remedios, pero sus oráculos son pasmosos; por ejemplo: *Cuando tiembla el rayo y la perla llora, una gota de sangre llena el río.*»

« Parece que el negocio no marcha á pedir de boca.»

Mal iría el negocio, porque la casa era fea y sucia, el callejón triste y angosto, la escalera pringosa, y el patiecillo que pretendía darle luz, un intestino infecto y lóbrego que soltaba, desde lo hondo, un vaho de miseria casi nauseabundo.

Al llegar al cuarto tercero, llamé con los nudillos — porque ni aldaba había — y salió á abrirme un hombre mal afeitado y peor vestido. Llevaba un pañuelo arrollado al cuello para disimular la falta de camisa, y tan bien abrochada la americana de arriba abajo, que no era posible saber si prescindía igualmente de chaleco.

— ¿ No hay aquí una sonámbula ?

— Aquí es — contestó mi hombre — volviendo á cerrar la puerta.

La voz del descamisado, aquel metal de voz, me obligó á fijarme en su cara.

¡ Cuanta arruga ! ¡ Qué estragos causan los años y la adversidad ! Mas no era posible equivocarse: él también me había reconocido y luchaba entre la alegría y la vergüenza.

— ¿ No eres tú Diego ? — pregunté.

— El mismo. Ya ves en que situación me vuelves á encontrar.

Mi contestación fué un abrazo que él recibió con los ojos húmedos.

Cuando hubimos entrado en la menguada salita, donde la pequeña síbila recibía á los consultantes, cuando nos hubimos sentado y Diego se halló frente á mí, la humedad de sus ojos se resolvió en lágrimas y, precipitadamente, me contó la triste historia de los dieciocho años transcurridos, desde la última vez que comimos juntos en Fornos.

No era un tunante. ¡ Parece mentira ! Era todo un doctor en Filosofía y Letras. Diego poseía mediana inteligencia y una instrucción más profusa que práctica, puesta bajo la tutela de una sensibilidad preponderante y mal gobernada por el freno de una voluntad blanda. En esta última, ó más bien en su deficiencia, estaba el orígen de sus mayores desventuras. Nos conocimos en el colegio, donde estudiamos cinco cursos en las mismas aulas; después, tras seis años de separación, nos volvimos á encontrar en Madrid, durante el período del doctorado.

Tuvo Diego antes de casarse una terrible desilución, cuando perdió unas oposiciones á cátedra y se persuadió de que le faltaban la brillantez y la intención que aseguran el triunfo en estas lides: no hubo más remedio que resignarse á dar lecciones en colegios y casas particulares. La arena política era terreno vedado para él, que aborrecía la intriga y era sumamente soso en la oratoria: el periodismo y la literatura exigían aquel adarme de inteligencia que la naturaleza le dió de menos al nacer, escatimándole ese piquillo insignificante que completa el peso mental en hombres que han de vivir de su ingenio, por lo cual Diego no pudo ser catedrático, político, periodista ni literato.

Reducido así á las lecciones y á traducir del francés, cuando podía conseguir esta mezquina ayuda, jamás pudo llevar la abundancia á su hogar honrado. Transcurrían años, nacían varoncitos, venían hembritas al mundo y la situación no mejoraba: lo que hizo fué empeorar y ponerse muy fea. Con la Restauración la enseñanza láica llegó á ser un funambulismo lastimoso: no era posible competir con las órdenes religiosas que disponen de profesores sin sueldo, obligados á desempeñar sus funciones con entusiasmo, so pena de vaciar su vida de toda ilusión; no era posible atraer la corriente de alumnos que va inevitablemente á la zaga de los hijos de los ricos, y los colegios particulares se morían, uno tras otro, como ovejas atacadas de misteriosa epizootia. Hoy faltaban á Diego los diez duros de este muerto y mañana faltarían los cinco de aquel otro agonizante, y un mes no había clase de latín, y un curso se acababa el repaso de retórica. Era la desaparición del oficio, la evaporación del pan, como cuando se acabaron los veloneros con el advenimiento del quinqué: un dolor sin consuelo.

Comenzó entonces el declive terrible que no se sabe hasta que profundidad conduce: la familia vendió y comió la viña de Diego, último resto de la herencia paterna; después fueron al trueque las galas de la madre y los cubiertos y las ropas y hasta las mantas; Diego tuvo que descender á dar lecciones penosas por treinta reales al mes, y á traducir á veinte céntimos la cuartilla. ¡ Oh fealdad inaguantable de la vida ! ¿ Á qué contar los días á media hambre y las noches sin abrigo ? Nada eran estas miserias comparadas con el sufrimiento moral, con la pena de ver á la pobre Cinta cosiendo sin descanso, para allegar algunos reales, con el dolor de verla, enferma de los ojos, consumir en la labor la poca vista que le quedaba. Luego venía el tormento de los hijos: Juanito, muerto de garrotillo; Consuelo, tan linda y tan dulce, muriéndose del tifus á los once años, y los otros dos, los más peque-

ños, yéndose también entre dolores, sin haber comido nunca lo bastante. Y Diego se retorcía, desesperado de no poder acompañar á los que se iban, llorando por los que se quedaban. Siempre en habitaciones malsanas, siempre con deudas, con el hábito de mirar como golosina la leche, el vino como despilfarro y la fruta... como fruta prohibida.

Cuando Cinta no pudo ya coser ni Diego tuvo traducciones, hubiera sido preciso recurrir al pordioseo, á no ser por Teodora: era la única hija que les quedaba: ella fué la que discurrió lo del sonambulismo, la que ganaba algunas pesetillas para echarlas en la boca del lobo.

No podré olvidar nunca la conmoción de ternura que sentí, cuando entró Teodora dando el brazo á su madre. La espiga crecida en la oscuridad no es más blanca y esbelta que aquella heroina de dulcísimos ojos zarcos: el efluvio de sus pupilas tenía la frescura de la brisa del mar, y la abundosa madeja de cabello castaño, que llevaba recogida en un moñete, realzaba aún más el céreo color de la tez y la suave titilación de sus largas pestañas. Era muy delgadita, admirablemente proporcionada, y en el contorno del delicado busto asomaba la línea indecisa y adorable que responde al tránsito entre dos momentos, cuando el rocío de los cielos quiere cuajarse dentro de la flor terrena.

Teodora trajo á este valle de lágrimas lo que faltaba de imaginación en la mollera de Diego y otro tanto de añadidura. Había leído mucho y, durante el sueño hipnótico, combinaba elementos dispersos en su memoria y profería frases enigmáticas, en realidad vacías de sentido, pero que eran interpretadas por los consultantes con arreglo á sus deseos ó á sus temores. Sin embargo, la perfecta ingenuidad de la niña y su inexperiencia del mundo eran desfavorables para el negocio, y los supersticiosos la dejaban pronto, para ir á otras sonámbulas que les daban mejor mascado el alimento de su estupidez.

Diego comenzó á magnetizar á su hija ajustándose á un ritual anticuado y ridículo: como todos los que no son médicos, comprendía bastante mal el alcance de lo que estaba haciendo. Á mi me pareció desde luego una enormidad someter así á una voluntad tan endeble como la de su padre, la planta gallarda del espíritu de Teodora y cuando ví la adoración extática con que la niña le miraba, me arrojé á deshacer todo aquello con el mismo ímpetu con que hubiese sacado á la adolescente de entre los pies de un caballo desbocado.

Teodora estaba sentada junto á mi derecha. De pronto me volví y, sin hablar una palabra, la miré duramente en el fondo de los ojos: noté enseguida que daba en peña; Teodora buscaba los ojos de su padre, sobrecogida ante lo desconocido; pero no lo consentí. Púsele una mano en la nuca y con los dedos de la otra le cerré los párpados, gritando con imperio: ¡ Duerme !

Tras una ligera sacudida, hija de la sorpresa, sentí oscilar los globos debajo de mis dedos y, poco después, el cuerpo se desplomaba en la silla, inerte y blando.

— Teodora, — le dije — ¿á quién quieres más, á tu padre ó á mí?

— Á mi padre.

— Buena muchacha. Ahora óyeme bien: graba esto en tu alma con letras de fuego: Jamás, jamás en adelante, ni tu padre ni otro hombre nacido podrá volver á dormirte. Repítelo.

— Jamás podrá ya dormirme mi padre, ni tampoco hombre alguno.

— Vuelve el filo de tu alma hacia arriba. Cuando el

rayo del cielo venga temblando á quebrarse en él, recíbelo bien despierta. Cuando la perla llore, ponla junto á otra perla que consuele. Cuando la gota de sangre llene el río, déjalo correr hasta el mar, que es su centro. Despiértate.

Diego me miraba asombrado.

— Mira, Diego — le dije — te he hecho un gran favor. En lo sucesivo no será ya posible que andes jugando con estas cosas de hipnotismo que son más serias de lo que tú crees. Así no podeis continuar: es absolutamente preciso que tengais otro modo de vivir más higiénico. Voy á ocuparme activamente de esto y espero poder traerte pronto buenas noticias.

Diego me abrazó conmovido, la pobre Cinta lloraba y Teodora me hubiera besado la mano, á no ser por una mirada mía imperativa que le cortó la acción como un cuchillo corta una cuerda.

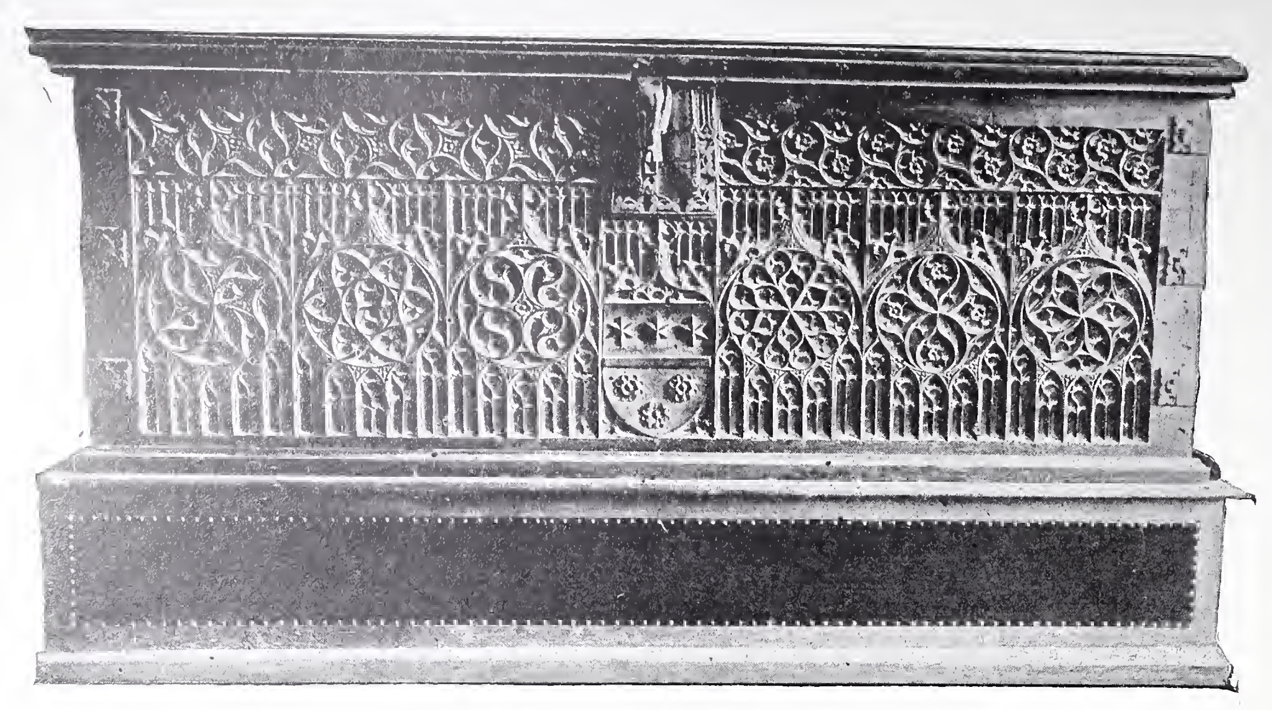
Ocho días después, mi amigo recibió proposiciones del barón de Rugat para encargarle la administación de sus fincas en cierto distrito de Levante; mas para ello le era forzoso vivir en el campo, y se le señalaba la alquería del Rosario como punto de residencia.

Diego aceptó el empleo con júbilo. Hasta entonces, del mundo no había bebido más que la hiel y el vinagre; de la naturaleza no conocía más que desviaciones y extremos: la lobreguez, el dolor, el frío y la muerte. La sonámbula y sus padres iban á ser restituídos al seno amantísimo de la madre que no varía, al calor del sol, á la emanación de la tierra generosa.

Por las cartas de Diego y por las minuciosas páginas que me escribió Teodora puedo reconstruir la escena de la llegada de los tres desterrados á los umbrales de su inesperado paraíso. Era en una mañana de Junio; en la puerta de la alquería esperaba á los viajeros la señá Facunda, la rolliza hortelana. Teodora y su madre entraron en el huerto alborozadas y curiosas, bañáronse en el sol y el aire campestre, embebidas en la contemplación de aquel mundo nuevo que era suyo, de aquel mundo sonriente, deslumbrador, en plena lozanía de expansión. Los parrales que rodean la casa y corren á lo largo de las tapias, engalanados con el follaje exuberante, moviendo en la brisa el verde fresco de sus pámpanos, convidaban con el regazo de su sombra al descanso y al olvido de las antiguas penas; las verduras formaban cuadros y tablas de armonioso color; de frutal á frutal corrían cuerdas cargadas con los blanquísimos lienzos de la colada y, atada á un rodrigón, una cabra murciana mordiscaba un manojo de zanahorias y miraba á la pobre Cinta con ojos húmedos de cariño. La señá Facunda la ordeñó con mucho aseo y fué á poner el jarro sobre una mesita que, junto á un grupo de nísperos, sostenía el almuerzo preparado para la familia.

Entre tanto, Diego no se movía del umbral, alelado, con el alma en los ojos; miraba al cielo, á los árboles, á la cabra, á la señá Facunda, al almuerzo, sin articular una palabra. Y escribe Teodora que en aquel momento le vió caer de rodillas y besar amorosamente la tierra.

Manuel Lassala



Arcón que perteneció á la Catedral de Leon. - Siglo XV

ARTE ANTIGUO

Arcones góticos del Museo Arqueológico Nacional

Á medida que han variado las costumbres en el curso de los siglos, ha variado el mueblaje en que ellas se reflejan. Hoy el mueble principal de un hogar ó de una persona bien acomodada es el armario y antiguamente, esto es, hasta el siglo XVI, era el arca. En ella se guardaba lo más precioso de la casa: las ropas ricas, las alhajas, el dinero. Por eso, arca es voz sinónima de tesoro y la antigua literatura está llena de referencias de ello. Mueble cómodo, porque era de bien proporcionada capacidad, porque era fácilmente trasportable y porque en los aposentos se utilizaba como asiento y si era de suficiente altura como mesa, el arca se conoce desde la Antigüedad; y en la Edad Media, sobre todo en la segunda mitad llegó á adquirir también importancia artística. Fué tan general su empleo que se fabricaron arcas con muy diversos fines. Con arreglo á ellos diferencian los arqueólogos las siguientes clases de arcas ó arcones, puesto que la mayoría de los que se conservan son grandes: 1.º Arcón mortuorio ó funerario, como es el de S. Isidro, en Madrid; 2.º Arcón garofiláceo ó sea los destinados en las iglesias á los vasos sagrados, enseres del culto y ropas sacerdotales; 3.º Arcón-archivo, para guardar, enrollados y en sentido vertical, los documentos de pergamino, como aun los conserva en Madrid la casa del Infantado, y en Barcelona la de Sástago y el Archivo de la Corona de Aragón; así podían los nobles y los cancilleres de los reyes transportar ó llevar consigo su archivo, cuando las necesidades de la vida medioeval les hacía cambiar de residencia; 4.º Arcones tesoros, llamados también huchas, de uso doméstico, como hemos dicho; 5.º Arcones nupciales ó arcas de novia, esto es, donde el esposo enviaba á su prometida las ropas, joyas y galas que le regalaba con tal motivo; 6.º Arcones-armeros, donde los caballeros guardaban sus armas; y 7.º Arcones-trojes, en los que como su nombre indica se guardaba en las casas humildes ó de labranza el grano para el gasto diario. Menos los arcones de la última clase, los de las anteriores han sido susceptibles de embellecimiento por el arte, y más que ningunos los de las iglesias y las arcas de novia, huchas, etc., de las casas señoriales ó palacios de magnates.

Los arcones domésticos fueron sin duda en su origen, baules más ó menos sólidos, pero sencillos, esto es, sin embellecimientos que les hicieran impropios de servir lo mismo para llevar equipaje en tiempo de guerra que para guardar el botín en tiempo de paz. Dulcificadas un tanto las costumbres y embellecida la existencia por el arte, cubriéronse los arcones, cuyo material obligado fué la madera, de exornos pintados ó tallados. Por el siglo XIII empezó á adquirir en Francia tal boga el uso de arcones tesoros ó *huches* decorados que su confección llegó á constituir entre los ebanistas-entalladores un oficio especial; llamáronse dichos artífices *huchers* y en París constituyeron un gremio, conforme á un reglamento, que favorecía el desarrollo artístico de los afiliados. Progresó notablemente en este sentido el gremio y así la *hucha* fué el más adornado de los arcones de la casa. En los Museos, especialmente en el de Cluny, hay notables ejemplos de esas *huchas*.

Acaso de Francia pasó á España la boga de las hu-

chas decoradas, y de las que se conservan, pocas habrá del siglo XIV; pero hay bastantes del XV. Alguien ha indicado, al ver que donde con más frecuencia se hallan es en Castilla, que dichos arcones se deben á los entalladores castellanos, cuyas mejores obras son los coros de las catedrales de Burgos, Palencia, Leon, etcétera. Por nuestra parte creemos que también se confeccionaron arcones artísticos en el Reino de Aragón, pues de la región aragonesa y de la catalana conocemos muchos ejemplares. En cambio, del mediodía de la Península no tenemos noticia de arcón alguno.

En Barcelona el inolvidable amigo nuestro y director que fué de esta revista, D. Francisco Miquel y Badía tuvo en su colección notables arcas de novia, unas muy curiosas pintadas y decoradas, otras talladas. En Madrid, en la colección de antigüedades que reunió el Sr. Marqués de Monistrol, ya difunto, figura un arca, que él mismo dió á conocer en el *Museo Español de Antigüedades* (t. II). Es un arca tallada en nogal, con labores de tracería de estilo ojival florido, sobre las que destacan en el medio un escudo que parece ser el de los Fernández de Córdoba, de quienes desciende la casa de Sástago, y á los extremos las flechas y grifos, emblema de los Reyes Católicos, por donde cabe suponer con el dicho monografista que el mueble en cuestión fuese hecho para contener algún presente que dichos monarcas hicieren al gran Capitán, pues también se dió ese uso á los arcones. La labor del que motiva este comentario nos parece de gusto aragonés ó catalán.

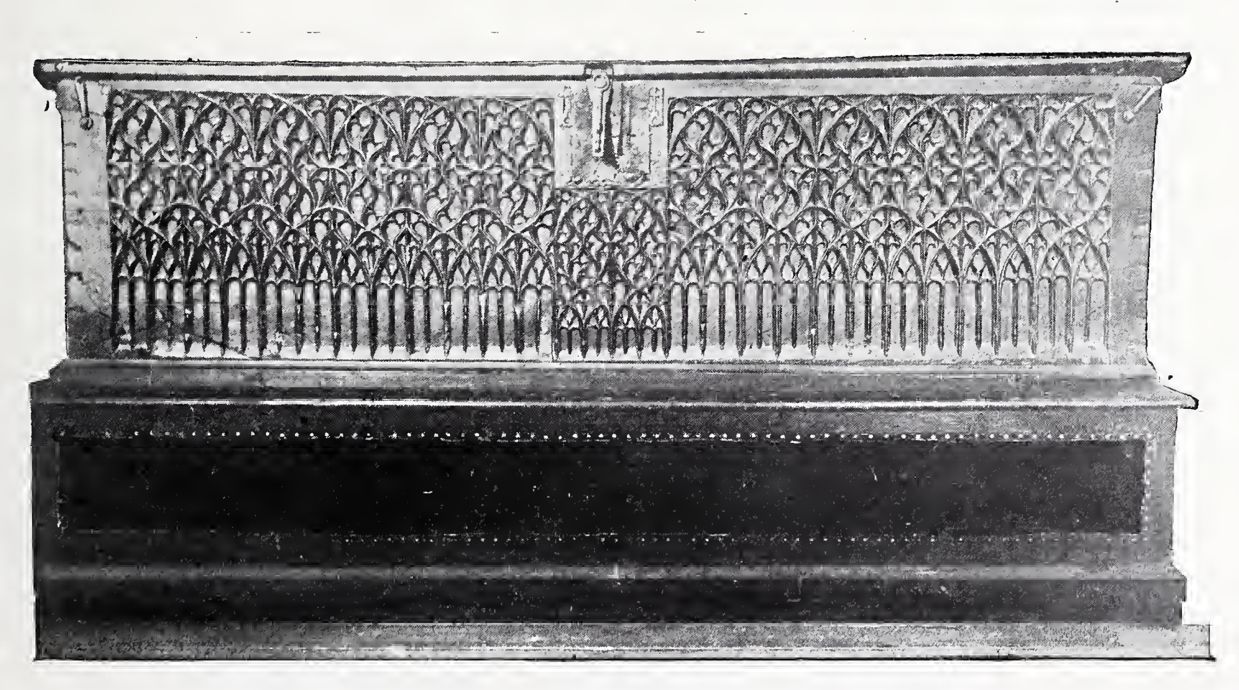
Nuestro Museo Arqueológico Nacional posee algunos buenos arcones. De ellos el de aspecto más antiguo es uno de tallas lisas con herrajes que permiten clasificarla como del siglo XIV y tres tallados, de gusto *gótico* y para ser más exactos con tracería ojival en su último *florido* período ó sea del siglo XV. Dos de estos arcones son los que reproducimos aquí.

El más importante, por estar adornado con un escudo de armas, fué donado al Museo por el cabildo de la Catedral de Leon, donde se conservaba y debió servir para guardar objetos destinados al culto, de modo que es un *arcón-garofiláceo,* de los antecesores de las cajonerías en que poco después se hizo costumbre guardar dichos tesoros eclesiásticos. Es de nogal, cada lado y la tapa, de una pieza. Mide de longitud 2 metros y de ancho 75 centímetros. La labor de su frente, que se repite á los costados, es, como en casi todos los arcones españoles de su época y estilo, de traza arquitectónica, que simula un cuerpo de siete arcadas, trepadas de cardíneas, la arcada de enmedio *canopial,* para cobijar el escudo, las tres de cada lado con rosetones de diferente dibujo y el campo superior é inferior lleno de pequeñas arcadas; encima corre un friso de trazado distinto á cada lado de la cerradura que le divide en dos trozos iguales. Dicha cerradura, de labor calada de florecillas y con pináculos es preciosa, como también las abrazaderas, tres á cada lado que refuerzan la junta de los tableros.

El otro arcón es de más menuda traza, también arquitectónica, de arcadas enlazadas, cuyas nervaduras se prolongan por encima formando círculos tangentes también enlazados y cuajados de labores más menudas, como el resto del campo; dos arcadas más pequeñas, dispuestas en igual forma, interrumpen el trazado general y sobre ellas asienta la cerradura que es más sencilla que en el interior. Para que la tapa ajuste mejor y no se vicie hay á los extremos sendas aldavillas ó ganchos. Mide 1'90 m. de largo y 0'60 m. de ancho.

El Museo posee algún otro arcón gótico interesante.

José Ramón Mélida



Arcón gótico. - Siglo XV

J. BORRELL.—VIEJA DE ANTAÑO, COQUETA DE HOGAÑO

PRIMER PREMIO.- Autor: Julio Vila Prades

Concurso de Acuarelas

para un

PROYECTO DE CARTEL

del

Anís Fígaro

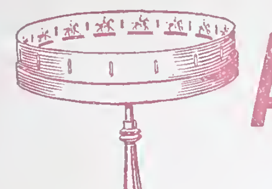
de la casa

J. Martínez Ymbert

de

VALENCIA

SEGUNDO PREMIO.- Autor: J. Aixa



ANIMATÓGRAFO FAMILIAR

Ingenioso juguete que permite estudiar el movimiento de las personas y de los animales.

Los adultos admirarán en él una nueva aplicación de la fotografía animada, á los artistas les permitirá el estudio de varios movimientos y para los niños es un juguete entretenido é instructivo.

CON DOCE COLECCIONES DE
FOTOGRAFÍAS INSTANTÁNEAS

Bailarina, Soldado, Caballo al paso, Caballo al trote, Caballo al galope, Caballo alta Escuela, Cabra Saltando, Elefante, Dromedario, Ánade volando, Perro Danés al galope, Cigüeña andando.

Hállase de venta en las principales librerías y en las tiendas de juguetes al precio de

PRIMERA SERIE

Cuatro pesetas.

Se remite por correo certificado contra el recibo de 4'75 pesetas en sellos ó libranzas del giro mútuo.

A los corresponsales que pidan 4 ejemplares de una vez se les mandarán francos de porte.

Tintas de Ch. Lorilleux y C.ª

Papel de los Sucesores de Torras hermanos

29 - 30 ABRIL 1900 HERMENEGILDO MIRALLES.- BARCELONA

J. TORRES GARCIA.—LAS DE MODERNILLO

EL TÍO DEL VIOLÍN

Que alegría, que animación en la plazuela de Santa Ana, por la tarde!

Al pie de la estarua de Calderón, y bajo los árboles, cuarenta, cincuenta niños, cogidos de las manos cantan formando una ancha rueda y andando de costado.

Y cantan á coro:

Ha visto V. á mi marido,
Ha visto V. á mi marido,
en la guerra alguna vez!
Mi marido es un buen mozo,
mi marido es un buen mozo,
gentil hombre aragonés!

Y así sigue el romance hasta treinta ó cuarenta versos.

La luz fuerte del sol de mayo, los colores claros de los vestidos infantiles, las amas y niñeras al rededor del corro, con sus delantales blancos y sus cofias de colores, dan al cuadro tono tan pintoresco, que más de una vez me he detenido á contemplarlo y aun me he sentado en un banco, entre un cesante aburrido y uno de esos pobres que se pasan el año, sin haber comido en cuatro días.

Las niñas son incansables. Su repertorio no se acaba nunca; del romance del gentil hombre aragonés,

que en la punta de la lanza
lleva un pañuelo *bordés*...

pasan á otros asuntos ó argumentos, que sirvan para que siga el movimiento y el andar á la redonda y de medio lado

Á la limón,
Á la limón,
que se han roto las fuentes!

y ande la rueda.

Lo notable de aquella reunión es que aquellas niñas antes de empezar sus funciones y su baile pausado y monótono no se conocen. Llegan allí de diferentes calles del barrio, las hijas de la coronela y las niñas del estanquero, las herederas de un título, cuando tengan cuarenta años, y las futuras obreras, que vuelven de la escuela y se detienen á jugar allí. No hace falta presentación ni se necesitan antecedentes de las personas. ¡Todas unas! ¡Quién sabe si aquella que coge por la mano derecha á la *elegante* de ocho años

y por la izquierda á la *burguesa* de seis, será criada de una de ellas dentro de poco tiempo!

Las amas y doncellas las ven jugar ó hablan de pie, con el soldado que sabe á la hora fija á que acuden allí. Lo que hablan no se puede oir, porque el coro de treinta voces es chillón y ahoga todos los ruídos.

Pon, pon, pon,
pon, pon, pon,
dinerito
en el bolsón.
Las tortitas,
las tortitas,
para mi madre
las más bonitas.
Aserrín, aserrán
los maderos de San Juan...

Y en una de estas se presenta — quiero decir, se presentaba — el *tío del violín*, como le llamaron los golfos de la plazuela y las doncellas de las niñas ricas.

Muy viejo, muy andrajoso, con unas melenas muy largas, unas barbas blancas más largas todavía, los pantalones abiertos por las rodillas, y el violín debajo del brazo.

¿Quién era? ¿De donde venía? ¿Era italiano, alemán, ruso? No se sabe; le traía de la mano una niña, y así que le dejaba en el banco, sentado, la niña se ponía democráticamente á jugar con todas las demás.

Podía hacerlo; porque no venía ni sucia ni rota, como el viejecito; no señor, ella traía ropita modesta, pero no parecía mendiga.

— ¡Abuelo, siéntese V. ahí, luego tocará!

Y el corro se aumentaba con una corista más, para la nueva ronda:

Me crió mi madre,
chiquita y bonita,
chiquita y bonita
¡ay! ¡ay! ¡ay!

El viejo tosía, tosía, tosía... templaba su violín, y esperaba.

Y así que las niñas estaban hartas de cantar, una niñera solía decir:

— ¡Ahora, al tío del violín!

Y todo el grupo de chiquillas y amas de cría se ponían enfrente del ex-Sarasate...

— No, hoy no, dijo la nieta un sábado, hoy no toca, que le ha dicho un médico que le da siempre dos perras en la calle del Gato, que hoy no se mueva de un banco, ó que se acueste.

— ¡Ay que Dios! ¡Pues si está malo que no venga! — dijo una bestia con traje de ama rica.

— Por dinero ya tocará — añadió otra sacando diez céntimos.

— Ea, ande V., eche V. una polka pá las niñas — gritó otra sirvienta, sacando también su perra doble.

— ¡Que no, que no! — gritaba la niña.

Y el viejo tosía, tosía, tosía...

— ¡Anda, *morral!* ¡Te dan dinero y aun haces melindres! — le dijo un tipo asqueroso, colector de colillas, ladrón de noche, ratero de día.

— ¡Música! ¡Música! — gritaban cuarenta voces infantiles.

— ¿No *quere* tocar? ¡Yo *quero* que toques! — decía una encantadora criatura, no en son de amenaza, sino dulcemente, cariñosamente, agarrándose á las piernas del viejo.

— Sí, hija mía, sí, por ti lo haré..

— ¡ Ay ! ¡ que se ha hechao novia ! — dijo el colillero, riendo y rascándose el cogote.

Se levantó el anciano, se echó el violín al hombro izquierdo, y con temblorosa mano comenzó á tocar una polka, de esas que repiten hasta la saciedad los pianos de manubrio para que bailen las criadas.

Dos á dos, imitando lo que suelen ver en la calle, las niñas bailaban, atrayendo cada vez más gente, que admiraba aquella encantadora acuarela hecha. Todos se fijaban en las diminutas parejas; en el viejo nadie reparaba.

— ¡ Más de prisa ! — gritaba una pareja.

— ¡ Que te duermes, *gachó !* — exclamaba un soldado.

— ¡ Basta, abuelito ! — suplicaba la niña.

Y el abuelo sudando, tosiendo, tocando, vacilante, pudiendo á penas tenerse en pie, continuó su polka un cuarto de hora, media hora, tres cuartos de hora... ¡ Ay !... — gritó de pronto. — La mano soltó el arco, la cabeza se inclinó hacia atras, cayó el cuerpo sobre el duro suelo, haciendo un ruido seco.

Se suspendió el baile. Acudieron las niñas todas á ver qué era aquello, pero las amas y niñeras las cogieron apresuradamente de las manos, porque una había dicho :

— ¡ Á casa, á casa, que *paece* que está muerto y vendrá la justicia !

Y se apartaban y le miraban de lejos... y el cuerpo estaba allí rígido, la cara blanca como la cera, los muertos ojos abiertos mirando como espantados al cielo...

— ¡ Un guardia ! ¡ Un guardia ! — repitieron varias voces.

Y el guardia venía corriendo por la calle de la Gorguera y la nietecita cogiendo con sus manos delicadas la cabeza del anciano, lloraba ruidosamente, le besaba y repetía mirando á todas las niñas con desesperación y rabia :

— ¡ Me le habéis matado ! ¡ Me le habéis matado !

EUSEBIO BLASCO

Ilustraciones de PEDRERO

Conde de Benalua
Marqués de Hoyos
Gobernador Civil D. Santiago Liniers
Duque de Sotomayor
General Espinosa de los Monteros
Princesa de Asturias
Infanta D.ª M.ª Teresa
Reina D.ª M.ª Cristina
Rey D. Alfonso

LA FAMILIA REAL Á SU SALIDA DE PALACIO
POR LA PUERTA DEL BUEN SUCESO

PARIS
LA EXPOSICION DE 1900
LA APERTURA

Las gentes todas han convenido en que la exposición no está presentable, en que la novia no está aún compuesta, pero, lo prometido es deuda, y entre personas que se estiman, vale tanto como pagar las deudas, satisfacerlas en el plazo convenido. La Comisaría francesa habría pagado gustosa en moneda de oro, acabada de salir del troquel; no es culpa suya si ha pagado en moneda borrosa, oro, plata y cobre, apelando á todos los recursos del que quiere cumplir y se ve obligado á realizar un esfuerzo imponderable.

Yo no sé lo que habrá pensado la Comisaría francesa, pero, el gobierno ha sido inexorable; si no hay caminos urbanizados, si los andamios no han caído ni siquiera los de la puerta de la Concordia, llamada monumental con más buen deseo que fortuna; si el polvo lo cubre todo, si las Cancillerías y las comisarías de todas las naciones del mundo han debido cerrar los ojos para no ver que la Exposición no está aun presentable, que los cierren; el gobierno francés prometió á Francia y al extranjero que abriría la Exposición el día 14 de Abril, y ha cumplido su palabra. Y para que nadie pudiera dudar del estado de las cosas, el sol, que durante tantos meses se ha abstenido de visitar el inmenso recinto de la Exposición, sin que pueda decir que el sol que ha brillado aquí el día 14 de Abril sea el sol de España, bien puedo asegurar, sin exageración, que en París, este año, el sol, la primavera y la Exposición se han inaugurado el mismo día.

. . . .

Suenan las dos de la tarde en los relojes de la ciudad, y la comitiva oficial está ya en su punto: el Presidente de la República, con los Presidentes de las Cámaras, los grandes Cuerpos activos y consultivos de Francia, todo lo que vale y lo que brilla; el mundo diplomático con sus uniformes, sus cruces y sus preseas; la mujer cosmopólita con sus toilettes y gracias seductoras; las inmensas graderías del gran salón de fiestas cuajadas de invitados; en frente de la tribuna del gobierno, de Mr. Loubet con sus ministros, una inmensa gradería, alta, fastuosa, teatral, con guardia escalonada en ella de vistosos uniformes; en la plataforma, gentes de todos los países que se codean, hablan, gesticulan, la torre de Babel, en recinto murado y cuajado de representantes de todas las naciones del mundo; en tribuna lateral, una orquesta admirable, de metal tan bien timbrado, de instrumentos de cuerda tan copiosos, de dirección tan admirable, que ella sola vale toda la apertura de la Exposición, con sus discursos banales, sus aplausos de encargo, y sus vivas que se parecen á otros, ya oídos, y que evocan el recuerdo de instituciones que pasaron, sin dejar más rastro en el mundo que algunas páginas discutidas de su historia.

Tan lejos estaba de la tribuna en que M. M. Millerand y Loubet leían sus discursos que no oía más que el sonido estridente de oradores que se esfuerzan en ser oídos, tomando su voz entonaciones de placa telefónica, y como no oigo nada, ni me interesa grandemente lo que dicen, porque ya supongo lo que dirán, me entretengo en con-

templar la inmensa sala de fiestas, con su rotonda rebajada, y su cristalería de colores, por donde penetran rayos de sol de tonos grises, que destiñen los adornos de paramentos que se acaban de pintar; todo esbozado, con puntos luminosos que se ven al través del cemento armado que constituye el relleno de las grandes armaduras, y los colosales cuchillos, que representan, ellos solos, los elementos sólidos de resistencia de fábricas levantadas en pocas horas, y que han de tener la vida efímera de una Exposición que tiene sus días contados, y ha de morir el día 5 de Noviembre de este año.

Y al cesar los discursos, y apagarse los vivas, allá en el fondo de los arcos y las bóvedas rebajadas del salón, aquella orquesta dirigida por M. Taffanel, al interpretar el himno á Víctor Hugo, de Saint Saëns, y la Marcha heróica, de Teodoro Dubois, hace correr por mis nervios una sensación tan deliciosa, tan sentida y tan inexplicable, que no hay pluma que pueda traducirla, ni dibujante que pueda copiarla, poniendo término á una fiesta que sin ser lo que yo había soñado, hubo de impresionar á todos con la representación viva de algo que supone un gran esfuerzo, una inmensa aspiración y un hermoso ideal.

La entrada al gran Salón de Fiestas
en el acto de la inauguración

La comitiva oficial desfila, yendo de la tribuna presidencial á la gran escalinata de honor; más tarde la alta representación de Francia con su acompañamiento oficial remonta el Sena en vapor; nuestra bandera saluda á los grandes poderes de esta nación que pasan, desde la torre del homenaje de nuestro pabellón señorial; y también saludamos nosotros, los que aquí tenemos representación oficial, agradecidos á la hospitalidad de este pueblo siempre grande, noble y generoso.

En el pabellón de España pasamos la tarde reunidos, los que formamos la colonia española en París, en este pabellón, ya concluído, que admiran propios y extraños, y que nos recuerda á todos á la patria ausente.

Por la noche, París aparece iluminado; no como en sus mejores días, no como lo veremos en las próximas fiestas de esta Exposición, pero siempre hermoso como lo estará con mayor motivo cuando alcance todo su desarrollo, lo que hoy es solo un esbozo del esfuerzo colosal de este pueblo, y de estos hombres, que con su ciencia y su amor al arte, tanto han hecho y conseguido por la civilización del mundo y el progreso de las naciones.

RAFAEL PUIG Y VALLS

Ilustraciones de ANTONIO UTRILLO

PARÍS Y LA EXPOSICIÓN

IMPRESIONES Á VUELA PLUMA

Aunque nacido bajo el cielo de España, soy lo que suele llamarse *un vieux parisien*. Llevo ya muchos años de habitar Montmartre, el monte sacro, en donde ocupo un nido con muy buenas vistas y aires puros... relativamente. Nido que me abstendré de poner á la disposición de ustedes, porque forasteros en casa y en tiempo de Exposición proporcionan muchos inconvenientes. *Il n'en faut pas...* como dice muy bien un mi vecino, hijo de Burdeos, que está continuamente con el alma en un hilo, temiendo á cada punto ver llegar á su apacible morada media docena de deudos más ó menos auténticos y de amigos más ó menos desconocidos, que invaden el pisito, exclamando: ¿Sabes, querido, que venimos aquí á hacerte compañía y á pasar unas semanas contigo?...

Y como entre los numerosos lectores de *Hispania* tengo de seguro algun pariente y algun antiguo camarada, creo preferible no dar mi nombre ni indicar mi domicilio, para evitar tentaciones peligrosas. Peligrosas para mi, se entiende.

Y ahora entremos en materia, para cumplir como mejor Dios me dé á entender el honroso cumplido que el amable Director de esta Revista tuvo á bien confiarme. «Enviénos usted algunas impresiones...» me escribió tiempo atrás. Y como á mí me gusta complacer á los amigos, ahí van impresiones; y perdone el buen Director y perdonen los lectores si salen ellas desbarajustadas y sosas.

Pues señor, inauguróse con pompa y brillantez el Gran Certamen... y nada les diré á ustedes sobre el acto inaugural, porque se que acerca del mismo les ha enviado ya una correspondencia mi distinguido compatriota y amigo D. Rafael Puig y Valls, que tanto por razón de su cargo oficial, como por su reconocida competencia ha de cumplir á maravilla su corresponsalía de *Hispania*. Cuanto á mí, encerrándome en esfera más modesta me concretaré á manifestar que... de la apertura no vi nada. Humilde partícula del montón anónimo, compré mi ticket, metime en el recinto y mientras el Presidente de la República y los Ministros y las comisiones de eso y de lo otro y los representantes de aquello y de lo más allá inauguraban con gran solemnidad y abundosa elocuencia la gigantesca feria de las naciones, yo me paseaba de un lado á otro, admirando singularmente el divertidísimo espectáculo ofrecido por los millares de curiosos que se agolpaban en el inmenso laberinto. Y desearía de todas veras poseer el talento de Zola — *excusez du peu* — para poder hilvanar un cuadro descriptivo de aquella muchedumbre ávida de curiosidad, recurriendo las innumerables secciones, abiertas á la circulación, admirando las maravillas ya acumuladas y gozando con la esperanza de lo que podrá admirar dentro de breve tiempo. Porque lo cierto que si se ha hecho mucho, falta todavía no poco que hacer. La Exposición, la verdadera Exposición completa y «á punto» ya, en alguna parte, no está en algunas otras más que abocetado.

Pero todo se andará con tiempo y paciencia y actividad y hasta los españoles concluiremos, si no es en Mayo, en Junio, por tener nuestras instalaciones terminadas, sin que falte lo indispensable para desempeñar un papel decentito. En este mundo todo es relativo, y si no se le puede pedir peras al olmo, se hace lo posible y... *velay*. Creo, en suma, que *nous ne marquerons pas trop mol*, segun he podido colegir de algunos datos y antecedentes y muestras.

Por de pronto, ya tenemos un gran elemento para desempeñar, siquiera sea interinamente, un papel superior, dentro de la civilización europea. La *troupe* de gitanos, machos y hembras, de cantaores y bailaores, guitarreros

Aspecto que ofrecía la entrada monumental el día 13 de Abril, 24 horas antes de la inauguración, en cuyo acto apareció completamente terminada

La orquesta en el Salón de Fiestas, en el acto de la inauguración

y otras calamidades flamencas estaba ya en su puesto de honor, desde el primer día, siendo creo yo, la única instalación hispana que no se ha hecho esperar y que no ha andado con retraso. Lo cual demuestra una vez más que en España no hay más que una institución bien organizada y es la del flamenquismo.

Arrastrado por un francés que se perece por ese género nuestro, fuime con él á visitar á la *troupe espagnole.*

— *C'est joli, n'est-ce pas ?* — decíame el buen parisien, mirando con ojos encandilados á una chulita no fea, que se descoyuntaba las caderas, bailando una danza intestinal.

Y yo al ver en torno de la muchacha aquellas fachas patibularias de gitanos, aquellos rostros vulgarotes, de expresión entre huraña y estúpida, de cuyos labios salían extraños berridos, respondí:

— *Oui, tres joli... ça donne envie de les flanquer tous à la Seine.*

Miróme mi compañero, muy asombrado de mi despego ante aquel cacho de patria.

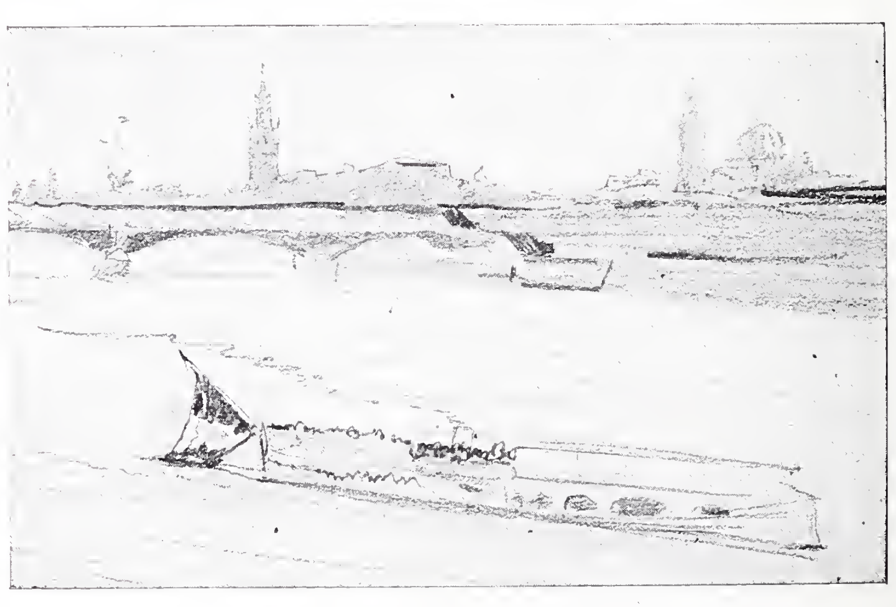
La verdad es que yo que me siento muy español, á pesar de los pesares, me pongo nervioso, al encontrarme en París con ese españolismo abarraganado que debiéramos esconder como se esconde una úlcera, en vez de exhibirlo como una gracia; españolismo que se implantó en la capital francesa hace doce años, cuando la otra Exposición y que hoy apesta ya y promueve solo una mueca de mal disimulado hastío y desprecio entre los franceses y extranjeros que lo contemplan.

Ayer mismo, en plena *Avenue* de l'Opera pasaban dos de esos gitanos con su flamenco atavío y sus achulapados andares. *Voilà des espagnols !...* — oí murmurar á mi lado con irónico y desdeñoso acento. Y para que la aparición resultase todavía más cargante, por razón del contraste, á poco trecho de aquel par de tíos, caminaban dos árabes majestuosos, dignos, envueltos en sus ámplios y elegantes albornoces blancos, erguida la noble y bronceada cabeza de poblada barba negra. La comparación entre el muestrario hispano y el árabe se imponía y francamente no era el primero quien salía con ventaja.

Y mucho más podría añadir sobre este punto, pero basta por hoy de impresiones.

Alfonso de Mar

Ilustraciones de Antonio Utrillo



Vaporcito conduciendo por el Sena al Presidente de la República hacia la Exposición

Á UN POETA

No desmayes, poeta: pues la diosa
en la pálida frente te besó,
á la vida más alta y venturosa
que viven hombres, desde allí te alzó.

¿ Porqué calla tu voz enamorada,
que de estos valles maravilla fué ?
¿ Porqué sin pelear rindes la espada ?...
Ya pienso que tu mal adiviné.

Tú eres de los que beben la Poesía
tan cerca de su excelso manantial,
que son el amor y ella todavía
una sola corriente y un raudal.

Tú no buscas el lauro de los sabios,
y demandando vas tu galardón
á la dulce sonrisa de unos labios
y al latido leal de un corazón.

Y entristecido y despechado callas,
porque no encuentra el premio tu cantar;
porque el latido y la sonrisa no hallas,
donde amante los ibas á buscar.

¿ Quién no lloró tu mismo desencanto ?
¿ Quién no llegó á sufrir que la mujer
por quien en nuestros labios brota el canto
permanezca insensible á su poder ?

Yo vi alguna tan bella que creyeras
que era la musa del primer amor;
con tal lumbre en los ojos que dijeras
que el cielo la copiaba en su esplendor :

Yo la vi no prenderse en el divino
fuego del ritmo, y, su fulgor sin ver,
á la magia del metro peregrino
con el desdén del vulgo responder.

Tanta hermosa y dulcísima mentira
conmover sus entrañas no logró :
murió de amor la desdichada Elvira
y ni Elvira los ojos la nubló !

En vano, en vano, al asomar delante
de su parque, decía el trovador :
No me dejéis pasar, mandad que cante,
que yo sé las querellas del amor.

Ni un suspiro sus labios entreabría
al conjuro del ritmo celestial :
¡ resbalaba sobre ella la Poesía
cual resbala el granizo en el cristal !

¡ Y qué ! ¿ Por eso tu cantar no suena ?
De cuantas almas cruzan, oh cantor,
el ancho bosque que el misterio llena
¡ á qué pocas halaga el ruiseñor !

Un alma habrá que con la tuya sueñe,
un labio que te llegue á sonreir;
un alma á quien la tuya amante enseñe
lo que jamás el vulgo llega á oir.

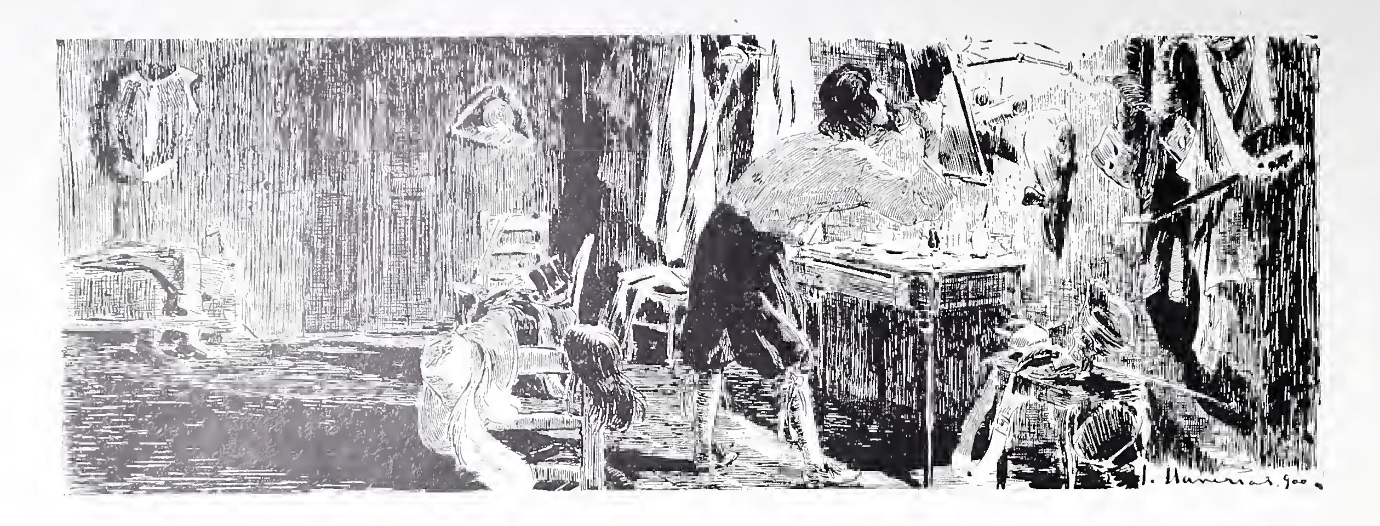
Tú la dirás qué cuenta el manso río
á los caídos sauces al pasar,
y en las serenas noches del estío,
lo que cuenta la luna al hondo mar.

No te importe que caiga como en piedra,
de tu semilla la porción mayor :
si un solo grano fecundado medra,
compensará piadoso al labrador.

Una mujer habrá que tus dolores
te haga olvidar, y aún bendecir al fin,
en una sola plática de amores
tenida en una noche en un jardín.

Vendrá un día de sol que te redima
de las angustias del pasado mal :
jamás la casta diosa de la rima
besó en vano la frente de un mortal.

Enrique MENÉNDEZ



ENTREACTO

MONÓLOGO ORIGINAL

La escena representa el cuarto del actor que lo recita. Á la derecha, la mesita tocador repleta de cachivaches, botellitas de colores y frascos de pomadas. Por las sillas ó colgados de sendas perchas, trajes y pelucas de comedias, en la más variada confusión, de épocas distintas.—El actor, al levantarse la cortina, está componiéndose el rostro con los afeites de su tocador; lleva puestos los calzones y una holgada camisa, en disposición de concluir su tocado.

Para el traje y para el recitado de la comedia, se supone aqui, que la que se va á representar es **Entre bobos anda el juego.**

ACTOR

Vamos: lo de todas las noches. Aquel diablillo de María se me ha llevado el carmín.

Bueno: pues no me pondré: soy docil.

Aunque... no señor. En cuestiones de arte no se puede ser docil, ni con *ella.*

(Llamando) ¡ Matías !... *(Sale éste).* Matías, ¿ quién cuida de mi mesa ? ó ¿ quién cuida de desbaratarme la mesa?... Hoy sin carmín; ayer sin el azul de Polonia. Y siempre á la hora de vestir !... el mejor día me van á dejar en cueros.

Vaya V. y dígale á Carsi que no se acerque á mis barbas, aunque le falte postizo; ó que se deje la suya, si es que le duele el rascarse.

Y, á Donato, que no me quite mis cejas, ó armo la marimorena. ¡ Si querrán tomarme el pelo ! *(Váse Matías.)*

(Toda esta primera parte del monólogo debe recitarse distraidamente, hasta que el relato mismo vaya exigiendo el interés franco de la acción. El actor continúa ocupado, concluyendo de arreglarse para la representación de la comedia.)

No es que tenga mal caracter, *(con malestar)* pero hay días en que uno no está de temple, y el corazón, ansioso de respirar con libertad, no logra sacudirse del todo una congoja que le oprime y que le ahoga !

No hay más remedio. Echa á un lado tus pesares, tus impresiones; deja de ser quien eres, para transformarte en quien tienes que ser, porque así, hace siglos, que lo soñó un poeta.

Y mañana, otro distinto, bien distinto en la forma, aunque con lo mismo á cuestas.

Con lo que saca del mundo la fantasía que cuida de desfigurarlo, hermoseándolo: eso, sí: disfrazando la realidad, porque si no, ¿ quién venía al teatro ?

Ponerle, al público, al que paga ¿ ponerle delante de los ojos... un espejo ? No: eso, no.

Hacerle seguir una fábula ingeniosa, acompañarle á que asista á grandes catástrofes con todo su aparato: á grandes luchas con todos sus horrores, y hacerle sentir las desdichas agenas, para que las propias le parezcan menores: llevarle donde los personajes puedan quejarse á su sabor, y tras una relación larga y de efecto, hacerle aplaudir, con la fruición infantil del que grita porque tiene miedo, ó del que se alegra porque se esconde.

Se aplauden á si mismos, y ninguno se conoce.

(Riendo.)

¡ Filosófico estoy ! Si el público me oyera, adios simpatías: adios éxito !

(Pausa prolongada.— El autor que durante la anterior relación se había apartado de su tocador, vuelve á él, y distraídamente empieza á repasar su papel.)

« Era del claro Julio ardiente día :
» Manzanares al soto presidía,
» Y en clase que la arena ha fabricado
» Lecciones de cristal dictaba al prado...

(Deja de recitar en voz alta y hace como si continuara repasando aquellos versos, sin levantar la voz, hasta cuando, como abstraído, dice :)

¡ Pobre Luisilla !... En ella sí, que hubo drama : drama de veras.

No puedo borrar la impresión de esta tarde.

. . . .

. . . .

(Volviendo á recitar.)

« Turbio el cristal estaba,
» Y cuando más la arena lo enturbiaba,
» Mejor la vi, que al no ver la corriente,
» Solo era su deidad lo trasparente,
» No el río, que al gozar tanta hermosura...

. . . .

(Volviendo á la relación de sus impresiones.)

Esta tarde, al decirme Donato, ¿ Sabes, Luisilla...? me asusté. No lo puedo evitar: cuando alguien me dice: ¿ sabes, fulano ? me asusto sin remedio: porque, ó le han casado ó ha muerto.

Luisilla ha muerto. Hemos ido á verla, después del ensayo de esta tarde.

Hemos subido á aquella casa, demasiado alta para ver el mundo de su tamaño: demasiado baja, para poder prescindir de él, mirando siempre al cielo.

Allí estaba la muertecita, tan quietecita, tan blanca, allí quedaba, como el personaje de la comedia que no aspira al éxito: que no ha logrado la caridad de un aplauso : como la figura que no sirve ni para el contraste, porque se la va á buscar para llevarla á la sombra, donde nadie vea las siluetas de los que se ocultan. Y, ¿á quién pedir responsabilidad ? Á nadie: ¡ ah ! sí: ¡ al destino ! Es lo más cómodo.

Como si el de Luisilla fuera vivir de lo que conviene decir para ocultar lo que no se quiere que se diga, empezó vendiendo periódicos á cinco céntimos. Luego flores á tanto el mazo, para las señoras, después de regatear: y á tanto la sonrisa y algo de roce que siempre se pega, para los hombres, que no regateaban, á cambio de que ella misma prendiera la flor en el ojal, y cortara el rabillo con los dientes.

Corrió por todos los teatros, y se la hallaba á faltar, cuando no iba.

La floristilla forma parte del espectáculo, en los intermedios: es el actor que no descansa.

Á veces, muchas veces, venía aquí, aquí mismo, á mi cuarto: me daba flores y luego lo revolvía todo. —¿Para que sirve esta casaca? ¿Cuando se pondrá esa peluca ? ¿ Me deja que la pruebe ?

Y, oye, muñequilla, — la decía yo; — ¿ por qué no quieres estudiar para el teatro ?

— Me da miedo el público, — decía — hay tanta gente, todos allí, mirando á uno solo. Y luego, el público debe saber tantas cosas, debe tener tanto talento. Los jóvenes hablan de... bueno; usted también debe saberlo. Y los viejos cuentan no se qué de tendencias, de arte por el arte... que sé yo cuantas cosas.

— Calla, tontilla. Esas cosas las inventan los eruditos para lucirse. De algo han de hablar los que leen mucho, para que se sepa que lo han leído. — Esto se lo decía yo: alguna vez se puede decir la verdad, si se habla con chiquillos.

Luego dejó de venir al teatro. Ya no vendía flores. Alternando el frío de la calle, llena de gente, con el frío del hogar alquilado, desierto de cariño, pasó de golpe de niña á mujer, como una flor abierta á viva fuerza, con las manos, antes que el sol dorara las hojas del capullo.

Así iría rodando, ya envuelta en mantón de espumilla ó disfrazada á la última moda, hasta que alguien se cuidase de hacer valer en todo lo que se pudiera sacar, lo que nadie le había enseñado, que no debía vender á ningún precio.

El caprichoso dueño, exigiendo que luciera su dinero, dotóla de sedas que, al rozarse, parecían como si murmuraban reproches, plumas tan movedizas como la oscilante suerte de la niña hecha mujer antes de tiempo, y encajes transparentes como la mal oculta imposición de los autores de la venta.

Al prenderse, allá en su cuarto, aquellos anuncios de la moda, esos reclamos de la envidia en las mujeres y del deseo en los hombres, Luisilla más de una vez había echado de menos sus pobres sayas de percal, aquellas sayitas que ya no servían para ella, porque la senda, una vez pasada, es imposible de borrar.

Cuando llegó al apogeo de la elegancia, saboreó la autoridad de un decreto publicado en cada traje nuevo. Copiáronse sus combinaciones de pliegues y colores, y fué acatada su presencia en todas partes.

El orgulloso dueño llegó á saciarse de su propio cinismo, volviéndose avaro, hizo como si se arrepintiera y dejó de gastar tan largamente la única moneda de que podía disponer: la que acuña el Banco.

Después, ya se sabe. Una vida por páginas alternadas. La miseria del lujo, con una sola esperanza: la de acabar pronto.

(Suena el timbre del escenario. El actor, como reaccionando por grados, va exaltandose en la medida que su talento se lo indique.)

...Y ha acabado pronto, la pobre víctima inconsciente, desgastada deprisa por el que, sólo para que se sepa, exige corriendo á la que entrega, sin el derecho de ser correspondida.

Ya nadie volverá á acordarse de la infeliz: ¿para qué? Cuando yo la he visto esta tarde, todavía tenía junto á ella los vehículos de su desdicha; los trajes y las joyas que la habían hecho comprar.

Dentro de algunas horas, ni ésto quedará.

Quedará ella, fría como ha vivido; con su figurita delicada, su cara pálida, tan pálida como la hoja de un lirio abierto por fuerza; con las niñas de los ojos muertecitas, escondiendo aquel orgullo de las víctimas, que sería un supremo reproche para sus verdugos, si éstos supieran leer en el cristal de unos ojos que se van á cerrar para siempre.

... ¡Qué injusticia! Pobrecilla, la vendedora de flores... y de caricias!...

(Entra corriendo Matías, á tiempo que el actor enjuga una lágrima. El criado le da una barrita de carmín, y queda en último término arreglando trajes y objetos del cuarto y á poco se va. El actor toma el carmín y lo tira con descuido sobre el tocador.)

¡Ya no hace falta!

. . . .

(Haciendo un esfuerzo, como para sustraerse á sus impresiones tristes.)

Ahora, á la comedia fingida: á la que se aplaude, ó se silba: á la que se paga por entrar...

(Vuelve á sonar el timbre. Se asoma por la puerta del cuarto el traspunte, con unos papeles en la mano, etc., y dirigiéndose al actor, dice deprisa y gritando:)

Señor Mendoza, escena del amor.

(Váse enseguida.— El actor, apresurándose, termina su tocado, mientras recita distraidamente lo que sigue:)

... Del amor. ¡Ah! sí.

(Contemplándose el traje.)

Allá voy, hecho un galán castellano; con mi sombrero de volada pluma; mi tudesquillo de raja; mis jubones de alagartos...

(Haciendo como que siente una satisfacción infantil y presumida.)

...y en el cinto el altabaque, con rosetas y lazadas en el puño de la espada.

(Con expresión de amargura y marcada decisión, en ademán de marcharse enseguida.)

¿Hay anunciado divertimiento? Pues á hacer reir.
Es el eterno contraste de la comedia eterna.
El que hace reir, llora por dentro.
El que hace llorar, se ríe de su obra.

(Pausa. En actitud de profunda preocupación y hablando muy bajo.)

Es la filosofía del mundo.

(Con arranque de voz, y marchándose.)

¡¡Á la comedia!!

Marcos Jesús Bertrán

. A. LAURENS.—VENUS ACOGIDA POR LAS HORAS. (E. F. Fot.)

UNA EXCURSIÓN
á Santo Domingo de la Calzada

Colegiata de Santo Domingo de la Calzada

Santo Domingo de la Calzada es una población riojana, llena del acento y ambiente que dominan en la comarca. Alguna calle estrecha alterna en su interior con amplias plazas y despoblados, sus alrededores son alegres, las sierras de Foloño, San Lorenzo y Cameros limitan á lo lejos el valle en que se halla, mientras se estiende libre la mirada del viajero en la dirección de Najera, Berceo y San Millán que traen á su memoria sepulcros de reyes, cantos de gestas y vetustos monumentos.

El caracter de sus habitantes es una mezcla singular de cualidades contradictorias: tienen el aspecto y el lenguaje rudo y son, en cambio, excepcionalmente hospitalarios y cariñosos en los hechos. Obsérvase en gran parte de la provincia una desproporción notable entre el número de las mujeres y el de los hombres y no ha de estrañarse que la llegada de un regimiento sea allí mirada como una bendición del cielo, favoreciendo los enlaces de pundonorosos militares con damas encantadoras, laboriosas y simpáticas.

Guarda la ciudad arte y tradiciones, digno aquel de ser estudiado é interesantes estas. El Santo titular tenía á medias las virtudes de *San Juan de Ortega* y de su homónimo de *Silos*. Trabajó sin descanso, como el primero, para abrir vías de comunicación al través de los *Montes de Oca* y de tal modo abatieron ambos árboles, trasladaron piedras, construyeron puentes y afirmaron caminos, que bien pudieran enorgullecerse de su noble ascendencia los respetables cuerpos de ingenieros tomándolos por patrones. Se parece al segundo en los prodigios realizados por la sola influencia de su nombre, pero no fundó monasterios.

Á la derecha de la carretera desde *Grañen* á *Sto. Domingo* se ve una cruz de madera llamada *de los valientes*, y ante ella se recuerda otra leyenda de caracter muy diferente. Traían los dos pueblos largo y pesado litigio por la posesión de una dehesa y llegó un momento en que, cansados de inútiles gestiones, acordaron encomendar el término de la contienda á un *Juicio de Dios*, no mantenido en pró de la sin par hermosura y honestidad de princesas calumniadas, y si para decidir del tranquilo disfrute de beneficios materiales. Eligió cada municipio un jayán robusto dispuesto á ensayar en su contrario la fuerza de los puños, preparole durante algunas semanas con regimen y alimento convenientes, cual si fuera un caballo de carrera, y en el solemne día señalado se lanzaron uno contra otro los dos campeones, quedando vencedor el de *Grañen* y muerto el de *Sto. Domingo*.

Fragmento del abside de la Colegiata

Dentro de la colegiata de la villa y en el brazo del crucero donde está el sepulcro del Santo, se ve sobre una pared un pedazo de leño con un letrero que indica haber servido de palo en una horca, abriéndose en el muro opuesto una tribuna donde tienen su morada una gallina y un gallo que interrumpe á menudo con sus agudos gritos el augusto silencio del templo. Contempla el viajero con lástima los infelices seres privados del aire y la luz tan necesarios á su existencia, estraña la singular costumbre y al pedir aclaraciones á los hijos del país escucha al fin con interés la dramática y sobrenatural tradición en que juegan importante papel las aves y que recuerda el madero.

Corrían los años de un siglo desconocido en que seguían ásperas sendas los peregrinos, ganosos de cumplir sus votos; campaban alegres los ladrones hasta que se les colgaba para alimento de cuervos en alguna encrucijada; existían ya los posaderos que llegaron hasta los tiempos de Cervantes, Quevedo y Enrique Gómez y eran dignos abuelos de los pintados en sus libros; no escaseaban los jueces pesquisidores, escribanos, alguaciles, corchetes y

Santo Domingo de la Calzada.—Sepulcro del Santo

demás gente de curia, siendo peligroso el mundo para las gentes honradas y amplio escenario donde lucir sus habilidades para los discípulos de *Monipodio,* que hoy han cambiado de campo de acción y de costumbres exteriores.

Un pobre hombre, cubierto con la esclavina de conchas y apoyado en el bordón, llegó, por su desgracia, á una venta en busca de alimento y descanso, no contando la historia si le obtuvo por *amor de Dios* ó por el *amor de su dinero,* como decía D. Juan Eugenio Hartzenbusch. Cometióse en el mesón un robo, sospecharon los amos del infeliz viandante, lleváronle ante el juez y éste más inclinado á ordenar castigos que á poner en claro los hechos, dispuso que se le ahorcara inmediatamente, haciendo caso omiso de sus calurosas protestas de inocencia.

Los padres del peregrino volvían de *la calzada,* cuando, al llegar á un recodo, vieron al hijo querido pendiente de una cuerda, lívido, con los ojos vidriosos y á medias entornados, imagen horrible para su vista y motivo de angustia para su corazón. Dirigiéronle, desesperados, la palabra, más por impulso interno del dolor que con esperanza de respuesta, y entonces se reanimó el cadaver por la maravillosa intercesión del santo á quien se había encomendado el ajusticiado en sus últimos momentos, entreabrió los parpados, movió los labios y contó con voz sepulcral lo que le había acontecido.

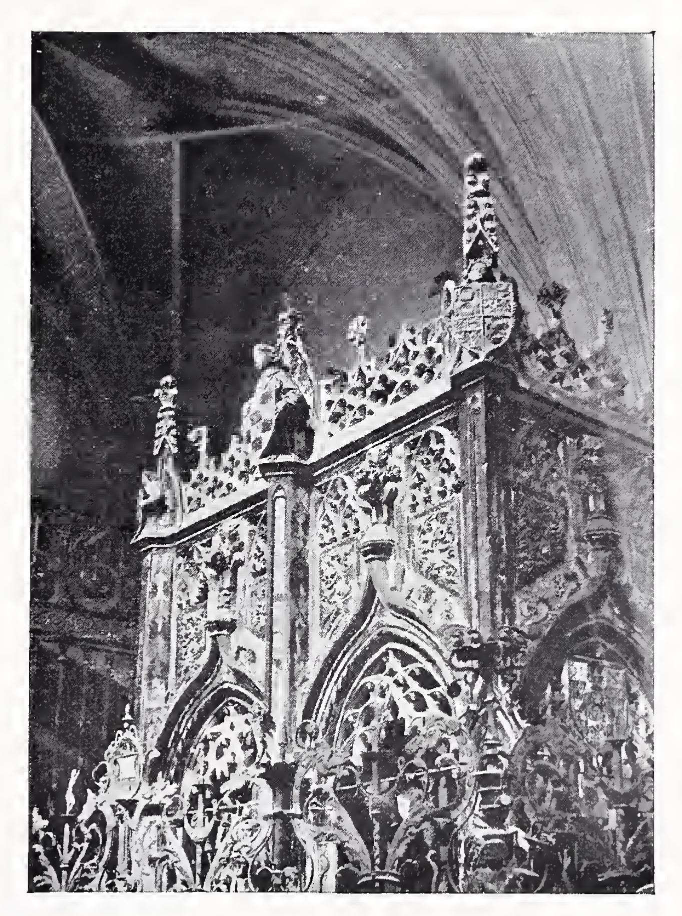
Corrieron enseguida á casa del juez los atribulados aldeanos, y puede calcularse como los recibiría un personaje que estaba sentado ya á la mesa ante dos aves bien asadas, doraditas y apetitosas. El cruel magistrado se burló despiadadamente de su dolor y les dijo que admitiría la inocencia del delincuente, siempre que la proclamasen aquellos manjares que destinaba á su consumo. Mas no bien pronunció estas palabras cuando hubo de ocurrir una cosa increíble y prodigiosa: las gallinas se pusieron en pie, su cuerpo se cubrió de plumas y, abriendo el pico, censuraron con su voz de seres irracionales la falta de piedad y ligereza del indigno funcionario.

El muerto resucitado volvió á los brazos de sus padres y los bípedos emplumados de nuevo tomaron posesión de la tribuna del templo que han ocupado siempre desde entonces dos individuos de su misma especie, dispuestos á declarar cuanto podían, en tiempos que no hemos conocido las palabras sinceras de los humildes contra las violencias de los magnates.

* * *

La iglesia es espaciosa y domina en ella el estilo ojival. Las bóvedas presentan la crucería del siglo XVI. La nave del trasaltar tiene las líneas románicas lo mismo que una capilla sobre cuyos canecillos exteriores aparecen espresivos mascarones. Á la espalda del presbiterio se ven dos curiosos relieves que parecen trasladados allí desde otro lugar. Abundan en su recinto los enterramientos artísticos y es muy curiosa la tumba de Pedro Suárez de Figueroa, señor de Cuzcurrita y muerto en 1418, porque el bulto de este caballero, armado de todas armas, descansa su cabeza sobre un peto ó un espaldar y no en almohadones ó gavillas de trigo como descansan, segun los casos, las demás estatuas yacentes del mismo género que se encuentran en España.

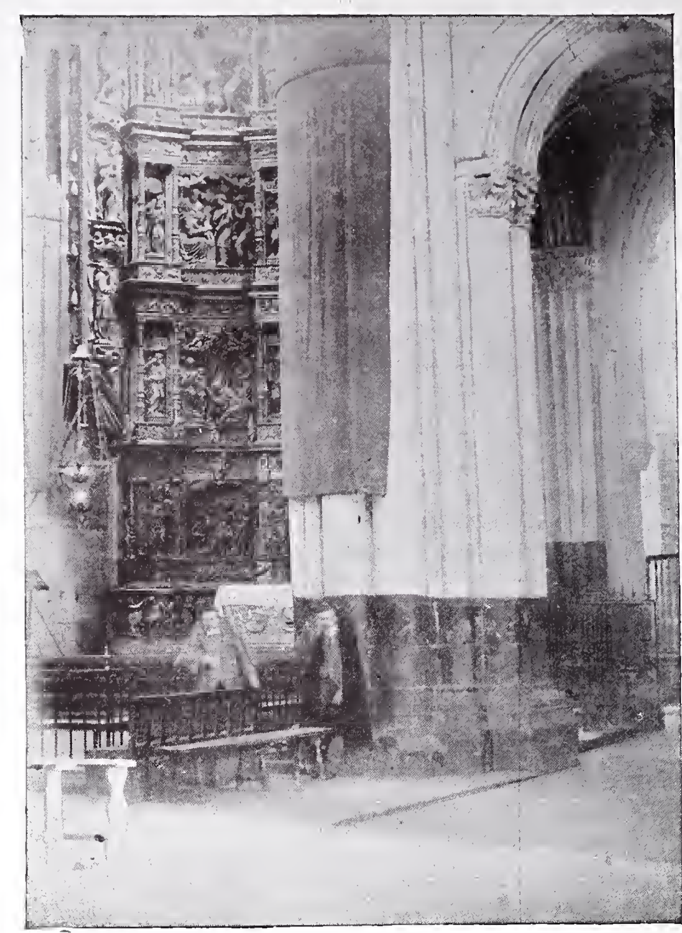
El arco escarzano que da ingreso al claustro ostenta



Capilla de San Juan de Ortega.— Parte superior del sepulcro del Santo

los follajes característicos de la transición del XV al XVI, y, perdidas entre sus ramas, pueden descubrirse representaciones de canes y otros animales, reveladores de algunas licencias artísticas. Sobre el primer muro de las galerías, á la derecha, se dibuja la lápida con curiosos bajos relieves, colocada para guardar las entrañas de Enrique de Trastamara, que murió en esta población el 29 de Mayo de 1379, cuando volvía de avistarse con el rey de Navarra.

El templo de San Francisco posee todavía la estatua de su fundador Fresneda, cambiada de unos á otros lugares por gentes poco piadosas, y en el de las Bernardas dan frente al altar mayor los bultos de tres prelados yacentes sobre un mismo túmulo. Fueron estos en el mundo *Don Pedro Manso de Zúñiga* y dos sobrinos suyos que él *crió*, (así lo reza el epitafio), y *elevó* luego á las más altas dignidades eclesiásticas, segun declaran varios documentos. Allí están conservando hasta después de muertos la unión familiar de todos en provecho de cada uno. El singular sarcófago proclama francamente uno de los comunes casos de nepotismo del siglo XVII, que se han corregido y aumentado en los tiempos modernos, extendiéndose á otras órdenes de la vida con daño grande del País y abatimiento fundado del espíritu público.



Presbiterio de la Colegiata

Próximos á Sto. Domingo existen diferentes pueblos á donde pueden hacerse gratas excursiones. *Ojacastro* pintorescamente emplazado, tiene en su modesta iglesia una efigie de Santa Helena que, más que santa, parece hermosísima y augusta dama. *Ezcaray* se comunica con el anterior á lo largo de encantadora cañada, abierta por el río *Oja* y es una buena residencia de verano. *Bañares* atrae al viajero con las ruinas de una iglesia románica de transición, y tanto *Baños* como *Villalobar* se enorgullecen con propiedades de la ex-emperatriz Eugenia.

Saliendo temprano de *la Calzada* es facil visitar en un día *Najera* con el panteón de los reyes navarros renovado en el XVI, la tumba arcaica de la madre de *Sancho el Deseado* y una artística sillería de coro; la patria de *Gonzalo de Berceo*, donde ya no queda aquel *portaleyo* de que habla en sus ingenuas composiciones, y *San Millán de la Cogulla de Suso* adornado con arcos de herradura misterioso como todo lo que se enlaza á leyendas dramáticas lejanas, perdido en un rincón solitario, donde nada distrae el pensamiento del viajero y todo ayuda á presentarle la imagen de otras edades y lleno de los recuerdos de *los siete infantes de Lara* que pretende guardar en informes sepulcros.

Las cosas y las personas produjeron en mi gratísima impresión, cuando visité hace cuatro años las castizas tierras riojanas.

ENRIQUE SERRANO FATIGATI

J. MIR.—LAS OLAS MANSAS

Banco de talla, de estilo gótico del siglo xv
construído en los talleres de Antonio Mas.— Barcelona

El libro catalán Chroniques d'Espanya, impreso en Barcelona
por Carles Amorós, el año 1546.
Encuadernación de la casa de Hermenegildo Miralles, según el estilo
usado por Grolier, célebre bibliófilo del siglo xvi

Papel de los Sucesores de Torras hermanos

Tintas de Ch. Lorilleux y C.ª

HISPANIA

 HERMENEGILDO MIRALLES. - BARCELONA

L. BONNIN.—PROCESIÓN DE MAYO

LA PRIMERA COMUNIÓN

GRUPO ESCULTÓRICO DE JOSÉ LLIMONA

Siempre que en días primaverales como los presentes, llenos de flores, de perfumes y de luz, veo transcurrir por las calles enjambres de niñas vestidas con nevadas túnicas, cubiertas de ámplios mantos de nevado tul y coronadas de guirnaldas de nevado azahar, se me viene sin remedio al pensamiento el recuerdo de una obra maestra del moderno arte catalán que sintetiza maravillosamente las primicias del culto eucarístico, en estos poéticos días del mes de Mayo. Me refiero á *La primera comunión*, de José Llimona, realización cumplida, realización gloriosa de una de estas visiones espléndidas que en un momento de inspiración cruzan, como meteoro de luz, por el alma de un artista.

El asunto no puede ser más interesante y emotivo. Por un lado, como todo lo que se refiere á la comunicación de los seres humanos con su Criador, el tema toca en lo grande, en lo imponente, en lo sublime. Por el otro, como ceremonia, que representa, del culto público, pertenece á la realidad viviente y sensible, á la realidad de todos los días, á la vida característica y local... Pero concibió la escena el escultor con tan alta idealidad y tal fuerza de sentimiento; la compuso con personajes tan bellamente elegidos; la dotó de formas tan significantes y actitudes tan expresivas; mitigó tan sabiamente, en detalles y accesorios, las indicaciones que pudieran parecer harto episódicas ó circunstanciales, que la escultura toca milagrosamente á esta unidad de pensamiento y de forma, á esta intensidad de expresión, á esta síntesis suprema que solo alcanzan las obras maestras, las grandes obras definitivas. Una vez visto este grupo magistral, se saca la impresión de que no es posible quitarle ni añadirle nada, y el espectador queda íntimamente convencido de que ya no será dable, ni aquí ni allí, realizar el pensamiento plástico de una Primera Comunión, por otras figuras, por otras formas, por otras actitudes, que las escogidas y dispuestas por el esclarecido estatuario catalán.

Si queréis juzgar del acierto, acaso intuitivo, con que ha procedido el escultor en la invención de su obra, contemplad algo detenidamente el grupo, poned con atención los ojos en aquellas dos niñas apenas adolescentes, que asoman la parte superior del cuerpo tras la baranda del comulgatorio, en el acto de recibir por vez primera el sacramento de la Eucaristía.

Lo que ante todo observaréis es que, para dar variedad

á las dos figuras de comulgante y al propio tiempo para indicar la igualdad de las criaturas ante la divina gracia, el artista ha escogido como personajes de su escena dos niñas de diferente tipo, de diferente temperamento, de diferente vestir, de diferente clase social. La de la izquierda es una flor silvestre, niña del campo, fuerte y robusta, modesta en el traje y las maneras, sin más atavíos que un sencillo jubón y una capucha campesina que, un tanto arrebujada sobre el liso peinado, cubre á medias la cabeza. La de la derecha es una jovencita nerviosa y delgada, flor exquisita de la ciudad, que revela las ventajas del medio social en que vive en el corte y la finura del vestir, en los dijes que penden de su cuello, en la corona de rosas que ciñe sus sienes, en el ancho velo de tul que, prendido en la cabeza, se esparce por las espaldas en ámplios y airosos pliegues.

Mas no se crea que la variedad en los elementos que integran la obra se detenga aquí, puesto que el diverso caracter que ofrecen las comulgantes en tipo físico y esfera social, también lo revelan en la actitud respectiva, originada principalmente por las individuales situaciones de tiempo que representan una y otra dentro de la acción común. La jovencita del velo está figurada en el momento de ir á recibir el pan divino, y, anhelante, temblorosa, palpitando de emoción, sostiene con ambas manos la tohalla, cierra los ojos, adelanta la cabeza y entreabre los labios, en un ademán maravillosamente traducido que tiene algo de espanto y arrobamiento á la vez. La campesina, en cambio, que ya ha recibido la sagrada forma, echa el cuerpo atrás, deja caer la cabeza y, cruzando las manos sobre su pecho de virgen, aparece postrada, abatida, absorta, como caída en el desmayo de una fruición celestial.

De estas distintas posiciones de los dos cuerpos nace naturalmente un hermoso contraste de claro obscuro, que lo mismo puede considerarse como un simple efecto de luz, hábilmente acentuado por el escultor, que como exteriorización felicísima de un delicado pensamiento místico, mucho más fácil de sentir que de explicar. Probaré, no obstante, de indicarlo, haciendo notar que la comulgante del velo, al tender en alto la cabeza, en dirección á la sagrada forma, muestra el rostro vivamente iluminado, como si de lleno recibiera en la cara la luz esplendorosa que pudiera irradiar la Eucaristía que tiene ante los ojos. Efecto contrario produce la otra niña, la campesina. Como ya ha sumido ésta el divino manjar, inclina languidamente la frente, se recoge, se concentra en sí misma, quedando su semblante velado por dulce sombra, algo así como hundido en la misteriosa penumbra de una adoración hacia adentro, de una adoración interior hacia el Dios omnipotente y piadoso que se dignó entrar en su cuerpo...

Mas, no basta un somero análisis como este para dar completa idea de una obra que, por su complejidad, podría presentarse como ejemplo de estas modernas creaciones plásticas, revolucionarias, desconcertantes, á causa de su naturaleza al parecer poco adaptable á los caracteres estéticos y á las exigencias materiales de la Escultura

Una á una hemos visto caer casi por completo, en nuestros días, las barreras formales con que delimitaban los antiguos preceptistas los campos de acción respectivamente asignados á las artes. Ciertas teorías de Hegel y de Schlegel, ciertas ingeniosas comparaciones de Lessing, antes admitidas como artículo de fe, apenas si tienen actualmente sentido alguno de realidad. Sin pedir la venia á los tratadistas, unas artes invaden el terreno de las otras, robándose mútuamente las propiedades, los caracteres, los asuntos y los modos de representación, que un tiempo se tuvieron por esenciales. En este trasiego de moldes, en este trastrueque de modalidades artísticas, la Pintura, que es el arte más invasor de los tiempos modernos, ha dejado sentir su influencia constante, decisiva, casi absorbente sobre todas las demás. Una de las que más se ha dejado influir es la Estatuaria. No ya el relieve ni la escultura de caballete, sino la escultura monumental se ha hecho cada vez más pintoresca, tomando de su hermana el movimiento, los efectos, los contrastes de luz y la expresión de los más hondos afectos del ánimo.

Pues, uno de los más sorprendentes milagros que en el género conocemos es el realizado por José Llimona en su *Primera Comunión*. Con el arte originariamente pagano y carnal de la escultura, ha creado una obra de alto misticismo cristiano; con el arte más macizo, más amigo de la estabilidad, ha hecho una escena de vida y de emoción; con el arte esencialmente destinado á expresar la exterioridad formal de los cuerpos, ha traducido la expresión de los más espirituales estados del alma; con la materia monócroma ha producido admirables efectos de luz y como ilusiones incomprensibles de color...

Es una obra que á la vez se impone á los sentidos y al espíritu.

Temas por el estilo son abundantísimos en la pintura moderna, y no faltan en estatuaria representaciones más ó menos elocuentes de «niñas comulgantes»; pero ni en el arte propio ni en el extranjero recordamos nada que ni de lejos pueda ser comparado con la obra de Llimona. Por esto, al contemplar por vez primera el portentoso grupo *La Primera Comunión*, sentimos una vez más robustecerse la fe ardiente que tenemos en la virtualidad de nuestro arte y abrimos el pecho á la esperanza por lo que hace á sus destinos del porvenir.

R. CASELLAS

O. JUNYENT.— LAS GRADAS DEL TEMPLO

JOSÉ LLIMONA.—LA PRIMERA COMUNIÓN

HIPODROMO DE BARCELONA

CARRERAS DEL POLO-CLUB

HIPODROMO DE BARCELONA

CARRERAS DEL POLO-CLUB

CRÓNICA DE LA EXPOSICION DE PARÍS

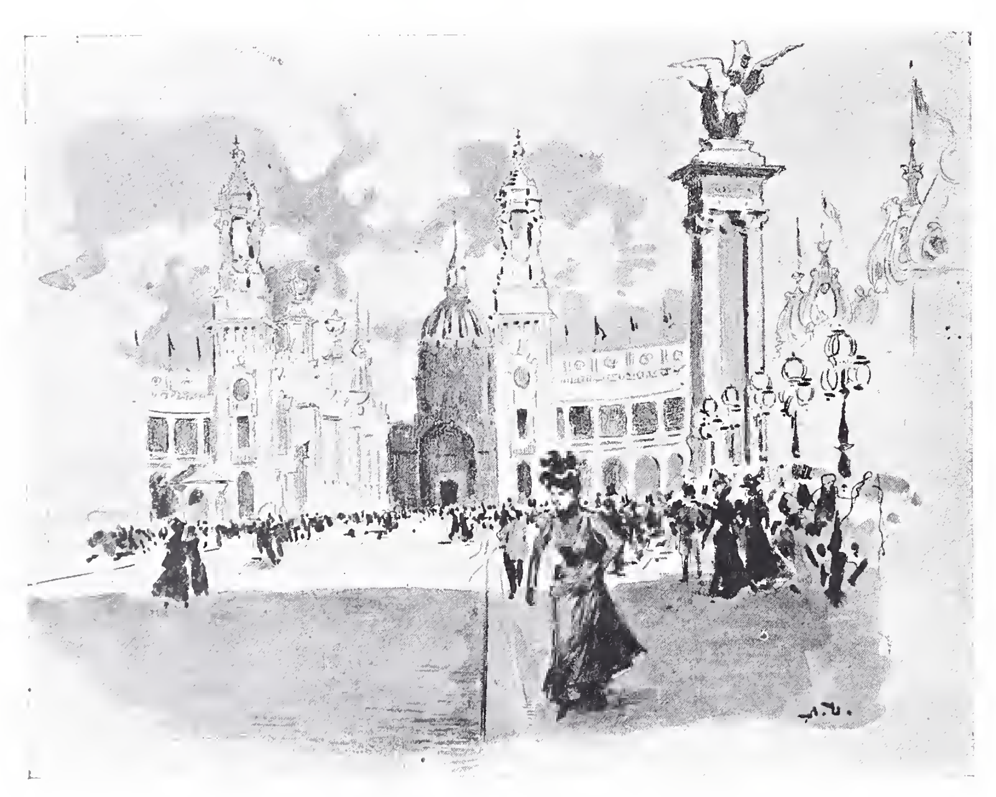
No tengo la pretensión ridícula de creer que soy infalible y que veo mejor y con más sabiduría que los demás, los efectos de luz y sombra proyectados por esta inmensa Exposición; pero entienda también quien quiera que sea, que me honre con la lectura de estas crónicas, que voy á aportar aquí mi impresión personal, alejada de toda sugestión agena, y de todo lo que parezca pasión por escuela determinada, por más que yo crea que, á los viejos, nos cuesta trabajo arrancar los antiguos moldes de su cerebro, ya que estamos con ellos tan encariñados que romperlos nos parecería acción vil de iconsclasta y traición hecha á nuestros viejos amores.

Para mí que he visto ya tantas Exposiciones, la última me parece un tránsito, me parece una concesión hecha á los atrevimientos americanos; me parece, ¿por qué no decirlo francamente? que América ha venido á Europa á conquistarnos é invadirnos con la peor de las concesiones, la de un arte que balbucea, y ya quiere hacer tabla rasa de todas las filigranas de los diferentes órdenes arquitectónicos que son nuestros mejores blasones de cultura, y que sin haber descubierto nada que valga la pena de sustituirlos, se atreve á todo, con tal de que sea grande y sea la representación simbólica de una cifra fabulosa de millones.

La puerta monumental de la Plaza de la Concordia es una manifestación desdichada de ese afan de buscar cosas nuevas que, si revelan osadía, no prueban que haya nacido el hombre genial que ha de trazarlas é imponerlas; claro es que la metalurgia ha venido al mundo con energías suficientes para exigir á la ciencia y al arte que se cuente con su concurso en lo sucesivo, para que el hierro y el acero puedan entrar en combinación con elementos decorativos, nuevos ó viejos, que den á la arquitectura moderna ideales propios de los tiempos que corremos; pero lo cierto es que, hasta ahora, semejante pretensión no se ha logrado, y que, en este concepto, la Exposición de París no puede compararse con la de Chicago, no sobrepujada ni en atrevimientos de estática, ni en hermosura de conjunto de terrazas holgadísimas, no consentidas por los estrechos límites en que se han movido los arquitectos de Francia al proyectar su Exposición Universal.

Juzgue el lector por si mismo, busque el punto de vista más famoso, el eje del puente de Alejandro, desde la gran avenida de los Campos Eliseos. ¡Qué hermosura! ¡qué palacios! ¡qué conjunto! el puente ancho, de líneas finas y sobrias, tan ancho que compite con el de las mejores avenidas, con sus columnas rostrales, y elementos decorativos sabiamente pensados; los palacios de Bellas Artes y de Artes retrospectivas, de riqueza incomparable, con detalles tan sentidos, tan hermosos, con una riqueza de mármoles, de herrajes, de mosaicos, todo armonioso y espléndido, que ellos solos bastan para mostrar al mundo cuanto es capaz de producir esta raza que, por ley de atavismo, volverá á reproducir las obras que han sido fruto genial de sus artistas inmortales.

Pero, si se detiene al detalle nimio, escrupuloso, de las obras arquitectónicas ejecutadas, si se busca la justificación de estilos mal combinados, de ansias de algo nuevo que el modernismo traduce en colores que desentonan, en formas enrevesadas que la geometría analítica no reduce á fórmula matemática; si se quiere ver un adelanto en la combinación del hierro con los materiales pétreos y decorativos de antiguos moldes, en todo esto, la fortuna ha sido tan escasa, el resultado tan incierto, el módulo de conjunto tan desmedrado, que, bajo este punto de vista, la Exposición, en su conjunto, muéstrase inferior á la de 1889, por más que se ha procurado agotar la fórmula sajona, el *The greatestin the World,* en todas sus manifestaciones, apurando los más ricos recursos, y agotando las más sabias y originales invenciones.


El puente de Alejandro III y los Inválidos

Y este estado de cosas

Puente de madera, que conducía á la instalación del GLOBO CELESTE, hundido al peso de los transeuntes

que se halla en todas partes; en Inválidos, exagerado por la longitud del eje de simetría de los principales edificios; en la calle de París, por el agrupamiento indecible de sus atracciones; en la calle de las Naciones, por el amontonamiento exagerado de edificios variadísimos, que impone á la vista cansancio producido por la repetición incesante de lo que en arquitectura descuella y se impone; en el Trocadero, por su población colonial, con sus edificios morunos, tan repetidos en escasa superficie, amontonados, dominando la nota blanca y los cupulinos árabes; la impresión producida es la de que falta espacio á tanta grandeza, y la de que aquellos palacios y aquellas trazas holgadísimas necesitarían doble superficie para mostrar al mundo, aquí congregado, lo que sabe producir la gallarda cultura de estos hombres, y la riqueza fastuosa de este pueblo.

Pero aun así y todo, aun admitido el sufrimiento del espíritu que se halla aprisionado entre tantas grandezas, el que sale por la mañana temprano en día de cielo azul, solo arrebolado por manchas difuminadas del humo de la población industrial, cuando el sol dora toda la ciudad nueva, nacida de la ardiente fantasía de tantos hombres que han querido realizar en el Campo de Marte y en Inválidos un nimbo de hadas, con sus palacios, sus naumaquias, sus fuentes monumentales, y sus estátuas, la vista se recrea en este marco grandioso que se llama París, rejuvenecido; en sus arboledas, por la savia poderosa de la primavera; en sus calles, por las muchedumbres de todos los puntos cardinales del mundo; en sus sociedades, por fermentos nuevos, pavorosos, dignos de estudio y preocupación porque, en mi concepto, preparan una revolución que dislocará todos los ejes de las sociedades modernas, y París llama á los hombres de buena voluntad para que vengan á aprender como se fraguan en el mundo los elementos nuevos que condensados en esta Exposición, y en poco espacio, atormentan al espíritu y los confunden con el múltiple concepto de su pasado, su presente y su porvenir. Y si aquí, para el hombre pensador, hay más, mucho más que palacios y estatuas, fuentes monumentales y puentes soberbios, el Trocadero y los Inválidos con su tumba rematada por la cúpula de tonos negros y dorados que glorifica la historia de un conquistador, porque en el agrupamiento de la riqueza industrial de los siglos, en la pavorosa competencia de los pueblos, puesta aquí, frente á frente, pacífica hoy, guerrera mañana, en el desden del obrero que no quiere acabar su obra, y se obstina y gruñe, porque halla aquí botín que repartir, con todo esto, y mucho más, se hallan tantos conceptos y tantos motivos de estudio que el observador agobiado por tantas grandezas reunidas, no tiene más remedio que elevar el espíritu á Dios y puesta la fe en el progreso de la humanidad, confiar en que, después de su trabajo, cuando haya llegado á una nueva etapa social y descanse, podrá decir una vez más y con toda su alma: *sursum cordam.*

Rafael Puig y Valls

Ilustraciones de A. Utrillo

Reconstitución del PARIS VIEJO, vista desde el puente de Alma

Calle de las Naciones, vista desde el Sena

PARIS Y LA EXPOSICION

IMPRESIONES Á VUELA PLUMA

Durante estos últimos días, los Parisienses han separado un poco, un poquito, no mucho, sus miradas y su atención del Gran Certamen, para fijarlas en el palenque político. Hemos tenido elecciones municipales y esto es muy importante... ¡ya lo creo! no precisamente por tratarse de la renovación del Concejo que administra esta gran ciudad, sino porque iba involucrada en la lucha electoral, una de las cuestiones que hoy apasionan más á los que de politica se ocupan: la cuestión del nacionalismo. Los lectores de *Hispania* estarán ya enterados de que los nacionalistas, á cuya cabeza figuran Deroulede — hoy desterrado en España — el poeta Coppée, el gran crítico Lemaître, Henri Rochefort el virulento y genial libelista, Edouard Drumont el terrible anti-semita y otros varios personajes de viso, han obtenido un éxito que aunque parcial no deja de ser brillantísimo y muy superior á lo que ellos mismos esperaban. Así es que están como niños con zapatos nuevos. Y para ellos el semi-triunfo alcanzado el último domingo reviste mucha mayor importancia — importancia nacional — que todas las grandezas y bellezas de la Exposición. Así mismo me lo declaraba un periodista del partido, con quien tuve el gusto de almorzar ayer en uno de los restaurants que se han improvisado acá y acullá y en donde por cinco francos nos sirvieron un almuerzo de lo peorcito que he comido en mi vida. Tres platos... homeopáticos, pero en cambio muy mal confeccionados. Al pagar *l'aditión* me permití hacer sobre el particular una observación muy suave al mozo, el cual me contestó suspirando: ¿qué quiere V. señor?... todo está por organizar todavía; todo se resiente del apresuramiento con que hay que hacer estas cosas; pero más adelante ya será distinto; deje V. que vengan en masas imponentes extranjeros y parisienses y verá como servimos... peor y más caro.

Predicción es esa que creo muy racional. Recuerdo todavía lo que me pasó cuando la última Exposición, la del 89, en un restaurant de los más acreditados que encerraba el recinto. Almorzamos una mañana en él el Conde de *** un español agregado á la Embajada de..., mi ilustre y malogrado tocayo Alfonso Daudet y yo. Nos dieron una tortilla microscópica, un *Chateaubriand* en que era dificil el hincar el diente, una langosta sospechosa, un pedazo de queso, una botella de Burdeos fabricado en el *quai* Bercy y una taza de café, digo, tres tazas de café. ¿Y á que no adivinan ustedes cuanto nos llevaron por ese banquete?... pues 60 francos: cuatro napoleones, ó cuatro repúblicas de plata, por barba. Y como esta Exposición es sin duda más importante que la otra, es natural que el despojo adquiera vuelos mucho mayores. Así lo exigen la lógica por una parte y los intereses del industrialismo por otra.

Asegurábame no obstante, hace tres días, un alto empleado de la Prefectura, que se quería tomar medidas enérgicas para poner á raya á los restauradores y garan-

tizar á indígenas y forasteros contra los excesos de una rapacidad insaciable; pero ¿cómo obtener esa garantía, sin atentar á la libertad individual que los fondistas y cafeteros consideran como el más sagrado de los Derechos del Hombre conquistados hace más de un siglo? Hay industrial que si no le dejan cobrar dos francos por un par de huevos pasados por agua dirá que la reacción impera y que están conculcados todos los principios de la Revolución francesa.

Entre tanto, la masa explotable empieza ya á afluir en proporciones que anuncian una invasión despampanante. Los trenes arrojan diariamente sobre el empedrado parisien legiones de provincianos y de extranjeros, á quienes atrae la extraordinaria sugestión que de esta feria colosal irradía por todas partes; sugestión que lo mismo experimentan los poderosos que los miserables, los archimillonarios y los pobres diablos que no tienen donde caerse muertos.

Ayer pasaba yo por delante del *Grand Hotel* en el momento mismo en que se apeaba del carruaje un yankee voluminoso, imponente, con cara de pocos amigos, seguido de su mujer, de sus dos hijas y de cinco criados. Dijéronme que era uno de esos reyes del industrialismo norte americano, repletos de millones y de orgullo, que á pesar de su desden por todo lo europeo, no pueden resistir al deseo de visitar ese París encantador, irresistible, sin rival en el mundo. Hacía ya dos meses que había, telegráficamente, ajustado varias habitaciones en el hotel y llegado el momento de partir de New-York no encontrando pasaje en ningún trasatlántico (todos los camarotes están ya tomados hasta fines de Octubre) alquiló el yacht de un particular para poder hacer cómodamente la travesía. Verdad es que eso le ha costado la friolera de 25000 dollars; ¿pero que representa esa bagatela para un hombre que posee setenta y cinco millones?

Haría escasamente un cuarto de hora que había echado una ojeada sobre ese fenómeno, cuando la casualidad me ofreció el poder contemplar el reverso de la medalla. Guiado por un agente de policía andaba un hombre vestido á la usanza bretona, de rostro atontado y seguido de una mujer y una caterva de chiquillos... ¡suyos! Era un pobre lugareño que sin encomendarse á Dios ni al diablo había emprendido, á pie, con su costilla y quince vástagos, el camino de la Exposición. Y una vez en París, sin un cuarto en el bolsillo, y sin saber á donde ir, se tumbaron en el primer sitio que se les presentó delante. Á lo que opuso, naturalmente, su veto la policía y como el mísero breton y los suyos carecen de alojamiento y de *modus vivendi*, se les va á repatriar á su tierruca por cuenta del gobierno. Lo más típico es que en ese dédalo parisien se le han extraviado al viajero siete críos de los quince que se había traído. Y hay que buscarlos.

No quiero concluir esta correspondencia sin echar un parrafito sobre la inauguración que ayer hicimos del pabellón de España, que luce su elegantísima silueta en el Muelle de las Naciones, entre el pabellón de Alemania y el de Mónaco. El acto fué brillantísimo y he de consignar que la selecta concurrencia que á él asistió se manifestó agradablemente impresionada ante las riquezas históricas y artísticas que se exhiben en nuestro palacio, ocupado enteramente por la exposición de arte retrospectivo. Las admirables tapicerías que cubren las paredes, los trajes soberbios, las armaduras incomparables, los diferentes objetos que sería prolijo enumerar, atesorados en las vitrinas, causaron sensación en los visitantes y confieso ingénuamente, que mi amor propio se sentía halagado en grado superlativo al escuchar á cada momento de labios de diplomáticos, aristócratas, artistas y literatos, frases como estas: *Voyez ceci... c'est exquis... et celá? c'est merveilleux!... Epatant!...*

Vaya, que eso le consuela á uno de gitanerías, flamenquismos y demás porquerías de la tierra.

Alfonso de Mar

Ilustraciones de A. Utrillo

Vista de las construcciones levantadas en el Trocadero

SPES

Cuando el desengaño avanza
y del pecho humano lanza
la halagadora ilusión,
si hay un rayo de esperanza
no se muere el corazón.

Porque evocada con celo,
la esperanza es el consuelo
del mas hondo y cruel pesar;
es el iris que en el cielo
del dolor se ve brillar.

Don del cielo que convida
á restañarnos la herida
que nos causa un gran dolor;
es la puerta de otra vida,
de otra vida que es mejor.

Y al que sufre ó al que llora
y en su pecho la atesora
resignado se le ve,
pues con ella, sufre y ora
consolado por la fe.

Solo por ella, de fijo,
una madre pierde á un hijo,
sin morirse de pesar,
postrada ante un crucifijo
viendo á otra Madre llorar.

Y al morirse un ser querido,
sea esposa ó bien marido
se mitiga la aflicción,
si al llorar por el que ha sido
se recurre á la oración.

Infeliz del que no espera
y del mundo en la carrera
solo cree en lo que ve;
el escepticismo impera,
porque se olvida la fe.

Que el que con resignación
pone en la fe su confianza,
logrará, en su corazón,
que al morirse una ilusión
nazca siempre una esperanza.

Ramon Suriñach Baell

LA TRIBU ESKIMO [1]

Millares de barceloneses han acudido estos días á satisfacer la curiosidad que siempre inspiran las exhibiciones de cosas y seres exóticos: curiosidad tanto más justificada, cuando lo que se exhibe resulta de un caracter absolutamente inédito. En Barcelona hemos recibido en época no lejana la visita de tribus « pieles rojas » y de aschantis; pero esquimales ó eskimos no habíamos visto todavía ningún ejemplar. Y nada tiene ello de estraño, ya que es esta la primera vez que algunos representantes de aquel curioso pueblo domiciliado en las heladas regiones del Norte se dignan venir á « explorar » la Europa. Hace muy poco tiempo que la tribu eskimo que aquí acabamos de ver se presentó en Londres; de esa capital ha venido á España y ahora emprende el viaje hacia París, en donde será uno de tantos atractivos originales como brinda la Exposición á franceses y extranjeros.

Esa ambulante colonia se compone de siete familias completas, hombres, mujeres y niños, procedentes de las fronteras septentrionales del Labrador. Su talla es reducida con relación al tipo medio europeo, pues la de los hombres no excede de 1'56 metros y la de las mujeres de 1'25 metros por término medio. La circunferencia torácica es en unos y otras de un metro, á poca diferencia: El rostro de tez cobriza, ojos pequeños y vivos y pómulos salientes, acusa marcadamente la ascendencia mongólica. Su indumentaria es de las más sencillas y corresponde á las exigencias del crudísimo clima en que habitan : unos pantalones y una especie de blusa ceñida al cuerpo, fabricadas con pieles de foca ó de rengífero, una gorra también de piel, á estilo de capuchón y botas espesísimas de recio cuero forradas interiormente, de basta elaboración forman la vestimenta de esas pobres gentes, vestimenta que al encontrarse en nuestros templados países ha debido aligerarse en gran parte.

Sus habitaciones pertenecen al mismo orden rudimentario. Una tienda baja formada también por pieles de foca, con una sola abertura que sirve de entrada y de respiradero forma la vivienda ordinaria de los eskimos. Con frecuencia, en la estación más rigurosa del año, la tienda es reemplazada por una excavación en la nieve endurecida.

Entre los personajes que componen la tribu visitante merece especial mención el ilustre *Tapikapinnik* que pasa por ser el eskimo más alto de toda su nación — 1'72 metros — y debe de estar dotado de una fuerza prodigiosa si hemos de juzgar por su nombre que en lengua eskimo quiere decir : « el hombre capaz de levantar una montaña.» ¡ Y pensar que un hombre así se ha juntado á la expedición y emprendido el viaje á Europa, para huir de su mujer, ó mejor dicho, de una de sus mujeres, una hembra cuya edad dobla la de su marido y tan fiera que ese ha concluído por cobrarla un miedo horroroso! Y en tanto el varón «capaz de levantar una montaña» se da un verde por este Occidente, la terrible vieja le busca inutilmente por las montañas, á donde aquel se había primeramente refugiado.

Fines muy distintos impulsaron á otra notabilidad de la tribu á acometer el mismo viaje. *Chakkanik*, (nombre ex-

(1) Es la sola palabra que debe usarse para designar á la raza y á sus individuos. Hay que decir el eskimo, la eskimo, los, las, eskimos; y no esquimal, ni esquimales

TIPOS, ARMAS Y UTENSILIOS ESKIMOS

EJEMPLARES MASCULINOS, FEMENINOS Y CANINOS ESKIMOS

presivo que quiere decir «cara de sol») es un eskimo que goza de la inefable dicha de estar constantemente de buen humor. Es un filósofo polar; pero filósofo epicúreo, que un día se sintió arrebatado de admiración y lleno de ilusiones al contemplar las fotografías de varias actrices, que le enseñaron unos viajeros ingleses. Como realmente hembras tan superiores no las había visto nunca el buen *Chakkanik* en su patria, dijose: pues vamos á Europa á ver si alguna de esas beldades se enamora de mi carita de pascuas. ¿Ha conseguido el digno eskimo realizar, aunque solo fuese interinamente, su programa?... No lo sabemos; ni nos hemos atrevido á preguntárselo; pero nada veríamos de sorprendente en que así fuera, dada la expresión satisfecha de su semblante.

Chakkanik, empero, debiera acordarse de que las mujeres resultan peligrosas para los hombres de su familia. En efecto, el padre de «Cara de sol» murió víctima de una calaverada senil. Siendo ya viejo y después de haber llevado una existencia muy tranquila al lado de tres esposas, quiso tomar una cuarta y habiendo encontrado un pimpollo á su gusto, se casó una vez más, después de estipular, conforme á los usos de la tierra, que el padre de la novia recibiría de su yerno, al concluir la temporada de la pesca, una determinada cantidad de pieles de foca, de buena calidad.

Pero cuando venció el plazo, el marido que había ya conseguido satisfacer su deseo, llamóse andana. Á título de última concesión declaró que no pagaría más que la mitad del precio convenido. Lo cual indignó en alto grado al suegro que llamó á consejo á toda la tribu. Y la tribu después de madura deliberación, y de convenir en que el padre de Chakkanik era un mal hombre que deshonraba á sus conciudadanos, dijo al ofendido reclamante: «Se te ha insultado y perjudicado: hazte justicia.» Y en efecto, pocos días después, había en la tribu cuatro viudas más.

Pero casos por el estilo son muy excepcionales. El eskimo es casi siempre honrado, fiel cumplidor de su palabra, amante de la tranquilidad doméstica, buen padre, buen esposo, buen hijo y buen pagador. Trata siempre á los suyos con dulzura y jamás se le ocurrirá siquiera la idea

CARRERAS ESKIMOS

UN ESPORT ESKIMO

de que un marido pueda levantar la mano sobre su mujer, amenazar á la madre de sus hijos. El eskimo que se atreviera á hacer lo que hacen tantos maridos de la civilizada Europa, veríase inmediatamente y violentamente expulsado de su tribu por la indignación pública. Y el *boycotage* es para un eskimo el castigo más duro, más degradante que se pueda imaginar.

Y puesto que hemos hablado de matrimonios eskimos, no será inoportuno intercalar algunas explicaciones acerca del modo como se verifica la ceremonia. Cuando á un hombre le cae en gracia una de las chicas que están esperando «colocación» comunica su deseo y su propósito al Jefe de la Tribu, el cual á su vez lo pone en conocimiento de la madre de la interesada ó en su defecto, al padre. Aceptado el proyecto, discútese la cuantía de la dote que, al revés de lo que en Europa sucede, ha de ser satisfecha por el novio á los autores de los días de la novia. Lo cual, sea dicho de paso, nos parece eminentemente racional. Se fija el día de la ceremonia y llegado éste se colocan los principales autores del *drama* en un sitio espacioso: el desposado á una distancia de la desposada, de tantos pasos como años hay de diferencia entre la edad de uno y otra. Supongamos que ella tiene solo veinte años y el treinta y cinco: la distancia será de quince pasos. Da el Jefe de la tribu la señal, aprieta la moza á correr y su pretendiente tras ella: si á los quince pasos más alcanza el corredor á su presa, puede el matrimonio darse por cosa hecha. Si no, se queda el pretendiente sin novia y... en ridículo.

¡Vaya unas costumbres más primitivas! exclamarán desdeñosamente algunos civilizados. Serán tan primitivas como se quiera; pero encierran una filosofía matrimonial indudable: un simbolismo muy bonito y al propio tiempo muy práctico, que juzgo inutil puntualizar. Y que me gustaría ver aplicado aquí, en nuestra sociedad, siquiera fuese por ver el hermoso papel que representaría un carcamal de sesenta octubres y con un reuma articular, corriendo tras una doncella de veinte abriles, ligera como una gacela. Verdad es que siendo rico el novio, más de una y más de dos veces pondría la novia la mejor voluntad del mundo en dejarse coger.

Los eskimos viajan por Europa con toda la patriarcal impedimenta que caracteriza su especial manera de vivir en su helada patria. Llevan con ellos toda su fortuna, consistente principalmente en lanchas de piel de foca, tiendas de idem, tríneos, harpones y enseres de caza y pesca, trajes, provisiones de boca (carne seca de foca, aceite) utensilios de diversos géneros y... ¡perros! Porque el perro que es en todas partes — así se dice al menos — el más fiel amigo del hombre, es para el eskimo no solamente un amigo y un compañero, sino también un servidor incomparable. Así como no se comprende al gaucho americano sin caballo, no se concibe al eskimo sin perro. Este inapreciable cuadrúpedo completa, por decirlo así, la existencia de su amo: inteligente, vigoroso, sufrido, capaz de resistir las mayores fatigas y las más bajas temperaturas, presta valioso y desinteresado concurso al hombre habitante de aquellas crudísimas regiones, especialmente para el arrastre de los tríneos, el único é indispensable vehículo que emplea el eskimo para recorrer, con frecuencia, larguísimas distancias.

Algo y hasta mucho más de gran interés podríamos añadir acerca de las costumbres, idioma, etc., etc., de tan curiosa raza; pero nos lo veda la falta de espacio. Pongamos por lo tanto punto final á estas breves impresiones deseando á los simpáticos excursionistas toda suerte de prosperidades. Séales grata su permanencia en las ciudades europeas, á fin de que más adelante, cuando regresen á su patria, puedan emplear las largas veladas del invierno polar, refiriendo á sus absortos oyentes las inolvidables maravillas presenciadas en el curso de su viaje.

X.

FAMILIA ESKIMO Á LA PUERTA DE SU CHOZA

La Posada

Baile de la Caravana húngara

MAS Y FONDEVILA.—TIRANDO LA RED

LAS INSEPARABLES

(PIROPOS ANDALUCES)

— Me parece que V. exagera, Salud.

— Mire V., Manuel, que me falte mi nombre, si no es verdad lo que digo: Rocío es una buena mujer para un pobre y para un rico decente, si se terciara; yo la quiero porque sí; por verla feliz sería capaz hasta de cortarme el pelo y andar toda mi vida por esos mundos de Dios pidiendo limosna. Cuando la veo tan bonita como una *Imange,* con esos ojos más grandes que su cara, con esos colores de rosa, con ese cuerpo de duquesa, con esos andares tan finos; cuando la oigo cantar como un ruiseñor, cuando me cuenta riéndose cosas que hacen llorar, cuando llena de alegría las calles por donde pasa, cuando hace raya en la Fábrica por *tres* estilos, ¡ créame usté! se me olvidan todas mis penas, gozo como si fuera hija mía y si no soy dichosa es por lo que yo me sé.

— Sí; cuando hay una amistad antigua...

— Antigua, no; va para diez y ocho años, el tiempo que hace que vino al mundo; yo la recogí en mis brazos y en cuanto abrió los ojos me miró protegiéndome y yo no sé como agradecérselo desde aquel momento: por eso mi mayor delicia es ver que todo el mundo la quiere, que los hombres no tienen boca para bendecirla.

— ¡ Buenas cosas oirá por esas calles de Dios!

— Eso es el acabóse: ella, la mitad de las veces no echa cuenta, pero yo voy siempre aplicando la oreja y agradezco los piropos más que si se los echaran á mi persona y los apunto en la memoria para recordárselos cuando viene á pelo, aunque ella siempre dice que me deje de tonterías.

— Me gustaría conocer algunas de *esas tonterías* con que obsequian á la bellísima Rocio sus admiradores.

— Mire usté; ayer, sin ir más lejos, fué uno de esos días en que no dábamos un paso sin oir un requiebro: ¡ parecía una batalla de *flores!*

En la misma puerta de casa le dijo un aficionado al toreo, que está muertecito por sus pedazos:

« Gozo mirándote como si estuviá comiendo durse.»

Yo, que no lo *camelo,* porque no me gustan los bigardones, no me pude contener y le contesté con muy mal aire:

« Pues límpiate, que estás de huevo. »

Junto al cuartel de los Terceros la obsequió así un soldado que debe ser un *tunela:*

« Ole, la sal del mundo; jasta las piedras se derriten cuando las pisas. »

Y un teniente, que no es mal mozo, pero que se dejó el *ange* corgao de un clavo, le murmuró al oído, como si estuvieran *timándose:*

« Ya lo sabes, hija; me gustas más que si fueras de oro. »

Mas salero tuvo un *curda,* pintor de brocha, que al vernos en Santa Catalina se quitó la gorra y exclamó como er que va á jasé una promesa:

« Por usté soy capaz hasta de aborrecé er vino. »

Y como yo me echara á reir, remachó el clavo, preguntándome:

« ¿ Verdá que sí, agüela? Diga usté conmigo: ¡ Vivan las pinturas de Murillo!

— ¿ Á eso de *abuela* no le contestó V. nada, Salud?

— No crea usté que me ofendí; como comparó á la niña con la *Vigen* ¿ quién se metía con aquel barrí destapao?

— Adelante con los piropos.

— De las cosas que más gracia me hacen es cuando pasamos por la puerta de la Universidá: como los señoritos son tan descaraos y cá uno es hijo de su padre y de su madre, se oyen cosas como pa archivarlas... aunque se metan conmigo, que soy más vieja que la muraya y más fea que pegarle á Dios.

Mire usté que estuvo sembrao aquel barbián que nos saludó sombrero en mano, como si pasaran dos princesas, y cuando ya íbamos de espaldas, nos hizo este retrato de cuerpo entero en dos palabras:

« Vayan con Dios el día y la noche. »

Por más señas que Rocio no se enteró bien y como volviese la cara se encontró con este confite:

« Bendito sea el primer pensamiento de tu fundación.»

Ella se puso roja como una amapola, y un señoritín que me recordó el espíritu de la golosina, gritó como si estuviera en el teatro:

« Es V. el sol de la hermosura de esta tierra. »

Un vendedor ambulante de esos que las cazan al vuelo, quiso hacerle la competencia soltando esta patada:

« De buena gana le tomaba á V. la cara, niña. »

Por cierto que me esplayé con aquel granuja y si no hubiera sido por no disgustarla armando un escándalo, por la gloria de mi madre que lo araño.

—Me parece que le gustan á V. más los estudiantes que los regatones.

—¿Por qué lo he de negar?: como mi Rocío tiene mucho mérito, porque Dios se lo ha dado, me hace daño que se le atreva cualquier ropa-suelta: yo quisiera verla hecha una gran señora, no con mucho dinero, sino con un hombre que valga, que sea de su gusto y que gane para mantenerla como ella se merece. Y lo he de conseguir ó he de poder poco. ¡Si los hombres supieran distinguir!...

—Pues ya ve V. como distinguen, echándole á su amiga cada requiebro que arde en un candil.

—Jarabe de pico: pasa una mujer de primera, como esa, sin ofender á nadie, se encandilan, largan un chicotazo y luego si te ví no me acuerdo. Á lo mejor sale uno haciendo esta declaración:

« Iba yo por usté... hasta la Vicaría. »

Y no es capaz de ir ni á ver la hora que es en el reló de la Plaza Nueva.

Por supuesto, lo más gracioso es ver que algunos se tiran para atrás precisamente, porque la chiquilla es muy guapa y muy honrada: eso me parece que le pasó á un comerciante de calle de Francos que se la comía con la vista y cuando creí yo que se iba á arrancar, tomó las tablas del mostrador y se metió dentro tartamudeando el muy zopenco, aunque dicen que es andaluz:

« Adios, Rocío, que su marido la haga á V. feliz. »

Eso es uno que tiene reunida alguna luz; pues tres cuartos de lo propio le pasa á cualquier artesano honrado, que después de pensarlo mucho se *naja* exclamando:

« Vayusté con Dios, que pa quererla va á sé preciso echá una solicitú ar menistro. »

Pero, en fin, de todos modos le gusta á una que le regalen los oídos con palabras dulces por este estilo:

« Ole tu boca, más bonita que un diamante. »

Ó,

« Yo no soy ambicioso: con ese cuerpecito me conformo. »

Y no digo nada, cuando se oye este zalamero repiqueteo:

« Te llevaba á la Exposición de las caras bonitas. ¡Por mi salú que sí: ¡ole! ¡ole!

Apenas y me pongo yo orgullosa, cuando al entrar en una fiesta donde hay lindas muchachas le dan á mi Rocío las buenas noches de esta manera:

« ¡Ole, ole! te mereces una corona... por bonita.

Y si por casualidad sale bailando un tango, como ella sabe, no faltará quien le haga justicia:

« ¡Ole, gracia por arrobas y sal por quintales! »

Pues calcúlese V. que se le antoja cantar, que se mueven para escucharla hasta los cuadros de la pared; y no ha rematao la copla, cuando le dice el más simpático de la reunión:

« Ronco me estoy poniendo de bendecí esa cara, y esa boca y esa vocesita de gloria. »

Por eso, no se me olvidará nunca esta despedida que le echó un casero que había puesto, muy bonita por cierto, la Cruz de Mayo:

« Usted lo pase bien, preciosa; y permita Dios que no haya invierno para ese canastito é flores. »

* * *

¿Se comprende ya por qué habían merecido Salud y Rocío el hermoso título de *Las inseparables?* Pues aun queda el resto de la explicación que también tuve la fortuna de oirla de los mismos labios de la bella:

« Á Salud le prefiero entre todas mis amigas porque es más buena que fea; porque tiene un corazón de oro; porque no conoce la envidia; porque siempre encuentra recursos para socorrer las desgracias de las compañeras.

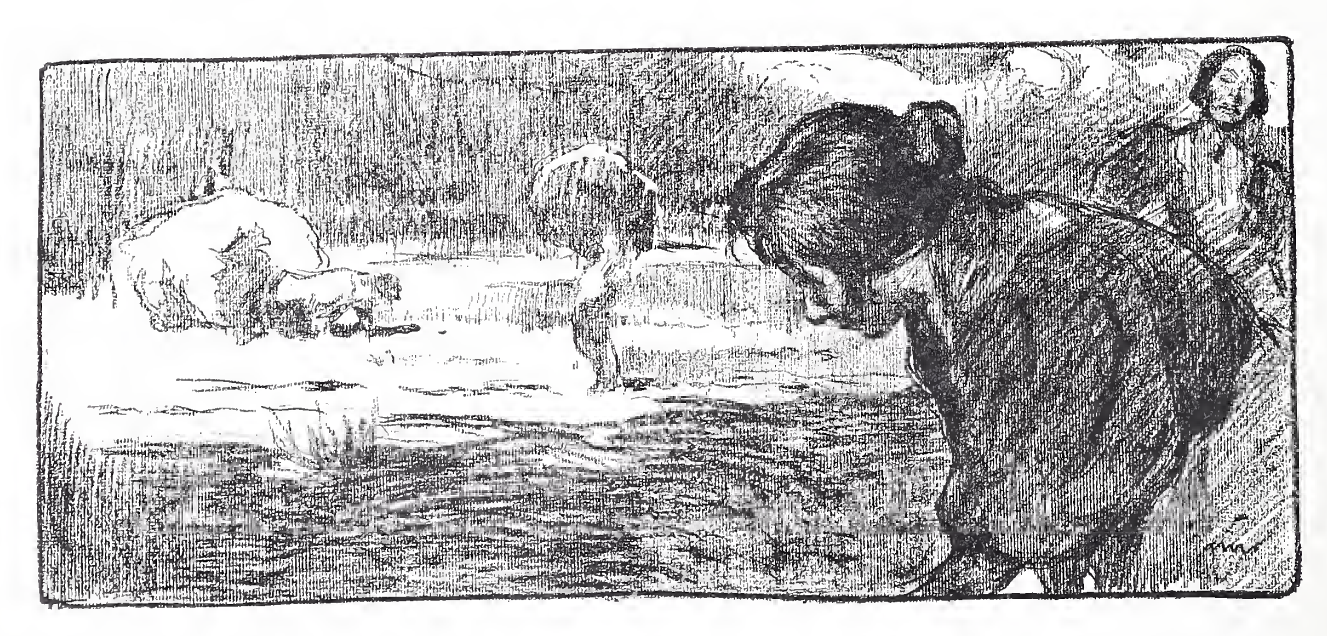
Además, es la gracia andando: toca, canta, baila, tiene *timos* superiores, sin molestar á nadie, y en estando á su lado no hay penas. Tan fea como dicen que es, si ella no se conociera como se conoce, le hubíeran sobrado los hombres por docenas.

Y, sobre todo, yo la quiero como de familia porque ha sido la mejor de las hijas: quince años hace que se quedó sin madre y ni un domingo siquiera ha dejado de ir á llorar al cementerio y á poner flores sobre su tumba. Y solo porque su madre (q. e. p. d.) era apasionada del dulce no lo ha vuelto á probar y hasta el café lo toma sin azúcar. ¡Por eso la quiero!

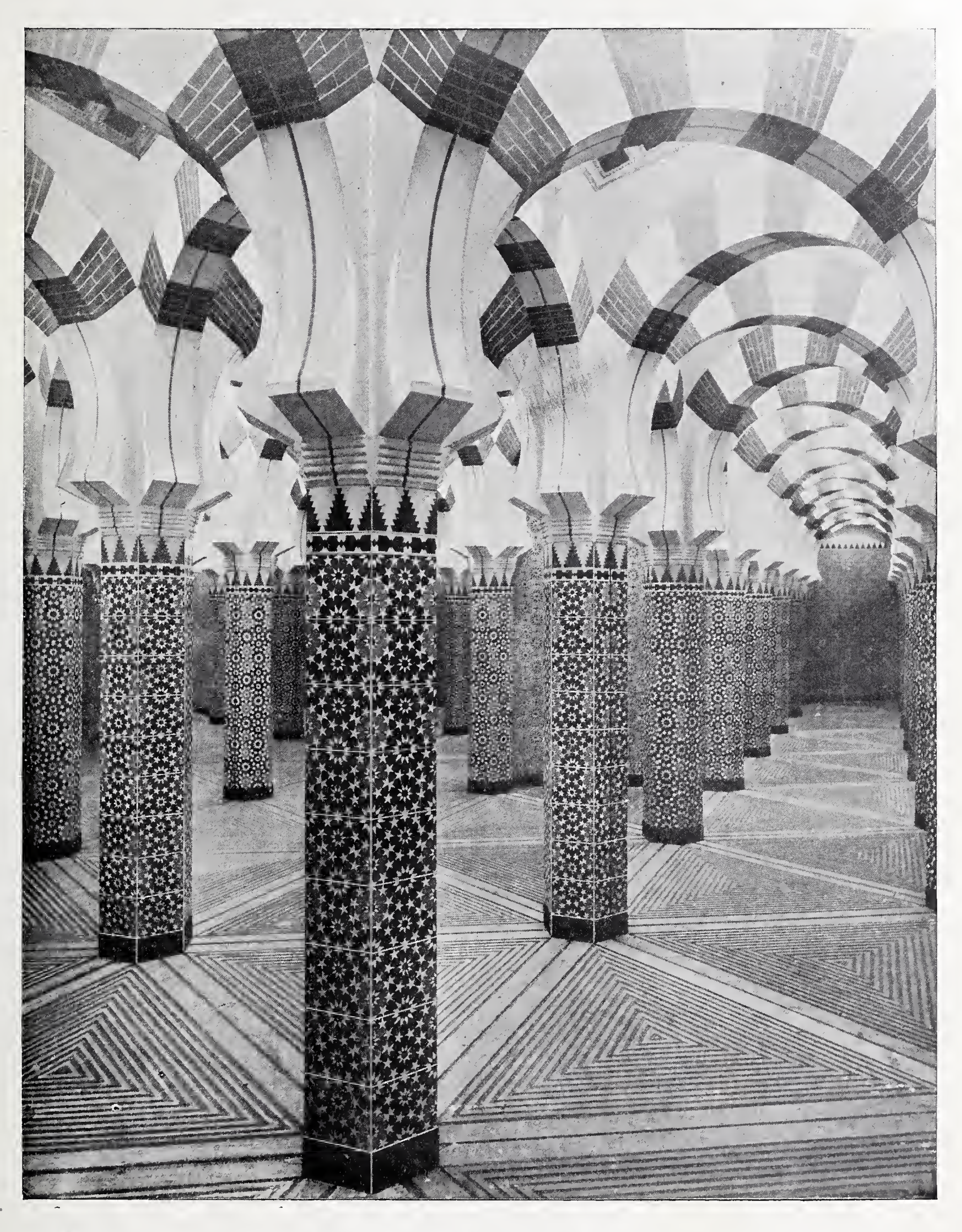
¡Bien por las inseparables honradas!

Manuel Díaz Martín

Sevilla, Enero de 1900



J. MIR.—LAS DORADAS MIESES



PROYECTO DE ANTERO DE OTEYZA **LABERINTO ÁRABE** FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.-MADRID

Teatro Moderno, - San Marcos, 35, - Madrid

LA CIENCIA APLICADA Á LA SEGURIDAD PÚBLICA

¡Mire que tiene bemoles este descubrimiento! ...¡Poder ver lo que lleva ahi dentro ese granuja sin necesidad de echarle el guante!

HISPANIA

º 31.-30 MAYO 1900 HERMENEGILDO MIRALLES. - BARCELONA

RETRATO DE D. JOSÉ MOÑINO, CONDE DE FLORIDABLANCA

LA CUCAÑA

EL GENIO DE GOYA

Cuando se trata por los historiógrafos de arte moderno de dar á la pintura contemporánea padres legítimos y naturales, siempre son los nombres de Francisco Goya y de William Turner los que salen al punto á relucir, y aunque por lo comun es cosa arriesgada determinar progenies y ascendencias en geneologías tan intrincadas y complejas como estas, todo el mundo conviene en que el gran pintor de costumbres aragonés y el gran paisajista de Inglaterra, sino son los únicos padres del arte pictórico de nuestros días, son indudablemente los maestros iniciadores que más contribuyeron á su nacimiento y á su desarrollo y que más determinados rasgos característicos le supieron imprimir. Cada uno de los dos grandes aspectos en que puede dividirse la representación pictórica: medio natural y acción humana, se renovó al influjo de estos dos maestros, cuyas revelaciones y adivinanzas fueron rayos de luz intensísima para los pintores del porvenir.

Á Turner le cabe la gloria de haber reconquistado el imperio de la Naturaleza, aquel gran imperio que parecía haberse perdido para el arte desde los tiempos de Ruysdael y de Hobbema. Turner volvió á descubrir el espectáculo de las montañas y de los cielos, de los ríos y de los mares, de los grandes espacios y de los fenómenos ambientes, acabando por darnos la fórmula de este paisaje moderno que, segun dicen los Goncourt, constituye el honor de nuestro siglo. Turner resucitó en sus cuadros esplendorosos aquella luz que se echaba de menos desde los días de Rembrandt é hizo circular por la pintura aquel aire que parecía haberse enrarecido desde los días de Velázquez.

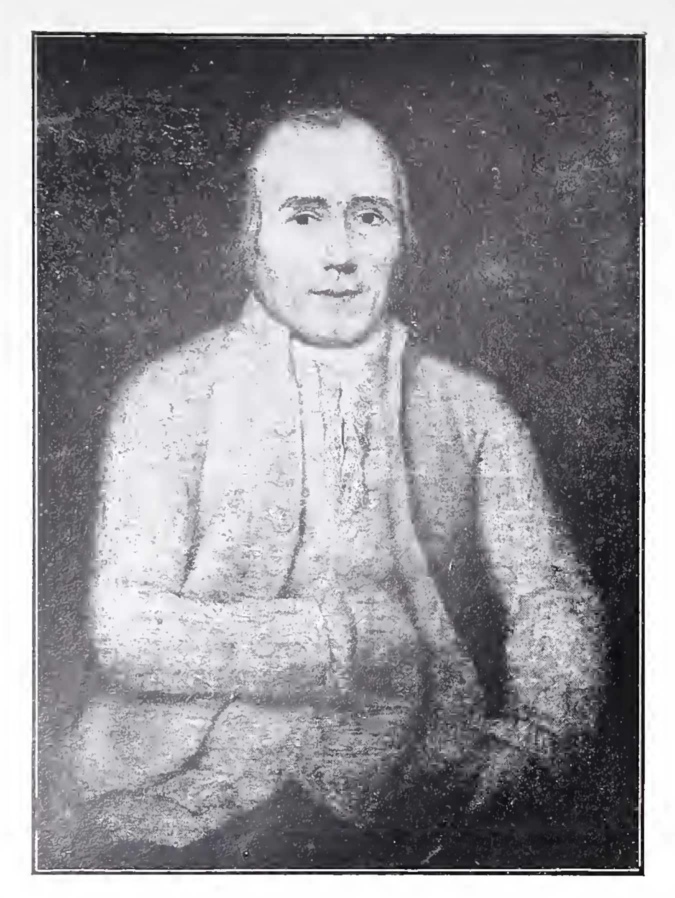
LA REINA D.ª MARIA ISABEL, DE PORTUGAL

UN AQUELARRE

Pero si Turner nos dió el paisaje moderno, Goya nos trajo los personajes modernos que debían habitarlo. El pintor aragonés quiso restablecer la verdad de los hechos sobre la zarandeada figura humana, que sino se había desvirtuado del todo, corría inminente riesgo de ser desconocida, segun estaba de contrahecha, ora hinchada y retorcida por manos del barroquismo imperante, ora envarada y convencional por obra y gracia del pseudo clasicismo incipiente. Ageno á todas las escuelas, libre de reglas y de trabas, sin más pragmática ni más guía que su soberana voluntad y su genio poderoso, Goya consagró todo su arte á la representación animada, veraz, pintoresca y muchas veces irónica de la vida corriente, de la vida de todos los días, sin que jamás se le ocurriese que debía sujetar el tema escogido al decoratismo teatral de los continuadores de Giordano, ni al manierismo elegante de los bucólicos franceses, ni á los formulismos académicos y falsamente rafaelescos de Mengs, ni á las mentidas reconstrucciones greco-romanas de David. Goya no podía ser barroco ni manierista, ni académico ni clásico... Goya solo podía ser Goya, Goya y nada más.

Apasionado contemplador del movimiento humano que se desarrollaba en torno suyo, todo lo pintó desde el primer instante, como Dios le dió á entender, muchas veces con desigual estilo, deprisa y corriendo la mayor parte de las ocasiones, hasta llegar á hacer normal una creación fogosa é improvisada, que por su vibración y por su audacia, puede competir con lo que el arte moderno ofrece actualmente de más atrevido é innovador. Gracias á su genio indómito y á sus nativas facultades para asimilarse la visión del mundo, apenas si conoció las torturas del aprendizaje ni las rutinarias imposiciones de la escuela. Fué el pintor libre por excelencia.

Mientras sus contemporáneos se entretenían en representar con desmayados colores á los dioses grandes y á los dioses chicos de un Olimpo de mentirijillas ó en simbolizar las estaciones del año ó los vicios y las virtudes, por medio de pastorcillos de abanico, en composiciones admirables por su simetría y ponderación, Goya corría en busca del pueblo, se mezclaba con las gentes, se impregnaba del vaho de la multitud, y después, á solas con el recuerdo de su impresión, trazaba febrilmente el espectáculo de las ferias,



UN CABALLERO CATALÁN

de las procesiones, de las romerías de los autos de fe, de las corridas de toros, de las meriendas en el río, de los juegos de los muchachos en la pradera, de los corros de majas y chisperos, de busconas y petimetres.

Pero no fué solo en el pueblo donde encontró el maestro su inspiración y sus triunfos. El genio naturalista de Goya, su temperamento de colorista y su espíritu observador debían llevarle con igual impulso á la pintura del retrato, que es como decir á las esferas sociales más elevadas y selectas. Habiendo visto coronados sus primeros ensayos en el género por los más alhagadores aplausos, lo mismo de la corte que del mundo de las artes, lo mismo de la nobleza que de los hombres públicos, se inició desde aquel punto una moda, un verdadero delirio de hacerse retratar por el gran pintor.

Reyes y príncipes, grandes de España y personajes políticos, sabios y poetas, artistas y literatos, grandes damas y comediantas famosas, todas las figuras que por uno ú otro concepto lograron hacer surgir su personalidad por sobre la turbamulta de sus contemporáneos, todas desfilaron ante el caballete de Goya durante un largo período que abraza varios reinados. Quien quiera conocer á los hombres que ilustraron los postreros tiempos de Carlos III ó á los que contribuyeron á las vergüenzas de los días de Carlos IV ó á los que rodearon el trono de José Bonaparte ó á los que vieron las primeras tiranías y las primeras catástrofes del tiempo de Fernando VII, no tiene más que recorrer á esta iconografía prodigiosa, rica de caracter, rica de vida, rica de color, legada á la posteridad por el gran artista aragonés. Algo de Velázquez, algo de Reynolds, algo de Greuze, algo de Tiepolo y algo de Fragonard, ha dicho Lefort que había en aquella nutrida serie de portentosos retratos.

Pero, además de sus innatas facultades de observador psicólogo y de brillante colorista, el pintor del pueblo y el retratista de las aristocracias guardaba en el fondo del alma contra la sociedad de su tiempo un espíritu vivísimo de protesta, que revestía al exteriorizarse los más crueles aspectos de la sátira. Para dar forma á su enconada ironía, mitad sentimiento de odio, mitad filosofismo enciclopedista, apeló al dibujo, que entre todas las artes figurativas es la que se ofrece como mejor vehículo para la emisión artística del pensamiento.

Si Goya pintor fué un artista popular, porque sus lienzos hablaban á los instintos y á los gustos nacionales, Goya dibujante, Goya aguafortista fué un artista universal, porque sus grabados hablaban á las generales aspiraciones de los tiempos modernos.

En las sátiras políticas y sociales, los *Caprichos,* cáusticas y originales composiciones cuya intención subversiva apenas se disimula bajo el velo tornasolado de la fantasía, Goya de todo se ríe y lo ataca todo. Al lado de escenas de costumbres, burlescamente interpretadas, saltan pícaras alusiones á las supersticiones del pueblo, á las miserias de la prostitución, á los vicios de la Corte, á los hartazgos de los frailes ó á los hogueras del Santo Oficio. Tras las madres que prostituyen á sus hijas ó las hijas que desconocen á sus madres, tras la encorozada que va al patíbulo ó las brujas que toman rapé, tras la vieja que perdió su dentadura ó la moza que perdió su vergüenza, tras el brujo que vuela al aquelarre ó el monstruo que desciende á los infiernos, surgen á lo mejor fatídicas visiones de desastres y hundimientos para los días del porvenir.

En *Los Proverbios,* que son como un complemento de los *Caprichos,* se hace una excursión horrible hacia el mundo de lo fantástico. Entre mohino é intrigado, el espectador asiste á conciliábulos de horrorosas celestinas, á danzas de desgreñadas manolas, á contorsiones de aulladores aspectros. Todo lo que una imaginación en delirio puede engendrar de ensueños, todo lo que un lapiz procaz, que no retrocede ante cosa alguna, puede inventar de gestos excéntricos, de actitudes macabras, de ademanes monstruosos, todo se encuentra en este extraño, desconcertante desfile.

LA MISA EN LA CRIPTA

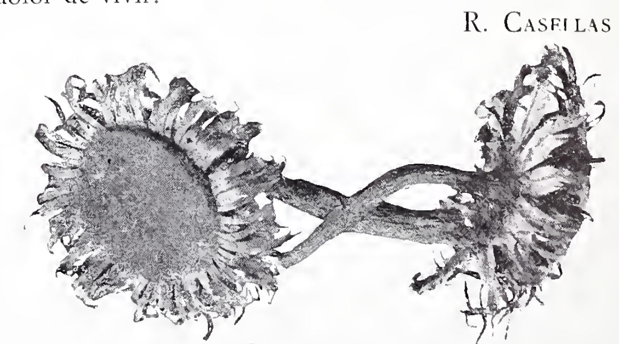
RETRATO DE UNA PETIMETRA

¡Escenas alucinantes, visiones apocalípticas, kaleidoscopo de visionario, que Goya supo traducir con extraordinaria intensidad, mezclando á la interpretación algo de este espíritu de lo sobrenatural horrible, que acaso constituye lo más profundo y original del genio del gran artista!

Mas todavía faltan los *Desastres de la guerra,* donde la fantasía lúgubre y la protesta airada alcanzan el más alto grado de fúnebre esplendor. Inspirada en las hecatombes de la guerra de la Independencia, aquella serie de láminas se ofrece como una procesión de horrores que el dibujante subraya con espíritu satánico, con infernal placer. Los fusilamientos, los asesinatos, las escenas de matanza, los episodios de degüello, las ejecuciones, los incendios, las mujeres energúmenas, las jóvenes espanzurradas, los cuerpos mutilados, los montones de restos... se suceden sin interrupción. No hay lámina sin sangre, no hay lámina sin cadaver, no hay lámina sin horror... pero es tan inagotable en lo tétrico la inventiva de Goya, que sabe imprimir al inacabable desfile de negras pesadillas la más imprevista variedad. Teófilo Gautier ha comparado estas alucinantes agua fuertes á noches oscuras, en las que algún brusco rayo de luz esboza dentro de la negrura pálidas siluetas y extraños fantasmas.

Tal como surge hoy ante nuestra imaginación el autor de tan fatídicas visiones, se nos aparece por un lado como el cronista vidente de la decadencia de España y el profeta de los desastres futuros, mas por otro lado vémosle asomar como el iniciador del arte de nuestros días, en parte naturalista, en parte visionario y nublado por la gran tristeza y el gran dolor de vivir.

R. Casellas



GOYA EN BARCELONA

Consecuente *Hispania* con sus tradiciones de culto al arte y á los grandes hombres que lo ilustraron, ha creído propicio el momento de consagrar uno de sus números á la memoria de Francisco Goya, con motivo de la reciente traslación á España de los restos del pintor insigne, junto con los de Moratín y los de otros esclarecidos patricios.

Mejor homenaje no podía tributarse en esta ocasión al ilustre autor de los *Caprichos* que el de reproducir, para conocimiento y delectación de todos, algunos de sus cuadros y dibujos más notables entre los que de su mano se conservan en Barcelona.

Sin que, ni por asomo, pretenda *Hispania* fijar atribuciones ni certificar paternidades, tratándose sobre todo de obras de un autor de quien se ha dicho con razón que « en él no había un pintor sino muchos pintores », se ha limitado á publicar la reproducción de escogidos ejemplares que, pertenecientes á ilustrados coleccionistas y á antiguas familias de nuestra ciudad, se han tenido con fundamento durante largos años por pinturas debidas al fecundo, variado y desigual pinçel de D. Francisco Goya.

Las breves noticias que sobre cada lienzo hayan podido recogerse, servirán para ilustrar un tanto la significación y la historia de las obras reproducidas en este número.

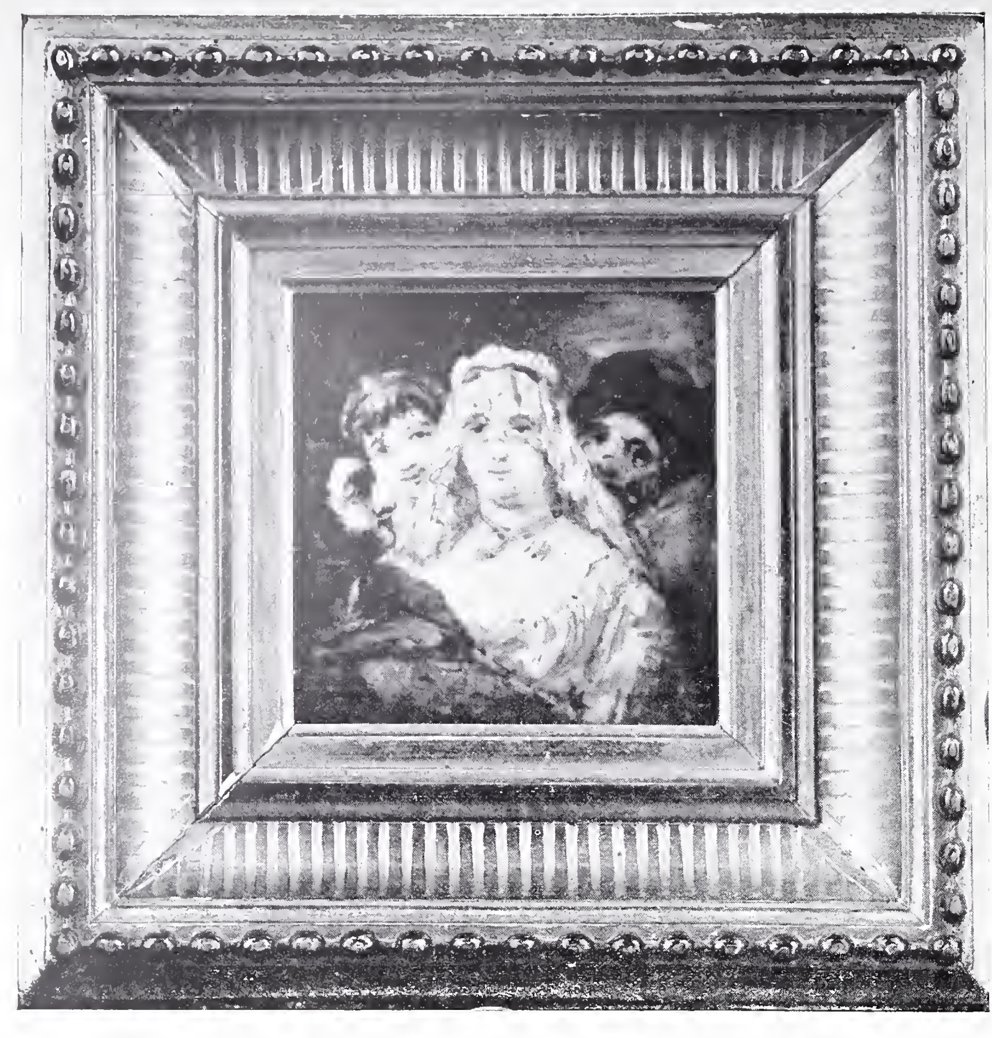
CUADROS DE COSTUMBRES

La misa en la cripta. (Propiedad de D. Emilio Cabot).—Magnífico boceto, estudio tal vez para alguna *Misa de parida,* que fué un tema favorito del autor. Este esbozo, donde resplandecen las más brillantes dotes del gran colorista, perteneció durante muchos años al ilustre pintor catalán, D. Benito Mercader, quien lo tenía en gran estima.

La cucaña. (Propiedad de D. Luis Quer.) — Esta pintoresca escena, variante de otras existentes en Madrid, procede de una colección de Zaragoza.

De un cuadro del mismo asunto, que el conde de La Viñaza cataloga con el número CXXIII, dice en su obra dedicada á Goya el expresado autor : « *La Cucaña.* Este

INTERIOR DE UNA CAPILLA



LA MAJA GALANTEADA. *(Pintura sobre marfil)*

placa y banda de Carlos III y la medalla de la Orden Militar de Santiago.»

D. Francisco de Cabarrús, conde de Cabarrús. (*) — El célebre ministro de Hacienda, como su amigo Múzquiz, aparece retratado de cuerpo entero y de tamaño del natural. Lleva en la mano un pliego en que se lee este epígrafe: *Memoria para la formación del Banco nacional de San Carlos*, de cuya institución fué el retratado, iniciador y fundador.

Este retrato y el anterior, su compañero, pertenecieron al profesor de Estética en la Escuela de Barcelona, D. Pablo Milá y Fontanals, quien, lo mismo que D. Claudio Lorenzale, los tenía en gran aprecio.

La Reina D.ª María Isabel, de Portugal, segunda mujer de Fernando VII. — Magnífica figura de medio cuerpo, perteneciente á la colección del Sr. Quer, representando en estado interesante á la infeliz reina, muerta de un ataque epiléptico en Diciembre de 1816.

objeto de divertimiento popular se ve en el primer término; más lejos la casa de un pueblecillo asentado sobre una roca y, en lontananza, azuladas montañas.»

Un aquelarre é Interior de una capilla. — Dos fantásticos cuadritos, ligeramente esbozados, que al parecer debieron de formar parte de la serie de caprichosos temas de este estilo que pintó Goya en 1798. (Pertenecen al Sr. Quer.)

La maja galanteada y La lectura de la carta.— Dos lindísimas miniaturas sobre marfil, procedentes de la colección Guadilla y hoy día pertenecientes al Sr. Cabot. Por la brillantez del color y lo brioso de la factura pueden atribuirse ambas pinturas á la mejor época del gran pintor aragonés.

RETRATOS

Don Miguel de Múzquiz, primer conde de Gausa. — Retrato de cuerpo entero y tamaño del natural que por su estilo acusa haber sido pintado cuando no había llegado todavía el insigne maestro á la plenitud de sus geniales facultades. Existe otro retrato de este personaje, pintado asimismo por Goya, del que dice en su obra el conde de La Viñaza que es « de medio cuerpo. Lleva en su mano derecha dos pliegos; su izquierda en el bolsillo, y sostiene el sombrero apuntado bajo el brazo. Viste casaca y chupa bordadas; camisa rizada y peluca. Al pecho la

Retrato de una petimetra. — La linda retratada sostiene con una mano sobre el pecho un ramo de rosas. El color es brillante y harmónico, el conjunto decorativo. Pertenece á la colección Cabot y procede de casa Solterra.

Retrato de un caballero catalán. — Ostenta una interesante cabeza, llena de caracter, y viste casacón blanco. En el dorso del cuadro se lee la siguiente inscripción: *Día 19 de Mars del any 1739 fou batejat D. Antón Ravella y Ordóñez y aquet son retrato fou fet en lo mes de Mars del any 1797. — Per Francisco Goya.*

Don Tadeo Deocampo, noble gaditano, y su señora. — Estos dos retratos de medio cuerpo, proceden de una casa de la nobleza, descendiente de los Deocampo. Pertenecen al Sr. Quer.

DIBUJO

Cazando una res.—Hermosa sanguine, probablemente estudio preparatorio para componer el agua fuerte n.º 2 del *Arte de lidiar los toros*, que se titula « Otro modo de cazar á pie. » Probablemente procede de la colección Carderera. Es inédita y pertenece á la colección Cabot.

(*) Por error material de copia, se ha puesto debajo de la reproducción de este retrato el nombre del CONDE DE FLORIDABLANCA.

Carta de un provinciano de antaño á un su amigo

Sr. D. Agustín de Pozas

TERUEL

Madrid á los 6 de Noviembre de 1795

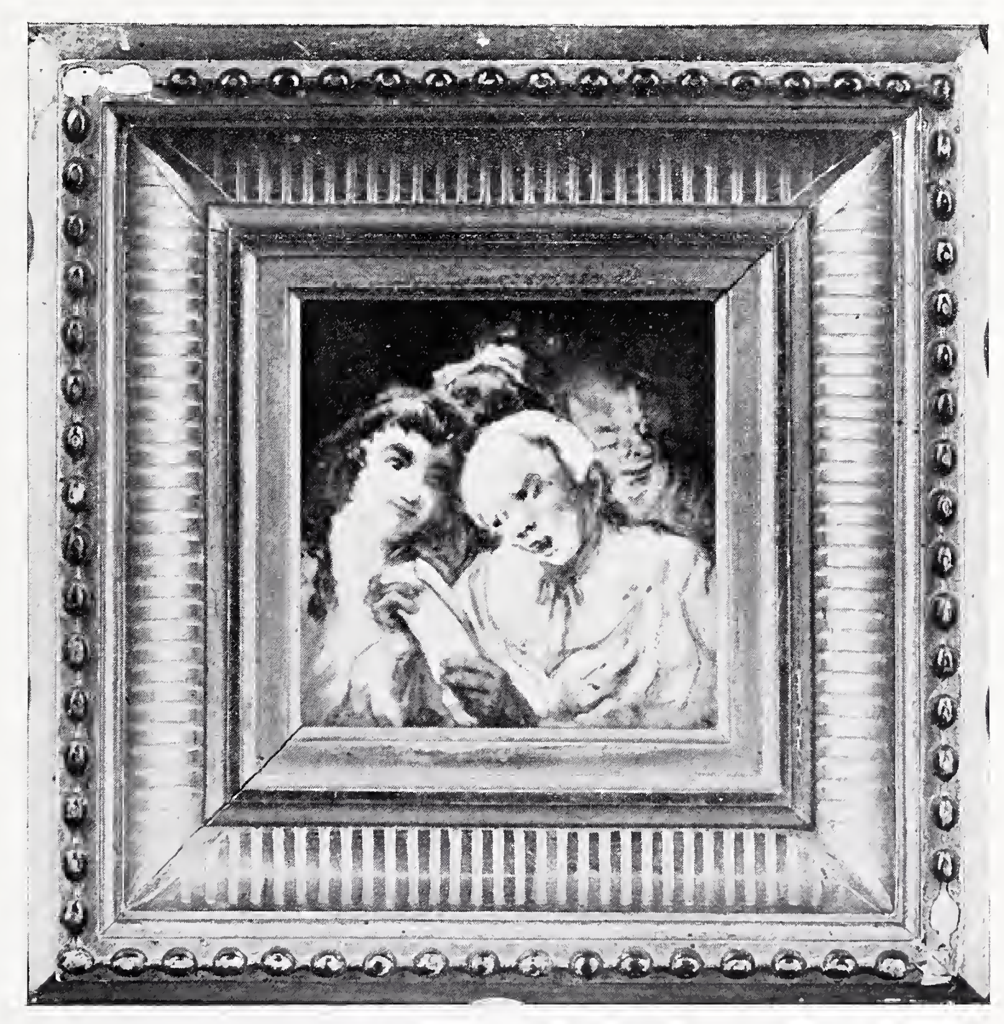
Mi estimado señor y amigo: Complaciome en extremo el tener noticia por la carta que tuvo á bien enviarme hace unos días, del perfecto estado de su salud, que deseo muy de veras, preserve el cielo de todo agravio. La mía no me da por ahora y dello doy muchas gracias á Dios, queja alguna, no obstante la muy asendereada vida que llevo desde que llegué á esta coronada villa, y que en nada se parece á la tranquila existencia que tenía acostumbrada en esa apacible ciudad de Teruel. Entre visitas y paseos y saraos y funciones de teatro y otras obligaciones inseparables de la vida cortesana, estoy que no paro un instante, pudiendo jurarle á V. que ha sido verdadero milagro el hallar hoy un rato desocupado que me permitiera consagrarme al grato deber de escribirle á V. la presente epístola.

En la que quiero referirle á V. que tan aficionado es á sucesos raros y peregrinos, uno muy digno de ser contado, del cual fuí anteanoche testigo y cuyo vivo recuerdo me tiene todavía el ánimo suspenso y el corazón entristecido.

Pues es el caso, mi estimadísimo D. Agustín, que al caer de la tarde de anteayer, recibí una esquela de Don Francisco Goya, diciéndome que á eso de las ocho fuera á su casa á buscarle, para irnos juntos á cierto sitio en donde habríamos de pasar un par de horas muy agradables. Usted ya bien sabe, pues se lo he dicho en mis dos anteriores cartas, cuan vivo y sincero afecto siento por el pintor insigne y paisano nuestro que con tanta cortesía y bondad me ha recibido y que á pesar de sus muchas ocupaciones ha querido ser mi piloto por esos mares cortesanos, guiándome por un lado y por otro, siendo mi mentor, mi acompañante y también introductor en los principales salones de Madrid. En los dos meses que aproximadamente llevo aquí de estancia, apenas si ha pasado un día sin que gozara del placer de verle y de hablarle, pudiendo jurarle á V. que si profeso apasionada admiración por el talento estupendo de Don Francisco, no es menor el respetuoso cariño que en mi despierta hombre tan bueno y tan hidalgo. No falta quien le odie y quien le tema, no perdiendo ocasión de zaherirle, siempre á espaldas suyas, por supuesto; pero tengo para mí que el que así piensa, siente y habla, pertenecerá á la numerosa grey de los hipócritas y majaderos con los cuales está á matar mi ilustre amigo.

Muy satisfecho del obsequio que me hacía, al llegar la hora de la cita fuíme á su casa en donde se reunían poco después hasta cuatro personas más, todas conocidas: un joven capitán de navío llamado D. Cosme de Churruca tan excelente é intrépido marino como sabio en matemáticas y astronomía, con licencia actualmente en esta corte; el conde de Benavente, gran amigo de Goya; el barón de Fesenzac, un emigrado francés y otro joven llamado D. Leandro Fernandez de Moratín, hijo de D. Nicolás y que promete conquistarse con el tiempo una fama tan merecida como la de su padre.

Cambiados los saludos y cumplidos de rigor, nos dijo D. Francisco que iba á conducirnos á una casa en donde podría disfrutar el barón francés de una función genuinamente española, conforme él había manifestado deseos de



LA LECTURA DE LA CARTA. *(Pintura sobre marfil)*

DON MIGUEL DE MÚZQUIZ

presenciar. Y en efecto, embozados en nuestras capas, pues la noche era bastante cruda, nos dirigimos todos al barrio de Lavapies y nos metimos en una casucha, con una sala ó como quiera llamársela, desmantelada y muy pobre de aspecto, pero asaz espaciosa, que estaba ya medio inundada por gentuza de aquella vecindad; hombres y mujeres, majos y majas; mal encarados y peor vestidos ellos; briosas ellas y luciendo sus mejores galas y más aun que sus galas la sal madrileña, las líneas provocadoras de sus cuerpos y el fuego de sus ojos. Los dueños de la casa recibieron muy rendidos á D. Francisco y agasajáronnos con las más corteses palabras que les dictó su tosca condición. Nos sentamos todos y empezó en seguida la fiesta, á la que no faltó nada para que el francés pudiese formarse cabal idea de lo que son en nuestra tierra los saraos de la plebe: al son de destempladas guitarras cantaron y bailaron ellos y ellas; hubo coplas y seguidillas y fandangos y todo cuanto es de rigor en una tertulia de candil. Reparé que al francés se le encendían las miradas y se le ponían de grana las mejillas, contemplando el bailar de aquellas mozas y en especial el de una que llaman la *Pintosilla*, morena de ojos negros y lucientes como brasas, de admirables y bien acusadas formas, que el movimiento de la danza hacía resaltar. Al marino, al de Benavente y á mi no nos tenía menos encandilados aquel cuadro tan propio de nuestra tierra; D. Francisco parecía estar en sus glorias, yendo de un lado á otro, hablando y alentando á toda la tunantería, requebrando á las muchachas y únicamente D. Leandro mostraba un rostro casi desdeñoso y un gesto displicente, cual si en vez de divertirle como á nosotros la escena, le causara aburrimiento. Lo cual me movió á preguntarle si es que se encontraba enfermo ó sufriendo de las muelas; respondióme que no, pero que sentía perder tan lastimosamente el tiempo y haber desperdiciado la ocasión de escuchar la lectura de una trajedia de un su amigo, en casa del conde de Togores. Oyó eso D. Francisco y dijo en tono irónico al señor de Moratín que no deplorase el suceso, pues se aprovecha mejor el tiempo viendo un baile de candil bueno, que oyendo una trajedia mala, como suelen serlo todas las que en España se escriben.

Para que la fiesta fuese todo lo lucida y bulliciosa, había dispuesto el amigo Goya que al dar las once se sirviese una buena cena de sardinas, torreznos y fritadas con sus escarolas y tostones, almendras, buñuelos, castañas y ojaldres; el todo acompañado de su correspondiente cantidad de vino; habíalo del tinto y del blanco, y bastante para emborrachar á medio Lavapiés. No quiera usted saber, amigo D. Agustín, como se puso la gente desde aquel momento; creció el jolgorio, calentáronse los cascos y llegó la zambra á tal punto que empezaba ya á temer no concluyera en batalla lo que empezara en diversión. Las voces abecerradas de los hombres semejaban á rugidos de fiera, las mujeres reían como locas ó chillaban como poseídas y si á un lado retozaban majos y manolas, á otro se enzarzaban y reñían machos con machos y hembras con hembras. No se como acabara aquello á no oirse de pronto dos formidables aldabadas que parecían querer echar la puerta á tierra y nos dejaron á todos silenciosos y suspensos.

Creímos en el primer momento que sería algun alcalde con su ronda que llegaba para atajar el escándalo y llevarse á la cárcel á cuantos allí estábamos. Fué el dueño de la casa á abrir y asomó un hombre alto, una especie de chispero, de semblante duro y hosco, que después de avanzar algunos pasos y de mirarnos con ojos iracundos, dijo con voz terrible; Parece mentira que tengáis toos

F. DOMINGO.—TIPOS DEL TIEMPO DE GOYA

tan poquísima vergüenza : valiente canalla sois toos para comer, beber, cantar y gritar, mientras el pobre está de cuerpo presente.

— ¿ Y quién es el que está como tu dices, de cuerpo presente, si se puede saber ? — preguntó no se quien, en medio del general silencio que aquellas palabras habían producido.

— ¡ Pues quien ha de ser — repuso el hombre con acento entre angustiado y colérico — sino nuestro amigo, nuestro bienhechor, nuestro padre !

Y añadió tras una breve pausa :

— ¡ Don Ramon ha muerto !

No puede V. figurarse, mi estimado D. Agustín, el efecto que causó entre aquella gente esa frase que para mi no tenía ningun sentido. Todos quedaron como petrificados y aturdidos : algunas de las mujeres rompieron en amargo llanto. Miré á D. Francisco y vi su rostro cubierto de palidez, contraerse bajo la expresión de un dolor profundo. El señor de Benavente y el de Moratín parecieron también hondamente consternados. El francés quedóse estupefacto y yo no lo estaba menos.

— ¡ Caballeros, se acabó la fiesta !... — dijo D. Francisco con voz alterada. — Á haber sospechado lo que pasaba no hubiese empezado.

Volvióse hacia el chispero y preguntóle :

— ¿ Sabes tú donde ha muerto ?

Hizo el hombre un gesto afirmativo.

En este caso vas á guiarnos á donde yace su cadaver. Andando, señores: vamos á rezar una oración junto á los restos del que fué nuestro amigo y á pedirle perdón de nuestro olvido.

Pusímonos en marcha y fué, en verdad, raro espectáculo el que daba aquella comitiva formada por tan opuestos componentes atravesando silenciosamente las calles oscuras y desiertas de la Corte. No se oía más rumor que el de nuestras pisadas y el de los suspiros y de los sollozos comprimidos de las mujeres. Por el camino encontramos á un alcalde seguido de su ronda que nos atajó el paso, para preguntar á donde se iba á tales horas. Don Francisco le contestó brevemente y al punto el alcalde y sus acompañantes se juntaron con nosotros. Entonces me puse al lado de Moratín y le pregunté el secreto de aquella tan inesperada expedición nocturna.

— ¿ Pues no acabáis de oir que ha muerto D. Ramon ? — dijome admirado el poeta.

— Sí : ¿ pero quien era ese D. Ramon ?

— D. Ramon de la Cruz.

Comprendí al punto el dolor de Goya y el de aquella pobre gente, para quien el ilustre muerto representaba algo más que el recuerdo de un gran escritor : había sido *su* poeta, su cantor, su amigo, su compañero, su bienhe-

DON TADEO DEOCAMPO

chor; había sido el hombre de alma noble, grande y generosa, el hombre bueno y afectuoso cuya mano estrechara tantas veces la mano del hijo de la plebe, cuya existencia se mezclara tan frecuentemente con la de los pobres, cuyo bolsillo estuvo siempre abierto á la indigencia y al sufrimiento.

Nos detuvimos á la puerta de una humildísima casita y penetramos todos, uno tras otro, en una tienda que alumbraba un mal velón: la tienda de un carpintero; de un mísero carpintero cuya extremada pobreza había proporcionado al insigne autor el último pedazo de pan y el ruin lecho en donde debía exhalar el postrero aliento.

Subimos una empinada escalera y nos encontramos en una estancia, donde todo revelaba la más desoladora penuria. En un rincón había una cama miserable y encima, el cuerpo rígido, semi tapado por una manta agujereada, del preclaro ingenio, cuyo nombre colocará sin duda la posteridad entre los más famosos de la República literaria. La macilenta claridad de dos cirios alumbraba aquel rostro exangüe, lívido, demacrado por los padecimientos y sobre el cual extendía ahora la muerte una expresión de majestuosa é infinita serenidad.

LA SEÑORA DE DEOCAMPO

Durante un buen rato no se oyó en el aposento más que el susurro de los rezos que entre-dientes murmurábamos los visitantes. Luego, D. Francisco, por cuyas mejillas resbalaban lentamente las lágrimas, se acercó al difunto y puso un piadoso ósculo en su frente amarillenta. Y tras él desfilaron todos rindiendo el postrero homenaje al gran poeta; y era de ver como aquellos hombres de pelo en pecho «capaces de echar con un suspiro una casa al suelo» y aquellas mozas bravías hincaban las dos rodillas en tierra y besaban llorando las manos yertas del que fuera Don Ramón de la Cruz. Y cuando nos fuímos, quedaron dos de las majas para velar junto al cadaver.

Ya en la calle tiró cada cual por su lado. Quedamos solo reunidos los que habíamos ido á la fiesta con Goya y no creo olvidar nunca el acento de amarga ira con que nuestro insigne paisano exclamó: ¡Vergüenza para este país que así abandona en la pobreza y deja perecer en la miseria á hombres como ese!... ¡Vergüenza para nosotros que así hemos olvidado y dejado morir á Ramon de la Cruz!

Tal es el suceso que quería á V. referirle y que todavía me tiene perturbado el espíritu y oprimido el corazón. Que Dios misericordioso le haya concedido al famoso y buenísimo sainetero un sitio en la gloria eterna y nos de á nosotros mucha vida para poder rezar por su alma. Y sin más por hoy, quedo siempre de V. entrañable amigo y humildísimo siervo que le besa las manos, *Facundo de Olivarría*

Por la copia conforme: Juan Buscón

CAZANDO UNA RES. — DIBUJO Á LA SANGUINE

¡VIVA MI AMO!

I

Por si lo ignoran ustedes,
soy el criado de Goya,
y á tal amo tal criado,
decimos en Calahorra.
Estudiaba para cura,
aprendí latín y solfa,
y el *Arsamandi*, de Ovidio,
puse en práctica y en nota.
Y en lugar de cantar misa,
fuí á cantar una histriona,
que me pagó tal fineza
con las mieles de su boca.
Fuí con ella á correr mundo,
pasé penas, gocé glorias;
fuí apuntador, cartelista
y cuidé de la tramoya.
Y harto de doña Julia
cojí la prosáica escoba,
y aquí me tienen ustedes
á las órdenes de Goya.
Vivo alegre, satisfecho,
sin pesares, sin zozobras,
corriendo mil aventuras
y andando de comilonas.
Si él asalta el camarin
de encopetada señora,
yo rondo la planta baja,
poniendo cerco á una moza.
Si él pasea en carretela
y en charolada carroza,
yo voy con majas de rumbo
á bailar en la Monclóa.
Si él es maestro en la esgrima,
yo lo soy en zurcir honras,
si él satiriza á un magnate
yo armo con todos camorra.
Si él es jacobino puro,
lo soy en diversas cosas;
si él se burla de los frailes,
yo guiño el ojo á las monjas.
Él cuida de su peluca,
yo cuido de su persona;
él se peina, yo le aliño,
él es Don Juan, yo su sombra.
Y tanto y tanto sus hechos
me entusiasman, me alborozan,
me enorgullecen, me encantan,
me cautivan, me enamoran:
que me pasara la vida
dando á conocer su historia,
la belleza de sus cuadros,
los portentos de sus obras,
sus *caprichos*, sus *retratos*,
sus conquistas amorosas,
sus duelos, genialidades,
la popular aureola
que por doquier le acompaña,
y constituye su gloria,
sus fiestas en la Florida,
en el Puerto, en la Paloma,
en la Fuente de la Teja
y en el Puente de Segovia,
todo cuanto constituye
el artista, la persona
de ese pintor genial
que por su talento asombra.

II

¡Cuántos lances y aventuras!
¡Cuánta peregrina historia
inventa todos los días
gente vaga y ociosa
respecto á mi ilustre amo
que admira la corte toda!
¡Oh! gradas del Mentidero
quien os tapara la boca!...
mentís como unas bellacas
y habláis á tontas y á locas.
¿Queréis saber de mi amo?
¿Queréis saber quien es Goya?
Preguntad al mundo entero,
de Fuen de Todos á Roma.
Y os dirán, que la nobleza
á todas horas le acosa,
para que pinte tapices,
ó retrate á sus personas;
que las damas de alta cuna
están por don Paco, bobas,
que la corte lo respeta
y mil regalos le otorga;
que la duquesita de Alba
en su estudio, á todas horas,
sirve de hermoso modelo
y lo tiene en alta honra;
que Leandro Moratín
murmura: ¡No hay otro Goya!
y habla de él con un respeto,
que á todos pasma y asombra;
que el gran Isidoro Máiquez
cifra su orgullo y su gloria,
en obtener un aplauso
de un pintor de tanta nota;
que don Manuel Quintana,
le lee sus bellas odas,
aquellos sublimes versos
que el alma al cielo remontan;
que don Ramon de la Cruz
alma espansiva, animosa,
le recita sus sainetes
y el buen Barbero sus trovas;
que aquí compuso García
el bolero *La Gazmoña*,
que es su creación más bella,
salada y jacarandosa;
que el dulcísimo Meléndez,
el cantor de las pastoras,
de tiernísimos idilios,
y de letrillas preciosas,
cuando deja Salamanca
en esta casa se aloja,
y echa en olvido á las charras
y á sus zagalas airosas;
que Cadalso, le confía
sus luchas y sus congojas;
que Godoy, con entusiasmo
habla de él á todas horas;
que los artistas le admiran;
que los sabios le interrogan;
que los diestros le acompañan;
que las bellas histrionas
le llaman su consejero
y le recitan las obras,
que han de poner en escena;
que gustan de él las mozas;
que las descocadas majas
que desdeñan y se mofan
del grave covachuelista,
que trisca, canta, alborota
con su chavó en la pradera
y pide... no se que cosas
de hinojos en la Almudena,
con la faz triste y llorosa,
pondría en su mano un cetro
y en su frente una corona;
que él es un hombre de bríos
de sangre neta, española,
que nadie le infunde miedo,
que nadie sus alas corta.
Que anduvo un día á la greña
con un bravo en Tarragona;
que dispersó á los cofrades
del rosario de la aurora,
una alborada de mayo,
en la ilustre Zaragoza;
que fué herido en noche oscura
bajo el balcón de una moza;
que las tapias de un convento
escaló una noche en Roma;
que enloqueció á una damita;
que retrató á cien manolas;
que es padre de veinte hijos;
que le idolatra su esposa,
á quien los reyes regalan
vagillas y ricas joyas,
que desearan para sí
damas que pisan alfombras.
Esta es la historia verídica
del pintor Don Paco Goya,
y no la que han inventado
lenguas torpes, venenosas,
por la mañana en el Prado,
por la tarde en la Monclóa.
Por eso con entusiasmo,
me constituyo en su sombra
y exclamo: ¡Viva mi amo!
y Dios prolongue sus horas.

Francisco Gras y Elías

EL BAILE DE SAN ANTONIO DE LA FLORIDA.—(TAPIZ)

Pasquas
Pedro de Yarza

Felices Pasquas: se las
desea á Vm muy de veras
¡O generoso Aragones! su fino
amigo

Fran.co Lay Glorias
ô de Goya

Francisco Diz

Pascuas
Julian Vaquero

Pasquas
Josef Zamora

El ultimo Congreg.te a los Pies
S.ta Maria

Pasquas y salud y salud
para fundar esta obra
pia Antonio Ferrer

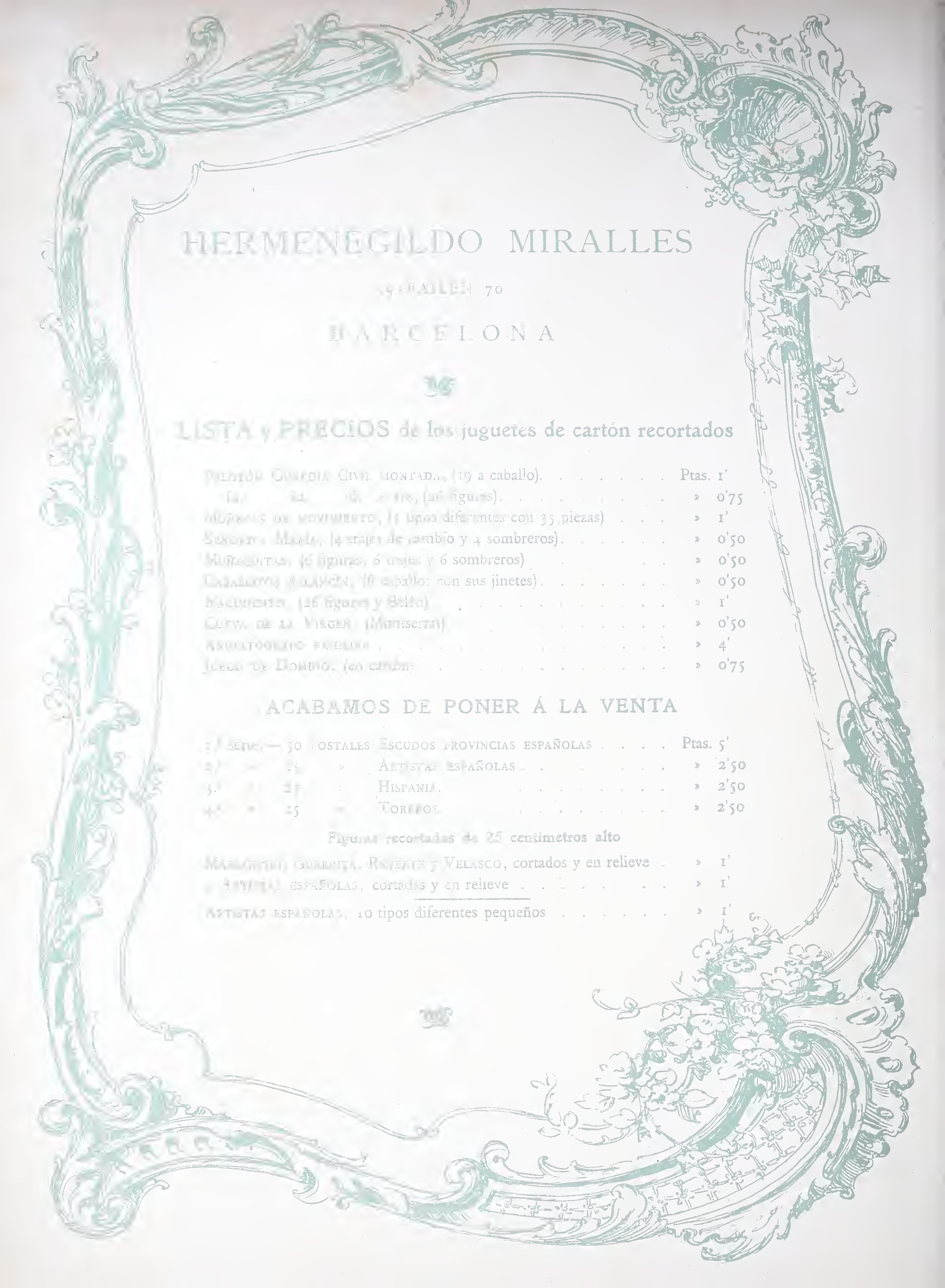
Pasquas: Pasado en el corralillo de
Muerte Tirmayre

Enter. en Verdad

Vicj Cosoriade

Todos Borrachos

El Rosette

Documento curioso, procedente de una colección de papeles íntimos de la familia Goya, donde aparecen las firmas del famoso pintor y de algunos de sus amigos, entre ellas la de Antonio Ferrer, puestas al pie de un mensaje de agradecimiento dirigido á Zapater, por haber este regalado á todos lo suficiente para celebrar con un banquete las fiestas de Pascua.

HERMENEGILDO MIRALLES

[illegible] Bailén 70

BARCELONA

LISTA y PRECIOS de los juguetes de cartón recortados

Pelotón Guardia Civil montada, (19 a caballo)	Ptas.	1'
Id. id. id. á pie, (26 figuras)	»	0'75
Muñecos de movimiento, (15 tipos diferentes con 35 piezas)	»	1'
Señorita María, (4 trajes de cambio y 4 sombreros)	»	0'50
Muñequitas, (6 figuras, 6 trajes y 6 sombreros)	»	0'50
Caballitos [illegible], (6 caballos con sus jinetes)	»	0'50
Nacimiento, (26 figuras y Belén)	»	1'
Cueva de la Virgen (Montserrat)	»	0'50
[illegible]	»	4'
Juego de Dominó, (en cartón)	»	0'75

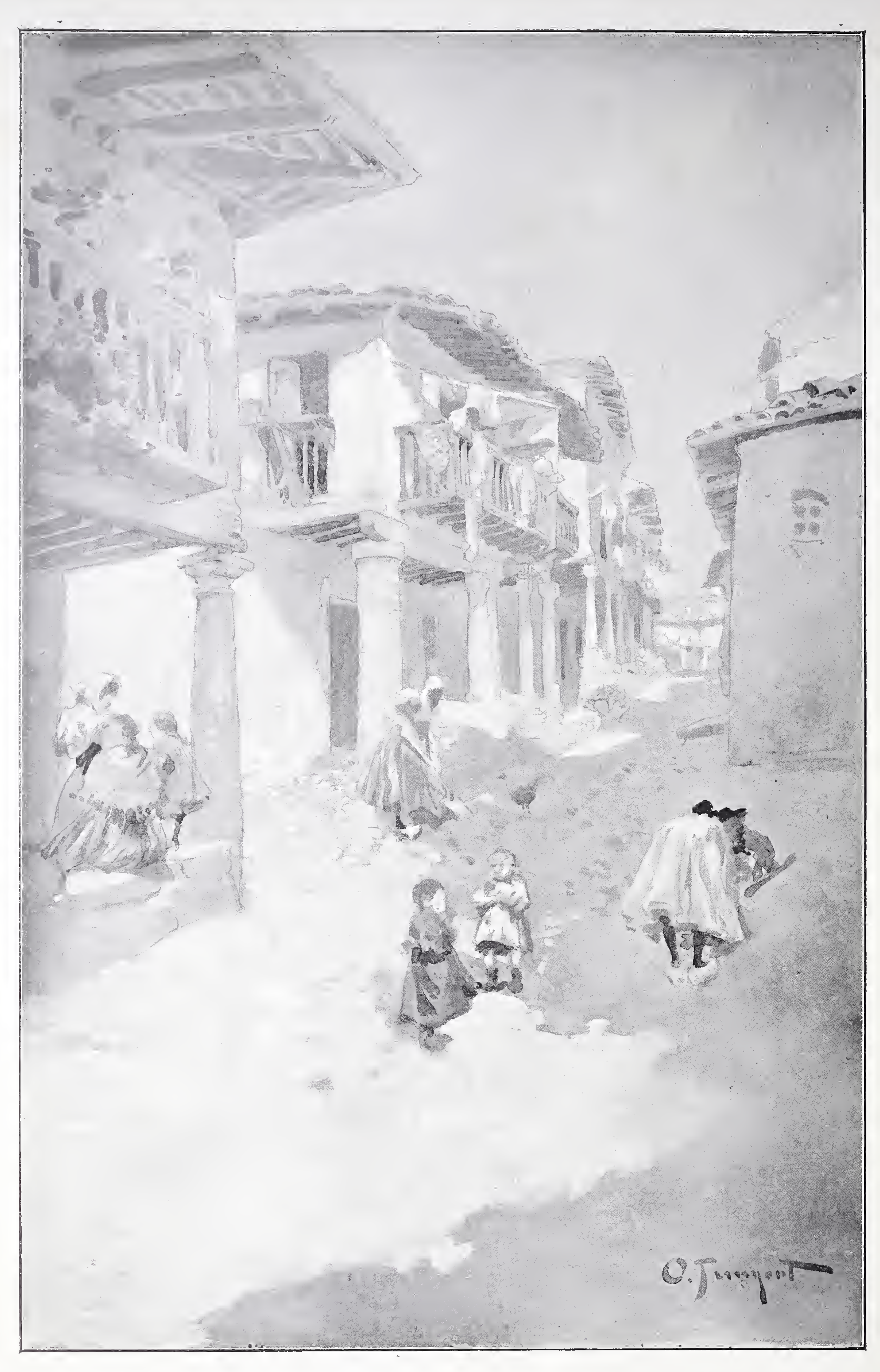
ACABAMOS DE PONER Á LA VENTA

1.ª serie.— 50 postales Escudos provincias españolas	Ptas.	5'
2.ª — 25 » Artistas españolas	»	2'50
3.ª — 25 » Hispania	»	2'50
4.ª — 25 » Toreros	»	2'50

Figuras recortadas de 25 centimetros alto

Machaquito, Guerrita, Reverte y Velasco, cortados y en relieve	»	1'
6 Artistas españolas, cortadas y en relieve	»	1'
Artistas españolas, 10 tipos diferentes pequeños	»	1'

HISPANIA
.º 32.-15 JUNIO 1900
HERMENEGILDO MIRALLES.-BARCELONA



O. JUNYENT.—UNA CALLE DE AVILÉS. ASTURIAS

CORPUS CHRISTI

Lejos, muy lejos de mi ánimo — y así lo declaro ante Dios y ante los hombres — el querer entregarme á comparaciones irreverentes. Pero ello es, que á la octava de Corpus le pasa lo que á los tres días del Carnaval: en el espacio de algunos años ha ido desmereciendo paulatinamente, pero por manera tan lastimosa, que no es ya ni sombra de lo que fué.

La Iglesia continua solemnizando, en el interior de los templos, la memorable festividad con las mismas ceremonias, con la misma augusta majestad y la propia esplendidez de antaño. Pero el Corpus popular, digámoslo así, el Corpus que durante ocho tardes se enseñoreaba de la ciudad barcelonesa, á un tiempo fervoroso y alegre, exuberante de bullicio, de riqueza, de elegancia, de mundana fastuosidad y de religiosa grandeza, ese ha entrado, año tras año, en período de plena decadencia.

¿ Hay que atribuir esta á la ley perenne é inevitable de la transformación que poco á poco altera y modifica tan profundamente las más viejas costumbres, como agrieta las más sólidas y antiguas instituciones ? Claro que ese factor de incesante evolución humana ha contribuído poderosamente á que el Corpus de hoy no sea — en lo que á su espectáculo exterior se refiere — lo que era en épocas no muy lejanas todavía: pero entiendo que es principalmente resultado tal decadencia del desarrollo prodigioso que ha adquirido nuestra ciudad de un cuarto de siglo acá. Barcelona ensanchándose en proporciones enormes ha tomado todos los vuelos y todo el aspecto de una gran capital europea; pero ha ido perdiendo, en cambio, el ambiente de intimidad en que antes vivían sus habitantes y que al propio tiempo que facilitaba, perpetuaba ciertas expansiones tradicionales como las del Carnaval ó ciertas festividades religioso-populares cual la de las procesiones de Corpus. Y preciso es confesar que si el Carnaval ha degenerado hasta convertirse en ruín y grotesca ruína, la procesional Octava del Corpus ha perdido las cuatro quintas partes del esplendor y de la magnificencia que en días pasados revestía.

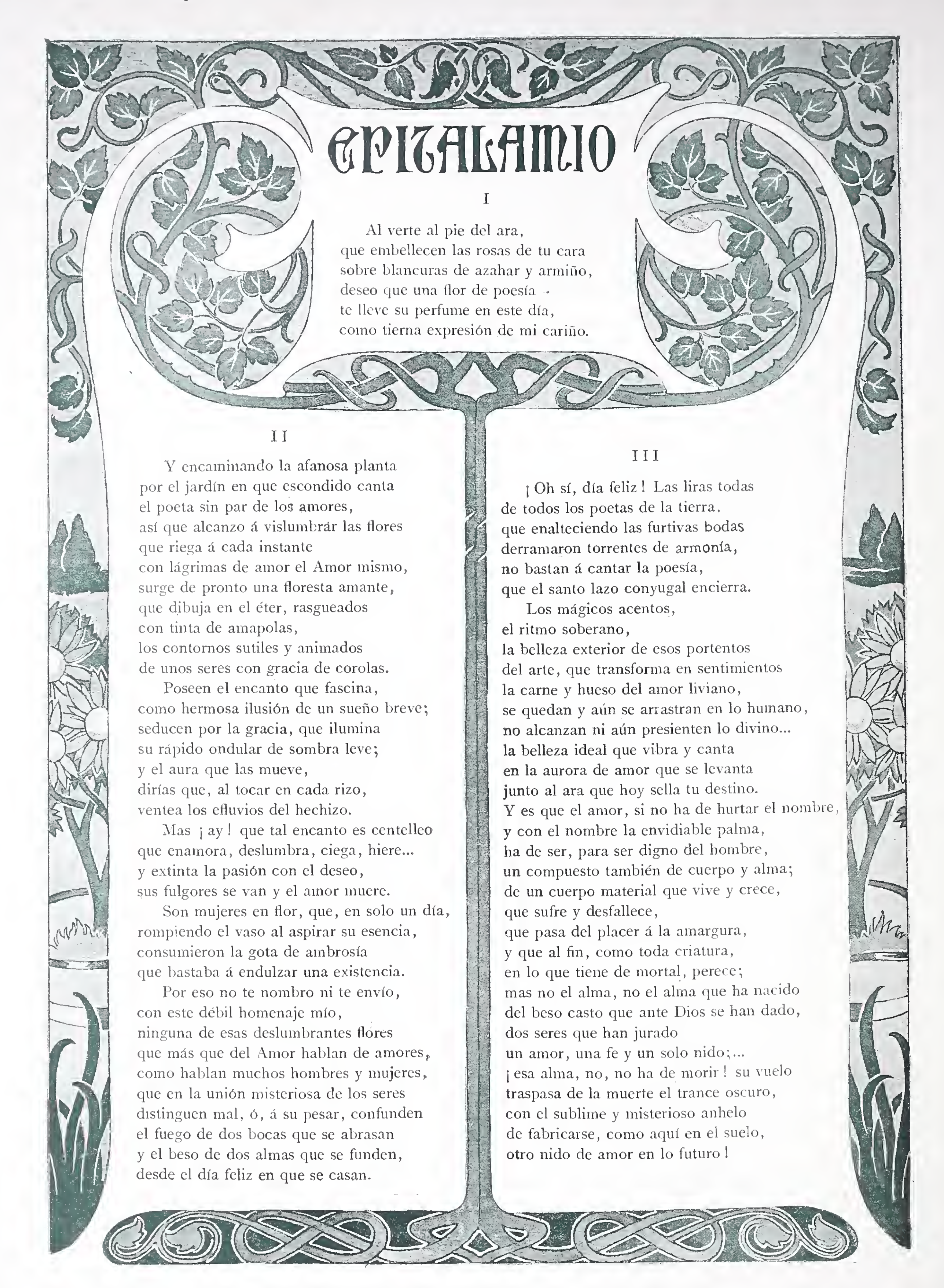
Recuerdos de mi niñez y de mi adolescencia — que remotos ¡ ay ! me parecen uno y otra — evocan en mi mente la imagen de la que era aquella inolvidable Octava. De jueves á jueves, durante ocho tardes consecutivas, convertíase Barcelona en alegre, suntuoso y animadísimo escenario, por donde las procesiones desfilaban con toda la pompa que el Catolicismo ha sabido imprimir á sus ceremonias. De las diez y seis parroquias que entonces había en nuestra urbe, rara era la que no celebraba su procesión correspondiente, esforzándose cada una en rivalizar con las otras, estableciéndose ciertas competencias que naturalmente influían en el lucimiento y brillantez del acto. Los respectivos organizadores esforzábanse en poder reunir el mayor número de músicas — circunstancia esencialísima y de gran efecto en el espíritu público — de corporaciones de distinta índole y como en cada procesión había lo que se llamaba el pendón principal que se confería á persona de arraigo y de posición social reconocida, ponía éste singular empeño en reclutar el mayor número de acompañantes, condición *sine qua non* para desempeñar un papel airoso. Y el triunfo del pendonista era completo, si á un lucido acompañamiento podía unir dos músicas en vez de una y ofrecer á sus huestes un opíparo refresco en su domicilio, al concluir la ceremonia.

Cómo el número de parroquias doblaba el de los días consagrados al Corpus, había tardes en que se celebraban dos y hasta tres procesiones; y era de ver el espectáculo que presentaba Barcelona durante la hermosa Octava; espectáculo singularmente típico en las más antiguas calles de la ciudad, estrechas, tortuosas, de vetustos edificios, engalanados de arriba abajo de vistosas y multicolores colgaduras, de ricos damascos ó de modestas telas; y en cuyos balcones, como en las aceras se agolpaba una multitud ataviada con lo mejorcito de la cómoda. ¡Y qué derroche de gracia y de hermosura en aquella esplendorosa colección de mujeres cuyos trajes de gasa y de seda ponían alegres matices de azul, blanco y rosa, produciendo la más fantástica sinfonía de color al mezclarse con las entonaciones de las colgaduras y al cambiante resplandor arrojado por los cirios y los hachones de los procesionantes !... Y que indiscutible sensación de arte profano y religioso á la par, se desprendía de aquel cuadro de bullicio y de recogimiento, en medio de aquella atmósfera impregnada de incienso y del perfume de las flores, de místicos rezos y de harmonías musicales, de dorados fulgores, de efectos prodigiosos de luz y sombra!

De aquellos antiguos esplendores no van quedando ya más que contados vestigios. Una de las notas características del Corpus que fué, ha casi desaparecido. Refiérome á los *Gigantes*, corporación antes nutrida y respetable, representada hoy tan solo por *l'Hereu* y la *Pubilla*. En mi infancia, conocí personalmente á diez ó doce de tan eminentes próceres. Recuerdo como si se tratara de ayer, á las dos parejas del Pino; á la «moruna» de Santa María del Mar; á la de los Santos Justo y Pastor; á la de San Pablo ó de San Pedro. Recuerdo también que un año, en no se que procesión, figuraron todos los gigantes de Barcelona: fué una cosa soberbia, electrizante, segun testimonio unánime de los rapaces de mi generación: aquel largo cortejo de colosales figurones lujosamente engalanados con sus talares vestimentas, desfilando lenta, majestuosamente, ó bailando con regia gravedad, bajo un diluvio de flores de retama, al son de tamboriles y caramillo y al acompasado golpear de las *trampas*, formaba en verdad, uno de esos cuadros inolvidables, imponentes, capaces de impresionar el corazón del chico más desengañado.

Hoy no queda ya más que la pareja municipal. Decididamente estamos en plena decadencia.

Un viejo barcelonés



EPITALAMIO

I

Al verte al pie del ara,
que embellecen las rosas de tu cara
sobre blancuras de azahar y armiño,
deseo que una flor de poesía
te lleve su perfume en este día,
como tierna expresión de mi cariño.

II

Y encaminando la afanosa planta
por el jardín en que escondido canta
el poeta sin par de los amores,
así que alcanzo á vislumbrár las flores
que riega á cada instante
con lágrimas de amor el Amor mismo,
surge de pronto una floresta amante,
que dibuja en el éter, rasgueados
con tinta de amapolas,
los contornos sutiles y animados
de unos seres con gracia de corolas.
Poseen el encanto que fascina,
como hermosa ilusión de un sueño breve;
seducen por la gracia, que ilumina
su rápido ondular de sombra leve;
y el aura que las mueve,
dirías que, al tocar en cada rizo,
ventea los efluvios del hechizo.
Mas ¡ ay ! que tal encanto es centelleo
que enamora, deslumbra, ciega, hiere...
y extinta la pasión con el deseo,
sus fulgores se van y el amor muere.
Son mujeres en flor, que, en solo un día,
rompiendo el vaso al aspirar su esencia,
consumieron la gota de ambrosía
que bastaba á endulzar una existencia.
Por eso no te nombro ni te envío,
con este débil homenaje mío,
ninguna de esas deslumbrantes flores
que más que del Amor hablan de amores,
como hablan muchos hombres y mujeres,
que en la unión misteriosa de los seres
distinguen mal, ó, á su pesar, confunden
el fuego de dos bocas que se abrasan
y el beso de dos almas que se funden,
desde el día feliz en que se casan.

III

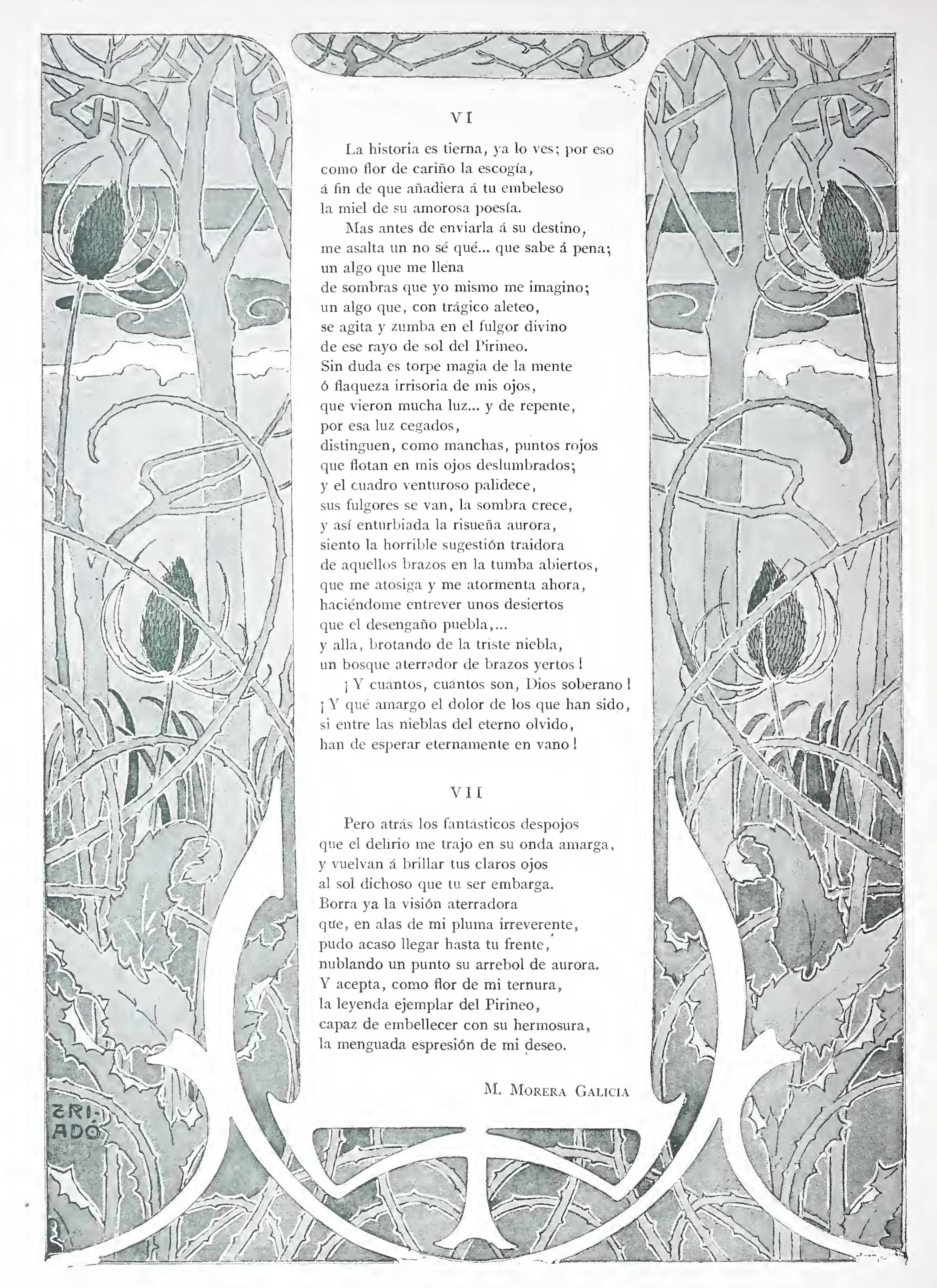
¡ Oh sí, día feliz ! Las liras todas
de todos los poetas de la tierra,
que enalteciendo las furtivas bodas
derramaron torrentes de armonía,
no bastan á cantar la poesía,
que el santo lazo conyugal encierra.
Los mágicos acentos,
el ritmo soberano,
la belleza exterior de esos portentos
del arte, que transforma en sentimientos
la carne y hueso del amor liviano,
se quedan y aún se arrastran en lo humano,
no alcanzan ni aún presienten lo divino...
la belleza ideal que vibra y canta
en la aurora de amor que se levanta
junto al ara que hoy sella tu destino.
Y es que el amor, si no ha de hurtar el nombre,
y con el nombre la envidiable palma,
ha de ser, para ser digno del hombre,
un compuesto también de cuerpo y alma;
de un cuerpo material que vive y crece,
que sufre y desfallece,
que pasa del placer á la amargura,
y que al fin, como toda criatura,
en lo que tiene de mortal, perece;
mas no el alma, no el alma que ha nacido
del beso casto que ante Dios se han dado,
dos seres que han jurado
un amor, una fe y un solo nido;...
¡ esa alma, no, no ha de morir ! su vuelo
traspasa de la muerte el trance oscuro,
con el sublime y misterioso anhelo
de fabricarse, como aquí en el suelo,
otro nido de amor en lo futuro !

IV

Ya sé que emocionada y temblorosa
ante esas lejanías sonrientes,
vuelves al cielo la mirada hermosa
con ansia de saber si esto que sientes
será mentira ó realidad dichosa.
Y á eso,... á darte fe, á eso no alcanza
mi pobre poesía;
mas si tu me creyeses, te diría
que ames mucho y que tengas esperanza,
pues así lo aprendí de un libro viejo
que relataba una vetusta historia,
sabrosa y dulce como un buen consejo
de esos que saben, como el mío, á gloria.

V

La historia ya verás que es muy sencilla.
Dos lugareños son los héroes de ella:
Hilario brilla por buen hombre, y brilla
más por dulce su esposa, que por bella.
Unidos y al amor del Pirineo,
que de sus nieves la pureza toma,
ni se curan del César, ni el deseo
sienten siquiera de saber si hay Roma.
Y unidos por el alma y sonrientes,
al mútuo influjo de su amor, realizan
la imagen sugestiva de dos fuentes
que juntas por un lecho se deslizan.
Mas todo ha de acabar, y acaban ellos
por advertir que es la postrer nevada,
la que brilla temblando en sus cabellos
con fulgores de nieve inmaculada.
Y al sentir que es ya frío de sudario
el que le anuncia su cercana muerte,
con gesto patriarcal, el buen Hilario,
á sus deudos les hàbla de esta suerte:
« Labrad en el jardín mi sepultura,
y allí, junto á vosotros, escondido,
hasta el sueño mortal se me figura
que ha de ser un buen sueño proseguido.»
« Mas, sobre todo, disponed la fosa
con sitio para dos... ¿ Oís ? Lo quiero. »
Y besando en los ojos á su esposa,
« ¡ Adios — le dice — adios !... ¡ Allí te espero ! »
Muere; y á poco, á la solemne cita
acudiendo la amante compañera,
murmura con temblor la viejecita
« ¡ Ya sabéis... Ya sabéis dónde me espera !!
Y así piadosamente lo ejecutan;
mas ¡ oh prodigio ! al levantar la losa
que á Hilario cubre, de estupor se inmutan
cuantos se acercan á mirar la fosa.
Donde aparecen los despojos yertos
del fiel amante que en la tumba espera,
y aguardando á su dulce compañera,
los brazos yergue con amor abiertos !



VI

La historia es tierna, ya lo ves; por eso
como flor de cariño la escogía,
á fin de que añadiera á tu embeleso
la miel de su amorosa poesía.
Mas antes de enviarla á su destino,
me asalta un no sé qué... que sabe á pena;
un algo que me llena
de sombras que yo mismo me imagino;
un algo que, con trágico aleteo,
se agita y zumba en el fulgor divino
de ese rayo de sol del Pirineo.
Sin duda es torpe magia de la mente
ó flaqueza irrisoria de mis ojos,
que vieron mucha luz... y de repente,
por esa luz cegados,
distinguen, como manchas, puntos rojos
que flotan en mis ojos deslumbrados;
y el cuadro venturoso palidece,
sus fulgores se van, la sombra crece,
y así enturbiada la risueña aurora,
siento la horrible sugestión traidora
de aquellos brazos en la tumba abiertos,
que me atosiga y me atormenta ahora,
haciéndome entrever unos desiertos
que el desengaño puebla,...
y allá, brotando de la triste niebla,
un bosque aterrador de brazos yertos!
¡ Y cuántos, cuántos son, Dios soberano!
¡ Y qué amargo el dolor de los que han sido,
si entre las nieblas del eterno olvido,
han de esperar eternamente en vano!

VII

Pero atrás los fantásticos despojos
que el delirio me trajo en su onda amarga,
y vuelvan á brillar tus claros ojos
al sol dichoso que tu ser embarga.
Borra ya la visión aterradora
que, en alas de mi pluma irreverente,
pudo acaso llegar hasta tu frente,
nublando un punto su arrebol de aurora.
Y acepta, como flor de mi ternura,
la leyenda ejemplar del Pirineo,
capaz de embellecer con su hermosura,
la menguada espresión de mi deseo.

M. Morera Galicia

CUENTOS LONDINENSES

LOS TRIUNFOS DE FLORA

Hay en Fog Lane, calle silenciosa que desde King's Road desciende hacia el Támesis, una casa que se distingue de las demás por su aspecto risueño y coquetón: sepárala de la acera un jardín minúsculo plantado de aligustres, acebos y rosales, y es de ver la clemátide pomposa que invade la verja, trepa por los hierros y se derrama por fuera: la sucia fachada de ladrillo desaparece en gran parte debajo de una hiedra amorosa que se encarama hasta el desván, rodea las ventanas y realza sus alféizares adornados de macetas.

Minutos antes de las nueve, en el ocaso de un día de Julio, de uno de aquellos días valientes que en los países septentrionales parecen no querer rendirse al imperio de la noche, cuando todavía quedaba en la calle la luz cenicienta del crepúsculo, se iluminaron de pronto los balcones del primer piso y, filtrándose al través de las persianas japonesas, salió un barullo de voces, juntamente con el alegre chorro de notas de una tanda de Waldteufel. Era el *at home* de la sin par Flora White, la inimitable bailarina que volvía loco á medio Londres, de la feliz poseedora de un arte único, revelado con exquisita delicadeza, ante los ojos pasmados de miles y miles de entusiastas.

Miss Alma Reiss, la notable violinista, llegó en aquel punto á la verja y tiró del timbre. Al atento saludo del lacayo contestó con un *good evening* benévolo y, ágilmente, subió la alfombrada escalera y penetró en el salón. Su presencia fué recibida con cariñosas demostraciones y, cuando hubo saludado á todos los que le daban la bienvenida, fué á tomar asiento al lado de un jovencito pulcro, de suaves ojos azules, que galantemente la ofrecía una silla.

El salón era algo reducido, pero estaba alhajado con mucho primor, con el buen gusto que muestran los ingleses en la decoración de sus moradas. Las tazas de te circulaban de mano en mano, servidas por una doncella vestidita de negro, con gorra, delantal y puños blancos, mientras dos señoritas ofrecían los aditamentos de la clásica bebida: una la nata y la leche, otra las pastas y bizcochos, con la finura insinuante que es tan natural en las hospitalarias damas sajonas.

Ocupaba el taburete del piano una deliciosa rubia, una adolescente de cuello nacarino que con fácil precisión recorría el teclado, haciendo brotar una nueva melodía de las últimas notas del *morendo* anterior, engarzando en complicadas armonías las frases del tema, jugueteando en los tiples con arpegios cristalinos y en los bajos con resonancias corales, mientras mandaba una sonrisa ingénua, casi filial, á un viejo verde correctamente embutido en su frac, el cual viejo sonreía también, remozado, enseñando aquellos dientes británicos, tan grandes como limpios, hechos á roer cosas buenas. Las manchas lila, rosa y salmón de los vestidos de las damas alternaban con las negras y escuetas de los trajes masculinos y oscurecían aun más el verde musgo de la sillería y de la alfombra.

Sentada en el sofá, luciendo un rico delantero de encaje de Malinas, Flora sostenía la taza en una mano y se miraba distraída las puntas de los pies, de aquellos famosos pies con los que se había compuesto tanto verso, tanta variedad de rimas, ahora quietecitos y contenidos en sus estuches de raso blanco. Cerca de ella, en una butaca, un mocetón blancote y taciturno se miraba atentamente las manos, con los labios fruncidos por debajo del bigotazo rubio.

La niña tocaba un vals tras otro, como si le hubiesen dado cuerda, con gran contentamiento de los tertulios que no le prestaban atención alguna, engolfados en discutir entre el vapor de las tazas, una infinidad de cuestiones delicadas ó curiosas: dos caballeros afeitados como actores desplegaban en su coloquio gran lujo de ademanes teatrales y, sin duda por hábito escénico, alzaban el bordón de sus voces por encima del murmullo general, hasta hermanarlas con los acentos graves del piano.

Miss Alma sostenía una conversación muy animada con el jovencito inexperto, recien llegado de Sidney, que por haber visto bailar dos noches á Flora se había hecho presentar en su casa. Miraba el pollito con idólatra admiración á la bailarina, cuando la violinista le hizo notar que Barlow y Betsy estaban de monos.

— ¿ Quién es Barlow ? — preguntó el joven.

—El caballero de bigote rubio que está al lado de Betsy.

—¿Quién es Betsy ? — tornó á preguntar el novicio.

Miss Alma se sonrió y, comprendiendo que su vecino no estaba en antecedentes, acercó más á la del jovencito su cara de avecilla picotera, para que con el barullo no se perdiese un ápice de la historia.

—Flora no es tal Flora; su verdadero nombre es Betsy Phelps y yo he conocido á los Phelps cuando vivían en el Strand. Su padre murió del pecho, hace pocos años. ¡ Pobre señor ! ¡ Era tan retraído, tan melancólico ! Aun me parece que le veo con su barba gris rizada, los ojos tristes y la pipa en la boca.

— ¿ No llegó á ver bailar á su hija ?

— No hubiera ido á verla. Era muy raro. Por otra parte, la celebridad de Betsy ha sido una sorpresa hasta para los que la conocimos en su niñez. Cuando tenía diez años era una de tantas personitas esbeltas y airosas como se ven por las calles de Londres y por los parques.

—¡Oh!—interrumpió el pollo—comprendo. La finura, la distinción...

—Sí, y el desparpajo. Verá usted: una prima de la señora Phelps, que es actriz, se prendó de la chiquilla y convenció á la madre de que en el arte escénico había un porvenir para Betsy: ella se encargaba de recomendarla á su empresario y de enseñarle la declamación.

— ¿ En tan tierna edad ?

— Precisamente por eso. Estaban entonces en favor los dramas con protagonista infantil y Betsy debutó con el papel de Oliverio Twist en la obra de Dickens.

— Estaría monísima — exclamó el joven mirando con el rabillo del ojo á la bailarina.

— Estuvo inocente y nada más — declaró la violinista. Y lo peor fué que Mr. Phelps se opuso tenazmente á que continuase aquello; aunque pobre, era de buena familia, chapado á la antigua, y no quería que su apellido rodase por los escenarios de Londres. Con gran trabajo se obtuvo al fin su consentimiento, pero Betsy adoptó en adelante el nombre de Flora White y con él firma hoy hasta las cartas íntimas.

— Es curioso; de veras, es muy curioso.

— Flora desempeñó durante algunos años papeles de huérfana y de hija natural en muchos melodramas, lloró abandonos fingidos y fué besuqueada entre sollozos por todos nuestros grandes actores. Pero su niñez no podía ser eterna y en la edad en que las otras niñas salen del colegio, Flora salió del teatro para encerrarse en esta casita.

—Ya; la crisálida quería labrar su capullo en la sombra.

— En realidad, Flora es una mariposa; convengo en este concepto poético.

— Flora se asemeja á todo lo que vuela: es un pájaro.

— Despacito: en todo caso es un pájaro mudo.

— Al verla andar—exclamó el joven con calor—parece que condesciende en pisar el suelo por no llamar la atención, pero que la ley de la gravedad no reza con ella. ¿ Tendrá alas ?

— Eso no está bien averiguado — contestó Miss Alma, divertida con el entusiasmo del principiante.

— ¿ Y qué tiene que ver con Flora ese Mr. Barlow ?

— Mr. Barlow es un buen chico, irresoluto y enamorado, hijo de un opulento minero de Cornwall. Es el novio oficial de Flora, pero hace ya dos años que la tiene entretenida, esclava de sus celos, y hace como el perro del hortelano. Si hubiera dado conmigo, no le hubiera aguantado tanto.

— Pero ¿de veras? ¿Trata de casarse con ella Mr. Barlow ?

— Vaya usted y pregúnteselo — contestó la violinista con una carcajada.

El jovencito se quedó mirando á la bailarina, algo corrido. La tenía delante, podía contemplarla á su sabor. Veíala en un nimbo de luz gloriosa, escurridiza como una

anguila, inaccesible. Aquella era la mujer maravillosa tan ensalzada, la hija del aire á quien tanto deseaba conocer desde que vió su retrato en Australia.

En efecto, á los dieciocho años, en la plenitud de sus facultades, Flora apareció como un meteoro luminoso en la escena de Gaiety Theatre, acontecimiento que produjo un entusiasmo rayano en la adoración. Los comentadores de la flema británica no saben que Flora White fué la notabilidad del día, el asunto de todas las conversaciones, la envidia de las mujeres, una cosa más que no podía dejar de ver el extranjero, un fenómeno, una semidiosa, el ídolo del pueblo. Se la disputaban los empresarios, el oro entraba á chorros en la casita de Fog Lane; nobles y banqueros aspiraban á su mano; toda la prensa la elogiaba; todos los teatros eran pequeños para su público; todas las calles eran estrechas, si á ella se le antojaba salir á pie.

Y este prodigio se mantuvo durante años, porque Flora era un compendio de lo mejor que la naturaleza encierra: juventud, gracia, virginidad y hermosura. Todas las noches se recibía su aparición con el mismo júbilo y clamoroso aplauso. No era una bailarina como las otras; suprimió el descote, desechó el faldellín y la malla é inventó un estilo arrebatador sin picardías, un culebreo lindísimo sin descaro; *no kicking up*. Tenía del cisne la elegancia de la forma y la elasticidad del movimiento, y del caballo algo del hermoso meneo de los remos; había tomado al jaguar la flexibilidad del tronco y la suavidad del paso y encerraba tanta excelencia dentro del contorno de una bayadera blanca y rubia. Su popularidad era inmensa: en una ocasión se torció el tobillo y esta noticia fatal recorrió los continentes y los mares á lo largo de miles de leguas de alambre.

* * *

La precoz pianista agotó al fin la rica vena de la tanda de Waldteufel y todas las conversaciones cesaron para elogiar la música que nadie había escuchado. Uno de los cómicos puso entonces sobre el tapete la discusión de un hecho reciente que tenía escandalizado á Londres: se anunciaba la boda de Miss X***, tiple de zarzuela muy conocida de muchos, con un chico de la flor de la aristocracia.

— Á propósito — dijo Flora, entrando de repente en la plática: tengo que dar á ustedes una noticia estupenda; abran bien los oídos que allá va la bomba.

— Á ver, á ver — dijeron algunos.

Barlow seguía mirándose las manos con el bigotazo fruncido.

— Allá va — dijo Flora como si echase á volar algo con la mano. Sepan ustedes que me caso la semana que viene.

Barlow frunció, además, el entrecejo.

— ¿Pero con quien? — preguntó Miss Alma.

— Ayer noche, en el último entreacto, recibí á un mismo tiempo dos proposiciones. Si doy mi mano á Mr. Jewson, voy á tener por hijastra á la mujer más bonita del Reino Unido; pero si me caso con Sir Robert Lackbrains seré la primera bailarina de la nobleza.

Y volvió la vista hacia Barlow. Éste, viéndose en evidencia, tomó súbitamente por el atajo y, no sin habilidad, desarrugó el entrecejo y el bigote.

— No hagan ustedes caso de esta loquilla; aunque sea muy cierto que se casa la semana que viene.

— ¿Pero con quien? — volvió á preguntar Miss Alma.

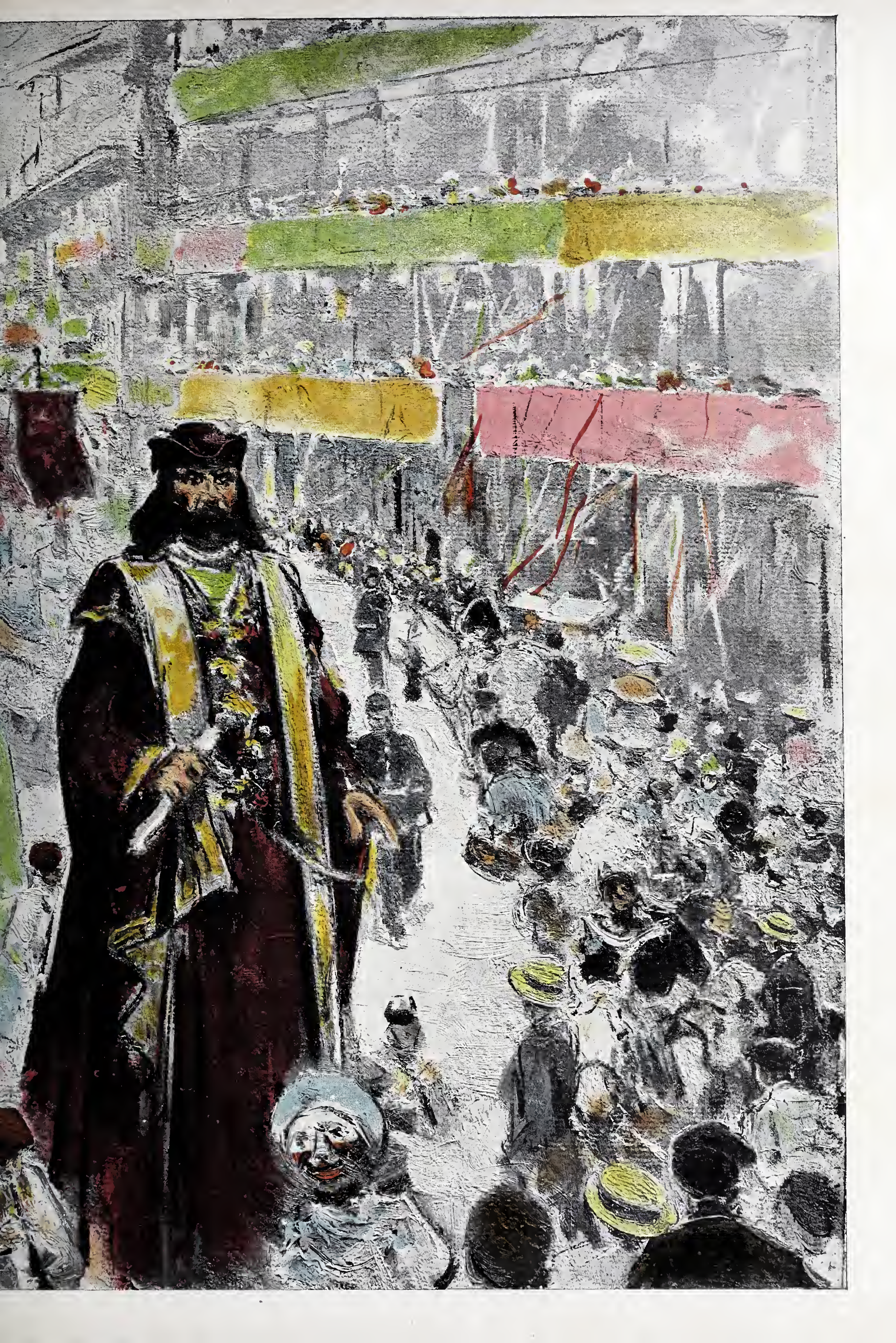
— Conmigo, naturalmente; — respondió Barlow encogiéndose de hombros.

Un aplauso unánime resonó en el salón, mientras Flora tendía la mano al héroe y le envolvía en una mirada indescriptible de amor alborozado y victorioso.

Manuel Lassala

Ilustración de L. Bonnin

EL CORPUS EN BARCELONA.—L'HEREU Y LA PUBILLA.—POR A. MAS Y FONDEVI



DIBUJO DE D. BAIXERAS

DIBUJOS DE JOSE LLIMONA

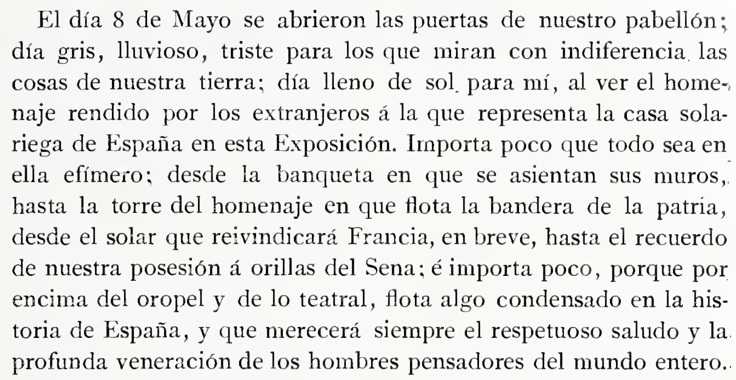
DIBUJO DE MAS Y FONDEVILA

CRÓNICA

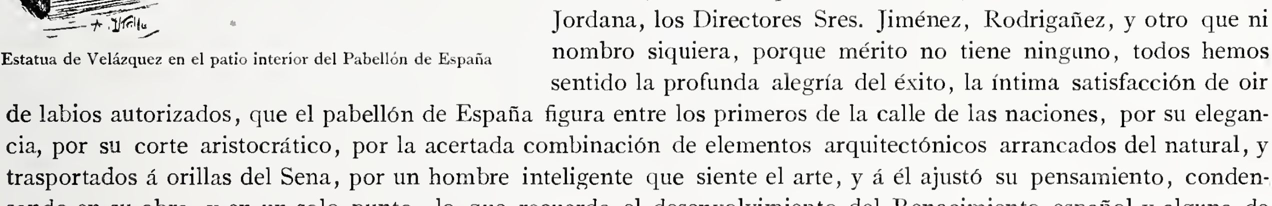
DE

LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

EL PABELLÓN DE ESPAÑA



El día 8 de Mayo se abrieron las puertas de nuestro pabellón; día gris, lluvioso, triste para los que miran con indiferencia las cosas de nuestra tierra; día lleno de sol para mí, al ver el homenaje rendido por los extranjeros á la que representa la casa solariega de España en esta Exposición. Importa poco que todo sea en ella efímero; desde la banqueta en que se asientan sus muros, hasta la torre del homenaje en que flota la bandera de la patria, desde el solar que reivindicará Francia, en breve, hasta el recuerdo de nuestra posesión á orillas del Sena; é importa poco, porque por encima del oropel y de lo teatral, flota algo condensado en la historia de España, y que merecerá siempre el respetuoso saludo y la profunda veneración de los hombres pensadores del mundo entero.



Estatua de Velázquez en el patio interior del Pabellón de España

Cuantos por su posición y sus méritos ocupan puesto preferente en esta Exposición: el Sr. Duque de Sesto, el Sr. Conde de Casa Valencia, el Sr. Marqués de Villalobar, el Secretario General señor Jordana, los Directores Sres. Jiménez, Rodrigañez, y otro que ni nombro siquiera, porque mérito no tiene ninguno, todos hemos sentido la profunda alegría del éxito, la íntima satisfacción de oir de labios autorizados, que el pabellón de España figura entre los primeros de la calle de las naciones, por su elegancia, por su corte aristocrático, por la acertada combinación de elementos arquitectónicos arrancados del natural, y trasportados á orillas del Sena, por un hombre inteligente que siente el arte, y á él ajustó su pensamiento, condensando en su obra, y en un solo punto, lo que recuerda el desenvolvimiento del Renacimiento español y alguna de las páginas más brillantes de la historia de nuestro país. Si entre aquel concierto de alabanzas hubo alguna nota discordante, y salió de boca española, yo no quiero saberlo; y menos aun el móvil que pudo dictarla; tan grato es perdonar, hasta á los calumniadores.

Y dejando aparte las tristezas de la realidad, tan hondas en estos tiempos y tan crueles, permítame quien me lea, ya que me atrevo á llamar crónica á estos escritos, que historie y diga sobre el pabellón de España algo inédito, que conviene sepan las gentes para que puedan formar concepto claro de lo que á todos interesa. Porque nuestro prestigio aquí, es más que un prestigio personal, es algo que mirado por propios y extraños, se refleja sobre el país entero, que tiene derecho, por este solo concepto, á juzgarnos, sino con severa justicia, con imparcial equidad.

El arquitecto Sr. Urioste y Velada, como los demás arquitectos que han estudiado los proyectos de pabellones emplazados á orillas del Sena, en la calle de las Naciones de esta Exposición, se halló con el pie forzado de la imposición hecha por la Comisaría francesa, de pretender ó mejor dicho, obligar á que cada país recordase, en cuanto fuera posible, los tipos más interesantes de sus monumentos locales, eligiendo entre ellos los que reprodujeran y caracterizaran mejor, una época de su historia ó una región de su territorio.

Y como se ha obedecido este precepto lo dicen en sus pabellones: Italia, cuyo palacio es una combinación de gótico y renacimiento, con sus grandes ventanales cubiertos con vidrios de colores, sus columnas salomónicas, sus fachadas policromas, pobladas de estátuas, doseletes y escudos, su profusión, quizá excesiva, de hojarasca, y sus doradas cúpulas, recuerdos, sino copias de la arquitectura veneciana, arrancadas de la iglesia de San Marcos y del Palacio Ducal; Hungría, que ha trasportado á orillas del Sena, la vieja torre de la ciudadela de Komorn, algunos fragmentos del castillo de Vajd-Hunyad, y la magnífica puerta románico-bizantina de la abadía de Iak; Bélgica, copiando la casa municipal que en Audernade construyera, en 1530, el arquitecto Van Pede, rematando su esbelta torre el héroe legendario que sostiene la bandera de Flandes; Suecia y Noruega, con sus construcciones de maderas, manifestación ostentosa de su riqueza forestal; y por fin, y entre otros muchos, Alemania, que en su pabellón espléndido, sintetiza la antigua arquitectura de Nuremberg, con recuerdos de las modernas construcciones de Berlin y de Munich, formando un conjunto en que predomina el renacimiento alemán del siglo XVI.

Ateniéndose el arquitecto del Gobierno español señor Urioste al precepto de la Comisaría francesa, y encerrada la traza del edificio que había de construir en un terreno de forma rectangular de 25'00 metros de frente por 28'50 metros de fondo, á uno de cuyos extremos va unido un cuadrado de 8'00 metros de lado, sobre el que se asienta la torre en forma de cuerpo avanzado, estudió y proyectó un edificio de estilo Renacimiento español, que aun siendo de

origen italiano, tomó, en cada país, un caracter típico especial apropiado á su gusto y á sus necesidades, floreciendo en España y desarrollándose, con toda esplendidez, en los comienzos del siglo XVI.

El Sr. Urioste pudo imitar lo que ha proyectado el arquitecto del pabellón belga, existiendo en España tantos ejemplares del gótico, desde el estilo más sobrio en la catedral de Barcelona, hasta el más florido en San Juan de los Reyes de Toledo; pero, evocando el gótico en nuestra tierra, la época de conquistas y descubrimientos, quizá no halló pertinente ni patriótico mantener vivos estos recuerdos, cuando está tan reciente la fecha de nuestros desastres, y el duelo de una tumba, apenas cerrada, que contiene la historia de nuestra vida colonial, mantenida, con varía fortuna, durante cuatro siglos. Más lógico debió parecerle recordar la época del florecimiento de las Universidades de Alcalá y Salamanca, en que el Renacimiento alcanzó vuelos tan altos, en edificios públicos y privados que, aun hoy, algunas ciudades españolas, si conservan su abolengo con justo crédito, lo deben á la belleza arquitectónica de edificios que, con ser solo recuerdos, muestran en la patina de primorosos encajes de piedra lo que fueron en otros tiempos: el poder genial de nuestra raza y la potencia creadora de nuestros artistas.

Aceptado este criterio, bajo el punto de vista artístico del edificio, el Sr. Urioste debió preocuparse en la parte constructiva, de dar solidez á una plataforma de 4 metros de altura construída por la administración francesa á orillas del Sena, sobre terreno de acarreo que no podía resistir más que 500 kilogramos por metro cuadrado, en unas partes, y 1000 kilogramos en otra; y sobre la que debía construirse un edificio, cuya parte baja había de destinarse á cervecería, restaurant ó á algun espectáculo especial, y la parte alta á las necesidades del comisariado español. El señor Urioste, al calcular las condiciones de estabilidad del pabellón halló, y así se ha ejecutado, que era preciso hincar más de 60 pilotes de 13 metros de altura, empleando un martinete de 1000 kilos, y cargar, sobre ellos, siete vigas tubulares, capaz alguna de ellas de aguantar cargas de 94 toneladas.

El pabellón tiene dos plantas: baja y principal, con dos salas cada una de 23 metros de longitud por 6'50 metros de anchura; separadas, la baja, por un patio central, y la alta, por una galería; existiendo en el fondo del patio una escalera de líneas finísimas y de elegancia imponderable, formando el patio y la escalera un conjunto tan armónico que la vista se recrea en aquellas formas atildadas, dignas de la realeza que en espíritu la habita.

La torre, adosada á la fachada que da al río, de 26 metros de altura con inclusión de pináculos, deja en su parte baja un hueco que la hace practicable para el público, sosteniendo á toda ella cuatro robustas estatuas, muy bien modeladas, que llevan, sobre sus hombros desnudos, todo el peso de los tres pisos de la torre, destinados á dependencias de la Comisaría.

Claro es que en estos edificios se impone el convencionalismo de agrandar ó achicar los modelos adoptados, porque, si la obra ha de resultar armoniosa, los elementos han de ser combinación y en ningun caso mezcla confusa de ellos; y así resulta la obra elegante del Sr. Urioste, en la que es difícil distinguir, sobre todo para el profáno, donde empieza lo imitado y donde acaba el molde natural, con todos sus detalles y primores.

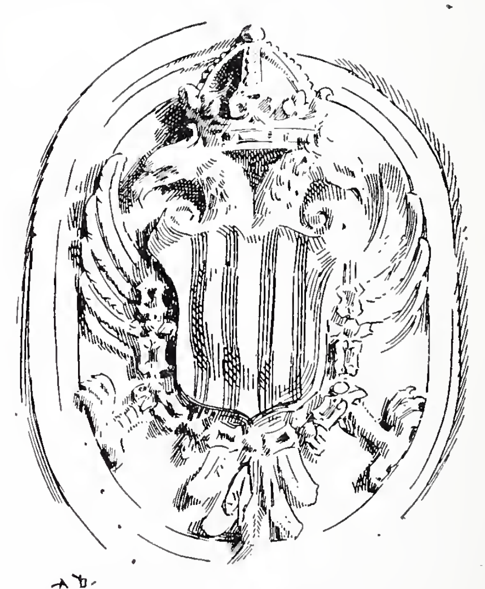
Seguir paso á paso los adornos de aquella composición: con sus arcos carpaneles rebajados, que alternan con los de medio punto, y los adintelados, sus columnas cilíndricas con encarpas en sus fustes y capiteles de sirenas aladas en sustitución de las volutas, combinadas con otras columnas prismáticas; sus escudos imperiales, sus medallones con armas y leones semirrampantes, heraldos, dragones, atletas y quimeras, con balaustradas y pilastras que traen á la memoria las agujas y pináculos de las construcciones ojivales, ¡ah! para todo esto me falta tener el conocimiento hondo de los estilos arquitectónicos, con sus reglas, sus primores, y el espíritu artístico que los informa, sin lo cual habría de parecer, cuanto dijera, desdibujado y pretencioso.

No se más de todo esto; como no sea añadir que ha sido un error de la Comisaría francesa imponer á los edificios que miran al Sena, el establecimiento de restaurants, de cervecerías y de otras cosas que dan á la calle de las naciones aire de feria, y no de las más renombradas.

En algunos pabellones, los Comisarios han consentido que los expositores los conviertan en anexos de las secciones; en el de España no hay más que tapices de la Real Casa, del Duque de Sesto, armas y vestiduras reales, algo que recuerda nuestra brillante historia peninsular; en el centro del patio la estatua de Velázquez ; adosados á los paramentos, bronces de varios artistas de merecido renombre; después, espacios vacios, para que el edificio luzca y sea lo que, en mi concepto, debe ser : un *pied á terre* para los españoles, lugar de esparcimiento en que vayamos á reunirnos, y á cambiar impresiones cuantos amamos á nuestra tierra.

RAFAEL PUIG Y VALLS

Ilustraciones de ANTONIO UTRILLO



Escudo de Cataluña. — Detalle del Pabellón Real

EL PALACIO DE ESPAÑA.— Vista general desde el Sena

PARIS Y LA EXPOSICION

IMPRESIONES Á VUELA PLUMA

Por nada del mundo quisiera en estos momentos — en otros tampoco — ser Presidente de la República. Ni siquiera Ministro de Bellas Artes, de Comercio ó de Obras públicas. ¡ Pobres señores !... Les compadezco con toda el alma y no puedo menos de entregarme á filosóficas consideraciones al pensar con cuantos afanes se pagan en este valle de lágrimas y de concursos internacionales, las grandezas del poder.

Porque todos esos ilustres personajes y los que van á su zaga en concepto de Directores de ese ó del otro ramo, de Sub-Directores, de Secretarios, etc., etc., no paran ni descansan un instante, desde que se inauguró la Exposición. Á la apertura general han seguido las parciales, y no transcurre un día sin su correspondiente inauguración y por lo tanto con la indispensable ceremonia oficial. Las diferentes naciones representadas en este gigantesco cer-

tamen han ido abriendo sucesivamente sus puertas, esto es, las de sus pabellones, ofreciendo á la admiración y á la curiosidad — ya un poquito cansadas, sospecho yo — del elemento oficial francés, las riquezas artísticas é históricas atesoradas en sus respectivos palacios. Y como al propio tiempo se han ido inaugurando distintas secciones en el interior del recinto y á cada una de esas fiestas ha tenido que asistir el Jefe del Estado, ó cuando menos, alguno de los tres ministros aludidos, sospecho también que esos buenos señores deben sentirse ya hartos de tanta ceremonia.

Pero hay otra clase social mucho más digna todavía de conmiseración: y es la de los periodistas; la de los reporters encargados de hacer *au jour le jour* la historia de la Exposición. Verdad es que todos los grandes órganos de la opinión han aumentado su personal en esta época y que el servicio de información se halla repartido entre varios compañeros. Pero no importa: el oficio de cronista es pesado en estos momentos y hay chico de la prensa que no descansa una hora desde que se levanta hasta que se acuesta. ¡Vaya un trabajo de negro! — me decía ayer un pobre muchacho con quien me encontré en el pabellón de Inglaterra — si eso continua por el estilo un par de semanas más me quedo cojo... y ciego. La verdad es que á fuerza de mirar y de remirar á derecha y á izquierda, de tener constantemente ocupado el órgano visual en ese inmenso kaleidoscopo, se le echan á uno á perder los ojos.

En mi anterior crónica manifesté ya á los lectores de Hispania la excelente impresión que había causado al inaugurarse nuestro palacio nacional, tan elegante, tan airoso en su aspecto exterior y tan notable por las maravillas que encierra. Esa impresión ha ido acentuándose y puedo decir con patriótica satisfacción que las comparaciones que inevitablemente se producen en el espíritu público — hablo del público intelectual — resultan todas á favor nuestro. Ninguna otra nación ha presentado un conjunto tan soberbio de arte antiguo y de belleza histórica como el que ha ofrecido España en su pabellón. Desgraciadamente es lo único que habemos logrado exhibir: pues me temo que el otro conjunto, esto es, el de todas las instalaciones en que están representados nuestro movimiento y nuestro progreso modernos, no acuse una inferioridad lamentable, á pesar del incontestable adelanto y del meritorio esfuerzo que se revela en las exhibiciones de algunos, muy contados expositores nuestros. La excepción en estos casos no basta para borrar la impresión general y esta, repito, será muy poco halagadora para nuestro amor propio. Quizás me equivoque y así lo deseo muy sinceramente; pero no lo creo. En arte y en riqueza nuestro pasado habla muy alto, pero lo que es nuestro presente...

En ese pabellón hispano he pasado ya muchas horas recreando la vista y el recuerdo. Y en él me hallaba hace tres días contemplando una vez más las preciosidades coleccionadas, cuando de repente oí pronunciar mi nombre con afectuosa entonación. Volvíme y me encontré con toda una familia de amables provincianos, recien llegados del otro extremo de la Francia, para extasiarse ante las bellezas de la Exposición. Había trabado amistosas relaciones con Monsieur G... en Bagneres de Luchón, dos años atrás y tuve especial satisfacción en volverle á ver á él, á su esposa, á su cuñada y á sus cuatro hijas, y de hacerles, al propio tiempo, los honores de nuestro pabellón.

Las espléndidas armaduras de los Reyes de España, el trono de Carlos V, las admirables tapicerías, los mil y un objetos de extraordinario valor é importancia histórica que yo iba mostrando sucesivamente á mi caravana, parecían interesarla bastante, sobre todo á Monsieur G... pero al concluir la visita creí notar en la actitud de las señoras algo así como una decepción.

— ¿No hay nada más por ver? — me preguntó una de las señoritas, la mayor, tras una ligera vacilación.

— No... no creo que haya nada más, — repuse algo sorprendido de que un exámen tan minucioso, que había durado más de tres horas, no hubiese satisfecho ni cansado su curiosidad.

— ¿Y los diamantes dónde están?

— ¿Los diamantes de la Corona?... esos no están aquí: se han quedado en Madrid.

— No: no quiero decir los diamantes de la Corona...

— ¿Cuáles pues?

— Los de la *bella Otero*... Nos habían asegurado que estaban expuestos aquí y que había por valor de diez millones de francos.

Mordiéndome los labios, para no soltar la risa, tuve que manifestar á aquellas buenas señoras que la colección diamantífera de la linda bailarina no figuraba entre las preciosidades del palacio español. Lo cual parecieron deplorar mucho mis provincianas, que en punto á celebridades ibéricas no conocen más que dos ó tres: la Otero, citada á cada momento por la prensa *boulevardiere*, Mazzantini y Bombita. Hay en Francia millares y millares de burgueses, machos ó hembras, que no saben que exista un Pérez Galdós, un Pereda, un Campoamor, un Menéndez Pelayo. Pero á la Otero todo París la conoce. Casi me atreveré á decir que es tan popular como Henri Rochefort. Y su popularidad es muy merecida, á mi juicio; pues no hay duda que es de lo mejorcito que ha exportado España en estos últimos años, en cuanto á artículos femeninos.

Y basta por hoy de palique. Quería referir á ustedes el lamentable episodio de un compatriota nuestro, rico cosechero jerezano, que se vino hace ocho días á esta Babilonia, con mucho empaque, muchos miles de francos y una... *baronesa* á quien encontró durante el trayecto, en Burdeos, muy guapa, muy elegante y muy altruista, puesto que á las dos horas de tren, se ofreció á servir de guía, en la Exposición y fuera de la Exposición, á nuestro andaluz, que no había estado nunca en París y habla el francés como una *vache espagnole*. El hombre emocionado por la gratitud y las miradas incendiarias de la bella, aceptó el ofrecimiento... y nada: que durante ocho días fué aquello mi nombre; digo, la mar!... Pero vino el 28 de Mayo, el del eclipse de sol, y aunque en esta ciudad no era casi visible, lo fué — y más que visible, tangible — para el hijo de la tierra de María Santísima, que ha notado el eclipse total (y sin corona,) de la baronesa y de doce mil francos que se traía él en su carterita. La dama no ha vuelto á parecer; el dinero tampoco y el cosechero está que trina, sintiendo mucho más que la herida en el corazón y en el bolsillo, la herida en su dignidad. Eso de que se la hayan pegado á un andaluz, tan listo, tan «gitano» como él, es cosa que no la concibe. Es, en fin, una aventura que conforme digo, quería referir á ustedes, pero no tengo tiempo: me están esperando y la carta se alarga ya demasiado y solo puedo añadir á guisa de sapientísimo consejo, que es preciso desconfiar de las «baronesas» que se encuentra uno en el camino.

Alfonso de Mar

Ilustración de A. Utrillo

VII EXPOSICIÓN BIENAL DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES DE MADRID

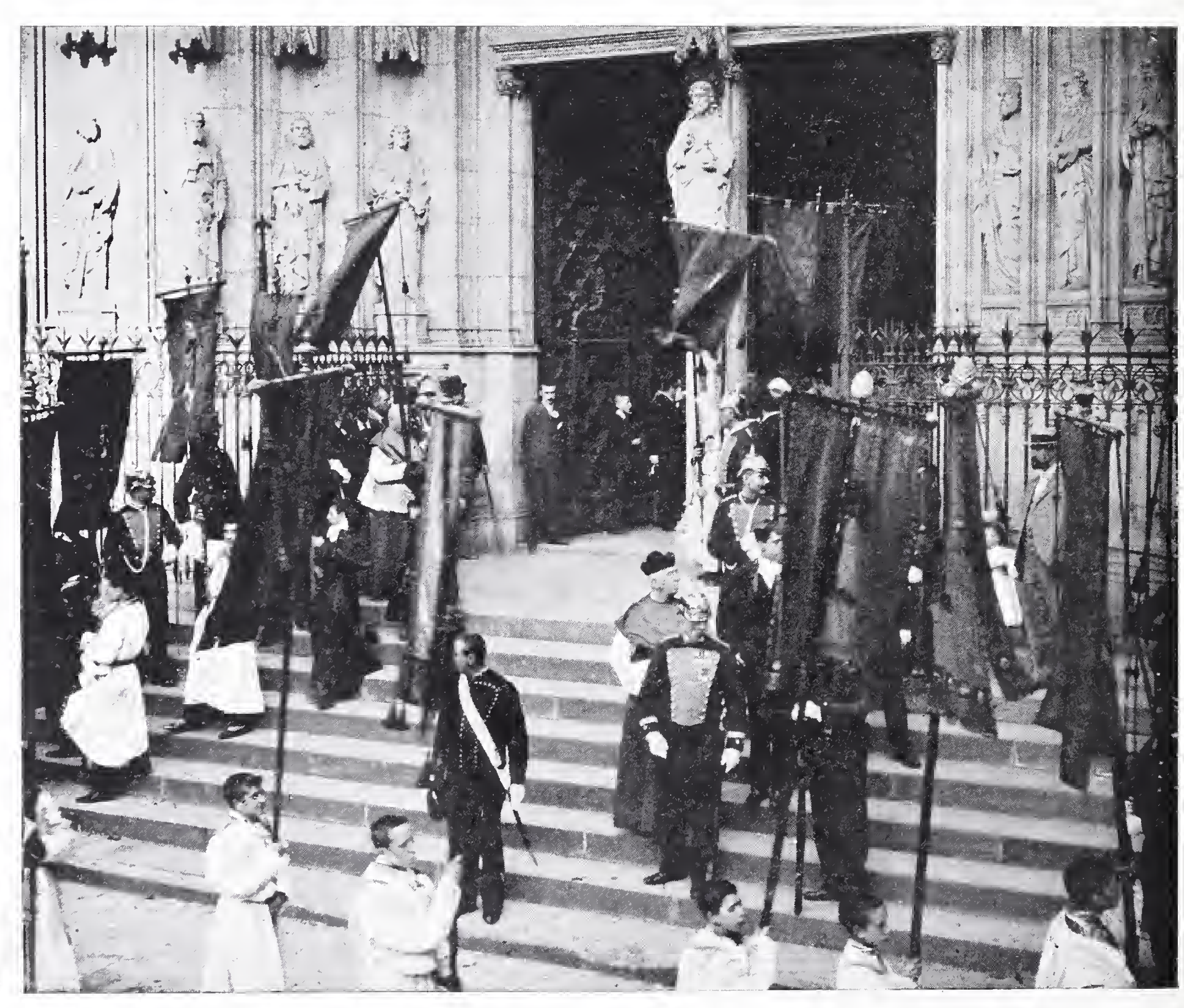
CARDENAL CAMARELA (Acuarela)

SALUDO Á LA PRESIDENCIA (Óleo)

¡VIVA ESPAÑA! (Acuarela)

PINTURAS ORIGINALES DE ALEJANDRO FERRANT

OPERARIOS DE LA REVISTA "HISPANIA" OBSERVANDO EL ECLIPSE



LA PROCESION DEL CORPUS.—SALIDA DE LOS GONFALONES

PLAFÓN DECORATIVO

40 piezas azulejos cartón piedra, en colores y relieve. Tamaño natural: 1m × 1'60

ATLAS GEOGRÁFICO

SEGUNDA EDICIÓN

aumentada con un Mapa de las tierras descubiertas por España y Portugal.
Mapa de Cuba, doble tamaño
Mapa de Puerto Rico y de la Bahia de Manila

Completo y encuadernado, 12 PESETAS

LITOGRAFÍA-ENCUADERNACIONES
Hermenegildo Miralles, Editor
59, Calle de Bailén, 70
·BARCELONA·

Tintas de Ch. Lorilleux y C.ª

Papel de los Sucesores de Torras hermanos

HISPANIA

D. BAIXERAS

33.-30 JUNIO 1900 HERMENEGILDO MIRALLES.- BARCELONA

A. BOYER.—ALEGRIA ETERNA. (E. F., Fot.)

P. CHABAS.—RETOZOS FEMENILES. (N. D., Fot.)

Casa número 10 de la calle del Paradís, sitio el más alto de la antigua Barcelona, donde está instalado el Centro Excursionista de Cataluña

El Centro Excursionista de Cataluña

Muchas veces, durante el curso de una de esas sesiones que suelen celebrarse en el «Centre Excursionista de Catalunya» y á las que asisten once ó doce personas — dieciocho ó veinte á lo sumo — para escuchar la lectura de una de tantas memorias ó reseñas como ven después la luz en el boletín mensual de la Asociación, se me ha venido á las mientes esa ó parecida pregunta: «¿Qué concepto formaría del excursionismo catalán el extranjero que, de golpe y porrazo, falto de antecedentes precisos, se encontrase de espectador en uno de esos actos?»

Pobre, muy pobre debería de ser, sobre todo si el buen señor, sin salirse del salón de conferencias, se dejase llevar de la primera impresión, ya que ni aquellas sillas de enea desvencijadas, ni aquellos modestos retratos al óleo que adornan las paredes y que componen la galería de excursionistas ilustres, ni aquella mesa severa, excesivamente grande para tan reducido local, producen la impresión suficiente para lanzar al cerebro hacia los intrincados caminos de las grandes imaginaciones.

Y es que el «Centre Excursionista», en aras de su ideal eminentemente patriótico, ha olvidado á sabiendas todo lo que no se traduzca en resultados positivos y prácticos, sin tener en cuenta para nada la suntuosidad y el lujo que le correspondería, siendo, como es, una de las más importantes asociaciones de Cataluña y la única en su género que existe en España.

Pero á buen seguro que, al pensar en esos particulares, si es que han pensado alguna vez, se habrán dicho los excursionistas: «¿Qué nos importan á nosotros semejantes detalles? Al cabo y al fin nuestra labor principal no está en el domicilio de la asociación, sino todo lo contrario... Mientras dispongamos de un sitio donde guardar los mil y mil objetos que forman nuestro museo, y donde podamos reunirnos para organizar nuestras excursiones, leer nuestras memorias, estudios, monografías, etc., etc., y celebrar de vez en cuando alguna que otra velada, ya tenemos lo suficiente... Y además: ¿en que otro lugar encontraríamos esos soberbios capiteles que parecen formar y que realmente forman parte integrante del «Centre» y, sobre todo, de su colección arqueológica?»

No afirmo ni niego que los excursionistas tengan razón. De todos modos, creo que el caso de permanecer en aquella rinconada de la vieja Barcelona, en aquel piso alto de la típica calle del Paradís, en aquella casa vetusta, atravesada de abajo arriba por las macizas y pesadas columnas del antiguo templo de Hércules, de las que aparecen los capiteles en medio de la sala de sesiones, tiene algo de sugestivamente simbólico. Parece que aquellos vestigios de la época romana, aquellas piedras tostadas por la patina de los siglos, son restos de un pasado ex-

Entrada de la casa de la calle del Paradís, donde está instalado el Centro

plendoroso que cobijan al «Centre» y sirven de apoyo á los excursionistas para descansar en su tarea altamente noble de investigar y dar á conocer bajo sus múltiples aspectos, todo cuanto se encierra en ese querido pedazo del globo que se llama Cataluña.

* * *

La historia del «Centre Excursionista», empieza con la creación de la primera sociedad de su índole, fundada en el año 1876 con el nombre de «Associació catalanista d'excursions científicas», de la que fué primer presidente y uno de sus más decididos campeones, D. José Fiter é Inglés.

El objeto de la citada sociedad no era otro, con ligeras supresiones, que el del actual *Centre:* recorrer Cataluña para conocer y estudiar todo lo que tiene de notable, así en la naturaleza como en el arte, en la historia como en la literatura popular, en las costumbres como en las tradiciones.

Con semejantes propósitos vino al mundo aquella sociedad, gozando durante algún tiempo de una vida explendorosa, reclutando adeptos día tras día, siguiendo el territorio catalán en numerosas excursiones, á las que asistía, como consta en las *Memorias* de la Asociación, su presidente, el cual daba sobre el terreno conferencias prácticas de arqueología, historia, arte, etc., etc. Según se ve por la lectura de aquellas *actas,* los excursionistas solían escoger como punto de partida para constituirse en excursión, alguno de los mil y mil monumentos que, esparcidos por Cataluña, son una patente muestra de la civilización de nuestros antepasados... Á la sombra de un muro ciclopeo ó entre los historiados capiteles de un claustro bizantino, al pie de las desmoronadas columnas de un acueducto romano ó cobijados por los arcos soberbios de una inmensa nave gótica, se reunían media docena de entusiastas, gozando en la contemplación de los vestigios de otras épocas, estudiándolos detalle por detalle, admirando la esbeltez ó la originalidad de su conjunto, sintiéndose dichosos á cada nueva belleza, á cada nuevo rasgo característico que descubrían.

Así, con los ojos fijos en el pasado, vivió la primera sociedad de excursiones una vida próspera y exuberante, hasta que, como sucede casi en todo movimiento social cuando adquiere una fuerza y un vigor excesivos, vinieron las disensiones, surgidas de las diferencias de criterio de los socios sobre la manera de entender el excursionismo.

Algunos valiosos elementos, al frente de los cuales figuraba D. Ramón Arabía y Solanas, quisieron dar más expansión á sus tareas, imprimiéndolas un caracter más moderno del que hasta entonces habían tenido. Al efecto, se fundó en 1878 la «Associació d'excursions catalana», que practicó el excursionismo bajo sus múltiples aspectos, dando á cada uno la importancia merecida, considerando el estudio del pasado como base de progreso, sin olvidar que para que se confirme semejante afirmación, no se debe olvidar el presente y el porvenir.

Con la creación de la nueva entidad vinieron las competencias, que dieron por resultado un verdadero derroche de energías, entablándose impetuosa batalla entre la «Associació catalanista d'excursions científicas», en la que figuraba como uno de sus principales sostenedores el historiador Sr. Aulestia, y la «Associació d'excursions catalana», en cuyas filas militaban los desidentes, jóvenes entusiastas en su mayoría.

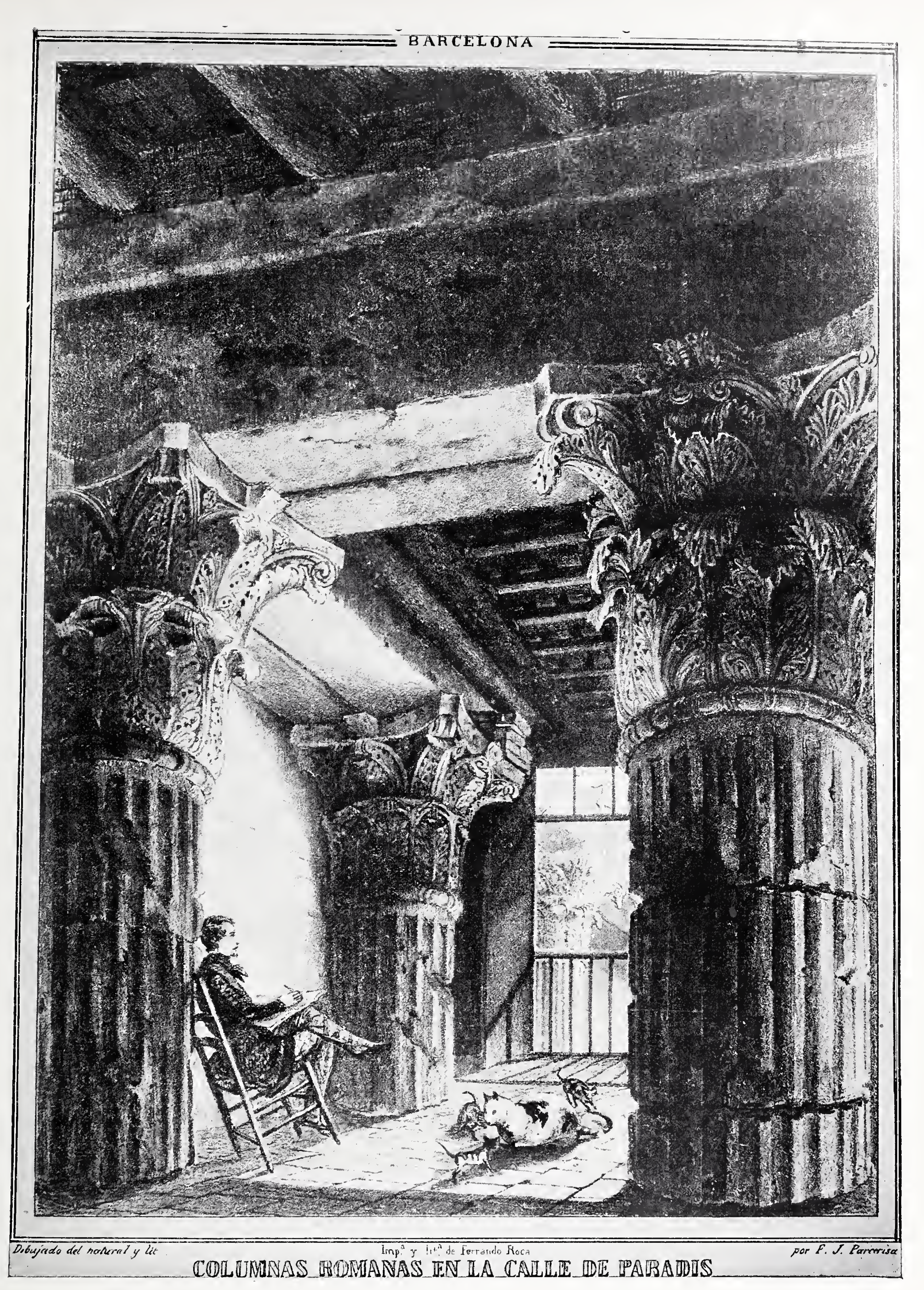
Entonces fué cuando hizo su entrada triunfal en Cataluña el alpinismo, que ya se había intentado introducir poco antes, con la creación de una sección topográfica en la primera de ambas asociaciones; entonces fué cuando se dió la importancia debida al estudio de la geología, la botánica, la metereología y otras importantes ciencias; entonces fué cuando, trabajando con ahinco, lograron ambas sociedades enriquecer sus importantes colecciones con valiosos ejemplares, con los que concurrieron al cabo de algunos años á la importante manifestación del espíritu de nuestro pueblo que quedó grabada en la historia de la civilización catalana con el nombre de *Exposición Universal de 1888.*

* * *

La citada fecha es la del último acto verdaderamente importante que celebraron separadamente las dos entidades, ya que, poco tiempo después — en 1892, — como afluentes de un gran río que, habiendo andado un gran trecho en distinta dirección, vuelven al cauce común, juntáronse las dos asociaciones, emprendiendo una misma corriente y perdiendo sus nombres respectivos para formar el «Centre Excursionista de Catalunya», al que aportaron ambas el fruto de su labor, verdadera labor de hormiguita que trabaja activamente hora tras hora, días tras día, hasta llenar su casa de provisiones.

— *Lo qu'entra aquí, ja may més ne surt,* — suelen decir los excursionistas al hacer los honores de la casa al forastero que la visita por primera vez.

Con esa frase y con saber el entusiasmo que siente por el *Centre* cada uno de sus socios, queda esplicado el milagro de que, sin capital, y contando solo con donativos, se haya logrado reunir la muchedumbre de objetos que convierten el local de la sociedad en un museo donde tienen cabida desde el historiado tapiz á la negruzca y agrietada lápida, desde la imagen esculpida toscamente al capitel de intrincado dibujo, desde la esbelta ánfora al pintarrajeado azulejo, desde el retablo borroso al apolillado pergamino, desde la moneda y la medalla de primi-



Reproducción de una litografía de Parcerisa, inserta en el tomo segundo de «Recuerdos y Bellezas de España» representando las columnas del templo de Hércules, tal como estaban en 1840

tivo cuño á las pesadas y enmohecidas armas y herramientas, desde el plato de loza y la bandeja de metal al rico mueble de madera tallada y á la esmaltada joya.

Pero, con todo, debido en gran parte á las condiciones en que están instalados los consabidos objetos, poco menos que esparcidos por corredores y salas, nadie creerá á la primera impresión que se encuentre en el local de una sociedad importantísima, magníficamente relacionada y distinguida entre las demás que en su género existen en Europa.

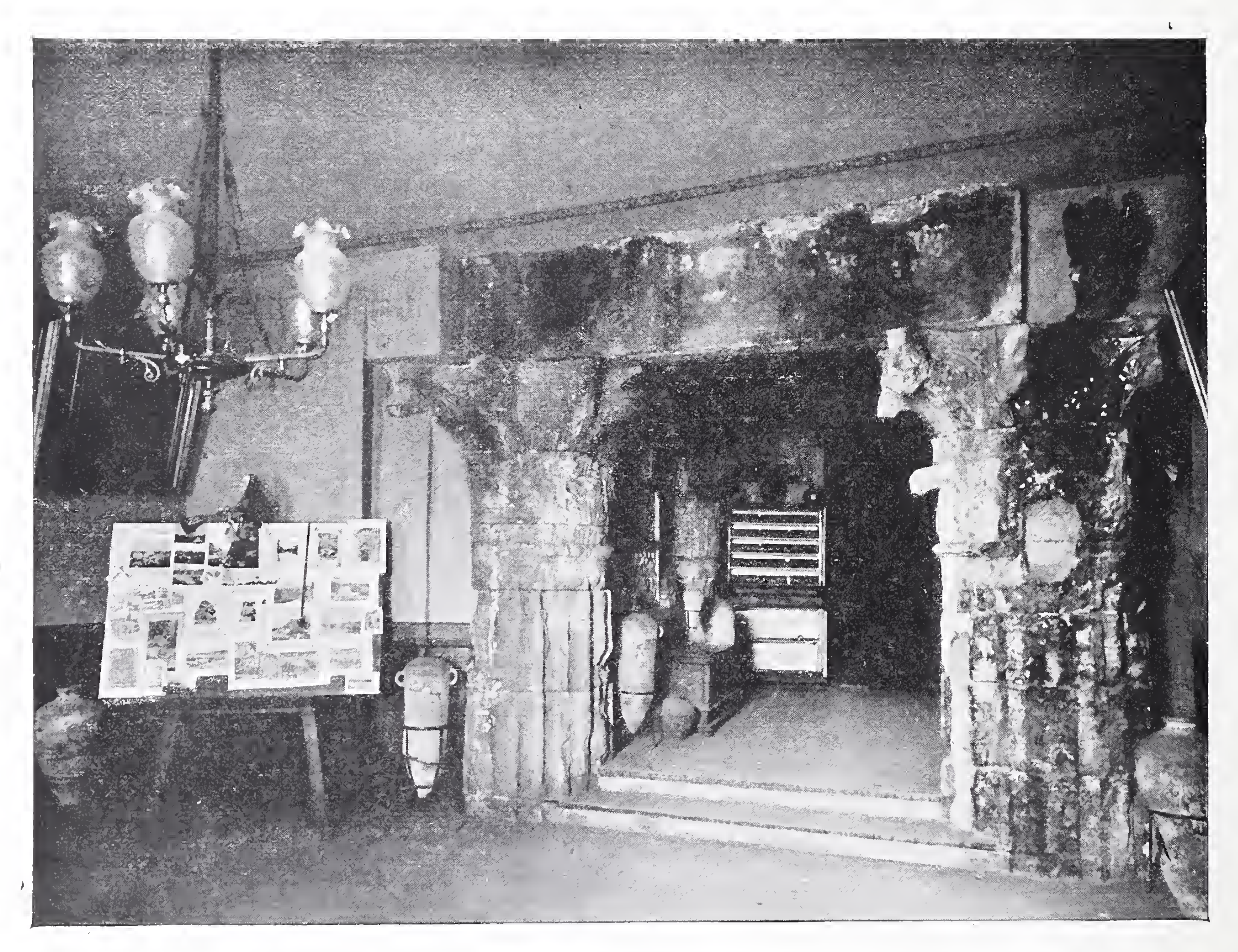
Y es que para tener una idea cabal del «Centre Excursionista», es necesario haber seguido sus pasos desde la creación de la «Associació catalanista d'excursions científicas» ó hay que pasar un sinnúmero de días estudiando su historia, valiéndose de documentos tan elocuentes como los voluminosos *Anuarios* y *Memorias,* las colecciones de los boletines mensuales, los itinerarios, guías, mapas, álbums, etc., que ha publicado y que dan á conocer Cataluña bajo sus aspectos científico ó artístico, arqueológico ó literario, histórico ó legendario, topográfico ó geológico.

Podrá objetarse que no todas las obras á que me refiero son debidas al «Centre Excursionista» sino que vieron muchas de ellas la luz bajo los auspicios de las dos asociaciones que le precedieron. Pero nadie dejará de alcanzar lo fútil de la objeción, como nadie negará la identidad de aquéllas con la actual.

Fijándose tan solo en los elementos de que el *Centre* se compone, se echa de ver al punto la verdad de la anterior afirmación, pues, descontando las *bajas* producidas por la muerte, la edad ó las obligaciones, vemos en sus filas los mismos hombres que militaron en las de las asociaciones rivales, dejando aparte, naturalmente, el sinnúmero de gente joven que de entonces acá ha entrado á formar al lado de los viejos.

Así, en días de sesión ilustrada con proyecciones luminosas, reproduciendo en el blanco lienzo y en forma gráfica los sitios que el conferenciante describe; en veladas necrológicas, celebradas con motivo de la colocación de un nuevo retrato en la galería de excursionistas ilustres; en actos solemnes de inauguración de curso; en todas las ocasiones en que el local del *Centre* se llena por excepción de socios, vemos al lado de la venerable cabeza del patriarca del excursionismo D. Francisco de S. Maspons y Labrós, presidente honorario de la sociedad, el rostro vivaracho del adolescente barbilampiño, junto al cual se halla el joven recien salido de las aulas, así como el dependiente de escritorio que, cansado del trabajo del día, acude al *Centre* en busca de esparcimiento y solaz. Y es que, dado el caracter de la asociación, lo mismo puede entrar en ella el académico que el artista, el hombre de ciencia que el obrero, el historiador que el literato.

Formado el excursionismo catalán de tales elementos, claro está que su labor fué siempre fructífera. Por eso, recorriendo las páginas del boletín, los *Anuarios* ó las *Memorias,* encontrará todo el mundo algo interesante,



Vista del vestíbulo del centro, tomada desde el Salón de Actos

VISTA DEL SALON DE ACTOS DEL CENTRO EXCURSIONISTA DE CATALUÑA

Sala de colecciones del Centro Excursionista de Cataluña

sean cuales fueren sus aficiones. En aquellas hojas se ve al excursionista pintor que recorre su país con la cartera bajo el brazo, tomando apuntes de cuanto le parece digno de reproducirse gráficamente, para publicarlos después acompañados del correspondiente articulejo, escrito á la pata la llana, con el solo fin de justificar la publicación de los dibujos. Al lado del trabajo del artista y ofreciendo con él vivo contraste, aparece la concienzuda monografía del arqueólogo, adornada con viñetas... del autor, que las trazó como Dios le dió á entender y que las intercala en el texto con el sano propósito de hacerlo más comprensible para todo el mundo. En la página opuesta se ve la sencilla reseña del mero aficionado, que, no siendo historiador ni artista, literato ni hombre de ciencia, tiene algo de todo y sabe suplir la falta de dotes con su excesivo entusiasmo y su cultura general.

Por cierto que, en semejantes trabajos, se ha visto surgir alguna vez al escritor, revelándose súbitamente, como sucedió con el malogrado Bosch de la Trinxería, uno de los que con más intensidad ha sentido y hecho sentir nuestros Pirineos.

* * *

El recuerdo de aquel escritor, que hizo sus campañas desde su casa de la Junquera, respirando el aire de la cordillera que con tanta verdad describió, me lleva como de la mano á decir algo de las numerosas representaciones con que cuenta el *Centre* fuera de Barcelona. En la mayoría de las localidades de Cataluña, por insignificantes que sean, cuenta á lo menos con un socio delegado, que es por lo comun un buen señor, conocedor como el que más de su pueblo, sobre el cual tiene escritos y publicados algunos trabajos, que garantizan su apego al lugar donde vive y por ende, la buena acogida que ha de dispensar á quien le procure ocasión de dar salida á sus entusiasmos. Por eso, al preparar el *Centre* una salida, se pone al habla sin pérdida de tiempo con su rural representante, que prepara el terreno á sus compañeros de la capital, á los que recibe con los brazos abiertos, sirviéndoles de guía y haciendo con su experiencia más provechosa la excursión.

Además de la utilidad que presta en semejantes ocasiones, el socio corresponsal ó delegado suele ser un centinela fiel de cuanto hay en su localidad que sea digno de respeto y conservación. Así, cuando la ignorancia hace concebir el intento de embadurnar con cal las piedras negruzcas de la nave de un templo; cuando corren peligro de ir á parar á manos extranjeras objetos artísticos de valor; cuando están en riesgo de desaparecer las bellezas de una imagen, abandonada á un restaurador inepto, el representante se apresura á avisar al *Centre*, que á su vez procura hacer todo lo posible para conjurar el peligro, realizando con ello una obra digna de la más sincera alabanza.

Pero, con ser notables las representaciones con que cuenta la asociación en Cataluña, no lo son menos las que tiene esparcidas por el extranjero, gracias á la activi-

dad con que trabajaron para alcanzarlas los individuos del «Centre Excursionista» desde su fundación, siendo uno de los que más se distinguieron en ese concepto el infatigable Arturo Osona, autor de tantas y tantas guías-itinerarios como se han publicado bajo los auspicios de las sociedades catalanas de excursiones. En la actualidad, no hay club alpino en Europa que no esté relacionado con nuestro *Centre,* ni población importante en la que éste no tenga su correspondiente delegación, que recae en algunos casos en hombres verdaderamente notables y de fama reconocida, como son Fastenrath, el conde de Saint-Saud, Martel, Pierre Vidal, Otto Denk y otros tantos.

* * *

Con lo dicho se comprenderá fácilmente que hasta la fundación del «Centre Excursionista» no se logró de una manera satisfactoria el ideal perseguido por los disidentes de la «Associació catalanista d'excursions científicas». Y es que, si bien los elementos que fundaron la «Associació d'excursions catalana» tuvieron el intento de dar más amplitud, más expansión á sus tareas, no pudieron disponer de las energías suficientes para obtener un resultado verdaderamente satisfactorio.

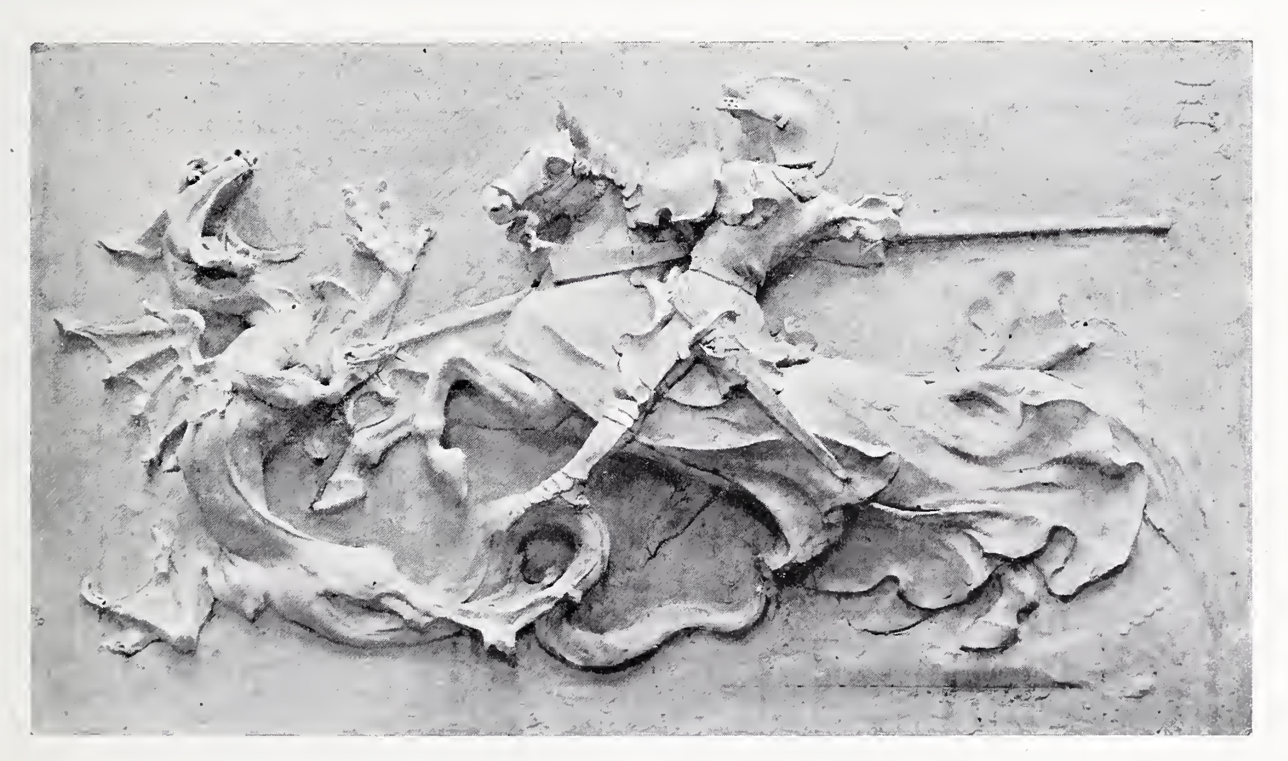
Por eso nuestro excursionismo no adquirió caracter altamente científico y moderno, hasta algún tiempo después de la creación del *Centre.*

Entonces, con elementos como D. Luis Mariano Vidal, actual presidente y persona de vastísima ilustración, y otros de no menos valía, se dió el soberbio impulso que puso á la sociedad á la altura conveniente para disfrutar de prestigio entre las demás de su índole que existen en Europa.

Todas las ciencias ó artes cuyo estudio tiene por base el excursionismo, han encontrado en el *Centre* entusiastas cultivadores que se han dedicado á ellas, valiéndose de los medios más perfeccionados que han producido los tiempos modernos. Así vemos como va ganando terreno de día en día la afición á los estudios espeleológicos á los que se dedica con singular constancia el joven presbítero Sr. Font y Sagué, que no ha vacilado en correr algunos peligros en aras de su afición. Igualmente vemos propagarse la foto-grametría, ciencia indispensable para quien desee conocer y dar á conocer un país. El citado Sr. Vidal, tiene hechos sobre la materia importantes estudios, que han de prestar grandes servicios al excursionismo catalán y sobre todo á la empresa que se ha propuesto llevar á cabo el «Centre Excursionista» de confeccionar un mapa perfecto de Cataluña. Al efecto se organizaron ya durante el curso anterior algunas excursiones por las comarcas de nuestra costa, que fueron estudiadas por los excursionistas, valiéndose de los más perfeccionados adelantos de que dispone la ciencia. Por semejante sistema se propone el *Centre* estudiar Cataluña pueblo por pueblo, río por río, monte por monte y comarca por comarca, á fin de que la carta geográfica de nuestro país llegue al más alto grado de perfección posible.

Que la empresa es harto costosa, y por ende difícil de que llegue á buen término, es cosa que al más lego se le alcanza. Pero hay que tener en cuenta que no se hizo Zamora en una hora, cosa que saben muy bien y han tenido siempre en cuenta nuestros simpáticos excursionistas. Por eso no se dejan llevar nunca de la impaciencia y, al emprender un trabajo, lo hacen sin impetuosas precipitaciones, sosegadamente, como hombres persuadidos de que quien emprende el camino con paso mesurado, llega primero al término de la excursión que el que empezó corriendo.

J. MORATÓ



SAN JORGE MATANDO AL DRAGON

Detalle escultórico de una chimenea de la casa propiedad de D. J. Garí y Canyas, en el CROS (Argentona). — Proyecto de D. J. Puig y Cadafalch. Ejecución de D. E. Arnau

PERSONAJES:

D. Timoteo. — 61 años; médico de fama; ha educado á sus cuatro hijos prácticamente. Facha respetable.
Consuelo. — Hija de D. Timoteo; diez y nueve abriles; guapa, elegantísima; mucho *chic* y mucho caracter.
El Barón. — Gomoso de treinta y ocho bien cumplidos, algo gastadito pero guardando un aspecto casi juvenil, gracias á lo bien compuesto de su individuo. Gusto irreprochable en el vestir. Enamorado como un tonto de Consuelo.

Saloncito lujosamente decorado y amueblado. En las paredes cuadritos al óleo, acuarelas, platos japoneses. Sobre la mesa velador, chucherías, álbumes, etc.

BARÓN. — ¿ Con que le parece á V., mi querido D. Timoteo, que puedo abrigar esperanzas ?

D. TIMOTEO *(sonriendo)*. — Creo que sí. Consuelo es una niña joven, muy joven, pero de un sentido práctico que yo me he esforzado en desarrollar convenientemente, y supongo que no opondrá ningún obstáculo á la felicidad que V. la brinda.

BARÓN. — Sobre todo, si mi proyecto, este proyecto en que fundo toda mi dicha, encuentra en V. un apoyo decidido.

D. TIMOTEO. — ¡ Oh !... mi apoyo será muy... platónico, conforme ya tuve ocasión de manifestar á V. Yo no quiero en modo alguno imponer mi voluntad, ni siquiera mi influencia paternal á Consuelo. Á ella y solo á ella le toca decidir en asunto tan personalísimo. Con que si ella le dice á V. que sí, no hay más que hablar y tendremos boda... cuando ustedes quieran. Pero si dice no, tampoco habrá que hablar más.

BARÓN *(ansioso)*. — ¿ Y á V. que le parece que dirá ella: sí ó no ?

D. TIMOTEO. — ¡ Hombre !... eso según y como. Será cuestión de que se entiendan ustedes dos y... creo que van ustedes á entenderse. Ahí viene la niña: y como quiero dejarles en completa libertad, les dejo solitos, deseándole á V. todo el éxito en estas negociaciones.

(Entra Consuelo.)

Hijita, aquí tienes á nuestro buen amigo el barón, cuyas intenciones te manifesté ya y que desea echar un párrafo contigo. Hasta luego.

(El médico estrecha la mano del barón, dirige una sonrisa á su hija y vase.)

CONSUELO. — Siéntese V., barón. *(Aparte.)* Diríase que está turbado, cohibido... ¡ qué hombres !

BARÓN. — Señorita... *(aparte)* no sé como empezar... debo tener en este momento un aire tonto. *(Alto.)* Señorita... creo que su papá de V. le dijo ya que... que yo, aunque indigno quizás de ella, aspiraba á una felicidad inmensa, que me haría el... el más feliz de los hombres.

CONSUELO *(aparte)*. — ¡ Qué frase tan cursi ! *(Alto.)* Sí: me dijo que quería V. casarse conmigo.

BARÓN *(algo desconcertado por la frescura de la chica)*. — Es verdad : esta es mi suprema ambición, y como el amable y bondadoso D. Timoteo no opone ningún reparo ni dificultad á mis deseos, quisiera saber si... si V. ratifica este fallo.

CONSUELO *(con insuperable serenidad)*. — Eso es lo que vamos á ver, después de un detenido exámen de la cuestión. Por cuyo motivo creo necesario que empiece V. por contestar franca y categóricamente á algunas preguntas que deseo formular.

BARÓN. — Todas las que V. quiera, señorita.

CONSUELO. — Bien. Entonces hágame, en primer lugar, el obsequio de decirme que concepto tiene V. formado del matrimonio.

BARÓN *(abriendo desmesuradamente los ojos)*. — ¿ Qué concepto ?... ¿del matrimonio ?... pues... pues... un concepto muy bueno... mucho.

CONSUELO *(irónica)*. — Lo supongo; pero esta contestación es muy vaga; concrételа V. más.

BARÓN *(animándose)*. — La concretaré diciendo que es, á mi juicio, el matrimonio la unión de dos seres que se quieren, que se comprenden, que aspiran á confundir sus existencias en una sola, y que... en fin...

CONSUELO. — Amigo mio, todo eso no tiene sentido comun. No sé si esa definición pudo ser verdad en otros tiempos: en los nuestros, resulta de un anacronismo inadmisible. Hoy día, el matrimonio, hablo del matrimonio sensato, el único á que deben aspirar dos personas juiciosas que han estudiado el problema de la vida, es la asociación fisiológica, psicológica y económica de dos individualidades de distinto sexo que se proponen vivir en común, mediante la consagración civil y religiosa de su unión y arrostrando todas las consecuencias buenas ó malas de esta. He aquí, caballero, lo que es en realidad el matrimonio y tal como debe considerarse. Esto sentado, se impone la siguiente doble pregunta : ¿ le conviene á V. casarse conmigo ?... ¿ me conviene á mí el casarme con V. ?...

BARÓN *(con fuego)*. — Señorita, á eso solo puedo con-

recta? Pues no hay de que, amigo mío. Á mí me gustan las situaciones claras, y tengo el derecho de saber si el hombre que aspira á ser mi esposo, no deja tras si, algún enredo mujeriego, vivito y coleando. Me consta que V. ha sido lo que se llama vulgarmente un calaverón y que anduvo siempre metido en aventuras y conquistas. *(Observando la actitud cohibida del barón.)* No; no vaya V. á creer que soy mujer para espantarme de todo eso... bien sé que los hombres gozan de grandes privilegios y que hay que tomarles como son... ó como fueron. Un marido excalavera no me intimida; lo que no quiero es un pretendiente que, al... pretenderme, no haya liquidado enteramente sus cuentas de soltero: ¿me entiende V.?

BARÓN *(con acento solemne)*.— Señorita: yo le doy á V. mi palabra de honor de que hace ya mucho tiempo que no existe para mí, en el mundo, otra mujer que V.

CONSUELO.— Celebro... De modo que ha tronado usted definitiva, irrevocablemente, con Pepa... y con la marquesa: ¿verdad?

BARÓN *(sofocadísimo)*.— ¿Con... Pepa?

CONSUELO.— Sí, hombre: con la estanquera esa: un lío de cinco años, segun dicen. Con tal que no vuelva á rebrotar.

BARÓN *(enérgico)*.— ¡Nunca!

CONSUELO.— Bueno: pasemos ahora, barón, á otro capítulo: uno de los más importantes. ¿Á cuánto ascienden fijamente las rentas de V.?

BARÓN *(cada vez más sorprendido)*.— ¿Mis rentas?... Según: eso depende de diversas circunstancias: hay años que suben, hay años que bajan.

CONSUELO.— Naturalmente: pero esas diferencias son poco sensibles cuando uno tiene, como supongo tendrá usted, un capital bien colocado, mayormente si lo está en fincas buenas y en valores sólidos. Con que dígame usted: pico más, pico menos, ¿qué renta anual goza V.?

BARÓN.— Sobre unos quince mil duros.

CONSUELO.— Que al tipo actual de renta vienen á representar, unos rendimientos con otros, un capital apro-

testar que la amo á V. con delirio y que si obtuviera el sí á que ansiosamente aspiro, todos mis esfuerzos quedarían consagrados á labrar la felicidad de V.

CONSUELO.— Veo que V. no se preocupa más que del elemento «amor». Algo es, pero no basta. Entremos en otro orden de ideas más prácticas. ¿Usted que edad tiene, barón?

BARÓN *(desmontado)*.— Pues... verá V., tengo treinta y seis años.

CONSUELO.— Me habían asegurado que tenía V. treinta y ocho. Lo cual significa que tiene V. doble edad de la mía. Y esto es grave, muy grave... La diferencia es mucha. Pero, en fin, hay inconvenientes que pueden resultar compensados por otras ventajas. De salud ¿cómo está usted, barón.

BARÓN *(un si es, no es embrutecido)*.— Muy bien, gracias.

CONSUELO.— Quiero decir con eso, si no padece usted de alguna afección crónica: reuma ó dispepsia, ó alguna otra dolencia...

BARÓN *(con viveza)*.— No... no... no tengo nada de eso.

CONSUELO.— Ya es extraño, con la vida que, según dicen, ha llevado V. durante muchos años. Le hacía esa pregunta, porque ciertas afecciones como las reumáticas ó las de los órganos digestivos alteran profundamente el caracter, ponen á los hombres nerviosos, irritables, gruñones, displicentes, insoportables y eso, se lo advierto á V., no lo toleraría yo de ningún marido.

BARÓN.— Crea V. Consuelito, que yo tengo un caracter muy dulce y un humor muy... homogéneo, siempre el mismo.

CONSUELO.— Es una excelente circunstancia. Otra pregunta ahora: ¿de líos como estamos?

BARÓN *(estupefacto)*.— ¿De líos?... No comprendo, señorita...

CONSUELO.— ¿Le escandaliza á V. mi indi-

ximado de dos millones trescientas mil pesetas. ¿No es esto?

Baron.—Sí... creo que... en efecto... poco más ó menos.

Consuelo.—Y sobre este capital ¿qué dote piensa V. reconocer á favor mío en las capitulaciones matrimoniales?

Baron *(completamente idiotizado)*.—¿Qué dote?

Consuelo *(sonriendo)*.—Veo que mi pregunta le deja á usted asombrado; la creo, empero, muy natural, dados los proyectos que V. se digna tener sobre mi humilde persona.

Baron *(reponiéndose)*.—Sin duda, señorita, sin duda; es cosa muy... muy natural, pero me parecía que... quiero decir que asuntos de esta índole, tan prosáicos, tan materiales, sería tal vez más conveniente que los tratáramos su papá de V. y yo.

Consuelo.—No lo entiendo así, caballero. No es mi padre quien se casa, sino yo, y puesto que se trata de mi situación personal, de mis intereses propios y de mi porvenir exclusivo, entiendo que esa cuestión tan prosáica como V. dice, pero eminentemente trascendental, la debo tratar yo y nadie más que yo. Y es preciso hacerlo con toda franqueza y con toda claridad. No me gustan las situaciones ambiguas: no conducen á nada bueno. Yo tengo asignada por papá una dote muy pequeña: diez mil duros. Pero como supongo que si llego á ser esposa de V. y baronesa de Tiquis, representaré un papel brillante en sociedad...

Baron.—¡Oh! eso no lo dude V.!

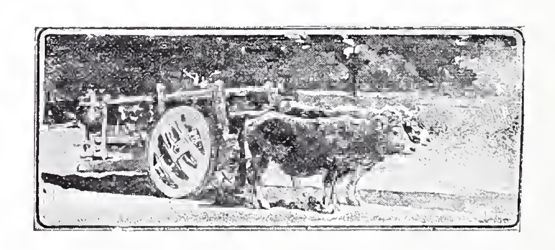
Consuelo.—No, no lo dudo; pero ahí está el *quid*. Podría suceder muy bien que al cabo de dos, cuatro, diez años de casada y de gozar, por lo tanto, de todas las comodidades de una gran posición, se muriese V. sin hacer testamento, ó haciéndolo en mi perjuicio, cosa que no tendría nada de extraordinario, y en este caso me encontraría yo sumida bruscamente, como á tantas viudas les sucede, en una posición del todo distinta á la que se habían acostumbrado. Esa contingencia no quiero yo correrla; y por eso pregunto á V. que dote, que capital piensa V. reconocer á mi favor, debidamente garantizado, en el correspondiente contrato. *(Tras una pausa y viendo que el barón la contempla con un estupor que no acierta á disimular.)* Á mi me parece, sin perjuicio de discutir más detenidamente la cifra, que una suma de... de cien mil duros constituiría un capital dotal suficiente y decoroso.

Ahora piense V. todo eso con calma y deme una contestación, cuando lo tenga bien meditado. He dicho por mi parte cuanto tenía que decir y *(mirando á su interlocutor con expresión dulcísima)* de V. solo dependerá que yo sea su esposa.

Baron.—¡Oh! hermosa Consuelo... crea V. que... *(en lo más íntimo de su cerebro)*. ¡Con qué gusto te mandaría á paseo, sino estuviese irremediablemente chiflado!

Juan Buscon

Ilustraciones de J. Mir



THEATRE DES AUTEURS GAIS

CRÓNICA DE LA EXPOSICION DE PARÍS

LA RUE DE PARIS

Pocas noches, con el cielo lleno de estrellas, y el aire de perfumes, ha sido posible visitar la Exposición. El tiempo casi siempre frío y ceñudo, la atmósfera llena de vapor de agua, las lámparas de arco iluminando espacios vacíos, los palacios cerrados, solo la *Rue de París* y el *Víeux París* han tenido encantos para las gentes. Pero, en días de calor y calma, cuando la Plaza de la Concordia se llena de carruajes, y la Puerta monumental, con sus taquillas en abanico, apenas pueden facilitar el paso á las muchedumbres, que se empujan é impacientan para entrar, entonces, cuando se deja atrás la puerta barroca, con su iluminación espléndida, la entrada al parque y jardín cuajados de luces y flores, de estátuas y monumentos, la vista se recrea en aquel conjunto grandioso, ávida de abarcar el arte en la naturaleza y en las obras de los hombres. Los castaños de Indias, que ya no ostentan sus panículas erectas y matizadas, recogen con sus hojas palmeadas la luz de los globos rojos que penden de las ramas; y los destellos de las lámparas eléctricas, al chocar con los matices rojos de los globos venecianos, los colores verdes de las hojas y los tonos de los pétalos florales, el espíritu se recrea en aquella obra grandiosa, que es harmonía de cuanto crió la naturaleza y combinó con arte la inteligencia de los hombres.

Sí eres, lector, alma apasionada de lo bello, al llegar aquí, párate y contempla; no quieras saber nombres, ni deta-

lles, ni matices; busca la síntesis, el conjunto, y bebe á boca llena el encanto de lo que han prodigado estos hombres en corto espacio; llena tu retina de luz, de forma y de color; aprisiónalo todo en tu cerebro, y teme solo que la orgía de tonos llegue á producir en tu organismo el espasmo nervioso y la sacudida eléctrica que convierta el goce en agudo dolor. Y cuando hayas conseguido arrancar de tus ojos la sugestión de este paraíso encantado, y atravesado el eje de la gran avenida que va de los Campos Elíseos, con su movimiento vertiginoso de carruajes, al palacio de los Inválidos, donde un gran hombre duerme el sueño augusto de la muerte, tan cerca está siempre en este mundo la vida, con sus estremecimientos, de la muerte con su serena calma, al poco rato, entrarás en la *Rue de París*, que forma contraste extraño, casi doloroso, como si dieras un salto atrás, pasando rápidamente de lo sublime á lo ridículo, de lo magistral á lo grotesco, de la luz que deslumbra á la sombra que entristece; y sin embargo, no falta allí la alegría, ni la algazara, campo de feria, estrecho, en que no has de buscar el barracón y la candileja, sino el ampuloso toldo lleno de luces de colores, de mujeres casi desnudas, alternando con inmensas *serres* acristaladas, en forma de ábsides repetidos, que de día centellean heridos por la luz del sol, y cobijan la producción hortícola de Francia, con el palacio de la gran ciudad en que expone el desarrollo de sus servicios municipales, y con el palacio de los Congresos en que la ciencia y el arte pregonan por el mundo y apuntan en todas direcciones del horizonte lo que son etapas nuevas, puestas como esperanza á las legítimas aspiraciones de la inteligencia humana.

LA ROULOTTE

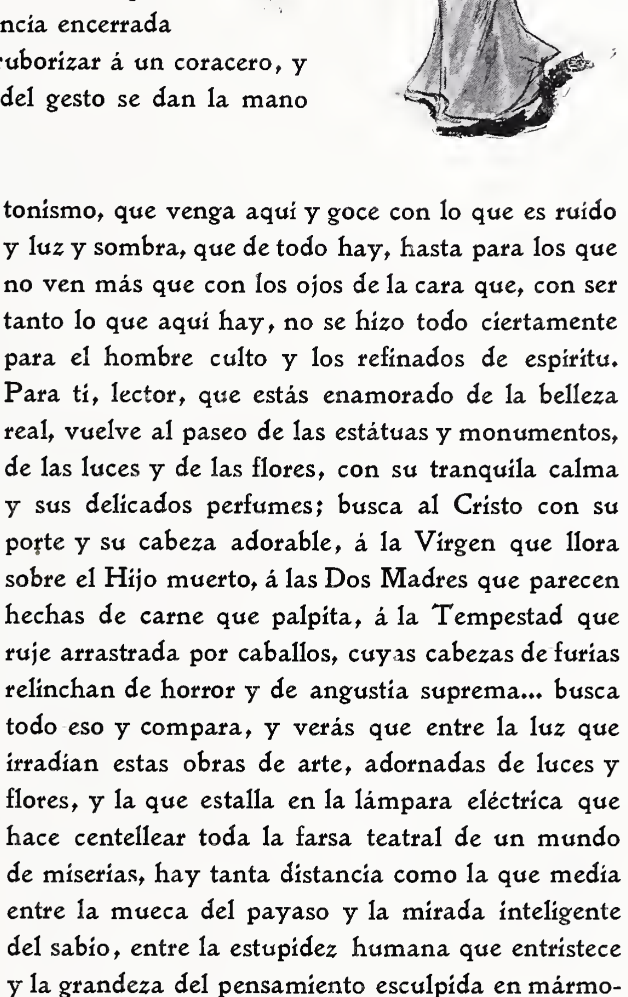
Es inútil preguntar que significa y á que obedece

esta mezcolanza de ciencia y arte, de lo fundamental en la sociedad moderna con lo fútil y divertido de los que gozan de la vida sin pensar en las contingencias del mañana; aquí, en la Calle de París, todo está mezclado y confundido: desde los grandes ventanales del palacio de los Congresos estoy viendo la *maison renversée*, mientras el disertante, para ser oído, ha de cerrar los balcones, porque el grito estridente del payaso, la murga más ó menos afinada, el orador callejero, turban su pensamiento y confunden su voz... pero la seducción es tanta, la fascinación tan completa, la hospitalidad francesa tan franca, que todo nos parece bueno y apropiado á las vertiginosas exigencias de la vida moderna.

La *maison renversée* fija la atención por sus elementos arquitectónicos invertidos; el arco apuntado ya no mira al cielo, los frisos, los dinteles, las volutas, el reloj con sus minuteras, todo parece visto de arriba abajo, como si las gentes hubieran de entrar en la casa por el tejado: pero, lo que en el exterior es una convención decorativa, en el interior, la inversión es obra del fenómeno de reflexión en espejos colocados de manera que todo lo que hay en el suelo y está oculto tras pantallas ingeniosamente colocadas, se ve en el techo invertido, como puesto colgando de él, y sosteniéndose por milagro. El fenómeno, por lo visto y conocido, causa poco efecto, y muchos se llaman á engaño, y especialmente el extranjero.

Si el visitante es poco culto, y está mal avenido con lo que juzga engaño, grita y protesta, y en la *Maison du Rire*, un paleto pedía á gritos que le de-

volvieran el dinero, porque juzgaba que los dibujos más ó menos grotescos, las acuarelas abocetadas, y las caricaturas políticas que llenan el local y han dado la vuelta al mundo, llevadas por la fuerza expansiva de esta raza ingeniosa, no satisfacían sus aspiraciones, ni le hacían reir como tenía gusto en hacerlo, y le prometía un rótulo tan sugestivo como engañoso para él.

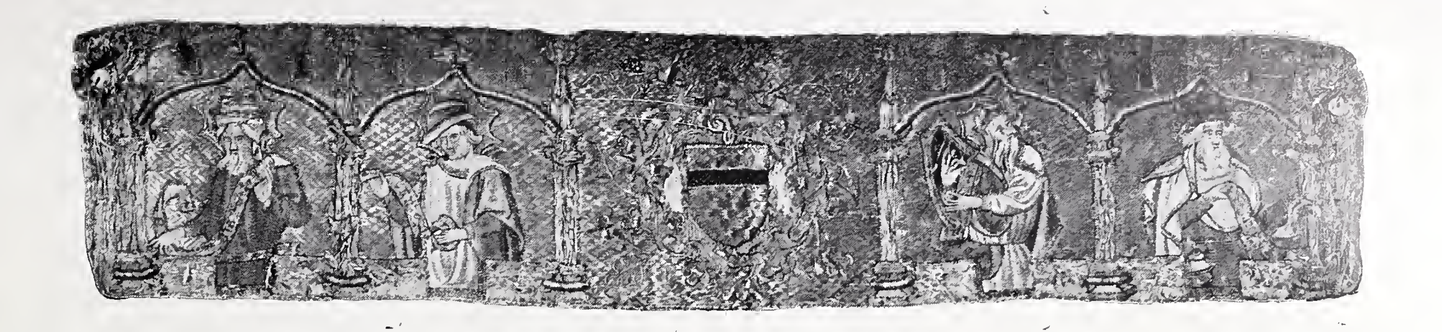


Pero lo que domina en esta calle dedicada á los niños grandes, es el *guignol* en todas sus formas y manifestaciones: en *Les bonhommes Guillaume*, con su escenario ricamente decorado, sus polichinelas de un automatismo prodigioso, lleno todo de luz y color; en el callejero, montado sobre cuatro tablas, en que el amante y el marido engañado, el suegro y la nuera van á la greña, se golpean y andan á palo limpio, alternando lo sugestivo de la parla, con lo jocoso del gesto y lo ruidoso de la pelea; y mientras las gentes ríen como niños, más lejos, como si estuviera en plena feria, el payaso perora, incita y pregona su mercancía encerrada entre cuatro tablas en que se dicen cosas capaces de ruborizar á un coracero, y se subrayan frases en que la política y la procacidad del gesto se dan la mano para echar por tierra todo lo que antes constituía el decoro de las naciones civilizadas. La *Roulotte*, el café cantante de las notabilidades *montmartroises*, el fonógrafo que canta, el teléfono que recoge todos los éxitos de este inmenso París de la bohemia universal, el *Palais de la Danse* en que se afinan y adornan, con nuevos atractivos, las danzas de todos los países de la tierra... quien no sea difícil de contentar, quien ame lo aparatoso y rutilante, quien ame la luz que centellea y se aviva en los ojos de las mujeres que enseñan el pecho y las espaldas, como incitantes meretrices, á quien le guste, el cuadro vivo, de carne palpitante, acompañado de triste melopea, recogido todo esto en espacios cerrados en que domina la nota de color, pintada por gentes atacadas de daltonismo, que venga aquí y goce con lo que es ruido y luz y sombra, que de todo hay, hasta para los que no ven más que con los ojos de la cara que, con ser tanto lo que aquí hay, no se hizo todo ciertamente para el hombre culto y los refinados de espíritu. Para tí, lector, que estás enamorado de la belleza real, vuelve al paseo de las estátuas y monumentos, de las luces y de las flores, con su tranquila calma y sus delicados perfumes; busca al Cristo con su porte y su cabeza adorable, á la Virgen que llora sobre el Hijo muerto, á las Dos Madres que parecen hechas de carne que palpita, á la Tempestad que ruje arrastrada por caballos, cuyas cabezas de furias relinchan de horror y de angustia suprema... busca todo eso y compara, y verás que entre la luz que irradian estas obras de arte, adornadas de luces y flores, y la que estalla en la lámpara eléctrica que hace centellear toda la farsa teatral de un mundo de miserias, hay tanta distancia como la que media entre la mueca del payaso y la mirada inteligente del sabio, entre la estupidez humana que entristece y la grandeza del pensamiento esculpida en mármoles y en bronces que levanta el espíritu y que, no pudiendo ser ángeles, nos consuela de ser hombres.

Rafael PUIG y VALLS

Ilustraciones de A. UTRILLO

UN RINCON DEL TALLER DEL ESCULTOR QUEROL, EN MADRID



LA CONFESION

I

Cuando pasó á mejor vida el protagonista de esta vulgar historia, los diligentes *reporters,* que todo lo averiguan — todo lo que á nadie importa y lo que nadie tiene que averiguar — lograron saber :

1.º Que un mendigo de profesión, recogido por caridad en el hueco de la escalera de cierta casa de vecinos y que vivía á costa de la credulidad de las almas piadosas, había sido hallado muerto, á los tres días de no verle salir de su miserable cuchitril.

2.º Que le conocían de muchos años atrás por *El tío Roque* y había venido engañando de un modo infame á sus bienhechores, porque era un redomado hipócrita y avaro, en cuyos sucios andrajos se habían encontrado muchas monedas de oro y multitud de plata y cobre.

3.º Que, aunque no se sabía nada de su historia, debía ser *hombre de historia,* porque si bien era pacífico y callado y tenía aspecto bonachón, era incrédulo, pues nunca se le vió en la iglesia y se había dejado morir como un perro, sin pedir confesión, ni ningun género de auxilios espirituales.

Y, 4.º Que el mendigo rico, segun certificado de los médicos forenses, había muerto de hambre.

Total: un infeliz, tres veces pobre, que había muerto como había vivido. *¡ El colmo de la miseria !*

II

Después de ordenado el levantamiento del cadaver y cuando se habían retirado los entrometidos é indiscretos gacetilleros, presentóse al Juez de guardia una buena mujer, vecina de la misma casa, y le entregó, de parte del difunto, un paquete cuyo ajado sobre decía así :

« Á Sor María de la Concepción.
Hospital de... »

El concienzudo representante de la justicia llevó la carta á su destino: leyóla emocionada la virtuosa é incansable hermana de la Caridad á quien iba dirigida, y, alargando un papel al Juez, le dijo :

— Mil gracias, caballero : cúmplase la voluntad del testador.

El papel solo contenía estas palabras :

« Cuanto tengo es de los pobres: sea para sus legítimos dueños.

Roque de... »

— Así se hará, hermana.

— Dios se lo pagará.

III

Tras breves intantes de recogido silencio, el Juez se atrevió á insinuar :

— ¿ Seríais tan amable, señora, que me permitieseis leer ese documento que tanto os ha impresionado ?

— Caballero, aunque se trata de un secreto... *insignificante,* tomad :

Y le alargó la carta, que decía así :

— Inolvidable María : Perdóname si llego á turbar la santa paz de tu hermosísimo corazón, removiendo por última vez los recuerdos de mi miserable vida : al bajar á la tumba quiero tener el consuelo de llevar como oración sagrada un pensamiento tuyo. ¡ Perdóname !

Bendita sea la hora en que mis infinitos yerros me llevaron á ese benéfico Hospital. Llegué herido de cuerpo y alma después de haber derrochado el inmenso capital de mis padres, de haber destrozado mi salud, de haberme desengañado de las mentiras del mundo, de haber perdido hasta la esperanza de salvación.

Cuando te ví á mi lado, ¡ á tí, á quien tanto daño hice con mis locuras de pródigo vicioso ! creí morir de pena y de remordimientos. Ví en un instante el tesoro de cariño que había despreciado, comprendí el sacrificio que por mí habías hecho, quise llorar y perdí el conocimiento.

Cuando volví en mí, aun estabas á mi cabecera como madre cariñosa, y con dulzura que me llegó á lo más recóndito del alma, me dijiste :

— Somos mortales, hermano: ¿queréis que llame ahora mismo al confesor?

No sé qué te contestaría; pero estoy seguro de que salieron desbordados todos los impulsos de mi corazón, todas las penas de mi pecho, todos los recuerdos de mi memoria.

Siempre piadosa, quisiste ocultarme tus impresiones; sin embargo, sé que llorabas. ¡Una lágrima tuya vale mil veces más que mi vida!

Cuando terminé mi *confesión general,* recuerdo que te dignastes pasar tu delicada mano sobre mi calenturienta frente, y que me recomendaste sosiego, calma, fe y esperanza en Dios. Diciéndolo tú ¿quién no obedece?

Sané corporalmente — casi por milagro, decía la ciega ciencia humana — y al darme el alta, te pregunté:

— ¿Dónde voy yo y qué he de hacer en el mundo?

Entonces ¡dichoso momento! con voz que yo solo pudiera oirla, me hiciste esta recomendación:

« Trabaja por tu alma: profesa de pobre y reparte lo que te den entre los desgraciados. »

Me marché animoso, cumplí con satisfacción tu encargo, juzgué hermoso ese empleo de mi vida, vagué socorriendo miserias y al cabo de un año volví á tu Casa ansioso de confesar... con quien tan dulce penitencia me había impuesto.

Oiste ¡bendita seas! la relación de mis viajes de pordiosero, mi alegría al comparar la vida de opulento gastador con los regalos de príncipe que el mendigo hacía á otros más infelices que yo, mi orgullo al despreciar los blasones de mi escudo para vivir fraternalmente con los menesterosos, mi reconocimiento á tus bondades al creerme ya redimido...

« Estás equivocado, pobre hermano mío, me interrumpiste suspirando; aun no has entrado en el verdadero camino: esa es una nueva forma de tu vanidad; gozas repartiendo lo ageno como antes despilfarrando lo propio; sigues siendo pródigo, y ya te crees justo: aun no has hecho bastante. »

— ¿Qué he de hacer para complacerte y regenerarme de veras?

— Pedir á Dios misericordia y vencer los impulsos que nos llevan á vías de perdición.

— ¿Cómo? Dí: estoy pronto á obedecerte.

— « Pues bien; pide otra vez limosna, mantente á pan y agua, habla solo lo indispensable, piensa en las máximas de tu santa madre y conserva contigo el dinero que te produzcan tus postulaciones. »

Tenías razón, María de mi alma: es más difícil retener el dinero que gastarlo en placeres mundanos y que regalárselo á los indigentes. Las monedas me queman, porque recuerdo los montones que desperdigué en locas diversiones; porque pienso que sin mis menguadas riquezas hubiera podido ser feliz en tu compañía; porque considero el daño que han podido hacer por el mundo esas metálicas nonadas...

Mil veces quise verte para que supieras que había seguido tu plan al pie de la letra; pero un día de ayuno, pensando en mi buena y cristiana madre, dije: «No; ahora tengo otra vanidad, la de ser avaro, como antes fuí despilfarrador. No quiero que piense María que lo hago solo por ella: hagámoslo por amor de Dios. »

Por eso no te he vuelto á ver, único consuelo mío; por eso te escribo estas letras pidiéndote perdón por lo mucho que te hice sufrir y para preguntarte después de muerto: « ¿Me quieres? »

Tuyo hasta la eternidad,

Roque.

IV

Cuando el Juez acabó la lectura, echóse á reir la beata y, recogiendo el papel con ademán de indiferencia, dijo:

— ¿Ha visto V. que ocurrencia de viejo loco? Después de todo era una manía inofensiva...

— ¡Y tanto, señora, y tanto! ¡Dios lo haya perdonado!

Despidióse el recto funcionario; la Hermana entró apresuradamente en su cuarto, quemó la carta, llorando á mares, rezó por el difunto y cayó al suelo, como herida de un rayo, exclamando:

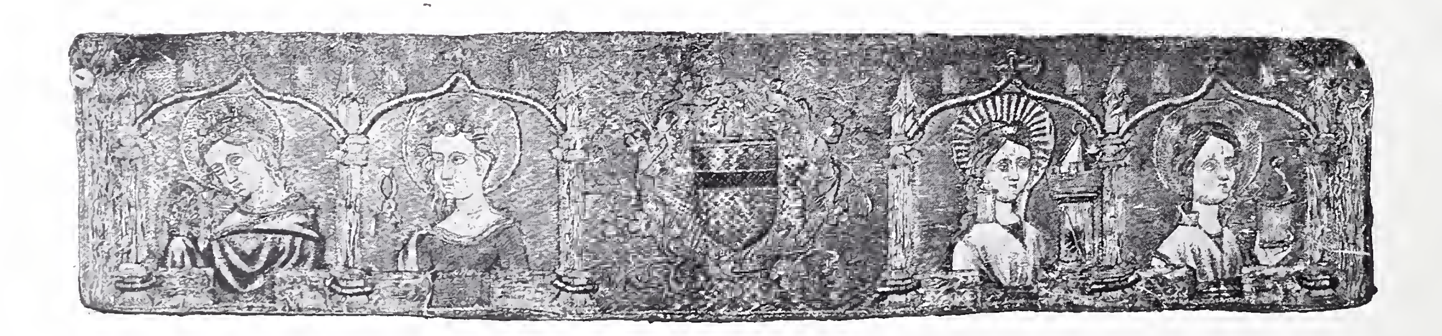
« ¡Señor, ten piedad de nuestras almas! ¡Bendito seas!

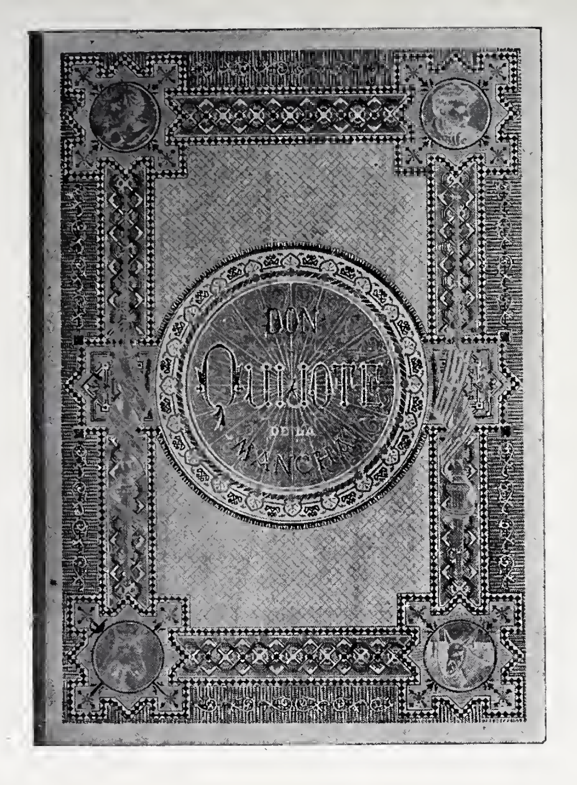
V

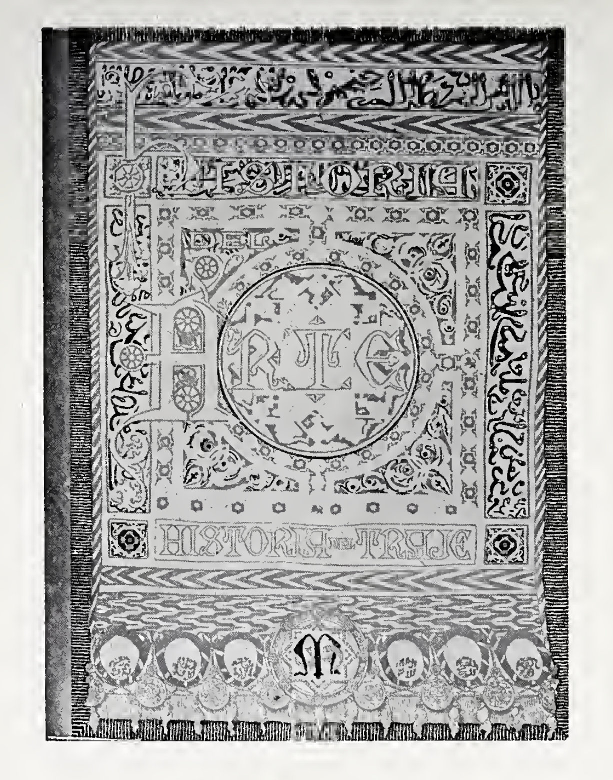
Los avisados *reporters* supieron que la virtuosísima Sor María de la Concepción había fallecido en olor de santidad.

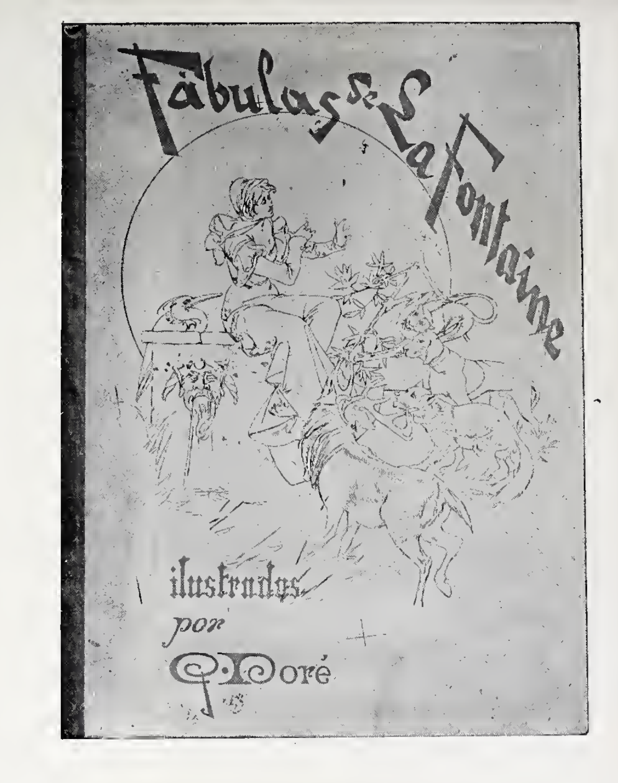
Pero se guardaron muy bien de decir que había muerto sin confesión.

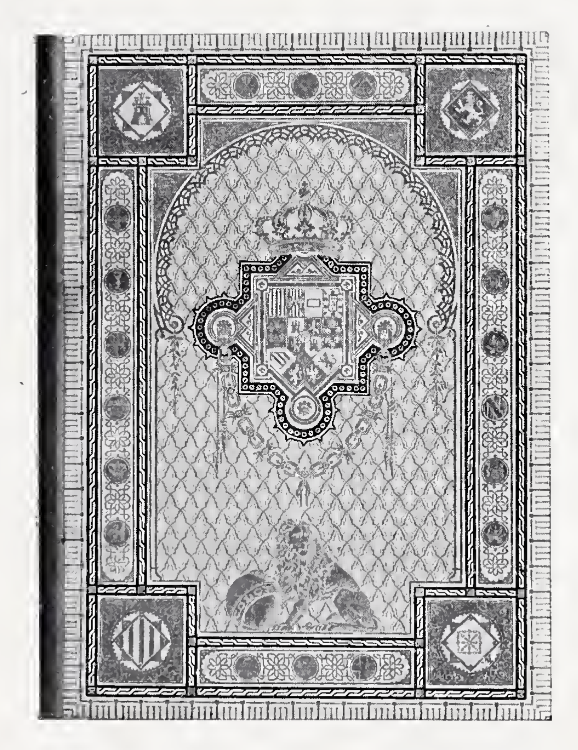
Manuel Díaz Martín

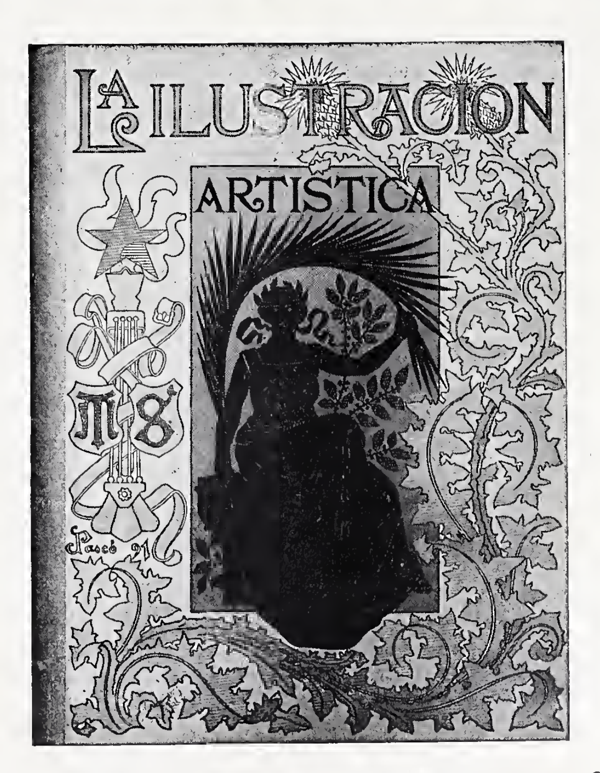


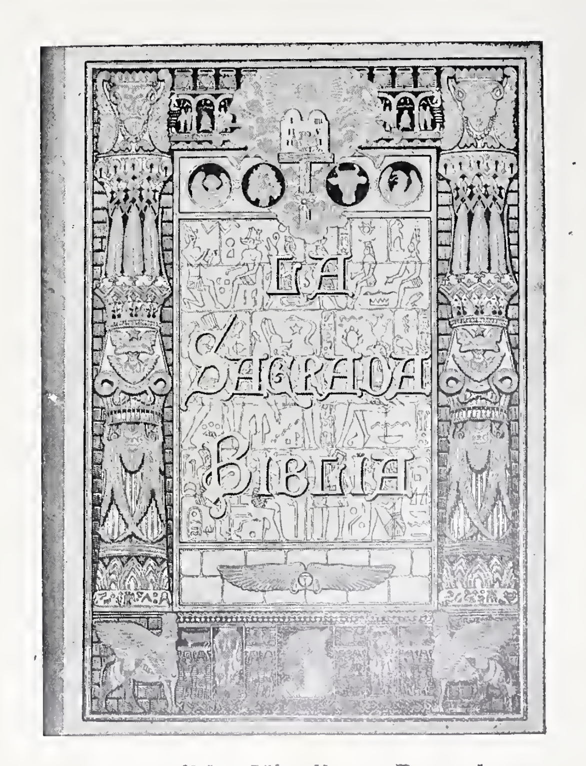






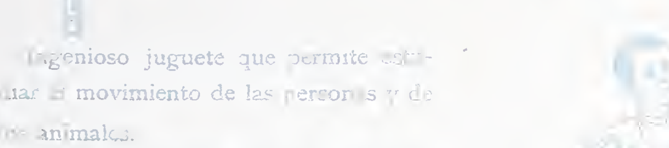






Encuadernaciones y tapas para las obras editadas por los Sres. Montaner y Simón. - Hermenegildo Miralles; Barcelona

ANIMATÓGRAFO FAMILIAR



Ingenioso juguete que permite estudiar el movimiento de las personas y de los animales.

Los adultos admirarán en él [illegible] de la fotografía [illegible] movimientos y para los niños es un juguete [illegible].

PRIMERA SERIE

FOTOGRAFÍAS INSTANTÁNEAS

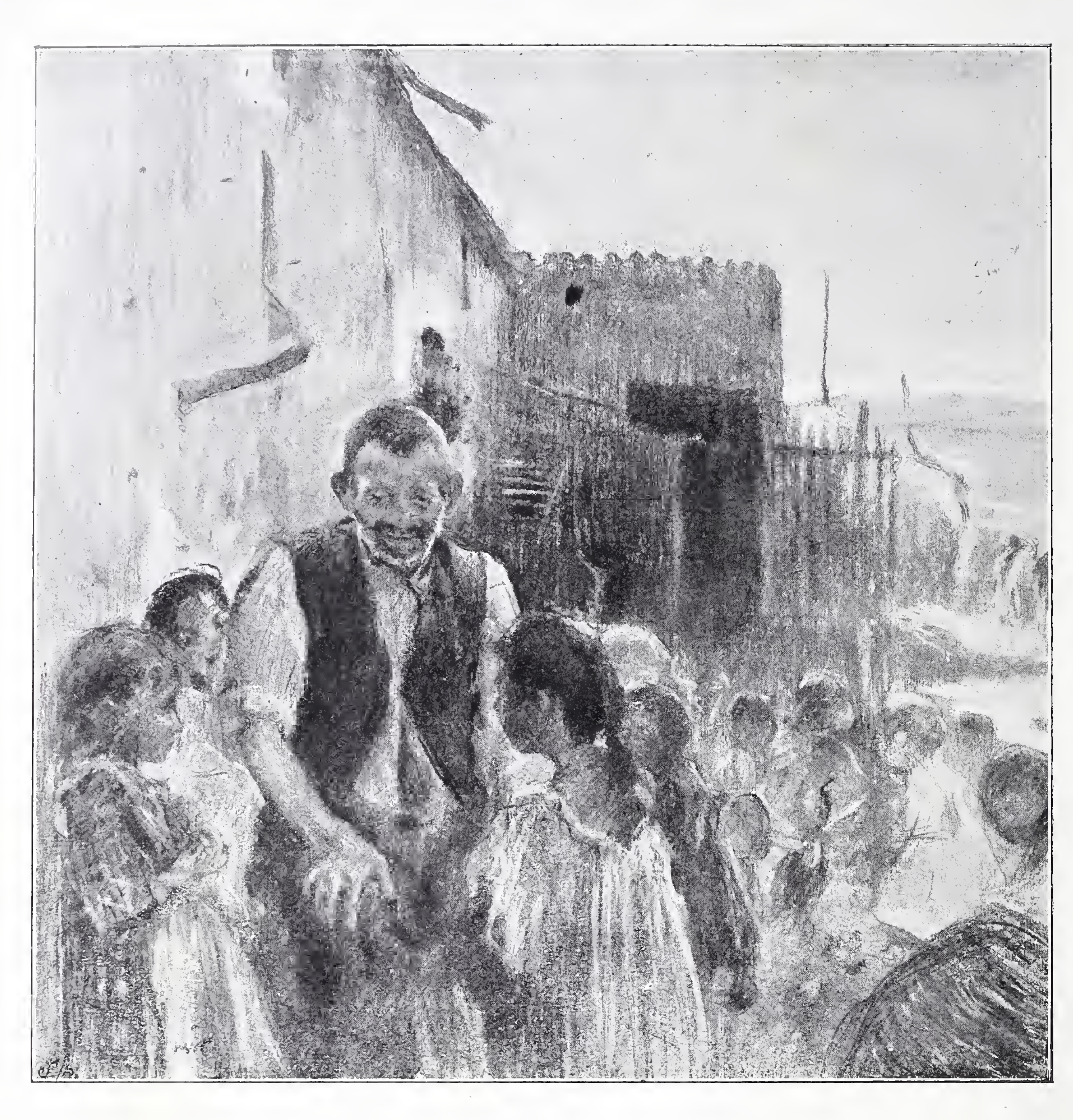
[illegible] Caballo al paso, Caballo al trote, Caballo al galope, [illegible]

[illegible]

Cuatro pesetas.

A los corresponsales que pidan 4 ejemplares de una vez se les mandarán francos de porte.

Hispania:
N.º 34 - 15 JULIO DE 1900 HERMENEGILDO MIRALLES. - BARCELONA



J. MIR.—EL ABUELO

EL BUZO DE LA MUERTE

Parece que aun la vea, aquella Sala de Profesores de la Facultad de Medicina. Recibía luz y saludable oréo por un ancho ventanal abierto al Norte, semejante á un gran paisaje colgado en lo más alto del muro para no estorbar la colocación de los muebles de aquel lado. El ventanal daba á un patio medianamente angosto, inasequible á la vista desde dentro, cerrado por un gran paredón, en el cual la brocha pecadora de un pintamonas pretencioso había representado un jardín tropical de flora caótica, anegada en un verde sucio, húmedo, indiferente al espléndido cielo azul que remataba por arriba la obra del anónimo ornamentador y crecía inacabable hasta el tejado. Aun cuando se cerrasen las vidrieras, la luz llegaba á la Sala de Profesores reflejada por el colosal mamarracho y alteraba allí la tonalidad de las tintas.

Era á fines de Abril, cerca del mediodía; se estaba formando una tormenta, y el carreteo confuso de truenos abortados daba á entender que no llegaría la tarde sin traer un aguacero intempestivo. Tocando á los quiciales de la puerta dos cuerpos de librería puestos de riguroso luto y repletos de libros encarnados ocupan la testera, las otras tres paredes dan apoyo á largos escaños rojos, de ese terciopelo de Utrecht barato, sin el cual no se comprendería ningun salón en los establecimientos oficiales. El tapicero creyó deber suyo poner también en las paredes un papel granate que casi pudo haberse ahorrado, porque los cuadros se tocan. Son estos lo retratos al óleo de todos los decanos que ha tenido la Facultad en los dos últimos siglos; mas el cuadro del centro, frente á la ventana, es una mesa revuelta artísticamente combinada con fotografías de todos los señores que en la actualidad desempeñan cátedra en aquel celebérrimo palacio docente. Los señores al óleo están muy graves, unos con peluca, otros con coleto, los más con el cráneo desnudo y reluciente, y todos miran á la gran mesa central, quien con ceño, quien con asombro, como si nunca la hubiesen visto en aquel sitio.

El día á que nos referimos, la mirada convergente de todos aquellos sabios pretéritos era motivada, porque no se veían encima de la mesa libros, revistas, escribanías y sombreros de copa como de costumbre. ¿ Qué iba á pasar allí ? La mesa estaba cubierta con un colchón. ¡ Cosa más rara !

Iban entrando los maestros uno tras otro y voceaban desde la puerta un « buenos días, señores » que iba para todos y para nadie, porque allí, como en los cabildos, hay compañeros que se saludan, pero no se hablan.

Iban, pues, ocupando los escaños en este ó en aquel paraje, segun secretas afinidades, y en uno de ellos el buen D. Antonio departía con Tellez el fisiólogo, y la conversación parecía interesar á todos. D. Antonio era el Decano, hombre amabilísimo, modesto, de complexión blanda y rostro sonrosado puesto entre dos patillas de armiño. El Dr. Tellez era un joven moreno, de frente despejada y barba semítica, dotado de una mirada penetrante y ansiosa, que salía al mundo pasando por unas muy pulcras gafas de oro.

— La Facultad es pobre, Conradito,— decía el Decano al fisiólogo — pero no he querido..., es decir, he tenido la persuasión de interpretar los deseos de todos ustedes ¿ estamos ? la persuasión de que ustedes verían con gusto este caso portentoso.

— Usted es la discreción personificada, señor Decano. La Facultad agradece; es decir, creo interpretar el pensamiento de mis compañeros al decir que la Facultad agradece y estima esta prueba de deferencia.

— Por de contado. Exactísimo.— dijeron varias voces.

— Gracias, doctor Peña. Gracias, señores.

El Dr. Peña era Profesor Clínico; muchacho listo y

marrullero, escéptico hasta el tuétano, con grandes alientos, personilla menuda y un ojo médico como una barrena de fino temple.

— Señores,— iba diciendo el buen D. Antonio— he creído que podíamos gastar doscientas pesetitas en este caso.

— ¿ Cómo ? ¿ Sólo doscientas pesetas ? — exclamó Tellez enarcando las cejas.

— Parece mentira lo que puede inventar un gandul para ganarse cuarenta duros, — dijo Peña.

— Pero ¿ á qué hora viene ese condenado Portoni ?

— Á las once y media; no puede tardar ya — dijo el Decano; á no ser que la lluvia le detenga, añadió mirando al ventanal.

Todos volvieron la cabeza hacia el paredón de enfrente.

— Bermudez ¿ me hace V. el favor de tocar el timbre ?

El interpelado oprimió el botón: entró el bedel, gorra en mano.

— Canencia, estoy desde las siete con el mísero chocolate. Tráigame un poco de Jerez y unos bizcochitos.

En esto, una hermana de la Caridad, joven y linda, llegó con una sábana y un cabezal y acomodó ambas cosas sobre el colchón con mañosa y simpática presteza: su toca inmaculada parecía una paloma aleteando en torno de un altar enigmático. Cuando Canencia entraba, Sor María le tomó la bandeja y ofreció el refrigerio al anciano, quedándose en pie con un aire tan natural como respetuoso.

Don Antonio tomó la copa en la mano izquierda, la llevó hasta la altura del pecho y con un bizcocho en la diestra, dijo á la monja :

— Sor María, hoy tendremos aquí al célebre Portoni.

— ¿ Es ayunador, D. Antonio ?

— No es ayunador; es un portento.

Mojó el bizcocho, fué con la boca adelante en demanda de la reblandecida y escurridiza sopa, y con ella entre los dientes añadió:

— Es un hombre que hace con el corazón lo que usted haría con un dedo.

— Sor María, interrumpió Peñita, el corazón de Portoni es indigno de ser comparado con el dedo meñique de usted, dicho sea con perdón de Don Antonio.

— Deje V. en paz mis dedos — replicó la monja con dulzura.

— Dios los bendiga — añadió el Decano.— Pues Portoni, cuando él quiere, suspende el latido de su corazón y se queda como muerto. Lo hace andar ó lo mantiene quieto á su capricho.

— ¡ Jesús! Esos experimentos son terribles— exclamó la hermana.— Pero yo me estoy aquí charlando y hago falta en la enfermería.

Y se fué con la bandeja. Peñita la siguió con la vista hasta la puerta.

La conversación iba generalizándose entre los doctores. Bermudez aseguraba que el caso de Portoni era único en la ciencia. El movimiento del corazón no puede ni debe estar sometido á la voluntad y era inconcebible un hecho de esta índole dentro de la precisión admirable y de la riqueza del aparato nervioso del centro circulatorio, á menos de que se admitiese que Portoni era un enfermo. Bermudez abogaba por la hipótesis de una lesión en el nervio sensitivo. Tellez discutía con calor: él había visto un hombre que podía contraer ó dilatar sus pupilas en cualquier momento á su antojo, y el caso era el mismo *mutatis mutandis;* únicamente variaba la localización del fenómeno. Disputaron mucho y no llegaron á entenderse.

— Estoy seguro — decía Bermudez — que en la autopsia encontraríamos la lesión; para mi no tiene vuelta de hoja.

Tellez aseguraba que en la autopsia no se hallaría nada.

Portoni era entonces hombre de actualidad. Ni Tanner, ni Succi, ni otros compatriotas suyos taumaturgos, habían logrado causar en los centros científicos la impresión que él, sencillamente, reservaba á la investigadora curiosidad de los sabios por unas pocas liras. Dos años llevaba de peregrinación por todas las capitales de Europa. Las Revistas científicas y la vocinglera prensa diaria se ocuparon repetidas veces de aquel sujeto maravilloso, que sabía simular la muerte ante médicos avezados al análisis de los signos de defunción y que, después de llevar á su ánimo el convencimiento de que real y efectivamente había fallecido, con la habilidad de un juglar siniestro volvía á

la vida desde las profundidades del otro mundo y, con sonrisa de triunfo, alargaba la mano para recibir las doscientas liras. Era el colmo de la gracia para pedir.

Traía Portoni un álbum lleno de testimonios con las firmas más brillantes del mundo médico. En Londres, Sir Audreu Clark escribió de su puño y letra en el álbum dos líneas para comparar á Portoni « con el ave fénix y con el divino Orfeo, el explorador de las tinieblas.» Ferrier, el gran fisiólogo, le recomendaba á la admiración de los estudiosos. En Francia, daban testimonio de su atroz anomalía Charcot el inmortal, y Brown-Sequard el ingenioso; Potain y Dieulafoy obtuvieron de Portoni una sesión excepcional. Kunye en Heidelberg, Virchow en Berlín, Seminola en Nápoles, se dignaron certificar que Portoni era un semidios, puesto que tenía por hábito morirse todos los días, ó lo que es igual, disfrutaba el privilegio de ser refractario á la muerte.

Las condiciones que imponía Portoni eran siempre las mismas: que la muerte no había de durar más de tres minutos; que se pondría enteramente desnudo; que antes de morirse sería reconocido, para demostrar que no padecía enfermedad alguna; que nadie tendría derecho á pincharle, golpearle ó lastimar sus carnes de otro modo, mientras durase la muerte aparente, y que los experimentadores se abstendrían en absoluto de tratar de reanimarle con los auxilios del arte, porque alguna vez había sucedido que, alarmados los médicos por la verdad del cuadro fingido, se apresuraban á volverle á la vida y esto le producía tal sacudimiento nervioso que luego estaba enfermo dos semanas. Él no necesitaba á nadie para resucitarse: tenía mucha práctica en esta materia.

* * *

Canencia entró, gorra en mano, á eso de las doce y anunció á Portoni. Todo el mundo se puso en pie y miró hacia la puerta.

Il Signor Andrea Portoni no tenía el aspecto de un tenor de cartel: Peñita se lo había figurado como un vendedor de santos de yeso, pero algo mejor vestido. El excéntrico personaje era un gomoso, un tipo rubio, de bigote fino muy violentado por las tenacillas; un joven elegantísimo, alto, de modales desahogados, que calzaba guante canela, trascendía á piel de España y hubiera sido de muy buen efecto en un escaparate. Á Peñita le fué antipático.

Respondió el toscano con amabilidad á un diluvio de preguntas, informóse de si estaba dispuesta la cama, palpó la almohada, rehusó un cigarrillo que se le ofrecía y pidió la venia del Decano para comenzar el experimento.

Rodeábanle los Profesores en actitud curiosa y deferente y él procedió á la operación de desnudarse, que no fué larga. Cuando hubo tirado del segundo calcetín, echóse á reir alegremente y, golpeándose los pectorales, se puso en pie sobre la alfombra diciendo como invitación:

— *Eccomi, Signori.*

Por un instante todos quedaron suspensos. El desnudo masculino nos es tan poco familiar en su aspecto de hermosura y de salud, que hasta aquellos doctores, habituados á la anatomía y á la desnudez, gustaron de recorrer con la mirada el mármol vivo, sobrio de musculatura, erguido de dorso, flexible y armonioso; aquella piel fina y blanca, casi lampiña, que pasaba como un guante sobre los intersticios musculares, lustrosa en los hombros, sonrosada en las mejillas, dejando transparentar acá y acullá el suave matiz azulado de las venas. Tellez estuvo pensando que él nunca hubiese sospechado que tan rica escultura cupiese dentro del traje amanerado de un lechuguino. Mentira parecía que aquel hermoso cuerpo fuese á transformarse dentro de un minuto en un cadáver.

Sin dejar de sonreir, Portoni miró hacia el ventanal; por allí entraba una luz entre gris y verdosa; el carreteo de trueno lejano distraía la mente y dentro de la sala roja flotaba un ambiente cárdeno.

Muchas manos cayeron sobre el pecho y la espalda del desnudo, palpando y percutiendo con un ojo en cada dedo. Después, media docena de estetóscopos se pegaban á las carnes del toscano; con los largos tubos de goma y la seriedad de los actores aquello parecía una escena del mesmerismo antiguo ó una audición fonográfica en barraca de feria.

Cuando Portoni se aproximó á la cama, no podía ser contemplado sin emoción profunda. Antes de tenderse á lo largo, se quedó un instante apoyado sobre el codo, con la pierna izquierda encogida, como el Ilisso del Partenón, y la sonrisa se desvaneció en sus labios. Miraba hacia la vidriera como si tuviese delante de sí el insondable, el infinito enigma de la vida; miraba sin pestañear, petrificado en una actitud inolvidable. Oyósele decir con voz débil :

— *Madona ! Qual tetra luce !*

Luego se pasó la mano por la frente, se atusó el bigote y, volviendo á sonreir, dijo en italiano con mucho donaire:

— Vaya, señores; procuren no perder el tiempo y estén alerta. Voy á morir.

Súbitamente reinó un silencio sepulcral. Los decanos pintados miraban á una, quien con ceño, quien con asombro, y en sus venerables cabezas vibraba un destello de vida y en sus labios parecía pugnar por salir una palabra amordazada. En derredor del lecho los negros bustos de los catedráticos, quietos y solemnes, alineaban sus testas inteligentes con la emoción expectante é intensa de nigromantes que asisten á un conjuro. El rostro de Portoni expresó con un fruncimiento de cejas, con la inercía del resto de la cara, la mirada fija en el techo y la boca entreabierta, un esfuerzo supremo de voluntad. Pocos segundos más tarde, aquel rostro se descompuso, tomó la blancura del papel y una oleada de palidez recorrió todo el cuerpo como un escalofrío. Los ojos seguían abiertos, pero fijos, vidriosos, cercados de sombra; la nariz se puso afilada y polvorienta, los labios exangües, la mandíbula caída; el cuerpo se enfriaba.

Un zumbido medroso de comentarios empezó á surgir del silencio. Cuando el corazón de Portoni cesó de latir, los de los Maestros se echaron á galopar por su cuenta. Aquellos hombres tenían todos familiaridad con la muerte; la conocían antes de verla, la comprendían viéndola y podían reconstruirla cuando se presentaba antes que ellos en una morada; aquellos hombres tuvieron idéntica impresión :

— Ese infeliz está muerto.

Hubo un instante de ansiedad horrible. Las manos y los estetóscopos se pasaron á una sobre el cadáver, y los Maestros, al mirarse unos á otros, veían su propia idea refleja-

da en el semblante de los demás, en el azoramiento de los ojos, en el fruncimiento de los labios. La Facultad estaba tan pálida como el difunto. Creció el murmullo, desatáronse las lenguas y hablaron todos á un tiempo; pero nadie escuchaba á nadie. Los relojes proseguían su faena indiferente. Peñita anunció :

— Señores, minuto y medio.

El Dr. Tellez fué el primero en recobrarse y rompió á reir.

— Caballeros, dijo, en mi vida he visto cosa igual. Esto es increíble, es divino. Un pisaverde que se gana la vida muriéndose es ejemplo enteramente nuevo. Estoy profundamente agradecido á los Profesores extranjeros que han recomendado este caso. Dentro de un minuto le veremos resucitar y pedir la propina.

— Á punto están los dos billetes, — dijo D. Antonio, que era hombre de órden.

Todos los semblantes se mudaron, radiantes de admiración, coloreados por el entusiasmo. Las lenguas se movían solas.

— ¡ Magnífico ! ¡ Superior ! ¡ Bien por Portoni !

Los Maestros hablaban entre sí con calor. Casi nadie miraba al muerto.

Peñita, viendo que le dejaban el caso todo para él, le tocó las córneas, le puso la tapa del reloj ante la boca, le auscultó con suma atención y luego hizo con el brazo un ademán para reclamar silencio.

— Señores, dijo con entereza; pido humildemente perdón á los sabios extranjeros, pero juro y perjuro que este hombre está muerto en toda regla y que no resucitará hasta que lo haga con nosotros en el valle de Josafat.

Bermudez añadió :

— Ya han pasado los tres minutos.

Todas las miradas se volvieron ansiosas hacia Portoni; de segundo en segundo los corazones volvían á galopar y los rostros á palidecer y las lenguas á paralizarse. En el aire pesado en medio de la luz cárdena, flotaba un malestar siniestro.

Pasaron dos minutos, tres, cuatro.

Don Antonio gritó imperativamente en medio del silencio.

— Este hombre se nos muere. Venga el nitrito.

Varios profesores corrieron á buscar lo necesario, mientras Tellez y Peñita practicaban la respiración artificial. Momentos después, todo el protomedicato se descrismaba para resucitar al italiano. Inyecciones de éter, de trinitrina, tracciones rítmicas de la lengua, flajelación... todo fué inútil. Peñita tenía buen olfato.

Movido por la consternación de sus colegas, Bermudez opinó que el italiano tenía algo en el plexo cardíaco y que si no se hubiese muerto entonces lo hubiese hecho también de repente á la hora menos pensada. Tellez no lo quiso sufrir y empezó una objeción, pero el gran Bermudez le cortó la palabra en esta forma :

— Amigo Tellez, mañana á las dos espero á usted en la Sala de autopsias.

Y señaló con el índice el cadáver.

Manuel Lassala.

Ilustraciones de A. Mas y Fondevila

PLATOS

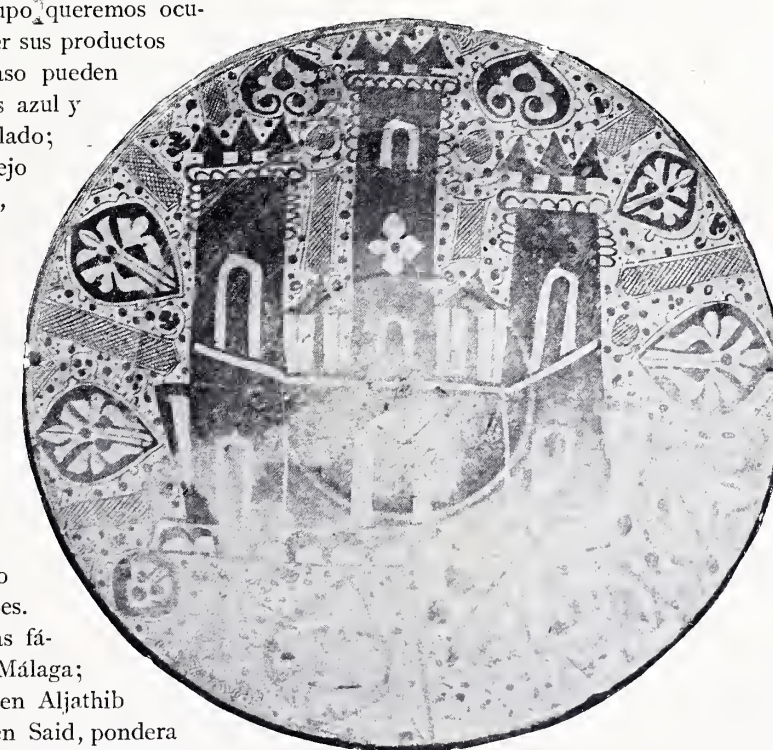
HISPANO-MAHOMETANOS

del

Museo Arqueológico Nacional

Quizá no haya otro punto más obscuro en la Arqueología española que el de las lozas que mayor antigüedad cuentan entre las del país. Los tratadistas, tanto nacionales como extranjeros, nada concreto han podido decir acerca de la historia de esa peregrina industria, cuyos productos tanta estimación merecen de los coleccionistas y tan alto precio alcanzaron en el comercio de antigüedades. Hasta las denominaciones con que ha querido designarse y se designa corrientemente esta cerámica, pecan de vagas y de inexactas. Como los primeros que se preocuparon de clasificarla fueron los extranjeros, denomináronla *hispano-árabe,* para diferenciar los productos de la misma de los de la italiana, con los cuales andaban confundidos en las colecciones inglesas y francesas. El barón Davillier, fundándose en que árabes asiáticos solo lo fueron los primeros sectarios de Mahoma que invadieron la Península, corrigió aquel calificativo, escribiendo el de *hispano-morisca,* término hoy usual fuera de España. Aquí, con criterio más ámplio y más exacto, se llama á esa loza *hispano-mahometana, mudéjar* y *morisca,* segun que se trate de productos de los moros independientes, de los sometidos ó mudéjares, ó de los que después de la conquista de Granada continuaron en el país practicando sus industrias. Pero esta nomenclatura, acomodada en cierto modo á las diferencias artísticas é industriales que se advierten entre las lozas de esos tres orígenes, por el que tienen comun los artífices que las fabricaron, y en general esas mismas tradiciones artísticas é industriales, puede y debe reducirse á un solo término, *hispano-mahometana,* aplicable, tanto á los productos imitados como á los genuinos, comprendiendo en aquellos los de las manufacturas que continuaron en actividad desde que fueron expulsados los moriscos hasta nuestros días, pues tanto ha durado el recuerdo.

Más de tres son por cierto los géneros distintos, y para hablar más propiamente los estilos, de esa cerámica; pero pueden reducirse esencialmente á tres clases de productos: azulejos, platos y vasos diversos de loza y barro. Del segundo grupo queremos ocuparnos aquí, y especialmente de los platos, por ser sus productos más típicos. Sus variedades son muchas, pero acaso pueden reducirse á las siguientes: con labores de colores azul y violeta sobre fondo blanco; con labores azul y melado; con labores de reflejo dorado; con labores de reflejo cobrizo; con figuras y flores de colores azul, ocre, verde y violeta sobre fondo blanco. El fondo blanco es general á todos, por ser el blanco de estaño el primer baño que sufría esta loza.



Precisar cuales fueron los centros de fabricación á que corresponden esas variedades, es precisamente el problema más dificil de esta materia. Como de los tales platos solo han llegado hasta nosotros los que por casualidad se han conservado, y que seguramente fueron llevados de unos puntos á otros, la atribución geográfica se dificulta mucho. Por toda España se hallan. No son suficientes para el esclarecimiento de la cuestión las noticias de los escritores árabes. Ben Batutah (viajero del siglo XIV) habla de las fábricas de porcelana ó loza *dorada* que halló en Málaga; también se ocupa de ellas y de su exportación Ben Aljathib (de igual época); Almaccari, por referencia de Ben Said, pondera

las porcelanas doradas de Almería y de Murcia. Por otra parte, de la persistencia de la fabricación de lozas con reflejo cobrizo, en tierra valenciana da buena cuenta la moderna producción de Manises. La etimología que los ceramógrafos quieren dar á la voz Mayolica—de Majorica, Mallorca — suponiendo que de esta isla pasó á Italia el secrero industrial del reflejo metálico, solo prueba que en las Baleares, como en la costa oriental y en las comarcas del mediodía de España se practicaba aquella industria. Por consiguiente hay que contentarse, á lo menos por hoy, con diferenciar dichos productos por sus diversos estilos, esmaltes, formas, etc.

Tres son las colecciones importantes de platos hispanomahometanos que hay en Madrid: la del Museo Arqueológico Nacional, la del señor Conde de Valencia de Don Juan y la del señor D. Guillermo de Osma. (*) Á ellas deberán añadirse la del *South Kensington Museum* de Londres y las de los Museos del *Louvre* y de *Cluny* en París. La del Museo de Madrid consta de más de trescientas piezas de las cuales la mayoría son platos, y lo demás tarros de botica, escudillas, ollas ú orzas y un magnífico jarrón, pieza monumental y rarísima.

De los platos ofrecemos la reproducción de tres ejemplares de los más importantes. Uno de ellos, con ornamentación azul y violeta, es de suelo plano y borde plano también. El campo de aquel, dividido por dos radios en cuatro partes iguales, ofrece en ellas motivos contrapuestos, bien característícos del estilo granadino, trazado con colores azul y blanco. Como en los jarrones y demás piezas de arte puramente mahometano, hay en este plato dos clases de motivos ornamentales, unos, que son los más importantes trazados con pincel grueso, y otros que cubren el campo, menudos. Estos son aquí de color violado. Este plato puede considerarse quizá como producto de alguna fábrica malagueña y su fecha debe ser el siglo XIV.

El segundo plato no es plano en totalidad, si bien el borde y la zona que rodea el fondo están bastante abiertos. Su decoración ocupa por entero el conjunto sin diferencia de planos; es de esmalte de reflejo dorado, de precioso matíz, sobre fondo blanco perlino, y consiste dicha decoración en la figura heráldica del reino de Castilla sobre un fondo de adorno arábigo. En el revés campea el águila de San Juan, que caracteriza á los productos valencianos. Puede considerarse á este plato como producto de la industria mudejar del siglo XV.

El tercer plato es más hondo, de los llamados de cordoncillo por los filetes resaltados que dividen en muchos compartimientos su inclinado borde. Su adorno, de reflejo cobrizo, es de labor menuda, que forma dos motivos, los cuales alternan en dichos compartimientos, y en el centro ostenta el escudo de Valencia, con el águila. Su estilo es también mudejar, del siglo XV.

José Ramón Mélida

(*) Importantes colecciones de estos platos existen asimismo en Barcelona, donde son generalmente considerados como producto genuino y característico de la industria del antiguo reino de Aragón, y en especial de Valencia, pues, aunque de origen morisco y con reminiscencias de aquel estilo ornamental, nuestros pasados le imprimieron fuertemente el gusto ojival dominante en el país. Acerca de la técnica y los procedimientos industriales propios de estas lozas, ha hecho recientemente importantes revelaciones desde la cátedra del Ateneo Barcelonés, D. Luis Doménech y Montaner, basándose en el estudio de fragmentos cerámicos en distintos estados de elaboración, descubiertos en unas excavaciones practicadas en Manises, centro antiquísimo de tal fabricación. Como colección importantísima entre las de Barcelona, basta citar la de Prats y Rodés en la que abundan los ejemplares de estos platos, con muchas variantes de motivos ornamentales, de colores y de reflejos metálicos. N. de la D.

En Calcutta. – Indios bañándose en el río Hougly

LA INDIA INGLESA EN FOTOGRAFÍA

Paquete de cartas y fotografías de un tal Luis
violadas por un cartero de Barcelona y encontradas casualmente en la calle

POR

ANTONIO CORTÓN

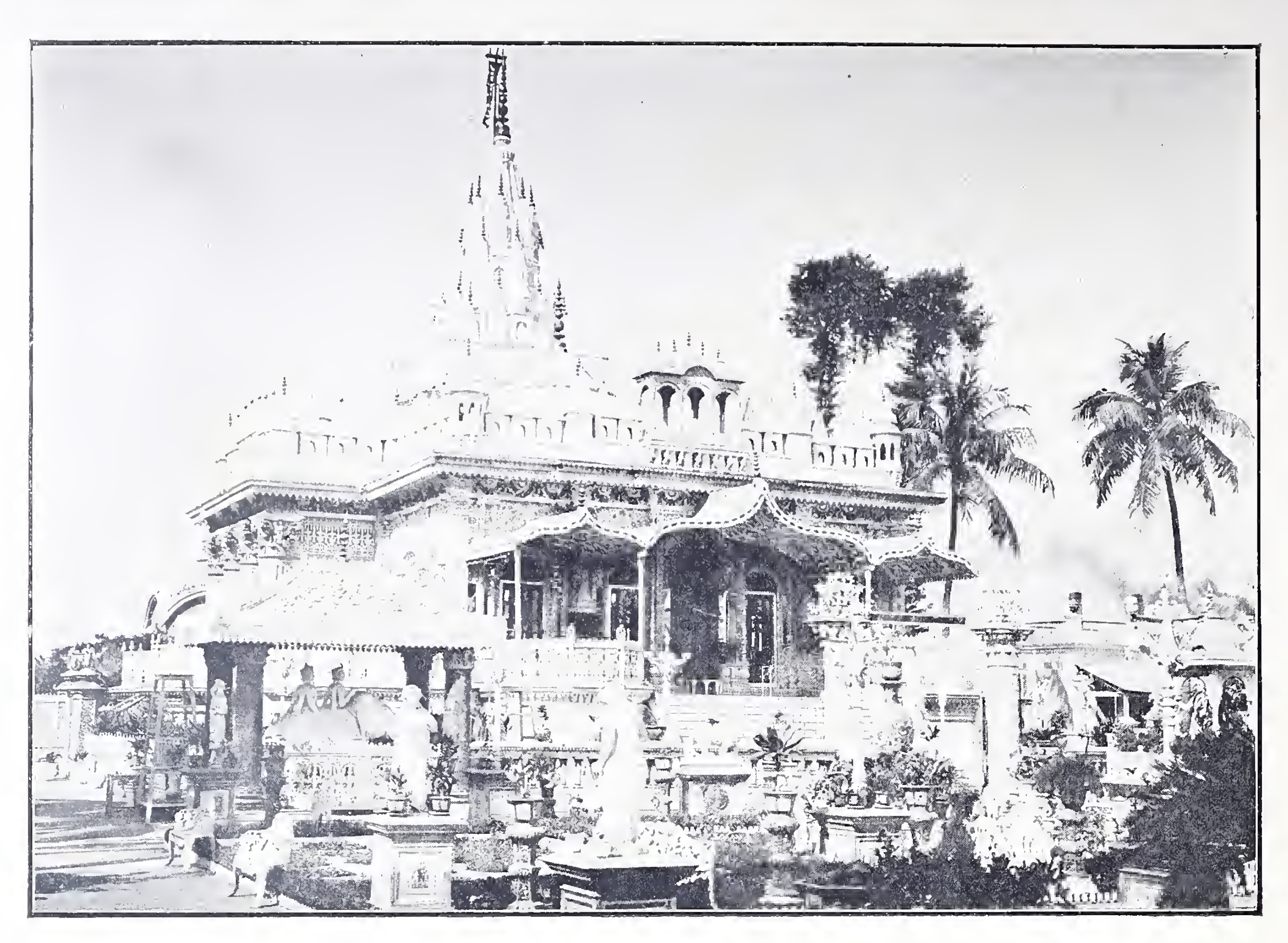
CARTA PRIMERA

De cómo el que escribe llegó á la India.— Un inglés, inspector de ferro-carriles.— La ciudad de Calcutta.— El virrey de paseo.— Indios bañándose en el río Hougly
Influencia social de los *babúes.*

CALCUTTA, *Enero 3 de 1899*

Menuda sorpresa habrás de llevarte, mi caro Gildo, cuando entre el fárrago de tu correspondencia, mitad amorosa, mitad mercantil, te salte un día á los ojos esta carta, y veas y reconozcas mi letra. ¿Me creías muerto, verdad? Pues estoy vivo y sano, gracias á Alá (este Alá y Budha son ahora mis dioses), y bebiendo brandy á todo pasto, y paseando casi todas las tardes sobre los lomos de un elefante con unos colmillos que dan miedo... No se dieron el gusto los tagalos de acabar con este pobre *castila,* emborronador de cuartillas para la prensa. Me salvé — ¿era yo, por ventura, tonto? — de aquel horrible cautiverio. Y como, hallándome en la Oceanía, el Asia estaba más cerca que la Europa, al Asia me vine. Y hoy te escribo desde Calcutta, la capital de la provincia de Bengala y del Imperio Índico.

Me anticipo á tu curiosidad. ¿Qué cómo y por qué causas me encuentro aquí?... Muy sencillo... Logré escaparme á Hongkong. En aquella tierra, bajo la bandera de la Gran Bretaña, conociendo, como sabes que conozco, el idioma de Byron y de Shakeaspeare, me gané de mil modos la vida. Fuí practicante en un hospital. Llegó allí una tarde, por suerte mía, á visitar el establecimiento un sabio ingeniero inglés, Mr. Arthur, que estaba de paso en Hongkong, comisionado por el *Office de l'Inde,* de Londres, para inspeccionar los caminos de hierro de la Australia y de la India. Le hablé, le pinté con negros colores mi situación, le ofrecí mis servicios, y él, bondadoso en grado sumo, me admitió entre su gente, y desde entonces lo mismo le sirvo para ponerle en limpio un informe técnico que para cocer los enormes panes de harina de trigo con que se nutre el Heliogábalo del paquidermo en que hacemos nuestras excursiones. Con él, con este



En Calcutta. – Templo de moderna construcción

majestuoso, pero simpático, Mr. Arthur he atravesado, en vapores de la Mala real inglesa el mar de la China, el estrecho de Malaka y el golfo de Bengala. Con él pienso, si Alá no dispone otra cosa, llegar por la vía férrea hasta Agra, y ver el Tadj, la maravilla arquitectónica.

Entre tanto — no anticipemos los sucesos — algo te diré de Calcutta. Debo advertirte, sin embargo, que no es mi ánimo descubrirte la India inglesa ó la *British India*, como dice mi amo. Pero eso sí: las notas que te envie, mis datos, mis descripciones serán, aunque fruto de plebeyo cacumen, de muy rigurosa actualidad. Las fotografías que te incluyo las he sacado yo con mi máquina, y las cosas que veas son de ahora, de este mismo instante en que vivimos. Desde Marco Polo hasta hoy, mucho se ha escrito sobre la India, pero todo es ya viejo, atrasado. Las narraciones de Told, Malcolm y el arzobispo Heber tienen ya más de ochenta años de fecha. Rousselet, viajero francés cuya obra fué vertida á varios idiomas, estuvo aquí en 1864. El viaje del príncipe de Gales, que es el más moderno, hízolo el *hereu* de la emperatriz en 1875. Mucho ha llovido desde entonces hasta el día de la fecha, que es el tres de Enero de 1899. Pon sobre tu conciencia la mano, y dime si puede haber, acerca del viejo Indostan, el *abuelo* de las civilizaciones, historia más fresca que la mía.

¡El Indostan! ¡El Ganges! ¡Golconda! ¡El Gran Mogol!... Estos mágicos nombres que, estudiando la historia antigua, hemos repetido tantas veces, aun despiertan ideas fantásticas, aun hacen pensar en magnificencias, en luchas trágicas, en esfuerzos y triunfos del pensamiento humano... Pero llegas aquí, llegas embarcado por el Hougly, brazo del Ganges que baña á Calcutta, y lo primerito que ves, no es al rico y poderoso marahajah de Puttiala que, cubierto de brillantes y perlas, atraviese el río en fantástica góndola, sino á un muy prosáico señor de afeitado rostro, con chistera y levita bien entallada y que se pasea en un vaporcillo semejante á las *Golondrinas* que van á la Barceloneta. Es el mismísimo Mr. V. Bruce, conde de Elgin, virrey y gobernador general del imperio Índico, que va acompañado de sus ayudantes de campo y de algunos individuos del consejo de administración.

El representante en la India de su graciosa Majestad desembarca cerca del *Strand*, en donde le espera el carruaje. El *Strand* es una pequeña alameda sin árboles, que costea la orilla del río. En este punto tiene el Hougly cerca de un kilómetro de anchura. Allí flotaban, hasta hace poco tiempo, á merced de las aves de rapiña, multitud de cadáveres de míseros indios cuyas familias no podían satisfacer los gastos de la cremación; pero el secretario de la Administración municipal, en obsequio á los que mueren sin una *peisa* (moneda de cuatro céntimos) dispuso con buen acuerdo que se estableciera en la ciudad una pira en donde se queman de balde los cadáveres de los *parias* (que *parias* son, aunque ya no se les llame así.)

Gracias á esta sabia disposición, puede hoy el virrey pasearse en coche tranquilamente por el *Strand* sin tener que presenciar espectáculos fúnebres. El *Strand* es, á la

hora de paseo, el punto de reunión de la colonia europea de Calcutta. Allí ostentan sus lujosos trenes los altos funcionarios ingleses, que tanto abundan en la India; allí se pavonean á caballo ó en coche los orgullosísimos *babúes* (nombre que se ha dado á la clase media de Bengala) enriquecidos en el comercio ó en posesión de un título de la Universidad (que aquí la hay, y buena) ó de un destino oficial ganado por oposición; allí, en fin, suele verse asimismo, tal vez que otra, á algun reyezuelo de los Estados indígenas feudatarios (que son más de seiscientos) que ha venido á saludar al virrey, al temido tutor que tan lindamente le saca los cuartos...

Pero si el caudaloso Hougly, al correr cerca del *Strand,* evoca tan lúgubres recuerdos, tiene, en cambio, hacia otros parajes, orillas alegres, deleitosas, llenas de color y de vida. El viajero europeo que viene á Calcutta no deja nunca, si es docil á su guía ó *cicerone,* de visitar las márgenes del Hougly á la hora en que los indios suelen tomar su baño. Los indios se bañan por aseo, por placer, cuando no por obedecer la ley religiosa, y lo hacen casi todos los días. Las márgenes del Hougly ofrecen un aspecto muy pintoresco y animado, sobre todo por las mañanas, pues se reunen además de los bañistas, vendedores ambulantes, peluqueros, juglares, fakires, soldados ingleses, &. Es un cuadro digno de la pluma de Amicis ó del pincel de nuestro Fortuny.

Al entrar en Calcutta, se ve elevarse de repente en la extremidad de una inmensa explanada una imponente línea de palacios; por todas partes se destacan columnas, cúpulas y campanarios; enormes buques llenan el puerto; la multitud se agolpa en los muelles; los coches y los palanquines se cruzan en todos sentidos, formando un vistoso conjunto, y todo, en una palabra, recuerda al viajero que se halla ante una de las mayores ciudades del mundo, capital de un imperio que cuenta doscientos millones de súbditos. La capital solamente, segun el censo de 1891, que es el último que se ha hecho, tiene 810,786 almas.

Si penetramos en la ciudad, continua la ilusión; plazas dignas de París y Londres, con magníficos jardines y estanques, y calles en que abundan los lujosos almacenes y elegantes casas. Sin embargo, el viajero no tarda en perder de vista estas magnificencias; cruza por estrechas callejuelas; sórdidas chozas de paja sustituyen á los palacios. Son los suburbios en que habitan los pobres y en los que hoy se ceba la peste bubónica, que ya, por el pronto, os hemos enviado á Portugal.

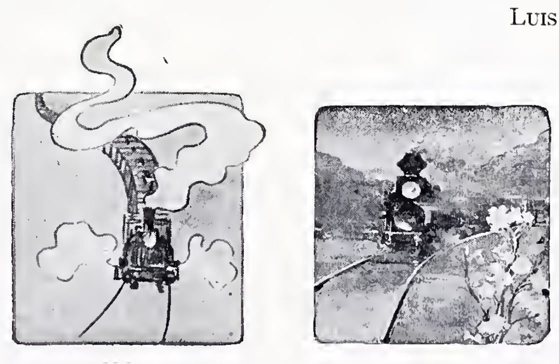
Á excepción de algunos chinos y birmanes, y de los ingleses, por supuesto, los habitantes pertenecen casi todos á las razas del Norte de la Península. Hay aquí muchos hijos del Indostan, brahmanes y marvaris que ejercen, en especial, el comercio de la plata y de los tejidos de fabricación europea; pero la gran mayoría del pueblo, y sobre todo, la clase media, se compone de bengaleses.

Esta clase media de Bengala, sucesora de la aristocracia nobiliaria, que ya no existe desde hace mucho tiempo, merece capítulo aparte. Los *babúes,* que así llaman aquí á los burgueses de la provincia de Bengala, vienen á ser unos oportunistas de marca. Enriquecidos en el comercio y la industria, que acaparan casi por completo y viviendo en contacto con la colonia europea, rinden culto al progreso y se ponen siempre á la cabeza de todo movimiento de reforma. Han fundado multitud de colegios, dedicando sus hijos al estudio de las ciencias europeas. No contentos con consagrarse al estudio de la Medicina, el Derecho y las Artes prácticas, los jóvenes *babúes,* con asombro de los ingleses, se han presentado á oposiciones para solicitar plazas del gobierno, y han invadido las oficinas de correos y telégrafos, los caminos de hierro, los tribunales y la administración. Los ingleses, — á quienes nosotros, cuando aun era tiempo, debimos haber imitado — no excluyen de los puestos públicos al indígena. En el *Supreme Council* hay algunos indios. El virrey, el alto y poderoso conde de Elgin, tiene entre sus ayudantes de campo, dos oficiales *babúes.*

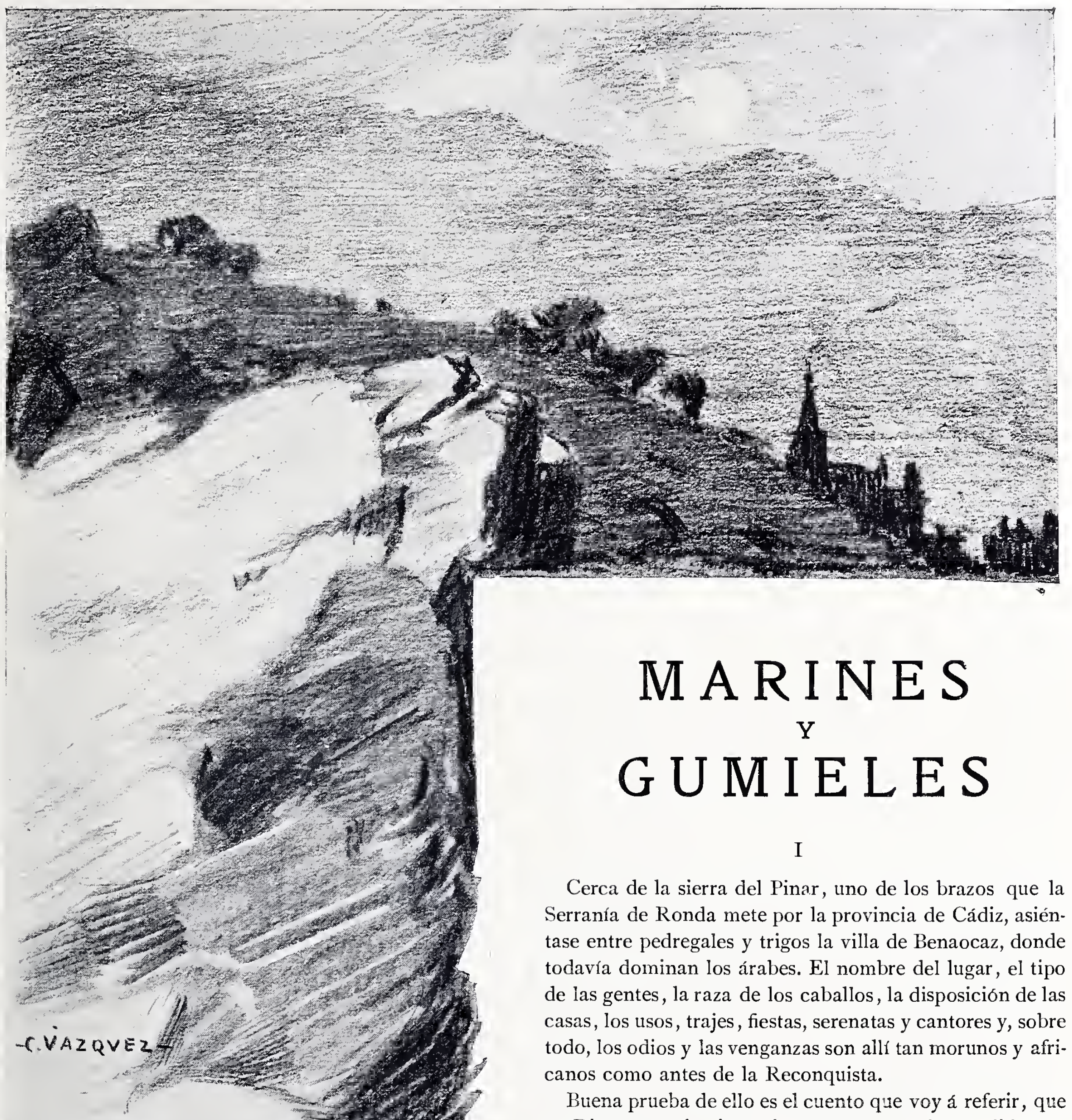
Pero donde más se señala la influencia social de los *babúes* es en materia religiosa. Testimonio vivo y perdurable de sus empeños en este sentido es el templo brahmánico que existe en esta ciudad, templo magnífico, asombroso, erigido hace unos treinta años y del que tengo el gusto de enviarte una fotografía que para ti he sacado expresamente. Es un templo consagrado al culto novísimo del *Brahma Sowaj,* reforma religiosa iniciada por Ram Mohum Roy, filósofo babú, y que viene á ser como un término medio entre el brahmanismo y el cristianismo. La nueva secta, secundada por el partido de la « Joven India », reconociendo una divinidad única, Brahma, (fuerza creadora) pero dejando al hombre en toda su independencia y haciendo depender la vida futura de sus actos y no de sus prácticas religiosas, ha realizado una obra que en todas partes y, sobre todo, en la supersticiosa India, es obra meritoria: la dignificación de la mujer. Las viudas indias, que hasta el otro día, es decir hasta el día, no remoto, en que los ingleses hubieron de prohibir tan cruel práctica, se veían obligadas á morir quemadas en la misma pira que consumía los restos de sus esposos, hoy les sobreviven y — lo que es más notable — se casan, si les viene en ganas y encuentran novio, en segundas nupcias. Era antes delito y, por supuesto, pecado, que la hembra honesta supiese leer y escribir, y únicamente tolerábase un cierto barníz de cultura á la cortesana de los bazares; hoy, merced á la propaganda de los *babúes,* la mujer india sabe gramática, lee el *Times,* y hasta hace versos.

Mucho, mucho podría contarte, sino estuviese ya con el pie en el estribo del wagón, sobre la condición de la mujer en este país. Otra vez será. El tren me espera, el tren magnífico y confortable de la línea que une á Calcutta con Bombay. En la vetusta Benarés, donde quiero saludar al Ganges, el Matusalen de los ríos, volveré á escribirte, si es que allí no me asfixia el humo del *Manmenka Ghat...* Hasta pronto, pues, se despide, dándote estrechísimo abrazo, tu mejor amigo

Luis



A. FILLOL.—LA SIEGA DEL ARROZ EN LA ALBUFERA DE VALENCIA. (A. FERRANDO, FOT.)



MARINES
Y
GUMIELES

I

Cerca de la sierra del Pinar, uno de los brazos que la Serranía de Ronda mete por la provincia de Cádiz, asiéntase entre pedregales y trigos la villa de Benaocaz, donde todavía dominan los árabes. El nombre del lugar, el tipo de las gentes, la raza de los caballos, la disposición de las casas, los usos, trajes, fiestas, serenatas y cantores y, sobre todo, los odios y las venganzas son allí tan morunos y africanos como antes de la Reconquista.

Buena prueba de ello es el cuento que voy á referir, que en Dios y en mi ánima, tiene mucho más de sucedido que de imaginado.

Los Gumieles y Marines de Benaocáz eran dos familias rivales, tan opuestas y enemigas que, junto á sus odios de raza eran miel y manteca, tortas y pan pintado y puro juego de niños los odios de los *Capuletti* y *Montechi* de Verona; de los Monroyes y Manzanas de Salamanca, de los Acuñas y Sandovales de Toledo y tantos otros rencores de fama como registra la historia.

Eran los Gumieles de cepa hidalga y antigua, arraigada desde luengos siglos al riñón de la Sierra, aunque sus antagonistas los daban por moriscos descendientes de los Gomeles granadinos. Procedían los Marines de la costa malagueña y sus adversarios los diputaban redondamente por gitanos y aún les regalaban de añadidura algunas gotas de sangre judía.

El cómo empezó la enemistad y el cómo se fueron afiliando, poco á poco, todos los benaocaceños en el uno ó en el otro bando, hasta dividirse la villa entera en los dos opuestos y encarnizados de *gumieles* y *marines*, punto es que por árduo y nebuloso, abandono al acierto de más feliz ó pacienzudo cronista: básteme consignar que el torrente de aquellos enconos venía de lejos y arrastraba ya mucho fango y mucha sangre.

Desde antes de *la francesada* habíase mezclado en las calles de Benaocáz la de Marines y Gumieles, y desde entonces, no pasaba generación de una y de otra casa, que no llorase un muerto ó un presidiario, según que se iban pagando unos á otros aquel irredimible tributo de venganzas.

Pero sin llegar á la navaja ó al trabuco, sin mencionar las cruentas luchas de ambos partidos — y hubo verdaderas

tos — á charlar, fumando y escupiendo por el colmillo, en la fuente, en el mercado, en las fiestas, donde quiera que se reuna gente, surgían y culebreaban centellas del oculto rescoldo. Y, á deshora, de uno de los opuestos grupos, saltaba vibrante y encendida, la copla como chispa propagadora del fuego. La copla soez y villana de ralea, que acoceaba como pezuña de bestia, la copla aguda y maliciosa, que pinchaba y escocía como alfilerazo femenino; la copla roja y candente como el ódio de raza que escaldaba chirriando la carne viva; la copla infame y bajuna que pedía sangre, como un salivazo en pleno rostro.

II

Al comenzar la acción de mi cuento, las dinastías de los Gumieles y Marines benaocacenses constaban de los respectivos matrimonios, de los cuales, el de Marin tenía tres hijos, los dos mayores hembras y el menor varón, y el de Gumiel de cuatro vástagos, dos de cada sexo.

batallas campales—el tiroteo, las escaramuzas y las hostilidades, más ó menos embozadas, no cesaban nunca entre ellos. Esgrimían unos contra otros el sarcasmo, la *guasa*-la provocadora guasa andaluza, aliada íntima de la navaja--y sobre todo el cantar, ese alado poema del pueblo que así puede ser flor de amores, endecha de desengaños ó lamentación religiosa, como arma arrojadiza de punta envenenada que abría en las carnes herida enconosa y mortal.

En *las cuatro esquinas*, donde los mozos, marsellés al hombro, se juntaban—siempre en dos grupos contrapues-

Llamábanse los cónyuges Marin — que por ser primos llevaban el mismo apellido — Lúcas y Juana, y sus retoños Natividad, Amparo y Andrés; y los esposos Gumiel, que eran también parientes, tenían por nombres, Martín y Catalina, siendo los de sus hijos, Fernando, Enrique, Isabel y Leonor, porque ya queda dicho que los Gumieles se picaban de ahidalgados y linajudos, y aunque labriegos, y tan pobres como el que más de sus convecinos, en algo habrían de poner y ostentar la heredada nobleza.

Hace tres años, cuando más encendida ardía la guerra de Cuba, tocóle á Fernando Gumiel la suerte de soldado.

Y apenas en casa de Marín se tuvo noticias de ello y de la inmensa pena, que como era justo, embargaba á los Gumieles, y singularmente á Martín y Catalina, fué tal y tan grande el bárbaro júbilo que poseyó á todos los de la familia y aun á los del bando entero, que acordaron con cruel refinamiento, celebrar la ajena desventura con una fiesta que dejara memoria en los fastos benaocacenses y que hiciera temblar de rabia á los Gumieles, que por fuerza tenían que oir y aun ver aquellas provocativas expansiones.

Porque las casas de Marines y Gumieles, situadas la una en la esquina derecha y la otra en la esquina izquierda de una calluja que cortaba la calle principal del pueblo, estaban fronteras y soslayadas, como si se espiaran mirándose de reojo, ó como si se provocaran hurtando el cuerpo.

No se contentaron los Marines con la peligrosa cercanía, y aprovechando la benignidad de la noche, que era de las serenas de Mayo, sacaron á la calle sillas y taburetes, y allí, al aire libre y á la luz de la luna, agrupáronse todos, hicieron ruído y comenzó el fuerte rasguear de guitarras y bandurrias, el tronar de las palmas y el alto y primoroso gorjear de las gargantas más flamencas y poderosas del bando.

Nubes de polvo alzaban de la calle terriza las almidonadas faldas de las bailadoras y los duros zapatos de sus parejas, que herían á compás el suelo, marcando el ritmo de la voladora seguidilla ó del voluptuoso fandango, mientras que con varas ó regatos, con las manos ó con los pies, golpeaban furiosamente los jaleadores contra la madera ó los hierros de puertas y ventanas.

Aquello era una provocación en toda regla. Y no hay que decir cuanto y cuan justamente se enardecería ante ella la sangre, de suyo inflamable y vindicativa de los Gumieles. Apenas oyeron los preludios de la fiesta, cerraron á piedra y lodo la puerta y ventanas de la casuca; y como, poco á poco fuesen acudiendo al puesto de honor los bravos campeones y los fieles soldados del bando, pronto resonó en la casa el grito de guerra; y á punto estaban ya de caer en masa sobre sus adversarios y convertir en tragedia el agresivo jolgorio, cuando llegaron en buena hora, el alcalde — que lo era entonces el más pacífico de los Gumieles — y el bendito párroco D. Celestino Cordiales. Y mientras el primero contenía, casi á viva fuerza los ímpetus de los ofendidos, lograba el segundo merced á blandos ruegos, múltiples resortes y negociaciones habilísimas la retirada de los ofensores al interior de la casa de Marín, desde donde el estrépito de la fiesta no insultara tan directamente la pena, ni desafiara tan de cerca el enojo de sus antagonistas. Con lo cual se paró el gople y se conjuró, á lo menos por aquella noche, la tormenta. Pero el guante estaba arrojado, la ofensa quedaba en pie y los Gumieles aguardaban ansiosos la ocasión de vengarla con creces.

III

Presentóse esta cuando menos se la esperaba, pero llegó en mala sazón para los Gumieles. Porque, como providencial castigo á los Marines que tan inhumanamente se gozaron en el infortunio ageno, tocóle á Andrés la misma suerte que á Fernando y aún fué en peores condiciones. Pertenecía el mozo á la reserva del 93; pero corridos los tres años, — entonces reglamentarios, — de soltería forzosa, sin que la patria le reclamase, creyóse libre, y confiando en que en último término compraría un sustituto, se casó. Y cuando iba á ver colmada su dicha con el hijo que Dios le enviaba, llamaron á las armas á su reserva; y como los gastos del casamiento, y los malos años, habían consumido los ahorros de la familia, no tuvo más remedio que cargar con el chopo y marcharse desesperado del pueblo, con el temor de que le enviasen á la guerra, donde ya estaba hacía un año Fernando Gumiel, de cuya desgracia tan malamente se holgaron él y los suyos.

Ocasión era aquella que ni mandada á hacer, para que los Gumieles se tomasen el desquite; es decir, así lo creían ellos; pero hacía dos meses que no les llegaban noticias de Fernando, y como las que venían de la guerra eran tan malas, no tuvieron humor de *juerga* — «*Arrierito semo y en el caminito nos encontraremos*,» ya, ya nos tocará la vez á nosotros, — decía en tono sentencioso el viejo Martín Gumiel, saboreando previa y fruitivamente la apetecida venganza.

IV

Dos meses tendría el niño de Andrés, nacido en su ausencia, cuando recibieron los Marines carta de Cuba, en que un sobrino del Señor Lúcas, natural de Villamartin y soldado del mismo regimiento que su primo, participábales con brutal ingenuidad, «Como Andrés había sido muerto en una acción y como él mismo, con sus propias manos, ayudó á enterrarle en la manigua, recogiendo y guardando para los suyos las ropas y dineros del pobre difunto, que esté en gloria.»

Tan formidable fué el estallido de dolor que provocó en los padres, en las hermanas y en Marta, la viuda, el súbito rayo de su desgracia, que por sus gritos y alaridos desgarradores, supieron los Gumieles el trágico fin del pobre Andrés.

¡Y aquí de la crueldad humana! En aquella espantosa desventura que privaba á los míseros viejos de su único hijo, á las hermanas de apoyo y cariño, á la esposa de de todo bien, al inocente niño de su no conocido padre, no vieron los Gumieles otra cosa, sino la suspirada ocasión á su venganza. Y como poco antes hubiesen recibido noticias tranquilizadoras del ausente, libres de zozobra y sobrepujando cuantas crueldades había sugerido el rencor á entrambos partidos rivales, prepararon para aquella misma noche una fiesta que alborotase al pueblo, y envenenara con veneno de ódio el llanto de los Marines.

V

Y no hallara tantos adictos ni tan entusiasta cooperación una buena obra. Hizóse entre los del bando colecta de sillas, acopio de tortas, aguardiente, piñonates, alfajores y masa frita; y desde media tarde comenzaron á emperifollarse mozas y mozos, á componerse y asearse los viejos; y los chicuelos de ambos sexos á trasegar sillas y bancos, bandejas de golosinas, salvillas de copas, y jarros de lo añejo á casa de los Gumieles.

Al dar *las oraciones* ya no se cabía en ella de pie; el portal, la sala, las alcobas, la cocina, y parte del *soberao* hervían de gente alegre, emperejilada y bullanguera, que

hacía temblar la débil construcción con sus bailes, carreras y pataleos y con sus voces, canciones, risotadas y relinchos.

Y como la algazara y barahunda crecían por momentos y tomaban proporciones de salvaje desquite, de ofensa y provocación mortal, fácil es colegir el efecto que en los Marines produciría. Pero tan grande era la pena del viejo Señor Lúcas, que le apagaba los fuegos y todos sus bríos y rencores yacían anegados y como desleídos en llanto. No acontecía lo mismo á las hembras de la familia, las cuales, empezando por Juana, la madre, y por Marta, la viuda, se revolvían furiosamente contra el sangriento festejo de sus rivales. Y como Natividad y Amparo, las hermanas de Andrés, soliviantaran á sus novios con quejas y exclamaciones, alzaron estos el banderín de enganche y pronto, dentro, y en torno á la casa de los Marines se sintió latir, zumbar y crecer sordamente la sedición que amenezaba tomar muchos más formidables vuelos que la iniciada por los Gumieles en ocasión semejante.

Por eso, apenas concluyó el Rosario, — al cual no asistieron aquella tarde sino dos viejas y el monaguillo — el bueno de D. Celestino Cordiales, corriendo cuanto permitían sus setenta y cinco años, acudió al lugar de mayor peligro, la casa de los Marínes.

Cuando llegó á ella, el estruendo de la fiesta de los Gumieles asordaba la calle, y Marta, la viuda, vestida de luto, desgreñada y poseída de un acceso de dolor furioso, casi epiléptico, hallábase de pie en el portal de su casa y alzando en alto al pequeñuelo de Andrés, pedía venganza al cielo y á la tierra contra los desalmados que se gozaban en tanta desventura.

— Razón tienes que te sobra, para dolerte de ello, hija mía — articuló el buen parroco, al entrar con sobrealiento y fatiga — pero... vamos á ver, pobre Marta, ¿no fueron ustedes los primeros en insultar con una fiesta la pena de los Gumieles, cuando á Fernando le tocó la suerte de soldado?

— ¿Pero es igual el caso, Padre Celestino? ¿No es preciso tener entrañas de fiera para alegrarse de una desgracia como la mía? ¿Mi pobre Andrés muerto por aquellos salvajes, yo viuda, mi hijo huérfano y sin amparo, y esos verdugos abofeteándonos la cara con su fiesta? ¿Los oye V. Padre? — Gritaba Marta cada vez más exaltada al paso que crecía el estrépito — ¡Yo no puedo, no puedo oir esto, yo voy á volverme loca!

Murmullos de aprobación, duras protestas, voces de venganza acogían las quejas de la viuda, y entre tanto el piadoso anciano la hablaba con apostólico acento.

— Padre, Padre, líbreme V. de éste martirio, haga V. que se callen por la Virgen santísima! ¡Que se callen... ó no respondo de mí!

— Bueno, bueno, pobrecita, yo haré lo que quieras, yo te prometo en nombre de Dios lograr que se aplaquen esos locos... pero concede, concédeme tú, hija mía, que vosotros fuísteis los primeros en faltar gravemente á la caridad y en provocar la justicia del Señor, gozándoos en el mal del prójimo: dime que te arrepientes, que os arrepentís todos de ello, y yo te ofrezco alcanzar lo que deseas.

Y apartándose á un rincón el sacerdote y la dolorida mujer, siguieron hablando en voz muy queda y como en tono y secreto de confesión.

VI

En casa de los Gumieles había llegado la fiesta al delirio, á la locura. Diríase que aquellas gentes trataban de cegar y de ensordecer á fuerza de libaciones, de movimientos y de ruído; que una vez lanzados al torbellino de aquella orgía de venganza, sentían el vértigo de la caída, el horror y el asco de su inhumano júbilo, pero no osaban retroceder por miedo al silencio y al reposo en que tan alto habla el remordimiento; y adivinando con más certero instinto que la ciencia, cuanto estorba para el mal el albedrío, querían deshacerse de él y ahogarle en alcohol, como los que se emborrachan para cometer un crimen.

Por eso, cuando al abrirse de improviso la puerta, apareció la venerable y cristiana figura del P. Celestino, todos se estremecieron espantados, porque cada cual creyó tener delante á su propia conciencia.

— La paz de Dios sea en esta casa. — Dijo el Sacerdote; y al sonido de aquella voz todos se quedaron mudos, sobrecogidos y como petrificados; los guitarristas con

ahora mismo todos juntos no perdonais de corazón, á los que tuvisteis por enemigos!

— ¿ Perdonan ellos ? — Preguntó, entre conmovida y desconfiada, Catalina.

— ¡ Si perdonan ! — contestó solemnemente el sacerdote, y volviéndose con el vacilante andar de su vejez, hacia la puerta abrióla despacio y apareció en ella, destacándose sobre la calle bañada en luna, la tétrica y enlutada figura de Marta, con su niño dormido en los brazos.

— ¿ No es verdad, hija mía — preguntóle el cura, atrayéndola por la mano hasta obligarla á traspasar aquel umbral aborrecido — no es verdad, mi pobre Marta, que tú y todos los tuyos, perdonais de corazón á los presentes, para que Dios os perdone ?

Todas las miradas se volvieron á Marta, cuya dolorida cabeza se dobló lentamente en señal de asentimiento.

— ¿ No es cierto, hija mía, — interrogó de nuevo el paternal anciano — que tú y todos los Marines, en cuyo nombre has venido, piden sinceramente perdón á todos los Gumieles presentes por la ofensa que les hicieron con aquella inoportuna fiesta, que desde hoy no volverá á recordarse ?

La cabeza de Marta doblóse otra vez humildemente, y aquí sus nervios contraídos, su pena represada, su orgullo quebrantado, la grandeza de su propio sacrificio, la solemnidad de aquel acto, todo determinó en ella una violenta crisis de llanto, un estallido de dolor que despertó, en su regazo al niño y conmovió hasta el fondo de las entrañas á sus propios enemigos.

Entonces, el P. Celestino, señalando con la mano á la dolorida madre y á la inocente criatura, gritó á los amansados Gumieles: ¡ De rodillas! — Y cuando todos estuvieron postrados, cuando en el dramático silencio se oían sollozos de mujer y agitadas respiraciones varoniles, el ministro de Dios, rogó piadosamente — ¡ Hermanos míos, hijos míos en el Señor, un Padre-Nuestro, por el alma del padre de este pobrecito niño !

los dedos en los trastos, los cantadores con la boca abierta y las notas ahogadas en la garganta, los jaleadores con las palmas en el aire, los mirones con los brazos caídos, todos con los ojos en el suelo.

—Hijos míos — pronunció con evangélica unción el Sacerdote — un hermano muerto, un hijo de este pueblo, un español, un valiente... acaba de dar su sangre por la patria! Dejó unos padres viejos, una viuda desvalida, un niño á quien no conoció, sumidos en el desamparo y en la desolación. Y cuando vuestros paisanos, vuestros vecinos, vuestros hermanos lloran sin consuelo ¿es justo, es caritativo, es humano siquiera, que en una casa cristiana se insulte con fiestas provocativas la desgracia y el dolor ? ¿ No es esto más propio de fieras que de hombres !

Silencio profundo y solemne acogió la voz del Padre; pero de pronto, osó romperlo una voz femenil, la de Catalina Gumiel, que preguntó vibrante de ira :

— Padre, y cuando á mi hijo le tocó la suerte de soldado, y cuando todos llorábamos en esta casa, viéndole, con razón, camino de la guerra... que hicieron los Marines ? ¿ Quién nos dió pie ? ¿ Quién ofendió primero ?

— ¡ Eso, eso! — Gritaron muchas voces, y los Gumieles comenzaron á aletear y á envalentonarse.

— Cierto es eso, hija, — declaró con firmeza el Padre — ¿pero, por ventura, una culpa puede justificar otra mayor? ¿acaso nos manda Dios devolver mal por mal y ofensa por ofensa? ¿ Creeis vosotros que para ser cristianos basta con estar bautizados? No, cristiano es el que ama al prójimo como así mismo; pero el que le odia, el que se duele de su bien ó se goza en su desgracia, ese no es cristiano, ese reniega del santo nombre de Cristo ¡Y yo que os eché á todos, amados míos, el agua del bautismo en las sagradas fiestas, yo... — y la voz se le mojaba en lágrimas — yo no os tendré por cristianos, ni por hijos en el Señor, si

Blanca de los Ríos de Lampérez

Ilustraciones de C. Vazquez

DISTURBIOS CALLEJEROS, POR MEZQUITA

ORIGEN DE LA MARCHA REAL

Diálogo entre el Rey de Prusia Federico II y el capitán general español Conde de Aranda

El Conde de Aranda. — Señor, tengo el honor de besar las reales manos de V. M.

El rey. — Siempre que veo un general español tengo el mayor placer; pero vuestra presencia y las noticias que de vos tengo por un amigo vuestro, que también lo es mío (*), me lo inspiran ahora mayor que otras veces.

El conde. — Señor, sólo por recibir una honra semejante á la que V. M. acaba de dispensarme, daría por bien empleado, prescindiendo de su objeto, mi viaje á Prusia.

El rey. — Pues ¿qué objeto os conduce á mis Estados?

El conde. — Contando con el beneplácito de V. M. y con su conocida afición á la propagación de las ciencias, he venido á estudiar la táctica.

El rey. — ¿Qué táctica?

El conde. — La inventada por V. M., con la que está siendo el terror de sus enemigos y la admiración de Europa.

El rey. — Y ¿para eso habéis venido á Prusia, general?

El conde. — Primero he querido pagar personalmente el tributo de mi admiración, y después, como digo, estudiar la nueva táctica.

El rey. — En cuanto á lo primero, os agradezco vuestra consideración hacia mí; pero, en cuanto á lo segundo, siento que hayáis perdido el tiempo y el viaje.

El conde *(sorprendido)*. — Señor...

El rey. — Lo digo porque aquí no tenéis nada nuevo que aprender.

El conde. — El genio privilegiado de V. M., conociendo el efecto de las armas de fuego de que ya toda la infantería está dotada, ha ideado, no sólo disminuir el fondo de las tropas hasta el punto de causar asombro á todos los militares de Europa, sino combinar las formaciones de modo que, pasando aquéllas con tanta celeridad como seguridad del orden extenso al profundo y viceversa, puedan efectuar con utilidad y sin peligro las marchas de frente, y sobre todo las de flanco, que tan admirablemente ha dirigido y realizado V. M., consiguiendo con ellas una y otra victoria.

El rey. — Convenido. Todo lo que decís está ya sujeto á principios, y, ejecutado por uno, pueden ejecutarlo todos los no obcecados por el sistema antiguo. Pero repito que nada de esto debe ser nuevo para vos.

El conde. — Tengo, señor, un verdadero pesar al manifestar á V. M. que no acierto á comprender lo que se digna indicarme.

El rey. — Quiero decir que ese invento que atribuís á mi genio privilegiado lo he aprendido... en España

El conde. — No puedo, por más que me esfuerzo, comprender...

El rey. — ¿Por qué? ¿Por no haber estado yo nunca en España?

El conde. — Precisamente.

El rey. — Pues es igual, porque, si no he estado en España, lo he aprendido en un libro español.

(*) Voltaire.

El conde. — ¡En un libro español!

El rey. — Sí. ¿Conocéis la obra titulada *Consideraciones militares*, escrita por el Vizconde de Puerto, Marqués de Santa Cruz de Marcenado?

El conde *(mordiéndose los labios, pero con su natural desahogo)*. — Señor, mis muchas ocupaciones militares y políticas dentro y fuera de España, me obligan á aplicar los principios adquiridos en mi primera educación militar con las modificaciones que la experiencia me dicta, sin poder, por falta de tiempo, dedicarme á la lectura de libros nuevos.

El rey. — Pues todo mi sistema militar, todos los principios de mi nueva táctica, todas las órdenes de marcha que tanto admiráis, los he aprendido en la expresada obra del distinguido general paisano vuestro.

El conde. — Señor, son tantas las teorías, proyectos y opiniones que salen diariamente á luz, que sólo pueden los hombres desocupados dedicarse á su examen, estéril éste por lo común; y sólo cuando la experiencia acredita la bondad de algún pensamiento es cuando...

El rey. — Pues bien, por mi parte os he dicho todo cuanto pudierais desear, poniéndoos al corriente de mi secreto. Por lo demás, daré orden para que se os faciliten cuantos detalles pidáis con respecto á la ejecución.

El conde. — No acierto, señor, á expresar mi gratitud por tanta bondad.

El rey. — Justo es que yo devuelva á España algo de lo mucho que de ella he tomado. Pero, como sé que tenéis afición á la táctica y felices disposiciones para utilizaros de ella, os aconsejo que no os engolféis en los detalles y meditéis los grandes principios contenidos en el libro original.

El conde. — Señor...

El rey. — Ya veis si tenía yo razón al deciros que habíais perdido el tiempo y el viaje viniendo á Prusia á estudiar la táctica de España.

El conde. — Cuando menos, señor, he tenido la dicha y la honra de...

El rey. — Gracias, general; y, para que no sea enteramente perdido vuestro viaje y llevéis á vuestro soberano un recuerdo mío, tomad esa marcha militar que tenía destinada para honor de mi persona.

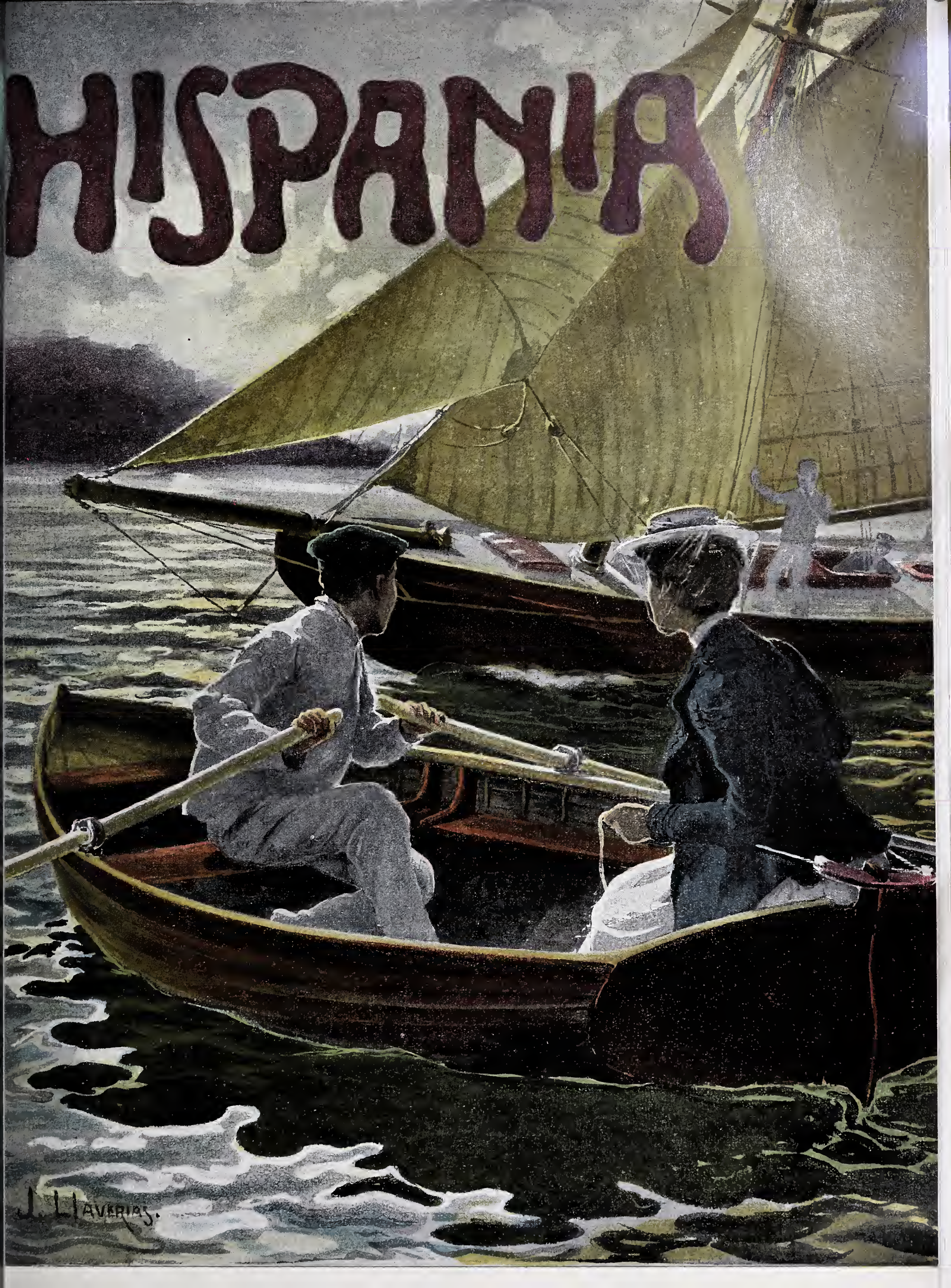
El conde. — Señor, con mucho gusto la entregaré al rey mi señor, en nombre de V. M., el día en que llegue á sus reales pies á darle cuenta de mi comisión.

En efecto, presentada la marcha á Carlos III y ensada por los profesores á quienes se dió este encargo, con ligeras modificaciones en algunos compases, mereció tal aprobación del rey, que fué declarada como marcha de honor española (**), y es la magnífica que conocemos con el nombre de *Marcha real*.

(**) «Excmo. Sr. — El rey quiere que la marcha que algunos designan con el nombre de marcha prusiana sustituya á la marcha regular de las ordenanzas en cuanto á los honores que se tributan á S. M. la Reina, príncipe y princesa de Asturias y que en lo sucesivo se use solo de ella en los casos expresados. — De orden de S. M. lo digo á V. E. para su conocimiento. — Dios guarde á V. E. muchos años. — San Ildefonso 3 de Septiembre de 1770. — Juan Gregorio Muniain. — Señor conde de Priego.»

PLAFÓN DECORATIVO

40 piezas azulejos cartón piedra, en colores y relieve. Tamaño natural: 1m × 1'60


HISPANIA
J. LLAVERIAS.

J. BORRELL.—PRIMERA LECCIÓN, PRIMER DOLOR

EL PRIMER REQUIEBRO

Matrimonio completamente dichoso era el de Rosario y Luis.

Jóvenes los dos; ella guapa, él arrogante; ambos con una regular fortuna, enamorados y amándose con delirio ¿que más podían apetecer?

Vivían en un piso alegre, frente á un jardín, lejos del bullicio de la corte, para que nada turbase aquella constante melodía de amor que coreaban los pájaros con sus trinos.

Todo allí respiraba tranquilidad, dulzura; aquella estancia sencilla y elegante parecía un nido elegido por la felicidad para recrearse en su obra.

Pasó el primer año de matrimonio, sin que la más pequeña nube apareciera en el cielo de la amante pareja; solo una cosa faltaba, algo que hiciera más inrompible aquella cadena: faltaba un hijo, y el Dios de los enamorados, siempre solícito, les concedió lo que con tanta fe se le pedía, enviándoles entre encajes y dormida en un lecho de flores, una niña blanca como los copos de la nieve y rubia como las espigas en Junio.

La venida al mundo de aquella angelical criatura fué para ellos el colmo de la dicha. Á cuidarla y á recrearse en ella consagraron los esposos sus cuidados, no viviendo más que para ella, solo para ella.

Se la bautizó, poniéndola el nombre de la madre; se buscó la mejor nodriza que había en el Valle de Pas y así

fué transcurriendo el tiempo, hasta que la niña dejó los andadores y comenzó á hablar á media lengua.

Con los años fueron creciendo los encantos de Rosario. Aquellos ojos grandes, azules, bordados por largas pestañas adquirieron brillo y expresión, dando realce á la cabecita de querube festoneada con rubios rizos, que parecía bosquejada por el pincel de Murillo.

* * *

Y llegó el momento difícil.

La niña había cumplido doce años y hora era ya de pensar seriamente en su educación, problema árduo para los padres, pues de ello depende la felicidad de la mujer.

Tras madura deliberación, y aunque para ello había que privarse de sus caricias durante algunos años, Rosario y Luis decidieron enviar á su hija á un *pensionnat* francés establecido en un risueño pueblecito de los Pirineos, en donde, á más de una completa educación moral, adquiriría una buena educación física.

Muchas lágrimas costó la separación, pero era necesaria para el bien estar de la hija querida y al fin Rosario quedó instalada en el colegio y los padres, tristes, vol-

vieron á Madrid á esperar resignados, que terminase el plazo que las necesidades de la vida les habían impuesto.

* * *

Un día, sentado en el balcón, el matrimonio hablaba, como siempre, de su hija cuando una doncella entró en el gabinete con una carta que acababa de traer el cartero.

Era de Rosario, de ella, de la hija querida. La madre arrebató la misiva á la doncella, rasgó el sobre y con acento tembloroso por la emoción leyó aquel para ellos preciado documento. Decía así:

« Papaitos de mi alma. » Después de daros un millón de besos os voy á comunicar un ramillete de noticias agradables.

En primer lugar tengo que deciros que ayer terminaron los exámenes en el colegio y que en todas las asignaturas obtuve por unanimidad la nota de *sobresaliente.*

Después, hice oposición al premio de honor que consistía en una magnífica muñeca, ricamente ataviada y también lo gané.

La Superiora me felicitó y cuando concluyó la ceremonia me llevó á su celda y me dijo;—Rosario, con los exámenes de hoy termina tu educación que has conseguido gracias á tu aplicación y á los consejos que en esta casa se te han dado y que has sabido aprovechar para bien tuyo. Ya estas en camino de ser felíz, tu eres buena y hermosa y podrás hacer dichoso al hombre que tenga la fortuna de llevarte al altar. Sé buena y obediente; apártate de la fastuosidad, huye de los espejos, pues tras el azogue de sus cristales está el diablo aconsejando mal.

Esto es sobre poco más ó menos lo que la Superiora me dijo.

Con que ya lo sabéis; venid por mí y tenedme preparada mi alcoba, con muebles bonitos y con un velador en el centro para mi muñeca, que jamás se separará de mi lado. Ya sabéis las advertencias de la madre Superiora no me pongáis armario de luna, ni espejos que á mi me da mucho miedo del diablo.

Nada más tengo que deciros y mientras llegais á mi lado os envía una vagón lleno de besos y abrazos vuestra hija.

Rosario

Cuando teminó la lectura de la carta, los esposos vertían abundantes lágrimas de alegría.

Sin pérdida de tiempo hicieron los preparatorios y al día siguiente, en el primer tren, salían en busca de su hija que tanto ansiaban estrechar entre sus brazos.

* * *

—¿ Que tal, hija mía, te gusta tu alcoba ?

— Sí, mamaíta, está lucidísima; aquí en este velador estará siempre mi muñeca.

— Ahora vístete y vete á casa de tu prima que está impaciente por verte. Como vive cerca, la doncella te acompañará, mientras viene tu padre para que comamos.

Rosario se puso un traje sencillo y un sombrero de paja adornado con amapolas, que hacía resaltar más su extraordinaria belleza.

Una vez en la calle y cuando ya estaba cerca de casa de su prima, un mozalbete de aspecto simpático, á quien apenas apuntaba el bozo, al ver á Rosario se acercó á ella y casi al oído le dijo — ¡ Pero qué bonita es Vd. !

Rosario se puso encarnada como la grana; en lo más hondo de su corazón sintió una cosa que nunca experimentara y apretó el paso, no sin antes mirar al galan con el rabillo del ojo.

* * *

— ¿ Qué tienes, hija mía ? ¿ parece que vienes triste ? ¿ Estás enferma ?

— No, mamá. El cansancio... un poco de dolor de cabeza...

— ¿ Te gustan estos ramos que he puesto adornando la cónsola ?

— Mucho, muchísimo, pero voy á pedirte un favor.

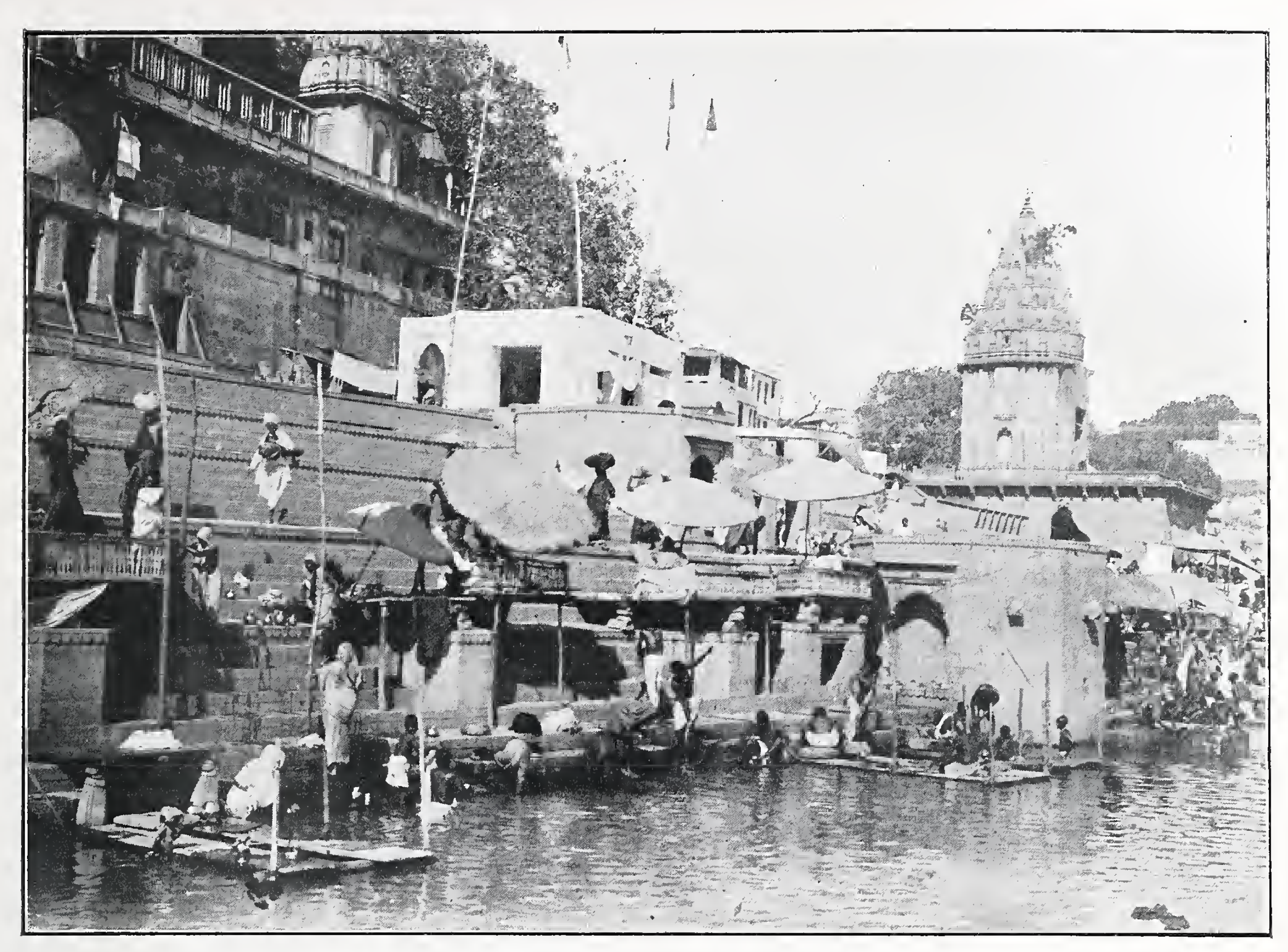
— ¿ Cuál ?

— Que guardes la muñeca en su cuarto y que me pongas aquí, frente al tocador, un armario de luna.

Eduardo Montesinos

Ilustraciones de J. Mir

En Benarés. - Piras para la cremación de los cadàveres



En Benarés. – Indios bañándose en el Ganges

LA INDIA INGLESA EN FOTOGRAFÍA

Paquete de cartas y fotografías de un tal Luis,
violadas por un cartero de Barcelona y encontradas casualmente en la calle

POR

ANTONIO CORTÓN

CARTA SEGUNDA

Benarés. — Supersticiones religiosas. — Cremación de cadáveres. — Breve historia de la ciudad. — El Ganges. — Baños por devoción y por placer. — Andando por las calles. — Dos prestidigitadores.

BENARÉS, *Enero 6*

Héme aquí en Benarés ¿No te lo decía yo? El que en Benarés no se asfixia, es que *está escrito* que de asfixia no muere. Porque entre los ciclones del Ganges, que suelen ahogar, á lo mejor, á los peregrinos devotos, y el humo que sale de las piras que arden día y noche en frente del *Manmenka Ghat,* está uno constantemente en peligro de muerte. Y la verdad es que, siendo católico, no me causa ilusión alguna el morir aquí. Menos mal, si fuese devoto del viejo Brahma, que así, al menos, muriendo en Benarés, tendría seguro el paraíso ó una buena transmigración futura. Algunos hay que al sentirse enfermos de gravedad se hacen trasladar á Benarés, para tener la fortuna de dar las últimas boqueadas en la ciudad sagrada, en la Meca del brahmanismo.

Entre los hijos del Indostán hay, según sus creencias, distintos procedimientos para dar sepultura ó hacer desaparecer los cadáveres. Uno de ellos es la cremación, la cual se verifica al aire libre y á la vista de todo el mundo, utilizando unas grandes piras de leña, en las que colocan el cadáver y le pegan fuego, que van sosteniendo hasta que queda completamente consumido. Delante del *Manmenka Ghat,* el santo de los santos, arden constantemente las piras, que lanzan prolongadas llamas y despiden una densa y fétida humareda. Algunos operarios, casi desnudos, atizan el fuego con largas barras de hierro ó echándole jarros de aceite. Á cada paso se tropieza con osamentas y se hunde el pie en aquella ceniza humana, ardiente todavía, que amontonada en aquel sitio por espacio de varios siglos forma una capa de muchos metros de profundidad. Los parientes de los difuntos y muchos curiosos suelen presenciar desde el *Ghat* (escalera), el acto de la cremación. La mancha blanca que se vé en la parte inferior derecha de la fotografía que te incluyo es un cadáver que, envuelto en un lienzo, está esperando turno.

Si hay ciudad vieja en el mundo, es sin duda Benarés. Fundada hacia la época de la ruína de Troya, lleva sus treinta siglos á cuestas con dignidad y gallardía, manteniendo su fama de capital religiosa del mundo brahmánico

En Benarés.– Una pareja de prestidigitadores

y budhista, y viendo reverenciado su nombre por más de quinientos millones de hombres. 800 ó 900 años antes de Cristo era ya Benarés el centro de los estudios teológicos y filosóficos. Dos grandes escuelas rivales, los *brahmanes* (espiritualistas) y los *suastikas* (materialistas y ateos) subdivididos por innumerables sistemas, llenaban la populosa ciudad con sus conventos, sus colegios y sus sinagogas. Y así vivió, entre el tumulto de las discusiones, Benarés, el *Lotho del mundo*, como la llaman los indios, hasta el año 595 antes de nuestra era, en cuyos días Sidharta, el *Cristo indio*, que era un joven príncipe de la costa de los *Kchatryas* (guerreros y magistrados) adoptando la vida monástica y tomando el nombre de *Cakía Mouni*, enseñó los preceptos de una nueva religión, precursora de la moral cristiana. Se hizo entonces Benarés la ciudad santa del budhismo; pero la revolución religiosa del siglo IX de nuestra era logró dar al traste con el budhismo, que emigró á otras regiones del Asia, volviendo á ser entonces la vieja ciudad — y aun sigue siéndolo en nuestros días, — la capital del brahmanismo. Según el último censo, el de 1891, tiene Brahma en la India muy cerca de doscientos ocho millones de fieles. Benarés recibe anualmente la visita de 300.000 peregrinos que apenas bajan del elefante ó del camello, van piadosos y compungidos á remojarse el cutis en el Ganges.

¡El Ganges!... No he podido contemplarle sin profundísima emoción. Los que pertenecemos á la raza indo-europea no debemos olvidar nunca que las ondas del Ganges presenciaron el desarrollo de nuestra civilización ariana y los progresos de nuestras artes, ciencias y cultos. El caudaloso río, *Sri Ganja Dji*, como dicen sus adoradores, desciende del Himalaya, corre hacia el E. y desemboca, dividido en varios brazos,—unos de los cuales es el Hougly, que ya conoces — en el golfo de Bengala, después de un curso de 2.500 kilómetros, en el cual recibe once grandes afluentes. En los tiempos coetáneos no se suele mentar al viejo río, sino cuando se habla del cólera morbo, *el huésped* del Gangês...; pero en otro tiempo, hace treinta centurias ¡que gran papelón hacía!...

En la parte del río en que se bañan devotamente, obedeciendo á la ley brahmánica, los centenares de peregrinos que invaden la ciudad de Benarés, el espectáculo no es ameno. Hay allí cada peludo brahman, cada astroso fakir y cada guardia de turbante rojo que asustan y que só color de cobrar el baño ó de vender rosarios y amuletos, dejan exhautas las bolsas...; pero en cambio, uno de los panoramas más hermosos de la India es la vista de las orillas del Ganges (no sagrado) por la mañana, en la que acuden á miles los indios para bañarse. Se ven grandes palacios arruinados y hundidos en las orillas del río, presentando un conjunto pintoresco y brillante, con los parasoles de palma, infinidad de banderolas, orquestas extravagantes compuestas de flautines, tamboriles y platillos, &.

Aquí y allá se ven peluqueros que ejercen su oficio, y fakires importunos que piden limosna, y juglares y encantadores de serpientes ó *sapwallahs* que llevan al brazo ó sobre su cabeza enormes cestas conteniendo el reptil sagrado, que ellos mismos cautivaron entre las breñas, haciendo sonar su rústico flautín.

Dando mi último adios al Ganges y ganoso de ver el interior de la ciudad, pregunté á mi guía, ex-soldado inglés, ya bastante viejo, que en 1857 peleó contra los cipayos, durante la terrible revolución de Nana Sahit:

— ¿No será fácil encontrar un coche á cualquier precio?

— Imposible — me contestó; no se entra en Benarés, sino á pie.

— ¿Y cómo así? ¿Es que lo prohibe la ley brahmánica? Tus compatriotas, que en su excesiva tolerancia, hasta respetan en los indios el derecho de envenenarse bebiendo el agua fétida del *Gayan Bapi* ¿quieren condenar también á un español á caminar á pie por las calles de Benarés?

— No es eso, señor; es que no hay en Benarés una sola calle bastante ancha para que pueda pasar un coche; en muy pocas cabe un elefante, y en las más es tan compacta la multitud, que ni aún podría circular libremente un caballo.

Me quedé estupefacto; pero no tardé en verlo con mis propios ojos. ¡Y yo que me había admirado de la estrechez de las calles de Toledo! ¡Y yo que antes veía sorprendido el hormiguero humano de las Ramblas, al anochecer de un domingo!... Quien no haya dado un paseo por una calle de Benarés no sabe lo que son gentío, alboroto, calor, mal olor, pisotones, codazos... Jurando *por la cola de una vaca* — juramento el más solemne para un indio — no volver á meterme en la ciudad, hube de refugiarme, en busca de aire puro, en las afueras... Y no me pesó; porque allí, en las afueras, á la sombra de un árbol frondosísimo, tuve el gusto de ver los dos primeros ejemplares de un tipo muy comun en la India: el prestidigitador ambulante.

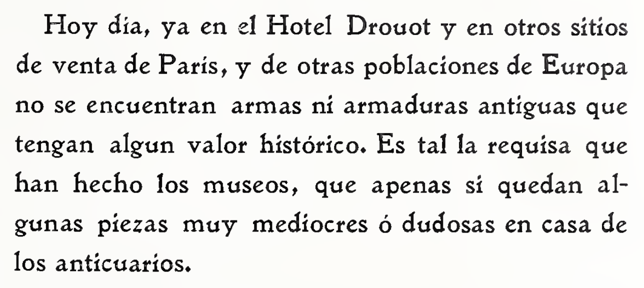
Los que yo ví, bastante ancianos los dos, vestidos pobremente, cubriendo su cabeza con una tohalla, á modo de turbante, tan pronto como me acerqué á ellos, sentáronse en el suelo y prepararon sus chirimbolos. Los indios, en general, tienen mucha facilidad para los juegos malabares y de prestidigitación, que realizan con una limpieza admirable. Mediante una pequeña propina, suelen ejecutar esos juegos en las calles ó paseos y muy especialmente en las entradas de los hoteles. Esta especie de *juglares*—escamoteadores, acróbatas, encantadores de serpientes, &.,— con las gentiles y poéticas bayaderas de que tanto hablan los viajeros, suelen dar una nota de amenidad á la vida del europeo por estas latitudes.

Te dejo para preparar mis maletas de viaje. Salgo para Lucknow, de donde te enviaré mi próxima carta.

Tu afectisimo,

LUIS.

Fotografías inéditas de ROMÁN BATLLÓ



UNA VENTA

DE

ARMADURAS ÁRABES

Procedentes de la Colección OSUNA

Hoy día, ya en el Hotel Drouot y en otros sitios de venta de París, y de otras poblaciones de Europa no se encuentran armas ni armaduras antiguas que tengan algun valor histórico. Es tal la requisa que han hecho los museos, que apenas si quedan algunas piezas muy mediocres ó dudosas en casa de los anticuarios.

El Museo Nacional Suizo, hace pocos años al montarse en Zurich, adquirió por valor de dos millones de francos de armas. Así, hoy día no se halla ya nada en Suiza, habiendo sido un verdadero arsenal donde iban los *amateurs* y anticuarios á buscar armas históricas, pues sabido es que los suizos, desde fines de la Edad Media, habían servido como voluntarios á todos los príncipes y gobiernos de Europa.

Así, cuando, muy de tarde en tarde se anuncia la venta de algunas armas notables, es un verdadero acontecimiento para los aficionados y coleccionistas, llegando los ejemplares á adquirir precios fabulosos en la subasta.

La venta Spitzer fué ejemplo de ello, pues armas comunes, y aun alguna dudosa, se pagaron miles de francos, disputándoselas los coleccionadores.

La colección del duque de Osuna, fué vendida en varios lotes. Si mal no recordamos, lo fué, casi simultáneamente, en Colonia, Londres y San Petersburgo. Todos los grandes *amateurs* y los delegados de los museos acudieron á la venta, y así las armas aquellas fueron dispersadas; pero cada vez que por muerte de un coleccionador vuelven á venderse algunas piezas históricas de aquella procedencia, vuelve á ser la venta un verdadero acontecimiento artístico-arqueológico.

Hace poco que, por muerte del conde de M***, se trató de vender en conjunto toda su preciosa armería que constaba de más de 2000 piezas. No habiéndose podido hallar postor, hanse vendido en lotes sueltos sucesivamente la mayor parte de las piezas. Hace unos días se pusieron á la venta en su castillo, cerca de Basilea, las piezas hispano-árabes procedentes de la colección Osuna. Por su rareza llamaron la atención de todos los directores de Museos y grandes coleccionadores. Se trataba nada menos que de,

Una armadura, ecuestre, de *caballero árabe cordobés,* completa, lo mismo la del caballero que la del caballo.

Una armadura de *valí árabe*, de fines de la edad media, á pie.
Un casco de *árabe español*, de la época de los Omeiades.
Otro de en tiempos de los reyes de Granada.
Otro de un jefe de galeras turco, de los que fueron hechos prisioneros en Lepanto.

Todas estas piezas, siendo absolutamente auténticas, eran de la mayor riqueza.

La armadura ecuestre, como la de á pie, á más de conservar sus mallas remachada cada anilla con su correspondiente clavito, tenian damasquinados de oro y plata versículos del Korán formando dibujos. Uno de ellos dice así:

Sé como el sándalo, que perfuma hasta el hacha que lo parte.

La armadura ecuestre, según puede verse en la fotografía, toda ella revela el origen persa de los atavíos usados por los árabes españoles. Lástima que para completarla no conservándose de la cimitarra que le perteneciera más que la hoja y parte de la vaina, le pusieran un puño que es árabe oriental relativamente moderno.

Además de dichas piezas figuraban en la venta algunas otras de menor importancia.

La venta fué disputadísima, pujaron dichos objetos los delegados del Museo de Artillería de París, del Maximilianeum de Agsbourg, del de Armas é indumentaria de Munich, del Kensington de Londres, del de San Petersburgo, del Arsenal de Viena, y varios particulares, entre los que se distinguió un norteamericano por las enormes sumas que ofrecía por los objetos.

Estos alcanzaron los precios siguientes:

La armadura ecuestre, cincuenta y siete mil francos, quedando para el museo de San Petersburgo.

La armadura á pie, cuarenta y nueve mil, quedando para el norteamericano Mr. R***

El casco primitivo árabe, diez mil doscientos francos, quedando para el Museo de Munich.

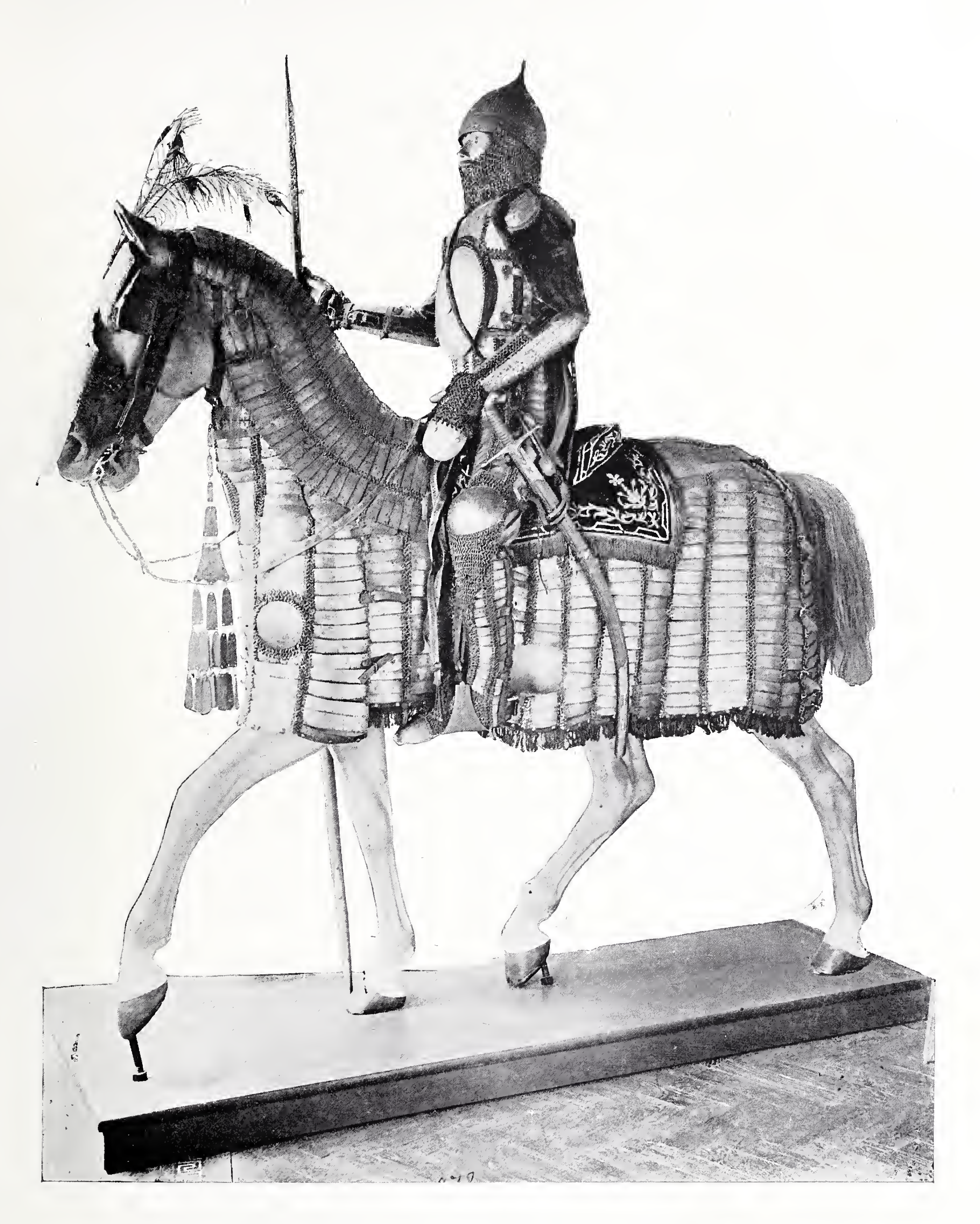
El casco árabe de la última época subió á siete mil quinientos francos, quedando para el norteamericano.

El casco de Lepanto, lo adquirió por cinco mil seiscientos francos el Museo Británico.

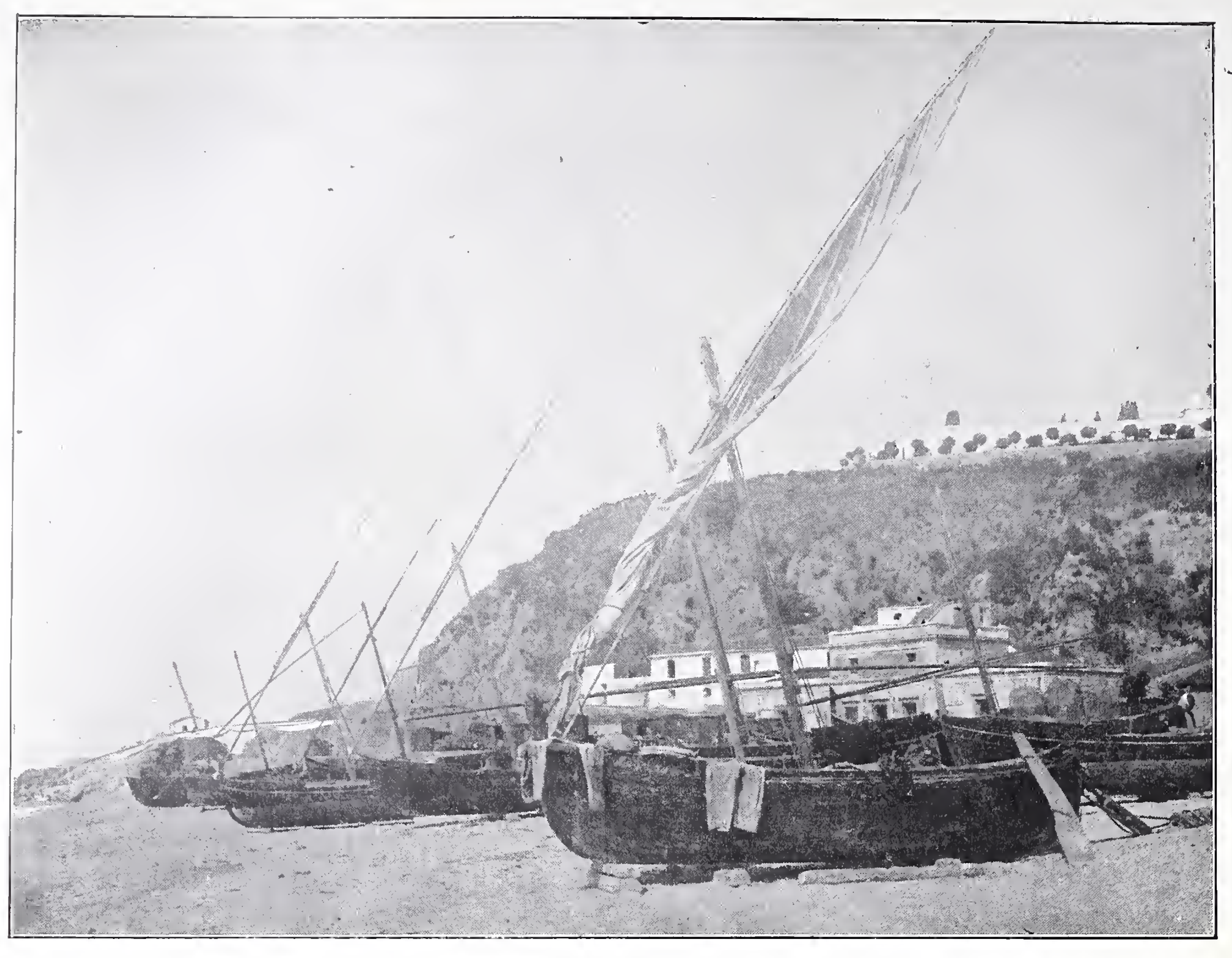
Y las demás piezas fueron también repartidas por el estilo.

Lo más triste de todo esto es que infinidad de piezas históricas y de joyas de arte como estas, habiendo salido de España, hayan ido á parar á otras naciones que se las disputan, y los españoles las dejan salir, se las venden ó no las adquieren, como si de sus glorias no les importara más que el nombre.

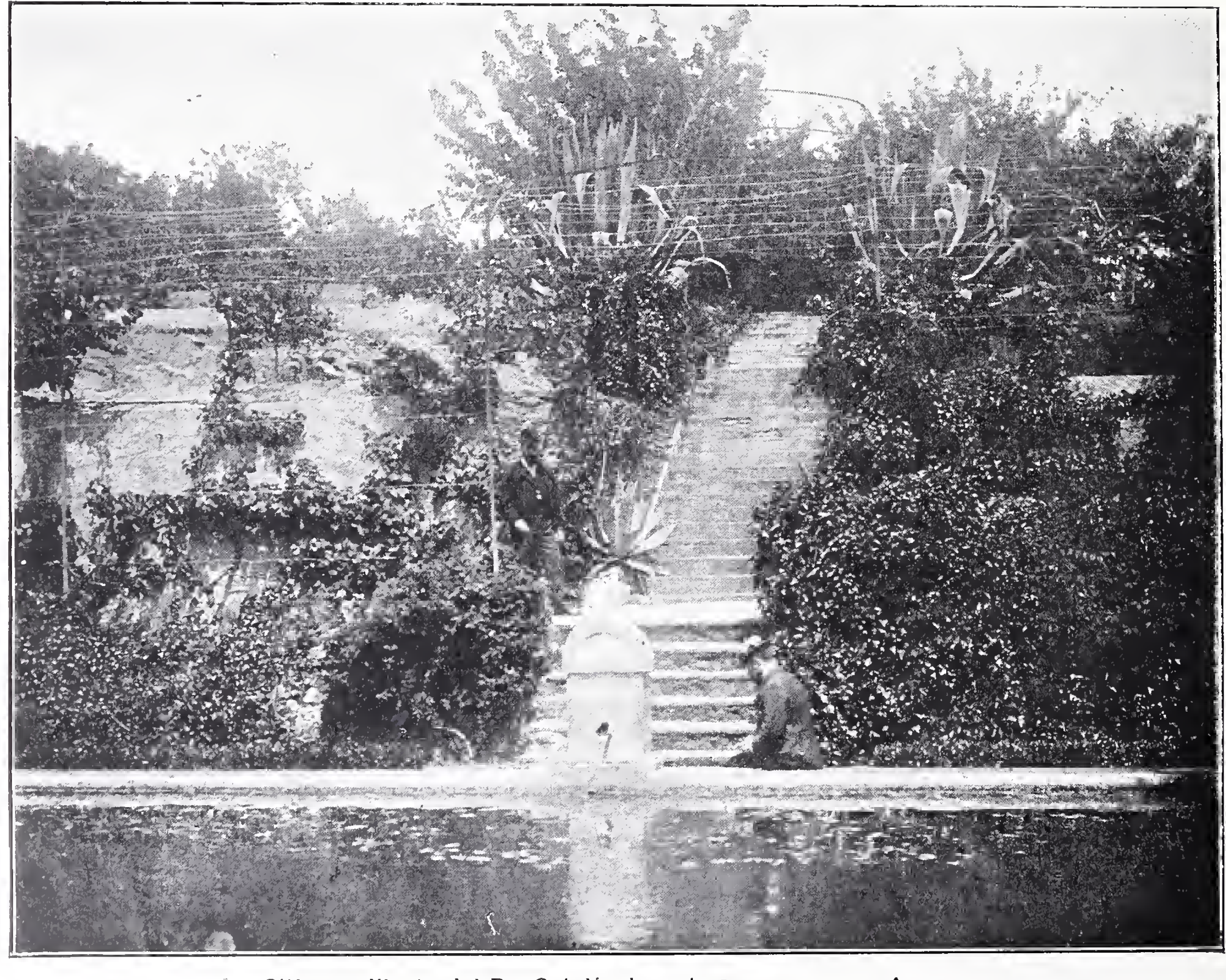
POMPEYO GENER



ARMADURA ECUESTRE, DE CABALLERO ARABE CORDOBÉS



Un rincón de la playa



Sitio predilecto del Dr. Catalá, durante su veraneo en Arenys

Monumento levantado á la memoria del Dr. Catalá, junto á la iglesia de Arenys

Vista de Arenys de Mar, durante las fiestas, con los entoldados levantados entre la vía férrea y el mar

Crónica de la Exposición de París

SECCIONES DE ESPAÑA

Quien siga el movimiento general del mundo, estudiando sus etapas, sus cambios de dirección y sus retrocesos, observará sin esfuerzo, que las naciones, aun las que siguen líneas paralelas, en su camino de avance, se apartan cada vez más, dependiendo la distancia que las separa de la velocidad inicial de cada una de ellas, y de la resistencia en mantener la velocidad adquirida para aventajar á las que, por cansancio, indolencia ó desgracias de fortuna, se paran ó modifican su esfuerzo, aunque sepan mantener la buena y progresiva dirección que las coloca entre las sociedades civilizadas del mundo.

España ha debido pararse tantas veces en su camino, por razones varias, y causas que le son más ó menos imputables, que no es extraño que en las Exposiciones Universales haga siempre mal papel, pero, sería necesario que yo desconociera, por completo, el desarrollo de la industria nacional, en todas sus manifestaciones, para afirmar que lo presentado aquí por los expositores españoles, pueda parecer sombra de la realidad, tan por bajo de ella se queda cuanto, con varia fortuna, ocupa puesto en el Campo de Marte de este Certamen Universal.

Debo la verdad á mi país y la voy á decir tal como la siento; aun habiéndonos presentado mejor que nunca, como las demás naciones han hecho, en esta Exposición, esfuerzos superiores al de otras veces, el espacio que nos separa de ellas aparece más manifiesto, siendo doloroso que los que más lo recriminan, critican y vociferan son los que nada han hecho, ni harán nunca por su país, porque si el tiempo que perdemos los españoles en despedazarnos, lo empleáramos en el trabajo que cunde y engrandece, España sería, en breve, uno de los países más ricos, más prósperos, y más adelantados del mundo.

Pero dejando esto á un lado, de interés relativo ciertamente, por más que sea un signo de inferioridad de nuestra raza, y aun más de los que emplean el tiempo de manera tan lastimosa, justo es dejar sentado que la industria española, protegida, como la de ninguna otra nación por el gobierno del país, que ha pagado cuanto había que pagar para que los expositores acudieran, sin esfuerzo, á este gran certamen, ya que parecía á todos los que piensan algo en los destinos de la patria, que convenía á nuestros intereses mostrarnos afanosos de prestigio, cuando tantos reveses de fortuna lo han puesto en entredicho, no ha hecho caso alguno de las ventajas ofrecidas por el gobierno, y que, reacia á mostrarse á la altura de su desarrollo, ha consentido que en la Sección de Hilos, Tejidos y Vestidos, el mundo juzgue de la producción española, con datos incompletos, falsos en la proporcionalidad de sus elementos, y desde luego y con raras excepciones, mostrando una mezquindad rayana en la miseria.

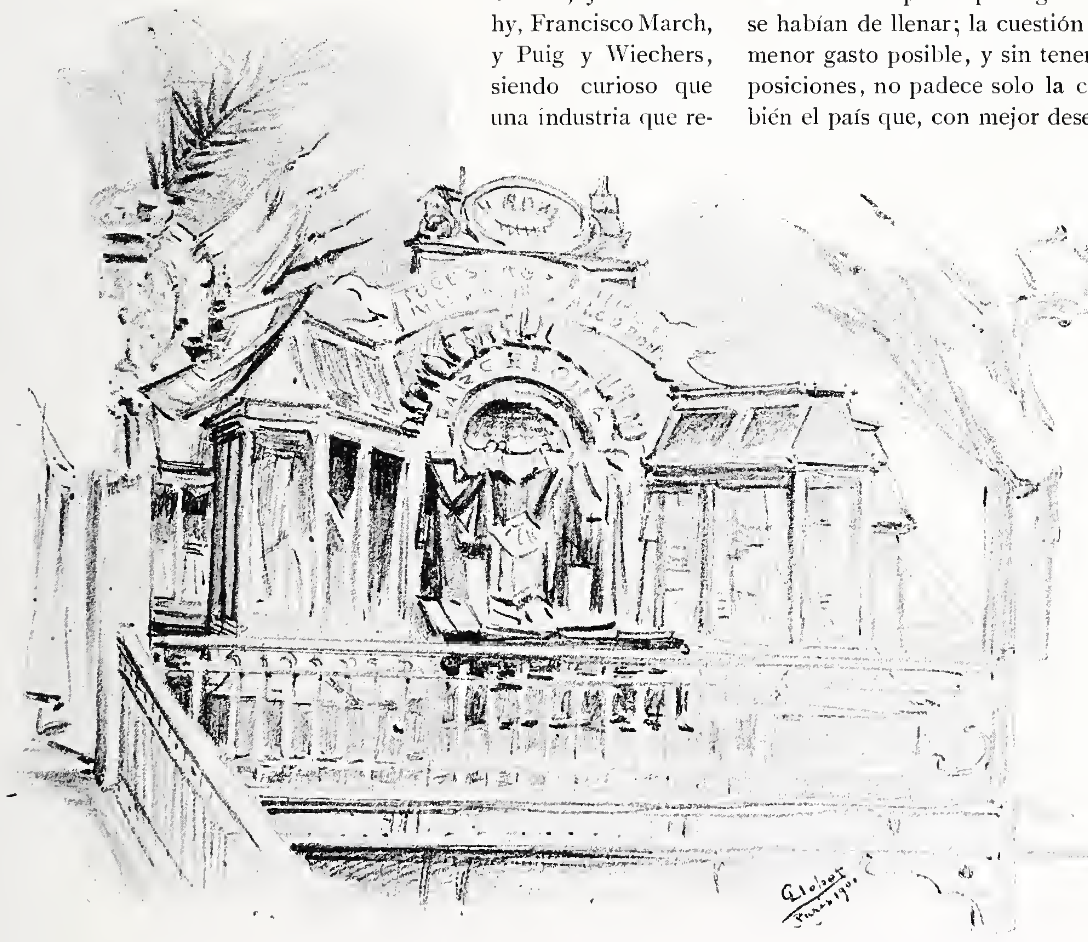
Quien salga de las secciones francesas, alemanas, austriacas y suizas, que están codeándose con la nuestra, y haya llenado su retina de los explendores de cristales tallados inmensos, de los arrogantes despliegues de sus tapices, sederías, bordados, confecciones de sombreros, corsés, guantes, paragüas, sombrillas, de las instalaciones del Printemps, Bon Marchè, Au Gagne Petit, &., y tropiece con nuestras instalaciones en que se ha tenido que hacer un esfuerzo colosal para tapar sus deficiencias, empalmando vitrinas grandes y chicas, bonitas y feas, de todos colores y categorías, cuando he repetido hasta la saciedad que en las Exposiciones nadie va á imponer su criterio personal, que cada especialidad ha de congregarse y montar su vitrina colectiva, que esto es útil, bonito y barato, y que estas cosas ya no se discuten en ninguna parte, da pena pensar que no haya ahí voluntad ni energía que basten para encauzar y llevar las cosas por buen camino, y que, cayendo siempre en los mismos errores y deficiencias, el mundo nos ha de juzgar, no por lo que somos y valemos, sino por lo que nos afanamos en hacer creer que somos, torpes en el decir, poco sinceros en el hablar, ansiosos siempre de deprimir, ante el extranjero, á nuestro país; y olvidando que quien tal cosa hace, y por este solo hecho merece, de toda persona de buen sentido, la conmiseración y el desprecio.

Valiosos son los elementos que han traído aquí sus hilados y tejidos de algodón, pero, ¿quién ha de creer que 16 vitrinas de las fábricas de Balet, Vendrell y C.ª, Sucesores de Andres Basté, Sobrinos de Juan Batlló, Ramon

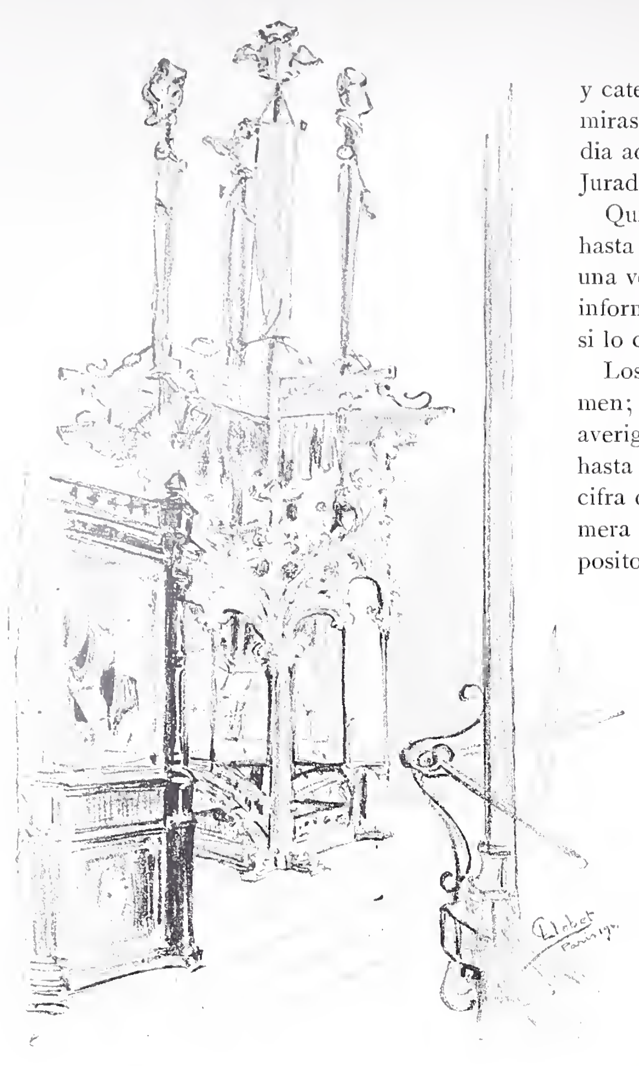
Bonet, Bordoy y Bonet, Ignacio Borrás é hijos, Sucesores de A. Brutau, A. Dasca y Boada, Sucesores de Fabra y Portabella, Gironella y Masriera, Mañé y Ordeig, Camilo Mulleras, Portabella y C.ª, J. Prat y Marcet, Serra y Bertrand, y Solá, Sert y Formosa, puedan representar la importancia de la Industria de hilados y tejidos de algodón en España, y especialmente en Cataluña; y sin embargo, el extranjero juzga por lo que ve, y dando á las cosas la importancia que merecen las instalaciones presentadas, si es inteligente, aun dando á los productos presentados la importancia merecida, ni teniendo ojos de lince logrará descubrir lo que es esta industria en Cataluña, y la riqueza que representa en el llano de Barcelona, y en las cuencas del Llobregat, del Ter, y de sus afluentes, en las cuencas altas de los principales rios del Principado Catalán.

En estampados que podríamos figurar entre lo mejorcito presentado aquí, apenas damos fe de vida; en lanerías, si no fueran Sabadell y Tarrasa, las fábricas de paños de Bejar, de Rodríguez Yagüe y Gómez Rodolfo, y poco más, tan poco más que ni esforzando la memoria consigo dar con otro nombre, la sección española que tantos motivos tiene de ostentar en el ramo de lanerías, firmas de primer orden, tanto en géneros bastos como en finos, no sería más que un boceto de lo que se podría hacer, si estuviera mejor presentado, y montado con ánimo de lucir y recordar lo que hacen las industrias similares del mundo entero.

En sederías hay un grupito interesante en que figuran como primeras firmas: Alorda y C.ª, Salvador Bernades, Juan y Eusebio Campoy, C. Fábregas Rafart, Antonio Gomar, José Malvehy, Francisco March, y Puig y Wiechers, siendo curioso que una industria que resucita, tenga empuje muy superior al de otras que cuentan con historia larga y no interrumpida en nuestro país, porque si solo las casas Mañé y Ordeig, Camilo Mulleras, Serra y Bertrand, y Sobrinos de Juan Batlló figuran con muebles ricos en el ramo de algodones de esta sección, no han mostrado menos empeño en lucir los sederos Bernades, Puig y Wiechers, y Alorda, tanto en sus vitrinas como en sus géneros corrientes y de exportación. Los demás no se han preocupado gran cosa, ni de los huecos que se habían de llenar; la cuestión era salir del paso, con el menor gasto posible, y sin tener presente que, en las Exposiciones, no padece solo la casa expositora, sino también el país que, con mejor deseo que fortuna se obliga á presentar, ante el mundo y con decoro, cuanto informa su cultura y el desarrollo de sus industrias, sus artes y sus servicios.



En géneros de punto, la deficiencia es tan enorme que cuesta trabajo hacer comprender á las gentes el desarrollo, la perfección y la baratura del género de nuestros fabricantes de Mataró; las casas de Colomer hermanos, de Comas Blanch, de Pablo Soler, de Bonay y C.ª, muy importante la primera, dignas de atención las segundas, ¿cómo han de dar cabal idea aun contando lo que han expuesto los Sobrinos de Juan Batlló, y Solá-Sert y Formosa, de una industria



que exporta sus géneros á distancias enormes, sin temor al recargo del flete, y al quebranto posible, de pagos hechos en la India, á plazo siempre largo y en condiciones desfavorables para el productor?

La contestación yo ya la sé: « trabajamos demasiado, no tenemos tiempo para pensar en Exposiciones, nuestros almacenes se vacían semanalmente, y no podemos más.» Y sin embargo, los trabajos del Jurado, que serían una revelación para muchas gentes, darían contestación clara y categórica á los que, en mi concepto, raciocinan, sino mal, con miras de corto alcance, porque la significación de lo que se estudia aquí, siguiendo, con alguna atención, las observaciones del Jurado, no puede ser más elocuente.

Quien tenga paciencia para leer este artículo cuide de seguirme hasta el fin; y no acudiendo más que á su buen sentido, descubrirá una verdad incontestable, la de que no conocemos el criterio que informa el movimiento industrial de las grandes naciones, y que si lo conocemos, no sabemos aplicarlo.

Los grandes industriales del mundo han acudido á este Certamen; ante ellos se ha presentado el Jurado, con la pretensión de averiguar el desarrollo alcanzado, por cada industrial, desde 1889 hasta 1900, y sin preámbulos han pretendido saber, cual era la cifra del negocio en 1889, y cual la de 1900. La pretensión, á primera vista, parece excesiva, y sin embargo, entre más de 500 expositores, uno solo se ha negado á contestarla; nunca pudo decirse con más motivo, que la excepción confirma la regla general. Pues bien, la diferencia de producción, en las grandes industrias, en menos de 12 años, resulta enorme: muchas veces y en negocios que cuentan por millones, el aumento pasa del 50, 80 y 100 por ciento. Ante este resultado; yo pregunto á los industriales españoles que tienen demasiado trabajo; si los extranjeros opinaran que la excesiva demanda no supone un aumento de producción, y no cuidaran de hacer correlativos, los medios de producir y las necesidades del mercado ¿cómo sería posible alcanzar aumentos de 50 y 80 por ciento en el término de 12 años y en industrias que han de temer la contingencia de la lucha en la casa propia y en la agena, si se contentaran con la producción ordinaria, y con los elementos de producción que el tiempo inutiliza, y el ingenio humano malbarata.

Si los grandes industriales que han gastado miles y miles de francos en esta Exposición, creyeran que ya lo han hecho todo, y que su misión ha concluído cuando han alcanzado una suma de millones superior á lo que había soñado su deseo, la suerte de la industria se pararía ante un éxito tan portentoso; y, sin embargo, todo indica que el mundo marcha, que el progreso cunde, y que el fin, la última etapa de su desarrollo en la tierra, es aun un punto indeterminado en el espacio.

Rafael Puig y Valls

PARIS Y LA EXPOSICION

IMPRESIONES Á VUELA PLUMA

Cansado de pasear mi cuerpo y mi curiosidad por distintos lados de la Exposición, fuí, la otra tarde, á buscar un poco de reposo en uno de los innumerables cafés que la previsora y paternal Administración ha establecido, ó mejor dicho, dejado establecer aquí, acá y acullá.

Y principiaba á saborear un bock noruego, cuando vinieron á instalarse en la mesa próxima á la mía dos caballeros de decente catadura, luciendo uno y otro la roja cintita en el ojal del chaqué y los cuales, después de pedir dos *soda water* prosiguieron en esta forma el diálogo que tenían empeñado.

— Vaya... no digáis desatinos — exclamaba uno de ellos, rubio, de rostro jovial. — Esta Exposición es un éxito y un éxito completo.

— ¡ Pardiez ! — replicaba el otro, que era un tipo moreno y de aire gruñón — todas las majaderías en grande escala tienen éxito y éxito completo. Ya lo sabíamos eso...

— ¡ Majadería llamáis á un Concurso internacional tan imponente, tan grandioso, como la Francia ha sabido organizar, agrupando en torno de su poderío y de su riqueza industrial y artística, la riqueza y el poderío de las demás naciones del Universo !... ¡ Majadería una obra de paz, de fraternidad y de civilización humanas !

— Dejaos de frases hechas... Ese Certamen internacional no es, al fin y al cabo, más que una gigantesca feria; y si á vos las ferias os entusiasman, á mí me apestan.

— Cuestión de gustos; pero no me negaréis que París presenta en estos momentos un aspecto deslumbrador...

— ¡ Deslumbrador ! — gritó el moreno pegando un brinco sobre su asiento. — Mejor diríais un aspecto estrafalario, antipático, irritante...

— ¡ Vaya una ocurrencia ! — dijo el rubio encogiéndose de hombros.

— No es ocurrencia: es la pura verdad; para un parisien nato y neto como yo, para un parisien que vive además consagrado al arte, el aspecto que hoy ofrece París es sencillamente insoportable. Y lo es porque nuestra ciudad que es en su aspecto normal la más bella del mundo — á mis ojos cuando menos — pierde cuando vienen estas epidemias á plazo fijo, que se llaman exposiciones, todo su caracter. París ya no es París: es un campo de feria, atestado de cosas exóticas, henchido de curiosidades, cuya contemplación me gustaría, como me ha gustado, en su sitio correspondiente, esto es, en su elemento natural, pero que aglomeradas aquí en disparatada vecindad, me producen un efecto penoso, violento; el efecto inarmónico que causan los contrastes anti-estéticos.

— Me confesaréis, sin embargo, que dentro de ese exotismo como vos le llamáis, se han realizado verdaderas maravillas. Así por ejemplo, la calle de las Naciones...

— Es la invención más desdichada que se le podía ocurrir al Director de ese monstruoso Bazar.

— ¡ Hombre, por amor de Dios !... — gimió con aire escandalizado el caballero rubio.

— ¡ Pues, que duda tiene ! — declaró el moreno asestando un formidable puñetazo sobre la mesa.— Ponedme cada uno de esos pabellones nacionales aparte, muy aparte unos de otros, á fin de que sus respectivas visiones no puedan mezclarse ni confundirse y quizás... quizás me producirán una impresión agradable; ¿ pero qué impresión de arte, ni que sugestión de belleza queréis que nazcan de esa mezcolanza absurda que presenta confundidos en un mismo plano estilos arquitectónicos tan opuestos ?

— Pues de esa oposición encuentro yo que nace el mayor atractivo...

— Cuestión de gustos, como decíais hace un momento — replicó el moreno con marcada ironía — pero me permitiréis deciros que el vuestro me parece detestable. Cuanto á mí, me crispa los nervios esa famosa calle de las Naciones. Poner á la arquitectura alemana en contacto con la italiana, la rusa con la cambodgiana, erigir el pabellón de España á cuatro pasos del noruego y el de Inglaterra cerquita del de Portugal, es sencillamente estúpido; sí señor, estúpido. Soy partidario como el que más de la fraternidad de los pueblos y de la armonía entre las naciones; pero esa alianza cosmopólita-arquitectónico ¡ me carga, me carga, me carga !...

Echóse el otro discrepante á reir, viendo la vehemencia con que hablaba su amigo. Luego dijo :

— Aun admitiendo, que ya sería mucho admitir, que en este punto llevarais razón, no podréis negarme lo más esencial de todo, á saber: que con este grandioso Certamen la Francia da una prueba incontestable de su riqueza, del prestigio que goza en todo el mundo, y de su misión eminentemente civilizadora.

— ¡ Siempre el mismo cliché !... — exclamó el adversario de la Exposición, alzando los hombros con gesto de enormísimo desden — ¡ siempre el eterno cliché !... Que la Francia da una prueba de su riqueza... ¿ Y qué ?... ¿ No lo sabe todo el mundo que nuestro país es rico ?... ¿ Necesitamos para demostrarlo organizar toda esa inútil barraquería ?... Otra nación hay tanto ó más rica que la nuestra, como lo es la Inglaterra : ¿ no es verdad ?... Pues no tengais miedo que á los ingleses se les ocurra el establecer en Londres una de esas ferias: ¿ y por qué ?... porque nuestros vecinos son gente práctica que no gusta de fantochadas. Hace cuarenta años organizaron una y con muy buen éxito, por cierto; pero vieron que con eso no se iba á ninguna parte y se han guardado muy mucho de reincidir. Cuanto á lo del prestigio que Francia goza en el mundo, os recordaré solamente que era mucho mayor en 1868, cuando la Exposición á que asistieron todos los monarcas de Europa. Ya sabéis, sin embargo, lo que ocurrió dos años después. Y por lo que decís de nuestra misión eminentemente civilizadora, os haré observar que no ha menester de ferias colosales ni de bazares monstruos, para abrirse paso. Nos bastan nuestros sabios, nuestros escritores, nuestros artistas; estos son los que civilizan á la Francia y al mundo entero. De la anterior Exposición no quedó más que la torre Eiffel; de esta quedará el recuerdo del *trotoir roulant:* ¿ creeis que esas cosas influyan grandemente en nuestra misión civilizadora ?

— No me negaréis, empero, — observó el rubio — que esa gran solemnidad hace entrar raudales de oro en los bolsillos de la Francia...

— De la Francia no, de París; y aun únicamente de una pequeña parte de París. ¿ Qué salimos ganando ni vos, ni yo, ni muchísimos millares de parisienses con esta Exposición ? Nada; ni un céntimo. Salimos, por el contrario, perdiendo. ¿ Qué gana la Francia en general ? Nada tampoco; pierde, en cambio, todo el dinero que se repartiría proporcionalmente en provincias y que va á parar en las cajas de los ferro-carriles y en las de los fondistas y cafeteros de París. Para esos se ha hecho la Exposición; esos son los que salen ganando y... francamente, para enriquecer á tres ó cuatro gremios no valía la pena de convertir París en inmenso almacen de quita y pon.

Aquí, se levantaron los dos platicantes y se fueron; y yo me levanté también y también me largué, para reproducir el diálogo y enviarlo al Director de *Hispania* á guisa de crónica.

ALFONSO DE MAR

Obreros franceses bebiendo, al lado de la chimenea monumental

EL MINISTRO NUEVO

El que viene á continuar
la gestión de Villaverde,
á ver si la va a...cabar
ó nos enseña á jugar
el juego de gana - pierde.

En la Junta General celebrada por esta Sociedad el día 30 del pasado Noviembre se dió lectura de la siguiente comunicación:

« En cumplimiento de lo expuesto en su atenta comunicación referente á los azulejos de cartón piedra remitidos por la casa Miralles, de Barcelona, he procedido á su examen.

» Consiste este producto en unas placas compuestas de tres clases de cartones heterogéneos, íntimamente unidos entre sí por medio de una fuerte presión hidráulica, á fin de evitar el alabeo, que pudiera producirse por efecto de las temperaturas elevadas. Están barnizados en el frente, dorso y cantos, lo cual los hace relativamente impermeables.

» Son ligeros, inrompibles y de fácil colocación. Ésta se obtiene, según se detalla en el álbum-catálogo correspondiente y cuyo sistema ha comprobado el que suscribe, por un ligero enlistonado de madera y una serie de clavos de reducidas dimensiones; debiendo barnizarse después el conjunto con una capa de barniz bueno.

» Las condiciones artísticas de estos azulejos como elemento de ornato son excelentes, puesto que tratan de sustituir, dentro de los límites propios de su naturaleza, á las verdaderas cerámicas esmaltadas.

» No es posible sostener hoy, como en otros tiempos, que la ornamentación cerámica sea genuinamente española.

» En efecto, sin remontarse á las placas esmaltadas del interior de la pirámide de Saq-quarala ó al magnífico friso de los arqueros del palacio de Darío, pieza maestra del Salón persa del Museo del Louvre; dando de lado por su vaguedad las fabricaciones del Cairo en el siglo XI que cita el viajero Nassiri-Khosran, las persas del XII mencionadas por Ya-Kont, y las indicaciones del monje Theófilo sobre las artes cerámicas de Occidente en la misma época, vemos que los mahometanos dominan esta fabricación en todos los países donde ponen su planta ó su arte, persa en Rodas, árabe en Sicilia, mauritano en España; y que ya en las centurias décima quinta y sexta ilustran la Italia las manufacturas de Faença, Caffagiolo, Florencia y Urbino, con los Xantos y los Fontanas; y la Francia los de Viron y Saintes, con Cherpantier y Palissy.

» Pero si la ornamentación de esta rama de las artes del fuego puede considerarse como general, no es menos cierto que en España adquiere importancia grandísima con la enseñanza mahometana. Ya en 1350 se cita por el geográfo árabe Zbu-Batutall la ciudad de Málaga como centro de enorme fabricación y exportación, y bien apreciados de los arqueólogos modernos son los alicatados granadinos y sevillanos, el célebre vaso de la Alhambra, las cerámicas con reflejos metálicos de Valencia y Mallorca y, ya en pleno siglo de Carlos V, las fábricas de Puente del Arzobispo, de influencias asiáticas, así como las de Triana, en las que el italiano Nicolaso marcó el gusto del Renacimiento de su país; continuando la tradición ceramista española en Talavera y Alcora, más castiza aquélla que ésta, que se dejó influir por los artistas que el Conde de Aranda hizo venir de Monstiers.

» Es, por tanto, digno de los mayores plácemes todo esfuerzo hecho por la industria española para resucitar tan bello sistema de ornamentación. Pero, siendo la verdadera cerámica producto de gran coste, es de alabar la casa de Miralles, que, partiendo del principio de la exigida baratura del producto industrial que domina la época presente, ha ideado un elemento de ornato de hermoso efecto, gran duración (siempre que se emplee en lugares propios, ó sea en interiores) y acertados modelos.

» La colección de éstos comprende imitaciones escogidas de los alicatados granadinos, de los azulejos mudéjares en ellos inspirados, de los revestimientos persas, de las placas medioevales coloridas y con reflejos metálicos, y de las cerámicas ornamentales del Renacimiento, sin olvidar algunos dibujos modernos y la asimilación de reconocidos y apreciados modelos de la casa Minton.

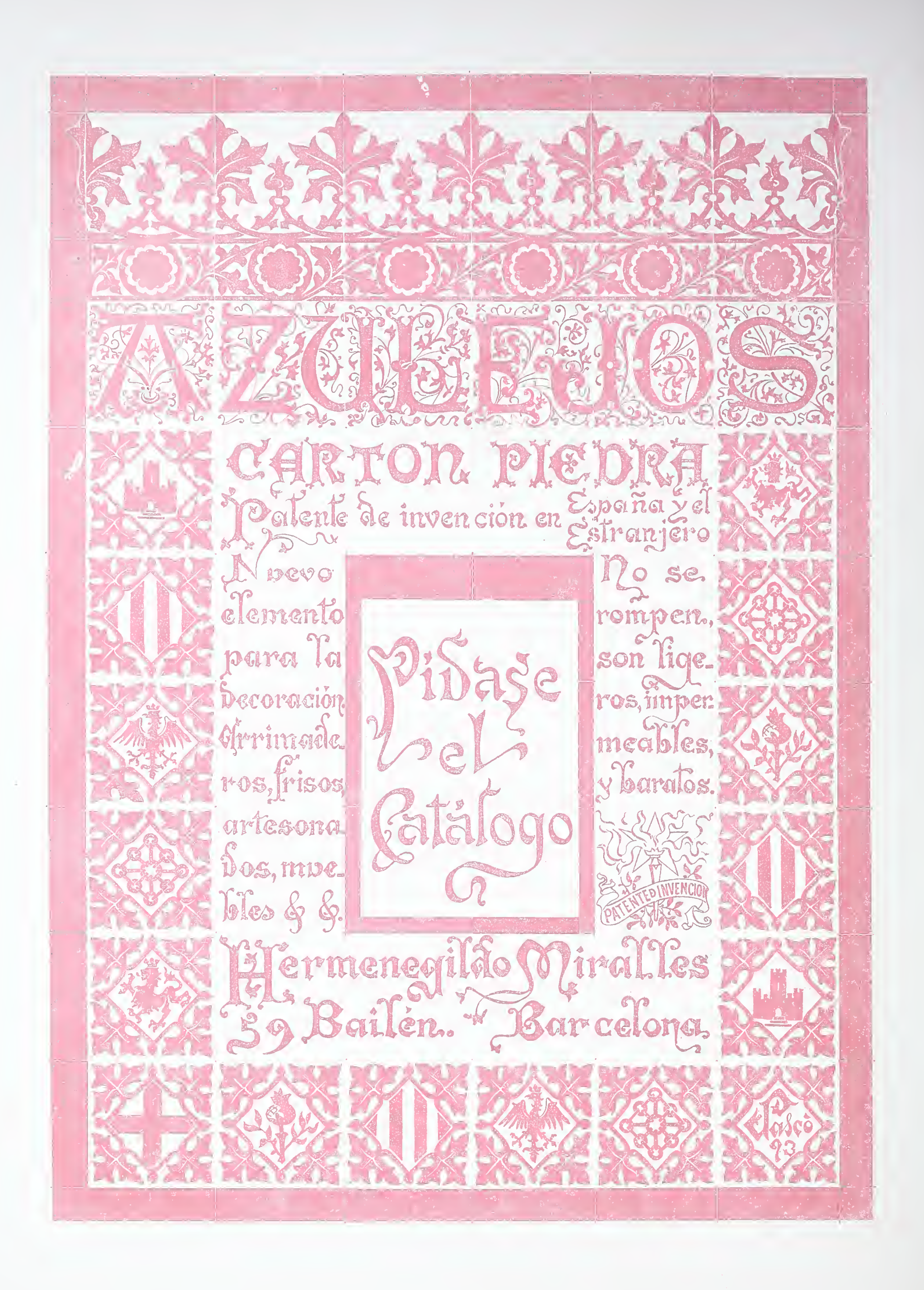
» Por todas estas consideraciones, esta Sección Artística estima que el producto llamado "Azulejos cartón piedra" de la casa Miralles, de Barcelona, reune excelentes condiciones de aplicación y es altamente recomendable.

» Lo que tengo el honor de poner en conocimiento de V. E., cuya vida guarde Dios muchos años.—Madrid 29 Noviembre de 1898.—*El Presidente de la Sección Artística,* EDUARDO de ADARO.—Ilustre Excmo. Sr. Presidente de la Sociedad Central de Arquitectos.»

Lo que, en cumplimiento del acuerdo tomado, tengo la satisfacción de comunicarle para su conocimiento y fines consiguientes y para que pueda utilizar el informe cuando lo estime necesario.

Madrid 10 de Diciembre de 1898

El Secretario General,
(Rubricado)
Luis M.ª Cabello y Lapiedra, *Arquitecto*



Tintas de Ch. Lorilleux y C.ª

Papel de los Sucesores de Torras hermanos

HISPANIA

E. SANTOS.—LA FERIA

LOS FAMILIARES y LAS XANAS

(Recuerdos del campo de Asturias)

Me encuentro en una aldea de las más apartadas, y no lejos del río Narcea.

Soberbia la vegetación y panorámico el paisaje, ni voy á describirlo, ni he tomado hoy la pluma para tratar de cosas tan naturales, sinó al contrario, de un asunto sobrenatural, de seres misteriosos que influyen poderosamente en la existencia de aquella pueblecita.

Entre dichos seres los hay de varias especies y de muy diversas condiciones.

Primeramente, os hablan los aldeanos de los *familiares*. Nada tienen que ver estos familiares con los que pululan por ciertos palacios. Son unos duendes tan menudos que se les debe denominar en diminutivo, sin mengua de su reputación ni de su importancia.

Lo de *familiar* está perfectamente aplicado, porque hacen sus travesuras y picardías en el seno de las familias, y se apegan á la existencia y á la suerte de los individuos con familiaridad extraordinaria.

Según la opinión general, son invisibles é impalpables. Pero es también muy digno de consideración el testimonio de los pocos que logran verles.

Uno me dijo que se parecen á los erizos, pero erizos del tamaño de la avellana. Otro, un viejo vaquero incapáz de mentir, me aseguró que los había encontrado una vez metidos en una almadreña, la cual se le hizo pedazos por su temerario empeño en cogerlos.

Otro contaba que los había sorprendido *infraganti* apagándole la luz del candil; y una anciana hilandera me refirió que hubo una temporada en que le enredaban los hilos continuamente.

— ¿Y eso á qué lo atribuye Vd.? — la pregunté.

— Á que entonces no los tenía propicios, á causa de haberme descuidado en complacerles.

No repliqué á esas palabras, pero ella, advirtiendo mi sorpresa y mi asombro, añadió lo siguiente:

Sepa Vd. que es preciso captarse las simpatías de los *familiares* con varias cosas. Hay que dejarles un hueco bien mullido en los lechos, abrigado en el invierno y fresco en el verano; y no enturbiarles el agua de las jofainas, pues á la noche, cuando nadie puede verles, son muy aficionados á bañarse; y que nadie se meta á escudriñar los rinconcitos de su predilección: y sobre todo hay que hablar de ellos con cariño y respeto, siempre que llegue el caso. ¡Desgraciado del aldeano que no procura contentarlos!

— ¿Tan temibles son?

— Un solo caso bastará para convencerle á Vd. Juan y Cosme tenían en arrendamiento una tierra de pan llevar de iguales condiciones de producción, y repartida entre ambos. Llegó un año abundantísimo, y todos los labradores de la vecindad principiaron á recoger pingües cosechas. Juan halló igualmente sus espigas repletas de grano, mientras que Cosme se encontró con las suyas raquíticas y desmedradas. El motivo no podía ser más evidente: á Cosme no le habían sido propicios los familiares, por no haber guardado con ellos las debidas consideraciones.

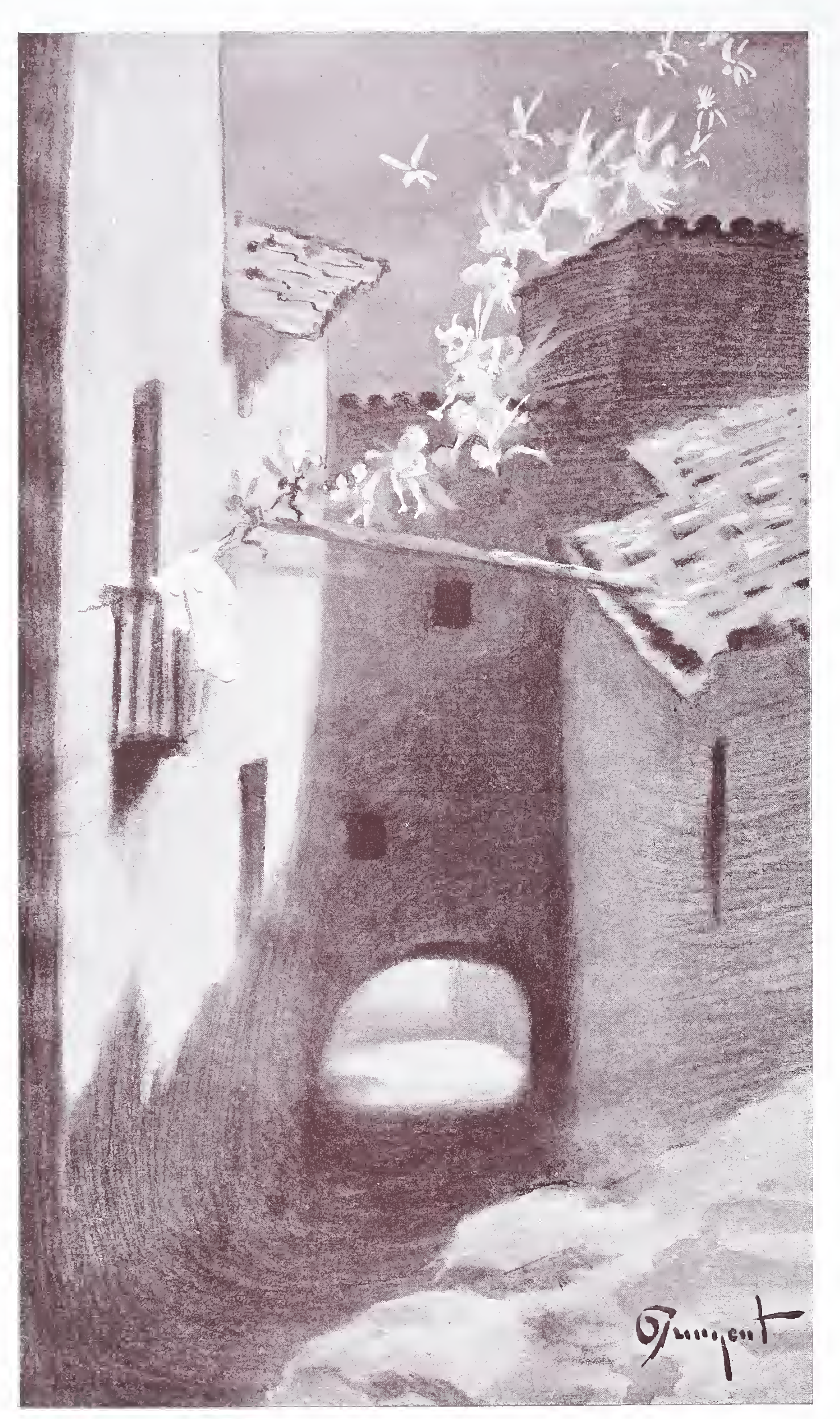
— ¿Y cómo le echaron á perder la cosecha?

— Durante la siembra un enjambre de *familiares* habían seguido á Cosme, desbaratando su faena y dejando á medio enterrar la mayor parte de la semilla; de modo que unos granos germinaron mal y otros se les comieron los gorriones.

* * *

Cosas aún más graves me contaron de los *familiares*, como desavenir matrimonios, deshacer tratos, y causar la desgracia de familias enteras.

Sirva de ejemplo lo que le ocurrió á una de aquella misma aldea por graves faltas de consideración. Fué en un invierno rigurosísimo; los ríos se hallaban formando témpanos enormes, y morían de frío pájaros y plantas. Respecto á las personas apenas las bastaba el mayor abrigo. Pues bien: ni uno solo de los individuos de dicha familia se acordó de dejar hueco en su cama para los diminutos duendes, no teniendo en cuenta sin duda que, aunque invisibles é impalpables, sienten el frío como los seres de carne y hueso.



Pero vea el lector qué venganza tomaron los *familiares*: desordenaron el granero; abrían orificios y rendijas por donde se filtraba la humedad, y por consecuencia se pudrió mucho grano: además les echaron á perder los quesos y requesones. De manera que la tal familia llegó á verse en gran necesidad á causa de un olvido tan punible.

Tratándolos por buenas, los *familiares* son como ángeles; tratándolos por malas, unos diablejos de la peor casta, no habiendo protectores más decididos del campesino en el primer caso, ni enemigos más temibles en el segundo.

¿Qué digo del campesino? Yo creo (¡pí-

caros duendecillos!) que no limitan á una parte de Asturias su dominio é influencia: me atrevería á asegurar que casi todas las calamidades de España, y aun del mundo, son debidas al menosprecio en que se tiene á los *familiares*.

Cuando esta opinión se la manifesté á los aldeanos no solo mostraron su asentimiento, sinó que unánimemente me recomendaron la publicación de verdad de tanta trascendencia.

* * *

Más simpáticas que los familiares son las *xanas*, las ondinas y náyades de Asturias; vigilantes protectoras de todo amor puro.

Viven en los manantiales más límpidos y en las fuentes más cristalinas, y emplean sus artes en atraer á las doncellas aldeanas, para que la virtud de aquellas aguas mantenga y acreciente el fresco sonrosado de sus mejillas y el albór de sus pensamientos.

En aquel país, la fantasía de los hijos del campo ha encontrado siempre á las *xanas* solazandose al suave fulgor del alba, en días apacibles, á la orilla de sus viviendas diáfanas, ya hilando madejas de oro y plata, ya tejiendo guirnaldas de flores y pedrería. Las contempla envueltas en velos vagarosos, del color celeste de sus ojos, y flexibles como lirios, por las brisas mecidos. Escucha su voz, que es como el suspiro de virgen enamorada, y siente el rumor de su paso, como un eco de besos de ángeles.

Antonio Arango, poeta asturiano muerto en la flor de su juventud, cantó muy sentidamente la influencia de las *xanas*. He aquí una estrofa de su composición:

«Si por la noche, niña inocente
de sus amores sufre desvelos,
y en un suspiro, su amor ardiente
manda al objeto de sus anhelos,
¡Oh! nada importa que esté distante
surcando el aire ligera *xana*,
le lleva al alma del tierno amante
con los susurros de la mañana.»

Y la fantasía popular, en su exploración poética ha llegado á descubrir encantos maravillosos; ha averiguado que las fuentes más cristalinas son *xanas* cautivas; cautivas por su propia voluntad, porque las complace copiar el cielo en toda su pureza, escondiendo sus cristales entre las enramadas de los bosques, ya brotando á la luz del sol, en las cimas de las montañas.

¡Ay! de la niña que se atreva á enturbiar el brillo de las aguas de esas fuentes. Las xanas no protejerán sus amores y será desgraciada, obteniendo desengaños tristísimos, en vez de realizar las esperanzas más halagüeñas.

Así, es tradicional y hasta supersticioso el respeto que inspiran en aquella comarca los manantiales vírgenes; respeto que representa una reminiscencia del paganismo, pero también la bondad y la pureza de unos sentimientos que bien merecen este recuerdo.

Luciano García del Real

Ilustraciones de O. Junyent

Cercanias de Lucknow. - Mezquita en la ciudadela de Matchi - Bhowan

LA INDIA INGLESA EN FOTOGRAFÍA

Paquete de cartas y fotografías de un tal Luis,
violadas por un cartero de Barcelona y encontradas casualmente en la calle

POR

ANTONIO CORTÓN

CARTA TERCERA

Un obispo anglicano. — La colonización inglesa. — La ciudadela de Matchi-Bhowan. — La ciudad de Lucknow. — Indios cargando á un elefante. — Peluquerias al aire libre.

LUCKNOW, *10 de Enero*

Mi amigo muy caro: ¡ Qué honra, qué honra para la familia ! Desde Benarés me acompañó en el wagón un personaje de más campanillas que el Imambara famoso de esta ciudad: el *Right Reverend* A. Cliffosi, obispo anglicano de Lucknow. Excelente persona, muy razonable, muy fina. Yo hubiese preferido, no obstante, aun transigiendo con lo de inglés, que fuese católico como los arzobispos de Calcutta, de Agra y Bombay. Pero no siéndolo por desgracia, híceme la cuenta de que *A falta de pan...* y me resigné con el anglicano. Después de todo, aburrido de ver brahmanes de luenga barba y fakires de ruin catadura, un obispo cristiano era una novedad para mi.

Me hizo el honor de conversar conmigo. Verdad es que un español viajando en un tren, es capaz de hacer hablar hasta á un *maharajad*, aunque lleve el manto azul y el collar de la estrella. Hice hablar al *Right Reverend*. Me prestó el número del *Times* que estaba leyendo, y en donde ví, no sin dolor y vergüenza, los telegramas de París con la reseña de los debates de la comisión *hispano-yanki*. Con tal motivo hablamos del resultado de la guerra. Afectuoso y cortés, aunque simpatizando con los yankis — *mis hermanos*, decía — me dió el pésame más senti-

do. Y el tema de que tratábamos le llevó á hacer un estudio comparativo del sistema colonial inglés con el español.

— Los ingleses — me decía — no es posible negar que administraron mal estas regiones, sobre todo en los tiempos de la célebre Compañía de las Indias; pero aquellos males se remediaron. En 1858, después de la colosal insurrección, de la que aun verá usted las huellas cuando llegue á Lucknow, fué suprimida la Compañía explotadora y tiránica, y se inició por la Gran Bretaña la serie de reformas expansivas que, pasando por las actas de 1876 y 1877, han autorizado la frecuente celebración de los congresos nacionales de la India, formados por centenares de delegados de todo el Imperio, para pedir, como ahora piden, con esperanzas de próximo éxito, la extensión de las libertades británicas, la supresión del Ministerio especial de la India, que funciona en Londres, y el aumento de la competencia de las instituciones locales.

— No lo lograrán — observé yo.

— Es cuestión de tiempo. Por el pronto, ya han conseguido una de las cosas que solicitaban con más empeño, esto es, la admisión de los indios en los consejos superiores y legislativos del Imperio.

— Sin embargo, — me atreví á decir — Inglaterra es odiada aquí....

— Es un error. ¿Odiarnos? Y ¿por qué? Nosotros respetamos las costumbres y aun las supersticiones del país; les dejamos practicar sus cultos y celebrar sus fiestas y hasta castigamos con duras penas al europeo que en nuestros dominios mata, por ejemplo, un pavo real....

— ¿Un pavo real?...

— El pavo real — añadió sonriendo — es el emblema de la Diosa Saravasti.

En esto llegamos á Lucknow. Al bajar del tren y despedirnos cariñosamente, me recomendó el buen obispo que no dejase de visitar su *establecimiento*, es decir el templo anglicano, y también, si quería admirar edificios históricos del tiempo del Imperio de Audh, la célebre ciudadela de Matchi Bhowan.

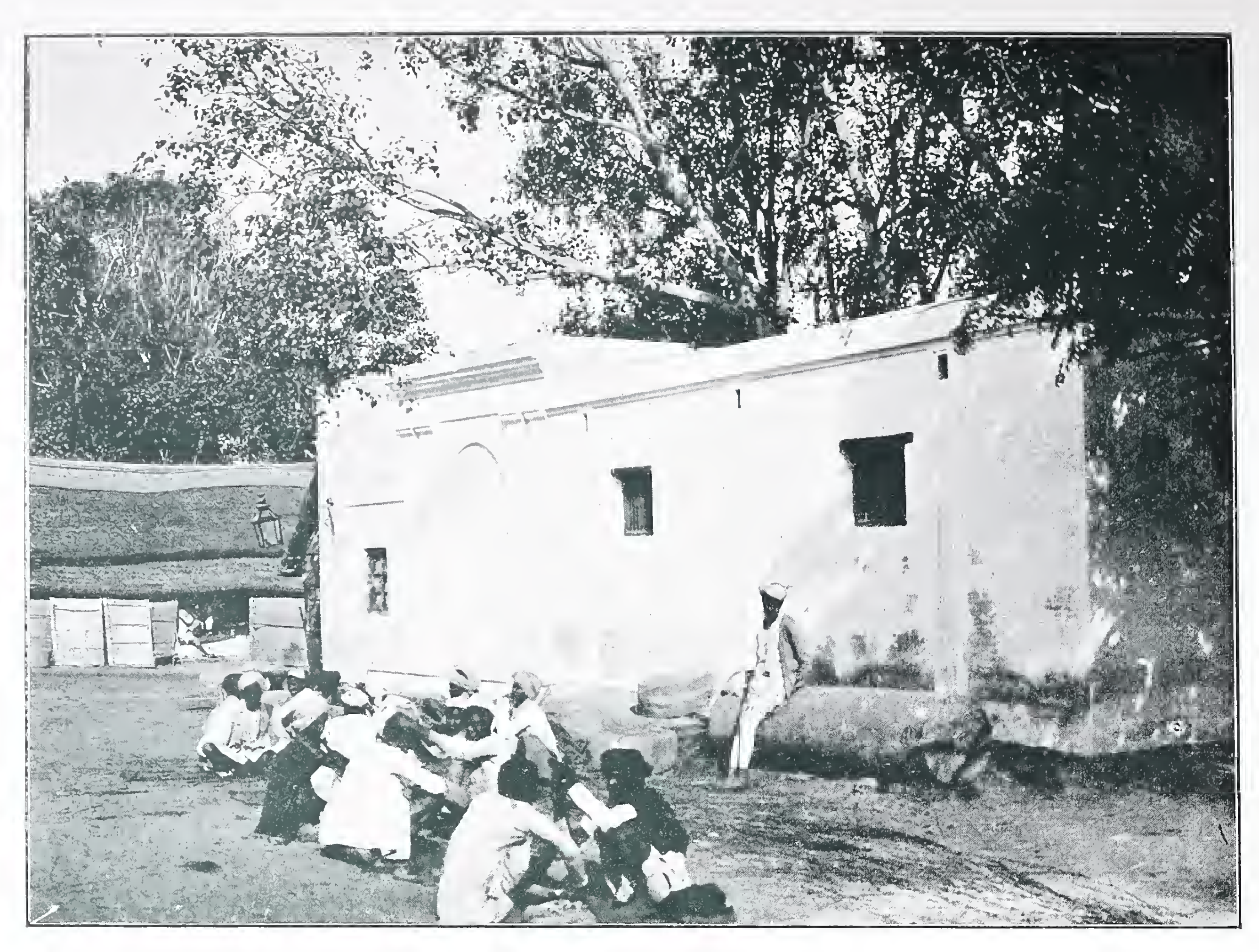
Siguiendo el consejo del *Right Reverend*, no bien me instalé en la fonda y terminé mis *abluciones*, me eché á la calle, tomé un carruaje é híceme conducir á la ciudadela de Matchi Bhowan. Este edificio ó, mejor dicho, este conjunto de edificios, al que se entra por una magnífica puerta llena de adornos llamada la *Roumi Bawasé* ó puerta de Constantinopla, fué erigido en el siglo XVII, bajo el reinado de Azat-ond-daola, el cual, ganoso de inmortalizar su nombre, invitó á todos los arquitectos de la India á concurrir entre si para la creación de un monumento cuyo plano no se asemejase al de ningun otro edificio conocido y que sobrepujase á todos en belleza. El arquitecto Kaifiatoulla obtuvo el premio en el concurso y ejecutó toda la obra.

En medio de la ciudadela de Matchi Bhowan, elévase la maravilla de Lucknow, el gran Imambara, con sus largas líneas de murallas, coronadas de miles de campanillas y en cuyo recinto se encuentran un modelo del Tadj de Agra y otro del Kontab, un bazar y una elegante mezquita, de la que te envío una fiel reproducción fotográfica.

Siguiendo el curso del río Goumti, célebre por los monstruos de toda especie que moran en sus aguas, se llega á las ruínas de la Residencia, antiguo palacio de los residentes ingleses en la corte de Lucknow. Mi *beghari* (guía) me dice que allí se refugiaron, en 1857, los europeos y el escaso número de soldados ingleses á las órdenes de Sir. Henri Lawrence cuando los cipayos de la guarnición de Cawnpore se sublevaron tomando por caudillo al feroz Nana Sahit, príncipe maharata desposeído de su herencia por los ingleses. Me acordé de mi viejo guía de Benarés, que era del número de los fugitivos. Y recordé también *La casa de vapor*, de Julio Verne, interesante novela basada en aquel trágico episodio.

De vuelta á la ciudad, dejé el carruaje, y, acompañado de mi guía, que llevaba mi máquina fotográfica, me interné en la población. Los ingleses, que sólo desde 1856, fecha no remota, son dueños de Lucknow, han hecho de la vieja ciudad que hace cuarenta siglos tenía el nom-

Afueras de Lucknow.–Indios cargando á un elefante



En Lucknow.—Peluquería al aire libre

bre de Lakhanoavati y que después del siglo XVII fué capital del Imperio musulman de Audh, una de las poblaciones más modernas de la India. Después de Bombay y de Calcutta, es la más poblada. Tiene 273.028 habitantes y está unida por el ferro-carril con Bombay y Calcutta. Sus calles, sus plazas, sus jardines, son dignos de cualquiera de las grandes ciudades de Europa. Abundan los palacios, mereciendo citarse entre estos el de Cláudio Martine, famoso aventurero francés conocido por el nombre de Lamartiniere, que en 1760 llegó á Lucknow y obteniendo el apoyo del rey, lo utilizó para hacer progresar el país.

Mi máquina se ha portado bien en Lucknow. Ahí van dos copias del natural, de donde un pintor puede sacar dos cuadritos de género. Son dos escenas que se repiten á cada rato en la India. La primera representa á unos indios en el campo, medio desnudos y sudando la gota gorda para cargar con fardos de mercancías á un elefante; que este buen paquidermo, tan comun en estas regiones, así se utiliza para cabalgar sobre él, como para carro de trasporte. La segunda escena representa unos peluqueros indios que ejercen su oficio en medio de la calle. El cuadro es curioso. Sentados *paciente* y peluquero sobre sus talones, el uno enfrente del otro, hace el segundo su labor, que consiste en afeitar la cabeza, rostro ó sobacos ó cortar la barba y el cabello.

Es triste, muy triste contemplar de cerca la miseria de los indios. Ennegrecidos por el sol, descalzos, picados de viruela, con un turbante en la cabeza y una mala camisa de lana rayada sujeta por una faja á la cintura, y en la boca la pipa de *gurago,* especie de mezcla negruzca de tabaco, melaza y opio, nadie diría, al verlos, que estos indios son los descendientes de los arios y que pertenecen á la raza ilustre que ostentó el cetro del humano saber, y escribió el *Mahabarata* y el *Ramayana,* y habló el sanscrito, la lengua madre del griego y del latín...

Pero dejo las reflexiones, que no quiero aburrirte, y me voy á Agra á ver el Tadj. Desde la ciudad del emperador Akber, te dará cuando menos lo esperes, los buenos días, tu amigo afectísimo.

LUIS

Fotografías inéditas de ROMÁN BATLLÓ

DIONISIO BAIXERAS.—RECOMPONIENDO LA RED

LA ORACION

EN EL CAMPO

Despéjase el tendido firmamento
visos tomando de luciente grana,
y el prado con sus flores se engalana
al suave soplo del callado viento.

Sonoro vibra el armonioso acento
del celestial querube, y la campana
del templo invita á la oración cristiana
que anhela el ardoroso pensamiento.

Deshácese la nieve en la colina,
y produciendo halagador sonido,
suelta la fuente el agua cristalina;

Y las aves, con mágica dulzura,
su canto elevan desde el blando nido
oculto entre el verdor de la espesura.

LA ORACION

EN EL TEMPLO

En tanto que en la torre se despierta
el bronce herido á la oración llamando,
sobre sus góznes, áspera girando,
se abre del templo la maciza puerta.

Entra la multitud; piadosa oferta
del sacro altar en torno va dejando,
y allí empieza á rezar, antes trazando
una cruz en su frente descubierta

Del órgano se escuchan los sonidos
y un himno eleva á su compás el alma
mientras las aves cantan en sus nidos...

¡Qué hermosa es la oración! ¡Ah, que consuelo!
¿Quién su amargura ó su dolor no calma
los tristes ojos elevando al cielo!

MARIANO MIGUEL DE VAL

A. FILLOL.—LA BESTIA HUMANA. (Fot. A. Ferrando)

THOMAS CARLYLE

Apropósito de la publicación de las obras completas de Carlyle acábanse de hacer grandes fiestas en Inglaterra, en honor de este pensador ilustre, que casi pasó desapercibido hasta hace pocos años en el continente. Hasta en su propio país fué casi extranjero durante mucho tiempo, pues como dijo de él un ilustre crítico francés, «*Il etait trop different, il ne pouvait pas plaire.*»

* * *

Nació Carlyle el 4 de Diciembre de 1795 á Ecclefechan, en el burgo de Dumfrieshire, á seis millas del golfo de Solway, en límite Oeste de Escocia con Inglaterra. El país en que nació Carlyle es un país abrupto, lleno de rocas y de montículos ásperos, con cascadas y torrentes, en el cual violentas luchas estallaron en tiempos de la Reforma. Á lo que parece este país influyó no poco en el espíritu del ilustre filósofo.

Su padre era maestro de obras y su abuelo carpintero de oficio, ambos protestantes puritanos, de costumbres más que severas. El propio Carlyle dice de su padre que era tan poco espansivo que su corazón estaba como amurallado; no quería dejarse amar. « Mi madre — dice — me confesó que jamás llegó á comprenderle. Sobre todo, profesaba un profundo desprecio por toda palabra inútil.» Así Carlyle, desde su más tierna edad tuvo que comunicarse con su madre esclusivamente. Y así, si de su padre heredó el carácter, su madre fué la que formó su corazón y preparó su inteligencia.

* * *

La infancia de Carlyle, fué severa, silenciosa, concentrada.

Adolescente aún, reveló ya una fuerte imaginación, una sensibilidad aguda, y una capacidad de comprensión rara. Su padre mandolo al *gimnasio* (Escuela) de Annan para prepararlo á fin de que pudiese ser un buen «*Scholar*» y entrar en la Universidad de Edinburgo pues quería que se dedicara al sacerdocio segun era la costumbre en las familias presbiterianas pobres, cuando tenían un hijo en el que se revelara una gran inteligencia.

En la Universidad fué donde por oposición se manifestaron sus aptitudes críticas y filosóficas. Al poco de estar en ella combatió lo falso de las teorías que se le enseñaban; en lugar de Ciencia, parecíanle un amasijo de palabras vacías cuyo sentido ignoraban los mismos que querían hacerlas pasar por enseñanzas adecuadas.

Hombre de conciencia recta, no pudo soportar por mucho tiempo aquella educación falsa que se le daba y abandonó la Universidad.

Aquí empieza para él toda una serie de sufrimientos que solo terminan poco antes de su muerte.

Pobre, sin posición alguna, pero lleno de aptitudes, completó su instrucción viviendo del sueldo mesquino de profesor particular, pues habiendo rehusado el entrar en el sacerdocio, no le quedaba otro medio. Estudió particularmente la carrera de abogado y se dedicó al foro, mas sin éxito. Era demasiado amante del Derecho y rehusaba el defender toda causa que él no creyera justa. Luego, habiendo estudiado las ciencias matemáticas y físico-

químicas, dedicóse á la Ingeniería; pero le encontraban *poco práctico*, y tuvo que dejarlo.

No obstante si esta ocupación no fué para él lucrativa, fué al menos provechosa para la Ciencia. En 1822, á los 27 años, publicó una excelente traducción de los «*Elementos de Geometría*» de Legendre, pero solo fué en 1824 cerca ya de los 29 años, que su vocación literaria empezó á revelarse.

En esta época Carlyle estudiando á Schiller notó que este tenía grandes puntos de analogía con su persona. Como él, Schiller había sido un idolatra de la idea, y además fué pobre, rodeado de obstáculos, tardío en encontrar su camino; y esto le impulsó á escribir «*La vida de Schiller*» que fué su primera obra de crítica.

En 1825 — traduce *Wilhelm Meister* de Goethe, y este libro le sirve para guiarle en busca de ideales filosóficos, hacia aquella Alemania de pensadores de la primera mitad del siglo XIX. Si con Schiller se sintió literato, con Goethe sintióse filósofo. Luego en 1826 traduce una serie de trozos escogidos de Goethe, de Tieck, de Hoffmann, &., que intitula *German Romance* (Novelas Germánicas). En 1827, escribiendo su ensayo de Juan Pablo Richter siéntese humorista, y de Richter toma la manera de dibujar los personajes que luego se manifiesta en su *Sartor Resartus*.

A partir de aquí Carlyle ya no para de escribir continuamente. En 1828 dá su « *Ensayo sobre Goethe*» Á este añadió luego un *Ensayo sobre la Helena del Fausto*. En 1829 su « *Ensayo sobre Voltaire* » en el cual le considera solo como un gran instrumento de destrucción. En el mismo año publica un «*Ensayo sobre Burns.*»

En 1830 »*Ensayo sobre la literatura Alemana antigua*» y luego el Ensayo «*Sobre el Niebelungen-nôt*». También publica el mismo año un ensayo sobre el célebre mistico alemán « *Novalis* » otro « *Nuevo ensayo sobre Juan Pablo Richter* » y otro sobre « *Madame Staël.* »

En 1831 y á la edad de 36 años dá á luz su célebre libro « *Sartor Resartus* » en el que formula ya todo un sistema propio. Es el drama de la Conciencia buscándose á si misma á través del barullo de las apariencias y de las fórmulas. Bajo un estilo humorista y en forma de novela nos presenta una psicología, una metafísica y una moral completamente conexas. « El mundo que conocemos, es solo un mundo de apariencias, que sentimos en nuestro yo interno; solo el SER existe pero incognoscible, incomprensible bajo esa fantasmagoría que se desarrolla á nuestros ojos durante nuestra vida. Su imperativo categórico es la acción, marchar siempre adelante, superiorizar el Mundo y la Vida.

En 1832 « *Último ensayo sobre Goethe*»

En 1833, Un estudio sobre *Cagliostro,* en el que retrata la Sociedad francesa á la víspera de la Revolución.

1834 «*El collar de la Reina.*»

1837 — Publica su célebre obra sobre « *La Revolución Francesa.*» Según Carlyle esta es la victoria del *Sansculotismo* ó sea de la Naturaleza informe y desnuda, pero siempre nueva y siempre real, sobre las antiguas fórmulas sabias ya corrompidas, y de los que habiéndose evaporado el espíritu, se apartó la realidad.

Reyes, señores, nobles, prelados, &., no eran ya más que falsos personajes vacíos cuya superioridad era solo nominal, figuras sin espíritu, cadáveres aparatosos. Una erupción subterránea, del Pueblo, todo naturaleza, se los llevó á todos. Pero desgraciadamente esta falsa aristocracia, esas jerarquías injustas, no fueron reemplazadas por otras justas, reales, vitales, beneficiosas. El sentimentalismo Revolucionario fundó la nueva sociedad sobre abstracciones puras: la Igualdad, los derechos del Hombre, &., &.

Esta es su teoría que no desarrollamos aquí á falta de espacio.

El mismo año publica su *Ensayo sobre Walter Scott.*

1839. Un ensayo sobre el «*Cartismo*» *(Chartism)* ó sea movimiento democrático inglés.

1841. Publica su célebre libro «LOS HÉROES.» La corriente democrática con su teoría de la *igualdad* apenas si reconoce los Héroes y los genios como hombres que sobresalen un poco, pero meros productos del conjunto de sus contemporáneos, que les forman la atmósfera. Carlyle opina lo contrario. Las mayorías, sienta, son siempre nulidades ó mediocridades, pasta trabajable pero no activa, ni progresiva. Todo progreso moral, científico, artístico, político, es sobrehumano, hijo de minorías pequeñísimas, de individualidades geniales que elevándose sobre los demás ven más lejos y mejor. Estos son los que llevan en si las energías concentradas de toda una raza. Son los genios, los héroes, los que hacen progresar la masa, los que multiplican y dignifican la vida, los que superiorizan el planeta Tierra. Ellos son los hijos de la divinidad, sus órganos pasajeros, y se les debe sumisión y respeto.

En 1843 publica su «*Pasado y Presente.*»

1844. Su *Ensayo sobre Oliverio Cromwell* sale en forma de cartas y discursos. En este notable ensayo se declara resueltamente contra las mayorías, y especialmente contra el parlamentarismo pues dice que las cámaras de diputados solo representan la falta de saber y de carácter de la masa, es decir *lo informe* y lo *anónimo*.

En 1850 publica los *Líbelos del último día.*

En 1861 da á luz su « *Vida de John Sterling.*»

De 1855 á 1865. Escribe, y da á la publicidad su historia famosa de *Federico II de Prusia, llamado el grande.*

En 1867 un folleto *contra Disraeli.*

En 1872. *Historia de los antiguos reyes de Noruega.*

1872. *Crítica de los retratos de John Knox.*

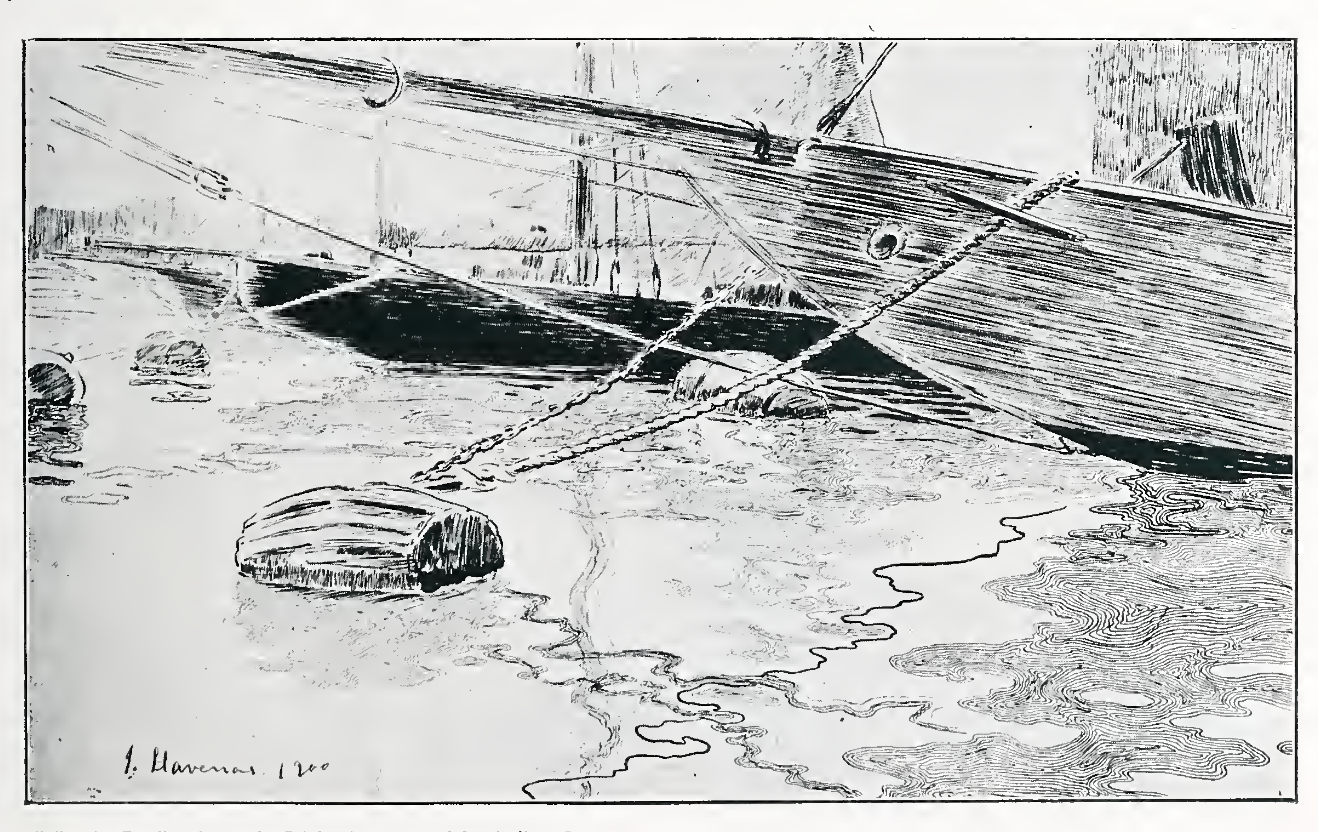
Y por fin en el invierno de 1872 poco antes de su muerte escribe los « *Apéndices á la vida de Schiller* » cerrando su ciclo literario, pues vuelve al fin á su punto de partida.

* * *

Esta ha sido la producción de este genio que tuvó el valor de reaccionar como un verdadero héroe contra su medio ambiente luchando siempre por el idealismo en el seno de una sociedad utilitaria y materializada como era la sociedad inglesa de su tiempo.

POMPEYO GENER

R. OPISSO. -ESPERANDO EL TURNO



J. LLAVERIAS.—BOYAS Y AMARRAS

PARIS Y LA EXPOSICION

IMPRESIONES Á VUELA PLUMA

Á vuela pluma... y á 35 grados á la sombra.

Así me lo dice un termómetro que tengo á la vista, perfeccionado, infalible, y así lo dicen las secciones metereológicas de la prensa, las exclamaciones quejumbrosas ó indignadas del público martir, los casos frecuentes de insolación seguidos de muerte y otros varios fenómenos: entre ellos la presencia de miles de peces á quienes — ¡ infelices ! — el calor parisien asfixia y asesina sin piedad en su mismo líquido elemento: en el seno del Sena, convertido hoy en campo de podredumbre, en pestilente cloaca, cuyos inmundos vahos constituyen el único perfume que rodea á nuestra soberbia Exposición.

¡ Qué atrocidad de atmósfera, caballeros !... Jamás había sentido yo cosa igual en este París de mis pecados, en donde para colmo de desdichas, ni agua tenemos, con frecuencia, para el indispensable *tub*. Y no puedo menos de contemplar con un sentimiento de estupor inmenso, mezclado de admiración y de lástima, á los intrépidos ó inconscientes viajeros — inconscientes, sobre todo — que á pesar de la voz de alarma, difundida desde estas orillas nauseabundas á todos los rincones del mundo, continuan llegando á Lutecia para visitar el *Grrrrand Concours* y para... ¡ *divertirse* !

Porque la verdad es que prosigue la afluencia de visitantes; á pesar de estar hoy Paris convertido en una residencia imposible, continuan llegando de Inglaterra, de Alemania, de Rusia, de América (de América especialmente) y de otras partes viajeros y viajeras. ¡ Qué se va á hacer ! Hay gentes que tienen la vocación del martirio y que llegan todavía más lejos que los mártires de la antigüedad. Á esos les salía el suplicio gratis, cuando menos; pero pagar, y pagar caro, para cansarse, sudar, achicharrarse, exponerse á una insolación, comer manjares descompuestos y beber agua intoxicada... eso no lo hacen más que los cristianos modernos. ¡ Y aún se dirá que la fe se pierde !... ¡ Qué se ha de perder !

La imparcialidad, empero, me obliga á confesar que

el movimiento de viajeros ha disminuído en proporciones considerables durante esta última quincena. Los hoteles y restaurants *ne refusent plus de monde,* como sucedía poco tiempo atrás todavía. Hay sitio hoy para todo el mundo y muchas habitaciones disponibles y muchas mesas vacías. De ahí que empiece á correr ya la voz, quizás algo prematura de que la Exposición va á ser un *four*. Es decir, lo que es *four* en el sentido literal de la palabra, no puede negarse que lo sea; porque aquí nos asamos, materialmente vivimos, ó mejor dicho, nos morimos como si estuviésemos dentro de un inmenso horno crematorio; pero dar ya por cosa segura y definitiva que la Gran Feria Internacional es un fracaso, me parece algo exagerado. Que durante esta espantosa canícula afloje notablemente la inmigración es cosa muy natural: no puede ser de otra manera. Pero dejad que asome Septiembre, dejad que venga Octubre, y ya veréis como se llena París nuevamente de gentes curiosas, ávidas de contemplar las maravillas aquí acumuladas, y como vuelven á recobrar la *côte* ordinaria los tickets de entrada que hoy no valen más que algunos céntimos y los bonos que han sufrido un bajón atroz.

— Bueno, sí... — exclaman los pesimistas — pero ¿y el déficit?... ¿Cómo se remediará el déficit que desde este momento se presenta con carácter irremediable?

Á eso replicaré que el déficit es una cosecuencia inseparable de toda Exposición que se respete un poco; no hay Exposición sin déficit; ¡pues no faltaría más!... Esas grandes empresas se organizan para lustre de una nación y de una capital, no para ganar dinero. Y ahí si que cabe aplicar aquella rumbosa cuanto histórica frase de que *La France est assez riche pour payer sa gloire.*

Una de las cosas que más desalientan á los pesimistas es la penuria de testas coronadas. Á los parisienses y especialmente á los republicanos convencidos les halaga por extraordinaria manera el verse visitados por Majestades Reales é Imperiales: es un homenaje que les llega al alma y al que corresponden con gritos de *vive le roi!* salidos del corazón. Por desgracia, la oportunidad de darlos les llega muy de tarde en tarde. Después del simpático Oscar de Suecia, que fué quien abrió la marcha é inauguró las visitas regias y tuvo una acogida entusiasta, no hemos recibido más huésped entronizado que el Scha.

El cual me hizo el efecto de ser una buena persona, y muy diferente de aquel su predecesor en el trono persa, que vino á visitarnos, cuando la anterior Exposición, dejando un recuerdo muy poco grato de sus modales y de su finura. Era un monarca muy oriental: esto es, muy bruto. Trataba á todo bicho viviente, altos dignatarios de la República inclusive, con un desparpajo despampanante. Dígalo sino el bueno de Larroumet, crítico notable y subsecretario entonces del Ministro de Bellas Artes, que habiendo acompañado al Scha á visitar no se que palacio ó pabellón, creyó del caso empezar su cometido con un elocuente discurso. Pero á las pocas palabras vió su oratoria cortada por la voz áspera del soberano: *Marche!*... le dijo, echando á andar. Y parece que luego murmuró entre dientes: ¡que manía la de esas gentes! siempre estarían hablando.

El Gran Persa que ahora ha venido es muy distinto del otro. Sino inteligente, comedido, ha dejado buena impresión: es indudablemente un rey más civilizado y que conoce el uso de los *water closet,* aparato por el cual sentía su antecesor una repugnancia invencible, lo mismo que los señores de su servidumbre. Cuando se fueron de regreso á Persia, hubo necesidad de desinfectar de arriba abajo el hotel en que se alojaron. Y perdonen los lectores de *Hispania* ese detalle eminentemente naturalista, en gracia á la verdad histórica.

El actual monarca se ha mostrado muy contento de su visita y los parisienses han declarado que era un *chic type.* Las mujeres sobre todo, á quienes seducía la presencia de un hombre que, además de ser príncipe reinante, llevaba encima brillantes por valor de 40 ó 50 millones de francos. *Chouette, hein?*

ALFONSO DE MAR

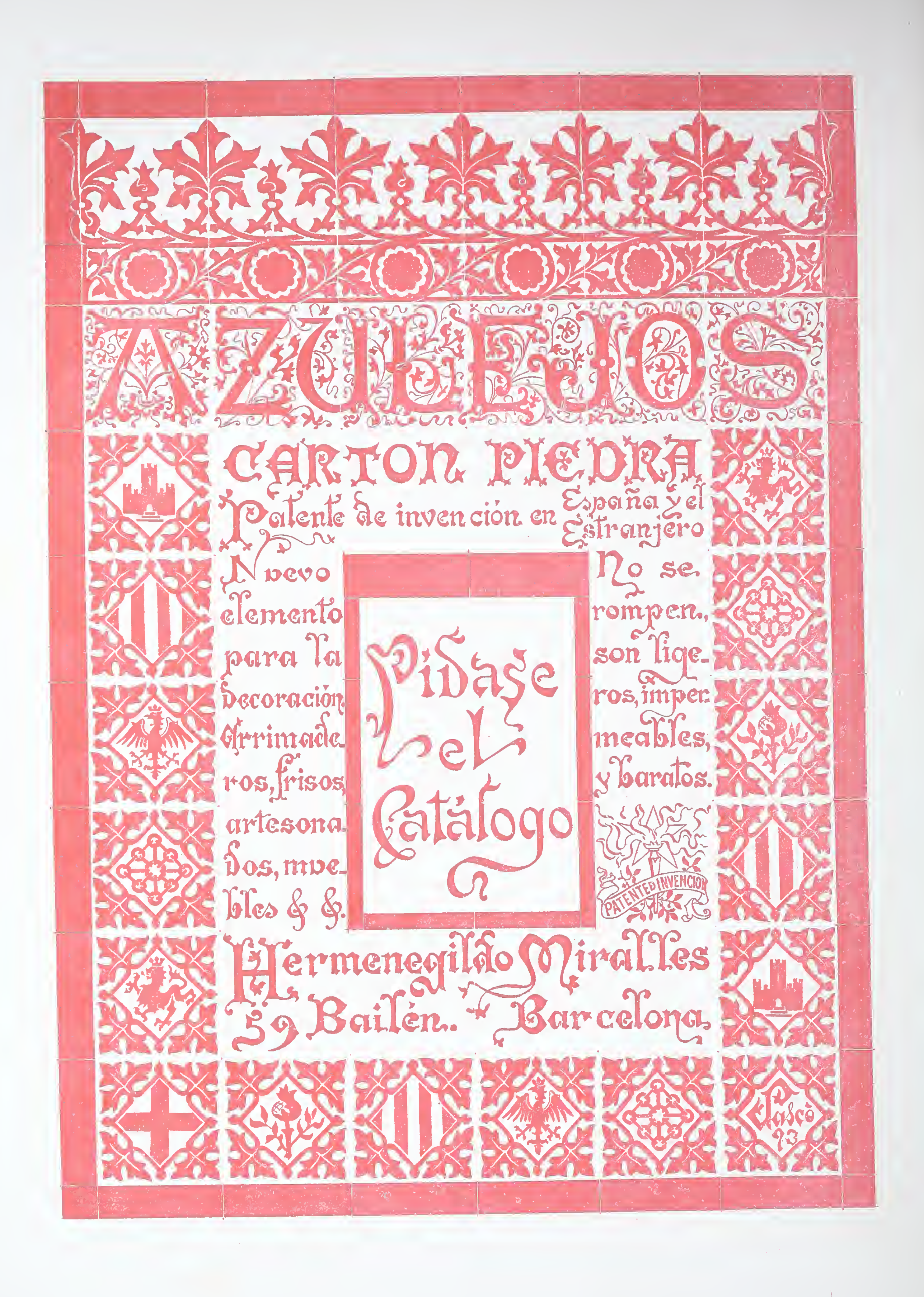
OPISSO. — EL PARALÍTICO

GOLFIN

Ni usando lentes de aumento
ni el propio aspectro solar,
va Golfín á averiguar
eso del Ayuntamiento.

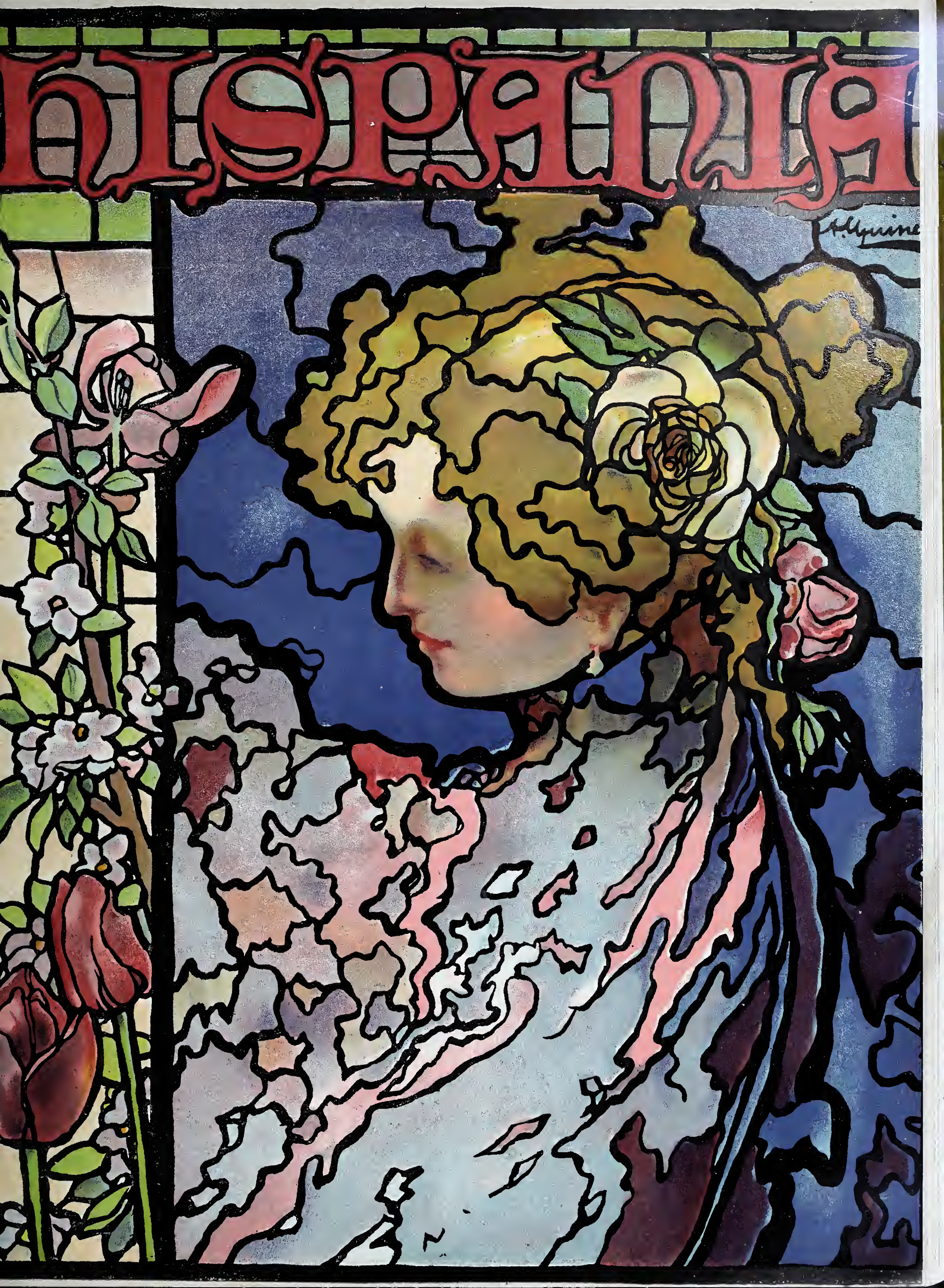
PLAFÓN DECORATIVO

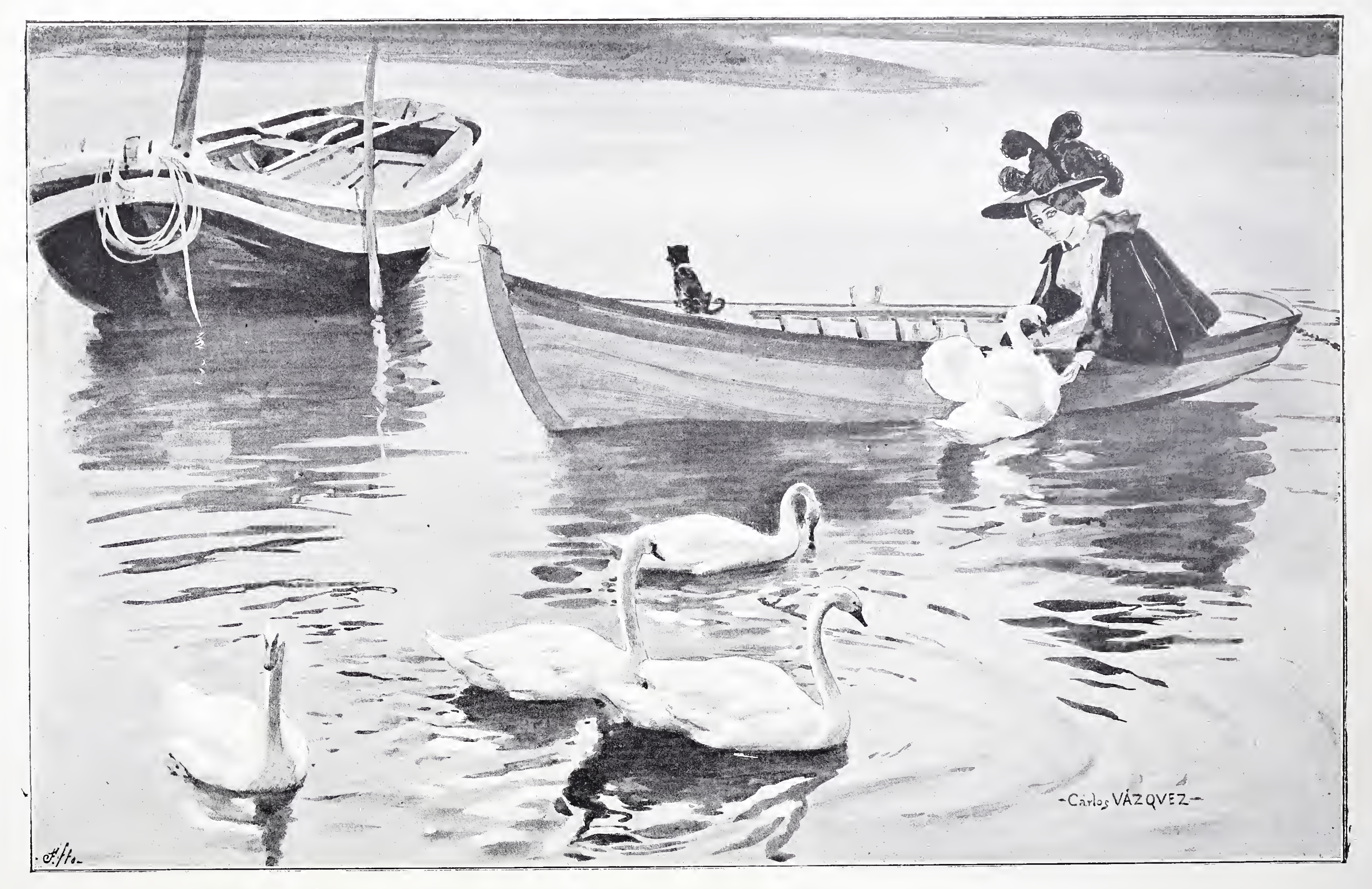
40 piezas azulejos cartón piedra, en colores y relieve. Tamaño natural: 1m × 1'60



Tintas de Ch. Lorilleux y C.ª

Papel de los Sucesores de Torras hermanos


HISPANIA



CARLOS VAZQUEZ.—LA NUEVA LEDA

AMORES CIEGOS

Vagaba yo una expléndida mañana del pasado mes de Abril, por las ámplias vías del ensanche de esta hermosa ciudad, saturando mis pulmones con el refrigerante y perfumado ambiente de la montaña. Vagaba, obedeciendo al vagor de mi espíritu, sin rumbo determinado, como falto de gobernalle de la voluntad.

Con el renacimiento de la vida en la Naturaleza, resurgían en mí, como evocadas por misterioso conjuro, aquellas impresiones plácidas de la primavera de mi vida, sumiéndome, apenas evocadas, en melancólicas meditaciones, al contrastarlas con las tristes reflexiones, en esta otoñada de mi existencia.

En tal estado de ánimo me hallaba, cuando oí los harmoniosos acordes de *Moraima*, música para mi gratísima, tocada con delicadeza y precisión magistrales, por músicos callejeros. Acerqueme á ellos á *honesta distancia,* después de depositar mi óbolo en la humilde bandeja de estaño que me alargó un postulante cojitranco.

Componían la *orquesta*, una guitarra y una bandurria; aquella tañida por una mujer, y esta, por un hombre, sentados ambos en frágiles catrecillos. Eran jóvenes los músicos y aunque sus almas carecían de esas preciosas ventanas por donde aquellas se asoman y se manifiestan; apesar de carecer sus rostros del *quid divinum* de la vista — tan divino que solo por él debe decirse que el hombre fué formado á imagen y semejanza de Dios — revelaban bondad y sencillez y su reposado y austero continente y el aseo pul-

quérrimo de sus modestos vestidos, hacíanlos simpáticos é inspiraban, al par que lástima, respeto y admiración. Tanto llegó á interesarme el grupo de los pobres ciegos, que á ellos, más que á la música, atendía.

No era Antinoo, el bandurrista — ni siquiera logró idealizarlo mi mente, entonces tan soñadora — pero su cara fresca, lozana, prolijamente rasurada y correcta en sus líneas generales, habría sido bella, sin aquellas vacías cuencas de los ojos, sin aquellos hundidos párpados que imprimían á su semblante espresión de rigidez cadavérica.

Inmoble, cual si estuviera clavado en el catrecillo, rasgueaba la bandurria automáticamente, sin hacer la más leve mudanza en la postura, ni contracción alguna en los músculos de su rostro.

En cambio, la que, por las apariencias y por que mi imaginación así lo barruntó, debía ser su mujer, movíase acompasadamente, al unísono con el diapasón de la música; y sus párpados, bordeados de espesas y largas pestañas, no cesaban de abrirse desmesuradamente, volteando los ventrudos y blanquecinos globos; y su cabeza giraba, á la continua, de derecha á izquierda, como en espera impaciente. A modo de batuta, marcaba el compás con el pie; y en el regazo, estrechándolo contra el seno y sirviéndole á modo de baluarte, la guitarra, reposaba, completamente arrebujado en pobres, pero limpios andrajos, el hijo de sus entrañas.

La visión de aquel interesante grupo, me atrajo con atracción subyugante y permanecí largo rato en prolijas observaciones.

Terminado que hubieron la pieza musical, acercóse el cojitranco á la ciega, entregándola el producto de su obstinada cuestación.

En tanto que ella contaba y recontaba las monedas de cobre recogidas, el lisiado lazarillo lió un cigarro y, encendido, se lo ofreció cariñosamente al ciego; el cual,

terciando en sus piernas la bandurria, comenzó á fumar, con muestras de contento y después de cambiar con su obsequiante breves palabras, dióse á templar y afinar el músico instrumento.

La mujer guardó con visible gozo los cuartejos recaudados y, acercándose al esposo, murmuró en su oído algunas frases, que produjeron en ambos, sonrisas de satisfacción: el jornal del día *estaba hecho.*

Sonreí yo también, uniéndome en espíritu á la efímera dicha con que se contentaban aquellos infelices; y, cuando los mendigos recogieron sus portátiles asientos y guiados por el cojitranco caminaban alejándose de mi, conversando en animado diálogo, quedé meditabundo.

Viéndolos marchar, pensaba: no me convencen sus demostraciones de alegría ¿Cómo pueden ser dichosos esos pobres ciegos? Si jamás vieron, si sus almas brotaron en las tinieblas, con ser su desdicha inmensa, aún lo será mayor, si gozaron de los espléndidos panoramas que ofrece la pródiga Naturaleza, si se comunicaron amores, y en ellos ardieron sus miradas. ¿Se amaron sin verse? ¿Cegaron después de amarse? ¿Cómo pueden vivir, cómo no los ha matado el dolor de no poder ver al hijo de sus entrañas? ¿Engendráronle antes de faltarles la visión, ó fueron tan locos, tan insensatos que, ciegos ya, le dieron vida, sabiendo que jámás podrían mirarse en sus rutilantes pupilas de niño, ni regocijarse con sus inocentes travesuras de mozuelo, ni pagar con tiernas paternales miradas los agasajos y sacrificios, que siendo hombre les prodigara?....

Transcurridos algunos días, topé de nuevo con los músicos callejeros. Instintivamente me acerqué á ellos y, con profunda tristeza, dirigí una mirada de anhelante investigación al niño, que, en brazos, llevaba la madre. Con tristeza, digo, porque Dios privaba á la pobre mujer, del placer inefable de contemplarlo con arrobamiento; pero la tristeza trocóse de súbito en sorpresa y en terror.

¡El niño también era ciego!

* * *

Mucho y hondo sentí y pensé, continuando mi vagar por las ámplias vías del ensanche de esta hermosa ciudad y saturando mis pulmones con el refrigerante y perfumado ambiente de la montaña.

RAFAEL CHICHÓN

Ilustraciones de J. MIR

ARTE ANTIGUO

Candelabros Españoles de Hierro

SIGLO XVI

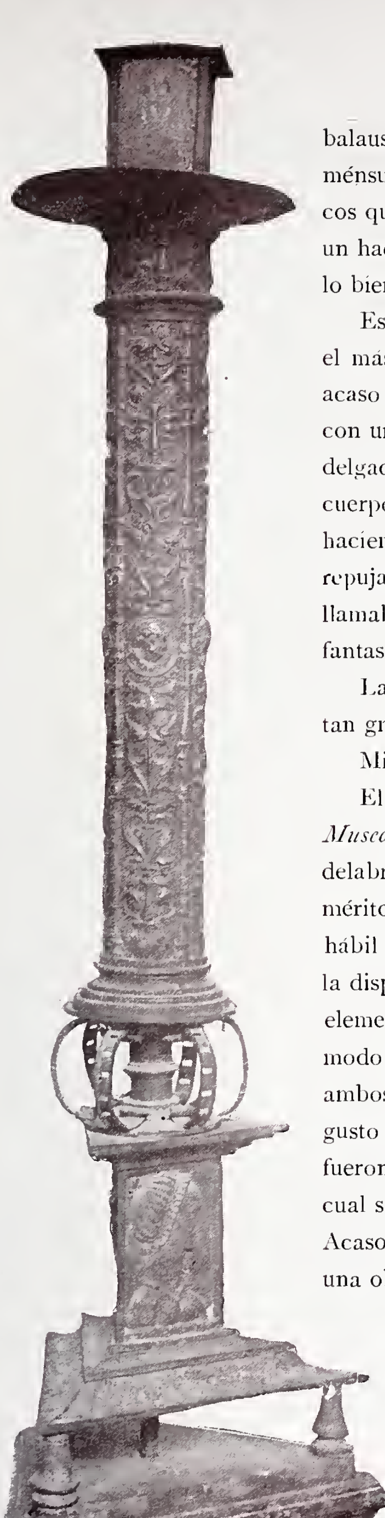
Una de las antiguas industrias en que brilla más alto el arte decorativo español, en su mejor época, que fué sin disputa aquella más gloriosa de nuestra historia, comprendida entre los siglos XV y XVI, es la industria del hierro, la cual producía por entonces tres clases de trabajos, á saber: rejas, que eran los más importantes y acabados, y de donde vino el nombre de *rejeros* á los Villalpandos, los Andino, los Céspedes y otros maestros, cuyos méritos pregonan las rejas existentes en Toledo, Burgos, Sevilla, etc., etc.

Después de las rejas hay que mencionar los herrajes de puertas, compuestas de goznes, con sus chapas ó abrazaderas, cerraduras, llamadores, que solían ser la pieza más artística y de la labor más delicada; cerrojos, pestillos ó pasadores y la clavazón de que se cuajaba la hoja, trazando líneas regulares. Por último, vienen objetos para distintos usos y por consiguiente de diversas formas, como eran arquillas, atriles ó facistoles, candeleros y candelabros, más otros muebles y accesorios que sería prolijo como inútil mencionar aquí. Solo importa consignar que aquella industria retrospectiva nacional abrazó todos los géneros, desde lo arquitectónico y monumental hasta el objeto transportable y de menuda labor, desarrollando siempre una variedad de formas aplicadas al fin propuesto y á la materia laborable, y dando muestra sus cultivadores de una originalidad, una fantasía y un buen gusto, que por todo ello son esas obras acabados modelos que deben señalarse hoy á la industria moderna.

Y al efecto, permítasenos presentar hoy dos candelabros de cuatro, no diremos que compañeros, puesto que son desiguales, pero sí que del mismo género, labor y procedencia, existentes en nuestro Museo Arqueológico Nacional, al que fueron donados por el cabildo de la catedral de León, donde se conservaban como piezas retiradas de uso.

De dichos dos candelabros uno ofrece mezclados el arte ojival en su último período y el Renacimiento, en su primer estilo, llamado *plateresco,* que es el que campea por entero en el otro candelabro. En ambos el trabajo corresponde á dos procedimientos distintos, muy diestramente empleados y combinados con la habilidad que constituye uno de los méritos de los rejeros españoles. Dichos dos procedimientos son el repujado y el forjado.

El candelabro primeramente citado ofrece sobre cuatro pies redondos un cuerpo de basamento con un friso repujado en que figuran dos delfines como motivo ornamental. Repujadas y caladas están también las labores ojivales de las chapas que forman la especie de nudo del mástil ó cuerpo del candelabro; y repujados están también, en varias placas unidas y superpuestas sobre base triangular, los peregrinos rosetones y espirales del más puro gusto ojival, que llenan la parte superior y principal de dicho cuerpo. Por el contrario, el



balaustre que une esta parte con la inferior, las arandelas en que esos trozos descansan y las ménsulas que las sostienen, perfilados en figura de S, más los pequeños soportes salomónicos que hay en el dicho especie de nudo, todo eso está forjado. La boquilla, dispuesta para un hacha muy gruesa, redonda, es al exterior cuadrada, como el basamento, siendo de notar lo bien que se unen, sin embargo, dichas partes con el mástil triangular.

Esta es la forma que predomina en el basamento del segundo candelabro, el cual tiene el mástil cilíndrico y la boquilla cuadrada, combinación tan feliz como la anterior, y que acaso sean de una sola mano. El basamento á que nos referimos tiene la forma de pedestal con un busto decorativo en cada frente, repujados. Sobre él, un balaustre y varias chapas delgadas, perfiladas en graciosa curva, con sus extremos formando roleo, sostienen al dicho cuerpo cilíndrico, que propiamente es una columna, con su basamento y su labrado fuste, haciendo para el caso de capitel el platillo de que arranca por ático la boquilla. La labor repujada del dicho fuste, repartida en cuatro fajas verticales, es de la que entonces se llamaba de *grutescos,* imitada del antiguo y compuesta de candelabros, roleos, quimeras y fantasías que forman un motivo continuo interrumpido por medallones.

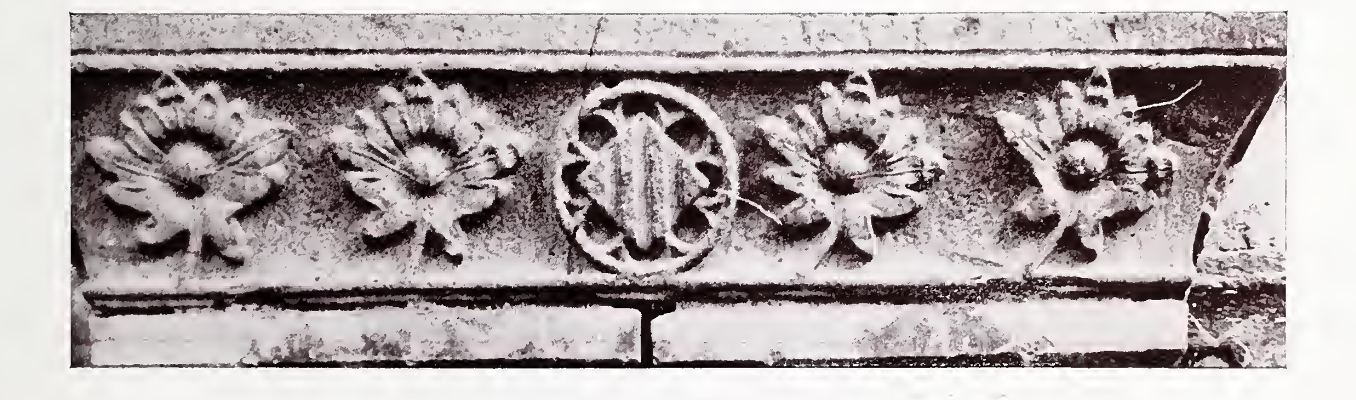
La elegancia del dibujo de los adornos de uno y otro candelabro revelan un buen gusto tan grande como la delicadeza del trabajo de rejero para interpretarle.

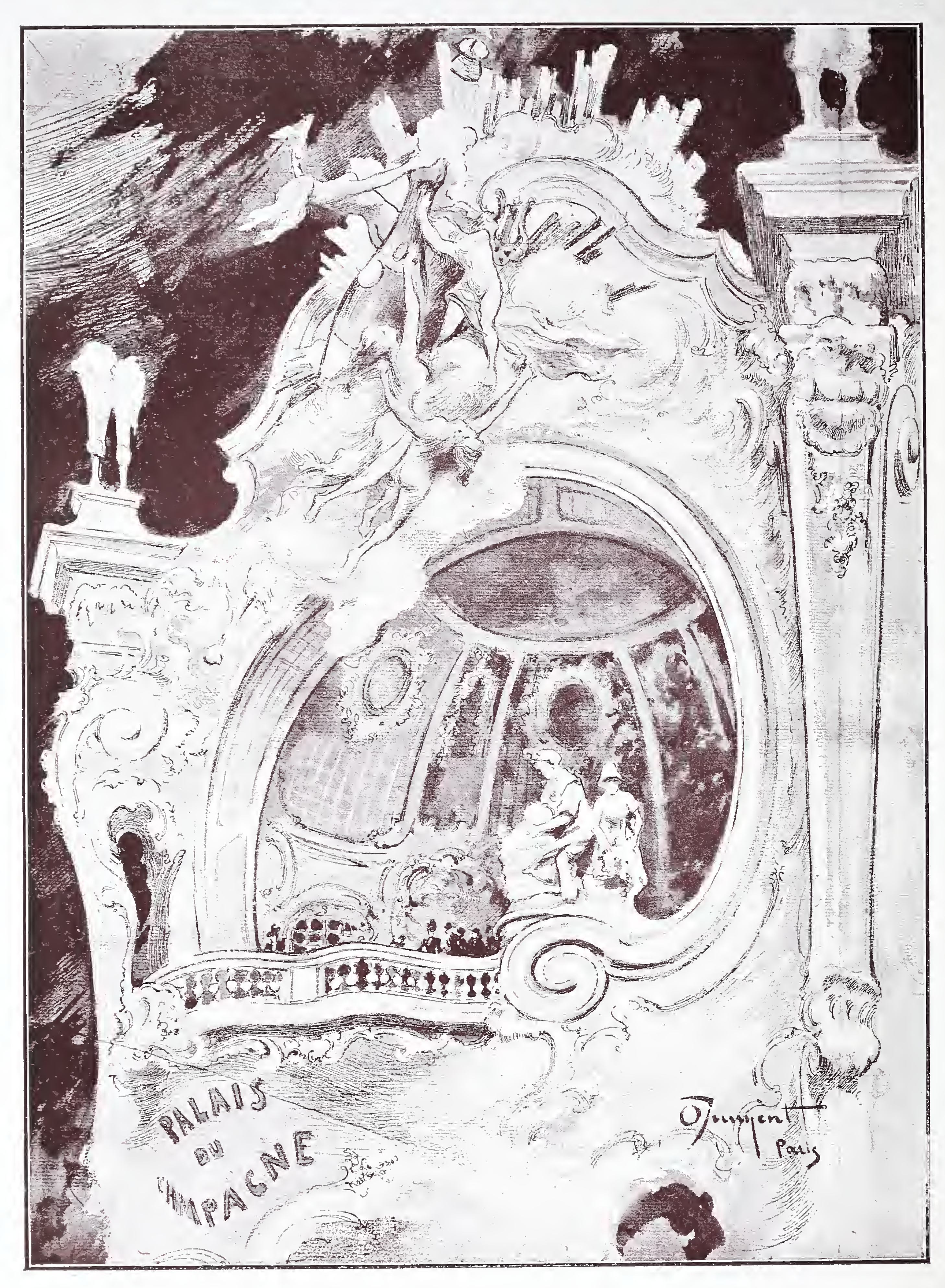
Mide de alto cada candelabro cerca de metro y medio.

El malogrado arqueólogo D. Teodoro Rosell y Torres, que les dedicó algunas líneas, en el *Museo Español de Antigüedades* (t. x.) apunta las sospechas, no infundadas, de que estos candelabros puedan haber sido construídos con trozos de alguna reja, lo cual por cierto no quita mérito al trabajo ni al conjunto decorativo, antes, de ser exacto el supuesto, acredita de muy hábil al rejero que los ideó y confeccionó. Pero no se crea que haya otro indicio para ello que la disparidad de los miembros decorativos empleados, pues en cuanto á la combinación de elementos del estilo ojival y del *plateresco* ya dijo el mismo arqueólogo, y dijo bien, que fué modo ó costumbre de los artífices de los primeros años del siglo XV, emplear como en pugna ambos estilos, no ya solamente en obras distintas, como son los púlpitos de hierro, uno de gusto ojival, otro plateresco, existentes en la catedral de Ávila y que á todas luces se ve que fueron hechos á un tiempo, sino en una misma obra, combinándolos sin inconveniente, cual sucede en el primero de estos candelabros y en muchas otras que no es menester citar. Acaso muchas veces la mezcla fué producida sencillamente porque, suspendida ó terminada una obra, al continuarla ó reformarla años después, el nuevo artífice á quien tal trabajo se encomendaba hacía su parte con arreglo al estilo novísimo, más del gusto público.

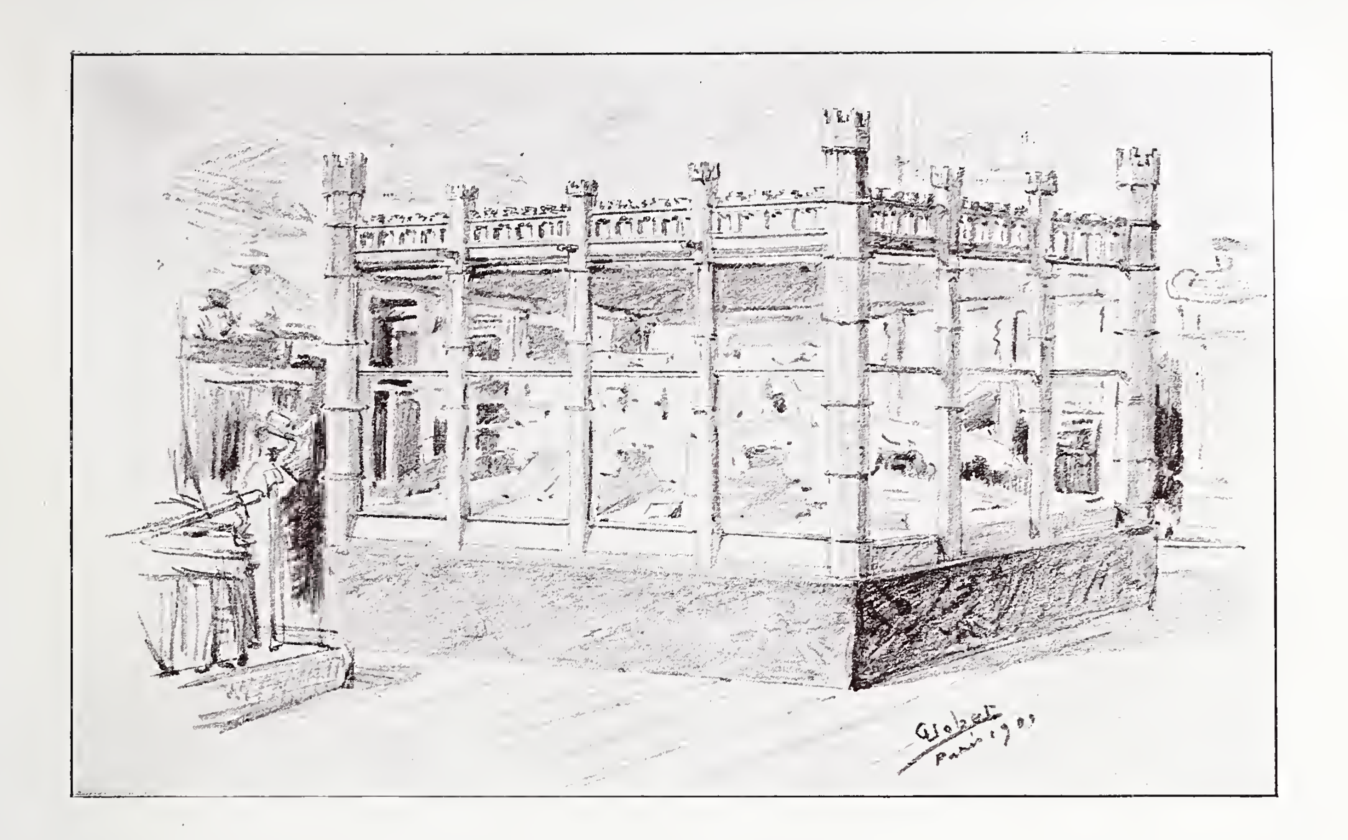
Casual ó intencional, es lo cierto que en las composiciones decorativas esa mezcla del gusto *gótico flamígero* y el *Renacimiento*, son, como en el caso presente, de peregrino efecto, digno de ser imitado hoy, y que por otra parte representa de un modo hasta expresivo aquella época de transición de la que salió triunfante y gloriosa la España, cuyo arrogante timbre es el águila imperial de las cabezas.

José Ramón Mélida





O. JUNYENT.—PALACIO DEL CHAMPAGNE EN LA EXPOSICION DE PARIS



CRÓNICA DE LA EXPOSICION DE PARÍS

SECCIONES DE ESPAÑA

La ley del contraste que suele ser muy dura para el que la padece, resulta argumento triunfante para el que la impone con brío y elegancia. Aun en este caso, ya más concreto, la comparación que establecí en el artículo anterior entre las naciones que marchan por el camino del progreso con velocidades distintas, afirmando que los espacios que las separan son cada vez mayores, si se mantienen las velocidades iniciales, con energía, por las más fuertes y sagaces, mientras ceden las débiles y oprimidas; la comparación resulta exactísima, cuando estudio las colosales vitrinas alemanas, suizas y francesas del Grupo XIII, y las comparo con las menguadas, pobres y pequeñas de la sección de España.

No he podido realizar mi pensamiento encaminado á que, por medio de viñetas, viera el lector el contraste que forman nuestras instalaciones con las agenas, porque se ejerce en esta Exposición una vigilancia excesiva para evitar que el fotógrafo y el dibujante tomen, por sorpresa, cuatro apuntes para ilustrar lo que se escribe referente á esta Exposición; pero, aun así y todo, no es dificil precisar en pocas palabras la verdad, copiando lo que con frase gráfica decía un paseante por la sección española: «Hay en esta sección cosas muy buenas, pero, pobre, pobremente instaladas.»

Los que más han hecho por el lucimiento de la sección de España en *Hilados, Tejidos y Vestidos*, con ser tan buena su voluntad, y tan importante el gasto realizado, como falta la nota de conjunto, como no hay unidad, ni siquiera relación entre los componentes, como el marco no es para el cuadro, ni éste para aquel, la pobreza del conjunto resulta de tal manera que se necesita toda la buena voluntad del que quiere estudiar seriamente la producción de un país, para dar á cada instalación su merecido y á cada esfuerzo su recompensa.

Hay instalaciones que pudiendo ostentar la firma de arquitectos aprovechados porque á su lapiz es debida la forma de la instalación, el más despreocupado se pregunta asombrado, que se propuso representar el proyectista al dibujarlas, que relación pudo establecerse entre el continente y el contenido de los muebles, y aun hay quien yendo más allá, duda de si el que tal cosa hizo, tuvo siquiera idea de lo que había de ser una Exposición Universal, de la importancia de la de París.

Estas cosas que duelen á todo el mundo, impresionan aún con más viveza al que pechando con responsabilidades agenas, ha de sufrir uno y otro día las fieras acometidas del que nada hizo para impedirlo, ó lo que es más grave, del que es responsable, en primer término, de las faltas que critica.

Y dicho ya sobre este particular cuanto ligeramente se puede decir sin lastimar concretamente á nadie, porque á nadie aludo, aunque á casi todos me dirijo, con el convencimiento hondo de que ejercito, con completa independencia de carácter, sin recordar al enemigo ni al adversario, el derecho de crítica encaminado á evitar, en lo sucesivo, caídas que nos quebrantan y envilecen; claro es que en otro orden de ideas, al descender al caso concreto, ya el punto de vista ha de ser distinto, porque, nadie puede negarnos, sin injusticia manifiesta, que nuestras lanerías de Sabadell y Tarrasa, los paños bastos de Bejar, los veludillos de Manuel Bertrand y C.ª, los tejidos de algodón de Sobrinos de Juan Batlló, los céfiros y tejidos de fantasía de algodón de Mañé y Ordeig, tan elegantes por la combinación de sus colores y la finura de su tejido; los hilados de algodón crudos y de color tan dignos de estudio, por su baratura, de Camilo Mulleras; las mezclas de Gironella y Masriera, los tejidos crudos, blanqueados y teñidos de Sucesores de Andrés Basté, los casimires y armures con brillo

de seda que rivalizan con éxito con los ingleses, de Balet Vendrell y C.ª, los tejidos mezcla de hilo y algodón tan resistentes y de tan vivos colores de Agustin Puigmoler, los tejidos adamascados, mezcla de hilo, seda y algodón de la fábrica Solá-Sert y Formosa, que, nacida hace poco tiempo, alcanza ya el prestigio de una fabricación pulcra y atildada, todos á porfía han hecho manifestación ostentosa de que nuestra producción fabril conoce los adelantos modernos, y de que, á ellos ajusta su pensamiento, su acción, y su desenvolvimiento.

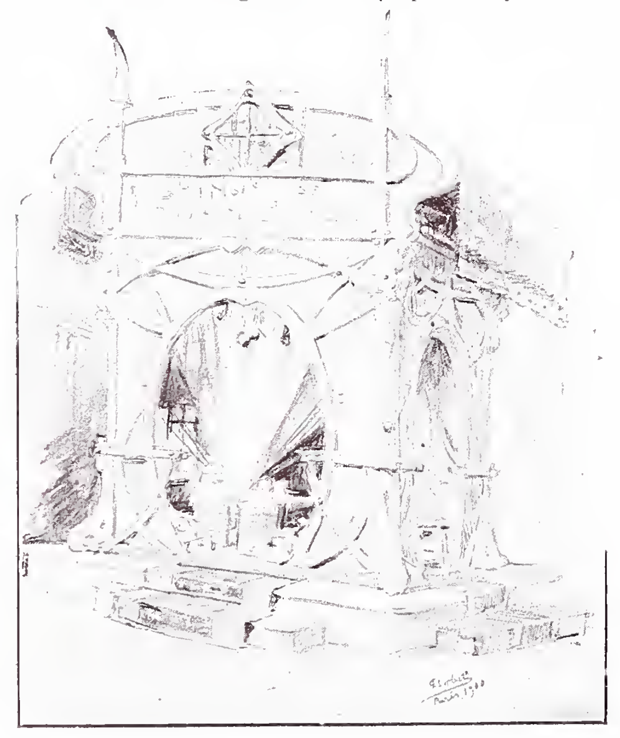
Capítulo aparte merece la instalación de bordados de Pons y Bonet, de Palma de Mallorca que ha merecido preferente atención de uno de sus socios, el Sr. Bonet, apasionado, con justo título, de su producción y del ingenio de sus colaboradores. Su vitrina, imitación reducida de la Lonja de Palma, es una manifestación atildada, en su ramo, de la inteligencia de los fundadores de la casa y de la mano pulcra, pulquérrima de las bordadoras mallorquinas. No niego la belleza del dibujo, afirmo con gusto, la inteligencia de los dueños de una casa que persigue el ideal de colocar y mantener nuestros bordados á la altura que han conquistado en esta Exposición, pero, admiro aun mucho más la vista de lince, la paciencia de santo, la mano primorosa de las mujeres que secundan y colaboran en la obra patriótica de los Sres. Pons y Bonet, de Palma de Mallorca. Desde estas fechas las Islas Baleares, serán para los extranjeros, como la Provenza, no solo

> Le pays où fleurit l'oranger,
> Le pays des fruits d'or et des roses vermeilles

sino también el país en que los bordados han alcanzado una pulcritud y una finura que han causado la admiración de esta gente.

Con gusto consigno este nuevo triunfo de la industria española, que no necesita sino la elegancia del dibujo que se ha de estudiar en París, para alcanzar su más alto prestigio en el mundo artístico é industrial de todos los países.

Otro ramo industrial muestra tener en nuestra tierra empuje bastante para imponerse, en breve, y recordar á las gentes que no se ha olvidado en España el abolengo de las artes suntuarias. que brillaron, con éxito merecido, en los tiempos medioevales, renaciendo á impulsos de afanes mal dormidos de ganar el tiempo perdido, y de aumentar nuestra riqueza y nuestros prestigios ante el mundo. Me refiero á la industria sedera.



Dios me libre de exageraciones ridículas, ni de establecer siquiera comparaciones enojosas entre las casas francesas, especialmente de Lyon, suizas y alemanas que veo y repaso cada día con asombro, y las nuestras; porque estas gentes han hecho un esfuerzo tan colosal en finura, dibujo y color que no puede ser sobrepujado, y porque estoy seguro que semejante comparación no sería agredecida, por lo que verían en ello una adulación, sin medida, ó una ignorancia manifiesta.

Dejo, pues, á un lado las inmensas cintas, las tapicerías, los cortinajes, los brocateles, etc., que tientan á las mujeres y embelesan á los hombres, presentados por las principales fábricas de sederías de Europa y Asia, olvido los primores revelados en esta Exposición, con intensidad tanta, que no se yo si podrían ser sobrepujados, y concreto mi atención á un pequeño grupo formado por los pocos sederos que han concurrido á esta Exposición para honrar la sección de España; y que se reduce á lo presentado por las casas Bernades, Puig y Wiechers, Malvehy, Fiter y Planas, Fábregas Rafart, Alorda y C.ª y pocos más.

Estas casas, en general, han procurado presentar sus sederías, de manera que el continente y el contenido formara un todo homogéneo y vistoso, han escogido dibujos de buen gusto, se han preocupado de lo que había de ser esta Exposición, y han tejido expresamente para ella, dando así una prueba evidente de que han venido, con la justa pretensión, de probar á las industrias similares que los sederos españoles se colocan ya en línea de batalla para formar, entre los que se disputan en el mundo de las industrias suntuarias un puesto de honor, y que, no les faltan alientos, ni medios, ni inteligencia, aun reconocida su inferioridad actual, para conseguirlo.

Las recompensas que otorgará el Jurado á los sederos espero que probarán cuan ajustado está mi criterio á la verdad, y cuanto concuerda mi opinión con la de los inteligentes en este importante ramo de producción, en el mundo industrial.

En el grupo XIII, y entre los accesorios del vestido, no han faltado sorpresas que valen la pena de ser consignadas con justicia. El Sr. López Vidal, industrial desconocido hace seis años, se presenta en esta Exposición con sus botones de nacar pulcramente fabricados y ocupa, desde luego, un lugar de preferencia entre cuantos se dedican á esta industria, con mérito reconocido y viejo abolengo; otro industrial, desconocido de todo el mundo, Villarejo y C.ª de Bilbao, fabricante de calzado de lujo, nuevo en España y en el extranjero, presenta sus trabajos aquí, y resultan ser verdaderos primores, habiendo reconocido, propios y extraños, que nadie calza mejor en París, Londres y Viena que la moderna casa de Bilbao, desconocida ayer y prestigiosa hoy, hasta el punto que puede considerarse rival afortunada de las mejores fábricas de calzado del mundo.

Y así somos los españoles, cuando queremos serlo, cuando no nos duelen prendas, y queremos trabajar como Dios manda; de modo que, si alguien se toma la pena de estudiar la sección española del Grupo XIII de esta Exposición, y halla, con justicia, que está decadente lo que juzgó que tiene medios y recursos sobrados para presentarse ante el mundo erguido y poderoso, y que, en cambio, donde pensó hallar deficiencias y desengaños, surgen, como de improviso, alientos y energías; bien podrá exclamar como ya han dado en decir muchas gentes, propias y extrañas, ¡ bah ! ¡ Cosas de España !

RAFAEL PUIG Y VALLS

Ilustraciones de LLOBET

B. GILI Y ROIG.—AGUA FRESCA. ARTICULO DE VERANO

Agra. - Mausoleo de Etmauddowlah

LA INDIA INGLESA EN FOTOGRAFÍA

Paquete de cartas y fotografías de un tal Luis,
violadas por un cartero de Barcelona y encontradas casualmente en la calle

POR

ANTONIO CORTÓN

CARTA CUARTA

En el tren. — El Tadj Mahal. — Agra antigua y moderna. — El mausoleo de Etmauddowlah ó un suegro aprovechado. — El Dourgah y la tumba de Selim Chisti. — Adios al elefante.

AGRA, *Enero 20*

Al fin llegué, mi buen amigo. ¡Qué viaje! Con una celeridad de diez millas por hora, atravesó el tren media India. Pasé Cawnpore, pueblo famoso por la sublevación de los cipayos en 1857. Ví, á vista de pájaro, á Delhi, antigua capital del Gran Mogol. Me detuve en Lahore, ex-corte y asiento hoy de catedráticos de una universidad inglesa. Saludé, al pasar, á Cachemira, Estado indígena feudatario, donde las cabras dan su pelo para los chales famosos y los indios sus *peisas* para los bolsillos ingleses. Ví, á lo lejos, los minarates y las cúpulas de Waizerabad y de Amritsir, metrópoli religiosa de los *Seikhs*, y, por fin, más contento que un fakir á caballo, salté del wagón en Agra, y aquí me tienes. ¿Quiéres algo para el Tadj Mahal?

El Tadj Mahal, ó él Tadj, como dicen los indios, obra maestra de la arquitectura indo-sarracena, creada en el reinado de Shah Jehan por los Doutab de Delhi y los Ahmed de Guzarate, fué erigido por aquel emperador, á mediados del siglo XVII, para mausoleo de la emperatríz Mountas Mahal, que murió al dar á luz á la princesa Jehanara. Después de un concurso entre todos los arquitectos de Oriente, adoptóse el proyecto de Isa Mahomed, y comenzada la construcción en 1630, no se terminó hasta 1647 á pesar de que en esos 14 años se ocuparon 20.000 obreros. Todas las provincias del Imperio Mogol coadyuvaron al ornamento enviando piedras preciosas. El jaspe llegó del Pandjat, las cornalinas de Broach, las turquesas del Tibet, las ágatas del Yemen, el lapislázuli de Ceilán, el coral de Arabia, los granates de Bundelcund, los diamantes de Punnah, el cristal de roca del Malwa, el ónix de Persia, las calcedonias del Asia Menor, los záfiros de Colombo y los conglomerados de Jessulmere, de Gwalior y de Spri. Á pesar de estas contribuciones y del trabajo forzoso y gratuito de los obreros, el coste total de aquella obra gigantesca no bajó de sesenta millones de francos.

El Tadj está situado á orillas del Jumna, elevándose su media luna dorada á 176 pies sobre el nivel del rio. El jardín que le precede está rodeado de altas murallas almenadas, con elegantes pabellones en los ángulos; la entrada tiene una puerta monumental en ojiva; allí hay varias salas y un cordón de kioskos; la fachada de arenisca roja está cruzada de fajas de marmol blanco; los tímpanos del arco central tienen por adornos mosaicos compuestos con ágata y onix; un magnífico claustro rodea el patio de entrada, donde está el alojamiento para los viajeros.

Después de franquear la entrada, se ve de pronto el Tadj, que se eleva con toda su deslumbrante blancura en la extremidad de una ancha avenida embaldosada de marmol y con altos cipreses á los lados. El primer golpe de vista es imponente. La deslumbradora montaña de mármol blanco parece obra sobrenatural, formando contraste con la vegetación que llena el jardín.

Heber dijo con razón que el Tadj fué erigido por titanes y acabado por plateros. Y otro escritor inglés añadía: « Aunque no hubiese en la India más que el Tadj, sólo el contemplarle sería para el arquitecto y artista suficiente compensación para las fatigas del viaje, pues ninguna pluma podría describir debidamente su incomparable belleza y su asombrosa grandiosidad.»

Si así opinaba todo un inglés, uno de estos ingleses que en la India se atreven á todo ¿ me atreveré yo, español pusilánime, con la descripción del Tadj ?... Líbreme Dios de tal locura. En frente de las obras maestras del arte, no hago otra cosa que admirar *como un bestia*, que decía Víctor Hugo.

Mientras marchábamos tranquilamente, camino de otro mausoleo célebre, el de Etmauddowlah, mi guía, un musulmán descendiente, según decía, de los conquistadores del siglo XI, me iba haciendo la historia de Agra. La ciudad no es tan vieja, ni con mucho, como Benarés; pero así como en Benarés, todo habla del brahmanismo, en Agra todo recuerda á Mahoma. Quien cobra el barato en las provincias del Noroeste de Bengala es el profeta de Alá. Según una reciente estadística, el islamismo tiene en la India el segundo lugar, después del brahmanismo; el tercero lo ocupan los *naturalistas* (tribus que habitan en los bosques); vienen después los budhistas djaias, á los que siguen los cristianos, en número de 2.284,380; á la zaga de estos van las sectas de los seikhs y otras. La cifra á que ascienden los cristianos — 2.284,380 — comparada con la de doscientos siete millones de *hindous* y la de cincuenta y siete millones de musulmanes, no habla mucho á favor de los progresos de la cruz en el viejo Indostán.

Agra, como te iba diciendo, no es muy vieja. Capital de un reino pal en los primeros siglos de nuestra era, no era más que un insignificante caserío jat cuando fué á establecerse allí, en 1488, el emperador Sikander, de la dinastía de los Lodis.

— Este edificio — me dijo el guía — señalándome una bella obra arquitectónica, llena de preciosos mosaicos — es del tiempo de Sikander.

— Y ese Sikander — le pregunté — ¿ á qué casta de pájaros pertenecía ?

— Sikander... Pero sigamos andando para no llegar á tarde al *Etmauddowlah*...

— En marcha, pues.

— Sikander, de la dinastía de los Lodis, fué quien dió el primer impulso al engrandecimiento de Agra. Pero quien hizo más por la ciudad fué el gran Akber. Este estableció aquí, en el año 1556 de vuestra era, la capital del imperio Mogol, dándole el nombre de *Akberabad*, que han conservado los indígenas y enriqueciéndola con numerosos monumentos. Después de arrasar la fortaleza que

Agra. — El Tadj Mahal. Mausoleo que el emperador Shah Jehan dedicó á su esposa Mountas Mahal

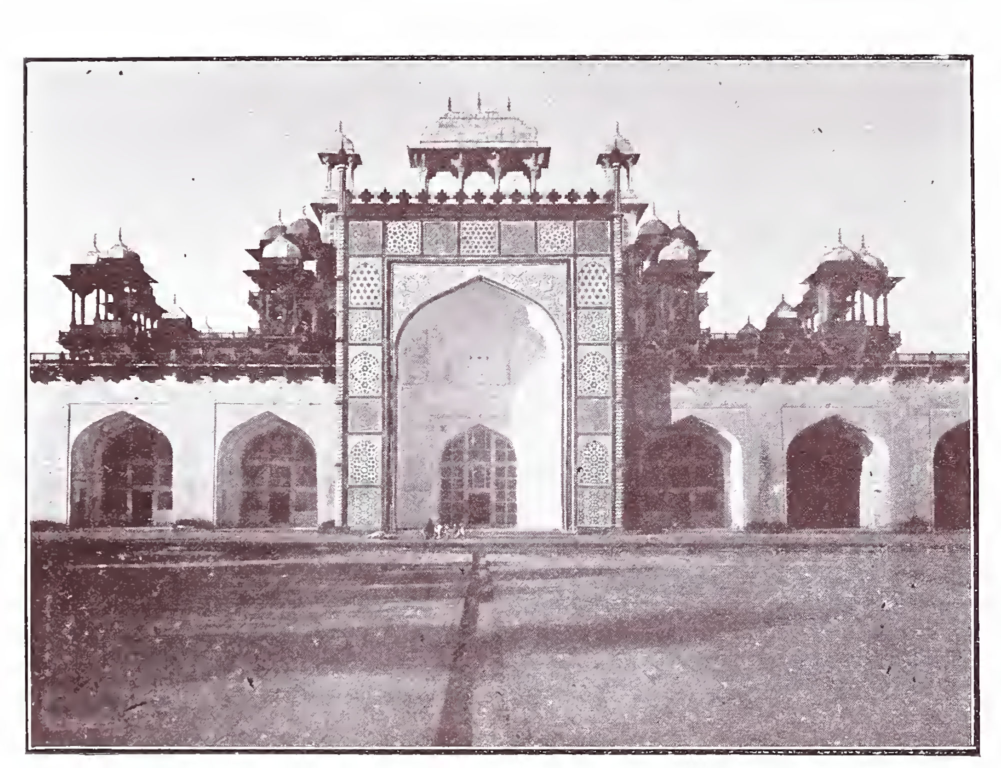
existía y que había levantado Sher Shah, la sustituyó con una inmensa ciudadela donde acumuló palacios y mezquitas de marmol. Jehanghir y Shah Jehan continuaron la obra erigiendo el Tadj, que ya hemos visto, el Etmauddowlah, que vamos á ver, y el mausoleo de Secundra. Después de la muerte de la emperatríz Mountas, Shah Jehan, llorando inconsolable su viudez, se retiró de Agra para fijarse en Delhi.

— Y, el gran imperio Mogol ¿siguió progresando?

— Vivió un siglo más hasta que cayó, para no volver á levantarse, en 1761, después de la batalla de Paniput. Y entonces Agra fué saqueada por los salvajes jats de Souradj-Mull. Quince años más tarde, lo que aquellos habían perdonado, cayó en poder de los maharatas, y por último, en 1803, lord Lake la tomó á Scindia quedando en poder de los ingleses.

— Y estos señores ¿la administran bien?

— La administración inglesa no es mala. Agra, que contó un tiempo 700.000 habitantes, quedó después reducida á diez mil, y hoy tiene muy cerca de 169.000, prometiendo ser el gran emporio del comercio de la India Occidental. La ciudad es limpia y muy animada. Cuando los indígenas quieren construir alguna casa, bástales hacer excavaciones para encontrar abundantes materiales, piedras y ladrillos de la época de Akber.



Cercanías de Agra. – Edificio del tiempo del emperador Sikander

— Y los ingleses ¿cómo viven?

— Casi lo mismo que en Londres ó Dublin. Al Sudoeste de la ciudad tienen sus acantonamientos, con bonitas casas, jardines, cuarteles, bazares, iglesias, &.

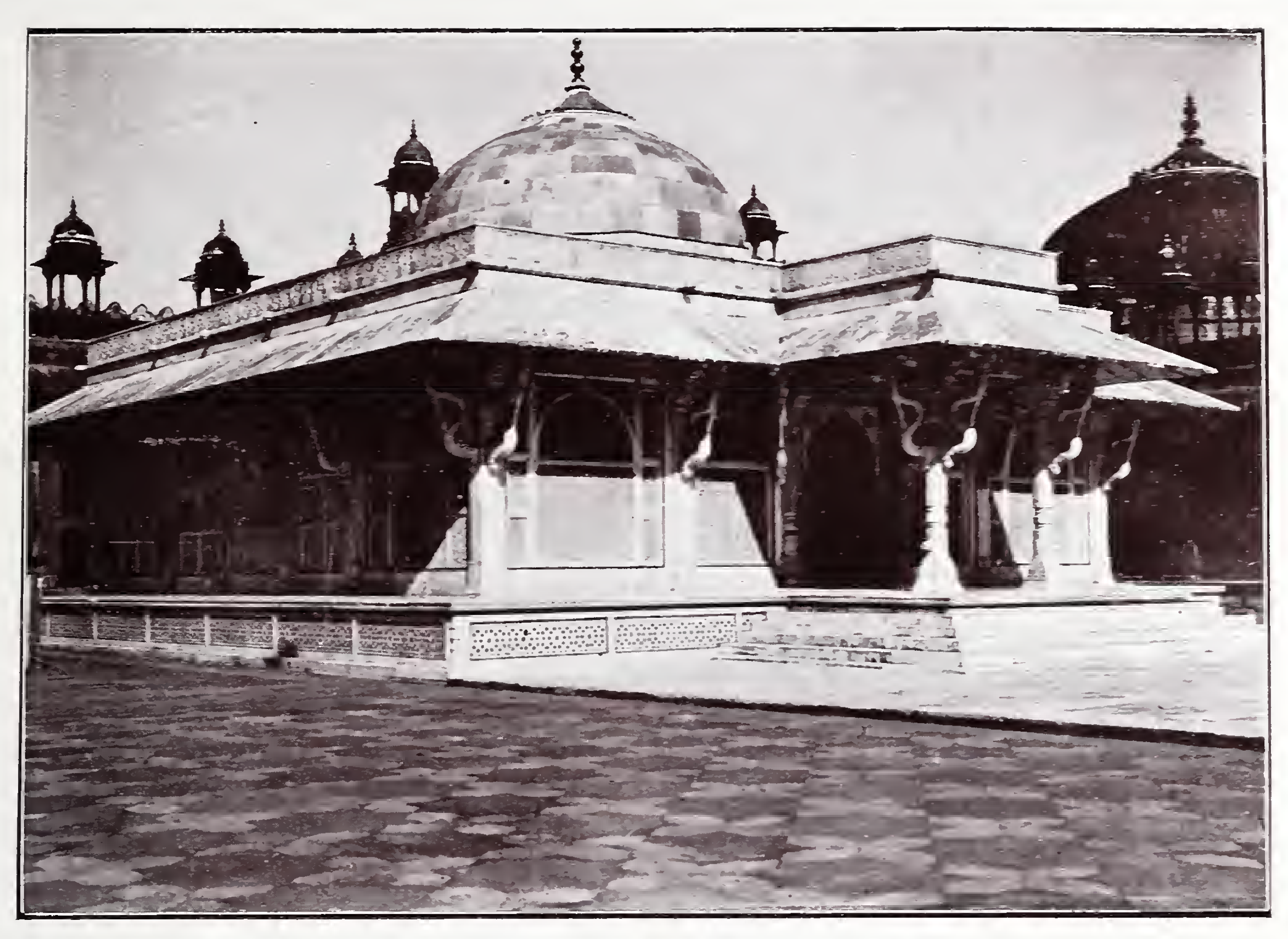
Nuestro inteligente paquidermo (íbamos sobre un elefante muy buen mozo) se detuvo de pronto ante el *Etmauddowlah,* como si estuviese acostumbrado á hacer parada en aquel sitio.

El mausoleo de Rwaji-Aeias, gran tesorero del Imperio, conocido además con el nombre de *Etmauddowlah*, es uno de los más hermosos monumentos de Agra. Fué erigido en 1610 por el Emperador Jehanghir. Elévase en el centro de un jardín rodeado de murallas y de elegantes palacios. No tiene mas de diez y ocho metros de lado y siete de altura; pero su terrado está sobrepuesto de cuatro torrecillas en un pabellón que le dan una altura total de diez y seis metros, ofreciendo una mezcla singular de los estilos indo y mogol. Construído todo él de marmol blanco, no hay una pulgada en su superficie que no esté cubierta de mosaico. En una bóveda que hay debajo del monumento reposan, bajo un simple montón de tierra, Rwaji Aeias y su esposa.

Magnífica es en verdad
la idea de tal panteón.

Pero yo pregunto: ¿Quién fué y qué hizo el bueno de Rwaji Aeias, alias *Etmauddowlah*, para merecer tales honores póstumos? Poca cosa. El hombre, más pobre que las ratas, fué un aventurero originario de Tartaria, pero que tuvo la suerte de engendrar á Nour-Mahal, hermosa criatura, que llegó, andando el tiempo, á ser esposa del emperador Jehanghir, el cual, como era natural, prestó su apoyo al papá político, haciéndole gran tesorero, primer ministro y otras varias cosas, y costeándole, cuando el otro estiró la pata, el mausoleo. Vamos, lo mismo que en España. Como se ve, la *yernocracia* es institución viejísima.

Mucho mejor ó al menos, por medios mejores, se ganó el mausoleo Selim Chisti. Era este un anacoreta que se estableció hacia el siglo XVI en una caverna de la colina de Futtehpore, á veinte y tres millas de Agra y en donde llegó á adquirir celebridad por la misteriosa influencia que ejercía sobre las fieras que habitaban aquellas soledades. Atraído por la fama del santo varón, el emperador Ak-



Futtehpore-Sikri. - Dourgah y tumba de Selim Chisti

ber le visitó, admiró su talento é hízole mil ofertas para atraerle á la corte. Rehusó Selim, y entonces Akber fijó su residencia cerca de él, fundando á Futtehpore (ciudad de la victoria) que luego, á la muerte de Selim, abandonó para restituirse á Agra. Bien pronto no quedaron en Futtehpore más que tigres y anacoretas para habitar los espléndidos palacios que el emperador había hecho construir. Hoy la ciudad es tan solo un montón de ruinas.

El mausoleo de Selim, patrón de la montaña, ocupa la parte más alta de la meseta y está situado en el centro de un vasto *dourgah*, (recinto sagrado que contiene mezquitas y tumbas). Está precedido de un peristilo sostenido por columnas y tiene pocas incrustaciones. La sala interior es pequeña y se halla débilmente iluminada. El santo reposa en el centro, en un sarcófago de nacar y turquesas cubierto con ricas telas; de la bóveda penden lámparas y huevos de avestruz procedentes de la Meca. Los descendientes de Selim son aun los encargados de la custodia del *dourgah* y el gobierno inglés les conserva las dotaciones legadas con este objeto por Akber.

Allí tuve ocasión de ver una multitud de peregrinos, de los que se reunen todos los años alrededor de la tumba del anacoreta. Para atender á su conservación, de la que cuida con interés el gobierno británico, se han formado dos pueblos en el emplazamiento de la ciudad abandonada: el uno es Futtehpore y el otro Sikri; y por eso se designan generalmente las ruinas con el nombre de Futtephore-Sikri.

¡Con qué habilidad, con qué cautela caminaba por en medio de aquellas ruinas mi nunca bien ponderado elefante!... ¡Con qué rapidez me restituyó á Agra! ¡Con qué cariño me saludó con la trompa! No sin pena me he despedido de él para continuar mi viaje; pero no hay más remedio; hay que llegar hasta Jeypore, entre otros motivos poderosos, para dispararte desde allí mi postrera epístola: *postrera* ¿lo entiendes bien? Desde Jeypore, el día 25 del *Muharen* del año 1318, según la era mahometana, te enviará sus ultimas impresiones tu amigo.

Luis

Fotografías inéditas de Román Batlló

LA CARRETA DE BUEYES

I

Era el Tío Román...

Marchaba delante de su carreta tirada por dos trasijados y sedentarios bueyes, agobiado por sus sesenta y pico de años, con su traje de paño burdo, su cabeza cana, la descomunal vara armada de aguijón en su punta, sobre el hombro y su eterna canción en los labios: unos labios deprimidos y sin color, que se dibujaban en un rostro expresivo, moreno, arrugado y curtido por el sol y el aire de la sierra del Guadarrama.

Siempre llamó mi atención aquel serrano, á quien todos saludaban con cierto cariño y que parecía ser amigo de viejos y mozos, de ricos y pobres.

II

Serían poco más de las nueve de una deliciosa mañana en los últimos días de Mayo. Después de haber serpenteado por enriscados y pedregosos senderos durante dos horas, á lomos de tres andariegos pollinos, habíamos doblado el puerto Malagón y ya en la cumbre, los que formábamos la pequeña cabalgata, acompañados del Tío Gamonal que actuaba de bagajero y un muchacho sucio y desarrapado que marchaba de espolique, sirviéndonos de guía, nos detuvimos un instante para admirar el cuadro panorámico que al revolver el peñascoso cerro, íbamos á perder de vista. Blancos vapores convertidos en densa bruma se levantaban de la tierra y parecían envolver á Madrid que se distinguía en los últimos confines, como una mancha alargada, oscura y borrosa.

Era un espectáculo grandioso ¡Cuántos pensamientos acudían á la mente! Aquel panorama, aquel dilatado horizonte, inducían á meditar en la grandeza divina, al contemplar á nuestras plantas, el valle, los edificios y sobre todo el grandioso Monasterio, colosal obra de la mano del hombre que aparecía como significante montón, de piedras hacinadas, comparado con las enormes masas

graníticas acumuladas por el Supremo Hacedor en las cumbres de unos montes de pobre aspecto, pequeño trozo y solo débil muestra de la poderosa madre de la naturaleza.

Por fin, hicimos alto al pie de un casetón de piedra que sirve para cubrir un hermoso manantial del que brota un agua fresca y cristalina como pocas y con la que se abastecen las fuentes y riachuelos que corren á lo largo del valle.

Ya habíamos tomado un «tente en pie» y echado un trago, ya nos disponíamos á continuar nuestra expedición, cuando por el camino que desciende de «Pinares-llanos,» cercano á un arroyo que le atraviesa, divisamos una carreta cargada de retamas y guiada por el propio Tío Román, que venía canturreando una copla y alegrando con grandes voces á los bueyes que la conducían tarda y pesadamente.

— Buenos días, señores — nos dijo separándose del camino y dirigiéndose á la fuente en que estábamos — Hola Tío Gamonal. ¿Ande se va con la compañía?

— Vamos á los pinares — respondimos.

— Pues, aún les falta un cachejo que andar... voy á echar un trago de agua, si no le hay antes de vino...

— Sí, hombre, sí, dele usted un vaso, Tío Gamonal.

— ¿Y dónde va usted con esa carga? — pregunté yo.

— Ahí abajo, al pueblo, á la tahona del señor Feliciano ... ¿no me dan usteés un *pito*?

— Ahí va — dijo uno de los expedicionarios dándole un cigarrillo, al tiempo en que el Tío Gamonal le acercaba el vaso lleno de vino.

— Se agradece. ¡Buen vinillo! No pinta hoy mal la mañana, no, — dijo el Tío Román después que hubo bebido y trás de limpiarse los labios con el revés de la mano derecha.

— ¿Cuántos años tiene usted Tío Román?—le pregunté.

— Quien cuenta los días, cuenta la muerte, pero yo ya he contado los tres duros, hace cuatro años—me respondió.

— ¿Y siempre ha sido usted carretero?

— Desde que era mozo.

— ¿De modo que la carreta tiene casi tantos años como usted?

— No señor, porque hasta hará unos diez años, yo no tenía propiedad denguna sobre náa que valiera dos riales; estaba al servicio de un vecino, un buen hombre, que tenía sus cuartejos y su miaja de tierra que arar y como al que se mete en buena casa los perros le guardan, mi amo era presona de viso y tal y cuando faltó, aunque yo no heredé náa, es decir heredé tóo, porque herede su *influjo*...

— Bueno, ¿pero la carreta es de usted ó no?

— ¡Chist! Vamos quedo que andando aprisa quiero subir y no puedo; si no tienen ustedes mucha prisa entre los cuatro podemos echar tres cosas, un párrafo, un pito y un trago, lo primero lo pongo yo y lo demás usteés ¿eh? —y se reía de su ocurrencia que también reímos nosotros y así convenido, nos sentamos en el suelo alrededor del Tío Román que permanecía en pie, abrazado á su larga vara, en tanto que el chico y el Tío Gamonal recogían las acémilas que pacían en la próxima pradera.

— Ya que este señor tiene curiosidad — dijo el viejo — les diré de cómo poseo yo esa carreta tan maja, con ese par de animalitos que ven usteés ahí, pará.

Pues, ello fué que, muerto mi amo, yo fuí en el pueblo el único representante, la presona de confianza del señor Marqués de Cabezuela, deputao de siempre por esta comarca y liberal hasta el hueso. Vinieron las eleciones y el señor Rogelio Mendez, entonces Alcalde, quiso que saliera deputao Don Genaro Rovira, que era de los del gobierno conservador, á la contra de nosotros los liberales.

Llegó el día y empezaron con que si esto, si lo otro, con que si se habían de poner las mesas en la casa-Ayuntamiento, en la escuela ú en la cuadra del señor Rogelio que estaba situada en la plaza: por fin, nosotros conseguimos que fuera en la cuadra, pa lo que hubo que sacar la paja que tenía allí almacená el Sr. Alcalde y que yo mismo cargué en la carreta que había sido de mi amo y que se quedó cargaá y engancháa pa que, de que se terminasen las *eleciones,* golver la paja á su sitio... — Después de encender el cigarro con mucha calma, continuó:

— Pus á la metá de la eleción, viene el barbero, que era de los nuestros, á mi y me dice: Vamos muy mal, en los pueblos de al lao vamos regular, pero aquí, el señor Alcalde esta presidiendo y no sacamos un voto.

¡Córcoles! digo yo, dame acá los papeles doblaos y llama á tu chico. Viene el chico, le doy un misto y le digo: ¿ves aquel carro que hay allí enfrente cargao con paja? pus, métele fuego, vete y cállate.

¡Madre de Dios! Á los diez minutos se había armado una fogata en *metá* de la plaza, que, ya, ya...

Los bueyes que sintieron tostárseles los ijares, queriendo romper la coyunda salen de bufa y se meten por fren-

te la [illegible] del señor Marqués. El [illegible] tuvo que dejar la mesa que presidía, llamando por la paja que se le quemaba; todos salieron corriendo, los chiquillos silbando, las mujeres dando voces, y ¡uf!, qué sé yo: en tan pocos momentos la mesa y todo rodaba por el suelo, inclusive la urna que cayó hecha cachos. Nosotros aprovechamos la ocasión para meter nuestros *papeles* en el lugar de los sacos, como lo que después de apagar la paja porque los bueyes se metieron con carreta y todo en el río, ya restablecido el orden, salió *triunfante* por muchísimos votos más nuestro candidato, y eso que querían *anular* las elecciones; por lo que el señor Marqués, agradecido á esta hazaña de un servidor, que nadie sospechó y que le dió el triunfo, me regaló el dinero con que me compré la carreta y el par de bueyes que hoy es mi fortuna y mi sustento. ¿Sus quedáis enterados? Este es el Tío Román. Conque quedáis con Dios y la Virgen sus guíe. Buenos días señores, adiós Tío Ramonal...

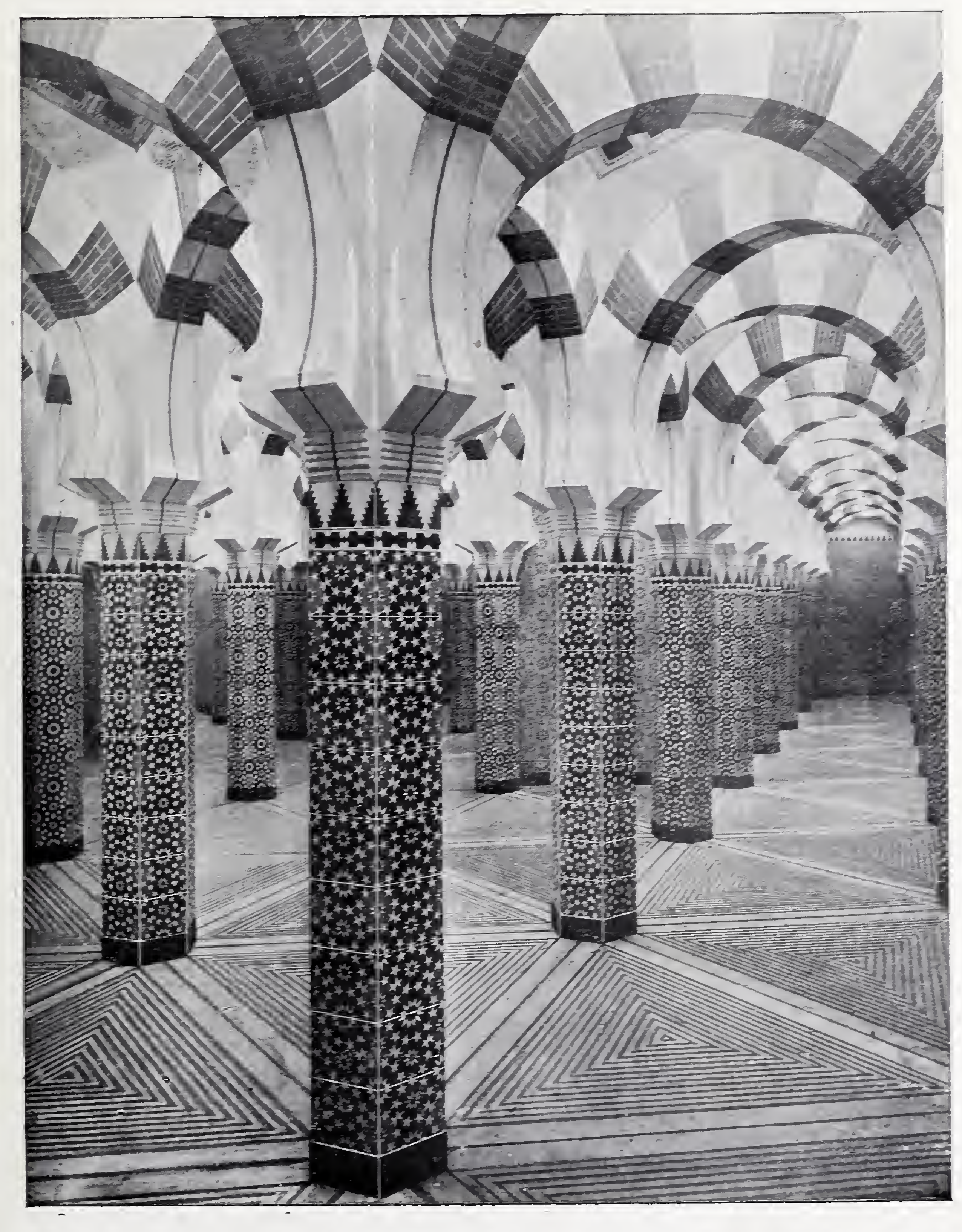
Reímos todos el suceso y nos despedimos del Tío Román que se alejó canturreando, según su costumbre, una copla que decía:

Chiquio no hagas mogestanza
de tanta felicidad,
por donde viene la buena
por allí mesmo se va.

y le vimos desaparecer á lo largo del camino, delante de su carreta de bueyes, justo premio tributado á la sinceridad electoral.

Fernando Cabello y Lapiedra

Ilustraciones de M. Oliver Aznar



PROYECTO DE ANTERO DE OTEYZA — **LABERINTO ÁRABE** — FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.-MADRID

Teatro Moderno, - San Marcos, 35, - Madrid

¡Mire que tiene bemoles este descubrimiento! ...¡Poder ver lo que lleva ahí dentro ese granuja sin necesidad de echarle el guante!

HISPANIA
D. BAIXERAS V.

C. PLA.—UNA ARAÑA

C. PLA.—VALENCIANA

MUÑOZ LUCENA.—EN EL HUERTO

PARIS
y la Exposición

(Impresiones á vuela pluma)

Los señores Jurados á quienes se confió la alta misión de recompensar el mérito y... la buena voluntad, pronunciaron el fallo, y preciso es confesar que han dado la más relevante prueba de magnanimidad, de generosidad y de esplendidez. Calcúlase que el número de expositores que han acudido al gran certamen, asciende á unos 75.000. De estos han salido premiados unos 24.000, proporción que me parece muy decorosa y bastante para atestiguar los buenos deseos y el altruismo de los susodichos señores Jurados. Verdad es que esa distribución de recompensas supone una existencia de 33.000 industriales descontentos y que, con íntima amargura, afirmarán que no se les ha hecho justicia. Pero en cambio supone la existencia de un número mucho más crecido de expositores satisfechos y halagados. Y siempre es un consuelo inmenso el pensar que abundan más los contentos que los descontentos. En el curso normal de la vida suele generalmente suceder todo lo contrario.

He de hacer constar, empero, que entre esos contentos hay muchos que no lo están. Lo cual á primera vista podrá parecer una cotradicción, aunque no lo sea. Me explicaré. Y me explicaré poniendo un ejemplo. Hace dos días me encontré con un sugeto apreciabilísimo y que, según él mismo asegura, ha hecho adelantar un gran paso á la industria francesa (sección de fideos y otras pastas para sopa). Pues bien, Monsieur *** estaba trinando y decía á sus parientes, amigos y conocidos, que en Francia no había justicia; que las recompensas se otorgaban, no al mérito y al trabajo, sino á la intriga y al favoritismo; que dentro de poco no sería posible vivir en el territorio de la República, y que cada día se hacía más necesaria una revolución que de una vez barriese el «sistema de vergonzoso nepotismo imperante en los dominios de *Marianne.*» Y sin embargo el eminente fabricante de fideos había obtenido una medalla de plata de primera clase: pero él se creía con derecho indiscutible á una medalla de oro... y *velay.* No pueden ustedes figurarse el número extraordinario de «medallas de plata» que hoy ponen el grito en el cielo y claman : ¡ vilipendio ! ¡ vilipendio !...

En esta ocasión el Gobierno no ha querido tampoco quedarse corto ni mostrarse cicatero. ¡ Qué profusión de cruces y de distintivos !... El contingente, ya muy crecidito, de caballeros y dignatarios de la Legión de Honor, ha recibido un aumento considerable; y en eso ha pasado lo propio que en la distribución de medallas y menciones honoríficas : por cada diez individuos satisfechos, hay cien, hay doscientos descontentos, que se creen postergados, víctimas de un olvido imperdonable, de una irritante injusticia, y cambiarían de muy buena gana de convicciones políticas, si supieran que con el cambio habían de alcanzar la ambicionada cintita roja.

¡ Oh ! esa cintita roja... ¡ que de prestigio no tiene todavía y que anhelos no inspira, á pesar del escaso tino con que ha sido prodigada y del descrédito en que ha caído, gracias á ciertos incalificables nombramientos !... No creo que en ninguna parte como en la republicana Francia, ejerza la condecoración una influencia psíquica tan enorme. *Boire du champagne à tous mes repas et être decoré: voila mon rêve!...* decía la leyenda de una caricatura que vi hace ya muchos años y que representaba á un humilde burgués elevando al cielo una mirada extática. Beber champagne á todo pasto no es hoy cosa muy difícil, sobre todo para el que no se preocupe mucho de *matices* y se avenga con las « pequeñas marcas » : el espumoso y simpático brebaje se ha democratizado de tal manera y se le puede beber á precios tan económicos, que su antiguo prestigio ha decaído por lamentable modo. Tampoco es cosa del otro mundo hacerse nombrar caballero de la Legión de Honor, y las hornadas que tan frecuentemente publica el *Journal Officiél* de nuevos nombramientos, demuestran la facilidad con que actualmente se prodiga la cruz. No importa: esta es siempre ardientemente ambi-

cionada. Cuando llegan circunstancias excepcionales como la presente, hay una multitud de aspirantes que durante un mes no viven, esperando con febril ansiedad el día de la distribución; y, naturalmente... por bondadosos que sean los ministros, por pródigos que quieran mostrarse en repartir cruces, rosetas, encomiendas y cordones, les es absolutamente imposible contentar á todo el mundo: no hay manera de otorgar de una vez diez ó doce mil condecoraciones; por grande que sea el número de elegidos, siempre ha de resultar atrozmente inferior al de los suspirantes. Y ¡ claro !... hay á estas horas cada rechinar de dientes y cada sollozo de decepción capaces de ablandar un corazón de piedra.

Por lo demás, es cien veces preferible no haber obtenido con motivo de la Exposición ninguna cinta roja que lucir en el ojal, ni siquiera una medalla de oro ó plata que ostentar sobre una caja de pasas (desilusiones penosas, si, pero de las cuales concluye uno por consolarse), que pasearse durante la noche por ciertas calles muy céntricas de París y salir asustado, robado y descalabrado. Peligro muy corriente y eventualidad muy al uso, aunque á ustedes les puede parecer extraño, tratándose de una ciudad como París, centro y fanal luminoso de la civilización moderna, urbe fastuosa y hospitalaria que celebra á fines del siglo XIX la gran fiesta del trabajo y paga un numeroso cuerpo de guardias y de policias.

En este momento histórico, la hermosa ciudad del Sena está infestada de una nutrida grey de *rodeurs*, *souteneurs*, *cambrioleurs*, *escarpes* y otras variedades de la interesante familia de los malandrines. Y cuando la noche avanza y los campanarios de la *Fluctuat nec mergitier* repiten las diez, las once y las doce campanadas, aquellos dignos sucesores de los ilustres hampistas y ladrones que antaño formaban la famosa CORTE DE LOS MILAGROS, salen de sus guaridas y, en siniestros grupos, se desparraman por los barrios parisienses, en espera de la presa que el destino pone al alcance de sus garras. ¡ Guay entonces del pacífico é imprudente transeunte que se arriesga por ciertas calles y no las menos céntricas !... antes de que tenga tiempo de prevenir el ataque y de pedir socorro, se ve asaltado por cuatro, seis ó más pares de ágiles brazos y de otras tantas musculosas piernas, que en un abrir y cerrar de ojos le atan, le tumban, le apuñean, le muelen á coces y á patadas. Y gracias que no salga á relucir el *churin*, el innoble *churin*, el digno émulo de nuestro hispano puñal de Albacete, que con tanta facilidad abre un soberbio ojal en el organismo !...

Lo mejor qne en tales lances le puede suceder al asaltado, es que no le roben más que el reloj, la cartera, el portamonedas y la levita: y dé fervorosas gracias al Supremo Hacedor, si sus averías físicas se reducen á algunas contusiones y equimosis equitativamente distribuídas en todo el cuerpo, á una nariz en escabeche y á un par de dientes rotos.

En vano se quejan los parisienses, en vano clama y fulmina la prensa, en vano dan las autoridades órdenes é instrucciones severas: el banditismo intra-parisien florece, prospera, se multiplica, con un esplendor que le envidiarían los profesionales — hoy ya degenerados, desaparecidos — de Sierra Morena y de las montañas calabresas.

— ¿ Y la Exposición ?... — preguntarán ustedes.

— Buena, gracias.

ALFONSO DE MAR

Jeypore. - Palacio de la esposa del maharajad

LA INDIA INGLESA EN FOTOGRAFÍA

Paquete de cartas y fotografías de un tal Luis,
violadas por un cartero de Barcelona y encontradas casualmente en la calle

POR

ANTONIO CORTÓN

CARTA 5.ª Y ÚLTIMA

El «Alfonso el sabio» de la India. — La ciudad de Jeypore. — El palacio de la reina. — Situación política de los Estados tributarios de Inglaterra. — Los *maharajads* resignados. — El encantador de serpientes — La festividad del *Naga Panchami*. — Un indio subiendo sobre un elefante. — Fin del viaje.

JEYPORE, *Enero 25*

Mi buen amigo: Pasando antes por Burtpore, llegué á esta ciudad de Jeypore, en la región que tiene el nombre de Radjpontana y que dió á la India, en otro tiempo, formidables guerreros, que, por lo visto, no dejaron prole. Y digo esto por la mansedumbre, por la docilidad con que los naturales de este país aceptan la *protección* de Inglaterra. Nadie diría que aquí reinó aquel Jey Sing II de cuya pujanza habla la historia y que tuvo huestes invencibles.

Fué el monarca Jey Sing II una especie de Alfonso el sabio de la India. Guerrero, legislador y versado en ciencias, era su *chifladura* la astronomía y levantó un observatorio, para el cual, no teniendo á mano más instrumentos que los persas, inventó otros nuevos, pues era hombre muy capaz de inventar cualquier cosa. No hablo en broma: fué ciertamente aquel soberano uno de los genios más notables del Indostán, sobre todo si le comparamos con sus descendientes, estos principillos de ahora que, sentados sin pestañear sobre el almohadón bordado que aquí hace las veces de trono, fuman magestuosamente su pipa, sin preocuparse para nada de los descubrimientos astronómicos.

Fué en 1699 cuando Jey Sing ocupó el almohadón bordado de Amber. Era entonces Amber la capital del antiguo Estado de Dhoundar; pero encerrado en un estrecho desfiladero de los montes Kalikho, no hacía feliz al monarca una ciudad tan incómoda y mandó edificar una nueva capital, á la que dió el nombre de Jeypore. Esta ciudad, fundada en 1728, llegó á ser el emporio de las ciencias y las artes y eclipsó la fama de las grandes ciudades de la India.

El plano general de la ciudad es de los más sencillos. Dos grandes calles la cortan en toda su longitud en tres fajas de igual anchura; otras tres calles se corren de Norte á Sud, dividiéndola en nueve barrios; crúzanse aquellas en ángulo recto, son anchas y están bien aireadas y orientadas. La ciudad ha sido construída con magnificencia. Las casas más ordinarias son de granito; las de los nobles y ricos, de mármol blanco.

No hablo por hablar, sinó *probando* lo que digo. Para muestra basta un botón, y el botón que te envio es el palacio de la reina en Jeypore. Á pesar de que el *maharajad* tiene nada menos que *ocho* esposas, la primera es considerada la reina y ocupa el espléndido palacio reproducido en la adjunta fotografía. ¿Qué te habías figurado?... Ni doña Victoria, la de Inglaterra, tiene mejor casa que la mujer número uno del reyezuelo de Jeypore.

Mas, con todas sus magnificencias, Jeypore, en el terreno político, es menos, mucho menos que el principado de Monaco. En el almanaque de Gotha figura como *posesión mediata* de Inglaterra, lo que quiere decir, en buen romance, que es uno de los *Estados protegidos ó tributarios de los ingleses,* pero que *todavía* se gobiernan por sus respectivos príncipes, mediante cierto tributo que pagan á Inglaterra, la cual pone guarnición en sus principales plazas fuertes é *influye* en su administración. Para que comprendas hasta que punto y de qué modo son independientes estos Estados, baste decirte que un extranjero, al entrar en Jeypore, ha menester obtener el permiso del *Residente,* que así llaman aquí al representante oficial de la Gran Bretaña. El residente de Jeypore, el coronel Law, antes de otorgarme el permiso, me preguntó, alarmado, quién era y á qué venía, no quedando tranquilo el hombre hasta que le dije, con timidez, que era español.

Rica breva, riquísima son, en verdad, para Inglaterra, estos estados tributarios de la India, que abarcan una extensión de un millón de millas inglesas y cuentan con una población de más de setenta millones de almas. Para mantener en la obediencia á estos indios de las posesiones *mediatas* é *inmediatas*, tiene Inglaterra en toda la India un ejército de 73,668 individuos de todas las armas, que unidos á los 16.000 de las tropas indígenas, también británicas, forman un respetable contingente. Hay además, en los puertos, 16 barcos de guerra.

La verdad sea dicha: toda esta fuerza militar no hace gran falta por aquí; porque á los *maharajads* de los Estados indígenas no les permite la Gran Bretaña tener más ejército que el necesario para el aparato decorativo de sus respectivas cortes. ¿Cómo, pues, y con qué medios — pregunto yo — habían de sublevarse los pobrecillos?... No es de temer que lo hagan. Son, por otra parte, muy buenos chicos y están contentos con el yugo de la poderosa emperatriz, de cuyo estado de salud piden noticias al residente. Al gran *durbar* (asamblea) de Agra, convocado en 1866 por el virrey Sir John Lawrence, concurrieron, muy respetuosos, llevándole ofrendas valiosísimas, veinte y seis príncipes soberanos. Y cuando, en fecha posterior, en 1875, *se dignó* visitar el Imperio índico el primogénito de Victoria, los poderosos *maharajads*, con la sonrisa más placentera, fueron á recibirle á Bombay.

Inglaterra ha hecho con la india lo que un *sapwallah* de Jeypore, á quien conocí y admiré el otro día, hace con las serpientes: la ha hecho acudir á su reclamo, la ha encantado, desarmado y hecho prisionera. Y á propósito: ¿sabes tú lo que es un *sapwallah*?... Te daré detalles de esta especie de mago callejero, siquiera sea para cambiar de tema, pues supongo que á tí, como á mí, no te hará feliz el estar hablando constantemente de la *pérfida Albión*... ¡Y tan pérfida!...

Como iba diciendo, el *sapwallah* es el encantador de serpientes. Provisto solo de un primitivo instrumento musical, llamado *tumril* (especie de flauta compuesta de una calabaza y dos pedazos de bambú) el nuevo Orfeo le lleva á sus labios y produce sonidos, mientras que adelanta el cuerpo á fin de examinar las yerbas y matorrales. Y casi al mismo tiempo asoma por debajo de una piedra una cabeza de serpiente, la terrible cobra; el encantador deja caer su instrumento, apodérase con destreza del reptil, lánzale al aire y cójele por la cola en el instante de caer al suelo; la serpiente agítase violentamente; con un rápido movimiento, el encantador la sujeta cogiéndola de su cabeza; después abre su boca y muéstrame sus terribles colmillos que destilan la muerte; entonces el encantador toma una pequeña pinza y arranca con cuidado los colmillos del reptil, no de otro modo que pudiese hacerlo un dentista de Filadelfia.

Desde tiempo inmemorial se practicaba este arte en Egipto; hoy se halla confinado en la India. La profesión es hereditaria, y los que á ella se dedican tienen una época en que, cubiertos de oropeles, hacen su papel importante, convirtiéndose en una especie de sacerdotes; es en la

Una calle de Jeypore. - Indio montando sobre un elefante

época del *Naga Panchami* ó fiesta de las serpientes, pues estos reptiles son sagrados en la mitología india, y el día de la festividad, los naturales del país les presentan ofrendas para grangearse su buena voluntad y su protección contra las picaduras mortales. Y es de ver entonces á los *sapwallahs*, trajeados grotescamente, cuando no están medio desnudos, y teniendo cada uno ante sí una cesta en la que se agitan unos veinte reptiles de la especie *cobra capello*. Los piadosos indios llevan cuernos ó tazones grandes de leche á que son muy aficionadas las serpientes, y bien pronto está rodeado cada tazón por un círculo de cobras que, con la cabeza sumergida en el líquido, permanecen completamente inmóviles...

La serpiente y el elefante vienen á ser, en el reino animal, los dos tipos más populares de la India; pero ¡ oh perversa condición humana! Á la serpiente se la halaga, porque se la teme; al elefante, porque es trabajador y buenazo, se le trata mal. Entre las muchas pruebas de su bondad, es curiosa la que suele dar ayudando él mismo á montar sobre él al jinete. En una calle de esta ciudad presencié la cosa y me admiró tanto, que no pude resistir á la tentación de reproducir la escena, y te mando la fotografía. Un indio trata de subir encima de un elefante: le coge las orejas y, colocando el pie en la trompa del paquidermo, éste le levanta hasta colocarlo encima del lomo. ¿ Verdad que es muy original?

Original lo es todo en este país; y lo que yo siento es no poder escribir un libro, un libro voluminoso sobre la India contemporánea. Para eso fuera preciso visitar los Estados *verdaderamente* independientes, como el Nepal, el Butan, las Maldivas, &. No puede ser. No soy más que un servidor de mi inglés, Mr. Arthur, que ahora me hace regresar por el mismo camino á Calcutta. Termino, pues, estas impresiones de viaje, que te envio solamente á modo de explicación de las fotografías que yo mismo he sacado y que tal vez te serán útiles. Así lo desea, queriéndote mucho, tu amigo

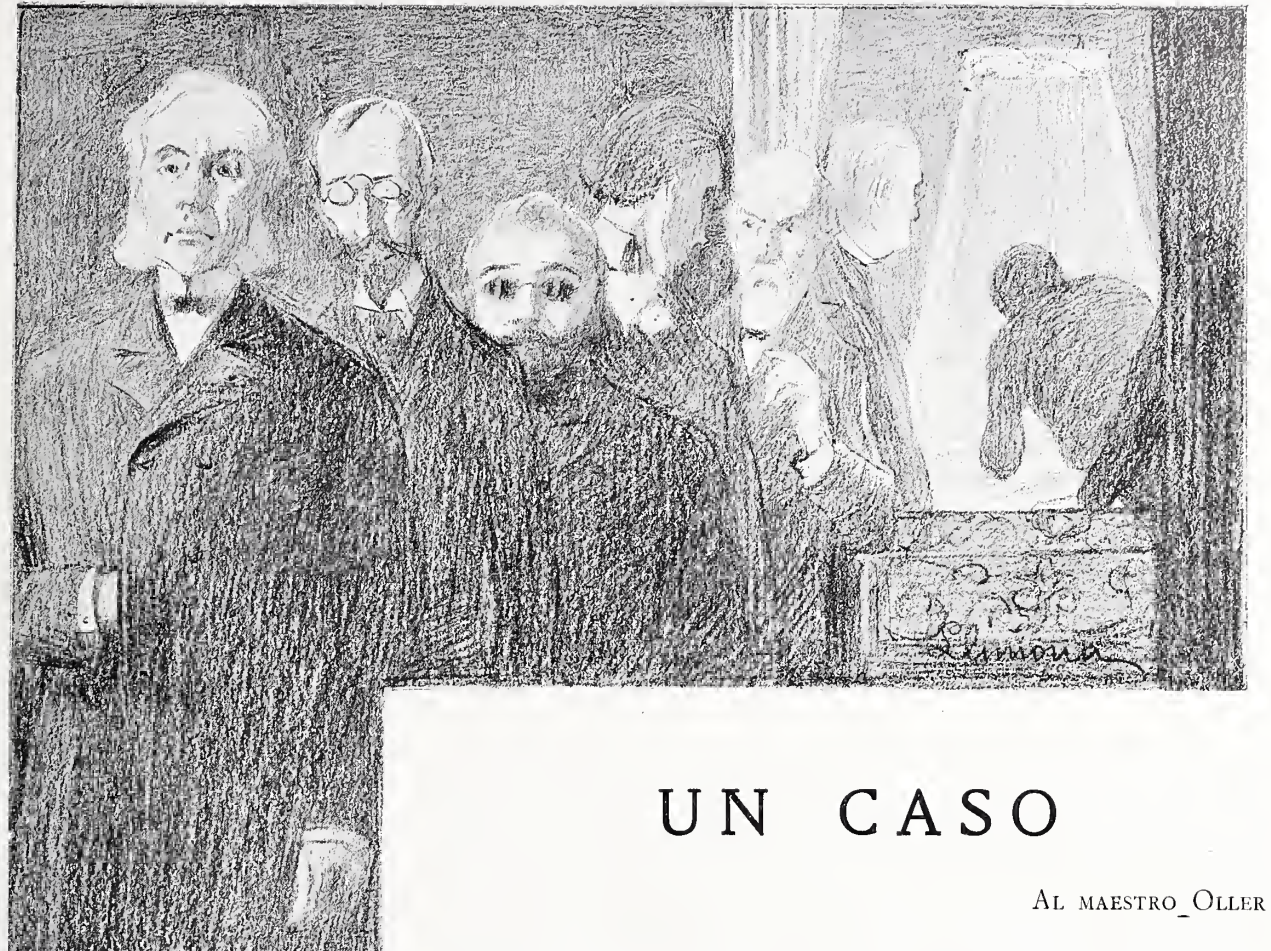
LUIS

Fotografías inéditas de ROMÁN BATLLÓ.

CORO DE BAÑISTAS

Somos las del maletín,
por lo que gusten mandar;
á remojar nuestras gracias
vamos á «San Sebastián.»

Sabemos hacer el muerto
y entre dos aguas nadar,
sabemos guardar la ropa...
y en fin, sabemos ¡la mar!



UN CASO

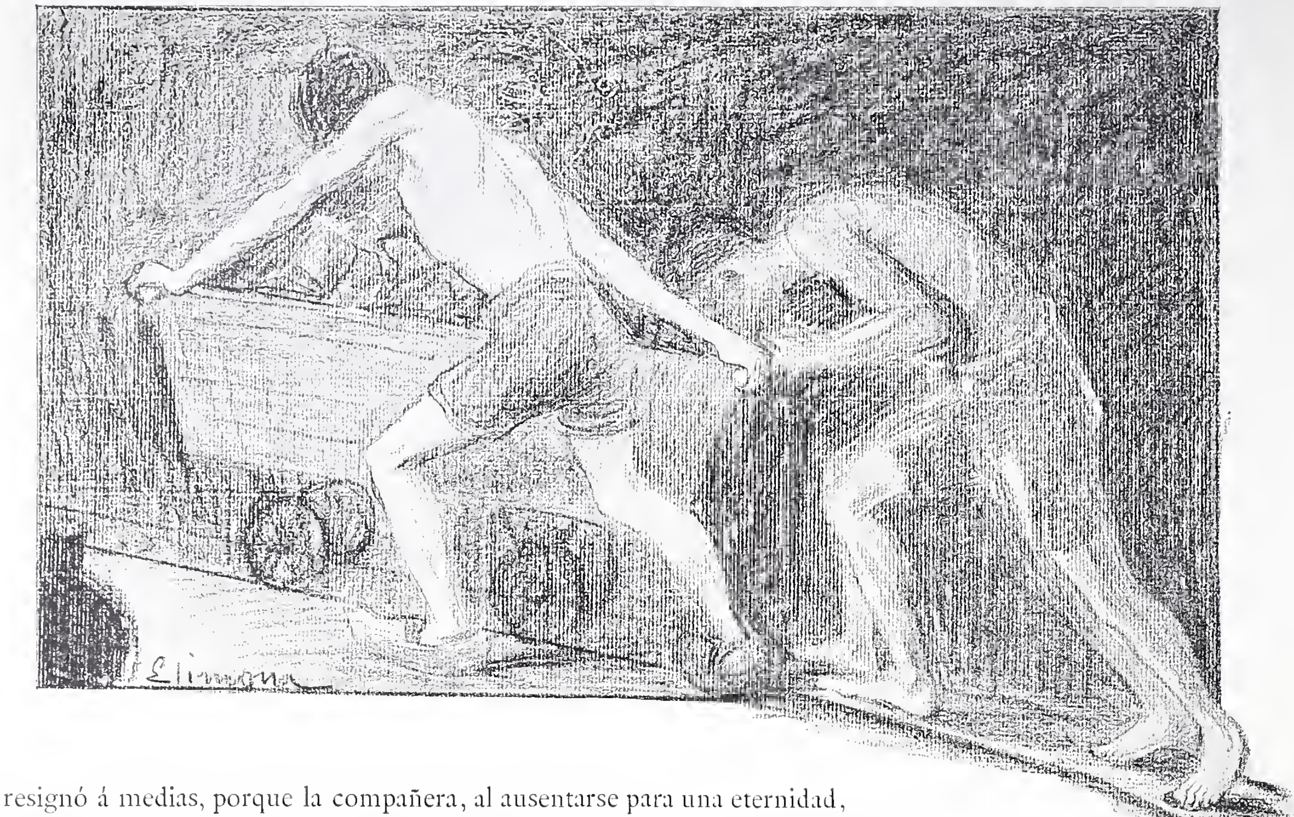
Al maestro Oller

Una tras otra, desfilaron por delante del lecho del enfermo, con leve taconeo que se amortiguaba en la alfombra, hasta ocho lumbreras de la ciencia de curar; lo más granado del protomedicato. Escarbando en el cerebro atiborrado de viejas fórmulas terapéuticas, ninguno de los médicos dió con la idea salvadora. Tentativas, ensayos de experimentación que consistieron en aplicar al enfermo los procedimientos curativos de invención más reciente; todo fué en vano. El niño se moría, á menos de no impedirlo Dios con un milagro.

El pronóstico del doctor Jiménez Salgado, no dejaba el menor resquicio abierto á la esperanza. Se trata señores — dijo aquel médico á sus colegas llamados á consulta — de un caso gravísimo. La enfermedad, muy acertadamente diagnosticada en sus prodromos por mi ilustre compañero el doctor Bedoya (éste inclina la cabeza en señal de cortesía) empezó siendo crup diftérico. La época del año — la primavera — muy propicia al desarrollo de este linaje de padecimientos, la edad del niño enfermo — cuatro años — y sus antecedentes patológicos que nos le ofrecen como víctima de frecuentes catarros, me hacían recelar que la enfermedad no pudiera ser contenida dentro de los límites de un simple crup. (Pausa.) Creo, pues, señores, salvo mejor opinión (todos asienten) que nos encontramos con un caso de difteria séptica caracterizada, segun hemos visto, por la ingerencia de los productos descompuestos de las falsas membranas en la sangre, y mucho me temo que ese principio de colapso unido á la paresia cardíaca que hemos notado en el enfermo, invalide pronto nuestros esfuerzos...

II

El hombre, el padre, estaba solo. La compañera faltaba años ha. Huyó del nido llamada por la muerte, á los once meses cabales de su matrimonio. En aquel trance, el hombre creyó morir. Al dolor del varón cruelmente desposeído, juntóse el dolor del hombre cuyo espíritu, huérfano de la fe que ayuda á vivir, necesita fundirse en el alma de la mujer querida. Hecho ya á la dulcedumbre del amor lícito, disfrutado en las intimidades de aquel hogar, á la sazón silencioso como una jaula vacía, la pérdida de la compañera de su vida laceró profundamente su corazón. Cuando se llevaron su cuerpo — él lo recordaba todavía — sintió el hombre algo así como un inmenso desgarron en sus entrañas, como si la muerta se llevase algo que integraba el ser del esposo que dejaba. Al cabo — influjo del tiempo — la herida dejó de manar sangre y el hombre se



resignó á medias, porque la compañera, al ausentarse para una eternidad, dejaba un niño que debía perpetuar el amor de los esposos, á través de la muerte...

...Y ahora, el niño se moría, allí, á cuatro pasos, sin que humano poder fuera bastante á impedirlo. La difteria que es el dalle de la infancia teníale agarrotado en el lecho, en cuya cabecera velaba la abuelita. En un rincón de la alcoba, recien sahumada con romero y hojas de laurel, el padre, arrellanado en una butaca, meditaba en silencio.

Era media tarde. Más que de primavera, tenía de invernizo el día. La tonalidad gris del cielo comunicábase á las almas. Allá, con la puesta de sol, moriría el pequeño; cosa segura. La ciencia antes de alejarse de aquella casa habíalo pronosticado...

Entre cinco y seis de la tarde, la hora del crepúsculo, el niño empezó á rebullirse; su cuerpo enfebrecido tiritaba. Las manecitas, gordas y tersas, querían clavarse en el cuello, pretendiendo arrancar de allí algo que atenazaba, algo que quemaba, cerrando el paso al aire que nutre los pulmones... Era la agonía.

III

... Dios de Dios, dejadme el niño, ahulló el padre rompiendo en un sollozo... ¡ Ah, la fe ! La fe nativa recibida con las primeras ternuras maternas, no se había del todo apagado en el viejo corazón. No siempre el olvido es muerte definitiva. Algo sobrevive á las angustias del espíritu solitario, preso en la cárcel de la vida, en medio de las solicitaciones de la carne glorificada, del egoísmo triunfante...

El hombre, el padre, era un ignorante. Contratista de minas enriquecido á costa de muchas vidas, su educación puramente fragmentaria fundábase en media docena de periódicos leídos aquí y allá, en el tráfago de su inquieta vida de negociante ávido de numerario. La esfera intelectual en que había transcurrido lo más de su vida, le vedaba el monopolio de las ideas grandes, esas ideas á cuya formación concurren la experiencia personal y el libro. Algo y no poco le humanizó el matrimonio, purgándole de la primitiva rudeza de caracter que le hacía aparecer hosco y antipático en sociedad, pero, en el fondo quedaba siempre el contratista de minas hecho á ver, sin horror, el cuerpo de un hombre lanzado al espacio, al estallar un barreno entre un diluvio de piedras.

Ya enriquecido, aburguesado en la vida muelle del que á vuelta de muchos años de azares, se retira á su casa con el riñón cubierto de oro, intentó ganar cultura, ejercitándose en la contienda intelectual que provoca el libro. Vano empeño; la tosquedad nativa prevaleció por cima de todo. Siguió tan zafio como antaño. Siempre el contratista de minas...

Ignorante y todo, su corazón se abrió á la fe. Él, quería la vida del nene, aún á trueco de la suya propia, á cambio de todo. Y los hombres, los sabios, no podían darle esa vida. Entonces, pensó en Dios. Allí cerca, en la habitación inmediata, en el cuarto de la muerta, nido de amores en otro tiempo, había un Cristo tallado en madera, bajo un dosel de terciopelo orillado de oro. Enfrente, de par con la imagen de Dios Hijo, estaba el retrato de la compañera, la madre del niño que agonizaba...

Al penetrar en aquella habitación, cerrada lo más del año, en la cual solo á él le estaba permitido poner los pies, un vaho suave de mejorana, el perfume preferido de la esposa muerta, oreó el rostro del atribulado padre, aliviando su corazón.

Sentose arrimado al lecho, reclinó la cabeza sobre los cojines y puso el pensamiento y la mirada en Jesús... En torno, el silencio...

No fué oración vocal, de esas en que sólo se ejercitan los labios. No. Fué un coloquio mudo, sostenido en la región de la pureza por las almas del hombre y su esposa con Cristo, cuyo costado herido sangraba todavía... El hombre hablaba con la compañera ausente y ésta, limpia ya de terrenas máculas expresábase en presencia de Dios. La vida del niño — decía el hombre angustiado — su vida á cambio de la mía, á cambio de todo. Y la esposa, la madre muerta, trasladaba la petición á Quien podía acogerla...

La interción de la compañera no fué vana. Dios, todo bondad, consentió que el niño viviera; pero exigía sacrificios del padre y más, todavía, del contratista enriquecido á expensas de los pobres.

Todo ese capital—decía el Señor—fruto de una constante expoliación, debe ser restituído á los infelices que lo amontonaron sudando sangre, para un hombre sin entrañas... Muchos niños como el tuyo agonizan de hambre y si yo salvo la vida de tu hijo, justo es que tu libres de la miseria á esos desventurados retoños. Muchas madres me piden, como tu, amparo para sus criaturas; esas mujeres tienen sus compañeros en las minas, en los andamios, junto á los hornos de las fábricas. La conquista del pan les cuesta, á veces, la vida. Ya ves tu si son desdichados...

El contratista era padre y era hombre; y antes de aceptar la divina proposición, vaciló un minuto. Vió la mina, sepulcro innominado de muchos seres, la mina á donde tendría que volver para procurarse el alimento indispensable á la vida; vió al pequeñín, sano ya, pero, víctima expiatoria del hombre, con los pies descalzos rodando en el arroyo, como ruedan niños de los pobres, entre calandrajos de miseria y salpicaduras de barro. La abuelita, la madre de la muerta, en lo más avanzado de una senectud desamparada veríase recluída en un hospicio, forma piadosa de la caridad oficial... Y él, dando barrenos en una cantera, asesina inconsciente de hombres...

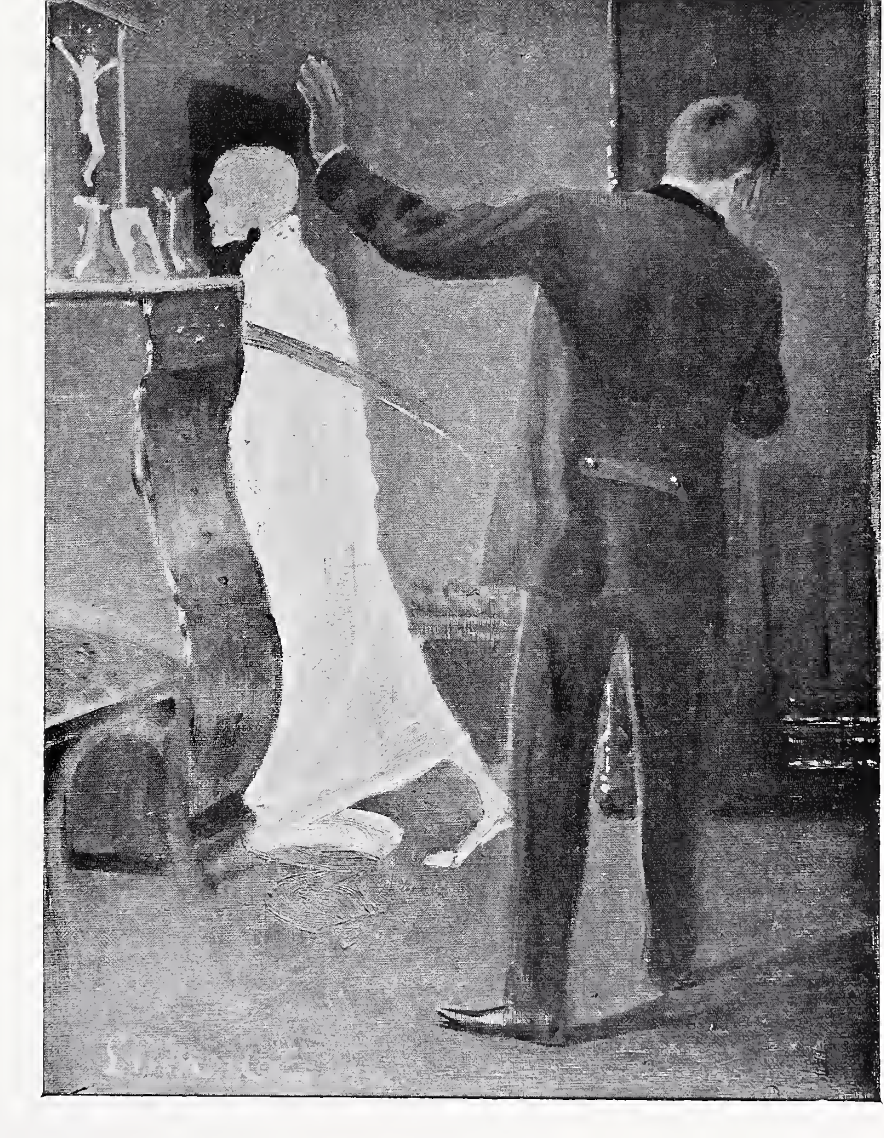
El dilema era atroz, terrible, inaplazable. En aquella rápida sucesión de visiones internas, sintióse desfallecer el pobre hombre. El alma humana, revelábase en toda su pequeñez. Dios, pedía mucho, era demasiado exigente, acaso, acaso, demasiado justo. Aquel pacto, pareciole inadmisible. ¡No! ¡No! gritó enloquecido el contratista, avanzando con los puños cerrados, hacia la puerta. ¡No! prorrumpió en un estado frontero entre la lucidez y la demencia, mirando con extraviados ojos la imagen de su esposa muerta... ¡No! Antes morir, morir todos, yo, el nene, la vieja, todos, todos... pero, volver á la mina, eso no, jamás...

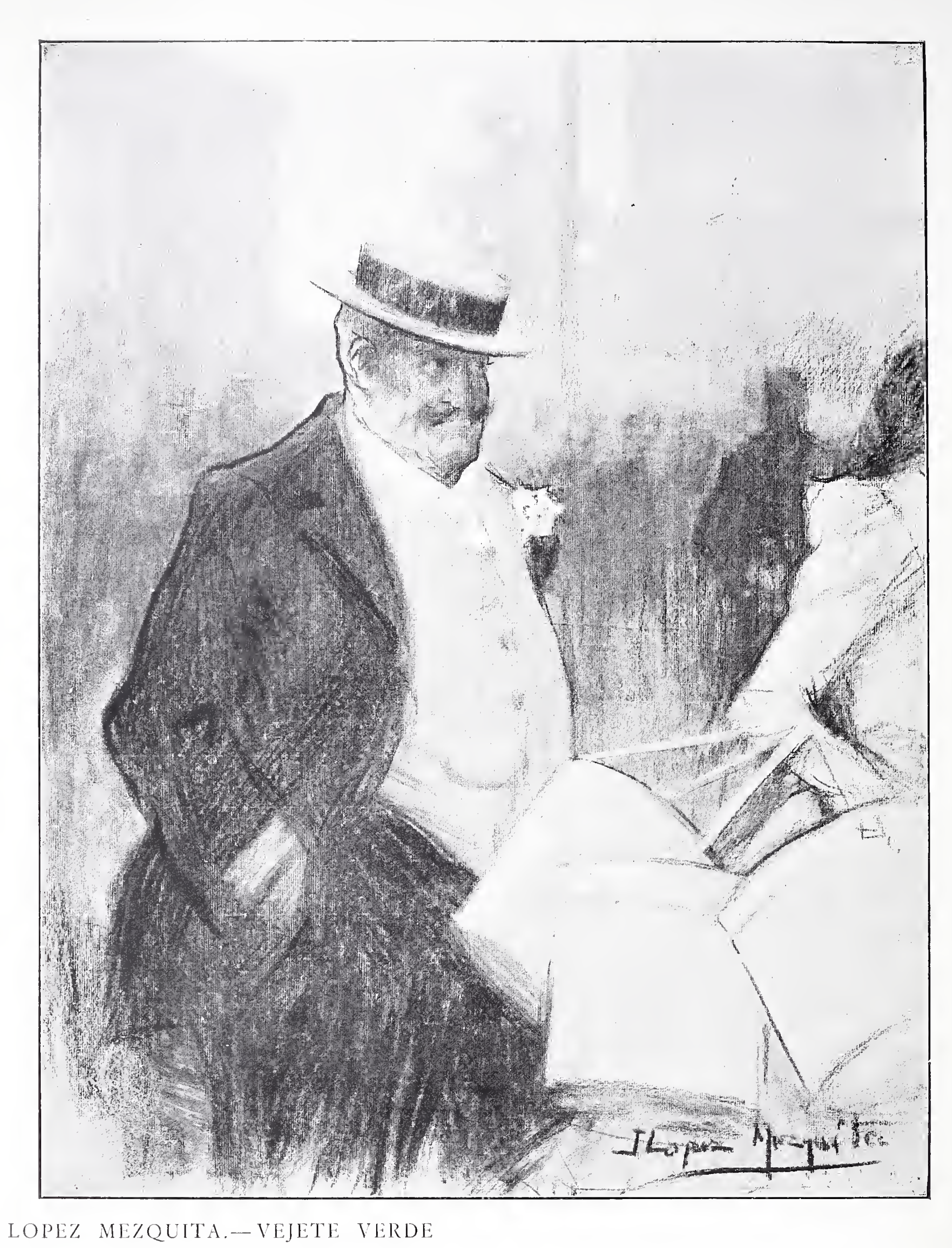
No pudo continuar; la abuela entró para decirle que el niño había expirado. Corrió tambaleándose, para besar el pequeño. Antes se volvió y sus ojos entontecidos fueron á posarse en la imagen de Jesús, con expresión de protesta dolorida...

Cristo sonrió compasivamente.

Manuel Bueno

Ilustraciones de Juan Llimona





LOPEZ MEZQUITA.—VEJETE VERDE

Daga florentina del siglo XV, llamada *Coltello*. Colección Spitzer

HISTORIA DE LA ESPADA

desde los tiempos prehistóricos hasta el Renacimiento

Las armas son tan antiguas como la Humanidad; la primera preocupación del Hombre después de la de su alimentación, fué la de su seguridad personal ó defensa.

Los primeros tipos de armas, fueron de silex. Puntas de flecha, hachas, martillos, cuchillos, he aquí lo que servía para la defensa y el ataque en los tiempos prehistóricos. Estas armas eran obtenidas golpeando simplemente, y rompiendo en pedazos angulosos la piedra silícea de que estaban formados.

Al cabo de varios siglos, el hombre aprende á pulir la piedra, y aparecen ya hachas y cuchillos, lanzas y flechas más perfeccionadas, y se tallan en *jadeita*, en *diorita*, en *fibrolita*, en *serpentina*, en *basalto*. Pronto sirven los huesos y las maderas duras, para fabricar estas armas, y se les pone mango ó asta, por un procedimiento análogo al de los actuales indios de la Nueva Zelandia, de la Nueva Caledonia ó de los Caraibes.

Andando el tiempo, fúndese el cobre con el estaño y se obtiene el bronce; y amoldando en tierra arcillosa las armas de piedra, viértese el metal fundido en los moldes y las armas se transforman en metálicas.

Coltell-desllorigador catalán, del siglo XV

El cuchillo que hecho de piedra debía de ser muy corto forzosamente, se alarga, y vuélvese daga, y alargándose más, espada.

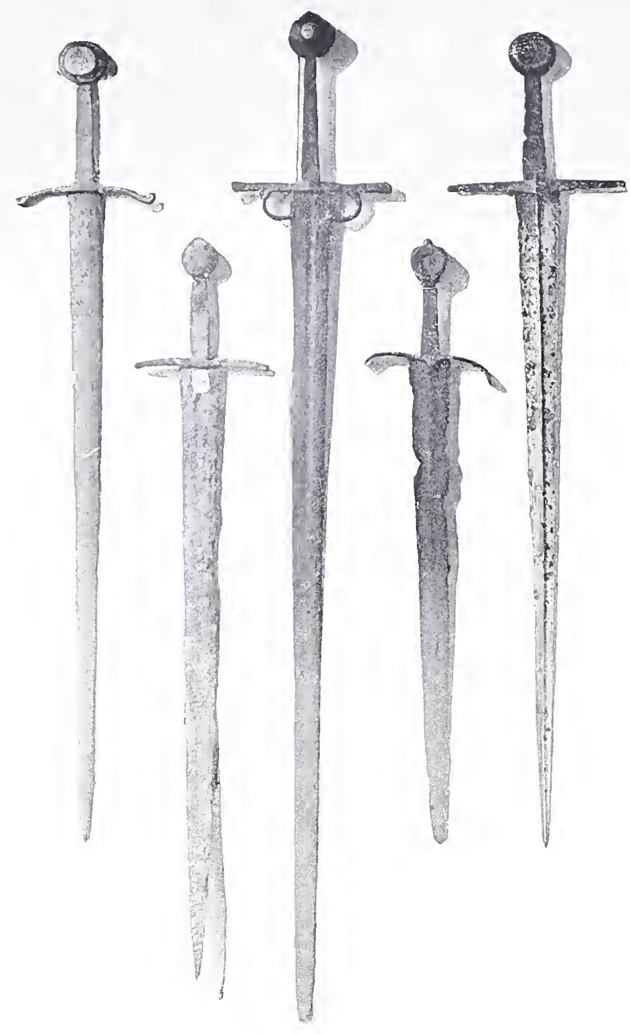
Así la primera espada fué solo un cuchillo largo, y cada uno acostumbraba á llevar dos cuchillos de esta clase: uno bastante prolongado y otro más corto. Tales eran los Scrama-Sax de los primitivos pueblos sajones.

* * *

La espada, hanla conocido y usado todos los pueblos civilizados, desde los primitivos Galos y Germanos en Europa, á los Iraníos, Indos, Caldeos, Asirios, Egipcios, en Oriente, &., &. Todos se han servido de ella como arma de guerra y como arma distinguida propia de los Jefes. Los pueblos primitivos la usaron de bronce, luego se forjó ya de acero, ó sea de hierro más ó menos carburado, templándose las hojas por procedimientos varios. Para el temple, á más del agua, se ha empleado la corriente de aire frío, el aceite, el cebo, la sangre de animales, &., &.

Las espadas en estos primitivos períodos de civilización son aun asaz cortas. Las espadas galas, medían solo de 60 á 80 centímetros, y la hoja afectaba la forma de una hoja vegetal prolongada. En el Asia se llevaban espadas de cobre y de bronce, pero algo

1. Espada catalana del XIII. — 2. Espada castellana del XIV. — 3. Espada provenzal del XIII.



1. Espada francesa. Angulema del XIV. — 2. Espada francesa del XIV. — 3. Espada de gavilanes ó *pas d'ane*-Doble *passot*, probablemente navarra. Siglo XIV. — 4. Espada jineta, catalana del XIV, con sello. — 5. Espada catalana ó aragonesa del XIII.

más largas. Los Persas fueron los primeros en forjarlas de hierro.

Los Griegos del período heróico llevábanlas de bronce, pero en la época histórica usanlas ya de hierro templado. La hoja afecta la misma forma que en las espadas galas, y la daga llamada *parazonium*, viene á ser una espada de hoja triangular muy diminuta.

La espada Romana, es tal vez la más corta que se haya usado. En general tiene de 40 á 50 centímetros, y su hoja de dos filos paralelos termina con una punta de ángulo bastante abierto.

Los francos y demás bárbaros, usan el Scrama-sax largo y el corto, que vienen á ser la espada y la daga de los caballeros de la Edad Media. Entre ellos, estas armas son solo reservadas á los jefes é indican dignidad y mando. Como hemos dicho el Scrama-sax-espada es solo un cuchillo prolongado de la longitud de la espada gala.

Los Bizantinos alargan la espada hasta 90 centímetros ó un metro y lo mismo hacen los Carlovingios en Francia, y los Godos en España, con la diferencia que la espada carlovingia y la goda tienen la hoja ancha de filos paralelos como las espadas romanas con la misma punta chata y varios nervios longitudinales.

La guarda está formada por un travesaño macizo, barra cuadrangular, que forma la cruz. El pomo es en forma de semicírculo, y la mano queda encajada entre el pomo y la cruz. La Bizantina tiene la hoja más estrecha, de unos tres centímetros. Filos casi paralelos de arriba abajo y punta más aguda. La guarda es estrecha en el centro ensanchándose y adelgazándose hacia los estremos. El pomo es también semicircular pero más pequeño. Así forma el puño una especie de cruz griega.

Hasta el siglo XIV, por lo regular, la longitud de la espada no pasa de un metro. En los siglos XI y XII la hoja vuélvese triangular, conservándose el puño carlovingio.

La hoja tiene solo un nervio central, y la punta es completamente aguda, para penetrar por entre las placas, ó escamas de la cota de armas, ó de la loriga.

En el XIII el pomo se vuelve redondo y plano y la guarda ó cruz se afina y redondea. En este pomo redondo y plano se incrustan dos medallas, una en cada lado, ó bien se graban las insignias del caballero, formando así un sello, ó en el centro hay una piedra onix, carbunclo, ú ópalo, que cubre un hueco que contiene una reliquia de algun santo, ó un amuleto.

En el siglo XIV, la espada empieza ya á evolucionar sensiblemente. El puño continua siendo en cruz en la mayoría, pero las hay que debajo de la cruz tienen uno ó dos ganchos llamados en España gavilanes y en Francia *pas d'ane*. Los que tienen uno, son peculiares de Cataluña y del mediodía de Francia, y se llaman *espases de passot*. Estas tienen solo un filo hasta los tres cuartos de hoja, de allí para abajo tienen dos y terminan en punta. El pomo en estas es de la forma de una pera, para dar contrapeso á la hoja que es muy pesada. Los gavilanes, ó el *passot* sirven para pasar el dedo y sujetarla mejor, y en ciertos casos para coger la hoja del enemigo. También se encorvan las guardas, á este fin, á últimos del mismo siglo.

Las hojas se alargan llegando á medir las espadas de esta época un metro 20 centímetros, y aun más. Las espadas de arzon que se llevaban fijas en la silla del caballo llegaban á medir un metro

1. Espada catalana del XIII. — 2. Espada catalana llamada de passot. — 3. Espada catalana del XIV.

40, y aun 1'50, teniendo el puño muy largo y el pomo muy grueso, para formar contrapeso con la hoja.

Las hojas de las espadas, tienen en esta época formas diversas: en general forman como un triángulo muy prolongado; en el centro tiene una canal, ó al contrario un nervio ó quilla saliente; la sección de la hoja (que es gruesa y dura) forma como un grano de trigo. La daga es de sección triangular ó cuadrangular como una bayoneta. Espada y daga son apropósito para pasar las mallas que cubren todo el cuerpo del guerrero.

En el siglo XV la espada afecta formas diversas según los usos. Se alarga hasta dos metros y aparece el *Mandoble*. Este tenía el puño largo con una división en medio para que pudiese ser empuñado con ambas manos. La cruz es larga y resistente, y tiene dos anillos para parar los golpes. El pomo es como una bola achatada, grueso y pesado. La hoja muy larga, tiene debajo de la cruz, frecuentemente, una media luna ó dos espolones, también para parar ó enredar el arma del contrario.

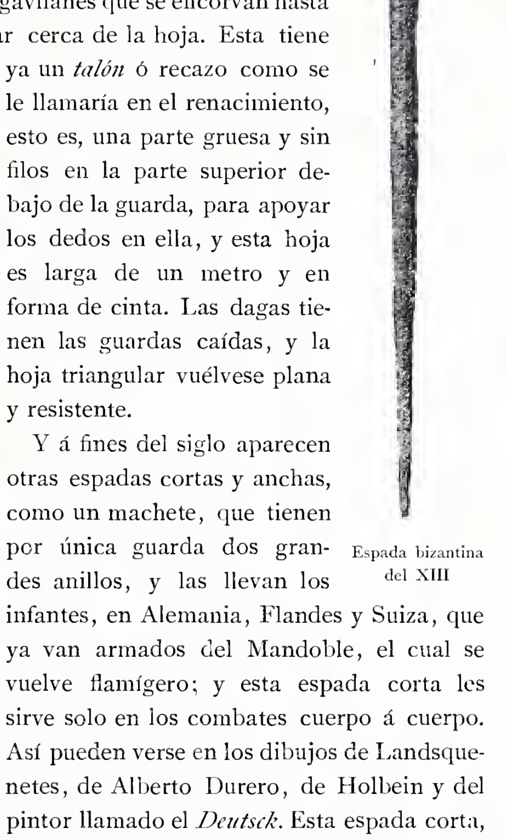
Espada tolosana (Forez) del XIV pomo de relicario

Acortándose, la espada forma lo que se llama *Coustel* en Francia, *Coltello* en Italia, y *Costillar* ó *Lengua de vaca* en Castilla. El puño es de hueso ó marfil y tiene ondulaciones para apoyar los dedos. La guarda encorvada hacia abajo, sirve solo para sujetar la hoja, que es triangular y muy ancha, con varios nervios.

1. Espada del siglo XI. — 2. Mandoble de caballero de fines del siglo XV. — 3. Espada del siglo XV.

El nombre de *coltells desllorigadors* que se daba á estas espadas cortas en Cataluña, indica su fin. Habiéndose ya cubierto el caballero con la armadura completa, se necesitaba para herirlo, entrarle por las junturas de la coraza ó de las placas que formaban los brazales, escarcelas y demás piezas. Y á este fin se inventaron estas armas.

La espada comun del caballero, en esta época tiene aun el pomo redondo y plano, pero pronto lo deja por el pomo de *llave* que es plano y calado como el extremo de una llave de la época. Las guardas caen hacía abajo y son planas y más anchas de las puntas, siendo caladas muchas de ellas, y tienen dos gavilanes que se encorvan hasta llegar cerca de la hoja. Esta tiene ya un *talón* ó recazo como se le llamaría en el renacimiento, esto es, una parte gruesa y sin filos en la parte superior debajo de la guarda, para apoyar los dedos en ella, y esta hoja es larga de un metro y en forma de cinta. Las dagas tienen las guardas caídas, y la hoja triangular vuélvese plana y resistente.



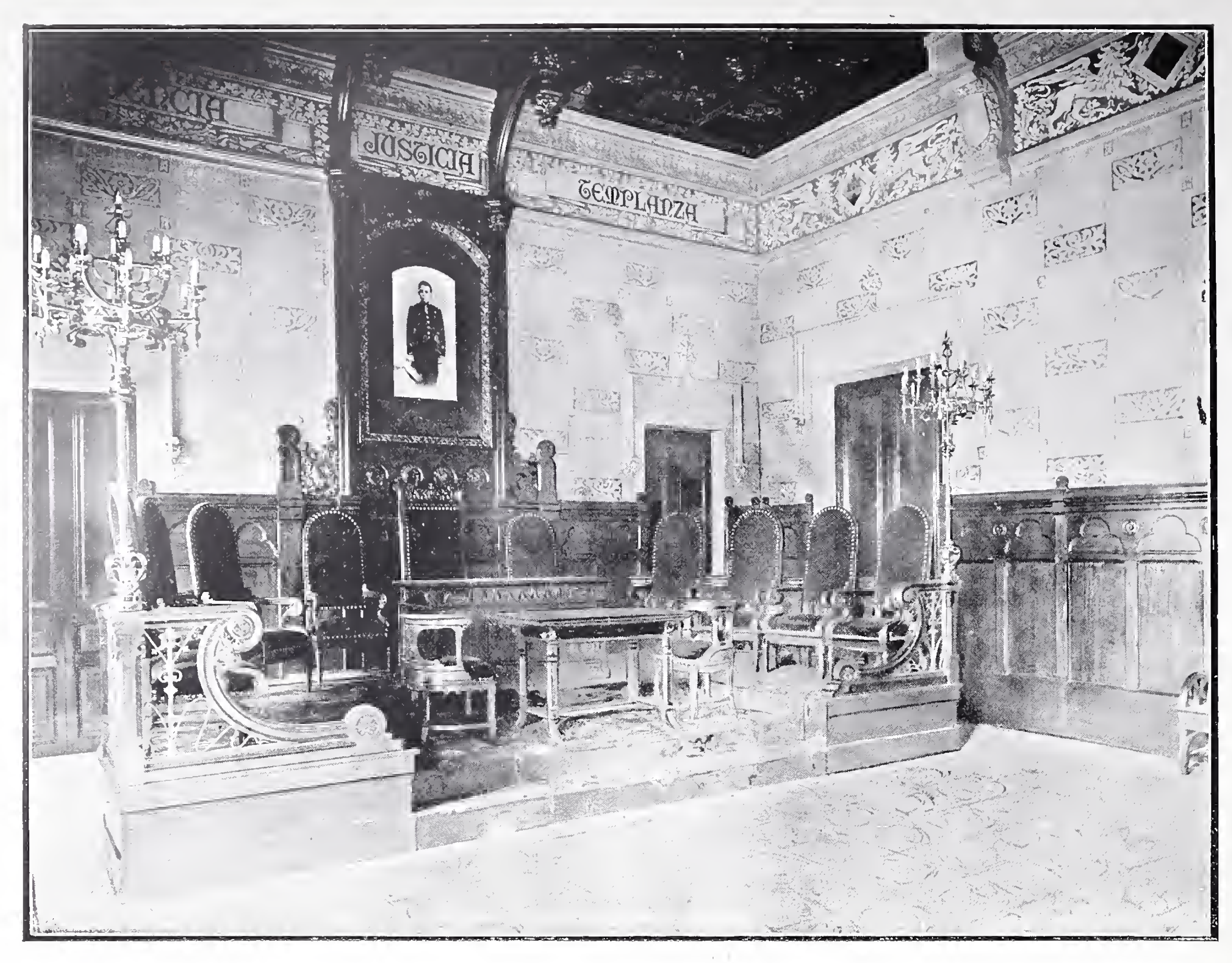
Espada bizantina del XIII

Y á fines del siglo aparecen otras espadas cortas y anchas, como un machete, que tienen por única guarda dos grandes anillos, y las llevan los infantes, en Alemania, Flandes y Suiza, que ya van armados del Mandoble, el cual se vuelve flamígero; y esta espada corta les sirve solo en los combates cuerpo á cuerpo. Así pueden verse en los dibujos de Landsquenetes, de Alberto Durero, de Holbein y del pintor llamado el *Deutsck*. Esta espada corta, dura hasta el reinado de Carlos V Emperador.

En otro artículo estudiaremos la importante evolución que tuvo la espada en el Renacimiento.

Pompeyo Gener

Daga alemana ó flamenca de fines del siglo XV. Colección Osuna.



Vista del consistorio suburense, nuevamente decorado á expensas del ilustre patricio y eminente hombre de ciencia, Dr. Robert

Vista del «Baluarte», con la escalinata recien construída é inaugurada con motivo de las fiestas

Autoridades, hijos de Sitges é individuos de la colonia barcelonesa, reunidos en los jardines del Retiro

PÁGINA DE CARICATURAS, POR SANCHA Y POR VILLAR

HISPANIA
J. García y Ramos

C. VAZQUEZ.—GATITO Y GATITA

CARTA PRIMERA

China para los sajones.— Un poco de geografía.— Organización política del Imperio. — El «Dalai-lama». — La ciudad de Pekin. — El palacio imperial. — Descripción de las calles. — El templo del Cielo y el de Confucio. — Quien fué Confucio. — Tipos chinos. — Chi-lou, el enamorado.

Pekin, Junio 20 de 1898

A Lady Harrisson, en Londres.

Mi cara, mi inolvidable Olga: Cuando en las tardes de primavera, en busca del sol y de oxígeno, te pasees por el parque de Battersea, leyendo á Tennyson, el poeta que tanto amas, no olvides al que, lejos del mundo civilizado, en esta maldita corte del Hijo del Cielo, oyendo el monótono sonido de las campanas de las pagodas, no tiene más consuelo que pensar en ti y recibir tus cartas en que me hablas de tus excursiones á Greenvich y de tus visitas al museo de South-Kensington, donde vas á admirar los célebres cartones de Rafael. En cambio, yo ¿ de qué podré hablarte ?... En el Tsong-li-yamen, (Consejo de Negocios extranjeros), que es el sitio que, por mi cargo, frecuento más, apenas hay nada que tenga interés para una escocesa que se sabe á Mieton de memoria. Lo único de aquí que en cierto modo podría mover tu curiosidad, por lo originales y pintorescas, son las costumbres; pero ¡ han sido tantas veces descritas !...

Á mi hermano Roberto, ese enamorado de la oratoria y que aspira á ser en nuestra Cámara de los Comunes el heredero de la gloria de Pitt, á ese le hablaré de otros asuntos. Decirle puedes que le preparo una epístola — más larga que el *London-dock,* — con datos que han de ser elocuentes para animarle á emprender la campaña sobre la necesidad y la urgencia de proteger con nuestra bandera este viejo imperio que se derrumba, bajo una administración corrompida y un despotismo atrabiliario. Á la raza anglo-sajona, es decir, á nosotros y al Norte-América, que tenemos aquí la mayor suma de intereses, corresponde llevar por la vía del progreso á esta desdichada nación. Los Estados Unidos, con respecto á la China, son una nación oriental. Y en cuanto á nosotros, ya tenemos en Hong-kong un centinela avanzado que domina el uso del gran río de Canton por donde van á parar al mar todos los productos de la parte meridional del Imperio.

Mas ¿ qué estoy escribiendo ?... Temas son estos demasiados áridos para ti, que detestas, y acaso con razón, la política. Que tenga ó no la Gran Bretaña influencia en la China y que, tarde ó temprano, aquí dicte sus leyes nuestra venerable reina Victoria, son cosas que no te preocupan. Si yo no estuviese, por mi desgracia, aunque cumpliendo mis deberes, en este país, no estarías tu ahora renovando, como sin duda lo estás haciendo, los estudios históricos y geográficos que con tanto provecho hiciste, cuando eras niña, en el Real Colegio de Edimbourg.

Por eso, porque conozco tu ilustración, no pretendo darte una lección de geografía. Tú sabes muy bien que la China ocupa una cuarta parte del vasto continente asiático y que confina al Norte y al Oeste con Rusia, al Sur

Trozo de la Gran Muralla

Una calle en Pekin

con la India (es decir, con nosotros, los ingleses) y con Birmania y Annam, y al Este con el Mar Pacífico. Y sabes también que el Celeste Imperio tiene una población generalmente calculada en cuatro cientos millones de habitantes.

La China propiamente dicha es, en parte un país alpestre, y en parte llano, y á causa de la abundancia de agua, de la benegnidad del clima, de la variedad de las regiones, uno de los países más favorecidos por la naturaleza. La porción montañosa está al Occidente, tiene su más alto punto en Tsin Ling y se reune al S. con la región alpestre de Yunan. Al O. esta última se enlaza con las derivaciones del Himalaya, y la primera, por medio del Nancham, con el Kuen-lun, cuyas dos sierras se pueden considerar como el confin septentrional de la meseta tibetana. En la extremidad meridional del Nancham empieza la famosa Gran muralla, que ciñe todo el Norte de la China propiamente dicha á modo de baluarte contra las irrupciones de los bárbaros septentrionales, pero que hoy está en gran parte derruída.

El interior es poco conocido. Sólo se sabe que las montañas son numerosas y elevadísimas y que hay muchos lagos y muchos grandes ríos; de estos conocemos los principales, que van á parar al mar, á saber el Pei-ho (río de Pekin); el Hoang-ho, ó río Amarillo; el Kui-cha-kiang, ó río Azul, y el Si-kiang, que pasa por Canton. El Pei-ho, que es el que más conozco, es tortuoso, tranquilo y de muy poca profundidad.

Pero, en cambio, el Hoang-ho es uno de los mayores ríos del mundo. Tiene un curso de 4.500 kilómetros y alcanza en algunos sitios dos kilómetros de anchura. Le sigue en importancia el Ta-kiang, que es el mayor río de Asia y que recorre toda la inmensa distancia que media entre el desierto de Cobi, en la Mongolia, y el mar de la China. En su misma cuenca viven doscientos millones de hombres. Sin el Ta-kiang, no existiría el Celeste Imperio.

La China es una monarquía absoluta y hereditaria desde 1644, en la dinastía de los Mandchou ó Tsing. El emperador elige su sucesor entre los hijos de sus tres primeras esposas. El emperador actual se llama Koaung-Su y es hijo del príncipe Ch'un, que es, á su vez, el séptimo hijo del emperador Tao-konang. Pertenecen además á la casa imperial y están reconocidos, unos seis mil príncipes de diversos grados.

Hay un ministerio de la Casa Imperial, un Consejo de Estado y otro de Negocios Extranjeros. Existen también seis ministerios, que son de Administración Civil, Hacienda, Cultos y Ceremonias, Guerra, Justicia y Trabajos Públicos. Pero estos centros son puramente decorativos, de lujo, porque en este país, según espero demostrártelo, no hay administración civil, ni hacienda, ni trabajos públicos, ni justicia, ni ejército; lo que hay — eso si — son cultos y ceremonias, y sobre todo, estas últimas: porque el chino es el animal ceremonioso por excelencia.

La China propiamente dicha se divide en 18 provincias, que forman ocho gobiernos generales y tres provincias generales, á cuyo frente hay ocho gobernadores generales ó virreyes, doce gobernadores dependientes y tres provinciales independientes. Después de estos dignatarios, los directores de impuestos provinciales y los jueces superiores provinciales, son las más altas autoridades. La administración militar de cada provincia está dirigida por un general chino; en algunas provincias lo está por un tártaro de un grado más elevado que el chino, pero investido de menor autoridad, puesto que sólo manda de 2.000 á 3.000 hombres manchúes. Los lusitanos, que, de las gentes de nuestra Europa, fueron los primeros que aquí llegaron, dieron á todos estos funcionarios el expresivo mote de mandarines, con que se les designa generalmente.

Fuera de la china propiamente dicha, dependen también del Hijo del Cielo la Mandchouria y el Tibet. La Mandchouria — dividida en Central y del Norte — de la cual, por cierto, van apoderándose poco á poco sus vecinos, los rusos, está gobernada por dos generales manchúes. El Tibet es casi autónomo, y en Lhassa, su capital, reside el *dalaï lama*, especie de papa que ejerce el poder espiritual sobre más de cuatrocientos millones de hombres y que sostiene con el emperador de la China unas relaciones muy parecidas á las de León XIII con el rey de Italia.

Pekin — la cabeza del culebrón de la China — está á 27 metros sobre el nivel del mar, en una fértil y bien cultivada llanura, junto á un brazo del Pei-ho, que la divide en la «ciudad china» al S. y en la «ciudad tártara» al N., ambas rodeadas de muros de 9 metros de altura y separadas una de otra por tres puertas que se cierran de noche.

En el centro de la ciudad tártara está el Palacio del emperador — ciudad imperial — compuesto de muchos edificios, rodeados de un muro de 9 metros de espesor y contenidos en un espacio de 910 m. de largo y 720 de an-

chura. Componen la residencia imperial gran número de pabellones lujosamente decorados y rodeados de jardines y escaleras de mármol, hallándose el vestíbulo adornado con animales de bronce de formas extrañas, y vasos de gran valor. El trono imperial se encuentra en un pabellón pequeño, el cual tiene cubiertos los muros de inscripciones en letras doradas. Las techumbres del palacio imperial están pintadas de amarillo; las de los edificios de los mandarines y de las oficinas del gobierno comprendidas en el barrio imperial, de verde claro, y las de los templos, de azul obscuro. Los anchos espacios vacíos están empedrados de ladrillos, barnizados de varios colores.

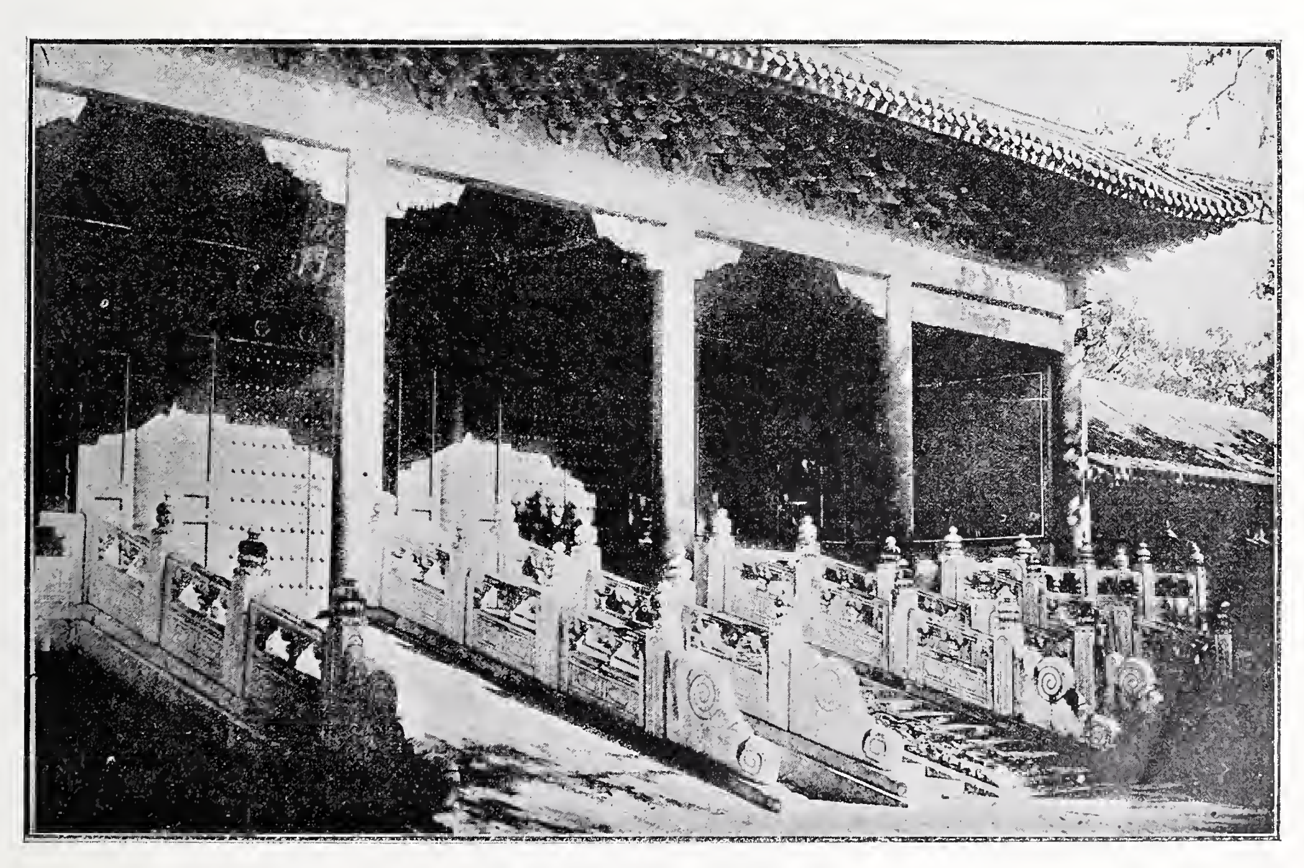
La «ciudad china» es la Pekin de la clase media, con su población activa, compuesta de chinos, mandchúes, mogoles, coreanos, japoneses, tibetanos, &., con sus fondas y tiendas, en cuyo tejado hay plantado un bosque de palos con banderolas á guisa de muestras. Junto á los muros de la ciudad china está la residencia de los embajadores de las potencias europeas (ya sabes donde tienes tu casa) y también las de la colonia rusa, así como las pocas iglesias cristianas y los establecimientos y hospitales europeos.

Las calles, anchas, están cortadas en ángulo recto, pero llenas de polvo y de basura; las casas son bajas, y las de los particulares, de pobre apariencia, al paso que las de las clases superiores están separadas de la calle por altas paredes de cerco y tienen grandes patios interiores. En toda la ciudad hay plantados árboles frondosos.

Tengo el gusto de enviarte, para *ilustrar el texto*, la fotografía de una de estas calles, que es á veces un verdadero kaleidoscopo de tipos. Muchos carros de transporte lo cruzan de un lado á otro. Los tenduchos se cuentan por centenares, y casi hay uno en cada casa; además, los vendedores ambulantes de inmensas variedades de artículos, llenan la calle pregonando de manera muy original los objetos que venden; unos llevan pequeños instrumentos musicales, desconocidos en Europa; otros imitan cantos de pájaros, y así por el estilo. Aquí un madroñero, que lleva ensartadas en rejas de caña, largas hileras de madroños; allá un vendedor de pájaros amaestrados; más allá un agorero que revuelve sobre su mesita, en plena calle, sus chirimbolos, y ejerce su industria, muy lucrativa por cierto...

Á veces, con paso magestuoso, atraviesa la calle un sacerdote budhista, un *bonzo*, que se dirige á alguno de los templos que tanto abundan en Pekin. Á más del templo famoso de la Campana — que te describiré en otra epístola — tenemos aquí los templos del Cielo, de la Tierra, del Sol, de la Luna, de la Agricultura, &. El templo del Cielo, rodeado de una muralla de 5 kilómetros de circuito, es un edificio soberbio de 30 m. de elevación, con tres pisos, sobre una plataforma de 9 metros, á la cual se sube por una grada de 27 escalones. Todos los años sacrifica el emperador en este templo doce bueyes, doce carneros &, y abre con el arado un surco en el *campo sagrado*.

Y ya que te hablo de estas cosas, te acompaño una fotografía que representa la entrada al templo de Confucio. ¿ Verdad que es muy original ? Mas no incurras ¡ por Dios! en el error lamentable del famoso Almanaque de Gotha y de las ilustraciones francesas, que acabo de hojear en el Club y que hablan de *la religión* de Confucio, tratándole



Entrada al templo de Confucio

Tipos chinos

como á un Dios, ni más ni menos que á Budha. Y ¡qué estas cosas se escriban !... Confucio, — como su colega Lao-Tzen, que valía más que él — fué sencillamente un filósofo, un moralista, á quien los chinos erigen templos, no de otra suerte que nosotros levantamos estátuas y mausoleos á Nelsson ó á Newton ó á Shakespeare. Tan distante estaba el buen filósofo de querer fundar una religión, que nunca dió importancia alguna á los problemas religiosos, ni jamás se cansó de repetir que es más importante para el hombre cumplir su deberes para con sus padres y para con la sociedad, que entretenerse en adorar espíritus desconocidos. Más religioso fué Lao-Tzen, que, al menos, creía en un ser supremo, creador de todas las cosas.

El chino, que es un ser burlón por excelencia, se atiene á Confucio y se ríe de las religiones de los *bárbaros* y, sobre todo, de las nuestras. Y no deja de tener gracia que estas *caricaturas vivientes* se burlen de alguien... ¡Qué tipos !... Con su cabeza grande y casi cuadrada, la nariz chata, labios gruesos, el color amarillento, la barba escasa y los ojos oblícuos, el chino es la antítesis de la belleza plástica, tal como la entendemos nosotros. Y ¿qué decir de las mujeres? Con el rostro cubierto de capas superpuestas de blanquete y colorete, los labios pintados, las cejas lo mismo y con una raya de carmín entre ambas, suelen lucir, para mayor gala, en las sienes, unos parches de diferentes colores y tamaños en los que fijan cascabeles ó perlas —según la riqueza de la dama — que constituyen un adorno de gran distinción y elegancia. ¿Juzgas posible, después de esto, que un europeo pueda enamorarse de una china?

Lo que si es posible es... *lo contrario;* y en prueba de ello, aquí está Chi-lou, mi intérprete — tengo el honor de presentártelo — el chino más sin ventura de todo Pekin. Sin ventura le llamo, porque está enamorado como un bruto de Miss Ofelia, mi gentil ama de gobierno, á quien ya conoces. Con este motivo, lo que nos reimos del pobre Chi-lou, no es para contado...

Pero sí: te lo contaré; te prometo contártelo; y así, con la narración de esta historia, asaz divertida, daré alguna amenidad á mis cartas. Por el pronto, ésta acaba aquí, no sin ponerse á tus pies, enviandote sus afectos, tu esposo y amigo

John Harrisson

Traducción del inglés por A.

JARRONES ARÁBIGOS DE LOZA VIDRIADA

En la historia de la loza hispano-mahometana, tan interesante por sus labores azules y de reflejo metálico, que le dan tan brillante aspecto, reclaman capítulo aparte los jarrones monumentales. Tres son los que se conservan: uno en la Alhambra de Granada, otro en el Museo Arqueológico Nacional y otro que perteneció al pintor Fortuny, luego formó parte de la colección Basilewski y hoy se halla en el Museo del Louvre. Los tres vienen á ser del mismo tamaño; los tres son de igual forma, cuerpo ovoide prolongado hasta la base, que es pequeña, cuello acampanado de elegante perfil y dos asas que parecen aletas por su figura y por la grande superficie plana que ofrecen por cada frente. Varían estos vasos por su decoración, si bien es en los tres del mismo estilo, el estilo arábigo granadino, y en los tres se mezclan con el adorno los caracteres arábigos de una inscripción. — Cual sea la fábrica (si es que los tres salieron de la misma) á que puedan atribuirse, no es fácil precisarlo, por ser este el punto más oscuro del estudio de este género de cerámica. Por haber sido Málaga el centro más celebrado de tal industria, á sus hornos se atribuyen, con la consiguiente incertidumbre. La fecha puede fijarse por el arte en el siglo XIV. — Cada uno de dichos jarrones tiene caracteres decorativos que le dan fisonomía propia, y tiene su historia y hasta su leyenda.

El jarrón de la Alhambra mide 1'35 metros de altura y 2'45 metros de circunferencia. Forman su cuello dos anillos separados por una moldura y de otra arranca propiamente la boca, que es octógona y lleva un reborde plano con un festón que ofrece graciosos picos en los angulos. La decoración pintada está hecha con esmaltes blanco, azul y melado que imita el oro, combinados con bastante arte. Casi imposible é inutil es describir la ornamentación, de tallos serpeantes y hojarascas, característicos del estilo granadino. En el cuerpo del vaso, sobre una zona dorada con inscripción en caracteres africanos blancos, hay un mediopunto de fondo azul y adorno blanco y dorado, entre el que se distinguen dos antilopes afrontados, el motivo más importante de la decoración de este vaso, y que revela una tradición persa. En marfiles y telas arábigos hay otras figuras de igual origen. Volviendo al vaso, lleva éste muchos adornos, en su mayoría azules, sobre el fondo blanco, y en las asas y en dicho cuerpo se repiten las inscripciones, que dicen «*Felicidad y Fortuna.* — *Prosperidad perpétua*». — Este jarrón tuvo su compañero, que fué destruído, vendido ó sustraído á principios de este siglo. Alguien habla de tres vasos, pero solo existe el descrito. La tradición dice que estos jarrones contuvieron el tesoro de los reyes naseritas y que por eso estaban en un aposento llamado «sala de las ninfas,» existente en la Alhambra, bajo la sala de Comarés. No menos absurdo es el suponer que vasos tan poco manejables y vidriados pudieron servir para refrescar el agua. Más creíble es que tan importantes lozas solo fueron objetos de arte y que en todo caso servirían de presente al emir, para que adornase su palacio.

El jarrón del Museo de Madrid (véase el grabado), mide 1'35 metros de altura y 0'65 de diámetro máximo. Su cuello se compone también de dos cuerpos separados por moldura, y la boca, octogonal, lleva unas mensulillas pareadas que sostienen el ancho reborde que remata en un gracioso festón. Á una de las asas le falta su mitad superior. La otra se une á la boca del vaso por medio de una especie de grumo ó piña. La decoración esmaltada que

le cubre es puramente ornamental: no hay figuras. El cuerpo está dividido en fajas verticales, la de enmedio de fondo blanco perlino y adorno azul, las demás de fondo melado, que imita oro, y adorno blanco; estas fajas están separadas por listas azules. La labor de las asas es azul y melado sobre fondo blanco. Todo el adorno indicado es de hojarasca del estilo granadino. Se repite en las facetas de la boca en blanco sobre fondo melado. En el cuello una faja es de cacería, melado sobre blanco, y en la otra, sobre fondo melado, se ve en caracteres blancos africanos una inscripción que tradujo el eminente orientalista D. Eduardo Saavedra, en estos términos:

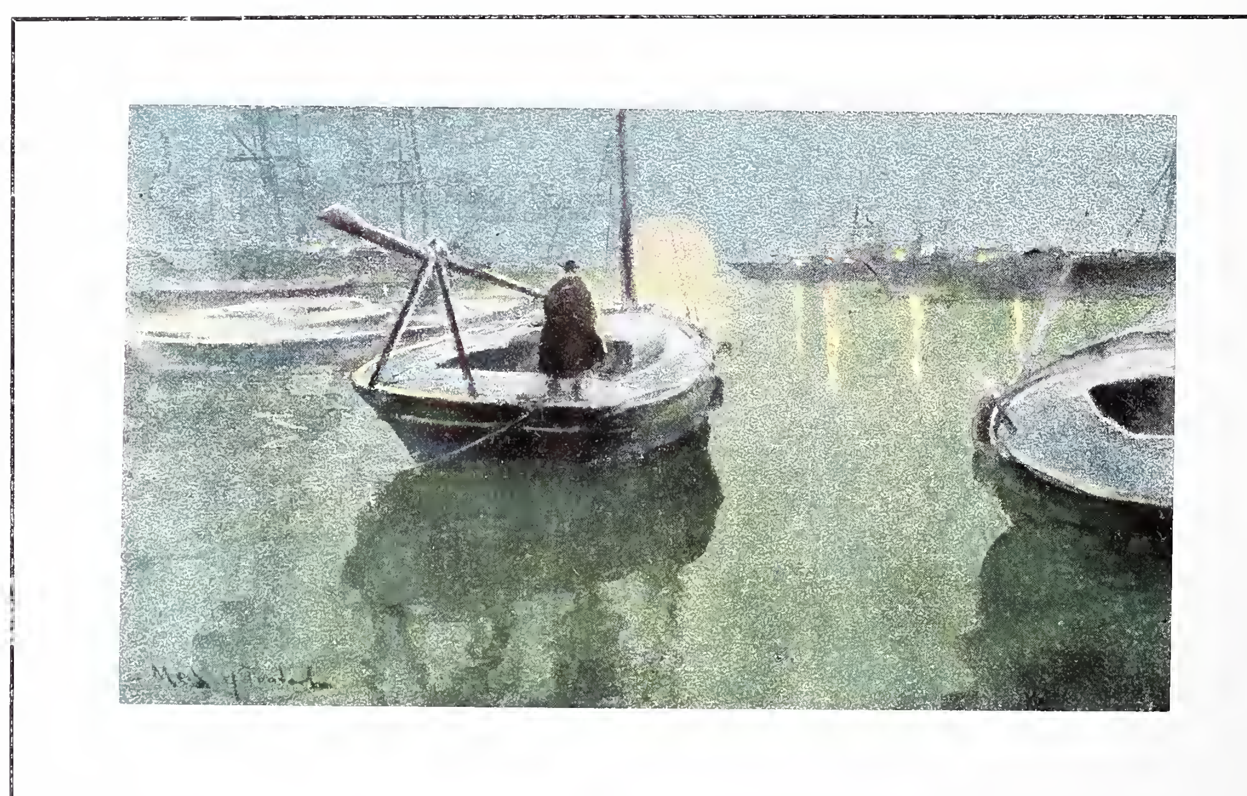
«*Toda fuente al brotar parece la más perfecta corriente y acrece la benignidad abundante y la excelencia de los dichos y afirma el recuerdo de la felicidad y de la pobreza que desvaneció mañana y tarde la fortuna del tiempo.*»

La historia de este jarrón es bien curiosa. En ella figura un famoso *anticuario* ó mercader de antigüedades llamado Amat. Años hacía que un hombre del campo encontró casualmente, entre la tierra, tan hermosa pieza, y se la dió al cura de Hornos, pueblo de la sierra de Segura, en la provincia de Jaén, el cual cura lo dedicó á servir de pie á la pila de agua bendita. En cuanto Amat lo vió, hizo al cura proposiciones para adquirirlo. El cura se negó á dárselo. Amat se fué, pero volvió al poco tiempo con nuevas proposiciones y consiguió por fin que el cura prometiera dárselo si costeaba el blanqueo de la iglesia y ponía un pie nuevo y apropiado á la pila del agua bendita. Corrió Amat á Granada, mandó hacer á un marmolista el pie deseado, lo llevó, dió *treinta duros* para aquella obra, cargó el jarrón sobre una caballería y echó á andar. No había salido del pueblo, cuando le alcanzaron algunos vecinos belicosos, con resolución de impedir que sacara el jarrón. Amat entonces pidió auxilio al alcalde, quien amparó los derechos del comprador y le hizo acompañar de dos hombres un buen trecho, para que los vecinos del pueblo no impidieran su partida con aquel objeto al cual tenían estimación. Luego Amat vendió la joya al Gobierno en 30.000 reales. Hoy sería barata en 30.000 duros.

El tercer jarrón procede del pueblo del Salar (cerca de Granada) y en uno de sus viajes por Andalucía lo compró el inolvidable artista Fortuny y lo dibujó en una carta. El cuello y la boca son como en el de la Alhambra y la decoración está dispuesta en el cuerpo del vaso en cuatro zonas, de las dos de enmedio una con círculos tanjentes y otra con inscripción, cuyo texto no poseemos.

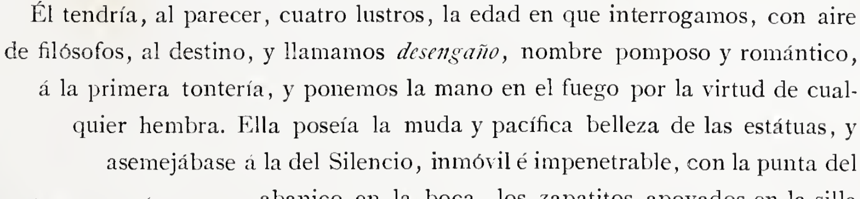
El Museo provincial de Granada posee un cuerpo de jarrón de igual forma, que mide 80 centímetros de altura, con estrías y en los intermedios labor de esmaltes azul y melado.

José Ramón Mélida



A. MAS Y FONDEVILA.—NOCTURNO

Sentíame tentado á gritarles furiosamente: — ¡ Eh ! ¡Lenguas largas !... ¡ Basta ya de cháchara insubstancial y hueca ! ¿ Pensasteis, por ventura, que este paseo háse abierto al público para convertirse expresamente en nido de parleras tórtolas ó en escondrijo de amores vergonzantes ?... ¿ Disteis de barato que esos respetables bolsistas, esos sesudos concejales, esos políticos hambrones se pasean por este sitio para tener, como espectáculo invariable, vuestro nocturno idilio ? ¡ Tregua, por Dios, á esa erótica y mal rebozada elocuencia, que envidiaría cualquier diputado monosilábico, ó ya que habláis por los codos, sin compasión del ensimismado transeunte, enteradnos, al menos, del secreto !... y ¡ pedid la palabra !



Él tendría, al parecer, cuatro lustros, la edad en que interrogamos, con aire de filósofos, al destino, y llamamos *desengaño*, nombre pomposo y romántico, á la primera tontería, y ponemos la mano en el fuego por la virtud de cualquier hembra. Ella poseía la muda y pacífica belleza de las estátuas, y asemejábase á la del Silencio, inmóvil é impenetrable, con la punta del abanico en la boca, los zapatitos apoyados en la silla delantera y los ojos zarcos serenos y fijos en el orador que derrochaba á su lado tesoros de elocuencia erótica. Á veces inclinaba la cabecita, como un lirio fatigado por la lluvia. Á veces movía imperceptiblemente los labios, acaso más para humedecerlos con la lengua que para dejar salir con estudiado énfasis, una sola palabra, un monosílabo. Y después continuaba escuchando, escuchando siempre, sin revelar en su fisonomía de yeso interés ni curiosidad.

Una tercera persona, la suegra futura, dormía ó lo simulaba acaso, á fuer de escucha hábil, recatando pudorosamente la faz bajo un enorme pericón. Ha observado un filósofo trasnochador que las suegras futuras hablan poco... Meditan como Bruto, y se reservan todos los turnos en contra. En medio de su aparente dormitar, y, esto no embargante, la astuta mamá de la niña parecía sonreir á socapa... ¡Oh parejas enamoradas, desconfiad de la suegra que duerme !...

Junto al farol tercero de la izquierda, en la semi-obscuridad de aquel sitio, les encontraba yo todas las noches, sin que brillasen por su ausencia una sola, locuaz él, silenciosa ella, durmiente la otra, olvidados los tres del universo y viviendo *casi en un cielo*, como el amante de la Traviatta. Trinidad misteriosa aquella, compuesta de la madre, la hija y el Espíritu Santo, ó sea el *Verbo*, disfrazado de tribuno del amor.

Á su lado discurrían, tragando polvo, los paseantes; enredaban los niños, jugando á la comba; deteníanse inoportunamente, con su bata de percal *planchá* y su capacho al hombro, las floristas vaporosas y hábiles al ofrecer, y la aguadora recelosa que, enhebrándose por medio de la gente, huía del guardia municipal, sin que al orador se le ocurriese comprar un ramo de claveles para adornar con él, á guisa de romano, á su víctima, ni menos antojásele beber agua fresquita para calmar la sed que debía, sin duda, de causarle su abrasadora elocuencia. Orador de secano, por él, ya podían retirarse de su industria las fugitivas *náyades*, á no estar allí la suegra, la protectora suegra, que interrumpía los simulados ronquidos para gulusmear y pedir dos ó tres veces cada noche *agua con azucarillo y aguardiente*. «Esto es bueno para el flato» decía moviendo el agua con la cucharilla; y luego añadía al paño: «Ya que hago este *papelón*, al menos... ¡ qué caiga algo ! »

Hubo de preocuparme tanto en aquel tiempo el íntimo coloquio de los dos amantes, que solo me dirigía un día y otro esta interrogación: ¿ Qué hablarán ?... ¿ Qué árduo problema matemático ó filosófico tratarán de resolver con sus contínuas especulaciones ? ¿ Qué principios científicos estarán ahí discutiendo con tanto entusiasmo y afán tan ardoroso ?... La dirección de los globos, la cuadratura del círculo, la piedra filosofal, el cosmético para convertir en cabelleras las calvas, los arcanos de la ciencia, los secretos del arte no podrían, no, continuar ocultándose pertinaces ante la acometida de tan desbocada elocuencia. El arcano mismo, á pesar de su reputación de impenetrable y discreto, se hubiese rendido, aburrido y mal enojado, gritándoles: ¡ Ea ! ¡ Me descubro ! ¡ No empaparme más de saliva !...

Una noche, un niño haraposo, precoz artista de la limosna, de esos, que merced á la tolerancia municipal, suelen ejercer su industria en los paseos públicos, se detuvo junto á la trinidad vergonzante. El astroso angel mendicante, angel naturalista por cierto, conociendo acaso que el amor es todo caridad, extendió su manecita y dijo:

— ¡ Por la Señorita... que es muy guapa !

Largo trecho estuvo allí el importuno, repitiendo su lastimera salmodia, y partióse, á la postre, con la música á otra parte, sin haber obtenido siquiera de aquel amor que invocaba los cinco céntimos que son en la feria de la vida el precio fijo de la misericordia.

Tuve un rayo de luz, como diría, aunque sin tenerlo, cualquier novelista. Al acercarse á mí el mendigo le interrogué con ansiedad.

— Nada, señorito, — me contestó, imitando inconsientemente á Hamlet: — ¡ palabras, palabras !... y ningun centimito, — añadió luego.

Volví á preguntarle con vivo interés.

— Nada, señorito. No dicen nada en plata... ni en calderilla. ¡ Qué risa ! Están hablando de besos. Y él le dice á ella: — Ya te he dado veinte razones para convencerte: paso ahora á la razón veinte y una. ¡ Qué risa ! Yo le paro el caballo, y le digo: un centimito, por la salud de la señorita, que es muy guapa. Y él sigue hablando de besos, y me dice: — Granuja, yo también pido limosna... y no me la dan. — ¡ Pues me alegro — le digo yo, y ya se quedará usted mudo !... ¡ Qué risa !

La última noche en que les ví, por las calendas á que me refiero, sonaban las doce en un reloj público. Restituíanse ya á sus lares, no terminada aun, por lo visto, la eterna disputa, pues el orador caminaba gesticulando, imperturbable la *oidora*, y atrás, á retaguardia, renqueando y abriéndose á bostezos, la representante del principio de la autoridad. De pronto cayeron gruesas gotas de lluvia poniendo en precipitada fuga á las gentes. Las tres personas distintas y el solo orador verdadero se asilaron entonces, á despecho de éste, en el tranvía que acertó á

pasar; y un minuto después, él, Demóstenes, en pie sobre la plataforma delantera, arrinconado, mohino, hecho una sopa, pero jamás callado, desbuchó contra el progreso del siglo una maldición que fué acompañada, allá en las alturas, por el estampido del trueno; y dijo: — Tranvía, ferrocarril, vapor, inventos de suegras, que suprimís las distancias, que cortáis la elocuencia del amor en la boca... ¡ seáis malditos una y mil veces, y por los siglos de los siglos !...

* * *

Pasó el tiempo... Yo también, yo también aprendí al cabo la vieja canción... También tuve mi idilio. También hube de ir con *ella* y con la mamá á los sitios públicos. La primera noche en que bajamos, con buen compás de pies, al *mentidero* del amor, tomando asiento, por acaso, cabe el farol tercero de la izquierda, farol digno de loa y de premio por su paciencia al escuchar, sin apagarse, tantas boberías ¡ cuánto hablamos y hablamos, y con cuánta verbosidad nos dijimos !... ¿ Qué nos dijimos ?

Lo que si recuerdo, como si lo hubiese oido ayer mismo, es lo que dijo *el otro*. ¡ Quién había de ser *el otro*, sino el orador de marras ! Allí estaba como en sus pasadas noches, sentado en su tribuna de verano, mas silencioso el labio, desabrido el gesto, leyendo ensimismado y, sin alzar los ojos del papel *El Noticiero* que acababa de salir. Á su lado sentábase la antigua novia, la ninfa Egería de los anteriores estíos, convertida ya en la esposa Penélope, que bordaba, cabeceando de sueño, la tela inacabable del fastidio conyugal. El murciélago que lleva escrita en sus alas la palabra *Silencio* azotaba el aire con sus membranas polvorientas, revoloteando entre el farol y ellos.

Y mientras en su lectura se engolfaba el ex-tribuno, y *ella*, á su lado, dormía y hasta (¡ Oh prosa !) roncaba con estrépito, y la procesional marea de paseantes iba y venía, entre la polvorienta sombra, de un extremo á otro del paseo, yo hablaba, y hablaba sin cesar con *la mía*, con aquella hermosa hembra, poseedora de las mejores orejas de la ciudad; y debimos, sin duda, hablar mucho, y hablar gordo, é importunar con la gárrula disputa á nuestro vecino, el buen lector de *El Noticiero*, porque éste se volvió á deshora y en actitud hostil, exclamando con reprimido enojo:

— ¡ Valiente par de charlatanes !... ¿ De qué hablarán tanto ?...

Antonio Cortón

Ilustraciones de A. Mas y Fondevila

LUZ Y FLORES

Prefiero al mundo entero
mi humilde y limpia casa,
rodeada de jardines
y al pie de la montaña,
do á mi labor me entrego,
mi mujer cose y canta,
mi perro juguetea
y los jilgueros charlan.
¡Casita de mis sueños
modesta y retirada,
que el claro sol te besa,
que la luna te baña,
como te adora el pecho,
como te busca el alma!
En ella la existencia
feliz y sosegada,
veo pasar alegre,
sin duelos ni mudanzas,
consultando mis libros,
amigos que me hablan
de todo lo sublime,
de cuanto más me halaga.
Y adornan sus paredes
la arábica guitarra,
la airosa pandereta,
palillos y dulzainas,
los dulces instrumentos
de voluptuosa raza,
que nos legó su genio,
sus trovas y sus danzas.
Al pie de mis balcones
los ruiseñores cantan,
y admiro embelesado
precioso panorama,
que dora con mil tintas
el claro sol de España.
Á un lado, Barcelona
y el mar bañado en plata,
bajo un cielo sin nubes
y alegres alboradas.
Al lado opuesto, el monte
con su manto de grama:
centenares de torres
como la nieve blancas:
pintorescas ermitas
con bellas sacristanas,
que entienden de oraciones,
amoríos y danzas:

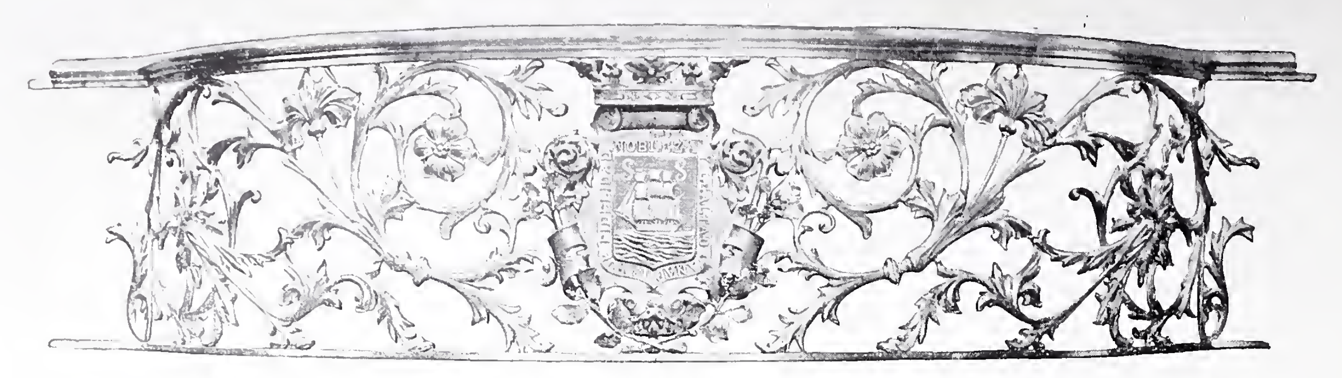
San Genís, rodeado
de musgo y de espadaña,
que á la voz del torrente
se juntan sus campanas;
Hebrón y Vallvidrera
que mil leyendas guardan
de pajes y princesas,
monteros y aldeanas;
frescas y puras fuentes
que entre verduras manan,
que el Tibidabo riegan,
que al Tibidabo encantan;
ruínas misteriosas
entre apacibles granjas
que príncipes y reyes
un día visitaban;
precioso cementerio
que sirve de atalaya,
do las *willis* se juntan,
y con los muertos hablan;
la torre de Pedralbes
que altiva se levanta,
Sarriá, que entre flores
y bosques de retama
teje preciosas blondas
y á su placer descansa;
y el apacible barrio
que hermosa virgen guarda,
con frondosos jardines,
con rejas recatadas,
do encatadoras niñas
cosen, leen y cantan.
¡Qué bello es cuanto admiro
sumido en dulce calma!
¡Qué alegre y apacible
es mi modesta casa,
donde las aves trinan,
los amores se llaman,
las palomas se arrullan,
se adormecen las auras,
teniendo por vecinas
arrobadoras hadas,
que ostentan cintas, rosas,
rica y crujiente falda,
y siendo mis porteras
Amor, Fe y Esperanza!

F. GRAS Y ELÍAS

LAS FIESTAS DE LA BONANOVA

El clero, con acompañamiento de los gigantes, saliendo de la iglesia para ir en busca del Sr. Obispo

á la iglesia, acompañando al Dr. Morgades, mientras los *Xiquets de Valls* hacen sus castillos



Fundición de Masriera y Campins

CRÓNICA DE LA EXPOSICION DE PARÍS

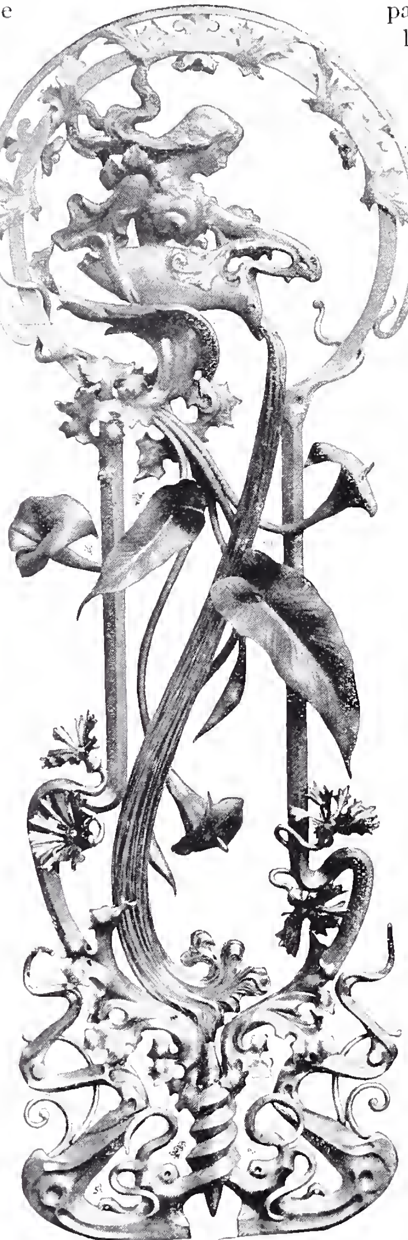
SECCIONES DE ESPAÑA

Es muy difícil sustraerse á la acción de una corriente, pero lo es más aún nadar sobre ella. Está todo el mundo tan acostumbrado á la alabanza incondicional, ó á la información interesada, que nadie sabe donde acaba la verdad y empieza la adulación.

Sería muy cómodo para mi seguir el mismo procedimiento, pero como no se aviene mi temperamento al sacrificio de la propia opinión, salvada la forma, que es signo de cultura, prefiero decir la verdad á mi país, harto acostumbrado á que la desfiguren y conviertan en caricatura, los que, llamándose representantes de la opinión, deberían tratarla con mayor austeridad é intención más sana.

No es ocioso cuanto acabo de decir, si tiene en cuenta el lector que voy á tratar de una de las secciones más vistosas de España, de la que tenemos en los Invalidos, formando en el Grupo XII y XV de la clasificación general de esta Exposición, que necesitaría años de estudio, si un solo hombre, por inteligente que fuera, hubiera de examinarla y traducirla en crítica ordenada, profunda y de exacta aplicación á cada uno de los ramos del saber humano.

Llámase este grupo, de Mobiliario, Decoración é Industrias diversas, que en síntesis alberga cuanto seduce á los sentidos, y entra por los ojos, embriagando al visitante con cuanto ha ideado el arte cosmopolita para incitar al que, contando con medios de fortuna suficientes, puede adornar su casa apelando á los fastuosos procedimientos de las artes suntuarias modernas, que si copian el pasado tienen recursos inagotables, y si acuden á lo moderno, á lo que vive y palpita aún, alimentándose de la savia de las generaciones que enaltecieron sus obras con la pluma, el lápiz, el buril y el cincel, suma de ingenio que se llama Arte, pueden transformar con éxito las piedras preciosas, las maderas finas y los metales dúctiles y maleables, en obras de arte dignas de figurar en esta Exposición que aun con sus defectos, revela un esfuerzo y una potencia creadora dignos de eterna fama.



Fundición de Masriera y Campins

Y es que en conjunto y en detalle, se ve en todas partes el esfuerzo hecho por estos hombres para avanzar, para crear cosas nuevas, para ensanchar los horizontes de las ciencias y las artes, como si creyeran en un progreso infinito ó tan indefinido aun, ante el desarrollamiento del trabajo en el mundo, que el ansia de progresar resulta tendencia racional, ansia fatal, lógica devoradora.

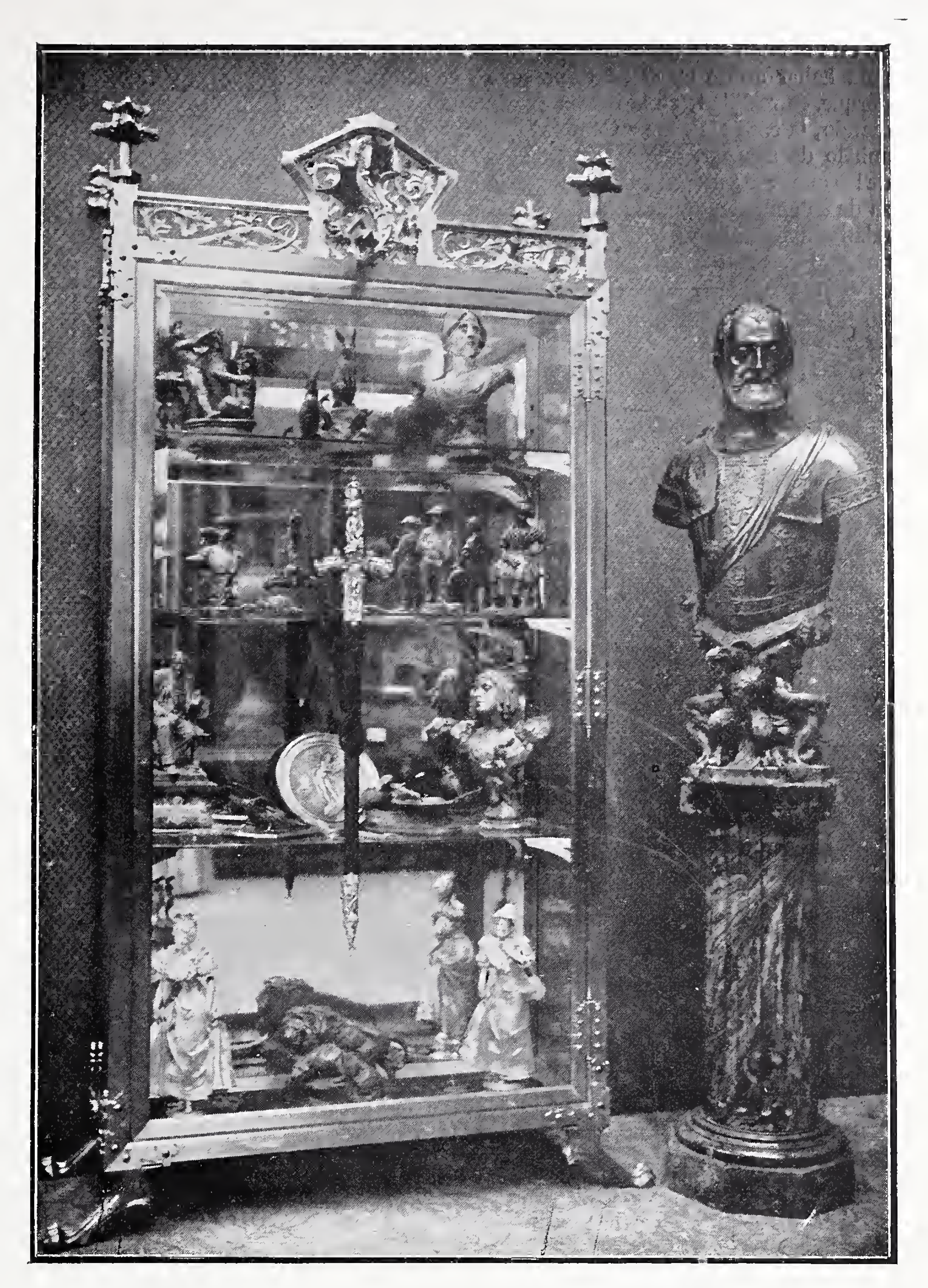
Porque nadie duda de cosa alguna como no sea de lo perecedero, de todo lo que vive, pero como germen de nuevas existencias, nuevo progreso y nuevo é inmenso desenvolvimiento de todo lo creado en el espacio.

Y esto, que es, como el espíritu revelador de estas gentes y estas razas, no sé si por ley fatal del destino, si por castigo de nuestras culpas, ó errores de procedimiento, los españoles, aun en aquello en que somos originales y originales con fortuna, como si estuviéramos ya sobrado satisfechos con el esfuerzo inicial realizado, nos paramos ante el éxito relativo, contentos si copiamos bien, modestos siempre ante el éxito alcanzado, y la ambición satisfecha, como si estuviéramos convencidos de

nuestra inferioridad de raza, de entendimiento y de voluntad.

Entre conmigo el lector en la sección española de Inválidos, y si no le ciega el brillo de los damasquinados del oro, la plata, y las piedras más ó menos finas que ostentan nuestros afamados damasquinadores, si no le seducen los cambiantes de colores y lo que se llama vulgarmente lo bonito, lo aparatoso y lo bien colocado, seguro estoy que sin querer, sin afán de criticar, en el sentido vulgar de la frase, hará la consideración de que todo lo que ve allí, lo vió ya hace treinta años, y que la industria de damasquinados, repujados y cincelados, no ha dado en España un solo paso, desde que Zuloaga, con ingenio reconocido y paciencia de santo, revelóse al mundo con una industria suntuaria nueva y un procedimiento digno de alabanza y de grande estimación.

Los demás han copiado fielmente lo que enseñoles Zuloaga, afinaron el molde, no le aventajaron en el dibujo ni en la perfección, y atentos á reproducir, contentos con lo que saben hacer, mientras el mundo artístico se desvive para avanzar, descubrir y afinar, dando tumbos y caídas ciertamente, pero levantándose erguido para buscar nuevas orientaciones, nuestros damasquinadores están parados contemplando su obra, como si imitaran al Ser Supremo que al séptimo día descansó, porque habían salido de sus manos las obras perfectas de la Creación Universal.



Una vitrina de la instalación Masriera y Campins

Salta á la vista el adelanto inmenso que ha hecho el modernismo en poco tiempo.

Yo, que he sido un hombre encariñado con los viejos moldes y que en la pintura modernista no he sabido hallar jamás lo que en mi concepto deben hacer las Bellas Artes, que es realizar la belleza, confieso franca y lealmente que en el decorado de muebles, en cerámica, en orfebrería, en herrajes de todas clases, el adelanto es tan manifiesto, la tendencia tan hermosa, la combinación de colores tan suave y elegante, que sería necesario cerrar los ojos á la luz y negar la evidencia á la razón, para sostener que el modernismo en el decorado no ha pasado ya del esbozo á la realidad, del cuadro y de la tendencia borrosa al criterio justo que afirma una orientación clara y perfectamente definida.

Si nuestros damasquinadores imitaran tan noble ejemplo, es posible que se hubieran salido ya del molde en arco árabe, de las imitaciones del Renacimiento, repetidas hasta el cansancio, y de lo minucioso y paciente que, si revela estudio, no descubre el tono genial que ha de remozar lo que ya es viejo á pesar de sus pocos años, que todo envejece pronto hoy, sobre todo por el ansia de vivir corriendo la vertiginosa carrera emprendida casi á ciegas y al través del espacio por las sociedades modernas.

Zuloaga, Beristain, La Felipa, Vilaplana, Alejo Sánches, Eguenzor, los Triondos, todas las buenas firmas están aquí, dando brillo á la sección de España, todas con ansia de mostrar á las gentes lo que vale esta industria genuinamente española, y el desarrollo que ha alcanzado y la estimación que ha conseguido con su labor fina, de líneas hermosas y paciente ejecución.

Y si alguien opina que hay un poco de pesimismo

en esta opinión mía, cuide de seguir leyendo este artículo, para hallar armas en él en favor suyo y en contra mía, porque, en realidad, en la misma sección que estoy estudiando, la casa Masriera y Campins responde mejor á mi anhelo de avanzar, que á mis temores fatalistas acerca de los que se mantienen en contemplación, rayana á pereza de entendimiento, ante la obra que avalora el éxito relativo alcanzado, y que no saben sostener la idea de constante porfía en el progreso, que es la fórmula de las razas pensadoras de las sociedades modernas.

La casa Masriera y Campins ha importado á España una industria nueva, y en poco tiempo, revelandose seriamente progresiva, acapara las mejores obras de nuestros escultores, las funde á cera perdida, reproduce en bronce las obras antiguas más conocidas, vacía directamente del natural, forja el hierro, decora muebles con aplicaciones de metal, proyecta muebles decorativos, y acaparando con verdadero empuje y cariño lo mejor que ha fundido, forjado, decorado y construído, se presenta en París á luchar con los fundidores de todos los países.

Ocupa lugar preferente en el Grand Palais, en donde brillan las estrellas de primera magnitud, como proyectistas y escultores, envia estatuas al Campo de Marte y al Palacio de México y, afirmando con valentía su personalidad artística en todas partes, arranca de cuajo un Premio de Honor que podría llevar como adorno decorativo en la orla del diploma, las firmas de nuestros mejores escultores: de Benlliure, Blay, Llimona, Reynés, A. Vallmitjana, Montserrat, Vallmitjana-Abarca, Arnau, Atché, Tasso, Alcoverro, Pagés, Oms, Campeny, Yerro, Martí y Ortiz.

Y la casa Masriera y Campins, que cuenta apenas ocho años de existencia, queriendo afirmar cada día más su personalidad artística, reune en torno suyo afamados escultores y dibujantes, estudia con cariño los adelantos del modernismo, impresos en la puerta vidriera representativa del Ocaso y la Aurora simbolizados por medio de cabecitas de niños, plantas y flores, proyectada por Víctor Masriera; acapara los monumentos construídos y en construcción en España, y cuando tantas industrias necesitan, en nuestro país, el auxilio de altos aranceles, la de fundición á cera perdida, ensancha sus talleres, afina sus procedimientos, estudia sus progresos en el mundo del arte, y puesta al corriente de los adelantos del modernismo, busca en los nuevos moldes nuevas ficciones para que la vida parezca palpitar, á pesar de la dificultad del procedimiento, en los bronces y los hierros fundidos por ella é inmortalizados por los escultores más afamados de la tierra.

AURORA y OCASO, reja proyectada por Victor Masriera

No faltan tampoco en Invalidos expositores que se esfuerzan en progresar y demostrar que en España la ebanistería y el tallado, la talabartería, la metalistería, las imitaciones de obras artísticas, la fabricación de peines y juguetes, merecen la atención y el estudio de personas inteligentes, que muestran tener un espiritu progresivo digno de alabanza; así lo atestiguan Lleó de Valencia, Ruiz Valiente de Barcelona, Linariaga de Madrid, Eliave de Bilbao, Lowe de Madrid, Brosa, Oliva y Costa y Pancer, Espinós Salvi y Dun, Roca Farriols y otros que escapan á mi memoria y no á mi buena voluntad.

Otros hay aun, que habrían hecho muy bien en quedarse en casa; en ello habríamos ganado todos: España y los españoles.

Rafael Puig y Valls

PARIS Y LA EXPOSICION

IMPRESIONES Á VUELA PLUMA

Ayer, mientras me paseaba por la sección del Cambodge, una de las que más me interesan, me encontré con un español, lo cual no tiene nada de particular, dado el número crecidísimo de compatriotas que han venido á visitar la gran feria parisien-internacional.

Y á propósito de eso y antes de entrar en materia, permítaseme una ligera digresión. Desde que Monsieur Loubet dió por inaugurada la Exposición, entre los visitantes extranjeros que han venido á admirar las maravillas aquí acumuladas, figuran los españoles en cantidad considerable. Y no se puede dar un paseo por los bulevares ni penetrar en un café, sin escuchar la sonora parla de Cervantes, el enérgico idioma de Bernat Metje ó la dulce lengua de Lagartijo. De lo cual infiero que si la España es pobre, el español es rico: conclusión paradógica á primera vista, pero de una exactitud indiscutible. Porque, desengañarse, señores... el extranjero pobre no viene á París á visitar el Gran Certamen: sin dinero y dinero de sobra, no se emprenden esas excursiones; *ergo*, si los españoles acuden á las orillas del Sena, es porque son ricos, más ricos que los demás visitantes exóticos, puesto que á los desembolsos que todo viajero inglés, alemán ó ruso tiene que hacer, viene un hijo de nuestra tierra obligado á añadir, en virtud de las inexorables leyes del cambio, un 30 por 100 más. Lo cual no es moco de pavo. Y es la justificación más completa que pudiera desear el genio resplandeciente cuanto calumniado del insigne hacendista D. Raimundo Fernández Villaverde. ¿ No es, en efecto, de una lógica abrumadora, que se haya impuesto fuertes tributos á un pueblo que tiene de sobra dinero, puesto que lo gasta alegremente allende las fronteras ?

Hecha esta digresión, volvamos al español á quien encontré en los departamentos del Cambodge. Es un hombre de bien, patriota sincero, espíritu ilustrado y fisionomía plácida... ordinariamente. Pero en aquel momento la tenía alterada. Y temiendo yo que no se hubiese dejado envenenar en uno de los restaurants del Campo de Marte, preguntele solícito qué causa anublaba su rostro.

— ¡ Hombre ! — me dijo con acento de hondísima amargura — vengo de hacer una nueva visita á nuestra sección hispana... y acabo de convencerme del mal papel que representamos en París.

— Ciento cuarenta y siete... — repuse flemáticamente.

— ¡ Como, ciento cuarenta y siete !... — exclamó mi paisano, mirándome asombrado — ¿ Qué quiere usted decir ?

— Que es usted el ciento y cuarenta y séptimo español de quien he oído la misma observación, desde que se inauguró esa grandiosa manifestación del trabajo y de la paz universales. Así pues, mi queridísimo compatriota, aconséjole amistosamente que no vuelva V. á hacer uso de ese cliché. Que hacemos un mal papel, ya lo sabe

todo el mundo: lo extraordinario sería que no fuese así.

— Pero, hombre... — intentó protestar el apreciable sugeto.

— Déjese V. de peros... no los admito... — repliqué severamente — Y no me venga con extrañezas ni lamentaciones que me darían una pobre idea del juicio, ilustración y experiencia que V. atesora. Las cosas son lo que deben ser. Y España representa el papel que debe representar. ¿ V. sabe el latín ?

— No se si lo se, mas se que lo supe... — contestó con nobleza mi co-peninsular.

— Entonces recordará V. aquel antiguo aforismo que dice : *Natura non facit saltum...*

— Ya lo creo...

— Pues en lugar de *Natura* ponga V. *Hispania;* no la *Hispania* de que tenemos el honor de ser, V. lector, yo colaborador, sino la *Hispania* de Sagasta, de Silvela, de Primo de Rivera y de Minuto; no la *Hispania* editorial que crece y se multiplica y paga religiosamente á sus artistas y escritores, sino la *Hispania* que pierde sus colonias y pierde el tino y la vergüenza y el crédito y no paga á los maestros de escuela y adeuda dinero á sus soldados. Ahora bien: si la naturaleza no da saltos, ¿por qué motivo ha de darlos España ?... ¿por qué representando un mal papel dentro de casa, ha de representarlo lucido fuera ?... ¿ comprende V. que eso sería un salto enorme, inverosímil, imposible, anti-lógico, anti-natural ?...

El semblante de mi interlocutor se iba serenando á medida que en su aparato auditivo se deslizaba el chorro de mi persuasiva elocuencia.

— Crea V. — me dijo — que me ha quitado de encima un peso aplastante: realmente, las cosas que pasan es porque deben de pasar.

— Precisamente. Y ahora, para que V. acabe de disipar la pésima impresión que afligía su patriótico espíritu, voy á proporcionarle una distracción de las más agradables.

— Acepto: ¿ á donde me lleva V. ? — preguntó el buen señor, cuyos ojos chispeaban de curiosidad.

— Á una sesión del Congreso internacional de espiritistas... ó á una del Congreso, igualmente internacional, de agricultura y pesca. Elija V.

Hizo el hombre un gesto indefinible, revelando un entusiasmo muy limitado. Luego, ruborizándose ostensiblemente, pronunció con voz tímida:

— Si V. no lo llevara á mal, preferiría otra cosa... Me han hablado de un pabellón no se si indio ó africano, en donde hay chicas muy guapas y en paños casi menores.

— Bueno, vamos...— dije suspirando — pero crea V. que se pierde una sesión muy interesante y muy instructiva. Pero, en fin, si no quiere V. ir hoy, iremos otro día, porque congresos, gracias á Dios no faltan.

¡ Que han de faltar !... Cuentan del Mariscal Mac-Mahon que, siendo Presidente de la República, allá por el año 1875, hizo un viaje á Toulouse, que sufría en aquel momento todas las angustias y todas las desdichas ocasionadas por una terrible inundación. Y el bueno del Mariscal, al contemplar el tristísimo cuadro que tenía ante la vista, no sabía más que decir y repetir:

— *Que d'eau, mon Dieu !... que d'eau ! que d'eau !...*

Observación que por entonces sugirió la mar de pullas y de satiras: la prensa oposicionista puso en berlina al sencillo veterano por su ingénua exclamación, sin querer tener en cuenta que uno de los caracteres más típicos de las inundaciones es el traer mucha agua, pero mucha.

Y ahora, al ver lo que sucede en París, no puedo menos de recordar las palabras de Mac-Mahon y de decir:

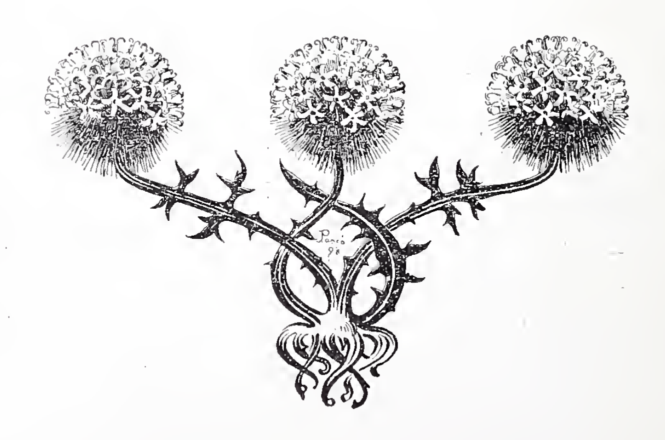
— *Que de Congrés, mon Dieu ! que de Congrés !*

Los hay, los ha habido y seguirá habiéndolos de toda clase: de médicos, de geógrafos, de veterinarios, de feministas, de pescadores, de mecánicos, de dentistas, de comadronas, de espiritistas, de jardineros, de... ¡ qué sé yo !... Jamás se había presenciado una inundación tan formidable de congresistas.

Pero la más copiosa ha sido sin disputa la de alcaldes franceses. Estos han acudido á millares á la invitación gastronómico-gubernamental que se les dirigió, y si no hablo de aquel hecho memorable y de sus incidencias, es porque supongo á mis lectores bien enterados ya por la prensa cotidiana. Pero...

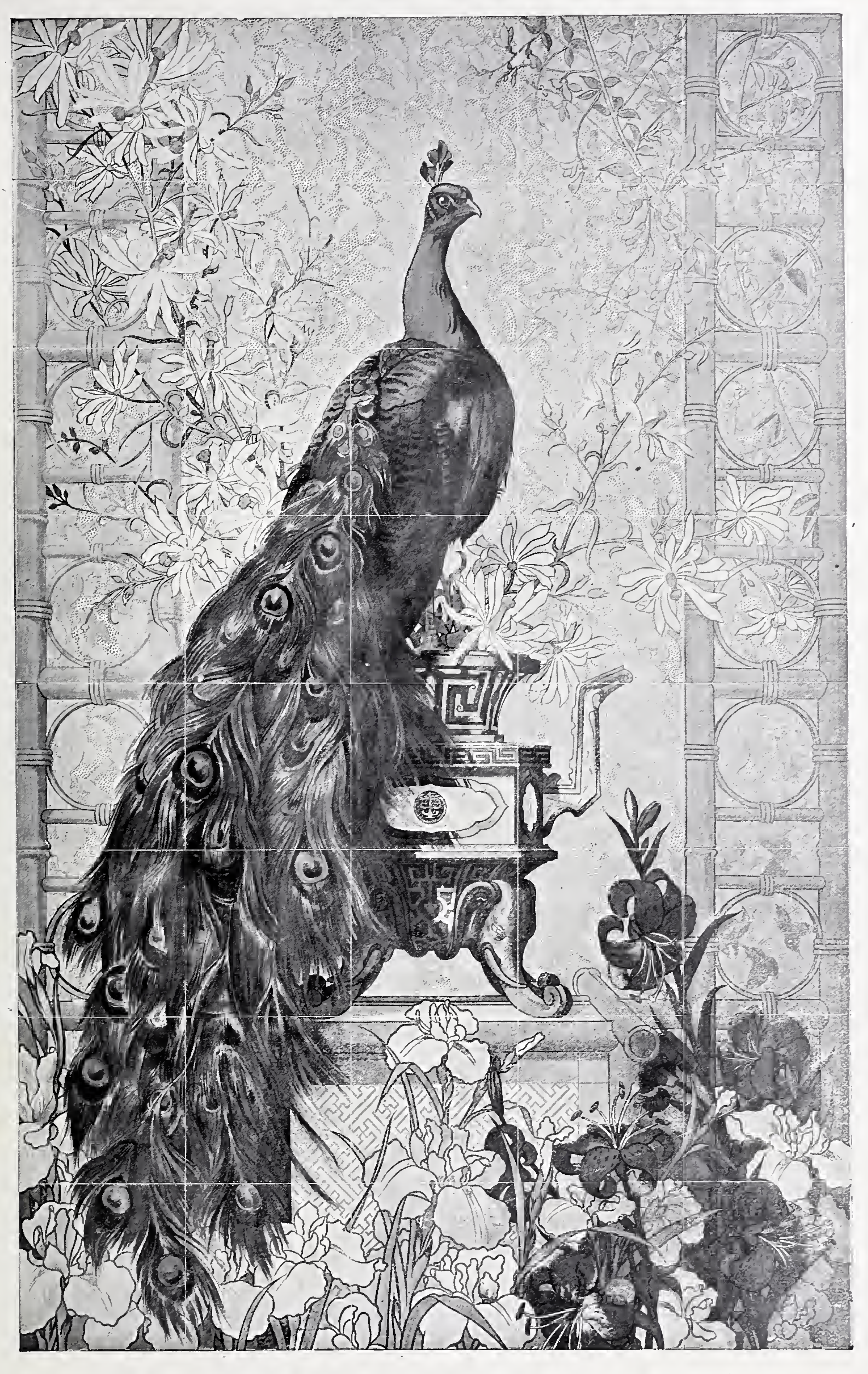
Que de maires, mon Dieu ! que de maires !

ALFONSO DE MAR

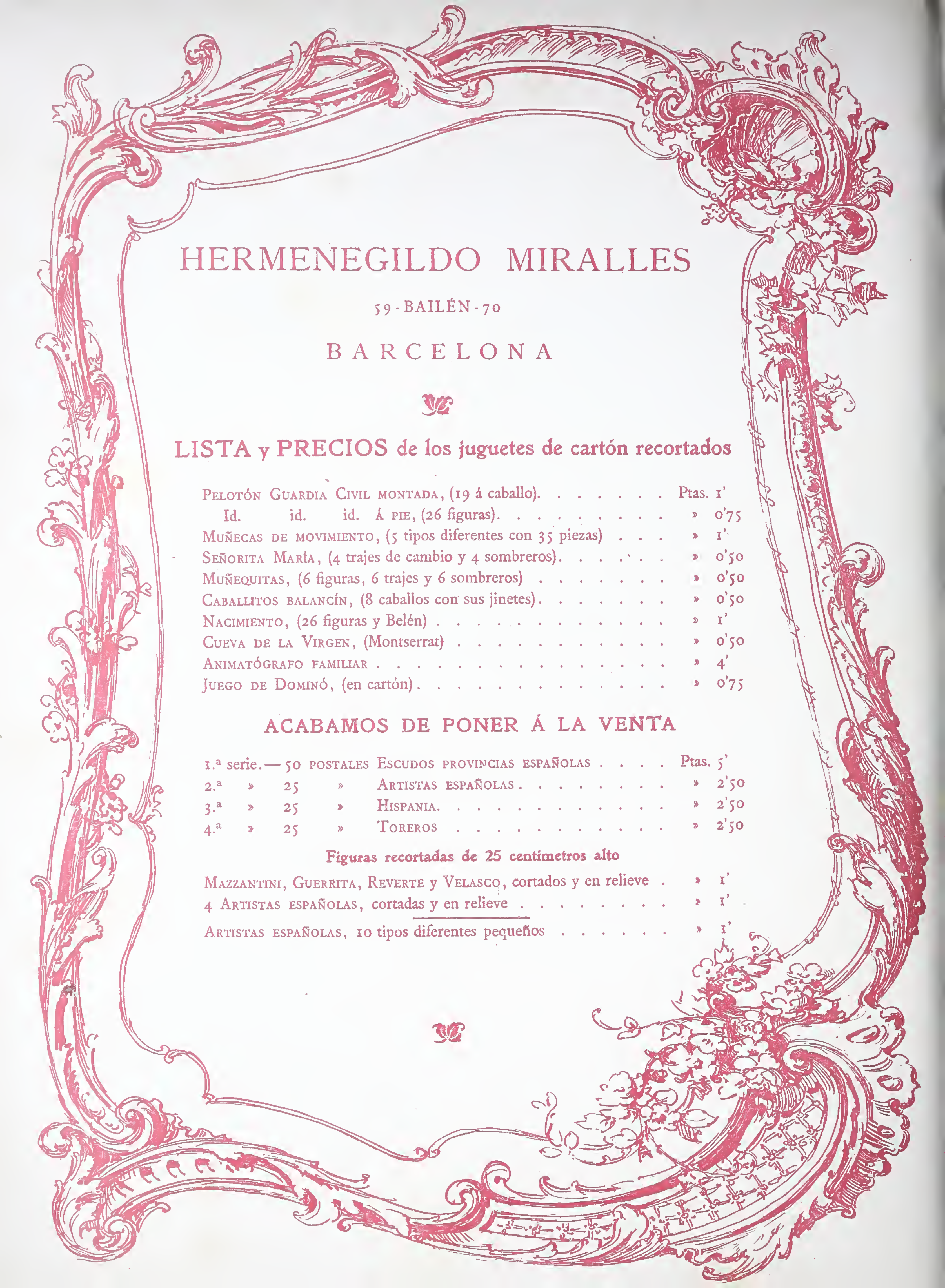


Azulejos cartón piedra de HERMENEGILDO MIRALLES: 59, Bailén, 59; Barcelona

PLAFÓN DECORATIVO



40 piezas azulejos cartón piedra, en colores y relieve. Tamaño natural: 1m × 1'60

Unicos concesionarios para Buenos Aires y Uruguay: A. Fulquet y C.ª, 847, Belgrano.-Buenos Aircs

HERMENEGILDO MIRALLES

59 - BAILÉN - 70

BARCELONA

LISTA y PRECIOS de los juguetes de cartón recortados

Pelotón Guardia Civil montada, (19 á caballo)	Ptas. 1'
Id. id. id. á pie, (26 figuras)	» 0'75
Muñecas de movimiento, (5 tipos diferentes con 35 piezas)	» 1'
Señorita María, (4 trajes de cambio y 4 sombreros)	» 0'50
Muñequitas, (6 figuras, 6 trajes y 6 sombreros)	» 0'50
Caballitos balancín, (8 caballos con sus jinetes)	» 0'50
Nacimiento, (26 figuras y Belén)	» 1'
Cueva de la Virgen, (Montserrat)	» 0'50
Animatógrafo familiar	» 4'
Juego de Dominó, (en cartón)	» 0'75

ACABAMOS DE PONER Á LA VENTA

1.ª serie.—	50	postales	Escudos provincias españolas	Ptas. 5'
2.ª »	25	»	Artistas españolas	» 2'50
3.ª »	25	»	Hispania	» 2'50
4.ª »	25	»	Toreros	» 2'50

Figuras recortadas de 25 centímetros alto

Mazzantini, Guerrita, Reverte y Velasco, cortados y en relieve	» 1'
4 Artistas españolas, cortadas y en relieve	» 1'
Artistas españolas, 10 tipos diferentes pequeños	» 1'

HISPANIA
R. Navarro
189

ESPECTÁCULO DE OTOÑO

Estudio de un Jardin Granadino, por Arcadio Mas y Fondevila

Espada de la época de Felipe II

Espada española de fines del reinado de los Reyes Católicos

Espada española de principios del siglo XVI. *Pomo de llave*

HISTORIA DE LA ESPADA

PERÍODO DEL RENACIMIENTO

En general la espada, en la Edad Media, significa jefatura, mando, y los plebeyos solo pueden usarla en caso de guerra y con permisos especiales. En tiempo de paz, aunque se tuvieran estos, tenían que tenerla colgada en la pared, sin poder limpiarla ni afilarla. Así dice una crónica francesa hablando del pechero:

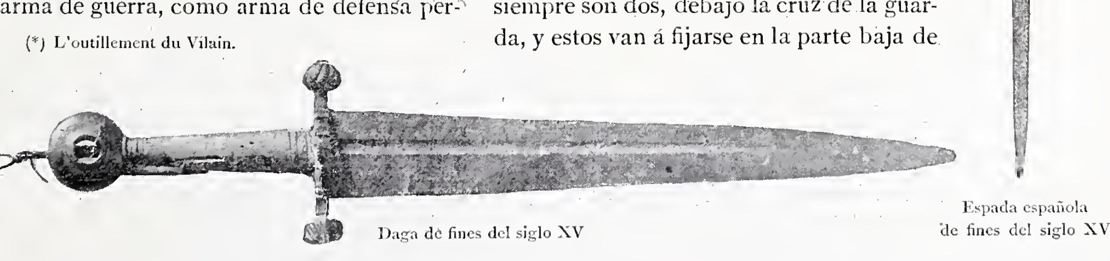
Avec lui ait couchiée
l'epée enrouillée
avec son vieil escu
a la paroid pendu
lesquels seul peut preindre
pour la terre defendre. (*)

Á medida que el Renacimiento se aproxima, generalízase la espada entre los simples hidalgos, entre los plebeyos que ejercen algún cargo público, y entre la gente de letras y estudiantes, que son ya considerados como nobles. Al llegar al siglo XVI todos la llevan en tiempo de paz, formando como parte integrante del traje de la época. Hasta los simples soldados, y los lacayos, criados y otras gentes de la servidumbre de los nobles, la llevan continuamente en las ciudades. Esto produce una transformación en la espada.

Con la vida de ciudad y armados de ella continuamente, los desafíos y las pendencias son frecuentes. Todos la usan, más que como arma de guerra, como arma de defensa personal, ó de ataque, arma de duelo ó de reyerta. En consecuencia la esgrima ya no es tan franca como en los siglos medios. El hombre ya no lleva el cuerpo cubierto de hierro. Á lo más protéjese el cuerpo por un coleto de ante ó de búfalo. Los italianos inventan á este fin la esgrima de punta—el pinchazo—; por tanto tiene que ser la hoja muy resistente y flexible para que no se rompa; y como el contrario también puede ensartar al que le ataque, se hace la espada desmesuradamente larga. Complícase la esgrima italiana con la española antigua, y sale una esgrima mixta de tajo y punta; y como la mano ya no va protegida por el guantelete de hierro, hay que protegerla complicando la empuñadura de la espada. De aquí la transformación completa de esta.

Para guardarse de las puntadas y tajos de la espada de hoja larga y estrecha, añádense á las guardas varias piezas: 1.° dos anillos que rodean dos placas metálicas llamadas guarda y contraguarda, que preservan la mano de los golpes de punta. Estas acostumbran á ahuecarse y adquirir la forma de dos conchas, la una un poco mayor que la otra. Casi siempre están llenas de agujeritos para cojer así la punta de la espada del contrario; esto cuando no tienen canales para hacerla resbalar hasta encallarse en el anillo. 2.° Los gavilanes siempre son dos, debajo la cruz de la guarda, y estos van á fijarse en la parte baja de

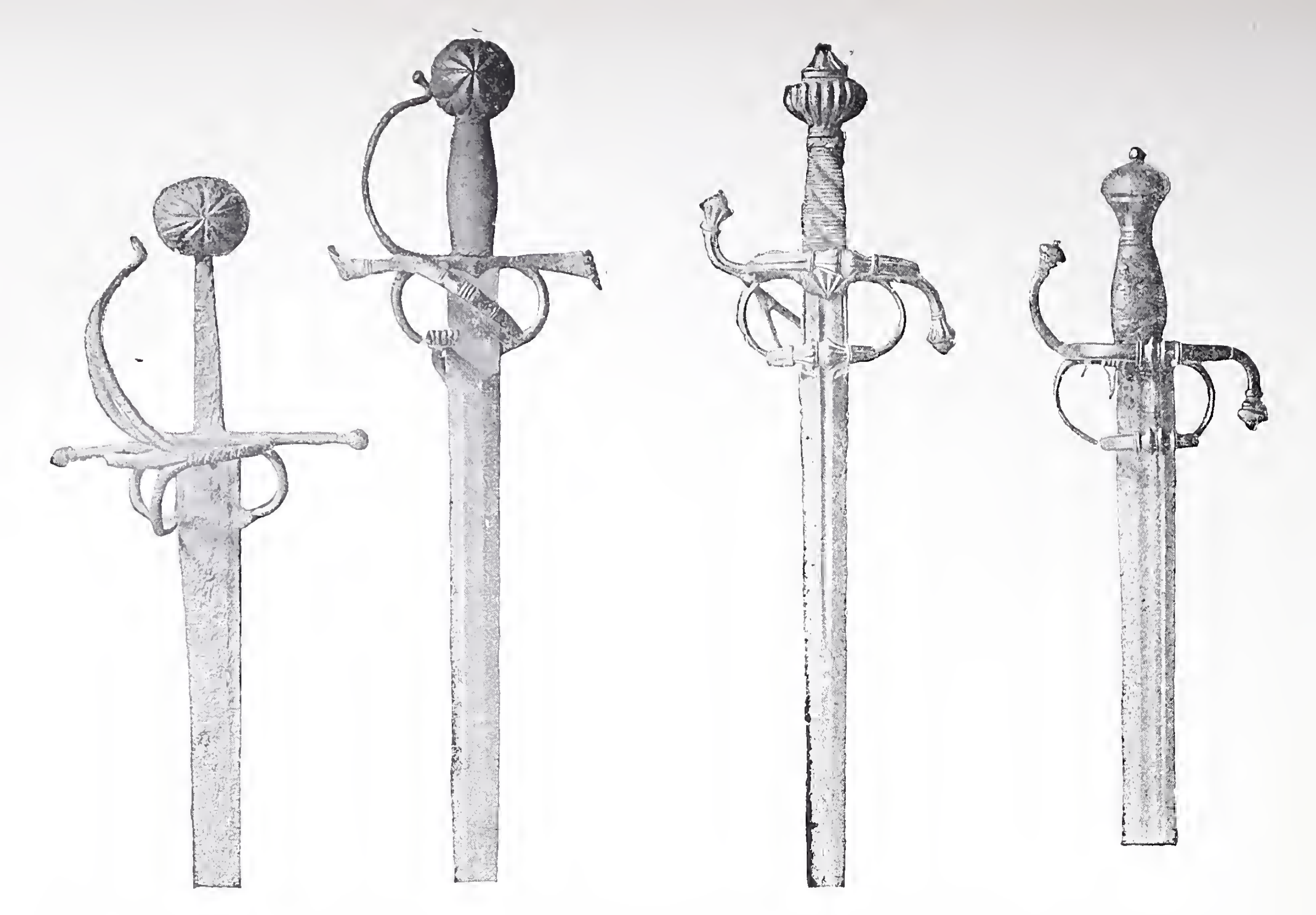
(*) L'outillement du Vilain.



Espada italiana de fines del siglo XV

Daga de fines del siglo XV

Espada española de fines del siglo XV



1. Espada catalana de principios del siglo XVI, (encontrada en el Pirineo). — 2. Espada catalana de principios del siglo XVI. — 3. Espada catalana de lazo de influencia italiana del siglo XVI. — 4. Espada catalana de lazo de mediados del siglo XVI.

las conchas, ó se aplican uniéndose á un segundo par de anillos, más bajos y más pequeños que los dos que están al nivel de las guardas. El trozo de hoja que va de la cruz al extremo inferior de los gavilanes, es cuadrangular aplanado, pero fuerte, y se llama *recazo;* sirve para poner los dedos y apoyar mejor así el arma. Los mismos gavilanes y las guardas, se complican levantándose y ramificándose. De la intersección de la cruz con el puño sale por lo menos una rama que, subiendo en forma arqueada hasta tocar el pomo, sirve para garantir los dedos de un tajo. Por fin se complican hasta que el puño de la espada, de un simple *lazo* que era, vuélvese una reja ó un farol, y cuando se repiten los anillos superiores de las conchas hasta cubrir la mano, el puño viene á ser como el tórax de un esqueleto. Así la primitiva espada de cruz y de gavilanes, vuélvese de lazo, de conchas, de farol y de esqueleto.

Al llegar aquí se ve que el puño puede afectar una forma más simple y más adecuada, para el fin á que la espada se destina, que es el desafío; y aparecen las espadas de dos conchas, que enlazadas con las guardas en cruz y la que proteje los dedos, cubren perfectamente la mano; y las de cazoleta, de taza, ó de *panier,* como se las llamaba en Francia cuando tenían la taza calada. En este nuevo género de espadas el pomo que antes servía de contrapeso, ya no tiene importancia y se achica, y la cruz, al contrario, adelgazándose, se alarga para poder guardar el brazo y aún el pecho con sus quites. Esto pasa ya en el siglo XVII.

Espada de oficial de Landsquenetes alemanes del emperador Carlos V

Las gentes de letras, y de carrera usan la espada de barquilla, cuyas guardas son cortas ó retorcidas, protejiendo la mano una lámina de acero que tiene la forma de una barquilla con su vela. Se considera que en estos la espada es solo un símbolo que se les da como importancia, no como defensa. Los soldados y gentes de guerra continuan llevando espadas de lazo, ó las usan de dos conchas muy gruesas que cubran la mano, con las guardas cortas, retorcidas, la de delante hacia arriba y la de atrás hacia abajo para que no embarazen. Y los Suizos y Valones, usan una que solo tiene la guarda de los dedos curva, y dos placas llenas de agujeros, como una escurridera, para protejer la mano. Tal es la espada valona que se usa hasta fines del siglo XVIII. Hay que advertir, que estas espadas de guerra tienen hojas más cortas que las de duelo pero anchas y muy resistentes, de uno ó de dos filos. Las valonas, á veces tienen la hoja algo encorvada de la punta, como un sable.

La espada que se usa continuamente del 1500 al 1700, úsase casi siempre con la daga, la cual en España se empuña con la mano izquierda, no como un puñal á la italiana, sino como la actual navaja, la hoja hacia arriba y el dedo pulgar encima del recazo de la hoja para así mejor dirigirla.

La daga sirve así, más para parar los golpes del contrario, y aún para enredarle la espada, que para herirle. Esto acontece en varios casos y solo cuando la propia espada está enredada por la daga contraria.

Así, para mejor parar los golpes y coger la espada ene-

miga, la daga tiene un anillo que al mismo tiempo guarda los dedos, el cual sujeta casi siempre una placa llena de agujeritos que se llama rompepuntas. Las guardas retuércense hacia abajo y ligeramente hacia delante en forma de gavilanes para mejor pillar la hoja del adversario. En el recazo se hace un hoyo para apoyar en firme el pulgar. Esta clase de daga es la que se llama en Francia *Mairgauche*.

Al llegar la espada de taza calada, esta tiene un reborde, en lo general, calado también para coger la punta de la otra espada. Entonces la daga afecta una forma adecuada. Tiene como guarda una gran cruz recta formada por un largo barrote cilíndrico delgado. La hoja es ancha y larga de un solo filo, y con una serreta en el lomo, que se llama rompefilos. De la cruz sube encorvada, en forma de vela latina que hincha el viento, una lámina de acero triangular cuya base está remachada en la propia cruz, cuya punta va hasta enfrente del pomo. Esta vela sirve para protejer la mano. El borde está vuelto y es un rompepuntas análogo al de la espada. Á veces es calado.

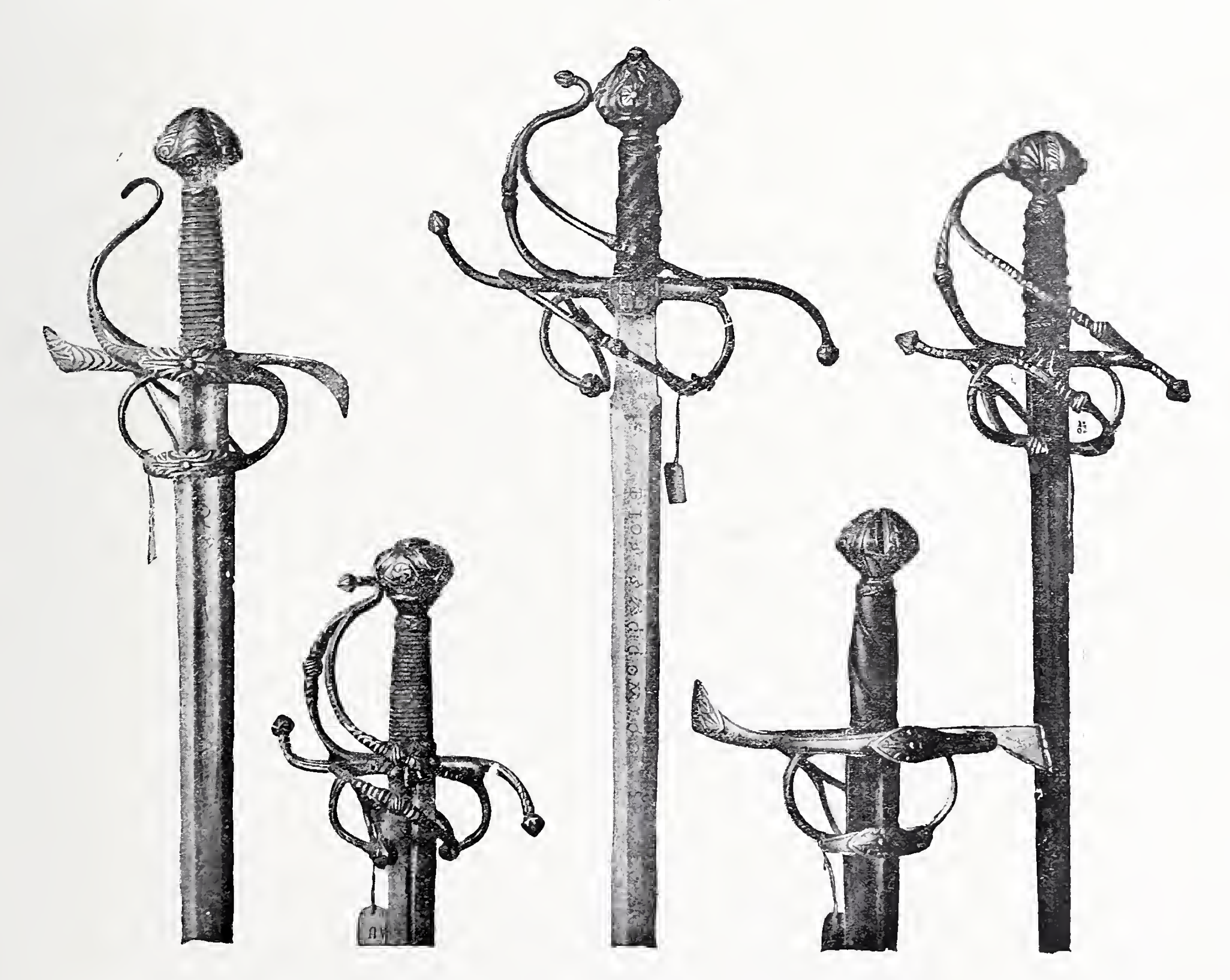
El talón de la hoja es muy ancho, y los hay que tienen unas estrellas caladas en la parte superior á la en que se apoya el dedo. Estas sirven para coger la hoja del contrario; si esta, al dar una puntada, llega á meterse en uno de estos agujeros, el que la lleva queda desarmado.

Llegada aquí, en el siglo XVII la esgrima adquiere tal refinamiento que ya es una verdadera ciencia y un verdadero arte. Hay tal astucia en la esgrima italiana, y tanta valentía en la española, que casi todo desafío termina con la muerte de uno de los combatientes. Y las gentes se desafían casi por nada.

Aquí viene una sabia disposición del cardenal Richelieu á suprimir estas espadas en Francia, de lo cual se origina ya la espada ó espadín moderno, más de aparato que de otra cosa. Hablamos de la supresión del duelo, bajo pena de muerte.

¡El hacha del verdugo separando las espadas de los duelistas! Esto puede parecer cruel, lo ha parecido á Victor Hugo. (*) Pero el duelo en esta época, en Francia como en España, no era en general lo que ha venido á ser más tarde: un remedio heróico para el honor ultrajado, que ninguna otra reparación puede curar. Era una moda, un *esport*, un fanatismo, una epidemia, un delirio; estaba en el medio ambiente. Era el sello del valor personal. Cuanto más frívolo era el pretexto,— que ya no el motivo,— del duelo, cuanto más quimérico, más mérito tenía, más acreditaba de valiente al que lo provocaba.

(*) Véase *Marion Delorme*.



1. Espada francesa de lazo, del siglo XVI. — 2. Espada española de lazo, del siglo XVI. — 3. Espada española de lazo, de fines del siglo XVI. — 4. Espada alemana del siglo XVI. — 5. Espada francesa de la época de Enrique III.

La cuestión era batirse por cualquier cosa. Esto era lo que daba patente de hombre.

El uno querellaba al primer paseante porque tosiendo le había dispertado á su perro que dormía. Los *raffinés* de la Plaza Real, en París, batíanse apropósito de todo ó nada, por una apuesta, por una mirada, por el placer de jugarse la vida á cara ó cruz, debajo de una linterna. Diríase que la espada estaba nerviosa en su vaina y les pedía salir para templarse con sangre humana.

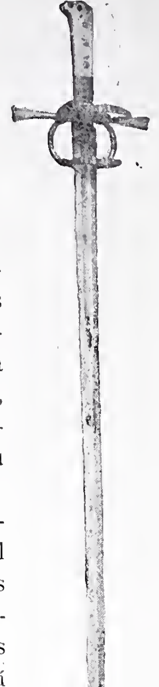
Aquello era el duelo elevado á institución, pero el duelo ciego y sordo. Se provocada al azar, se tiraban cuchilladas á ciegas. París de noche parecía uno de estos campos de batalla sobrecojidos de pánico en que todos se matan y se hieren sin saber porque. Había duelista famoso que batía la ciudad de noche, espada en mano como un bandido. Mr. de Bouteville después de veinte y dos muertes en duelo, impunes, volvía del destierro, por una apuesta, para matar en pleno día en la Plaza Real á un cualquiera que hiciera los veinte y tres. Cyrano de Bergerac, con su naríz deforme, era objeto de insultos, con el pretexto de provocarle á un desafío y de cortársela. Afortunadamente era bravo y buen tirador, y después de haber muerto á muchos, ya solo le buscaron para apadrinar á los novicios. Esto motivó su célebre frase: «Diríase que en París no hay casas y que en su suelo ha crecido la yerba, pues haga lo que quiera y vaya donde vaya siempre estoy en el campo.»

Espada de conchas y lazos, de la época de Felipe IV. Damasquinada.

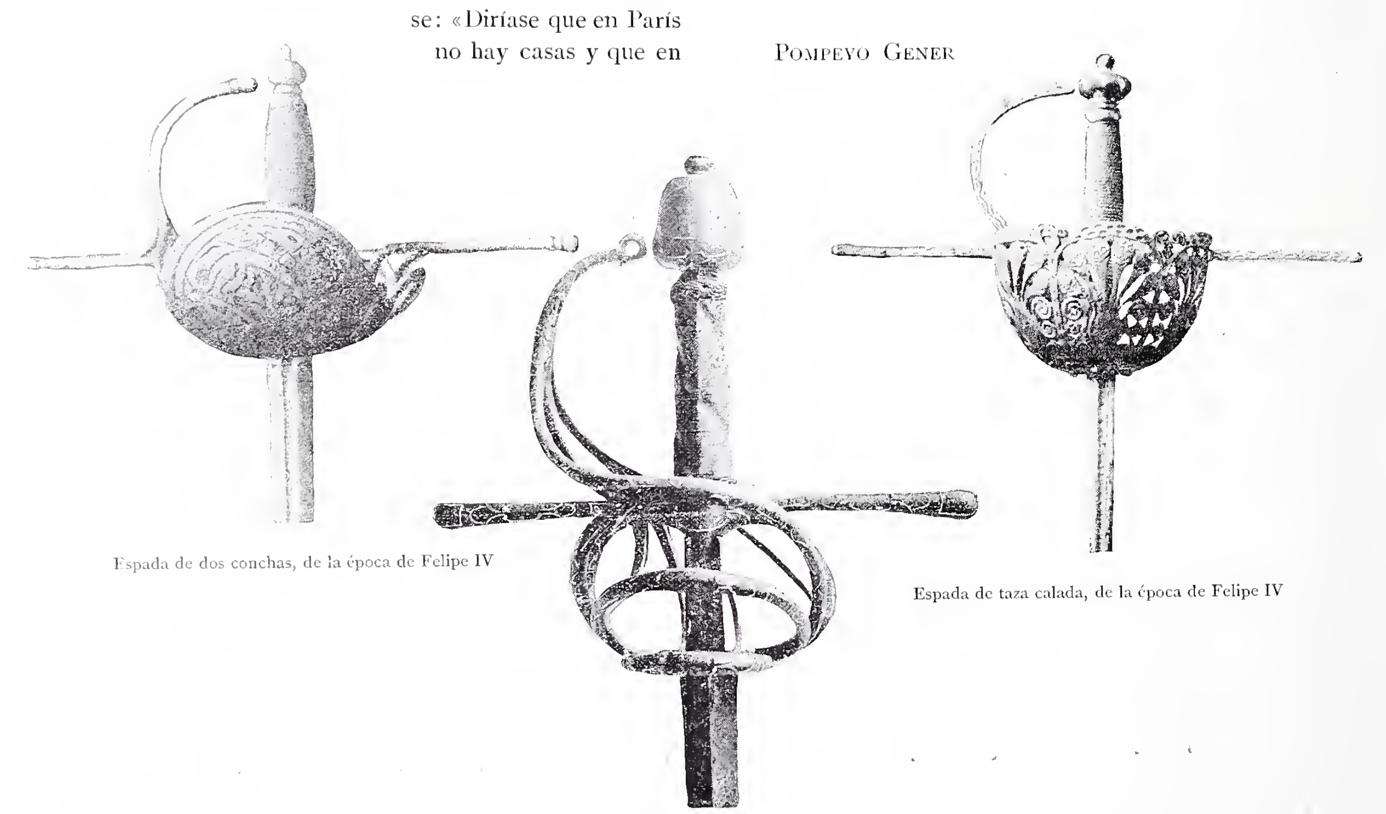
« ¡ Caballero ! » le decía al joven Andrieux un soldadote, al cruzar con la suya su espada : « Vas á ser el décimo de mis muertos.» « Te equivocas » respondió el *Petit-Maitre* pasándole de una estocada, «que tu eres el setenta de mi lista.» Este mismo, según cuenta Tellemont des Rieux, era tan cruel, que á veces desarmaba á su adversario, le ponía la daga en el cuello, y le decía: «*Niega á Dios, y te perdono la vida,*» y luego le degollaba por el placer de matar su cuerpo y su alma de una sola cuchillada.

Habiendo llegado la cosa á este extremo, comprenderase la disposición del gran cardenal de Francia. Unas cuantas cabezas cayeron bajo el hacha del verdugo, y fué asunto concluído. Ya antes había puesto un edicto prohibiendo á los palafreneros, criados y gentes que no fueran caballeros ó militares, el llevar espada, pues unos lacayos acababan de matar á un caballero distinguido en pleno día en un *quai* del Sena. Luego fueron los nobles y demás gentes de espada que desarmó bajo pena de la vida. Y á partir de aquí, la espada, que es ya solo un símbolo, decae y cambia de forma, y la moda de Francia se propaga á las demás naciones.

Pompeyo Gener



Espada catalana de caza, del 1500. Medio lazo.



Espada de dos conchas, de la época de Felipe IV

Espada de taza calada, de la época de Felipe IV

Espada española de lazo, damasquinada, de principios del XVII. Felipe III

J. MIR.—LA CAZA Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS

El hermano Antón de Sta. Cruz,

SOLDADO, LEGO Y SACAMUELAS

Á la caída de una tarde del mes de Mayo del año de 1590, atravesaba el puente de barcas que en lo antiguo unía á Sevilla con su gran arrabal de Triana, un sugeto, caballero en un cuartago, de corto y lento paso, bien así como si la fatiga y el cansancio de una larga jornada hubiese agotado en él las pocas fuerzas que, por sus muchos años, le restaban.

Caminaba el caballejo á su talante, sin que el jinete lo inquietase, ni tratara de hacerle aligerar el paso picándole de las espuelas, ni tocando en sus amojamados cuartos traseros con una varilla que llevaba en la mano izquierda, y á primera vista no hubiera sido fácil apreciar cual de los dos era el más cansado, si el hombre ó la cabalgadura, pues colegíase desde luego que ninguno tenia priesa por llegar al término del viaje.

El vientecillo que á la sazón rizaba las ondas del caudaloso Guadalquivir, habíale bajado por completo el embozo de su capa lombarda, que más parecía de estudiante, por lo raida y llevada, que de soldado, profesión que, seguramente, era la del caminante, á juzgar por su traza y por sus hábitos.

Era hombre que frisaría con los cincuenta: enjuto de earnes, de color cetrino, ojos negros y vivos, cejas muy pobladas, grandes mostachos á la tudesca, que casi le escondían la cicatriz de una cuchillada que le cruzaba la mejilla derecha. Sus miembros eran fornidos y bien dispuestos, su estatura alta, su continente todo, de hombre curtido por las lides y por las fatigas de una vida azarosa y aventurera. Vestía un viejo jubón de ante, á la francesa, acuchillado en paño verde obscuro, con pasamanos de seda, que ya del uso dejaban descubierta la trama. Defendía su cuello un gorjal de acero vizcaino, y sus gregüescos y calzas, por lo maltrechos y descoloridos, corrían parejas con lo demás del traje, completado por el sombrero de fieltro de enormes alas, el cual, perdido su aderezo, apenas si conservaba su primitiva forma. Pendiente de un ancho tahalí de cuero, veíase un espadín, guarnecido de fuertes lazos.

Cabizbajo y ensimismado en sus pensamientos, no reparaba el caminante en las muchas gentes de todas edades y condiciones que iban y venían por el puente, ni en las pesadas carrozas, detrás de cuyas cortinas recataban sus rostros principales damas, acompañadas de bizarros galanes, que cabalgaban á los lados de las puertezuelas, ni en el incesante tráfago de los mercaderes de todas las naciones que acudían á comprar ó á vender á los sitios inmediatos, pues tales animados cuadros y ni aún el más pintoresco que ofrecía el anchuroso río, lleno de naves y de galeones, en cuyos mástiles veíanse flotar los estandartes y banderas de S. M., causaban en aquel hombre el menor movimiento de curiosidad porque, sin duda, hallábanse

sus ojos acostumbrados á contemplar escenas tan pintorescas y animadas como aquellas.

Siguió el soldado su derrotero, y dejando atrás la imponente masa del castillo de Triana, entrose por una arboleda, al cabo de la cual detúvose, por hallarse delante de las puertas de la hospedería del insigne monasterio de la Cartuja.

Descabalgó entonces, y tomando del diestro al caballejo, disponíase á entrar, cuando apareció un lego, al cual saludó diciendo:

— Ave María purísima.

— Sin pecado concebida.

— ¿ Haríaisme la merced, hermano, de decir al R. P. Prior que un soldado desea entregarle una carta de su hermano el Capitán Calvo.

— Que me place y sereis servido.

Pocos instantes después, interrumpíase el profundo silencio de los claustros, por las fuertes pisadas del soldado y por el sonido metálico de sus espuelas, que cesó de pronto al detenerse ambos á la puerta de la celda del Prior.

Libre la entrada, veíase al R. P. Fr. Agustín Calvo, á la luz de un velón de arofar, sentado delante de su bufete, y teniendo en sus manos un libro de horas, en que rezaba.

Adelantóse el soldado con el sombrero en la mano, y arrodillándose, tomó la diestra del monje, besóla reverentemente, y cuando aquel le hizo señas de que se sentase en un escaño, díjole:

— ¿ Traéis una carta de mi hermano ?

— Sí, R. Padre. He servido con él en los Países Bajos y en la Lombardía, y cuando le comuniqué mis designios, hízome la merced de darme esta carta para vuestra Paternidad, la cual mejor que yo os revelará mis deseos.

Dicho esto, la sacó de una bolsa de ante que llevaba oculta debajo del cuello, y púsola en manos del monje.

Acercose aquel á la luz, rompió la nema y leyó así:

✠

«Hermano y señor: Antón de Sta. Cruz, soldado de mi compañía, servirá á esta de mensajero. Es hombre de grandes partes, al que mucho conozco, por haber militado conmigo en las más famosas jornadas de esta guerra. De gran valor, fuerte en el resistir y animoso en los peligros. Gran músico de la vihuela y diestro mecánico, podrá acudir con acierto á los menesteres de esta Sta. Casa. Un suceso que le acaeció en esta ciudad de Milán, ha alborotado su conciencia é inquietado su espíritu; y fué que, cortejando á unas damas cierta noche, salieron á su encuentro cuatro borgoñones que le estorbaron el paso, y él, con una daga y un broquelillo, les acometió y de ellos mató á dos con la daga, al tercero lo ahogó entre sus manos, al pie de un retablo muy devoto de la Virgen que hay en la plaza mayor de esta ciudad, é hiciera lo mismo con el cuarto, si no escapara á tiempo. Para apaciguar las inquietudes de su ánima acude á vuestra Reverencia, y yo holgaría mucho que hallara en vos remedio á su necesidad, que el Señor os lo tomará en descargo, y á mi dareis gran contento. De la ciudad de Milán, &., &.»

Larga fué la plática que sostuvieron el prior y el soldado; y como consecuencia de la misma, solo diré que al siguiente día habíase aumentado la comunidad de legos con otro más, que se llamó desde entonces el hermano Antón de Sta. Cruz.

* * *

Los informes que diera al buen Prior su hermano el Capitán Calvo, acerca de las dotes, cualidades y demás circunstancias del valeroso soldado, no fueron, á la verdad, desmentidas por los hechos posteriores, en los cuales tuvo que intervenir.

En varias ocasiones demostró su ingenio y actividad extraordinarios, atendiendo con muy oportunos remedios á impedir que el fiero Guadalquivir desbordado penetrase en el monasterio, y era cosa de ver la presteza con que acudía á cerrar portillos, calafatear puertas, levantar ataguías y malecones y, con sus hábitos sobre las rodillas, colocaba puntales en las ventanas, alzaba robustos contrafuertes en los muros resentidos é improvisaba todo género de oportunas defensas. Temíanle los trabajadores y asustaba á los demás legos puestos á sus órdenes con lo imperativo de sus mandatos, propios de las costumbres soldadescas de toda su vida.

En momentos de angustia y de temor, cuando el espíritu decaía y el desaliento hacía desmayar á los más fuertes, oíase la voz de trueno del hermano Antón que, corriendo de acá para allá, alentaba á los débiles, increpaba á los fuertes y, dando ejemplo á todos, conseguía vencer la impetuosa corriente del río y salvar al monasterio de incalculables daños.

Hasta el Prior mismo, en aquellos críticos momentos, fiando en el hermano Antón, *resignaba el mando* en el formidable lego, dejándole disponer á su talante, y así este ordenaba y resolvía como hubiéralo podido hacer al frente de un tercio de soldados, en el asalto de una plaza.

Pero no paraban aquí sus especiales aptitudes. Diéronle aviso de que cierta noche unos foragidos proponíanse asaltar la clavería en busca de buena suma de ducados que el prior tenía dispuesta para comprar una finca. Apostose en sitio conveniente, sin más arma que una partesana, y llegado que fué el primero, lo dejó muerto de una cuchillada, y al segundo, tomándole en sus brazos, le arrojó de cabeza al campo, por una ventana alta, y allí le recogieron magullado y con una pierna rota.

Era, pues, el buen lego todo un carácter, como hoy dicen algunos, y bien lo demostró con el siguiente hecho, último de su vida.

Fué el caso que, como la fiera naturaleza no distingue de temperamentos ni de condiciones, ni deja alguna vez

tampoco de fatigar á los más fuertes ó robustos mortales, sin duda para demostrarles su insignificancia y pequeñez, ocurriósele jugar una burla, si bien pesada, al hermano Antón, y una noche, al acostarse, lo efectuó ya aquejado por un dolorcillo de muelas, de que al principio no hizo caso. Sin embargo, fué arreciando y creciendo por momentos, de una manera lenta, desconsoladora, que sacó de quicio sus nervios y lo puso al cabo fuera de sí.

No era cosa á aquella hora de salir del monasterio y encaminarse á casa del famoso maestre Agustín, sacamuelas vecino á la Isleta en la calle de las Sierpes, cuyo crédito andaba en boca de todos, el cual seguramente le habría extraído el maldecido hueso con gran habilidad, restituyéndole la perdida salud y calmando sus dolores, que más fieros le atormentaban á consecuencia de la singular hinchazón de su mejilla, la cual, juzgándola solamente por el tacto, parecíale ya al hermano que la tenía tamaña como una pelota de lombarda.

Salió del duro lecho, y apoyada la mejilla en la mano, atravesaba la celda de un extremo á otro dando grandes zancadas; deteníase á veces para reposar y hería el suelo con sus talones; y vuelta á andar de acá para allá como energúmeno. Otras veces la vehemencia del dolor dejaba escapar de su garganta fuertes resoplidos. Su cabeza parecía que iba á estallar, á abrírsele en pedazos...

De pronto, impulsado por una resolución que cruzó por su mente, echose al suelo, y con el brazo derecho extendido, empezó á tientas á buscar algo debajo de su cama. Con efecto, de aquel sitio hubo de sacar una ballesta, inseparable camarada de su vida militar.

Después, tomando la vihuela, arrancó su cuerda más fuerte, uno de cuyos extremos quedó atado á la condenada muela y el otro del viratón ó lance de la bellesta; dió al torno, puso el lance sobre la canal, disparó y... perdido el conocimiento, cayó al suelo sin sentido, lanzando un grito que hizo temblar la celda, bañado su rostro en sangre.

Del extremo de la cuerda de vihuela, pendía el hueso, pero no solo, sino con un razonable trozo del maxilar inferior.

Acudió la comunidad, espantáronse todos, fué avisado el doctor Agüero, el cual dijo que le administrasen los Santos Óleos, recibiolos con entereza, pidió perdón por señas, pues no pudo articular palabra, y cerrando los ojos voló su espírito á la eternidad, llorado por los monjes y los legos.

* * *

No creas, lector amigo, que este relato es todo hijo de mi pobre ingenio. El suceso es verídico, si hemos de dar crédito á las *Noticias* y *casos memorables* que se consignan en un cuadro M. S. de *Efemérides sevillanas* de esta riquísima *Biblioteca Colombina*.

Por creerlo curioso y por creer también que con su relato podría entretenerte algunos instantes, lo escojí por asunto de un articulejo. Tú dirás si acerté ó no; y de todas maneras... *Vale*.

J. Gestoso y Pérez

CARTA SEGUNDA

Estudiando sobre el terreno. — El intérprete Chi-lou. — La lengua china. — Lo que es el pueblo. — Brutalidad de los europeos. — Los «diablos blancos.» — Cortesía y amor al estudio. — Un chino que estudia. — El emperador y sus esposas. — La Casa Imperial. — Los «boxers.» — El príncipe Ch'un. — La inmoralidad en la administración.

A. Roberto Harrrisson
en Londres

Mi querido hermano: por mi última carta á Olga, la que supongo que habrás leído, sabrás que ahora te toca el turno de recibir noticias del Celeste Imperio, que te servirán — así lo creo — para tus célebres campañas en la Cámara de los Comunes, las que te llevarán y tal vez muy pronto, — para gloria tuya y del hermano que te escribe, — al honroso puesto de Secretario de las Colonias. Cuando ese día llegue, te podrán ser útiles los datos contenidos en mis epístolas: datos adquiridos sobre el terreno, estudiando las cosas y hablando con gentes de todas las castas y cataduras, desde el mandarín trajeado de seda y con más uñas que un escribano, hasta el *boxer* díscolo que anda descalzo: y desde el *bonzo,* sacerdote de Budha, hasta el soldado que lleva paraguas en vez de fusil. Hombres todos estos muy finos y bien educados, como lo son generalmente los chinos, muchos de los cuales, para contarme sus cosas, me han llevado amablemente á su domicilio y obsequiádome con algún nido de golondrina ó alguna aleta de tiburón, platos de lo más selecto de su cocina y que, por supuesto, no he aceptado, aunque quedando — eso sí — muy agradecido á la fineza.

Para estos estudios tengo yo á mi disposición un libro abierto, que es Chi-lou, un chino muy ilustrado, que está á mi servicio y que me sirve de intérprete, merced á los *täels* que le doy, y merced, sobre todo, al amor que logró inspirarle Miss Ofelia, la gentil administradora que me traje de ahí. Sin este Chi-lou, que es mi satélite, mi *otro yo,* me sería imposible comunicarme en Pekin con nadie, fuera del barrio europeo, en donde vivo. Pero si yo desconozco en absoluto el idioma horrible de los celestes, en cambio, Chi-lou, que vivió largos años en San Francisco de California, habla el inglés como Dickens.

Uno de los testimonios más irrecusables de la gran antigüedad de la civilización china, es la lengua. Esta lengua es *silábica* y consiste en meras palabras monosílabas, sin declinación ni conjugación. Un mismo grupo de vocales puede ejercer todas las funciones gramaticales; más aun: todavía no se ha llegado, hablando con propiedad, á la formación de las palabras, pues la limitación del significado de las raíces, que es muy estricta, las constituye mediante su unión á otras raices. Todas las demás lenguas superiores se reducían á esto antiguamente. Al principio solo había raíces y ninguna palabra, y tan solo mediante la unión de raíz con raíz, recibió el pensamiento su expresión. Las leyes de colocación de la lengua china bastan suficientemente, no solo para el trato doméstico y social y para el legislador de sociedades numerosas, sino tam-

Pekin á vista de pájaro

Tipos boxers

bién para la expresión poética del amor, y aun para la novela interesante, para los dramas en que se desarrolla alguna acción política y hasta para el filósofo que desea abusar de ella dialécticamente, para levantar sorprendentes edificios del idealismo.

La dificultud que tenemos los europeos para aprender la lengua del país, es la causa principal de que aun, al terminar el siglo XIX, se desconozca casi en absoluto la China, Y ¡ cuántos errores se divulgan !... Merced á ellos, desdeñamos con desdén olímpico al pueblo bajo, al proletariado infeliz, atribuyéndole las faltas y los vicios de las clases altas, y esto es injusto, muy injusto. Lo menos malo que hay en China es el pueblo. Aquí el pueblo es sobrio, trabajador, dócil y, en materia de religión, tolerante, aunque otra cosa se diga. Y la verdad es que para ser tolerantes con los europeos, han menester los infelices armarse de paciencia. Nosotros hemos abusado aquí de nuestra superioridad. Un europeo, por placer, sale de caza á las afueras de Pekin, y, mal tirador, en vez de herir á un pájaro ó á una bestia, mata á un pobre chino que trabajaba en el campo; y para este hecho no suele haber otro castigo que una indemnización de diez *taëls* á la familia del muerto. Un europeo, cortejando á una doncella del país, va en su seguimiento, y penetra en su casa, y allí, en presencia de los padres y hermanos, *hace lo que quiere*, y ¡ ay del que se atreva á protestar !.. Un europeo considera la pagoda como morada de placer ó letrina, y escarnece las tradiciones y ofende los sentimientos más caros de los indígenas...

Un chino que estudia

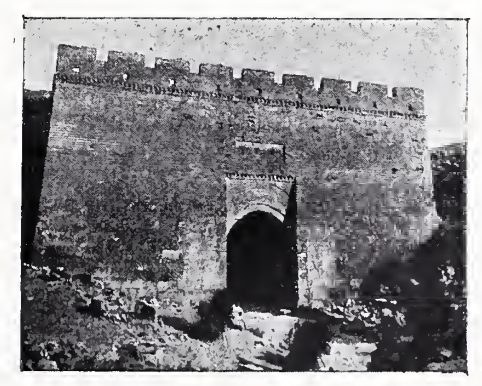
Esta es la verdad, y puedo probarlo. Con nuestro orgullo, con nuestra soberbia cuando hablamos en nuestros periódicos de los indígenas del Asia ó del África, les llamamos bárbaros, salvajes y crueles, volcando sobre ellos el diccionario de los epitetos injuriosos; pero olvidamos, al hacer esto, nuestra inhumana conducta. Nada hay más injusto, más feroz, más insoportable, que un europeo en sus relaciones con los pueblos y razas que él juzga inferiores. Á los chinos — y no es de ahora — les estamos tratando como á perros y no solo aquí, en su propia tierra, sino también en todas las ciudades de Europa y América á donde emigran para trabajar honradamente. Para nosotros — y ellos lo saben y lo soportan — un chino es poco menos que un animal inmundo y así le tratamos. Por eso, cuando hablan de los europeos, nos llaman los *diablos blancos*.

Los chinos son un pueblo muy morigerado; la embriaguez es cosa rara en ellos, y á las nueve ó cuando más á las diez de la noche, no se encuentra ninguna persona por las calles de las ciudades. Una cualidad muy especial de los chinos es la cortesía: cuando un chino recibe una visita, no se sienta á la derecha de su huésped hasta que éste ha tomado asiento, y si el visitante se levanta un poco en el calor de la conversación, el dueño de la casa hace lo mismo y no vuelve á sentarse hasta que aquel lo ha hecho. Por cortesía rebajan lo suyo, para levantar lo ajeno. Pregunté una vez á un chino cuantas hijas tenía y me contestó.

— Tres, que son feas, flacas y sucias.

Y otra cualidad que los distingue es su amor al estudio. Cuando un estudiante chino tiene sobre su pupitre los «cuatro libros clásicos,» aunque la casa se le queme no se levantará de su asiento. En las misiones americanas encontré cierto día á un chino de bastante edad, que estudiaba el método de enseñanza para los ciegos, á fin de graduarse de profesor, y quedé sorprendido de tanta paciencia. No hubiese podido yo tenerla, yo, que, por placer, estudié el sanscrito y traduje en inglés nada menos que el *Mahabarata*.

Por eso te digo una vez más y aunque te sorprenda, Roberto, que aquí lo menos malo es el pueblo. Lo que en China no tiene arreglo y lo que es origen de su mala fama en Europa, es la inmoralidad que viene de arriba. Esta dinastía, que Dios confunda, de los Mandchou ó Tsing, no hay quien la aguante. En nuestra Europa, al padre, cuando fallece ó abdica, sucede el hijo primogénito, y sobre esto no hay cuestión, porque la cosa es muy clara. Aquí no ocurre nada de esto; aquí el bueno del emperador elige á su antojo su sucesor entre los hijos de *sus tres primeras esposas*. Y dirás tu: ¿ cómo puede ponerse en claro si tal ó cual niño es hijo de alguna de las *tres primeras* ó de la cuarta ó la quinta, puesto que de las 75 beldades de pie pequeño que el emperador hospeda en la ciudad Amarilla, todas actúan simultaneamente ? Muy sencillo, y te lo explicaré si me prometes no leer á Olga este párrafo... Cuando el emperador desea ser visitado por alguna de sus esposas, escribe el nombre de ella en una ficha, y se la da al eunuco que está de servicio, el cual se la entrega á la mujer elegida.



Puerta en la muralla

Inmediatamente la concubina es llevada en palanquín á la

Retrato del príncipe Ch'un, acompañado de sus servidores

este chino, que siendo hijo y padre de emperador, no ha reinado él. ¡ Ni nuestro príncipe de Gales !... Pero él se consuela con su dinero, con su nutrida colección de chinas y con el placer de retratarse, que es su manía. Hay de él más numerosas fotografías, que de nuestro marqués de Salisbury. Existe una muy curiosa, en la que aparece sentado y con las piernas abiertas, entre cuatro de sus edecanes, que están en pie teniendo cada uno en la mano los objetos de uso común del magnate: esto es, la espada, la pipa, la taza del te y el libro de Confucio.

Estos príncipes, con un grupo de mandarines, son los que dirigen la administración

Cámara del «Hijo del cielo» y su nombre es inscripto en un registro especial, con objeto de poner á cubierto los derechos de los hijos que pudieran nacer.

Y como no hay orden de sucesión, y el reinar ó no reinar depende tan solo del capricho del emperador, que también por el capricho del otro, lo es, nace de ahí un hervidero de ambiciones, de despechos, de envidias, de recelos y desconfianzas, que convierten en un infierno la Casa Imperial. Figúrate que hay alrededor de *seis mil* príncipes, que todos se conceptúan con derecho á reinar pero que, forrados de *taëls*, se conforman con conspirar en el «Nenúfar blanco» ó en el Tsai-Ly-Hoel ó «Sociedad de la Verdad,» á la que pertenecen los rebeldes que los ingleses hemos bautizado con el nombre de *boxers*. Por un lado conspiran, mientras por otro, para cumplir la ley y aparentar sumisión, proveen de eunucos al emperador, que los paga á unos doscientos *taëls* cada uno (un *taël* equivale á un franco y veinte céntimos) y el emperador, que colecciona con cuidado sus eunucos, acepta de buen grado el negocio, pero desconfiando, en su interior, del taimado príncipe, al que el mejor día manda que le corten el cuerpo en infinidad de pedacitos, que es la pena de muerte que se aplica en los casos de alta traición, parricidio ó crimen contra la familia imperial.

Yo tengo el alto honor de ser amigo de uno de estos príncipes, el príncipe Ch'un, séptimo hijo del emperador Tao-tchoun y padre del actual. Somos muy amigos. Cuando me encuentra en la calle, desciende con solemnidad de su palanquín y me hace unos saludos que son para descuajarse uno de risa. Junta las manos sobre el pecho como el oficiante católico al dirigirse al ara, pero con los puños cerrados, que agita repetidas veces, al mismo tiempo que inclina la cabeza. Y después de decirme que parezco un viejo (piropo muy fino que aquí se usa) y de preguntarme con mucho interés por mis *honorables dientes*, me ofrece, quitándosela de los labios, su pipa, que, claro está, me excuso de aceptar, diciéndole que no fumo.

Ya puedes figurarte el *buen humor* que tendrá siempre

actual del Imperio. Y ¡ qué administración ! Vista la cosa desde lejos, parece que hay aquí un régimen despótico-democrático, en el cual tan solo el saber y el mérito personal prevalecen legalmente. No es así en la práctica. La instrucción, el mérito y la moral, empezaron á perder gran parte de su eficacia tan luego como la corrupción de la familia trascendió al Estado, y dada la forma patriarcal de gobierno, que no pone á la autoridad más freno que el deber de *amar paternalmente*, la falta de moralidad en los gobernantes forzosamente había de traer consigo las peores consecuencias y hacerles presa de la venalidad.

Á pesar de la decantada igualdad, que solo existe en teoría, sufre China la tiranía más abyecta de cuantos han oprimido á un pueblo. Se venden en pública almoneda la justicia y los empleos del Estado. Toda la solicitud y vigilancia del mandarín de grado inferior, consisten en extinguir cuanto antes las deudas contraídas con las mandarines de grado superior para comprar su puesto, y en acumular después nuevas riquezas para ocupar muchos satélites, salidos de la hez del pueblo, los cuales sirven en calidad de soldados, polizontes y verdugos. Estos pretorianos pasan el tiempo fumando opio y jugando, y alimentan sus vicios con el producto de la rapiña. Resulta de aquí que el alto poder del virrey está en manos de esta camarilla, la cual se ha multiplicado de tal suerte, que tienen sujeta á toda la sociedad de la China en una red de inmundicia y de bajezas.

Del ejército, de las religiones, del comercio, industria, vida social &., &. — y de los amores de Chi-lou — te hablaré otro día, que ya hoy es tarde para ello, y me voy al club. Hasta entonces, pues. Entre tanto, á tus órdenes queda en la ciudad de Pekin, tu afectuoso hermano,

JOHN

Traducción del inglés por A.

Excmo. Sr. D. ARSENIO MARTINEZ DE CAMPOS

M. RUIZ GUERRERO.—PROCESION DE LA VIRGEN DE LOS DOLORES EN VIZCAYA

J. SOROLLA.—LA COCINA DE LA HUERTA

OS ANTOJOS DE ELVIRA

AS mujeres son, por regla general, muy caprichosas, pero cuando están en estado interesante sus caprichos suelen no tener límites y se denominan antojos.

Antojos que hay que consentir ó satisfacer, so pena de un accidente desgraciado.

¡Cuántos seres van por esos mundos de Dios con una mata de berengenas en la nuca ó con un langostino estereotipado en la naríz! Pues esa mata de berengenas y ese langostino, son signos reveladores de antojos no satisfechos.

Tuve yo un amigo que ostentaba una sarta de chorizos en la megilla izquierda, y otro que llevaba estampado en la frente un albaricoque, con la particularidad de que, á aquel, al llegar con San Martín la época de la matanza, se le ponían rojos los chorizos como si tuvieran pimentón, y que á éste, al entrar el verano, se le ponía amarillo el albaricoque.

En esto de antojos, los suele haber de todas clases y géneros, desde la pulsera de oro y brillantes expuesta en el escaparate de cualquier joyería, hasta el humilde canastillo de fresa; desde un traje confeccionado por el mejor modisto de París, hasta... una percha de capricho para colgar sombreros. En el deseo de las mujeres todo cabe.

Elvira se había casado con el bueno de don Homobono por cariño, según creo yo; por los cuartos, según el vulgo; pero el vulgo profesa la máxima de *piensa mal y acertarás*, siquiera no acierte en muchas ocasiones.

Al año de su matrimonio, empezó Elvirita á sentirse mal y á tener antojos.

Á Homobono le supo á gloria aquella indisposición de su mujer: los síntomas de la maternidad le hicieron feliz y le predispusieron á perdonar el coscorrón por el bollo.

— Que esta noche quiero ir á la Ópera.

— Pero mujer: si no estamos tan ricos que podamos gastar cincuenta pesetas en dos butacas.

— Pues yo quiero ir.

— Bien, bien: iremos.

— Que se me ha antojado un abrigo de pieles que ví ayer en casa de mi modista.

— ¿Y cuánto quieren por él?

— Ochocientas pesetas.

— Imposible, hija mía.

— Imposible, no, porque tiene puesto el precio en una tarjeta.

— Digo qne es imposible hacer ese gasto.

— Bueno; pues nacerá nuestro hijo hecho un oso ó convertido en un felpudo.

Y don Homobono, ante la consideración de que su hijo puede nacer hecho un animal, sacrifica el bolsillo y compra las pieles.

Un día sorprende á su mujer llorando á lágrima viva.

— ¿Qué tienes? — le pregunta.

— Nada.

— ¿Por qué lloras?

— Por nada.

— Eso no es cierto ¿Quién te ha ofendido?

— Nadie.

— Pues entonces, ¿qué quieres? porque tú algo deseas.

Cállase Elvira, pero sigue llorando.

— Vamos, nena: díme lo que quieres.

— No, no te lo digo.

— ¿Es algún capricho?

Nuevo mutismo de Elvira y nuevo llanto.

— ¿Tratas de que me desespere?

— No.

— ¿Por qué no me dices, entonces, lo que deseas?

— Porque te vas á incomodar.

— ¿Es un antojo?

— Sí.

— Bueno; dime lo que sea y te prometo no incomodarme.

— Sí, pero...

— Acaba.

— Que tú no vas á querer.

— Ya sabes que, hasta ahora, he sido esclavo de tus deseos; conque... vamos, tontina: dí que es ello.

Elvira se limita á exhalar un gran suspiro.

— Si no me lo dices, me incomodo.

— Y si te lo digo, también.

— Te juro que no.

— ¿Y me complacerás?

— Si está en lo posible, desde luego: ahora ya no tienes escusa: habla.

— En ese caso... pero te vas á incomodar.

— ¡ Dale !...

— Deseo darle un mordisco en la naríz al vecino de enfrente.

Don Homobono, á pesar de su *bonhomie*, da un respingo descomunal.

— ¿ Que quieres darle un mordisco ?...

— Sí; al coracero que vive ahí enfrente.

— ¿ Pero estás en tu juicio ?

Elvira exhala otro suspiro, mayor aún, y empieza á derramar nuevo raudal de lágrimas.

— Pero, ¿ qué van á decir de tí ?

— Yo quiero darle un mordisco.

— ¿ Y qué dirán de mí ?

— Eso no importa: yo quiero...

— Sí, sí: ya se lo que quieres: no hace falta que lo repitas.

Los antojos tienen fuerza incontrastable, y don Homobono, ante la posible contingencia de que su vástago se desgracie ó de que nazca con coraza y casco puestos, condesciende por último, aunque protestando de aquel acto que no quiere presenciar, por dignidad propia.

Elvira se le cuelga del cuello y le cubre el rostro de besos.

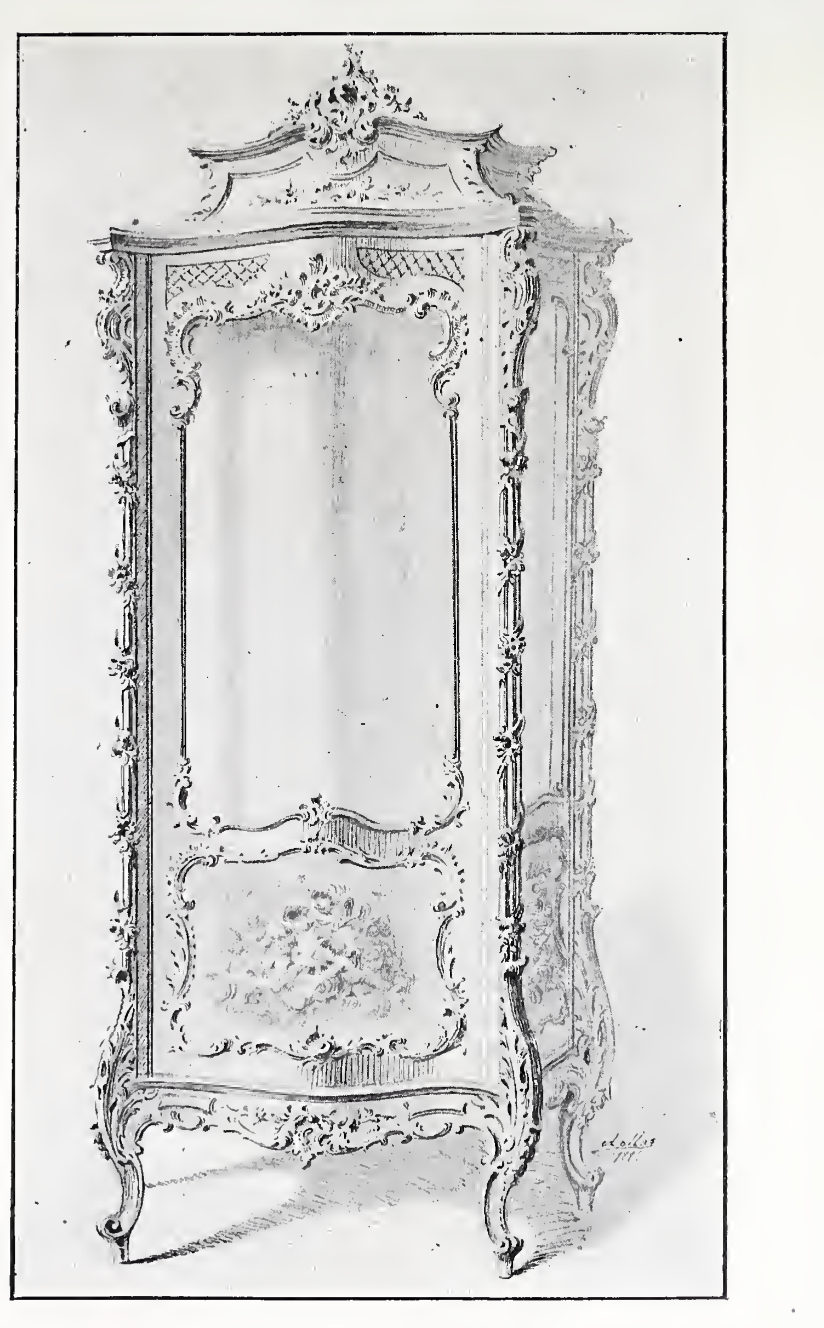
Tres días después está Elvirita que no cabe en sí de satisfacción, y don Homobono de un humor de Satanás, aunque lo disimula.

Y es que los antojos de su mujer empiezan á olerle ya á cuerno quemado.

Y que el coracero se le ha sentado en la boca del estómago.

CAMILO MILLÁN

J. M. MARQUÉS.—EL RÍO POR LA MAÑANA



VITRINA ESTILO LUIS XV
Proyecto y escultura de D. Antonio Mas y Badiola

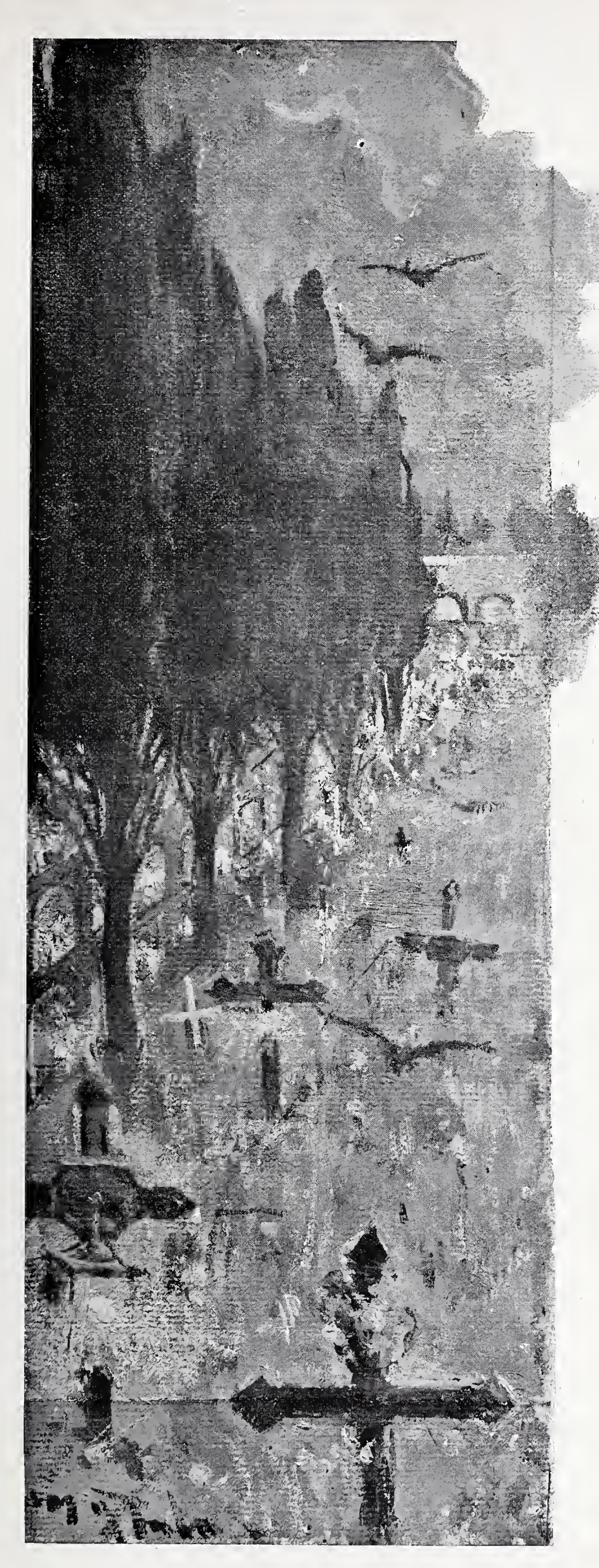
MARCO DE ESPEJO, ESTILO LUIS XV
Proyecto de D. F. Soler y Rovirosa. Escultura de D. A. Mas y Badiola.
Propiedad de D. Isidro Bonsoms

ATLAS GEOGRÁFICO
SEGUNDA EDICIÓN
aumentada con un Mapa de las tierras descubiertas por España y Portugal.
Mapa de Cuba, doble tamaño
Mapa de Puerto Rico y de la Bahia de Manila
Completo y encuadernado, 12 PESETAS
LITOGRAFÍA-ENCUADERNACIONES
Hermenegildo Miralles, Editor
59, Calle de Bailén, 70
·BARCELONA·

n·hi·va·l·rey·com·l·papa:com·aquell·que·no·te·capa

LA VISITA Á LOS QUE FUERON

Entrada principal del cementerio antiguo de Barcelona



NOCHE DE DIFUNTOS

Los cipreses y sauces se destacaban sombríos sobre el obscuro cielo, parecidos á inmensas pinceladas de hollín que empañasen un lienzo colosal de raso negruzco. Gigantescas y amenazadoras nubes cubrían el firmamento en toda su extensión y hacían más impenetrables las impenetrables tinieblas que la noche había esparcido en derredor del campo santo, envolviendo bosques y selvas, valles y colinas, montes y llanuras en su misterioso sudario de sombra, rasgado en aquellos momentos por los centenares de lucecitas que brillaban frente á las sepulturas.

El monótono canto del buho resonaba tristemente, mientras los cuervos, revoloteando de un lado para otro, batían el aire con los agitados movimientos de sus alas.

Una tristeza profunda parecía subyugar á la naturaleza, despojada de sus galas y perfumes por las desvastadoras brisas del Otoño... De tiempo en tiempo un crujido sordo como de seda anunciaba el vuelo de una hoja,... de dos hojas,... á veces de una nube de hojarasca que se agitaba en remolino, y bajaba y subía á impulso del viento, para desaparecer más tarde entre el lodo de los barrancos, entre los baches de los caminos, entre los surcos de los campos silenciosos.

Todo dormía... Del pueblo, — cuyas casas blanqueaban entre la obscuridad y apesar de ella,— no salía un solo rayo de luz que denunciase la presencia de un ser humano... Ni cruzaba el espacio tenebroso el más ligero penacho de humo, ni el más leve rumor de pasos turbaba la inmensa quietud en que estaba sumido el suelo... Todo, todo dormía, menos los pajarracos de noche y el perro del sepulturero, cuyos aullidos resonaban á modo de gemidos profundos, anunciadores de siniestras nuevas... Todo, todo dormía: los gorriones en lo más áspero de los matorrales ó en los nidos que dejaran abandonados las garzas durante el estio; las semillas bajo los rústicos terrones, revueltos por el arado del labrador; el ganado en las cuadras y establos de las granjas... Hasta las aguas de la acequia parecían menos rumorosas, menos alegres que de costumbre.

Por eso, en medio de las sombras y la tristeza que envolvían el paisaje, las únicas notas que recordaban el movimiento y la agitación de la vida salían de la mansión de los muertos, donde continuaban rasgando las tinieblas los centenares de luces, puestas allí por los deudos y amigos de los seres que descansaban encerrados entre las paredes de los nichos ó aprisionados por la madre tierra, que, apretando celosa por todos lados sus fríos cuerpos, los descoyuntaba y deshacía hasta convertirlos en fango y polvo.

Y los cuervos seguían revoloteando agitadamente, sorprendidos y acobardados por las linternas y faroles colgados en los brazos de las cruces, por los cirios clavados en el suelo, por las lámparas suspendidas en el marco saliente de los nichos.

Á veces, una ráfaga de aire frío y húmedo atravesaba el cementerio, pugnando por extinguir aquellos puntos luminosos... Entonces las llamas temblaban, se abatían un instante y volvían después á brillar con la fijeza de gusanos de luz. Pero, de tarde en cuando, se oía un leve chisporroteo y se apagaba de súbito la llama de un cirio al contacto del suelo húmedo, ó se moria la de una lámpara, después de chupar la última gota de aceite.

* * *

. . . .

En medio de la noche, resonaron solemnes tres campanadas, que, desde la torre de la vetusta iglesia del lugar, se esparcieron por el llano en ondas de armonía.

Entonces, en el ángulo más obscuro del campo santo, al pie de la vivienda del sepulturero, oyose un ruído sordo, un gemido profundo que recordaba el rechinar del hierro enmohecido. Al instante pareció que por aquel lado se removiesen las sombras, al paso de un ser sobrehumano... Y el perro dejó de aullar, y los cuervos suspendieron su vuelo, y el buho abandonó su canto monótono.

Después, como hilacha desgajada de un velo negrísimo, surgió de las tinieblas un obscuro fantasma, una mancha incierta que empezó á deslizarse á lo largo de las tapias del huerto del enterrador, enclavado entre la casa y la fosa común.

Á medida que se acercaba á la fila de nichos, parecía cobrar forma humana. Sus brazos, extendidos adelante, palpaban el impalpable vacío, y á cada uno de sus pasos, las hojas secas que hollaban sus pies crugían tristemente. Los ondulantes movimientos de su cuerpo flexible, recordaban al mismo tiempo los de la serpiente y los del gato.

Cuando llegó al primero de los nichos, inclinóse hacia la lámpara que colgaba de su borde y, por un instante, quedó de lleno iluminado su rostro encendido, medio de demonio, medio de mujer, al cual servían de marco recios mechones de pelo que, á manera de siniestra aureola, se desparramaban en derredor de su frente.

Pero al momento apagóse la luz y el fantasma prosiguió su camino hasta llegar frente á otra, que se extinguió como la primera, después de iluminar por un segundo los carrillos hinchados y los brillantes ojos de aquel rostro siniestro.

Y avanzó aun más en su camino, y fueron apagándose una á una las linternas y lámparas colgadas en los marcos de aquella hilera de sepulturas.

Después dirigióse hacia el centro del campo, arrancando los cirios clavados en tierra y cogiendo los faroles suspendidos en las cruces, para dejarlos sin luz, esparcidos acá y allá sobre las fosas.

Y así, de un lado para otro, fué sembrando las sombras á su paso, hasta dejarlo todo en la más completa obscuridad.

Una inmensa quietud se había apoderado de la tierra y del cielo. Las siluetas de los cipreses y sauces habían desaparecido. Montes y campos, cerros y colinas, árboles y nubes, permanecían sepultados en un mar inmenso de tinta. Parecía llegado el momento en que la muerte debía dominarlo todo como reina absoluta.

* * *

... Y en la torre de la vetusta iglesia del lugar resonaron las doce campanadas de la media noche, que, repetidas por los ecos, recorrieron los bosques, cruzaron los valles, se extendieron por la llanura, se estrellaron en las aristas de las rocas, se perdieron en lo más profundo de las hondonadas.

Encima de la tapia del campo santo, oyóse entonces un ligero rumor. Casi al mismo tiempo, el choque de un cuer-

po pesado al caer y el balbuceo de algunas palabras pronunciadas á media voz, denunciaron la presencia de un hombre.

— ¿ Donde estás ?

— Aquí... Ven...

Y el fantasma que acababa de deslizarse por la pared, y el que había aparecido poco antes por entre las sombras del lado del huerto, se acercaron uno á otro, confundiéndose á los breves momentos en estrecho abrazo.

Después resonó entre la obscuridad un murmullo de besos y suspiros, mientras empezaba á soplar una alegre brisa, á cuyo impulso se balanceaban los cipreses y sauces, y se alzaban en torbellino las hojas secas...

Parecía que un soplo vivificador estremeciese el aire, que removiese el suelo una fuerza potente é invisible, que se revolviesen protestando bajo sus sepulturas los fríos cadáveres...

Era la vida, la vida que, sin respeto ninguno para con los que fueron, invadía su mansión, palpitaba á su lado, turbaba el tranquilo sueño en que dormían, triunfaba de la muerte, por la cual sería vencida á su vez, obedeciendo á las inquebrantables leyes que, en las batallas del mundo, conceden siempre á la eterna segadora la victoria suprema.

* * *

Y se oyeron en la torre de la iglesia otras campanadas, á las que respondieron los gallos de los contornos, anunciando con sus cantos el día... el nuevo día, que fué llegando poco á poco, bañando el suelo con claridad casi imperceptible y devolviendo á los objetos su perdida forma.

De súbito, al pie de la vivienda del enterrador, volvió á turbar el silencio aquel gemido sordo que recordaba el rechinar del hierro enmohecido.

Al instante apareció, linterna en mano, el viejo sepulturero, dirigiendo sus pasos hacia una fosa que había en un rincón á medio abrir.

Y mientras resonaban en el suelo húmedo los primeros golpes de su pala, caía del otro lado de la pared el cuerpo pesado de un hombre y se deslizaba rozando la hilera de nichos la sombra de una mujer, que desapareció como engullida por las tapias del huerto...

J. Morató

Ilustraciones de Mas y Fondevila

Cementerio del Sudoeste. — Sepulturas de la Vía San José

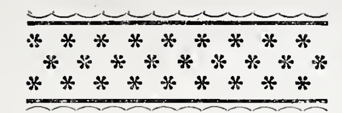
Cementerio del Sudoeste. — Sepulturas de las Vías San José y San Olegario

Cementerio del Sudoeste.—Sepulturas de las Vías San Francisco y San Juan

Cementerio del Sudoeste.—Centro de la Vía San Francisco

Cementerio del Sudoeste.—Sepulturas de las Vías San Olegario y San José

Una calle del Cementerio antiguo



Industrias Artísticas
de Barcelona

FUNDICIÓN

Lápida sepulcral existente en el cementerio de Comillas, provincia de Santander, proyectada por el eminente arquitecto catalán D. Luis Doménech y Montaner, y ejecutada y fundida en bronce en los talleres de la casa Masriera y Campins, de Barcelona, en 1892. La leyenda inserta en la orla de la lápida expresa lo siguiente:

Sepultura del primer marqués de Comillas Excmo. Sr. D. Antonio López y de su familia

EL MORTUORIO

(CUADRO DE COSTUMBRES LEONESAS)

¡Pobre Quico! La vida se le acababa por momentos. Quince horas hacía ya, y eran las tres de la mañana, que no daba mayor cuenta de sí que el jergón del catre en que yacía. Al tiempo de ponerse á comer, dijo que no estaba bueno...., que se le iba la cabeza...., y no dijo más, porque cayó sin sentido. Malo era aquello á los ochenta y tantos años. Á escape, todo lo á escape que pudo correr la burra, salió Jeromo, el hijo del enfermo, en busca del médico, camino de Valdecuevas, cabeza del Ayuntamiento y distante legua y media de Villavides; pero el médico no estaba en casa: precisamente aquella misma mañana había tenido que marchar á la ciudad, con motivo de no sé que reunión y *pedrique*, relacionado con las próximas elecciones, siendo lo peor del caso que, según le dijeron, no volvería hasta el día siguiente. Por eso hubo de conformarse Jeromo con ir á ver al boticario, quien, después

que el veredero le explicó á su modo la dolencia del anciano, dióle un frasco que contenía un *jaropio* blancuzco, y con él, y caballero en la pollina, emprendió el retorno de su pueblo.

La noche á que nos referimos, Quico estaba en las últimas: al obscurecer le habían dado la Extrema-Unción. Sentado á la cabecera del moribundo, se hallaba el señor Cura y, rodeando el lecho de muerte, la mujer del enfermo, que tenía pocos menos años que él, sus dos hijos, su nuera Anica, casada con Jeromo, y algunos vecinos y vecinas que acompañaban á la familia en el trance doloroso.

El párroco examinó al enfermo, pareciéndole percibir en su respiración cierto ronquido de mal agüero, y con esto y con haberle palpado los pies y hacer otras pruebas que él muy bien sabía, dió por seguro que era aquella la última hora de Quico: por eso sacó un libro del bolso de la sotana, calóse los anteojos, y comenzó á decir los *Kyries*. Jeromo, al ver que el señor Cura rezaba por el libro, comprendió que la cosa iba de veras; miró al suelo, se rascó la hirsuta cabeza y, por fin, dirigiéndose á la anciana, que lloraba á moco tendido, la dijo:

— ¿ Cuál de las dos, madre ?

— La roja, — le respondió ésta, entre sollozos, — pero tú verás: ¡ yo no estoy para nada ! ¡ Ay, Dios mío !

Después habló breves momentos con su hermano y con dos vecinos que allí se encontraban, y todos cuatro salieron silenciosos de la estancia, al tiempo que decía el sacerdote:

Proficiscere, anima christiana, de hoc mundo, in nomine Dei Patris omnipotentis, qui te creavit...

* * *

No; no había instante que perder. Jeromo entró en la cocina, encendió un candil y fué á reunirse con los otros que ya en la puerta del corral le aguardaban. Sin hablar palabra, cojió un azadón y púsose á cavar un hoyo debajo del cobertizo formado por la *tenada,* mientras que su hermano traía una gran caldera de cobre que metieron en el hoyo, cuando estuvo hecho, hasta dejar los bordes de ella al rás del piso. Terminada esta operación, se encaminaron al establo, en el cual dos vacas, roja la una y la otra negra, rumiaban tranquilamente sobre la paja y el estiércol, esperando la hora en que vinieran á *uñirlas* para ir á trabajar al campo.

— Esta, — dijo Jeromo, desatando á la primera, que pacientemente se dejó conducir al cobertizo.

— ¿ Tienes cachete ? — le preguntó uno.

— Con esto, — respondió aquel, volviendo á cojer el azadón — sujetarla por la cuerna.

Hiciéronlo así los otros, obligando al animal á humillar la cabeza, y Jeromo, después de santiguarse, levantó el azadón con entrambas manos y con el pico descargó sobre la vaca tan formidable golpe en la nuca, que cayó redonda al suelo. Enseguida desangraron á la res, recogiendo la sangre en la caldera; la desollaron, abrieron, limpiaron y colgaron del garfio que servía para análogo oficio en la matanza del *gocho*, y allí se quedó hasta por la mañana, que volverían para *estazarla.*

Aún no habían terminado esta faena, cuando el enfermo entregaba su alma á Dios: *Tibi Domine, commendamus anima famuli tui...*, rezó el señor Cura, mientras que la viuda, bravamente secundada por su nuera y por algunas mujericas de la vecindad, hacía un llanto á su esposo que dejó memoria entre los buenos que se han hecho en Villavides; porque es lo que ella decía: «¡ Señor !; en cincuenta y tres años de matrimonio, ya se iba *haciendo al su hombre*, que nunca la dió ni un triste disgusto, y que era más bueno que el pan blanco, y que... »

Dios nos libre del día de las alabanzas.

* * *

Con la aurora, que ya entraba por puertas y ventanas, comemzó para las personas de la familia un trajín inusitado. Primeramente, hubo que pensar en el difunto, y por eso, su viuda sacó del fondo de un arcón la mortaja que Quico compró con destino á sus restos mortales (costumbre muy frecuente entre aquellos campesinos), hacía más de treinta años, y la cual trataba de imitar, sin conseguirlo del todo, el hábito de S. Francisco; entregósela á los hijos y estos vistieron con ella el cadáver, que depositaron en el suelo y en el centro de la misma estancia en que había fallecido: y después de pensar en el muerto, comenzaron á acordarse de los vivos, como fácilmente comprendiera todo aquel que hubiese visto á Anica disponiéndose para hacer un abundante amasijo, en tanto que Úrsula, que era la más afamada guisandera de aquel término, comenzaba á preparar ollas y cazuelas, y Toñín, el hijo de Jeromo, salía montado en la burra, provisto de grandes alforjas, por el camino vecinal de Valdecuevas, con encargo de traer bacalao, sardinas, arenques, pimientos, cebollas, aceite y otra porción de comestibles. Más bien que prepararivos para un entierro, preliminares de una boda parecían.

La noticia del fallecimiento de Quico corrió muy pronto por todos los lugares comarcanos, y los parientes, amigos y deudos que en ellos tenía el difunto, se dispusieron, como es uso tradicional, á concurrir al entierro y exequias. Los primeros llegaron á la tardecica y uno de los más madrugadores fué el célebre tío Lancurdia, vecino de La Puebla, del cual era fama que olía *mortuorio* á veinte leguas, constando por referencias de muchos y veraces testigos, que jamás perdió la ocasión de llenar la andorga á costa de herederos, porque, en efecto, daba razón de cuantos *entierros con vaca* se habían celebrado en el contorno desde hacía cuarenta años. Aquella noche ya fué preciso dar de cenar á los que acudieron, y ¡ por Dios ! que Úrsula salió airosa del empeño, pues todavía viven algunos á quienes se les hace la boca agua, acordándose de la gentil chanfaina que aderezó la guisandera con la sangre, patas y asadura de la vaca, sazonándola con tal dosis de pimiento *picón* que levantaba ampolla, llamando á voces el vino.

La mañana del día en que se había de dar sepultura al pobre Quico, se anunció por un barullo indescriptible y por un ir y venir de la cocina á la despensa y de la despensa á la cocina, capaz de infundir espanto en el ánimo de otras que no hubiesen sido Úrsula y Anica, que en todo estaban y á todo proveían con prodigiosa solicitud: á mayor abundamiento, el número de forasteros engrosó

de tal suerte, que ni ellos cabían en las habitaciones de la casa, ni sus cabalgaduras en el corral, cuadra y establo.

Á eso de las diez fueron el señor Cura y el sacristán á buscar el cadáver, que ya estaba colocado en unas angarillas, (propiedad del Concejo), para ser conducido á la última morada: la viuda lloró y gritó hasta desgañitarse; hiciéronla coro las mujeres que allí se hallaban, resonaron los ferrados zapatones de los tíos al patullar en el empedrado del portal, y el entierro se puso en marcha. Iba delante un anciano con la cruz; detrás, el párroco y el sacristán entonando los cánticos de ritual, que la campana desde la torre parecía repetir con sus tañidos tristes y pausados; en pos del cura, y llevado por cuatro vecinos de Villavides, el cadáver de Quico; al rededor de él, algunos rapaces, que alargaban la gaita para ver la cara del muerto, y cerrando, en fin, el cortejo, los hombres del pueblo y los forasteros, todos con capa, que es, como se sabe, prenda de rigor en tales ocasiones. Subieron la cuesta de la Iglesia y llegaron al camposanto, en el que, á uno y otro lado de la puerta, veíanse calaveras y huesos humanos empotrados en las tapias; se dirigieron á la fosa, abierta el día antes y en cuyo fondo, á causa de la humedad del terreno, había manado el agua hasta una tercia de altura, y rezadas las últimas preces, sacaron el cadáver de las angarillas, envolviéndole en una sábana y, valiéndose de unas cuerdas, le metieron en el hoyo: chapoteó el cuerpo al tocar el agua y en ella quedó casi sumergido; muchos de los asistentes cogieron puñados de aquella mojada tierra y, después de besarla, la echaron sobre el difunto... Nunca pudo decirse con más propiedad que el cuerpo volvía al barro de que había sido formado. El Cura salió del cementerio y detrás de él los demás de la comitiva.

Requiescat in pace.

* * *

— ¡ Salud para encomendarle á Dios ! — Tal era la frase, especie de santo y seña, que decían cuantos, de regreso del entierro, iban entrando en la sala donde estaba la viuda, acompañada de muchas mujeres de la aldea y de otras de los lugares circunvecinos, todas tocadas con las mantillas de paño burdo, con las cuales casi se tapaban la cara, cruzándolas sobre el pecho, como si tuviesen mucho frío.

— ¡ Salud para encomendarle á Dios ! — dijo también el párroco, que entró después. Solo el tío Lancurdia, que llegó el último, hubo de quebrantar la consigna.

— ¡ Que allá nos espere muchos años ! — murmuró, dando á sus palabras toda la compunción que pudo, que fué poca.

El sacerdote rezó un Padrenuestro, que contestaron los concurrentes, y se retiró, encargando á la familia conformidad y resignación cristiana,

. . . .

Se acercaba la hora de la comida.

¡ Vaya unos sofocos que había pasado Anica para dar de comer á tantísima gente! En el portal, por ser la pieza más ámplia de la casa, preparó las mesas; platos y vasijas, tuvo que pedirlos prestados.

Lancurdia, de vez en cuando, dirigía impacientes miradas á la puerta de la sala, y en sus ojuelos gatunos brilló un rayo de contento al ver entrar á Anica que, remangada hasta más arriba del codo y echando lumbre por aquella cara, dijo :

— Ya pueden venir.

Allá fueron todos, hasta la viuda, que aunque al principio manifestó vehementes deseos de quedarse, hubo de ceder á las instancias de las comadres. Como Dios les dió á entender, se acomodaron en sus puestos, si es que puede decirse que se acomodan de los que logran colocarse como sardinas en banasta; Úrsula repartió las *cucháres* de palo y comenzó el yantar. Tras de una sopa de pan, empedrada con sangre de la vaca y huesos duros, sirvióse, en un gran dornajo, el cocido, compuesto de garbanzos y titos, berzas y patatas, tal cual porción de tocino y abundantísima cantidad de carne. Guardaban al principio los comensales un profundo silencio, oyéndose tan solo el cuchareteo y feroz masticar de aquella turba, ó el hipo de algunos que se habían atragantado al engullir, ó la voz de otro que demandaba un jarro de los varios que en la mesa parecían, los cuales así que se vaciaban eran llenados de nuevo, y, para tal menester, veíanse en el suelo hasta tres pellejos de vino, que muy bien harían sus siete cántaras corridas cada uno.

— ¡ Ay, Virgen de Villavides !, — exclamaba la viuda.

— Vamos, madre, — la decía Jeromo, — coma usté otro bocadico.

— ¡ Si no puedo; si tengo así como un ñudo en el gañote que no me deja tragar !

— ¡ Como ha de ser ! Estas cosas hay que tomarlas según vienen, — repuso el tío Lancurdia, embaulando un tasajo de media libra — Pues... lo que dijo el señor cura: resinación y... aguantáse, ¡ qué caray !, p'allá tenemos de dir todos.

— Más tarde ó más trempano, — añadía otro.

— Y cuanto más tarde mejor, — agregó un tercero, después de echar un trago y limpiándose las boceras con los dorsos de la mano.

— ¡ Eso, eso ! — dijeron muchos á un tiempo.

— ¡ Este es el mundo ! — continuó aquel: — hoy está uno bueno y sano, con más salud que un buey, y mañana, si á mano viene, está apisonando tierra con el cogote.

Por este tenor, y ya más animada la conversación, siguieron aquellos honrados aldeanos departiendo acerca de lo engañoso y breve de la vida, no menos fugaz que el contenido del dornajo, el vino de los pellejos, y las hogazas de á ocho, que, como por arte de encantamiento, desaparecían, prolongándose la comida hasta bien entrada la tarde, (pues sabido es el calmoso comer de la gente campesina), y acabada la concienzuda refacción, retiráronse las mujeres á la sala y solos los hombres quedaron en el portal, fumando y bebiendo: ¡ vaya usted á saber quién habría llevado á Villavides esta costumbre inglesa !

En lo que restaba de día, visitaron la casa todos los vecinos del pueblo, y como la habitación en donde estaba la viuda no era muy grande que digamos, tuvieron necesidad de invadir las demás de la vivienda; así es que aquello, á un verdadero enjambre semejaba: sin embargo, en la estancia mencionada transcurrían las horas tristes y silenciosas; llegaba el rumor de fuera, pero allí ninguno osaba abrir la boca, cual si al entrar se hubiesen dejado á la

puerta el uso de la palabra. Por eso el gran Lancurdia escogió esta pieza para echar la siesta, pues con la buena tajada y las frecuentes libaciones le entraron al hombre ganas de reposar; buscó un sitio, encontróle mejor que ningún otro, pegó la barba al pecho, y de un tirón y sin cambiar de postura, durmió hasta el toque de oraciones; abrió entonces los ojos, y como viese que el señor cura y los demás que allí estaban se disponían á rezar el Rosario, se escurrió bonitamente y se fué á la cocina, con objeto de preguntar á Úrsula si faltaba mucho tiempo para la cena: al oir que más de dos horas, suplicó á la guisandera que le diese algún alimento, empleando para ello tan poderosas y convincentes razones, que la buena mujer hubo de apartarle una muy regular ración de los callos de la res, pues con esto y obra de media libra de pan y la correspondiente *pintica* de vino, le bastaba por el pronto, segun dijo, para matar el gusanillo.

Por la noche, repitióse el ágapa en el portal, pudiendo asegurarse que, entre las dos comidas, quedó la vaca reducida á menos de la mitad, y á la hora de dormir fué preciso resolver tantos problemas cuántos eran los que en la vivienda se alojaban: pequeña era la casa y no más de cuatro camas había en ella, pero tirando un jergón aquí, allá un colchón, acullá una manta, podrían arreglarse todos, y cuando no bastase el surtido doméstico, ya procuraría cada forastero arreglárselas como pudiese, apelando á las enjalmas de las caballerías para hacer la cama en un escaño, ó en un banco, ó en un rincon del pajar. Una noche se pasa de cualquier modo.

* * *

Tres días más duró el *mortuorio*, y aunque algunos regresaron á sus pueblos al siguiente del entierro, otros, los más, se quedaron para asistir al funeral y á las misas.

Jeromo comenzaba á cargarse de aquella pandilla de tragones que comían como lobos, tomando la casa lo mismo que país conquistado, y Anica y Úrsula se iban cansando también de atender á tantos huéspedes y de sufrir sus gollerías é impertenencias: uno pedía el aguardiente, otro el pienso para la burra, este, alegando que le hacían daño los pimientos en aceite que acostumbraban servirles para echar la *parva*, decía que le diesen huevos cocidos; aquel no comía los arenques, como no se los asasen entre dos cascos de cebolla atados con un hilo; el de más allá quería al vino caliente, y hasta hubo alguno á quien le faltó poco para insultar á la familia, porque el guisote de patatas no tenía la cantidad de tajadas que reclamaba su estómago de buitre.

Llegó por fin el dia de la marcha: se había dicho la última misa y ya no era posible encontrar pretexto para permanecer en la casa, por lo cual fueron desfilando todos.

— ¡ Gracias por la compañía ! — decían la viuda y los hijos.

— Mandar cosa que se ofrezca.

— Á lo mismo nos obligamos.

— Salud para encomendarle á Dios.

. . . .

Triste, silencioso, cabizbajo, el tio Lancurdia, después de despedirse, se encaminó á la cuadra, desató su burro, que junto al pesebre meditaba, y púsole la albarda; dirigió una melancólica mirada al muladar, donde en macabro montón yacían los mondados huesos de la vaca, en los que un galgo iluso aun creía encontrar el rastro de la carne; lanzó un suspiro al acordarse de las ollas de Egipto, y subiendo sobre el jumento, tomó la vuelta de su aldea.

JULIO PUYOL

Ilustraciones de O. JUNYENT

PARIS Y LA EXPOSICION

IMPRESIONES Á VUELA PLUMA

Volvía, hace dos noches, acompañado de un amigo, de casa de otro idem que tiene sus penates en las alturas de Montmartre — *le quartier sacré !* — cuando al pasar por delante de uno de los varios sitios de... recreo que abundan en el barrio, fuí testigo de una escena típica, aunque muy comunes, muy frecuentes en aquellos sitios eminentemente divertidos y propicios á la expansión.

Dos caballeros de aristocrático aspecto, cuya edad era rayana entre los treinta y cinco y los cuarenta, buenos mozos ambos, provistos de rubias, copiosas y bien peinadas barbas, con el rostro muy animoso, el sombrero de copa echado sobre la nuca, el gesto exuberante y el andar... incierto, salían de una de las tabernas más artísticas y más tumultuosas que han contribuído á dar á Montmartre la reputación universal de que desde algunos años goza. Dos jóvenes y elegantísimas pecadoras, muy guapas por cierto y luciendo gigantescos sombreros llenos de plumas, flores, pájaros y frutas, acompañaban á los dos *gentlemen*, asida cada una, amorosamente, del brazo de cada uno y entonando á grito pelado uno de esos estribillos de café-concert, que durante dos ó tres meses están en boga, que medio París repite y que luego quedan olvidados y reemplazados por una nueva copla.

Al encontrarse en la calle las dos parejas, dibujaron un alegre paso de cancán; y luego, soltando estrepitosas carcajadas, subiéronse á un coche que les esperaba y desaparecieron.

— ¿ Sabéis quienes son esos dos señores ? — me dijo el

amigo que me acompañaba, reporter celoso y perspicaz, al corriente de todo cuanto ocurre en París á cada 24 horas.

— ¡ Pché !... dos tipos que se divierten... extranjeros probablemente.

— Sí: extranjeros y altezas auténticas por añadidura.

— ¿ Altezas ?

— Ya lo creo... El más gordo es el Gran Duque X..., el otro, el Príncipe de *** Han venido de incógnito á visitar la Exposición y aprovechan el tiempo visitando con preferencia lo que no se encuentra en la Exposición.

Á decir verdad, no me sorprendió poco ni mucho lo que me decía mi amigo. Desde que asomó el otoño, París está lleno de grandes personajes, de Altezas Serenísimas—que no están siempre serenas —y que habiendo dejado en sus respectivas y habituales residencias, sus títulos, grandezas, gerarquías y tratamientos, han venido á Lutecia con el solo y exclusivo propósito de echar una cana al aire, y de gozar alegremente de los placeres parisienses, ni más ni menos que si fueran simples mortales. ¡ Al diablo la etiqueta y el protocolo !... dicen *in petto* esos egregios varones. Llegan sin previo aviso ni aparato, se inscriben en los registros de los hoteles bajo nombres supuestos y... ¡á vivir!... Ninguno de ellos se hace presentar en el Liceo, para echar ceremoniosos párrafos con el bueno de Monsieur Loubet, ni deja su tarjeta en casa del Presidente del Consejo de Ministros, ni toma parte en oficiales almuerzos, ni recorre las secciones de la Exposición acompañado por altos funcionarios de la República. Nada de eso: ellos vienen para divertirse y no para otra cosa; para frecuentar *le monde où l'on s'amuse* y no *le monde où l'on s'ennuie*. Son príncipes filósofos, epicúreos y muy satisfechos de encontrarse en medio de un régimen republicano democrático, que les permite hacer el calaverilla, sin que nadie se mezcle con ellos.

No se diga, pues, que las cortes extranjeras y que los representantes de las monarquías europeas ven con malos ojos á la República francesa. ¡ Qué han de ver !... De fijo que han venido á esta Exposición más hijos y sobrinos y primos de Reyes y de Emperadores, que no vinieron en 1868, cuando la famosa Exposición del segundo Imperio: lo que es que han venido de incógnito.

Circunstancia que, á decir verdad, trae muy afligidos y quejosos á no pocos representantes del régimen actual, que consideran el aludido *incógnito* como una falta de deferencia y de cortesía para con las instituciones y los jefes republicanos. Meses atrás abrigábase la honda convicción de que el Gran Certamen daría pie á varios monarcas para hacer una visita oficial al jefe del estado francés. Recuerdo muy bien haber oído decir á uno de los más conspícuos varones de la situación.

— La Exposición que se inaugura recibirá los homenajes de distintos soberanos. Es una lástima que la guerra del Transvaal impida venir á la Reina de Inglaterra y que motivos de delicadeza no permiten emprender al Emperador Guillermo un viaje que tanto desea. Pero tenemos la seguridad de ver al Rey Humberto, al Rey de Dinamarca, y otros varios monarcas. Cuanto á Su Majestad el Czar, ya comprendréis que no puede faltar por ningún concepto y que su presencia será como quien dice la consagración de esta esplendorosa fiesta de la civilización y del trabajo.

Helas !... El autócrata de todas las Rusias se ha llamado andana y todos los demás soberanos han seguido su ejemplo, excepción hecha del Rey Oscar de Suecia y del idem Leopoldo de Bélgica, que son dos buenos señores, sin pretensión. ¡Ah! también vino el Chah, que es un oriental muy decorativo, y un par ó dos de reyes negros, bastante feos, sea dicho con todo el respeto debido á la realeza exótica. No hace muchos días me enseñaron uno todavía que andaba hecho un mamarracho por esas calles. Creí, en un principio, que era un chimpanzé, disfrazado y domesticado: luego supe que era todo un representante del derecho divino africano.

Dentro de poco, ni eso siquiera quedará para dar cierta augustez á una Exposición que entra ya en su periodo de descomposición. Los primeros fríos otoñales se dejan ya sentir, especialmente por las noches y el clima parisien ejerce su influencia nostálgica en todos esos hijos de lejanos países que vinieron á poblar las secciones exóticas. Argelinos, tunecinos, conchinchinos, tonkineses, anamitas, cambodjianos, indostánicos, etc., etc., se sienten ya hastiados de *Ville-Lumière* y desean ardientemente volver á sus lares, huir de las brumas del Sena, pisar de nuevo el suelo pátrio, respirar el ambiente ardoroso de las regiones asiáticas y africanas, impregnado de luz, de calor y de poesía. — Estoy cansado de París... — decíame há poco un Congolés, venido con su tribu — París es triste...

Si... París ha de ser triste, al cabo de algún tiempo, una vez satisfechas las primeras impresiones de curiosidad, para esos hijos de ese oriente siempre esplendoroso... Muchos de ellos han empezado ya á desfilar y los que se quedan no se cuidan de ocultar su mal humor y el deseo que tienen de perder cuanto antes de vista las puertas de la gran feria. Y no es que esta deje de ofrecer cada día nuevas atracciones y agradables sorpresas. Hace dos horas escasas he recibido una tarjeta de convite para asistir á un Concurso de coles, espinacas y otras legumbres que no podrá menos de brindar emociones verdaderamente estéticas y saturadas de profundísimo interés.

Eso sin contar con la procesión de las Vendimias y con la de los Medios de transporte, en que fundan sus organizadores y el público en general inmensas esperanzas.

Alfonso de Mar

CARTA TERCERA

Vida del europeo en Pekin.— En la legación de Alemania. — Li-houng-chang. — Un chino orgulloso y mal criado. — Problema culinario. — Un menú extravagante.— El monoculo. — Un mandarin militar. — Cementerio chino. — Invitación macabra. — El himno á Confucio. — Añoranza.

Pekin, Julio 8 de 1898

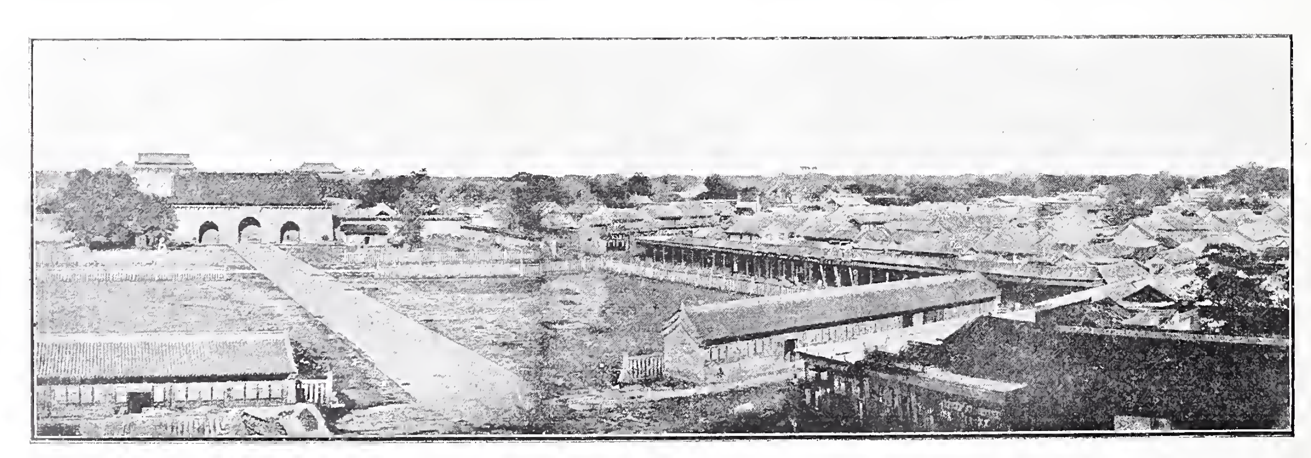
A Lady Harrisson, en Londres

Mi cara, mi inolvidable Olga: Desde el veinte de Junio, en que te envié mi última carta, pocas cosas han ocurrido, al menos á la gente del barrio europeo, que valgan la pena de contarse. Nuestra vida en Pekin es una balsa de aceite. Alguna excursión por el río, para ver de cerca las viviendas flotantes, donde pasan la vida, como aves acuáticas, multitud de familias chinas; algún paseo á caballo por las afueras de la ciudad, y alguna cacería muy de tarde en tarde, hé aquí toda la distracción que puede uno proporcionarse en Pekin. Fuera de esto, no hay más remedio que ir todas las tardes, de cinco á siete, á nuestro modestísimo club, en el cual, como no excluímos á las señoras, hay á las veces animación y alegría. Se hace música, se juega al tresillo, se hojean las revistas ilustradas, y se habla, y se cambian impresiones casi siempre tristes. Desde el inglés hasta el italiano y desde el alemán hasta el belga, no tenemos más que una voz para maldecir nuestra suerte y desear que llegue cuanto antes el momento de la partida.

Sin embargo, hace pocas noches, por rara excepción, pasamos algunas horas muy divertidas. Para celebrar, según antigua costumbre, el cumpleaños del Emperador Guillermo, nos reunimos casi todos los europeos y americanos y no pocos personajes chinos, en los salones de la Legación alemana, donde hubo banquete, recepción y un poco de baile. El magnífico hotel, construído expresamente para la embajada, con comodidad y con lujo, sin poder, claro está, compararse con ningun edificio de nuestra plaza de Trafalgar, ofrecía un aspecto deslumbrador. El ministro y su bella esposa, acompañados de los secretarios, nos hicieron amablemente los honores. Á más de nuestra nación, estaban en la fiesta, representadas por sus enviados extraordinarios y ministros plenipotenciarios ó residentes, Austria-Hungría, Francia, Italia, Rusia, Bélgica, España, los Países Bajos y los Estados Unidos de América. El ministro del Japón, mi buen amigo Yano Furnio, lucía un rico traje de seda, que llamaba—y con justicia—la atención de todas las señoras. También la llamaba, aunque por otro concepto, el frac prehistórico del ministro de Portugal, gobernador al mismo tiempo de Macao y que vino de allí expresamente para ostentar entre nosotros tan artística indumentaria.

Dos personas llamaban principalmente la atención, á más del japonés y del lusitano: entre las señoras, la marquesa de Salvago Raggi, esposa del ministro plenipotenciario de Italia y modelo (donde tú no estés) de elegancia y belleza; entre el sexo feo, el respetable chino Li-houng-chang, habilísimo diplomático y miembro, el más temible para nosotros, del Tsong-li-yamen. Bajo su gorra de seda, que no se ha quitado nunca, ni aún en Moscou, al oir el himno imperial en las fiestas de la coronación de Nicolás II, á que asistió, oculta una cabeza de primer orden y llena de gramática parda, con la cual está consiguiendo desde hace muchos años sostener su preponderancia en el Imperio y engordar, de paso, su bolsa, que es de las más repletas de Pekin. Aunque me parece exagerada la cifra, hay quien le calcula una fortuna personal de quinientos millones de táels.

Á pesar de su orgullo, mayor que el de un gran chambelán de los nuestros, — y no aludo á tu respetable tío el



Panorama de Pekin

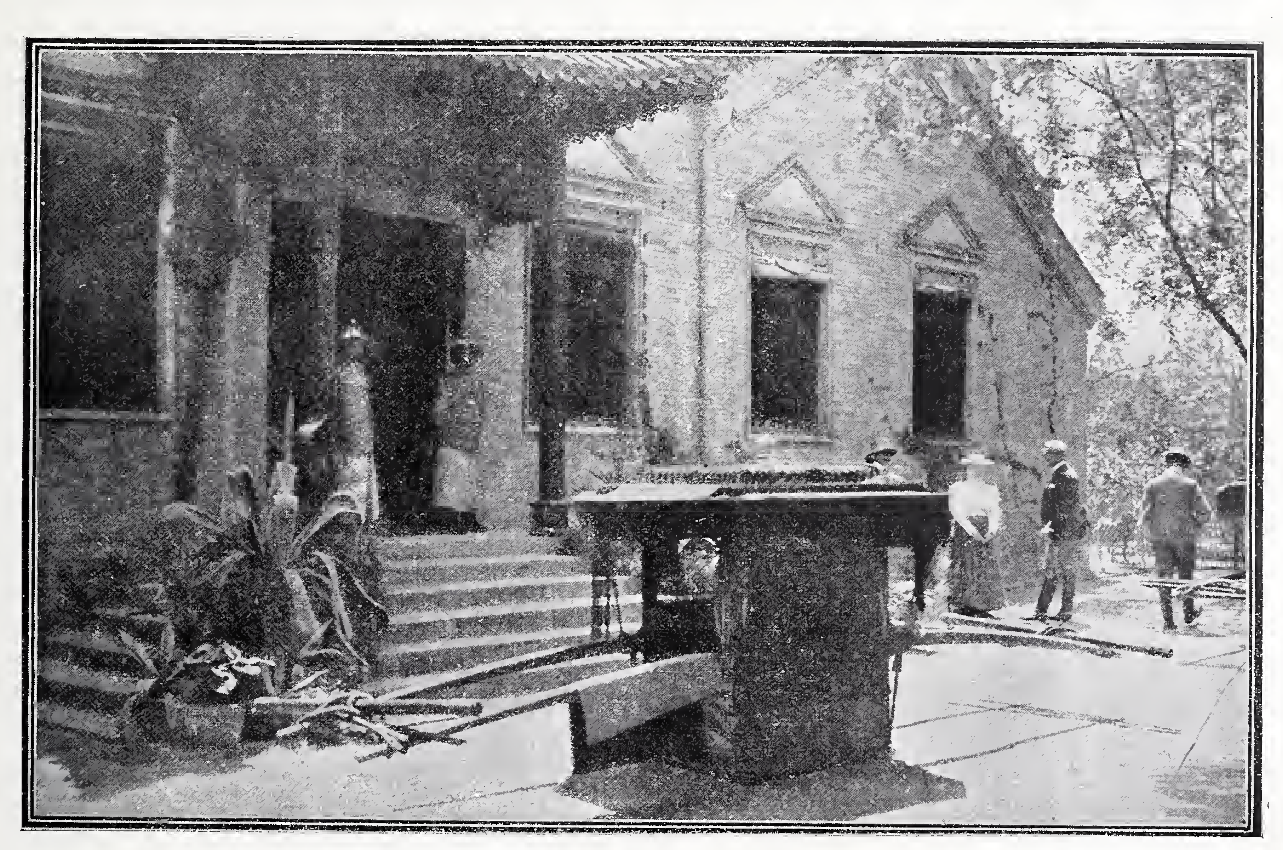
conde d' Ancaster — este Li-houng-chang es hijo de un infeliz letrado, que á duras penas pudo educar á sus cinco vástagos. Inteligente y activo, hizo su carrera con éxito, ingresando en la Academia de Haulin — figúrate si será viejo — allá por el año de 1848, cuando ni tu ni yo pensábamos aún en nacer. Y desde entonces su vida no ha podido ser más aprovechada. Baste decirte que ha firmado casi todos los tratados que se han hecho, durante los últimos veinticinco años, entre la China y las potencias de Europa y América.

Amigo íntimo de Tsou-Hsi, la emperatríz regente, nada se ha podido hacer contra él, á pesar de haberse creado numerosos enemigos; en 1895, hace tres años, se le degradó, se le quitaron todos sus títulos, incluso su condecoración de la «pluma del pavo real» y su «túnica amarilla». Pocas semanas después se le encargaba de negociar la paz con el Japón, y al año siguiente fué designado para representar á la China en las fiestas de la coronación del Czar Nicolás II.

Entonces recorrió casi toda Europa, y las barrabasadas que á la sazón hizo en distintas cortes, con su mala crianza, que contrasta con la cortesía habitual de los chinos, tú las has leído, como yo, en el *Times* y en otros diarios europeos. Entre otras cosas, recuerdo ahora que en un teatro de Moscou, en la ópera — creo que ya te lo dije — cuando los grandes dignatarios del Imperio y los embajadores llegados de todo el mundo, escuchaban en pie, respetuosamente, el «Boje Tzara Krani» (himno nacional é imperial) este orgulloso chino permaneció tranquilamente arrellanado en su asiento. Y poco después, en la corte de Bélgica, invitado á comer por Leopoldo II, después de *exigir* la cocina china, porque — tiene gracia — le *repugnaba* la europea, no bien hubo terminado el banquete, encendió su pipa con gran escándalo de los comensales y empezó á soltar grandes bocanadas de humo. Y en otra ocasión, en París,...; pero ¿á qué seguir contándote las... (*) del buen Li-houng-chang?... Ni en las novelas de Dickens se encuentra un personaje mas tragi-cómico...

Antes de invitarle á su mesa, mi digno colega, el representante del *Kaiser*, estuvo pensando más que Hegel, su compatriota, al escribir la *Fenomenología del Espíritu*. Recordando lo que ocurrió en la famosa comida de Bruselas, se presentaba al diplomático un gran problema culinario. ¿Se servirían á Li-houng-chang manjares chinos, confeccionados expresamente para él, para él solo? ¿Se le haría tragar, por el contrario, una tortilla á la francesa ó una chuleta de ternera casi cruda y chorreando sangre?... Después de muchas perplejidades, el ministro se decidió por lo primero. Y como en estas legaciones, casi toda la gente de escalera abajo es del país, no faltó un cocinero chino que se encargase del *menú* de Li-houng-chang; y aunque los demás no hemos comido — ¡ líbrenos Dios! — de esos platos, hemos tenido que *verlos* y *olerlos*, y esto, en un inglés, es lo bastante para perder el apetito, para sentir nauseas y para entrar en ganas de echar á correr y no parar hasta el puente de Westminter.

Á nuestro chino se le puso, en vez de plato, una escudilla de porcelana, y junto á ésta, los célebres palillos ó *fachí* que hacen el oficio del cubierto. Y el hombre abrió la marcha con los dulces y las frutas. Siguieron después las aletas de tiburón, las chuletas azucaradas, los pescados ahumados y las pechugas de codorniz. Vinieron enseguida los nidos de pájaro, que son el *bocado de cardenal* de la gente rica del país. Este refinamiento culinario, que aquí se paga á peso de oro, son verdaderos nidos de un pajarillo que se encuentra en Java. Formados de tallos y hierbecillas, se los limpia de plumones y otras adherencias, y, deshechos por la cocción, quedan reducidos á una substancia gelatinosa, con la que mezclan almendras de varias frutas. Su nombre es *ning-vo*. Colocándose la escudilla debajo de la barba, á guisa de bacía de barbero, nuestro chino *devoró*, muy complacido, el *ning-vo*, rociándolo con una especie de vino que se extrae del arroz, y que se bebe, perfumado con una esencia, en una microscópica taza.



Edificio de la Embajada alemana

(*) Dejamos sin traducir el vocablo usado por Mr. Harrisson, por no encontrarlo en ningún diccionario. N. DEL T.

Li-houng-chang (Diplomático chino)

Hacía un calor sofocante — 28 º sobre cero, medidos en el termómetro centígrado — y el banquete no tenía trazas de concluir. La marquesa de Salvago y otras damas de la colonia europea, sin fuerzas para continuar presenciado el atracón que se daba el chino, levantáronse de la mesa, fingiéndose indispuestas. ¡ Quién hubiera podido hacer otro tanto !... Los caballeros permanecimos en nuestro asiento, y ya iba á descorcharse el *Champagne*, cuando Li-houng-chang, mirándome fijamente, soltó una carcajada estrepitosa. Todos los comensales se volvieron hacia mí. Yo, medio amoscado, iba á pedir explicaciones sobre el motivo de aquella extraña é inoportuna hilaridad, cuando mi amigo el señor Cologán, ministro de España, me hizo notar que el mal educado chino se reía de mi monóculo y preguntaba si soy tuerto. Díjele que no, y entonces quiso ver y examinar de cerca el aparato óptico que le causaba tanta risa; se lo envié con un criado, y aun estoy esperando que me lo devuelva. Quizá se lo habrá comido, porque quien come aletas de tiburón y nidos de pájaros, es capaz de comer cualquier cosa.

Al fin terminó el banquete, no sin beber antes una copa de Champagne á la salud de Guillermo II. Y mientras allá en el salón, la hermosa marquesa de Salvago, ya repuesta de su indisposición, tocaba al piano un *nocturno* de Chopin, yo, en compañía de Liao-shou-feng, mandarín militar, me salí á la terrasa á echar un cigarro y á tomar el fresco. La noche era espléndida. Desde la terrasa se dominaba una gran extensión de terreno, iluminado por los rayos de la luna. El mandarín se quedó un buen rato pensativo, mirando hacia el horizonte; y como yo le preguntase cual era el objeto de su curiosidad, me señaló á lo lejos un campo, que semejaba una salina en explotación y donde se veía un gran número de pequeñas pirámides de tierra. Era un cementerio, el eterno espectáculo de la China, porque este país es una vasta necrópolis. Y se comprende, porque los chinos, cuando están enfermos de gravedad, hallándose fuera de su patria, se hacen trasladar á ella para que los entierren aquí; y si no pueden venir vivos, después de muertos se les trae embalsamados. Y hasta existen compañías de vapores que hacen este servicio entre San Francisco de California y los puertos de China.

Compadéceme, Olga : mi amigo Liao-shou-feng, con aire grave, con acento funeral y sombrio, se puso á hablarme de la muerte. Aseguróme que él está preparado siempre para recibirla y que, á este efecto, tiene en su casa, bien guardadito, su ataud. Esto no me extrañó, ni mucho menos, porque sé que es costumbre de aquí: mas lo que yo ciertamente no me esperaba, era que me invitase con exquisita urbanidad y como haciéndome un gran favor, á ir á su casa á ver al féretro, que, según dice, es el más lujoso que hay en Pekin. Y ¿ qué había de hacer ? Acepté, para dentro de un par de días, la original invitación.

Y estando en esto ¡ qué feliz ocurrencia tuvo, allá en el salón, la marquesa de Salvago ! ¿ Qué creerás que ejecutó en el armonium ? ¡ El himno á Confucio ! Escucharlo mi chino, y dejarme solo, para irse al salón, fué simultáneo. Excuso decirte que no le seguí. Me quedé en la terrasa contemplando la luna y recordando con tristeza aquellas noches de Londres, en que, navegando contigo, la veíamos rielar sobre el Támesis...

Pero, antes que entristecerte, prefiero decirte adios. ¡ Hasta pronto ! Te envía sus afectos tu esposo y amigo

JOHN HARRISSON

Traducción del inglés por A.

Cementerio en las afueras de Pekin

En la Junta General celebrada por esta Sociedad el día 30 del pasado Noviembre se dió lectura de la siguiente comunicación:

« En cumplimiento de lo expuesto en su atenta comunicación referente á los azulejos de cartón piedra remitidos por la casa Miralles, de Barcelona, he procedido á su examen.

» Consiste este producto en unas placas compuestas de tres clases de cartones heterogéneos, íntimamente unidos entre sí por medio de una fuerte presión hidráulica, á fin de evitar el alabeo, que pudiera producirse por efecto de las temperaturas elevadas. Están barnizados en el frente, dorso y cantos, lo cual los hace relativamente impermeables.

» Son ligeros, inrompibles y de fácil colocación. Ésta se obtiene, según se detalla en el álbum-catálogo correspondiente y cuyo sistema ha comprobado el que suscribe, por un ligero enlistonado de madera y una serie de clavos de reducidas dimensiones; debiendo barnizarse después el conjunto con una capa de barniz bueno.

» Las condiciones artísticas de estos azulejos como elemento de ornato son excelentes, puesto que tratan de sustituir, dentro de los límites propios de su naturaleza, á las verdaderas cerámicas esmaltadas.

» No es posible sostener hoy, como en otros tiempos, que la ornamentación cerámica sea genuinamente española.

» En efecto, sin remontarse á las placas esmaltadas del interior de la pirámide de Saq-quarala ó al magnífico friso de los arqueros del palacio de Darío, pieza maestra del Salón persa del Museo del Louvre; dando de lado por su vaguedad las fabricaciones del Cairo en el siglo XI que cita el viajero Nassiri-Khosran, las persas del XII mencionadas por Ya-Kont, y las indicaciones del monje Theófilo sobre las artes cerámicas de Occidente en la misma época, vemos que los mahometanos dominan esta fabricación en todos los países donde ponen su planta ó su arte, persa en Rodas, árabe en Sicilia, mauritano en España; y que ya en las centurias décima quinta y sexta ilustran la Italia las manufacturas de Faença, Caffagiolo, Florencia y Urbino, con los Xantos y los Fontanas; y la Francia los de Viron y Saintes, con Cherpantier y Palissy.

» Pero si la ornamentación de esta rama de las artes del fuego puede considerarse como general, no es menos cierto que en España adquiere importancia grandísima con la enseñanza mahometana. Ya en 1350 se cita por el geográfo árabe Zbu-Batutall la ciudad de Málaga como centro de enorme fabricación y exportación, y bien apreciados de los arqueólogos modernos son los alicatados granadinos y sevillanos, el célebre vaso de la Alhambra, las cerámicas con reflejos metálicos de Valencia y Mallorca y, ya en pleno siglo de Carlos V, las fábricas de Puente del Arzobispo, de influencias asiáticas, así como las de Triana, en las que el italiano Nicolaso marcó el gusto del Renacimiento de su país; continuando la tradición ceramista española en Talavera y Alcora, más castiza aquélla que ésta, que se dejó influir por los artistas que el Conde de Aranda hizo venir de Monstiers.

» Es, por tanto, digno de los mayores plácemes todo esfuerzo hecho por la industria española para resucitar tan bello sistema de ornamentación. Pero, siendo la verdadera cerámica producto de gran coste, es de alabar la casa de Miralles, que, partiendo del principio de la exigida baratura del producto industrial que domina la época presente, ha ideado un elemento de ornato de hermoso efecto, gran duración (siempre que se emplee en lugares propios, ó sea en interiores) y acertados modelos.

» La colección de éstos comprende imitaciones escogidas de los alicatados granadinos, de los azulejos mudéjares en ellos inspirados, de los revestimientos persas, de las placas medioevales coloridas y con reflejos metálicos, y de las cerámicas ornamentales del Renacimiento, sin olvidar algunos dibujos modernos y la asimilación de reconocidos y apreciados modelos de la casa Minton.

» Por todas estas consideraciones, esta Sección Artística estima que el producto llamado "Azulejos cartón piedra" de la casa Miralles, de Barcelona, reune excelentes condiciones de aplicación y es altamente recomendable.

» Lo que tengo el honor de poner en conocimiento de V. E., cuya vida guarde Dios muchos años.—Madrid 29 Noviembre de 1898.—*El Presidente de la Sección Artística,* EDUARDO de ADARO.—Ilustre Excmo. Sr. Presidente de la Sociedad Central de Arquitectos.»

Lo que, en cumplimiento del acuerdo tomado, tengo la satisfacción de comunicarle para su conocimiento y fines consiguientes y para que pueda utilizar el informe cuando lo estime necesario.

Madrid 10 de Diciembre de 1898

El Secretario General,
(Rubricado)
Luis M.ª Cabello y Lapiedra, *Arquitecto*

AZULEJOS
CARTON PIEDRA
Patente de invención en España y el Estranjero
Nuevo elemento para la Decoración. Arrimadeos, frisos, artesonados, muebles & &.
No se rompen, son ligeros, impermeables, y baratos.
Pídase el Catálogo
PATENTE DE INVENCION
Hermenegildo Miralles
59 Bailén. Barcelona.
Pascó 93

HISPANIA

L. DE JONCIÈRES.—LA CANCION DEL BOHEMIO

LOS JARRONES HISPANO-ÁRABES

Figura 1.ª

Sr. D. José Ramón Mélida

Mi muy estimado amigo:

No se diría que los catalanes, ni aun los regionalistas impenitentes, menospreciamos las cosas buenas de España, si por ahí fuera de Cataluña se supiese como en ella estudiamos y apreciamos en alto valor sus antiguas artes. Voy á dar muestra de ello y ofrecerla á su buena y vieja amistad.

He visto el otro día su artículo sobre los jarrones incomparables de loza hispano-árabe, de la que se supone de Málaga, y se me ha ocurrido repasar mis papeletas de apuntes, porque me pareció que tenía noticia de alguno más de los por V. descritos, y brevemente voy á apuntar esta noticia.

Á ocho ascienden los vasos de esta especie de que yo tengo fotografía, apunte ó nota. Puede estudiarse en estos algún ejemplar entero, otros mutilados, ó fragmentos de ellos. De uno queda solo un dibujo con muy poco carácter. De otro no tengo más que mera noticia sin comprobación.

El más notable indudablemente es el llamado de la Alhambra, que se conserva en el museo de fragmentos de aquel palacio. Adjunta doy una reproducción fotográfica (fig. 1.ª) que del mismo hicimos con Mariezcurrena (Q. D. H.) sobre el original en 1883. Mide el vaso 1'34 m. de altura. Está barnizado de blanco y los adornos hechos á pincel, á dos colores, melado y azul cobalto. No tiene dorado metálico, pero si irisaciones ó reflejos que sobre el color melado dan á distancia el efecto de oro viejo. Parece obtenido todo el decorado en una sola cochura y no se puede dar efecto más rico y más finamente artístico que el que esta decoración produce.

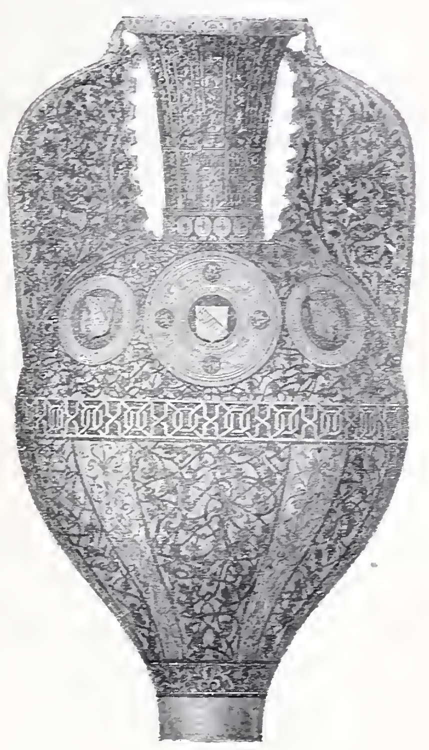


Figura 3.ª

Igual sistema de adorno tienen, más ó menos simple, todos los vasos restantes del mismo origen.

De la Alhambra dicen que también procede el fragmento de vaso de la fig. 2.ª, que ví en el Museo provincial de Granada. El barníz es blanco verdoso, muy deteriorado, y sobre él se distinguen restos de adornos muy finos, también de color melado. Este, como todos sus hermanos conocidos, era de gran tamaño. El fragmento mide 0'80 m. de altura.

Igualmente á la Alhambra pertenecía otro gran vaso, desaparecido hoy, y del que dan noticia varios autores. Debió ser este vaso uno de los que vió Bertaut de Rouen en los Adarves del Palacio el año 1659 y que se conservaba en 1767, época en que se hizo un dibujo del mismo y de su compañero hoy existente, pero con tan poco carácter uno y otro que con dificultad se reconocería por ellos la autenticidad de los vasos. No obstante, como el dibujo del hoy existente es tan desgraciado como el del desaparecido, puede colegirse que fueran piezas dignamente parejas. Hechas estas reservas, reproduzco el facsímil del grabado del vaso desaparecido (fig. 3.ª), tomándolo de una vieja obra: «Antigüedades árabes de España.» Atribúyese el dibujo al académico de San Fernando, Lozano, y del mismo han hecho reproducciones Laborde, Murphi y otros. De los Adarves fueron trasladados los dos vasos á una estancia del patio de los Arrayanes, y del desaparecido dice Owen Jones en 1837 que se había roto algunos años antes y que sus pedazos fueron vendidos á extranjeros.

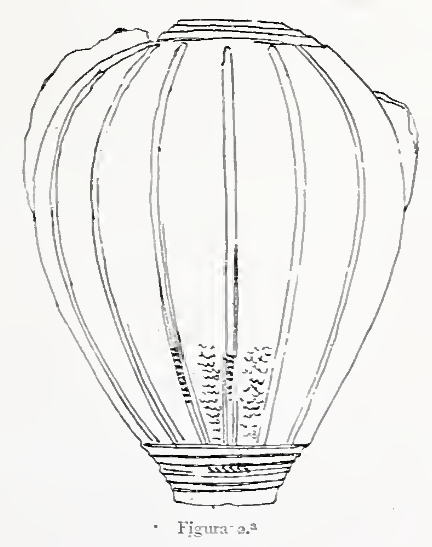


Figura 2.ª

El pintor catalán Fortuny tenía en

su colección el gran vaso de que V. habla y un fragmento notable de otro. Este fragmento (fig. 4.ª) lo he apuntado de una copia al óleo hecha sobre el natural por mi amigo Tomás Moragas, compañero del gran pintor. Medía este fragmento o'80 m. de altura ó acaso más, y estaba barnizado de fondo blanco y pintado simplemente de azul cobalto. Adquiriolo Fortuny en Granada, allí lo copió Moragas é ignoro que se ha hecho de él al presente. Como puede V. ver, tiene también unos antilopes dibujados é inscripciones que parecen del siglo XIV, análogos á los del vaso llamado de la Alhambra.

El vaso Fortuny entero procedía del pueblo del Salar (Granada), donde servía de pie á la pila bautismal; después de muerto el pintor, lo compró en 1875 el príncipe Basilewski por 30.000 francos, pasando luego con la colección de éste, no al Museo del Louvre, como V. dice, amigo José Ramón, sino á otro mucho más lejano. Está en el Museo imperial del Ermitage, en San Petersburgo. No tengo de él más que el adjunto croquis (fig. 5.ª) copia de otro de Fortuny publicado por Iriarte. Bien he deseado tener de este vaso una fotografía y me la tenía ya prometida el director de la sección del Museo de San Petersburgo, pero le enviaron al buen señor á investigaciones arqueológicas y me quedé sin la fotografía.

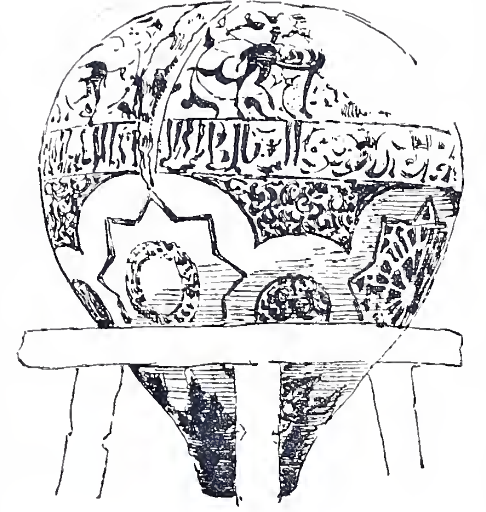


Figura 4.ª

Dice Iriarte que es este vaso de reflejo, rojo pálido ú oro, pero Moragas, que lo tenía muy visto, me ha dicho que es de fondo blanco y los adornos de color melado, con irisaciones que le dan como al de la Alhambra aspecto metálico. En el croquis notará V. que tiene una zona y varios rosetones decorados con caracteres cúficos.

Este vaso es también de gran tamaño: ignoro las medidas justas, pero se puede deducir su importancia por las fotografías del taller de Fortuny donde se ostenta este objeto como su mejor adorno.

No debe ser inferior al vaso Fortuny, otro del que no tengo más que un croquis rudimentario y aún lo debo á la buena amistad de Ros, el inteligente artista restaurador de la fabricación de loza dorada de Manises. Es este vaso el del Museo de Palermo. Había visto del mismo una reproducción corpórea y por lo malo de la reproducción juzgábalo yo. Pero el croquis y un calco de detalle tomados por Ros, (fig. 6.ª y 7.ª) y que reproduzco, refiérenlo á la cerámica hispano árabe y lo hacen hermano mayor y legítimo del vaso Fortuny y de la familia de los de la Alhambra y del Museo de Madrid. Lo presenta el croquis de forma y composición de masa y de galbo parecidos á los vasos granadinos, algo más robusto y de mayor tamaño (altura de 1'70 m.). Tiene grandes inscripciones decorativas de caracteres cúficosy presenta el mismo fondo blanco con adornos finos, puramente árabes granadinos, de colores melado y azul cobalto, como la mayoría de sus hermanos. ¿Como fué á parar á Sicilia este vaso? Yo opino que este, como todos ellos, es del siglo XIV. Acaso en la localidad tengan noticias de su historia, yo las desconozco. Pero la presencia de esta pieza regia de cerámica hispano-árabe en aquel país, no tiene nada de extraordinario. Los reyes de Aragón de la Casa de Barcelona dominaban por sí ó por una de sus ramas casi constantemente Sicilia desde el siglo XIII y la relación de amistad y alianza con los reyes granadinos durante el siglo XIV y los ricos presentes de estos constan en los archivos. Los dietarios de la época se muestran sorprendidos de la riqueza de las armaduras, espadas y jaeces á la gineta con adornos de oro espléndidamente trabajados que, con otros regalos, traían á Juan I los embajadores granadinos, que eran recibidos por el pueblo y los concelleres con mucho agasajo, amistad y gran tolerancia en sus actos religiosos. ¿Sería acaso este vaso uno de estos presentes reales de los Nazaritas á sus amigos y aliados, los príncipes de la casa de Barcelona?

Naturalmente que escluyo la teoría de la cerámica sículo-árabe que está hoy desechada para productos cerámicos de esta clase.

Excluyo también la hipótesis de que pudiera ser esta soberbia pieza producto de la cerámica morisco-aragonesa cuya cabeza de producción era Manises y que se labraba también en otros varios pueblos del reino de Valencia, á los que seguían los talleres de Calatayud, Muel, etc., en Aragón, Barcelona en Cataluña y acaso Inca y algún otro en Mallorca. Aunque de todos estos puntos está perfectamente comprobada la existencia de fabricación de loza de reflejo metálico y pinturas meladas, cobrizas y azules de cobalto de ornamentación tradiccional árabe en un principio y francamente góticas luego, pero conservando siempre el gusto de su origen, esta cerámica no puede confundirse en modo alguno con la granadina. No tiene de ella ni las inscripciones, ni siquiera caracteres de letras árabes, sino unos adornos repetidos imitación de aquellos, ni el adorno es tampoco propiamente árabe, sino también imitación sin carácter, que bien pronto se sustituye por cifras, inscripciones, signos heráldicos y por filetes, follajes y flores de gusto francamente gótico. Estos productos, preciosos también en su estilo, no presentan tampoco los

tamaños ni las dificultades de fabricación de los granadinos. Nacieron por influencia granadina y africana, pero entre los moriscos del reino de Aragón, bajo la protección tolerante é ilustrada de los reyes de la Casa de Barcelona, que los empleaban en sus palacios, y se extendieron sus procedimientos á los talleres de moriscos y cristianos viejos en todos estos reinos. Otro día hablaremos de esto si tengo espacio para ello.

Completo los croquis con el del vaso del Museo arqueológico de Madrid, ó de Hornos (sierra de Segura, Jaén) cuya fotografía daba V. en su artículo, pero *restaurado*, poniéndole el asa que le falta, é indicando los dibujos del adorno de las asas, que son diferentes de los de la fotografía que V. reproduce, de otra que tengo yo y de la de «Las joyas de la exposición arqueológica de Madrid de 1892.» Está tomado el croquis del dibujo del *Museo español de antigüedades*, t. VI, p. 475, que supongo lo reproduce por al lado opuesto el de las fotografías referidas.

Y aquí acabaría sino le hubiese prometido noticias de ocho vasos hispano-árabes y no las he dado más que de siete. El que falta á la lista lo cita Davillier en *L'art* (1879, t. XVII, p. 71) y lo supone en el Museo público de Kopenhague. Me da vergüenza el decirlo, pero en veinte años que conozco la cita no he hecho nada por comprobarla, sin duda por contradecir aquello de la laboriosidad de los catalanes. Pero me sostengo en la intención de procurarme de él fotografía ó croquis.

Para terminar, un dato. Á las noticias sobre las fábricas malagueñas de los escritores árabes, Edrisi (1), Ibn Said, Al-Maccari (2), Ibn Aljathib (3) y Ibn-Bathoutah (4) puede añadirse otra. Nuestro amigo Luis Tramoyeres, de Valencia, ha hallado en un libro de clavario del archivo municipal, de la primera mitad del siglo XV, una partida relativa á dos pomos ó esferas de remate para la cubierta de la cruz de Mislata, en el camino real, pomos que llama la partida de *obra dorada de Málaga*. De manera que tendríamos las fábricas en actividad en el mismo siglo de la conquista del reino de Granada.

Pero ¿no le llama á V. la atención que en Málaga no se hayan encontrado restos de esta fabricación? Debe haberlos. Cuando el pasado invierno estuve yo allá, inquirí de los compañeros arquitectos si en escavaciones ó derribos se hallaba algo, restos de vasijas ó lo que fuere. Algo tiene recogido alguno de ellos pero es de fábrica de Valencia y posterior á la reconquista.

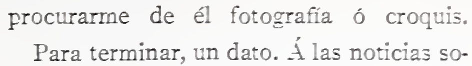


Figura 6.ª

Figura 5.ª

Figura 8.ª

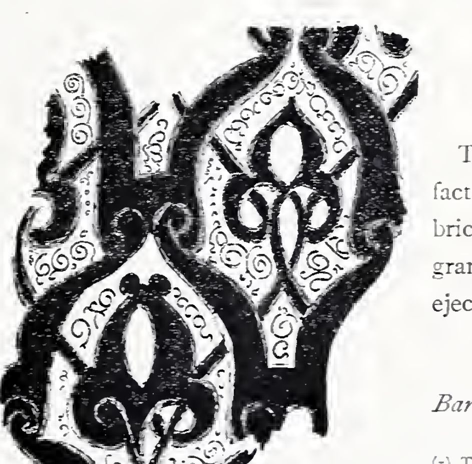


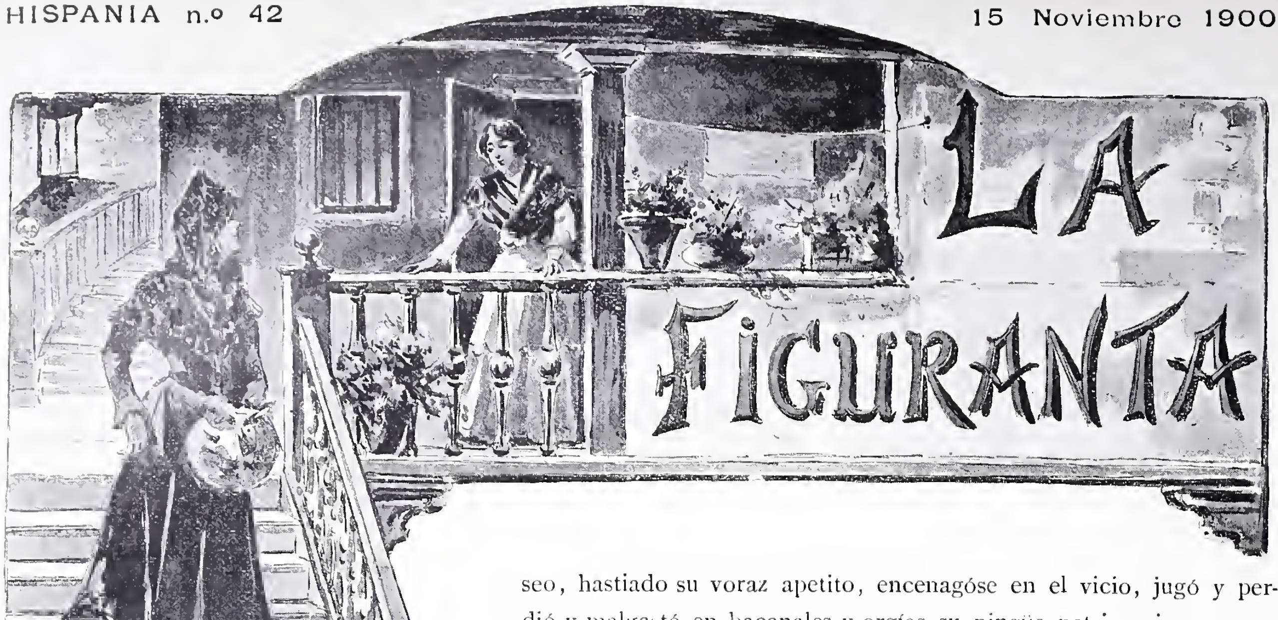
Figura 7.ª

Tienen estos vasos aires de manufactura real. No conozco de esta fabricación sino pocos objetos pero de gran tamaño y de suma dificultad de ejecución. Piezas regias.

LUIS DOMÉNECH Y MONTANER

Barcelona 10 Octubre de 1900

(1) Trad. Dozi y Goeje, p. 230.
(2) Ed. de Leiden, t. I, p. 124.
(3) Segun Simonet: Descr. del R. de Granada, p. 77.
(4) Trad. Defremery. París 1858.



Aquella noche fué al teatro con el corazón oprimido por horrible presentimiento, triste el ánimo, presa de mortal angustia el alma: ¡ pero no había remedio!

Dejar de ir significaba perder su modesto salario, aquellos míseros cuatro reales que eran el sustento único de su casa y de los que sin duda pendía la existencia de su adorado pequeñuelo.

¡ Pobre madre! Dejar á merced de una vecina el cuidado de su hijo, sublevaba su espíritu; pero era preciso, estaba obligada á *trabajar* en aquel baile, representando *la belleza* en su apoteosis, mal veladas las formas por blanca túnica, surgiendo, envuelta en vaporosas gasas, sobre áureo pedestal rodeado de ángeles.

¡ Con qué majestuosa dignidad representaba *su papel!* No era posible hallar otra que la aventajase, ni que mejores condiciones reuniera; porque Amparo era hermosa, tan hermosa, que fama de serlo tenía más allá del barrio.

¡ Triste hermosura que había sido la causa de su infortunio!

Y no merecía que con tanto rigor Dios la tratara. Había sido buena hija, era buena esposa y mejor madre; amaba con amor profundo á su esposo, adoraba con toda la fuerza de su corazón á su hijo, y, sin embargo, Dios la abandonaba á su tristeza, á su desesperación, á sus lágrimas que nadie enjugaba, que ninguno compadecía.

Porque Amparo era muy desgraciada. Habíase unido por amor á un hombre de clase superior á la suya, que codiciaba su belleza, y aquel hombre, conseguido el deseo, hastiado su voraz apetito, encenagóse en el vicio, jugó y perdió y malgastó en bacanales y orgías su pingüe patrimonio y, presa de ardores alcohólicos, caminaba á la miseria, á la desesperación, á la muerte.

Era elegante y habíase tornado asqueroso. Era pulcro, atildado, bello, y ahora malolía, repugnaba.

Nada hacía, porque nada supo hacer nunca y había establecido su hogar en el repugnante cafetucho de sucias mesas, de viciada atmósfera, en donde se juntaba con sus compañeros de crápula y de vicio.

La pobre Amparo intentó con sus lágrimas, con sus ruegos, con su amor inmenso, apartarle de aquel camino; pero todo fué inútil: á sus lágrimas respondía él con carcajadas horribles, espantosas; á sus ruegos, con amenazas; á su amor inmenso, con insultos, blasfemias y golpes, que en silencio recibía la pobre esposa.

Tal era el hombre á quien Amparo había amado, á quien, á pesar de sus vicios, seguía amando como á padre de su hijo.

¡ Pero cuán distinto era su amor presente!

Ahora sufría con resignación sus caricias: conformada con su suerte, dejábase abrazar brutalmente, recibía sin devolver sus impuros besos, y á él se entregaba como un cuerpo sin vida, con tristeza en el corazón, con desprecio en el alma, con repugnancia, con asco, cuando él reclamaba sus derechos de esposo al volver á su hogar tambaleando, ebrio, encorvado el cuerpo, amoratado el rostro, en sangre inyectados los ojos, respirando lujuria, concupiscencia, apetito de encelada bestia, convirtiendo en martirio horrible, en desesperación eterna, los dulces y apacibles goces del hogar sagrado.

Mas no era bastante este martirio, esta desesperación para la pobre esposa.

La madre sufría también otra desesperación y otro martirio más horribles, al pensar solo que su hijo, el único amor que le quedaba en el mundo, pudiera ser víctima de la enfermedad que padecía.

¡ Oh! muriendo su hijo, ¡ para qué vivir ella!

¡ Para qué vivir ella, si moría la sola afección de su alma,

el único consuelo de su vida, la última esperanza que le sonreía en este mundo y la halagaba allá en las tristes abstracciones de su atribulado espíritu!

¡Para qué afanarse en conservar una tan maldecida existencia! ¡para qué luchar tan heróicamente, con tanto valor, con desesperación tanta, por una vida tan horriblemente triste, llena de sobresaltos, de humillaciones, si moría su hijo!

No, no: la muerte de su hijo era para ella la pérdida de la poca fe que la sostenía y alentaba; la muerte de su hijo era para ella la pérdida de la última esperanza de su corazón ultrajado y escarnecido; la muerte de su hijo era para ella la pérdida de su amor presente, único consuelo de su vida, de su amor futuro, única luz que podía alumbrar con su tibio resplandor naciente, el obscuro porvenir que entreveía en sueños, que presentía el alma; la muerte de su hijo sería también su muerte.

Tal pensaba la pobre Amparo, mientras corría temerosa de llegar tarde al teatro.

Había asistido á su pequeñuelo hasta muy entrada la noche, y después de dejarle encomendado á una vecina cariñosa, marchó á representar *su papel de belleza,* á ganar sus míseros cuatro reales.

Terminaba el segundo acto cuando Amparo entró en el escenario.

— Hola, Amparito, — la dijo el director del espectáculo, un señor de bondadosa cara y venerable aspecto. — Esta noche te has retrasado un poco, buena pieza.

— Señor, — contestó Amparo: — he estado asistiendo á mi hijo hasta el preciso instante.

— Bien, bien: hay tiempo de sobra. Y ¿cómo está tu pequeño?

— Mejor, aunque el médico dice que nada puede asegurarse por ahora, porque, en los niños, lo que parece nada puede ser mucho de un momento á otro.

— No hay que perder la esperanza. Esta noche mejor, mañana tal vez bueno.

— ¡Dios lo quiera!

— Y tu esposo ¿qué tal va?

— Señor, como siempre. — Y un raudal de lágrimas siguieron á estas palabras.

— Anda, anda á vestirte — balbuceó el viejo director con voz conmovida, — anda á vestirte y no llores, que en este mundo nada hay eterno.

Subió Amparo, secando sus lágrimas, al cuarto de las *figurantas,* y su bondadoso interlocutor, mientras se dirigía á la escena á dar las últimas órdenes para el comienzo del acto tercero, iba diciendo por lo bajo:

— ¡Lástima de chica! ¡Para eso más le valía no haberse casado!

* * *

La conclusión del baile estaba próxima.

Un telón más arriba, y la apoteosis final, con todo su esplendor de luces, de colores, de gasas, de sedas y de oro, se presentaría ante la atónita multitud que llenaba la sala.

Un cuarto de hora apenas y todo había terminado.

¡Pero qué cuarto de hora aquél! ¡Qué agitación, qué movimiento, qué ruído!

Por fin se oye una voz fuerte que domina el tumulto.

— ¡Todo el mundo á su puesto! — grita. — Y la agitación se calma, párase el movimiento, cesa el ruído y todo queda en el más profundo silencio, grato, dulce, apacible como las notas que suenan allá fuera,

suaves, melodiosas, inspiradas.

Pero nadie ha visto á un hombre sucio, desgreñado, harapiento, que cruza tambaleando entre bastidores y llega á la última *caja* y allí queda inmóvil, apoyado en la *escala* de madera y mirando al foro con mirada estúpida.

Aquel hombre es el marido de Amparo.

Mira y mira, y al fin la reconoce, la distingue sobre su pedestal de flores, sobre su trono de gasas, rodeada de ángeles, resplandeciente de luz, espléndida de belleza, exuberante de vida y de hermosura.

Intenta adelantar hacia ella y no puede, porque se doblan sus piernas; pero puede hablar.

Y en medio de aquel religioso y profundo silencio, se oye una voz dura, estridente, aguardentosa, que hiere el oído, que desgarra el corazón, que hiela el alma.

—¡Tú! — grita aquella voz, —¡baja de ahí que tu hijo se ha muerto!

El horrible grito de Amparo, de la pobre madre, no pudo oirse.

Otro grito mayor, más agudo, fuerte y prolongado, dominó el de aquella mujer que acababa de perder la última esperanza de su vida.

El director había hecho sonar el pito, y el telón subió rápidamente.

Aquella noche todos se fijaron en *la belleza;* su inmovilidad era absoluta: parecía una estatua.

PEDRO BONET ALCANTARILLA

Ilustraciones de F. GONZÁLEZ

A. FILLOL GRANELL.—LA CURANDERA

REGALO á los Sres. suscriptores de HISPANIA

Reproducción imitada á mayólica azulada del bajo relieve de José Llimona LA MEDITACIÓN

Tamaño 49 por 28 centímetros

Con el presente número de *Hispania* empezará el reparto á los señores suscriptores del artístico regalo *La Meditación.*

Cuando á principios del año que ahora va á finir, celebró *Hispania* en el Salón Parés su primera Exposición de pinturas y dibujos originales, destinados á la ilustración y á la decoración de la revista, figuró entre las obras expuestas un bajo relieve de José Llimona que, como todas las creaciones del eminente escultor catalán, hubo de arrancar justos elogios á inteligentes y á profanos.

Representaba el bajo relieve en cuestión una de las figuras de mujer adolescente, vestidas con larga y holgada túnica, flexibles y esbeltas, espirituales y melancólicas, que, sentadas en el borde de una peña, con la cabeza apoyada en la palma de la mano, parecen soñar silenciosamente en los destinos futuros.

Pues, una reproducción, imitando mayólica azul, de aquella admirable obra escultórica es lo que, á tenor de lo ofrecido, empezamos á distribuir á nuestros abonados, en la seguridad de que sabrán considerar los sacrificios que *Hispania* se impone para complacerles en sus gustos artísticos.

CARTA CUARTA

Excursión á caballo.— El templo de la Campana.— Una caravana de camellos.— Encuentro con un mandarín.— Recuerdo de la niñez.— Chinos que se burlan de los europeos.—Caras de un solo molde.— Un antiguo conocido.— Las uñas del chino rico.— Una noticia alarmante.— El retrato del emperador.— Un luto nacional inoportuno.— El observatorio astronòmico.— Progreso moral y material del Imperio.— Una amenaza pavorosa.

Pekin, Agosto de 1898

Á Lord Roberto Harrisson, en Londres

Mi buen hermano: Desde que, por mi mala suerte, estoy en Pekin, fué el día de ayer el que mejor he aprovechado. Mi cartera está llena de notas. Para Olga, mi esposa querida, reservo la mejor parte; á ti te ofrezco unas pocas, ya que continúas, según me dices, con tu afán de estudiar y de conocer, por mis modestas descripciones, la China moderna.

Por la mañana, bien tempranito, á fin de evitar las caricias del sol, que en este mes son insoportables, hice una excursión, á caballo, por las afueras de Pekin. Me acompañaban Mr. Bushell, el médico de la legación y, como siempre, el chino Chi-lou, mi secretario é intérprete, el cual se empeñó en conducirnos hasta el Templo de la Campana, que está á cinco kilómetros de la ciudad y en donde lo único digno de mención es la célebre campana de hierro, que pesa 1,250 quintales.

Al volver, de regreso, á Pekin, tuvimos que detenernos enfrente de la muralla para ceder el paso á una caravana de camellos, silenciosa procesión de animales monstruosos, con sus deformes jorobas, su largo y torcido cuello, sus luengas patas, que apenas dejan huella sobre la arena, su marcha rítmica, de sin igual monotonía, que marea. Uno tras otro, por una cuerda enlazados, como cuentas de un rosario viviente, iban pausadamente caminando, pareciendo, por las ondulaciones de su marcha, una culebra colosal, que, sometida, se arrastra y obedece.

Contemplando estaba melancólicamente la caravana, cuando el doctor me hizo fijar en un grupo que, ante el obstáculo de los camellos, se había detenido como nosotros. Cuatro ó seis servidores á caballo rodeaban una elegante silla de manos, por cuya portezuela asomaba el busto, cubierto de riquísima seda, un honorable mandarín. Noté que el *celeste,* durante la parada forzosa, se fijaba mucho en mí; mas hube de atribuir esto á la curiosidad que los europeos que estamos aquí inspiramos siempre á los asiáticos y que es igual á la que á nosotros suelen inspirarnos ellos cuando se pasean gravemente, con la trenza al aire y su indumentaria característica, por el parque de Greenwich.

¿Quien, siendo muchacho, no ha tenido ocasión de reirse de algun *amarillo,* de los que viajan por Europa ó pertenecen á las Legaciones del Celeste Imperio? Solemnes, entonados, enhiestos, como si fuese de hierro ó de bronce su columna vertebral, por su rostro, por su aspecto y su traje, parecen figuras de Carnaval, que no pueden de ningún modo pasar en Europa inadvertidas. ¿Te acuerdas?... ¡Cuántas veces tu y yo, siendo niños, allá en «Hyde Park» ó en «Battersea,» hemos tirado de la trenza á algún magestuoso funcionario de la Legación de la China en Londres! Tú, que eras más travieso que yo — aun me parece que te estoy viendo — siempre encontrabas la manera de hacerle blanco de tus disparos de pelota ó de meterle por entre las pantorrillas tu aro, á pesar de lo cual el diplomático permanecía inmóvil y rígido, sin dignarse siquiera volver el rostro para mirar á los rapazuelos que de aquel modo turbaban la tranquilidad de sus paseos.

Pues del mismo modo que, allá en Londres, excitaban

La gran campana

Llegada á Pekin de una caravana

tando las manos sobre el pecho, pero con los puños cerrados, que se agitan repetidas veces, al mismo tiempo que se inclina la cabeza. Yo descubrí la mía, contestando á aquel reverente saludo. Y después de un instante de silencio, me dijo en inglés:

— ¿No os acordáis, señor, de Wang-wen-chao?

— ¿Wang-wen-chao?... No recuerdo...

— Wang-wen-chao, vuestro amigo de Londres, á quien conocisteis, hace años, en la cervecería de Barklay y á quien visitasteis una vez en el barrio chino de Limehouse Canseway.

Difícil me hubiese sido reconocerle... ¿Te acuerdas de él? En Londres gastaba patillas, y aquí está afeitado; en Londres vestía á la europea y se recogía y se ocultaba la trenza bajo una cabellera postiza; aquí es un chino *al natural*, con el pergenio de su país y con más trenza que un torero español. ¡El buen Wang-wen-chao!... ¡Con cuanto placer volvía á encontrarle!...

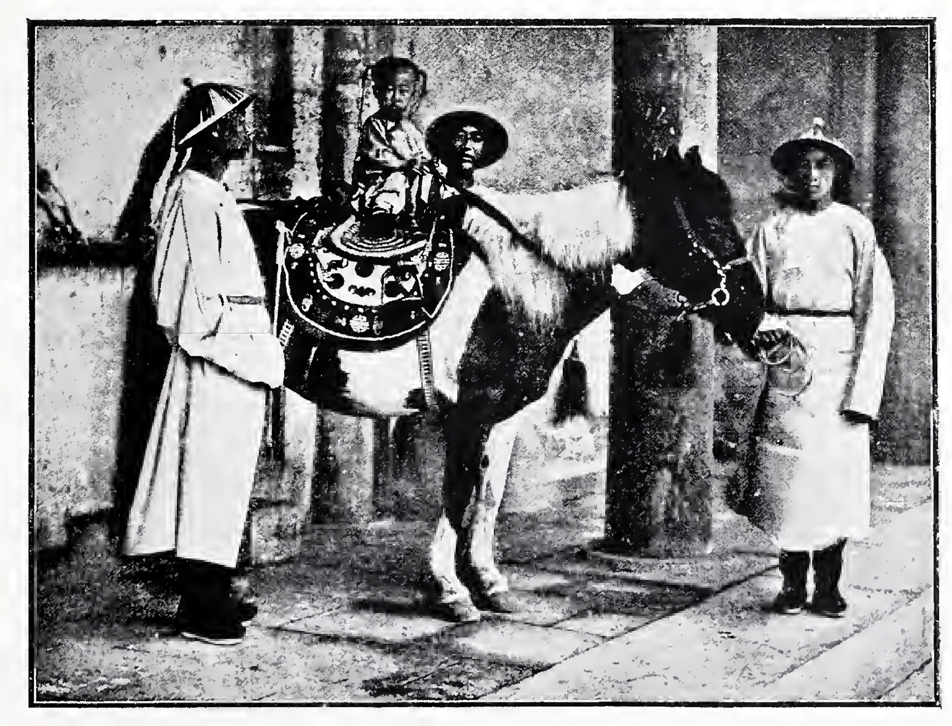
nuestra hilaridad las gentes de China, aquí excitamos la suya los europeos y americanos. Cada vez que pasamos por una calle populosa, los chinos se reunen en grupos para vernos, para estudiarnos, para reirse y hacer comentarios, que, claro está, no entendemos, pero que son siempre grandemente despreciativos para los *diablos blancos*. Lo que mayormente les extraña son nuestras prendas de vestir. Nuestros pantalones sueltos (ellos se atan los suyos al tobillo), los dos botones que ostentamos en la parte de atrás de la levita y cuyo uso no se explican, tal vez con razón; nuestros fracs, chalecos, sombreros, &., &., todo esto les parece á ellos tan ridículo como á nosotros, por ejemplo, su cabeza afeitada y la famosa trenza que llevan desde el siglo XVII, en señal, según dicen, de haber sido vencidos y humillados por los mandchues.

El mandarín — volviendo á mi narración — me miraba tan atentamente, que no pude menos de extrañar la cosa. Á mi vez hube de fijarme con atención en su semblante, que me pareció igual al de todos los chinos. Y esto es muy curioso: me pasa aquí con los celestes lo que, no hace mucho, me pasaba en Jamaica con respecto á individuos de raza negra; para mi todos los chinos tienen la misma cara. Si tuviese, por casualidad, que cobrarles alguna cuenta, fácil les sería hurtar el cuerpo á mis pesquisas, pues el decirme sencillamente «Usted me confunde con otro», sería lo bastante para que no me atreviese á insistir. En Pekin — desengáñate — no hay más que un molde para construir todas las caras.

El bueno del mandarín, viendo que no le reconocía, se resolvió á reconocerme. Apeándose de la silla de manos, en cuyo asiento dejó su monumental pipa de ópio, y dirigiéndose á nuestro grupo, me saludó respetuosamente, en la forma que aquí se usa para saludar con respeto: esto es, jun-

Estreché afectuosamente su mano, y gracias á tener la mía cubierta por un guante de cabritilla, no me destrozó la piel con sus uñas; porque las uñas de un chino rico ó mandarín ó simplemente letrado, dan un susto á cualquiera; se las dejan crecer y se las cuidan con esmero, y hay algunos que las llevan más largas y retorcidas que las astas de un ciervo. Y esto no lo hacen por capricho, sino por alarde de tener una desahogada posición y de no ocuparse en trabajos manuales; porque claro está que un zapatero y un albañil no podrían, aunque así lo desearan, dejarse crecer las uñas.

Después de hacerle la presentación de Mr. Bushell y de su compatriota Chi-lou, entramos todos juntos en Pekin. Íbamos hablando de política. El pobre Wang-wen-chao



Retratos del emperador Kouang-su, cuando era niño, de Li-houng-chang y de dos servidores del palacio

estaba triste y parecía preocupado. Pronto supe la causa. Había leído el día anterior en el *King-Pan*, el diario oficial del Imperio y el periódico más antiguo del mundo, la noticia de que el Emperador, el hijo del Cielo, estaba enfermo de cuidado.

— ¿Amáis mucho á vuestro emperador? — le pregunté.

— Á vos, que sois extranjero en el país, os puedo responder con franqueza. Me es indiferente que el emperador viva ó muera.

— ¿Sois, por ventura, adversario de la dinastía reinante?

— Ni adversario ni amigo. Como todos los súbditos de Konangsu, tengo en mi casa su augusta efigie. Si alguna vez me honrais con vuestra visita, veréis en mi sala principal el retrato ecuestre del emperador, hecho cuando apenas tenía año y medio de edad, y que está en compañía de Li-houng-chang, que es desde aquel tiempo el verdadero emperador.

— ¡Mi respetable amigo Li-houng-chang!

— No hay motivos para odiar ni para querer al emperador; y por eso, como os decía, me es indiferente que viva ó muera.

— Siendo así ¿por qué entonces vuestra tristeza por la noticia de su enfermedad?

— Os lo diré. Es porque tengo mi almacén lleno de tejidos de seda de varios colores, que acabo de importar. ¿No me entendéis?...

— Ni una palabra.

— Os lo explicaré. Según nuestras leyes, al morir un emperador, todos sus súbditos visten de luto, pero luto cuyas prescripciones son más rigurosas que en Europa; la corte y las señoras llevan por espacio de cien días túnicas blancas orladas de armiño, pues el blanco es el color de luto en el país; y durante el mismo espacio de tiempo, las mujeres deben abstenerse de llevar adornos en la cabeza, y los hombres de afeitarse.

— Pero eso os importará poco...

— Muy poco. Pero transcurridos los cien días, los trajes han de ser negros ó, cuando menos, obscuros, y se llevan un año entero...

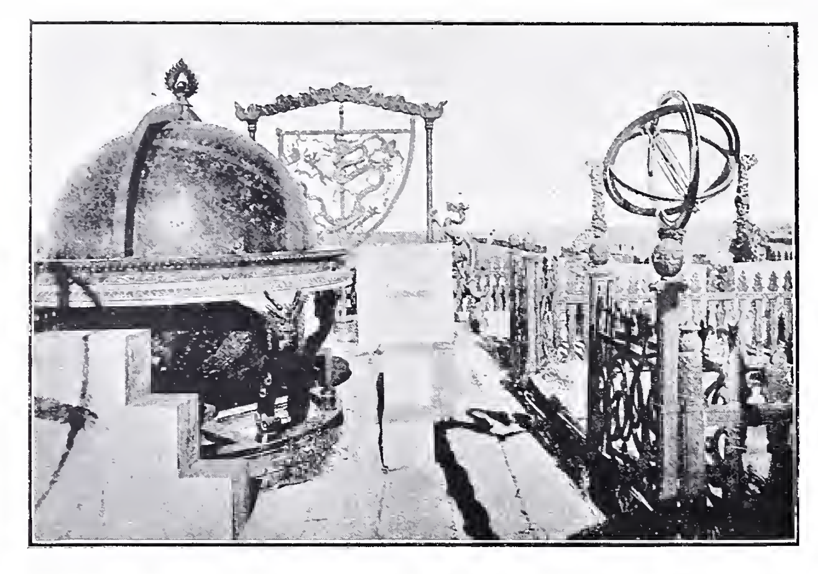
— Y ¿es eso lo que tanto os preocupa?... No vale la pena...

— ¡Por Confucio! ¡No me comprendéis! ¡Toda la sedería que poseo es de color de rosa ó amarilla!...

El doctor Bushell intervino en la conversación para tranquilizar al consternado mercader, diciéndole que, según sus noticias, lo que padecía el emperador no era, por fortuna, más que una simple indigestión ocasionada por un atracón de nidos de pájaros, y añadiendo que en la botánica del país había un centenar de hierbas purgantes muy á propósito para aquella dolencia. Con esto se tranquilizó el mercader, recobrando su locuacidad.

Pasábamos entonces por enfrente del observatorio astronómico, que es un instituto que honra á Pekin y que está montado con todos los adelantos modernos. Wang-wen-chao, deteniendo su cabalgadura (no sé si te he dicho que había dejado la silla de mano y subido al caballo de uno de sus servidores) aprovechó la ocasión para celebrar los progresos científicos realizados en China mientras él se encontraba en Londres.

— No se nos conoce — decía. — Vosotros mismos, los ingleses, no concedéis á la China sino muy escasa atención y creo que ninguna simpatía; y, sin embargo, ¡cuán digno de consideración es un pueblo que, como el chino, tiene 5,000 años de existencia histórica reconocida, que ha sembrado el mundo con sus inventos seculares y que posee una constitución política y social superior á la de Rusia y aun á la de otras naciones europeas! ¿Cómo tildarnos de bárbaros con nuestra agricultura, que sabe utilizar hasta el más pequeño rincón de tierra, con nuestros campesinos sobrios, trabajadores, enriquecidos por el más gigantesco sistema de riegos que jamás se ha realizado en el mundo?



Observatorio astronómico

— Además — continuó — ¿sabéis cual es nuestra estadística criminal? En Hankon, ciudad de unos dos millones de habitantes, sólo hubo un homicidio en 34 años. En la provincia de Tschili, con 25 millones de habitantes, no hubo más que dos ejecuciones desde 1867; y advertid que el robo, repetido tres veces, se castiga entre nosotros con pena de muerte.

— No es la China — continuó, excitándose cada vez más, — con sus 600 millones de habitantes, ese gallinero que os han pintado esos pérfidos japoneses después del traicionero golpe que nos asestaron. Hay muchas virtudes y hay mucho patriotismo entre los míos, y no está lejano el día en que, exasperados los hombres de raza amarilla por las extorsiones á que los someten ciertos individuos de raza blanca, repitan en Europa invasiones de otros siglos, menos bárbaras que las de entonces, pero mucho más formidables, porque tras la bandera del dragón irán millones de soldados.

Como ves, estuvo elocuente el comerciante chino. Aquí para *inter nos*, en muchas de las cosas que decía, tal vez tenía razón; pero ya comprenderás que, por el cargo que ejerzo y por la representación con que me honro y que él ignoraba, no me podía prestar á oirle, y menos en presencia de Chi-lou. Aproveché, por lo tanto, la primera oportunidad para despedirme y dejé entre sus uñas mi tarjeta, por la cual habrá podido enterarse, no sin asombro, del puesto que ocupo en Pekin.

Si viene, como creo, á visitarme, ya te contaré. Y lo que es hoy, una linea más. Adios. Tu hermano afectísimo

JOHN HARRISSON

Traducción del inglés por A.

FIESTA DE LA VENDIMIA EN PARIS.—Uno de los carros que formaban parte del desfile alegórico

CRÓNICA DE LA EXPOSICION DE PARÍS

SECCIONES DE ESPAÑA

Ingrata tarea la mía: la de buscar y rebuscar algo que revele esfuerzo, energía é iniciativa en las secciones españolas de esta Exposición. Dios ha dado á España un subsuelo riquísimo; nuestro país figura entre las primeras naciones mineras del mundo, y, sin embargo, la metalurgia apenas da fe de vida en las provincias mineras del norte y noroeste de la península, consintiendo el capital español que salgan anualmente por el abra de Bilbao de seis á siete millones de toneladas de mineral de hierro que nos devuelve la industria extranjera convertidas en máquina, en rail, en ténder, en cañón, en fusil... en todo lo que revela esfuerzo humano, esfuerzo intelectual que redime al hombre sujeto á la dura ley del trabajo.

En el Grupo XI y en Inválidos, en donde están las instalaciones mineras de España, y la microscópica exhibición de su grande y pequeña metalurgia, quien conozca la importancia de nuestra minería verá forzosamente que la realidad está muy por encima de la ficción resultante de haber exhibido unas cuantas instalaciones que, aun siendo importantes, no representan ni pueden representar los inmensos yacimientos de cinabrio, cobre, plomo, hierro, zinc, &., &., que esperan en las entrañas de la tierra española, la acción de la inteligencia y del capital que ha de hacer entrar tanta riqueza en la circulación de la vida industrial y comercial del país; y aun, así y todo, si nuestra desidia y nuestro abandono no tuvieran más consecuencias que la manifestación de nuestra impotencia, aquí, ante el mundo entero, con ser esto tan triste, la esperanza de mejores días, de generaciones más progresivas, de iniciativas más provechosas, podría consolar al que siente las tristezas y nostalgias de una patria grande, regenerada y rica; pero, aun esta esperanza, ante la realidad se desvanece, porque nuestras mejores minas están acaparadas ya por el capital y la inteligencia de los extranjeros.

Y que esto no es una exageración, ni un sueño, lo dice el estudio somero y rapidísimo de nuestras instalaciones en el Campo de Marte y en Inválidos: Emilio Aragón ha instalado una preciosa colección de lo que llama serpentina, y que no es más que un hermoso mármol que tiene el color de dicha especie, muy distinta del mármol, como lo saben cuantos han estudiado minerales y rocas; mármol que procede de las canteras de la Dehesa de San Juan, de la provincia de Granada, y que ha sido labrado en Bélgica. La mano de obra no es española, el producto español ha ido á parar á manos extrañas, ha sido padrastro para el obrero de nuestro país.

La Compañía franco-española de las Minas de azufre de Lorca, provincia de Murcia, expositora de azufre cristalizado de primera fusión, refinado, molido y fabricado en Lorca, tiene su casa principal en la rue Trevise, 6, París. La mano de obra, en parte, es española; el rendimiento va á París, sino todo, en parte principal.

La Compañía « La Cruz » de Linares (Jaen) presenta una gran instalación de mineral y fundición de plomo, plata y subproducto. Viven de esta mina 825 obreros, casi todos españoles, pero el rendimiento va á París, rue d'Halèvy, en donde vive el presidente de la compañía, Mr. Henri de Neufville.

Las minas denominadas «Tinto y Santa Rosa,» sociedad de piritas de cobre que presenta piritas de hierro y cobre, cortes geológicos del criadero, y herramientas romanas, tienen fijado su domicilio social en la rue Montagne aux Herbes Potageres de Bruxelles. No hay que preguntar donde van á parar los rendimientos de esas minas, bastante renombradas en Huelva.

La Sociedad franco-belga de las Minas de Somorrostro, que expone la especie hematites parda, con sus variedades de rubio, vena, campanil y hierro carbonatado, que presenta un cuadro gráfico, de ordenada creciente, desde 1876 hasta la fecha, en que produce ya más de 700,000 toneladas de mineral, ostenta la sugestiva leyenda que dice así: «Sociedad franco-belga de las Minas de Somorrostro, fundada por la sociedad John Cockerill de Bélgica, la sociedad Denain Anzin et Montataire de Francia y los señores Ibarra hermanos y C.ª, de España.

. . . .

¿Para que fatigar más la atención de mis lectores? Lo más granado de la sección de minería española es extranjero y aun faltan en ella los cinabrios de Almadén y las piritas de cobre de Riotinto, dos enormes yacimientos, capaces, ellos solos, de enriquecer á una nación, y que hemos entregado, en horas de angustia suprema para la patria, á manos extranjeras.

Y entrando ya en otro orden de ideas, voy á hacer un brevísimo resumen de la historia de una mina, que ha hecho aquí una bonita instalación, y que es una enseñanza para las gentes de nuestro país. Existe en la provincia de Oviedo un grupo minero demarcado en Avilés, sobre el que se fundó en 1842 una sociedad denominada «El Porvenir», que ha trabajado con éxito vario y siempre creciente, á pesar de los desengaños de investigaciones deficientes y siempre difíciles, en estratos atormentados por las convulsiones terrestres.

En 1846 empezaron los trabajos de exploración en grande escala, y tropezando, por pura casualidad, con un filón de gran potencia y fuerte mineralización, la riqueza del mineral explorado fué tan grande, que sus poseedores creyeron haber descubierto el Almadén asturiano, rival soñado tantas veces, y aun no hallado, ni siquiera en California.

En el primer año de labores, el cinabrio rindió 20 por ciento de mercurio; más tarde el filón se convirtió en vena, la vena en venilla de dirección caprichosa y espesor variable, y aquel rendimiento famoso de 20 por ciento ha quedado reducido á su ínfima expresión: el cinabrio asturiano, que pareció al principio rival afortunado de Almadén, no rinde en la actualidad más de o'70 por ciento de mercurio. ¡Qué desengaño! y no obstante, la inteligencia de los Sres. Gascue y Rodríguez, haciendo frente á una decepción tan enorme, que habría producido en otras manos el abandono de todos los cotos mineros del cinabrio asturiano, montaron un horno que calcina el cinabrio con tanta baratura y perfección, que, aun con título tan bajo de mineralización, las minas de «El Porvenir» están salvadas, y con ellas la vida de muchos obreros, y la riqueza de una comarca.

Aquí están instalados y en escala reducida los hornos Gascue-Rodríguez, cuya expresión técnico-económica es fácil de consignar, pues gasta solo 3 por ciento de cok sobre el mineral calcinado, destila 17 toneladas de cinabrio en 24 horas, descargándose el horno dos veces al día, y, lo que es notabilísimo, la destilación es tan perfecta, que se hace sin dejar en las escorias la más pequeña partícula de mineral entre su masa vitrificada.

También ha venido é instalado en Inválidos la Sociedad Fábrica de Mieres, con sus productos de las minas de mineral de hierro denominadas San Pedro, Villaperi, Quirós y Naranco; de las minas de hulla presentadas en grandes bloques de hulla crasa, semicrasa y seca; de las fábricas de hierros laminados, repujados, de acero Martin Siemens, &., &., instalación digna de una sociedad que posee: Talleres y altos hornos en Mieres y Quirós, un total de 8,170 hectáreas de minas de carbón, de 2,017 de hierro, una fábrica de arsénico y mercurio; minas de calamina y sulfuro de plomo, servidas por una red de ferrocarriles de 122 kilómetros de longitud.

Junto a esta instalación en Inválidos, «La Felguera»

expone su tubería fundida en batería, llaves de paso, ruedas de acero fundido al crisol, bronces fosforosos, cambios de vía, chapas perforadas, &., &., dominando toda la instalación una campana fundida á cera perdida, que cuelga del centro del cobertizo, pesa 5,000 kilogramos, vale 100,000 francos y representa en su escultura la alegoría del Juicio final y las guerras de las Cruzadas.

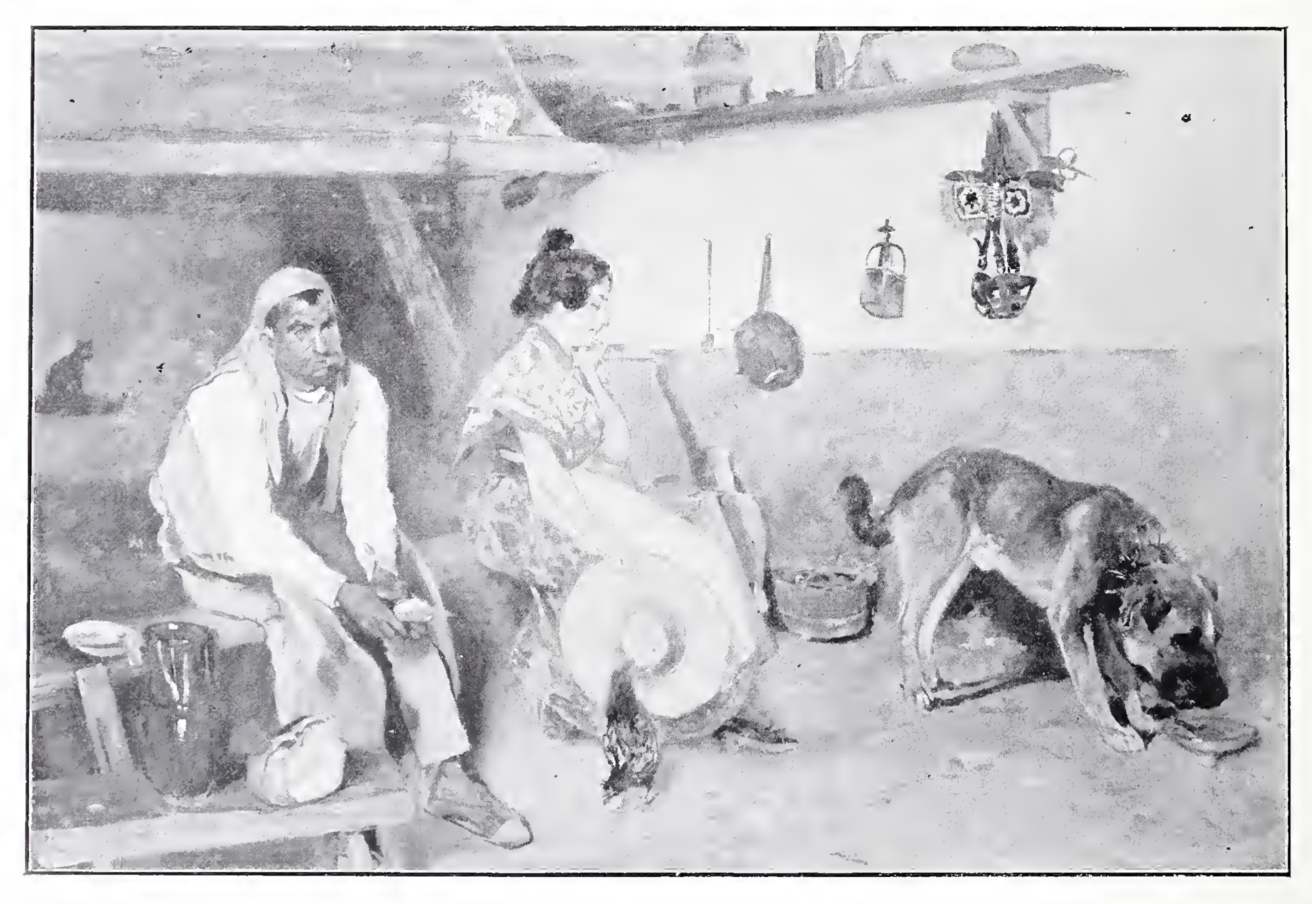
Quedan aún por mencionar dos grandes instalaciones: una en Inválidos, la de Figueroa y C.ª, con su templete de plomo en lingote, y sus lingotes de plata en el Campo de Marte; y la del Círculo Minero de Bilbao, situada en la galería baja del Campo de Marte, manifestación ostentosa de la gran riqueza de mineral de hierro existente en la zona bilbaína. Los diagramas, los planos de sus cotos mineros, las fotografías de sus ferrocarrilles y cargaderos, sus monolitos de mineral de hierro, de mineralización portentosa, todo bien hecho y bien presentado, revela una inteligencia que domina, y una iniciativa y un progreso que consuelan.

Después... nada ó casi nada; mucho ejemplar suelto, apropiado para museo ó colección de minerales y rocas; algo que revela ansia de reclamo, aportado aquí para despertar ideas de explotación de nuestro subsuelo, rico para el que sabe explorarlo é investigar sus ocultos yacimientos; dominando en todo el afan de hallar el capital inglés, francés ó belga que vaya á redimirnos, mediante el pago de un canon irrisorio, y de los jornales invertidos en arrancar primera materia que irá á enriquecer á los extranjeros.

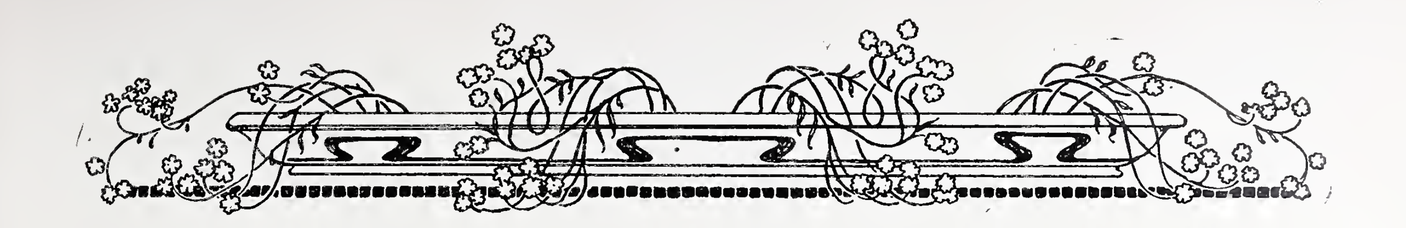
Así, poco á poco, y sin sentir, nos vamos empobreciendo; así, lentamente, y por un plato de lentejas, entregamos al extranjero las riquezas de nuestro subsuelo; así, inconscientemente, torpemente, nos dejamos atar de pies y manos, dominados por gente más apta que nosotros. Dominio económico hoy, precursor del dominio absoluto que matará mañana nuestra independencia. Para España no hay más dilema que uno: despertar, reaccionar ó morir.

Rafael Puig y Valls

CARLOS VAZQUEZ.—BONANZA



CARLOS VAZQUEZ.—TEMPESTAD



PRONÓSTICO RESERVADO

En un pueblo de la provincia de Teruel, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía el señor Romo, propietario de algunos majuelos y de tres parideras que albergaban unas seiscientas ovejas. Excusado parece decir que el señor Romo era uno de los primeros ricachones del lugar, y uno de los muñidores electorales del distrito, y que tanto él como la señora *Colasa*, su mujer, se daban aires de *principeses*, ó cosa por el estilo.

Tenían tres hijos, llamados: Pedro, Estanislao y Roque; tres zánganos que así entendían de letras como yo de ingertar albaricoques, pero á quienes, engreídos por su posición, destinaban, al uno para diputado, al otro para médico, y al tercero, que era el de menos caletre, para suceder á su padre en el cuidado de la hacienda.

Como para ser diputado no se necesita, según decía el señor Romo, sino tener veinticinco años y más votos que el contrario en la urna ó en el acta, y lo primero es cuestión de tiempo, y lo segundo cuestión de mosto y de manos ligeras, Pedro y Roque se quedaron en el pueblo, y únicamente salió de él Estanislao para *seguir* en la corte unos estudios que no había empezado.

Sucedía esto en aquella época de enseñanza libre que plagó á España en poco tiempo de abogados, de médicos y de licenciados en farmacia, hombres de ciencia que se dieron luego por muy satisfechos con encontrar plazas de escribiente en cualquier Ministerio con quince duros al mes, y Estanislao, que, en vez de libros, llevó á Madrid un fajo de cartas de recomendación, se licenció en Medicina en un periquete. Y no paró ahí la cosa, sino que al médico del partido á que pertenecía el pueblo del flamante émulo de Hipócrates, le armaron tal caramillo, que se vió precisado á renunciar su cargo para que lo ocupase Estanislao.

El dimisionario, que se llamaba don Lucas Berruguete y que tenía berrugas en el alma, como suele decirse, juró *inpectore* que se la había de pagar el hijo del señor Romo, y al efecto se radicó en el pueblo en que había ejercido con buena mano hasta entonces. No tenía muchos recursos, que digamos, para sostenerse, pero él había observado que el maestro de escuela lo iba pasando sin cobrar sueldo en veinte meses, y dedujo que si un *dómine* podía subsistir así más de año y medio, sin poseer otra cosa que un poco de castellano y otro poco de latín, él, que traducía á Horacio y á Virgilio con igual facilidad que recetaba una purga, no habría de pasarlo peor que aquel. — El tiempo que pueda ayunar un maestro de escuela, bien lo puede ayunar un médico — se dijo don Lucas, y se quedó en el pueblo, como ya he dicho.

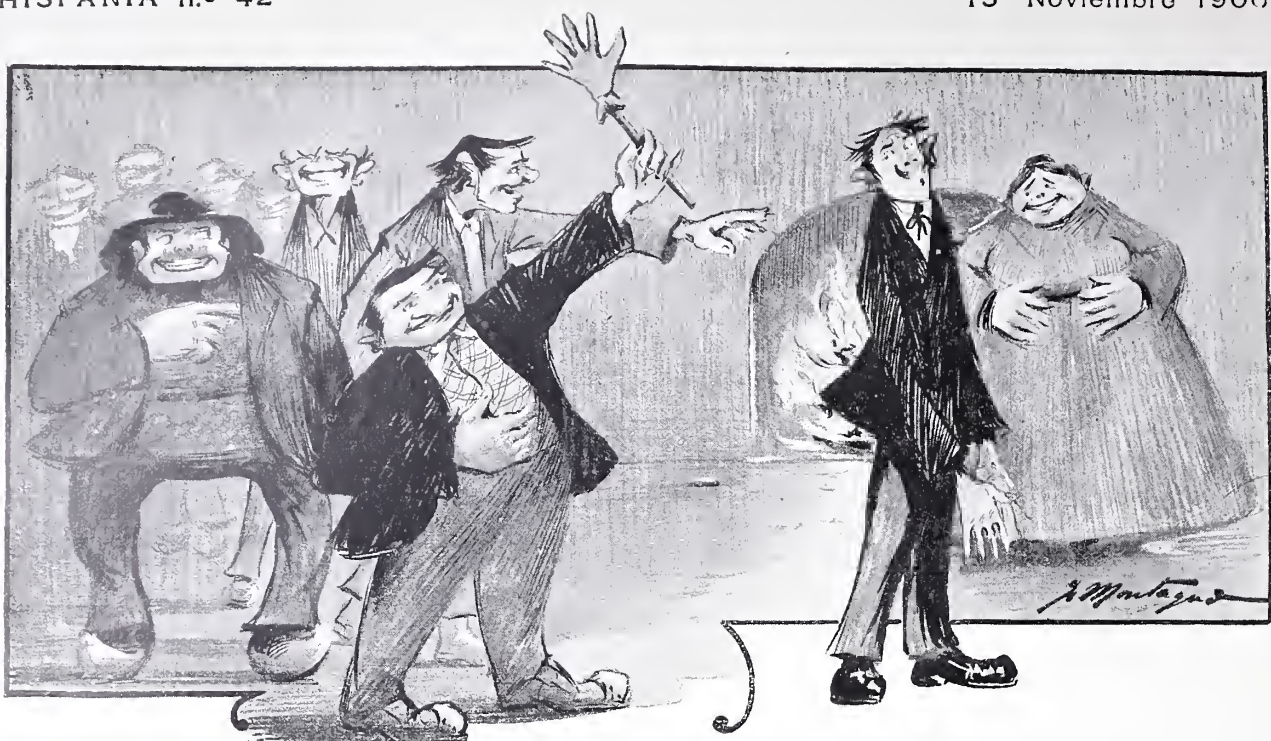
Transcurrieron dos meses, y la casualidad, ó el demonio que todo lo enreda, hizo que en ellos cayesen enfermos tres vecinos, y que los tres fueran al hoyo, asistidos con todas las reglas del arte por el médico novel, y esto bastó para que todos pusieran en duda la ciencia del hijo del señor Romo, precisamente cuando más necesitaba este de su prestigio, por cuanto se aproximaban unas elecciones y quería *sacar* diputado á su hijo Pedro.

No se durmió don Lucas en las pajas, y mientras el señor Romo iba conquistando votos en fuerza de vaciar botas, aquel le armaba la zancadilla.

Una noche, más obscura que conciencia de mercader, pues no siempre ha de ser la boca de lobo lo más obscuro, llamaron á Estanislao precipitadamente para asistir al tío Cosme, que se moría á chorros de una atraquina de caracoles, según dijo el que le llevó el aviso.

Era el tío Cosme un jornalero cargado de familia, que vivía en una escasez rayana en la miseria; así es que al entrar Estanislao en el cuartucho en que aquel estaba tendido sobre un jergón y mal cubierto con una manta, no estrañó la lobreguez que allí reinaba: encendió un fósforo para examinarle con su ayuda los ojos y la lengua, y después de esto, dijo al paciente — Venga ese pulso.

Pulsó Estanislao todo el tiempo que quiso, y luego, pasando á la cocina en la que ya se podían ver las caras unos á otros, gracias al resplandor del fuego que había en



el hogar, dijo con énfasis y haciendo un gesto de desagrado:

— Como si lo viera: el tío Cosme padece de una grave indigestión, causada por una atraquina de caracoles.

— ¿ En qué lo ha conocido V. ? — le preguntó la mujer del paciente.

— ¿ En qué lo he de conocer más que en el pulso ?

— ¿ Y qué opina V. de eso ?

— Nada, por ahora: la enfermedad es de pronóstico reservado.

Una estrepitosa carcajada, una carcajada insolente y burlona seguida de otras no menos burlonas é insolentes, dejó frío al conspícuo doctor, quien, al volverse para averiguar lo que aquello significaba, vió ante sí al tío Cosme riéndose á mandíbula batiente; á don Lucas con una cara de pascua que daba gloria verle, y á tres ó cuatro gañanes de los más *corre ve y dile* del pueblo, uno de los cuales blandía un palitroque forrado con piel de conejo y rematado en una mano grotescamente labrada. Aquel era el pulso que había tomado Estanislao; el pulso revelador de la indigestión de los caracoles; el pulso que, tras detenido examen, le había hecho decir que la enfermedad era de pronóstico reservado.

Cerciorarse Estanislao de la verdad del caso, y salir de allí más corrido que una mona, todo fué uno: divulgóse por el pueblo la noticia; achacóse á ignorancia del médico la muerte de los tres enfermos que asistiera; hiciéronse comparaciones; subió hasta las nubes el crédito de don Lucas y con él su influencia en el pueblo; dejó caer esta en el platillo de la balanza electoral, en sentido opuesto al hijo del señor Romo; fué vencido este en las urnas á pesar de sus trapacerías, y volviéndose las tornas, como es de cajón, fué repuesto don Lucas en su cargo de *Titulao;* considerado desde entonces como *cacique,* y árbitro en lo sucesivo de las elecciones en el pueblo; pero tuvo el buen sentido de no aparentarlo ni de vanagloriarse de ello; así es que, cuando en vísperas de lucha electoral se le preguntaba si consideraba seguro el triunfo de tal ó cual candidato, contestaba invariablemente, con gran mortificación del Sr. Romo y de sus adeptos.

— ¡ Hombre, hombre ! diré á V.: eso es *de pronóstico reservado.*

Camilo Millán

Ilustraciones de Montagud

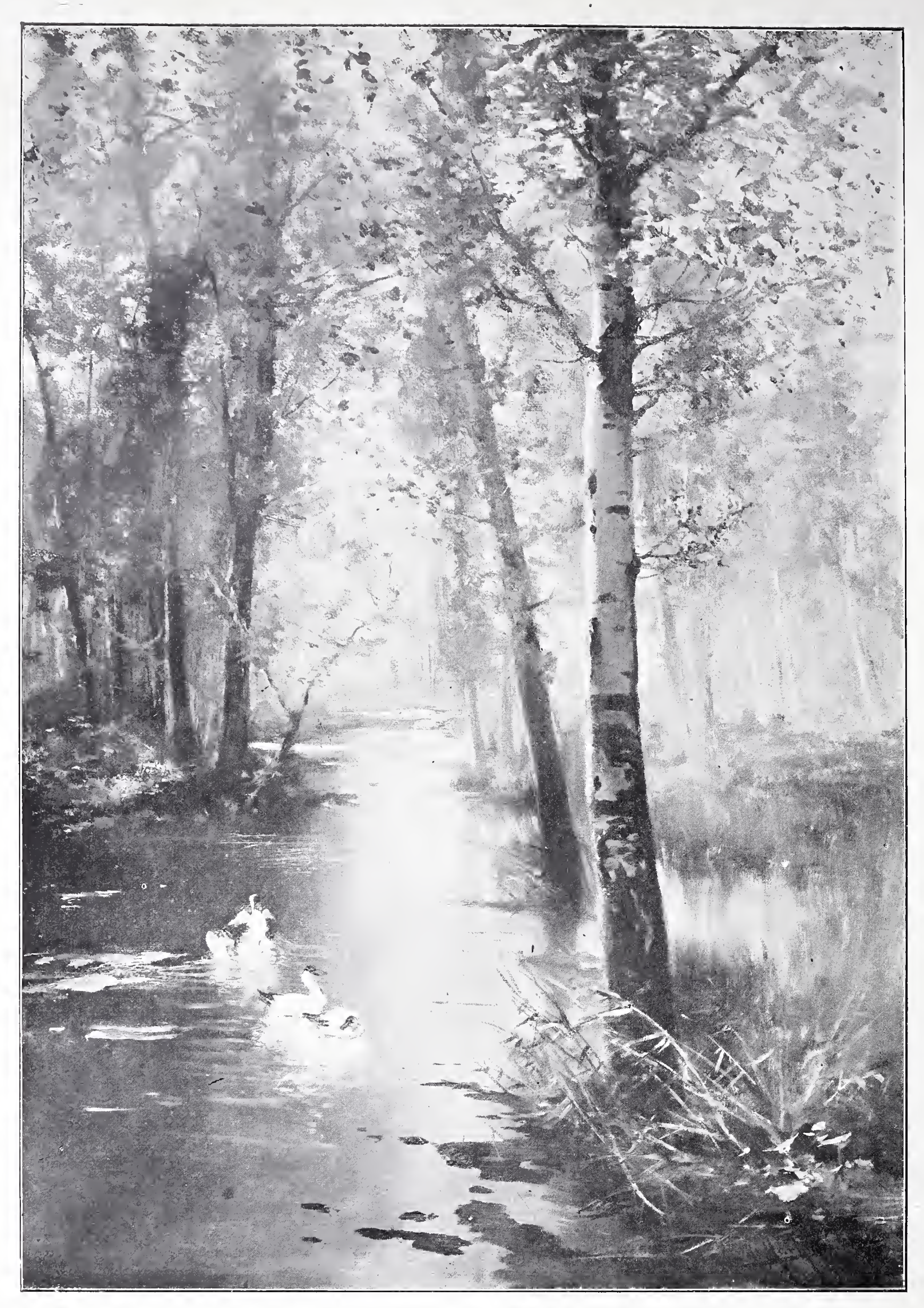
Azulejos cartón piedra de HERMENEGILDO MIRALLES: 59, Bailén, 59; Barcelona

PLAFÓN DECORATIVO

40 piezas azulejos cartón piedra, en colores y relieve. Tamaño natural: 1m × 1'60

Unicos concesionarios para Buenos Aires y Uruguay: A. Fulquet y C.ª, 847, Belgrano.-Buenos Aires

HISPANIA



JOSÉ M. MARQUÉS.—LA ALAMEDA

La Real Academia de Ciencias y Artes

Busto de Carlos III

La Real Academia de Ciencias y Artes es una gloria de nuestro país, una institución genuinamente catalana. Todos los ramos de la actividad intelectual hállanse en ella dignamente representados y su trabajo es universal, ya que abarca todos los ramos del saber, desde la Astronomía y la Geodesia á la Escultura y la Pintura.

Fundada esta corporación á mediados del pasado siglo por un modesto esfuerzo particular con el nombre de « Conferencia física experimental », conservó este mismo carácter hasta 1765, en que el Rey Carlos III elevó la sociedad al grado de « Real Conferencia física », aprobando sus estatutos y nombrando Presidente nato al Capitán General de Cataluña. Con este título siguió sus trabajos la corporación hasta que, adquiriendo cada vez mayor importancia, una Real cédula de 1770 la transformó en *Real Academia de Ciencias naturales y Artes*. En estas pruebas de protección régia tuvieron no poca parte el ilustre Campomanes y D. Felipe García Samaniego. Durante una larga época gozó la Academia del reposo necesario para continuar su noble cometido, pero en 1808, la invasión francesa interrumpió bruscamente sus sesiones. Durante seis años estuvieron suspendidas por las graves circunstancias por que atravesaba Barcelona, hasta que, en 1814, reanudó la corporación sus tareas ordinarias en casa el Marqués de Lupiá.

Merece notarse una escena de aquellos tiempos que tiene un sabor extraordinario. Corría el año de 1820 y, sintiendo también la Academia los pujos liberales de temporada, trocó su título de *Real* por el de *Nacional* y, en un día determinado, se congregaron los socios para jurar la Constitución. Restablecido más tarde el régimen absoluto y recobrando la Academia su *Real* título, sobrevino una disposición del Monarca por la que, sospechando de toda clase de corporaciones científicas, después de acusarlas de varios delitos imaginarios, ordenaba el cierre de todas ellas. En virtud de este arbitrario procedimiento, se cerró la sociedad en Mayo de 1824. Sea como quiera, en 1832 se continuaron las Sesiones de la Academia, después de larga temporada de inacción forzosa.

Constó primitivamente la Academia de diez y seis socios, cuyo número se aumentó después, admitiéndose académicos supernumerarios que no tenían voto en las deliberaciones. No cabía en las sesiones tratamiento inferior al de *usted* y el idioma obligado era el castellano. La conferencia quedaba aplazada en caso de lluvia. El número de socios religiosos no podía exceder de nueve.

Aunque desde el principio la Sociedad se propuso el ade-

Sala de la Presidencia, con mueblaje del tiempo de la fundación (1764,) reinado de Carlos III

Fachada de la Academia (Rambla de los Estudios)

lanto de las *artes útiles* y ofrecióse para servir de guía á los *artífices*, hasta 1767 no se contó uno de estos en su seno, que fué D. Eudaldo Paradell, nombrado *Conferente en el ramo de Artes*. Al mismo objeto obedeció el título de *académico artista*, distinción honorífica muy solicitada en aquel entonces y que obtuvieron, entre otros, algunos

fabricantes de paños de Manresa y Tarrasa. La manía de las distinciones estaría sin duda muy generalizada, cuando la Real Academia, al poco tiempo de constituída, pidió la gracia de nobleza personal para sus individuos, al igual que la poseían los de la Academia de San Fernando; pero una serie de circunstancias adversas impidieron el uso de tales gracias, concedidas en principio por la corona.

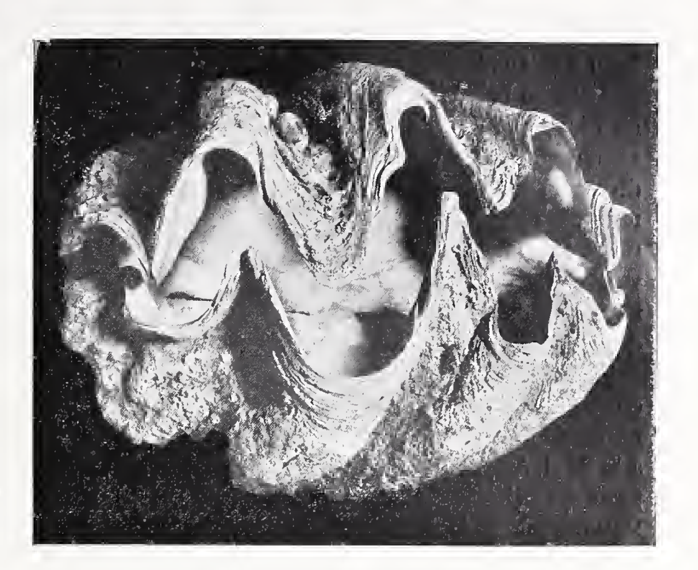
En todas épocas ha contado la Academia hombres eminentes en su seno, mereciendo especial mención el Doctor Salvá y Campillo, verdadero genio, inventor del telégrafo eléctrico, meteorólogo distinguido, médico ilustre, cuya reputación es una gloria para nuestra patria. No olvidaremos tampoco al famoso botánico La Gasca, acogido con hospitalidad y estima en todas partes menos en España, donde su vida fué un calvario continuado; Carbonell, químico y mineralogista de raro mérito; Bolós, químico también y uno de los primeros que cultivaron esta ciencia en nuestro país; Martí y Franqués, cuyos admirables trabajos acerca de Fisiología vegetal bastan para transmitir su nombre á la posteridad, y finalmente, el escultor Campeny, el laureado discípulo de Canova.

No siempre ha tenido la Academia el suntuoso local de que ahora dispone. Al inaugurarse la Conferencia física, reuniéronse sus individuos en casa el tesorero D. Francisco Sala y posteriormente en la del Sr. Avellá, situada en el sitio que ocupa ahora la «Fonda del Estevet.» Allí permaneció más de veinte años, hasta que se pidió al Barón de la Linde, á la sazón Capitán General del Principado, que se franquease á la Academia una porción de terreno situado entre el Colegio de Cordellas y el Tridentino. Este terreno, que había quedado á favor del Rey, fué cedido á la Sociedad, que inauguró en él sus sesiones desde 1786. La concesión solo tenía al principio carácter interino, pero luego se hizo definitiva, merced á la protección del conde de Floridablanca.

Por una de aquellas circunstancias de opereta tan comunes en nuestro país, la Academia cedió los altos del edificio para cuartel, utilizando solo la planta baja desde 1790. Hasta que, habilitadas las Atarazanas para cuarteles, pudo tener la tropa un alojamiento suficiente, vivió en local de la Corporación, ¡ y esta ridícula escena duró por espacio de diez años !

¡ Y si todos los apuros de la Academia hubiesen acabado aquí! Desde luego, tenemos que señalar la miseria que casi constantemente la ha acompañado hasta una época bien reciente por cierto. ¿ De qué servían las buenas intenciones de los académicos, si carecían de fondos para lo más necesario ? En 1787, hay recogidas varias memorias referentes á la agricultura y las artes, deben publicarse las actas, pero como no tiene dotación alguna, todo permanece en proyecto. Ya en los estatutos de la Conferencia se dispone que los socios contribuirán á los gastos *con media peseta cada semana*, consiguiéndose reunir así treinta y seis pesetas mensuales. Es fácil prever el resultado de semejante despilfarro y opulencia... españolas: por esto se acordó que en lo sucesivo cada socio pagara cinco pesetas por derechos de entrada. Aun así tuvo que recurrirse á una colecta extraordinaria para pagar atrasos.

Ni después que la Academia adquirió el pomposo nombre de Real Conferencia Física, su deplorable situación económica mejoró poco ni mucho. Continuando la falta



Tridacna gigas, procedente de Zamboanga, en el vestíbulo del Museo

de auxilio oficial, recurrióse otra vez á la generosidad de los socios, y éstos desembolsaron diez reales cada mes desde el año 1766. Por fin, al cabo de cuatro años, empezó á incoarse el expediente de dotación, y después de muchos dimes y diretes entre Reales Consejos y Reales Audiencias, se acordó proponer como arbitrio «los sobrantes de los derechos de aguardiente.» Inútil es averiguar más, pues aquí se pierde la tradición escrita y, aunque catorce años después, el médico de cámara Masdevall ofreció interesarse con los ministros para que se dotase á la Academia, por lo cual ésta le ofreció una plaza, no se consiguió resultado alguno. El Sr. Masdevall quizás se quedaría con la plaza, pero la Academia no vió la dotación por ninguna parte.

Y el malestar de la corporación era cada vez más acentuado: habiendo hecho el Tesorero varios gastos indispensables, los socios tuvieron que reembolsarle con veinte pesetas cada uno. Así fueron creciendo las deudas de la Academia hasta 1786, sólo que para pagarlas se invitó á que cada cual diese voluntariamente lo que juzgara conveniente. Con tales antecedentes, no había que esperar grandes empresas de la desdichada sociedad; por esta razón, no pudiendo formarse una Biblioteca, propúsose que los socios estuviesen obligados á regalar obras científicas de su ramo de estudio; pero la idea no pudo hacer fortuna. Tanta era la miseria que afligía á la Real Academia (¡ ay, S. M. no la dejaba más que el nombre !) que ni siquiera pudo analizar algunas muestras de minerales que le remitió el Intendente, por imposibilidad de sufragar los gastos que la operación exigía. Andando el tiempo, en 1798, se declara *exhausta* la caja de la Academia, por causa de las últimas guerras, ya que, gracias á aquellas calamitosas circunstancias, los socios dejaban de satisfacer su cuota. Urgía, pues, reformar aquella triste situación, pero en todo el pasado siglo no había de verse mejora alguna de esta clase.

Á principios del año 1801, estudió la Academia si habría manera de sacar partido del edificio, beneficiando el terreno. La idea hizo su camino y pronto se encontró dinero á interés, pero una circunstancia inesperada vino en auxilio de la Academia: la Junta de Comercio, no pudien-

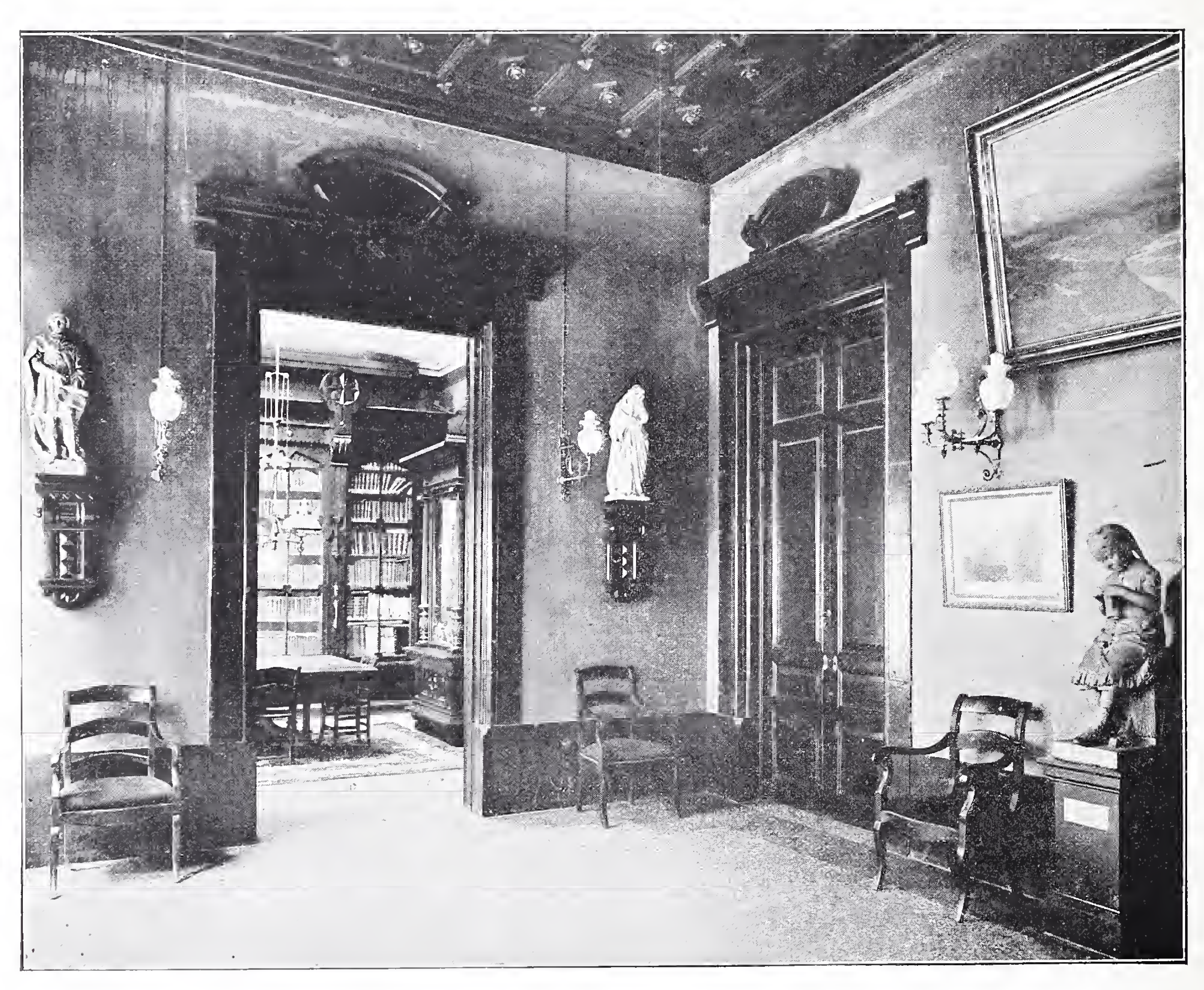
do establecer en la Lonja una cátedra de Química, pedía local á la Academia, ofreciéndose á socorrerla. La sociedad ofreció la Sala de Juntas, y en 1805 inauguróse aquella enseñanza y la de Taquigrafía, que se vieron sumamente concurridas, obligando á la Academia á habilitar diversos locales de su edificio. Para la cátedra de Hidrostática, la corporación ofreció además instrumentos y aparatos, lo cual mereció de la Junta de Comercio una subvención de seis mil reales vellón al año. La pensión quedó interrumpida en 1808, pero se renovó pasada la invasión de los ejércitos del Emperador Napoleón.

Por desgracia, poco duró aquella bienandanza: dividido en provincias el Principado y sumamente reducidas las rentas de la Junta de Comercio, cercenóse la subvención á la Real Academia y esta hubo de pensar en alquilar parte del edificio para atender á sus gastos más precisos. Retiróse por fin la pensión de la Junta de Comercio y al año siguiente se cerraba la Academia por orden superior. Reinando iguales apuros en 1833, al abrirse de nuevo la antigua Conferencia, se pensó en habilitar para café la planta baja de la casa. Posteriormente se implora el auxilio de la Diputación y ésta accede á la súplica, dedicando seis mil reales para el Museo de la Academia, en los presupuestos de la provincia.

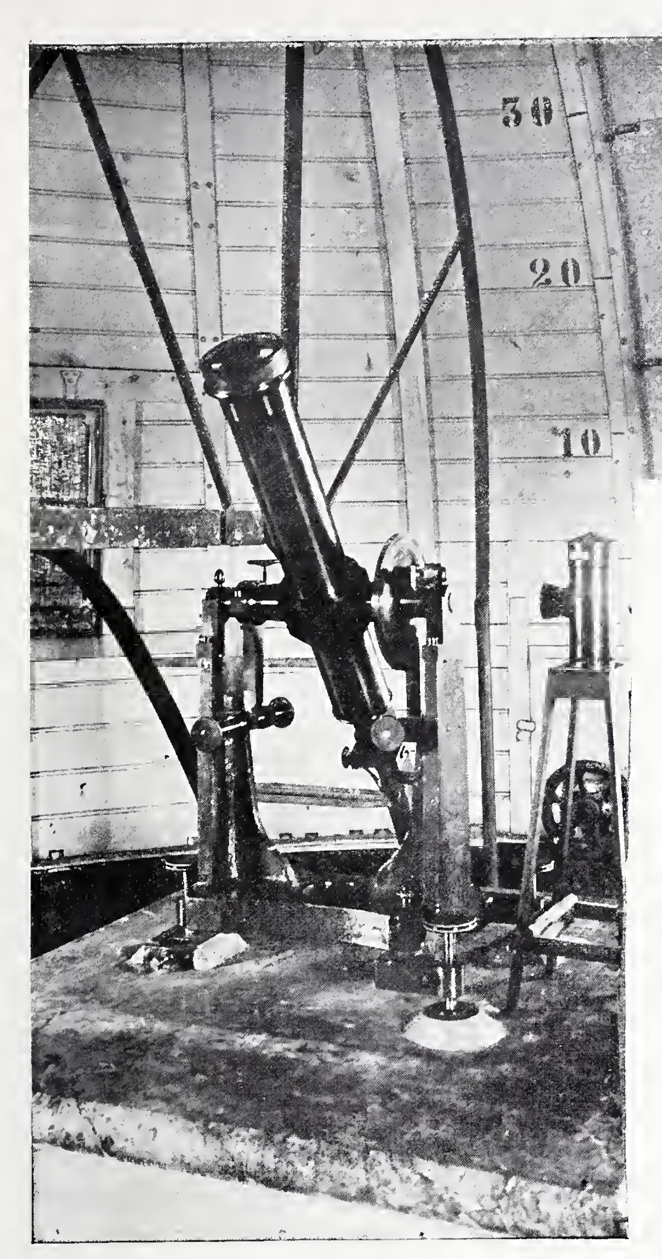
Formáronse multitud de planes para el alquiler del edificio, y á pesar del interés que había en realizarlos, nada se consiguió. Los apuros pecuniarios subsistían en toda su crudeza y el Estado, si alguna vez se acordó de la Academia, fué para desbalijarla. Véase sino lo que ocurrió en 1823, cuando, á causa de la desgraciada situación del Tesoro Nacional, se embargaron las alhajas de plata de la Academia.

Á pesar de tantos contratiempos, jamás se ha desmentido la actividad de esta ilustrada corporación. Dedicada al principio á desarrollar lecciones de física ante un público reducido, aumentó después su radio de acción, nombrándose varios *profesores* de entre los mismos socios. La cátedra de matemáticas llegó á contar cien alumnos, viéndose también muy concurrida la de Cosmografía. Desgraciadamente, la enseñanza no pudo prosperar por la dichosa falta de fondos: era en vano que la Academia ofreciese sus servicios para la cultura general, pues el Gobierno tomó el partido de no escucharla, y á esta incuria debióse que no se crearan cátedras de física y química, cuya utilidad el mundo oficial era el primero en reconocer. La Administración española ataba los pies de la Academia y luego se admiraba de que no corriese á su gusto.

De verdadero Renacimiento puede calificarse el período de actividad que animó á la corporación en 1835.



Marquesina con vistas à la Biblioteca



Anteojo meridiano del Observatorio,
por el cual se rige el servicio horario de la ciudad

gran Revista científica y literaria, y prometió ayudar á la Academia en esta empresa. Estableciéronse las bases de la publicación, pero todo hace creer que no se llevó á efecto.

Que la sabia corporación se ha interesado siempre por el bien público, lo prueban sus esfuerzos para adquirir carácter de Sociedad económica. Nacido este pensamiento del propósito de hacer adelantar la agricultura y varios ramos de la industria, alcanzó el favor de la Academia, quien procedió á formar los Estatutos, presentándolos luego á la Diputación. Las esperanzas de la corporación resultaron fallidas, pero no se desanimó por esto, cuando más tarde la vemos encariñarse con la misma idea. Á pesar de haber transcurrido algunos años desde la primera tentativa, no por ello logró un éxito más lisonjero. Infatigable la Academia en su afán por la difusión de los conocimientos, propuso los medios para crear una escuela de Minas, loable idea que tampôco creemos llegase á verse realizada.

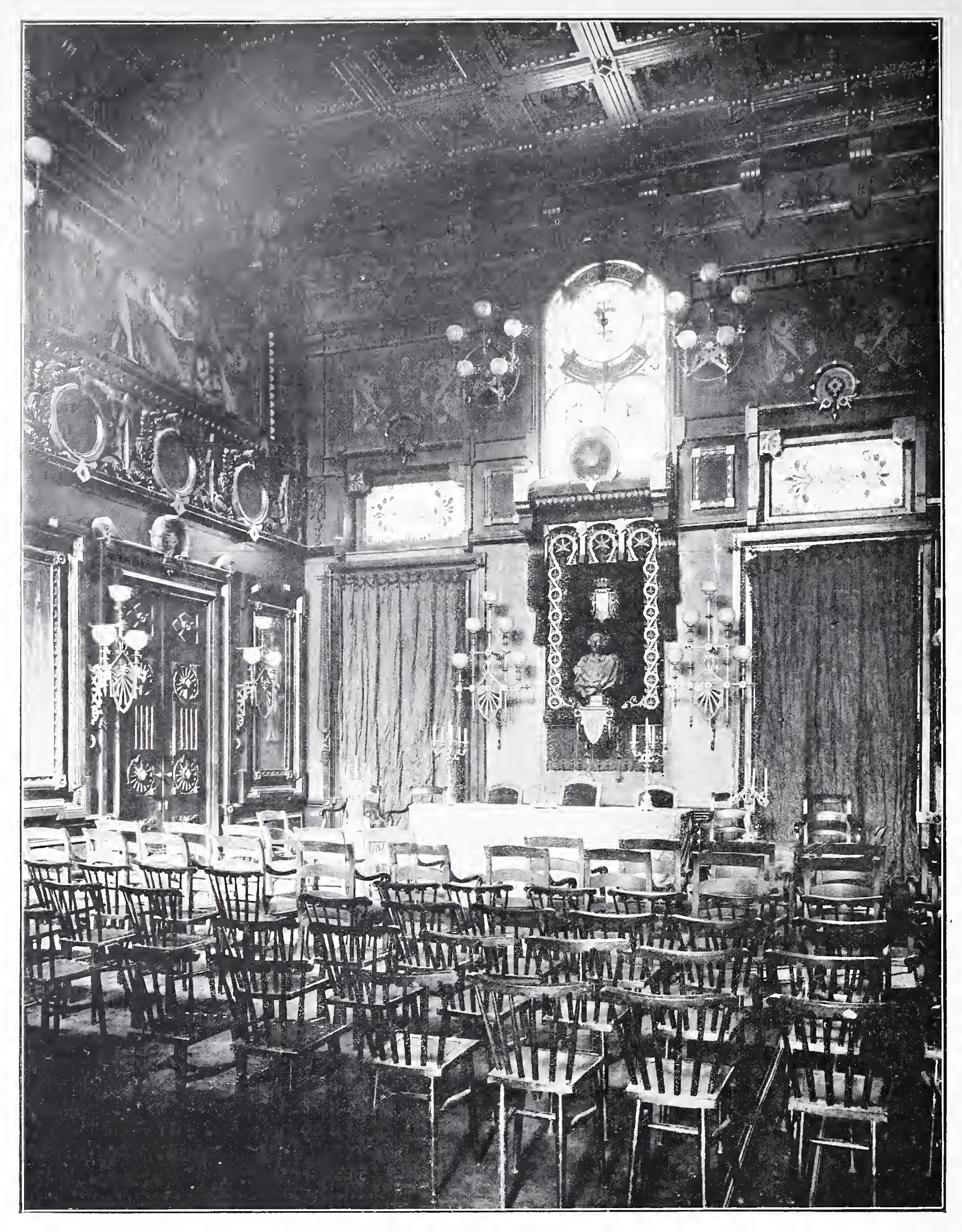
Hasta aquí solo hemos podido ver calamidades sin cuento para la Real Academia; pero desde 1883 ha cambiado la faz de los sucesos, gracias á la iniciativa de Don Angel Romero, Presidente de aquella Corporación, y del distinguido arquitecto D. José Doménech y Estapá. Aceptada la idea, lanzada por aquél, de una reforma total del edificio para darle mayor lucimiento y sacar beneficios más grandes del mismo, acordóse comenzar las obras de la restauración, adquirir mobiliario y comprar material para el Observatorio, que entonces iba á fundarse. Después de cuatro años de titánicos esfuerzos para conseguir la restauración de la Academia, pudo considerarse ésta como un hecho; la corporación premió los desvelos de los señores Romero y Doménech con varias distinciones honoríficas, evidentemente bien ganadas. El retrato de D. Angel Romero puede verse aún en el Salón inmediato al de Sesiones. En este último existe también una lápida de mármol recordando los eminentes servicios de los académicos referidos. El mismo sentimiento de gratitud ha impulsado á la Academia á dedicar especiales recuerdos y honores excepcionales á cuantos la han favorecido con su protección.

Desde 1887 lleva la Academia su nombre actual, formándose á la par nuevos Estatutos y realizándose algunas reformas interiores, entre ellas la de la Biblioteca. Formada ésta desde el siglo pasado, en que se tuvo dispensa del Santo Oficio para guardar libros prohibidos, bien que con varias restricciones, ya hemos mencionado algunas de sus peripecias. Hoy día hállase ordenada y clasificada, conteniendo multitud de folletos y valiosas obras de consulta.

En cuanto al actual gabinete de Física, restaurado por el inteligente y conocido académico D. Tomás Dalmau,

Resuelta la creación de las cátedras de Lógica, Entomología, Química aplicada á las artes, Mecánica teórica, etc., y puesto en práctica este magnífico pensamiento, no tardaron en recogerse los frutos de tanto trabajo. Las aulas se vieron concurridísimas, los cursos de la Academia adquirieron celebridad general y se dispuso por una Real Orden que tuviesen validez académica de un modo provisional. En el mismo establecimiento inauguráronse centros de segunda y tercera enseñanza, en donde podía estudiarse libremente y ganar curso sujetándose á exámenes. Mas al proponerse en 1822 que las cátedras de la Academia se juntaran con las de la Universidad, una Real Orden negó la aprobación de los cursos. ¡ Y esto pasaba en tiempos liberales !

Hasta 1840 no tuvo la Real Academia un *Boletín* donde publicar sus trabajos, pero á los dos años ya no existía. Entonces tuvo que acudirse á la magnanimidad de Revistas particulares como la *Enciclografía* y el *Observador*. El académico Oriol y Bernadet propuso que se creara una



Salón de Actos

cuenta con aparatos é instrumentos notabilísimos, sobre todo en el concepto de su antigüedad. Ya desde los principios de la Real Conferencia se recogieron fondos para hacer venir del extranjero los materiales necesarios para el estudio; así, la primera máquina neumática vino de Inglaterra, construyendo luego otra el académico artista González Figueras. Disuelta la Compañía de Jesús, recibió la Academia los instrumentos y aparatos del Colegio que aquella tenía en Calatayud. Ya hemos mentado los físicos ilustres que ha contado la sociedad, descollando entre todos el inmortal Salvá, cuya universalidad de conocimientos le colocará entre los talentos privilegiados. Hemos

mencionado este sabio como inventor del telégrafo eléctrico y las pruebas de ello no son dudosas, pero no podemos olvidar tampoco su proyecto de un *barco-pez,* tentativa gloriosa que tal vez hubiera añadido algo á la reputación del Dr. Salvá, si hubiese llegado á ensayarse.

El Museo de Historia Natural, fundado en 1768, constaba sólo de dos ejemplares, un águila y un *duch,* adquiridos por la Academia. Tamaña pobreza duró varios años, hasta que, á instancias de la Dirección de Historia Natural, se decidió destinar fondos para enriquecer el Museo, en cuyo fomento tomaron parte muy activa D. Francisco Mirambell en la parte mineralógica y Fr. Mauro Atmetller en la entomológica y botánica. Posteriormente los donativos y adquisiciones lo han acrecido considerablemente, distinguiéndose entre los que han contribuído con los primeros, el académico Llobet y Vall-llosera, Malibrán y el ilustre Gimbernat. Es digna de mención la parte botánica, conservándose un herbario de plantas peruanas, chilenas y mejicanas, procedentes de la expedición científica de Ruiz y Pavón algunas de ellas. Guárdanse asimismo las que regaló la Sociedad Botánica Barcelonesa al disolverse, y varios ejemplares debidos á regalos sucesivos. Á juicio de las personas más competentes, la colección mineralógica del Museo de Historia Natural es sin duda la más valiosa de España, dado el deplorable estado en que se halla la del Museo de Madrid, por singularidades de nuestra patria.

En estos últimos años ha recibido la Academia preciosos donativos que han avalorado sus colecciones científicas. Multitud de planos, memorias, mapas, se deben á la generosidad de eminentes personalidades como el General Ibáñez, la Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales de Madrid, el Instituto Topográfico del Ministerio de la Guerra de los Países Bajos, etc. No poco se debe á los mismos académicos, mereciendo citarse en este concepto varias muestras de cinabrio y dos cuadros grandiosos con placas de sal gema de Cardona, regalados por D. Silvino Thos. Tampoco sería justo olvidar lo mucho que ha enriquecido la colección entomológica, el Sr. Cuni y Martorell, quien ha reunido muchos ejemplares de esta región.

Merece asimismo una visita la sección de Antropología, donde se guardan verdaderas preciosidades para los estudios prehistóricos; no es esta parte muy extensa, pero no por esto es menos valiosa. Pueden verse además en el Museo unos inmensos Tridácneos, moluscos colosales, procedentes de las Islas Filipinas, y varias armas primitivas de las agrestes razas que habitan aquel lejano país, último girón de nuestro imperio colonial. Una piragua de las que se usan en el Archipiélago, no es de lo menos notable en este concepto. No puede menos de deplorarse que en tantos siglos de dominación sólo hayan venido á nuestros Museos unos restos tan exiguos de aquellos ricos y poco explorados territorios.

Sabido es de todo el mundo el servicio que presta la Real Academia determinando la hora media exacta á los diferentes relojes de nuestra ciudad. Desde 1888, cuenta el Observatorio con un péndulo astronómico de Secretan, además de un reloj distribuidor, que se pone en isocronismo con el regulador, mediante una comunicación eléctrica que transmite las indicaciones al horario de la fachada del edificio. Posee además la Academia un cronómetro y un cronógrafo que señala hasta las décimas de segundo. Un teodolito altazimutal de Secretan se emplea para las observaciones astronómicas.

Además del Museo, el Gabinete y el Observatorio, merece citarse el Salón de Sesiones, grandioso é imponente, en cuyo friso se ha colocado el busto de los socios más ilustres, alguno de los cuales hemos citado ya. Figura también en él una lápida de mármol, recordando la fundación de la Academia y los nombres de los que tomaron parte en ella, y un busto del Gran Rey Carlos III, fundido en bronce en los talleres de D. Federico Masriera. Á la generosidad del ilustrado artífice debe la corporación la efigie de su Monarca fundador, que parece aun animarla en la Sala de Sesiones, incitándola á seguir por la vía del progreso. La obra del Sr. Masriera está vaciada sobre la del escultor Pascual Mena, contemporáneo de Carlos III.

Sería imperdonable olvidar el reloj universal astronómico y geográfico que la Academia conserva en depósito por una serie de circunstancias y casualidades. Este magnífico aparato se guarda en el salón vecino al de Sesiones. En el de la Biblioteca figuran muchos objetos de mayólica

Detalle del Museo
Instalación de aves, huevos, peces, reptiles, &., &.

Vista de conjunto del Museo

y vidrio de indiscutible mérito, cedidos galantemente por D. Luis Rouviére, académico numerario.

Á pesar de la tranquilidad que parece gozar la Real Academia, no hace mucho estuvo á pique de desaparecer, gracias á la paternal solicitud del Estado. Pretendía éste que, hallándose alquilada parte del edificio desde cierto número de años, debía pagar contribución y además una cantidad fabulosa por atrasos y recargos, lo cual era obligar á la Sociedad á disolverse y devolver el edificio al Gobierno. Empeñadísima fué la lucha, pero á la postre quedó vencedora la Academia, disponiéndose por una Real Orden exprofeso, que no había lugar á reclamarle nada. El Tesoro español, verdadero tonel de las Danaides, que no puede vivir sin expoliaciones y despojos de toda clase, hallaba muy natural incautarse de lo que no le pertenecía. Por fortuna, esta vez su rapacidad quedó burlada y la Real Academia pudo gozar en paz de sus derechos legítimamente adquiridos. Por ahora, no se ocupa de ella el Estado... más que para mandar investigadores y recaudadores de toda clase, que se ciernen periódicamente sobre la Academia cual una nube de langosta. Son las únicas señales de vida que ofrece el Gobierno de la nación española. Verdad es que lo mismo hace en una multitud de casos.

Hemos visto ya que, á pesar de tantas vicisitudes, la Real Academia de Ciencias y Artes ha sabido dominarlas y seguir su glorioso camino. Su historia es un vivo ejemplo de lo que pueden las asociaciones libres cuando reina en ellas la buena fe y el entusiasmo, únicos capaces de cooperar á las grandes obras. Y hoy día que, despertando de un letargo secular, la sociedad entera parece revindicar sus derechos frente á la embrutecedora dominación oficial, hoy día que el espíritu corporativo parece animar á las más nobles empresas, podemos esperar tiempos más venturosos si la cultura pública sube de grado, dándonos una civilización más perfecta y acabada. Á esta última labor no hay duda que contribuirán las Sociedades científicas y literarias, entre las que no puede olvidarse la Real Academia, en cuyos anales figuran un La Gasca y un Carbonell, un Salvá y un Campeny.

W. Coroleu

Drusa de cristales de yeso, procedente de Almería

EL JURAMENTO

Declina ya la tarde penosa de la vida,
ensueños bajo el ala no abriga la canción,
perdió la agreste musa la portentosa egida
y su aterido imperio recobra la razón.

¿ Qué fué del hondo valle velado entre las rosas
do á suscitar venían las ráfagas de Abril,
aromas de recuerdos, visiones nemorosas
de erráticos prestigios y de candor gentil ?

¿ Qué fué de la esperanza cargada de promesas ?
Sus mágicas sonrisas de halago vencedor,
sus lontananzas puras el alma tiene impresas,
y aun siente mi mejilla su rayo osculador.

Y tú, gloria incruenta, que me llevaste un día
como Luzbel á Cristo del monte en la altitud,
¿ á qué brindarme reinos de forma y de armonía ?
Fué cómplice al engaño la ardiente juventud.

Hoy, como ayer, se alegran cabañas y pastores
y bordan las ondinas el límpido cristal,
espíritus despiertan del caliz de las flores,
los átomos se encienden del alma universal.

Hoy, como ayer, se escucha morisca serenata
cabe la oculta reja, bajo el naranjo en flor,
fragancia de jazmines la atmósfera dilata,
y hay jóvenes ofrendas en el altar de amor.

Cruzado de cien naves, del mundo centinela,
tiende sus glaucas ondas el vigilante mar,
y un nuevo canto impulsa al Dios que lo flagela
de sus bridones verdes las riendas á olvidar.

Yo sé que es univario tu sér, Naturaleza,
invierno ó primavera tus vestiduras son,
que sólo cambia el hombre que hoy gime su tristeza
como cantó sus goces ayer el corazón.

No ardiendo en sed de fama sángre la abierta herida.
¿ Resígnome al olvido ? callar no puede ser,
que hay fibras en el alma, cual horas en la vida ,
en que gravita el arte como fatal deber.

Hay noches en el alma sin un fulgor de aurora,
que sobre el haz del mundo, como funesto don,
cuanto respira sufre y cuanto piensa llora,
de lágrimas se abreva del hombre el corazón.

No importa que los años marchiten el semblante,
mientras un árbol tienda su umbrático vaivén.
Á un niño que sonría y un pájaro que cante,
el alma enajenada palpitará también.

Mientras la noche guíe su ejército de estrellas,
mientras las nubes doren su refulgente tul,
el pensamiento humano, cautivo de sus huellas,
irá de mundo en mundo tras el arcano azul.

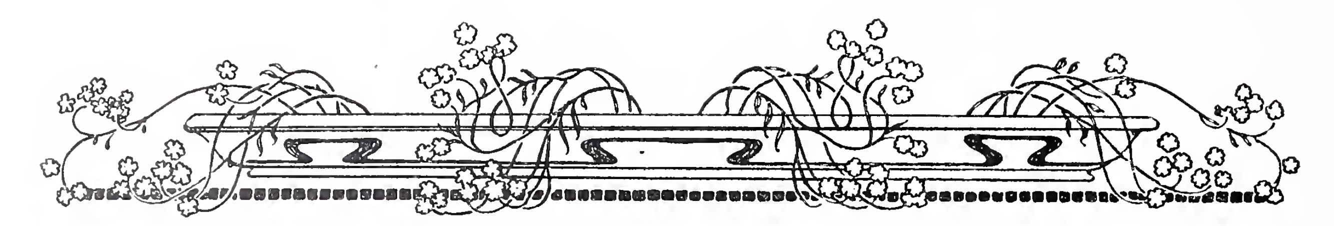
En tanto la mentira destroce fama pura
y el dolo impere al mundo como feudal señor,
á la virtud cavando prisión ó sepultura,
esgrimirá el poeta su yambo vengador.

Mientras un pueblo luche y entre cadenas gima,
los Gracos y Tirteos á la palestra irán.
El canto será espada que de opresión redima
y el numen del poeta la voz del huracán.

En tanto el frágil barro sea huesped de mi aliento,
en tanto no me cerquen las sombras del no ser,
la musa de mis cantos, leal á su ardimiento,
jura sobre la lira jamás enmudecer.

Miguel Sánchez Pesquera

J. MIR.—LAS LAVANDERAS



PATALETAS

No llegaba el bullicio de la calle hasta aquel gabinete retirado: entre la estancia y el mugido de la ciudad se interponía una gruesa mampara, y entre el eco de las mundanidades y el recogimiento de la familia una voluntad firme de aislarse. Húmedo y aterido, con su arbolado esquelético, ningun atractivo tenía el jardín para Visita y para doña Inés, quienes aprovechaban del balcón únicamente la luz y el hueco; y hasta, en rigor, ni luz necesitaba Visita para proseguir su tarea, reducida á proyectar su pensamiento en las lejanías del espacio. El extatismo de su actitud acentuaba la sombra de sus pupilas y la línea arqueada de las cejas, y en el abandono casi cataléptico tomaba hermoso relieve el poderío de la figura de la joven, modelada con brio, algo turgente en el busto, pero finísima en los extremos y en la testa.

Saboreaba en tanto doña Inés las páginas del *Flos Sanctorum*, metida hasta el cuello en las gloriosas abnegaciones y en las penitencias medioevales. Á su faz calmosa asomaba la renunciación interior, y no parecían fuera de su lugar la palidez monástica ni la prematura ceniza de aquel hermoso cabello en el cual apenas quedaban hebras del oro primitivo. Algo, lo inmarcesible, conservaba todavía de su agostada belleza, pero no la majestad avasalladora, la penetrante irradiación de excelencia de que guardaban memoria los que la habían conocido en Barbastro.

Más retirado del balcón, acomodado en la tibia camilla, D. Melchor Fernández de Pozán, el arrogante coracero que antes del 68 fué tenido en Madrid por el prototipo de la marcialidad, estaba hondamente ocupado en hacer solitarios de baraja. Gran deterioro se advertía también en su físico, devastado por una vejez galopante, que ya le sacudía el pulso con menudo temblor cuando tendía los naipes sobre la mesa.

Y así los tres, cada uno á su modo, hundíanse en el olvido de la realidad presente y mataban las horas para ahuyentar reminiscencias tenaces; porque, si un punto ascendían del pozo de su distracción, los tres pensamientos iban á converger á la misma idea; idea terrible, ligada al más mínimo objeto de la casa, fantasma pegado á las paredes, espectro sangriento de... No, no había palabras para nombrarlo: en los ojos se leían ellos aquella fecha marcada en sus corazones con dientes de víbora.

Doña Inés había nacido en Barbastro, en un caserón que enfrenta con la venerable fachada de la casa de los Argansoles; era de familia rancia y linajuda, enamorada de todos los horizontes retrospectivos, nostálgica de todas las gradezas de antaño.

Cuando los Pozanes vinieron á vivir á Barcelona, Melchor, el primogénito, estudiaba aquí Arquitectura, y Visita, que tenía entonces dieciseis años, iba medrando como una hermosa reproducción del tipo paterno, aunque sujeta á caprichosos males nerviosos y devorada por un constante anhelo de sensaciones raras. Pasábase á veces horas y horas acariciando un manguito, y explicaba que el contacto de la piel de nutria era semejante al olor de la vainilla y que pasando la mano sobre raso se experimentaba tanta dejadez como después de un baño tibio.

De sopetón, en plena ventura doméstica, una noche sonó un pistoletazo en el cuarto de Melchor; la señal estrepitosa del luto para siempre, de la extinción del apellido, y la mirada espectral del suicida quedó indeleble en todas partes á donde volvieren ellos los ojos: horror sin atenuación, dinamita que todo lo volaba, y aquella noche misma, ante el cadáver de su hermano, Visita tuvo la primera pataleta.

Como anunciaron los médicos que no sería raro que la

niña tuviese algún otro ataque en lo sucesivo, vigilábanla con ansia D. Melchor y D.ª Inés, aprensivos del triste pronóstico: por eso la dama aragonesa, al hacer una pausa en su lectura del *Flos Sanctorum,* se alarmó de la profunda abstracción que revelaba Visita en el gesto y en la actitud. Pozán, magnéticamente influído, levantó también los ojos, y entre él y su mujer se cruzó una mirada de miedo.

— Visita, hija ¿en que estás pensando?

Ella, bruscamente detenida por las alas, se extremeció.

— ¡ Jesús! Mamá! Pues... en mil cosas ¿Quién puede refrenar la fantasía?

— Pero ¿estás mala, cariño? ¿Te sientes nerviosa?

— No, no, mamita: estoy perfectamente.

— Mira, distráete. Encima del apoyo está la caja de los sellos.

Visita fué por la labor. Formaba parte de una pia falange de señoras que recogen sellos usados para alimentar la chifladura filatélica en provecho de los menesterosos. Es un trabajo muy entretenido el despegar los sellos de los sobres sin que se rompan. La joven comenzó la operación, Pozán volvió á sumergirse en el solitario y D.ª Inés en la lectura; mas á los pocos minutos los ojos inmóviles y luminosos de Visita de nuevo proyectaban la visión interna á través de las paredes del gabinete.

— ¿Qué es esto? — se preguntaba intranquila D.ª Inés.

. . . .

La señorita de Pozán iba todas las mañanas con su doncella á misa de ocho, usualmente al Pino, que era la parroquia más próxima, pero el deseo de ver flores, habíala llevado á Belén aquel día.

Entre los altos árboles escuetos, el sol enfilaba la Rambla y recortaba sobre el andén el enjambre movedizo de las sombras de los peatones. Como afluentes caudalosos, vertían su gente en ella de un modo continuo la Puertaferrisa y la calle del Cármen, la brecha del mercado y el portalón de la Virreina. El ruído ensordecedor de carros y tranvías en la estrechez de los mezquinos arroyos, el pataleo de las herraduras sobre los adoquines, el zumbido gigantesco de las voces, los gritos de los vendedores ambulantes, las bocinas de las bicicletas y el restallido de las fustas, llenaban el espacio de un clamor alegre, y el aire tibio de nuestro Febrero sacaba de los puestos de las floristas ráfagas de exquisito aroma. Bajo los grandes quitasoles rayados, no se veían más que camelias y jacintos, tal era su profusión; mas la mirada seguía al olfato y hallaba pronto en los huecos la mínima violeta, oponiendo su cárdeno terciopelo al blanco aporcelanado de las camelias, al rosa jugoso, al azul pálido de los jacintos y al fresco matiz de algunos claveles tempranos. Entre los quitasoles, descollando en altura y aparato, los puestos de gramíneas sorbían los rayos del sol entre sus formas temblonas y ondulantes, pulverizaban la luz en nubes de color, como enormes abanicos de borroso encaje recorri-

grana anudado al cuello y una garibaldina azul sin remiendos, vestían aquel cuerpo por encima de la hoja de la faja de estambre y del conato de calzones de fustán pegados á la enorme suela, que sonaba con áspero frote á cada paso del lisiado: un paso gimnástico á fuerza de puños, muy parecido al del canguro, menos el empujón de la cola.

Y allá iba el mendigo, infatigable, con la sonrisa en los labios y la hermosa dentadura patente, sorteando los estorbos, recto hacia la presa. Los mandaderos y los asistentes, los empleados que iban á sus talleres ú oficinas, los señores de capa y los caballeros á cuerpo, pasaban sin peaje, pero con las hembras era otro cantar:

— ¡ Benditos ojos que paresen estrellas ! ¿ No hay un perro chico pa este infelís ?

— ¡ Recontra ! — exclamaba pasmada la baturra. — ¡ Qué lástima !

— Pajarita de sielo, con esa cara de corales ¿no hay un séntimo pa este baldao ?

— *Yahora.* ¡ Pobre hombre ! — decía la compasiva catalana.

— Morena, morenita, más dulse que chocolate...

La negra no le dejaba acabar:

— Tome, niño, este *mediesito* para haserse su puchero.

Y así de todas sacaba raja, pues ellas le miraban con la propia emoción con que contemplan el hermoso frutero ó el vaso de cristal que acaban de romper por torpeza. ¡ Qué lástima de mozo !

dos por la vibración presurosa de la médula espinal de la gran urbe.

Un escorzo de hombre, un lisiado singular, ejercía en aquel hormiguero humano el arte de enternecer. Miles y miles de cocineras salen en tropel de la Boquería, con la cesta al brazo: son las hormigas que acarrean las provisiones cuesta arriba, hacia el Ensanche, donde se ha de guisar todo ello. En la corriente, metiéndose entre los pies, alzaban los mendigos sus voces plañideras, generalmente desoídas; mas el lisiado no alargaba jamás la mano en balde : verdad es que no pedía nunca á los hombres. El trabajo de la colecta era fatigosísimo : había que vadear constantemente el río humano de orilla á orilla, barloventeando como el cordón de un corsé, sin que se escapase alma piadosa... y el mísero no tenía piernas.

Ni rastro: un guapo chico metido en un hoyo hasta la cintura; un busto docorativo puesto sobre un azafate. La ensortijada melena á lo Fortuny, la elegante gorrita de pana ladeada, sentaban bien á la guapeza de su rostro, decorado con un bigote de afiladas guías. Un pañolito

Cuando Visita y su acompañante salieron de Belén, quisieron ver los puestos de pájaros antes que las flores y atravesaron la Rambla, mas en el trayecto el lisiado las detuvo. Rápidamente sacó al rostro la sonrisa más amarga de su carcaj :

— Señorita, míreme usted en la flor de la vida.

El contraste entre la riente escena y el mutilado mancebo, suspendió al instante la plácida corriente de las ideas de Visita con un tirón tan brutal, que la mano le temblaba al buscar la limosna en el portamonedas.

— Bendita sea el alma piadosa — dijo el lisiado.

Y á la de Pozán se le antojó que había besado la moneda de una manera extraña.

— Señorita, señorita — gritó la doncella, — mire usted que pájaro tan bonito: aquel, allí.

Dejóse llevar Visita hasta delante de la jaula y estuvo mirando, mirando muy atenta. El pajarista les explicó que aquel faisán minúsculo era una viuda, que los otros blanquitos y rubios como pichones de juguete eran isabelas y estaban ya del todo aclimatados; les aseguró que podía venderles un ministro de toda confianza y mostró empeño

en que no se fuesen sin un cardenal cada una. Pero ni Visita ni la doncella mostraban deseos de adquirir tan encopetados personajes, y una de ellas sentía, como la mujer de Lot, la comezón de volver la vista atrás. Nerviosamente, hizo Visita un cuarto de conversión y, á pocos pasos, distinguió al mendigo que la contemplaba con ojos dulzones.

— Volvámonos á casa, Filomena.

Al pasar ellas junto al lisiado, éste se quitó la gorra.

— Vaya con Dios el consuelo de los desgrasiaos.

— Usted no es catalán — díjole Visita con acelerada palpitación.

— Soy de Mursia.

— ¡ Ah !... ¡ De Murcia !

— ¿ Hastaosté allá ? — preguntó el bellaco.

Molestada Visita por esta familiaridad, contestó secamente:

— No.

Y puso una peseta en la mano del mendigo.

Camino de casa, la exquisita dulzura que deja la limosna en el corazón del dadivoso, inundaba el de la joven con la novedad de su rico placer, nuevo en la experiencia de los nervios. Era muy singular: miles de veces había puesto Visita perros chicos y grandes en palmas escuálidas, y siempre sintió tras el tacto piadoso la íntima y suave satisfacción que recompensa por sí sola. Mas aquella vez era diferente: el placer se había centuplicado; el tránsito de la peseta á la mano del mendigo fué inmediatamente seguido de una vibración nerviosa tan viva, tan penetrante, que se reveló como un manantial de ambrosía al alma de la histérica: era el alcohol inmaterial encontrado en el seno de la más preciosa virtud, el tónico de la anemia sensitiva.

Todo el día trabajó la imaginación de Visita en el bordado de la nueva tela que la novedad desplegaba ante sus ojos: todos los días que siguieron agregaron una astilla al fuego delicioso de la extraña pasión. ¿ Qué no hubiese hecho la de Pozán por anular la desgracia irreparable ? Un guapo mozo aserrado brutalmente por la mitad en plena gallardía de juventud, echado vilmente á la basura por falta de piernas ! Aquella poda de lo accesorio le quitaba el derecho al amor, la esperanza de redimirse por el trabajo, de obtener respuesta á todo anhelo natural. ¡ Quién pudiera colmar el vacío, levantar aquella airosa figura hasta el promedio humano !

No le fué posible en lo sucesivo vivir sin el estímulo de la limosna, soñada desde la víspera con inquietud, con impaciencia. No volvió á dirigir la palabra al lisiado, pero de la peseta pasó al duro, al duro inexorable, que exigía el aumento de dosis, so pena de desencanto. Mas cuando llegaba el momento dichoso, cuando su manecita enguantada oprimía la moneda contra la mano del pobre, á lo largo del brazo se propagaba deleitosamente el breve contacto y difundía en el pecho un aura riquísima y penetrante.

¡ Cuánta astucia, cuánto embolismo para procurarse dinero ! ¡ Qué complicaciones en la pignoración de sus pocas alhajas ! ¡ Qué idas y venidas de Filomena con estos secretos enredos !

Por su parte, el hombre-muñón llegó á figurarse que no se acabaría nunca la ganga; pero un día de Marzo, revuelto, ventoso y desapacible, vió salir de Belén á su caritativa tesorera: entre el gualdrapeo de la mantilla, distinguió confusamente el transtorno de su faz abochornada y, en un remolino de polvo, la miró alejarse y desaparecer. Se habían acabado los duros.

Al anochecer del mismo día, en el gabinete retirado que daba al jardín, Pozán ocupaba la camilla, doña Inés estaba devotamente enfrascada en las páginas del *Kempis* y Visita, para disimular su excitación y malestar, iba hojeando un periódico. Hacía rato que la joven estaba leyendo los dos primeros renglones de una gacetilla, repitiéndolos maquinalmente sin enterarse de la cosa, cuando una ráfaga de frío le entró por la espalda.

« Siempre nos ha maravillado — decía el suelto — que » no sean más frecuentes los percances motivados por la » aglomeración de vehículos en las apreturas y cruces de » la gran arteria barcelonesa. Esta mañana á las once ha » ocurrido una sensible desgracia en la Rambla de los » Estudios. Frente al palacio de Comillas imploraba la » caridad de los transeuntes desde hace algunos años un » mendigo enteramente lisiado, que por su exterior agra» dable y sus zalamerías era ya popular. Al pretender cru» zar el arroyo para entrar en Belén, ha sido atropellado » por un ómnibus y aplastado por las ruedas. Inmediata» mente ha sido conducido á la farmacia de Montserrat, » pero el infeliz ha expirado á los pocos minutos. »

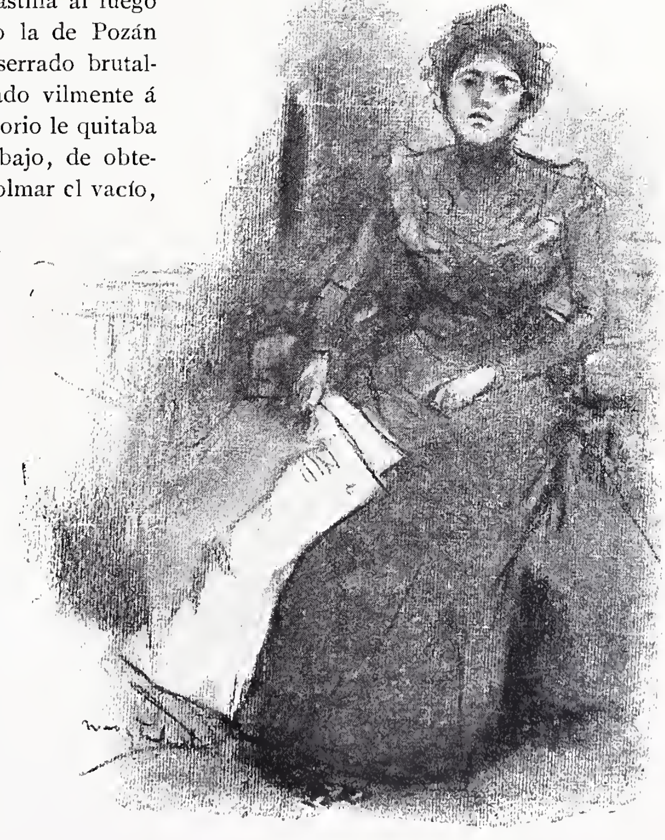
Rompió la quietud del gabinete un chillido bestial y, desde la duquesa en que estaba sentada, Visita fué á caer sobre la alfombra. Retorcíase en el suelo, y amedrentaba ver la contorsión feísima de su cara, la espuma que le brotaba de los labios, el pataleo frenético, el horrible crujir de dientes...

— ¡ Virgen del Pilar ! — gritó la madre despavorida.

— ¡ Hija de mi corazón ! — murmuró el padre. — ¡ Como *aquella noche !*

MANUEL LASSALA

Ilustraciones de A. MAS Y FONDEVILA



LA CHINA MODERNA

CARTAS DE UN DIPLOMÁTICO Á SU FAMILIA

CARTA QUINTA

El príncipe Tsai-Yi. — Magnates prestamistas. — La venalidad de los jueces. — Establecimientos de crédito, asociaciones mercantiles y Montes de Piedad. — Los adelantos modernos. — Una carta poètica. — La comitiva de Tsai-Yi. — La edad de la emperatríz. — El te y la manera de servirlo y de elaborarlo. — Visita devuelta. — Un «interior» chino. — Bebiendo *whisky*.

Á Lady Harrisson
en Londres

Mi amada Olga: Antes de todo, tengo el honor de presentarte á *su excelencia* Tsai-Yi, príncipe de tercera clase y hombre de clara inteligencia y que, además, no se deja ahorcar por un par de milloncejos de taels. Ahora, por no sé qué intriga cortesana en que no acertó á complacer á Tson-Hsi, la emperatriz regente, está en desgracia; pero antes de ahora y hasta hace poco, fué gran chambelán y director del Tsoung-jën-fou, ó sea de los Archivos de la Casa Imperial. Habitaba, á la sazón, el palacio de porcelana, edificio espléndido que supongo conocerás por las fotografías de los periódicos ilustrados, y allí vivía como quien es, como un príncipe, aunque príncipe de *tercera clase.* Hoy, venido á menos en el terreno oficial y sin influencia en la corte, se conforma, como otros muchos magnates de aquí, con gozar de sus rentas dándose buena vida y sin más preocupación que la de cuidarse las uñas.

Le conocí en sus buenos tiempos, con motivo de un asunto de Estado que me obligó á visitar más de una vez las oficinas del Tsong-li-yamen (Consejo de Negocios extranjeros). Un día, en aquella dependencia, me fué presentado el buen Tsai-Yi, que era entonces director de los Archivos de la Casa Imperial. Desde entonces somos amigos, y, sin estimarnos ni mucho menos, él aparenta respetarme y yo transijo con él, porque á su amena conversación debo muchas noticias curiosas. Cada visita que me hace y que yo le devuelvo al siguiente día, me proporciona para mis estudios más datos que dos ó tres años de lectura en el Pi-Iunq-kung, donde se guarda el texto completo del Nine-king.

Mi secretario Chi-lou, que es muy maldiciente, asegura, y no tengo reparo en creerlo, que Tsai-Yi es prestamista. No será, en todo caso, el primero ni el segundo de los príncipes de la sangre que se dedican al negocio de préstamos, que aquí, como en todas partes, suele ser muy lucrativo. Los habitantes del Celeste Imperio se suelen ver con frecuencia escasos de recursos y obligados por la necesidad á proporcionarse dinero de algún modo; pero

El principe Tsai-Yi con su comitiva, dirigiéndose á visitar á Mr. Harrisson

los intereses de los préstamos son enormes, permitiendo la ley hasta el tres por ciento al mes, tipo exhorbitante que se explica, en cierto modo, por el hecho de que el acreedor lo arriesga casi todo con respecto al deudor, pues ambos prescinden de acudir á los tribunales, por saber lo cara que resulta la administración de justicia á causa de la venalidad y codicia de los jueces. Por esto el acreedor chino se toma la justicia por su mano: provisto de su maquinilla para hacer te, de su pipa y de su colchón, se traslada á casa del deudor moroso y no sale de ella hasta que no cobra su crédito.

Para evitar semejantes inconvenientes, se fundaron en China establecimientos de crédito, los cuales, al paso que hacen mucho bien al público, realizan importantes negocios. Los accionistas desembolsan cierta suma, y teniendo cada cual la administración por un mes, contraen empréstitos á un interés muy módico; como no se pagan dividendos, resulta que muchos de estos establecimientos son riquísimos; y los no accionistas, prestando las más sólidas garantías de seguridad, pueden contratar también empréstitos á un interés la tercera parte menor de lo que se suele pagar en China.

Tson-Hsi, emperatriz regente de la China

Instituciones parecidas son las corporaciones ó sociedades mercantiles, que fijan los precios de las mercancías, hacen préstamos á los necesitados y protegen á sus propios individuos de los desafueros de los mandarines rapaces y tiránicos, contra los cuales un individuo aislado es casi impotente; si muere un socio sin dinero, la sociedad corre con los gastos del entierro; pero la acción benéfica de estas sociedades va aún más allá, pues asegura contra los incendios, no sólo á sus propios miembros, sino á todos los habitantes de la ciudad indistintamente.

En toda población china existen muchos Montes de Piedad, á los cuales se recurre en grande escala; las clases superiores no tienen á menos empeñar en ellos durante el verano las pieles y otras prendas de invierno.

Con que, ya lo ves... Á los que te digan, sin conocer más que por el mapa la China moderna, que el Celeste Imperio, en materias de adelantos modernos, vive aún en la época en que se edificaron las murallas famosas, puedes desmentirles en absoluto. En la China moderna y en el mismo Pekin, que es lo más cerrado á la influencia europea, existen y funcionan con éxito casi todas las instituciones con las cuales nos enorgullecemos por allá. No tienen aquí, claro está, nuestras artes ni nuestro museo de South Kensington; pero en agricultura, en industria, en comercio, no son, ni mucho menos, tan bárbaros como algunas gentes se figuran.

Pero volvamos al príncipe Tsai-Yi, de quien tuve el honor de recibir la otra tarde la importante visita. Me la anunció previamente por medio de un tarjetón color de rosa — que es el color de la alegría — en el cual, con tinta roja, me escribió lo siguiente:

«¡Glorioso hermano del sol y de la luna! Mira á tu esclavo que se arroja á tus pies y te ruega que le recibas en tu celestial vivienda. Mañana, cuando el astro refulgente esté en el centro de la bóveda azul, me atreveré á ir con los míos á saludarte, á oir la palabra de tu elocuente boca y á tocar tu mano potente. Mira la mía que tiembla al escribirte.

Tu humildísimo esclavo, *Tsai-Yi.*»

El día siguiente, á la hora anunciada, se presentó en el edificio de la Legación; pero no vino solo, sino con *los suyos*, como ya lo advertía en su hiperbólica misiva, redactada, como tu has visto, con una humildad que hizo después contraste con el lujo y boato de que alardeó el muy vanidoso al venir á verme. Se presentó con su espléndida comitiva, compuesta de más de treinta personas, unas á pie, otras á caballo, vestidas con trajes grotescos de variados colores y llevando enormes banderas, estandartes lujosos, instrumentos musicales, bolas de oro y de cristal, quitasoles que parecían palios, &., &. En el centro de aquella mascarada ridícula venía él, Tsai-Yi, dentro de una magnífica litera, á la que precedían y seguían algunos jinetes, más graves y serios que el mismo Confucio.

No me causó la menor sorpresa este alarde. El magnate chino es la personificación del orgullo. Además, en Tsai-Yi se reunía también la circunstancia de querer llamar la atención, ganoso de que la emperatriz se enterase de que vivía bien, sin necesitar para cosa alguna su protección.

El Tsong-li-yamen (Ministerio de Estado)

Enemigos y muchos tiene Tsai-Yi; pero á nadie odia como á Tson-Hsi, la emperatriz regente. Viendo sobre un velador de mi sala de recibo una fotografía de la augusta dama, me dijo:

— ¿Por qué tenéis ahí á esa mala *diabla*? Es la mujer más fea de Pekin...

— No es fea — le dije, — al menos en ese retrato.

— Ese retrato es del tiempo en que Tson-Hsi era joven. Nació en 1834 y hoy tiene, por lo tanto, 64 años. En su larga vida ha cometido muchos crímenes...

— ¿Tan mala es?...

— Es un dragón hembra. Á los ingleses, sobre todo, os aborrece y desea exterminaros...

Ya comprenderás, mi querida Olga, la situación en que yo estaba teniendo de escuchar estas cosas, dichas únicamente con el propósito hábil de escudriñar mi pensamiento. Por fortuna, en aquel instante entró en la sala Miss Ofelia con dos servidores, trayendo, para obsequiar á mi visitante, el más rico y humeante *cha*, como aquí se llama al te, que fué presentado á la usanza china, esto es, en tazas sin asas, provistas de una cobertera que uno entreabre, para beber, con la misma mano que la sostiene y cuyo objeto es impedir el sorber las hojas que flotan en el líquido. Los chinos, que jamás beben agua, gastan, en cambio, mucho te, que toman siempre sin azúcar.

Y ya que te hablo del te, que es una de las especialidades de la China, te diré en cuatro palabras como se elabora. Recibido en las fábricas, todavía fresco, se escogen sus infinitas variedades; sométesele á la acción del fuego en unas colosales cacerolas, como las perolas de hibar la seda, y agitándolo constantemente, espérase á que las hojas queden contraídas por la torrefacción. El que posee aroma propio no sufre nuevas operaciones; al inodoro se le perfuma después con unas fumigaciones de azahar, de jazmín y de otras olorosas flores, y, encerrado en cajas de plomo, recubiertas de otra de madera, se le exporta. El verde procede de unas hojas superiorísimas, que se tuestan muy poco; pero como la cosecha es escasa, y el consumo en Europa grande, se le falsifica como los vinos europeos. Para esto de falsificar el te se usan aquí mil añagazas que el amigo Tsai-Yi me estuvo explicando minuciosamente y que yo renuncio, por no fatigarte, á describirte.

Después de sorber cuatro ó seis tazas de su líquido predilecto, Tsai-Yi pidió y obtuvo mi venia para retirarse. Se reunió con su séquito, que le esperaba en el jardín, y se marchó por donde vino y con el mismo aparato. Me exigió antes y le dí *palabra de honor* de ir á visitarle al siguiente día. Y como lo prometí, lo cumplí. ¿Qué se hubiera dicho, sino, de la palabra de honor de un inglés?

Muy curioso, muy original un *interior* chino. Estas viviendas están á cubierto de la curiosidad pública; así es que tienes que atravesar uno ó más patios para encontrar la puerta de la casa, donde el dueño te está esperando y en la que te recibe con las cortesías propias de su ceremonial. Apenas traspuesto el umbral, se tropieza con un gran biombo ó mampara, último tapujo del interior, en que, alineadas y puestas sobre pies derechos, se destacan unas planchas (á veces quince ó veinte) pintadas de encarnado y con letras de oro, acusando el nombre, títulos, cargos y dignidades del morador.

El zaguán, que en algunas partes es un patio cubierto alrededor, con su *impluvium* en el centro, á la pompeyana, constituye el estrado del dueño de la casa. La disposición del mobiliario es igual en todas partes. Las sillas, grandes sitiales de tamarindo, de la forma de nuestros sillones de baqueta, pesados como el plomo y negros como el ébano, tienen el asiento y el respaldo de piedra, cuyas vetas — simulando montañas y paisajes — les dan un valor fabuloso. Cuando el personaje, como Tsai-Yi, es muy rico los muebles están cubiertos de paño de color de grana con bordados de oro y sedas. Arrimados á la pared, de la que nunca se separan, á cada dos sillones sucede una mesita alta, estrecha y con tres estantes, que sirve de pedestal á un jarrón de flores, y de apoyo al te y á los dulces con que el que visita es obsequiado apenas llega. Frutas escarchadas, entre las que figuraban guisantes en su vaina, cigarros y otras golosinas, nos fueron ofrecidas en una bandeja circular. Chi-lou aceptó el obsequio, dándose un atracón de dulces.

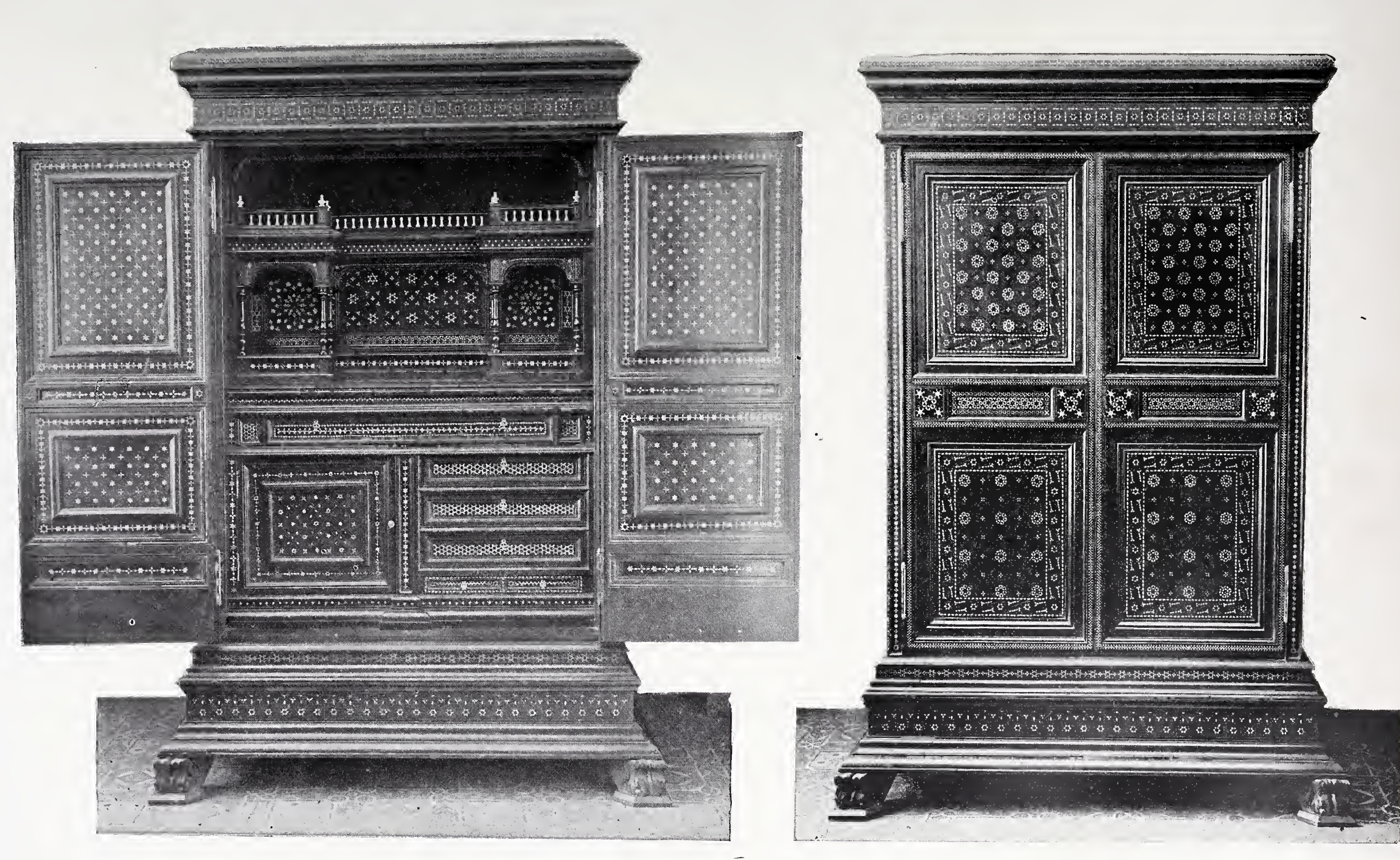
El buen Tsai-Yi me tenía preparada una sorpresa... Me obsequió con *whisky*, con whisky legítimo, tan sabroso como el que se bebe en la cervecería de Barklay, junto á nuestra casa de Londres. Cuando yo te digo que la China moderna progresa y avanza...

Adios, y él te guarde. Se pone á tus pies, enviándote sus afectos, tu esposo y amigo,

JOHN HARRISSON

Traducción del inglés por A.

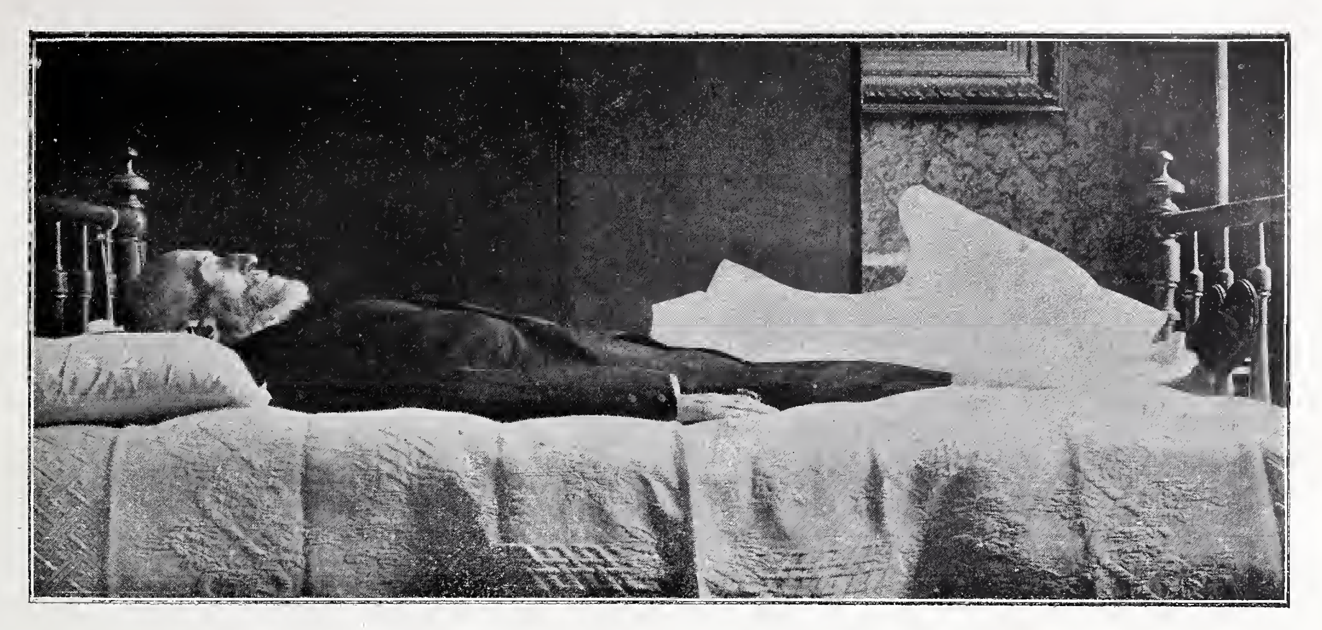
Pekin. – Palacio imperial de porcelana



Armario de taracea, reconstituído con antiguos fragmentos por la casa Juan Puigdengolas.—De la colección del Dr. D. José Viñeta

HISPANIA

Entierro de Soler y Rovirosa.- Salida del cortejo fúnebre, de la casa mortuoria



Cadáver de Soler y Rovirosa en su lecho mortuorio

EL GRAN ESCENÓGRAFO CATALÁN

El día de la muerte de Soler y Rovirosa, del maestro Soler, como con justicia le llamaban las gentes de la presente generación, Barcelona apareció hondamente emocionada, hondamente dolorida, como dándose perfecta cuenta de la pérdida irreparable que acababa de sufrir. Aun sabiendo, como sabía todo el mundo, que la existencia del gran escenógrafo iba extinguiéndose irremisiblemente día tras día, semana tras semana, como un perfume que se evapora con lentitud, la nueva de la muerte á todos se nos vino encima como imprevista calamidad.

En el cementerio. – El último responso

Es que no sabíamos acostumbrarnos á la idea de la desaparición de aquel hombre ilustre que formaba parte integrante del alma artística y social de Barcelona; es que no sabíamos resignarnos á la eterna ausencia del eminente artista que, durante tantos años, proyectó, organizó y dirigió nuestros regocijos públicos, nuestras procesiones cívicas, nuestras cabalgatas por las calles, nuestras kermesses por los jardines, nuestros espectáculos en el teatro...

Llegó Soler á los umbrales de la vida en los precisos momentos en que Barcelona, enriquecida por su trabajo industrial, se disponía á hacer pública ostentación de su riqueza y á vivir la vida de gran capital moderna. Ya no le bastaban para su pública expansión aquellos inocentes desfiles mitológicos de los Festejos Reales; ya no le satisfacían para sus alardes exhibicionistas aquellas modestísimas exposiciones industriales de la Lonja, ni aquellas pobrísimas manifestaciones artísticas del convento de San Juan; ya no le bastaba tampoco para sus espectáculos el venerable Teatro de Santa Cruz, que hizo las delicias de nuestros abuelos.

Las nuevas burguesías barcelonesas, ávidas de lujo y de relación social, necesitaban un suntuoso teatro donde exhibirse, y lo tuvieron en el Liceo; la dorada juventud, apenas emancipada de las antiguas costumbres patriarcales, suspiraba por bulliciosos bailes y fastuosas fiestas, y los halló en nuevos centros y *talleres* de alegre recordación; las clases industriales, recién venidas á las luchas del cambio y de la concurrencia, exigían la apertura de certámenes donde mostrar el respectivo valor de sus manufacturas y artefactos, y estas legítimas aspiraciones del productor se tradujeron en una série de exhibiciones par-

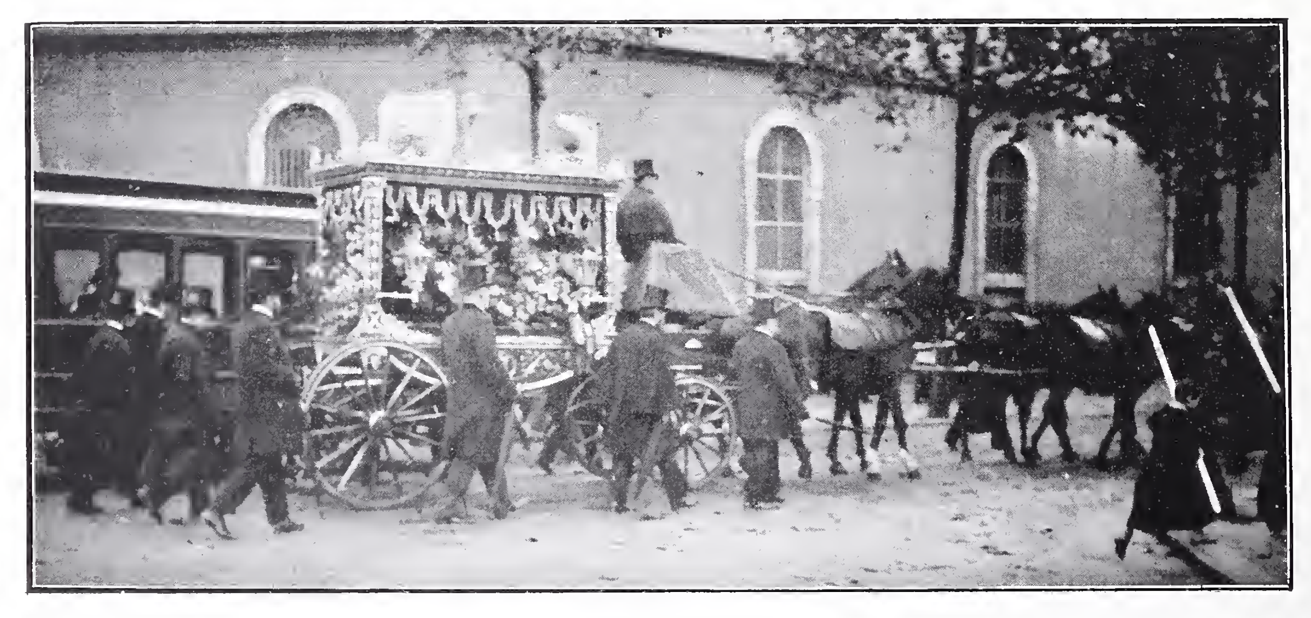
ciales, á la postre coronadas apoteósicamente por la Exposición Universal de 1888.

Y como todas las manifestaciones sociales de este orden, al determinarse, se ofrecen necesariamente bajo variados aspectos de ornamentalidad, es indispensable en estos casos de general florecimiento, la intervención de artistas que cuiden del aparato decorativo, del espectáculo popular, del gesto estético de las gentes, de la pública exornación. En estos últimos siglos han sido generalmente los pintores escenógrafos los que han desempeñado esta misión artística y social. Mahelo, en la corte de Enrique IV; Tornelli, en tiempo de Mazarino; Vigarani, bajo Luis XIV; Chassé, en el reinado de Luis XV; Degotti, durante el primer imperio; Cosme Lotti, en la corte de Felipe IV; Galuci y Bonavía, en la de Felipe V, son, entre otros, los artistas que, como escenógrafos ó directores de escena, como arquitectos ó decoradores, como tramoyistas ú organizadores de reales festejos, se distinguieron por sus ingeniosas invenciones en París ó en Madrid.

Mas, bien podemos, á la par de estas capitales, hacer nosotros mención de Barcelona, puesto que, lejos de haber quedado á la zaga en este punto, debe con razón considerarse como una de las ciudades donde ha ejercido más largo imperio el escenógrafo, hasta el punto de señalar á veces con sus artes el mayor ó menor grado del público esplendor y general bienestar. Cerca de dos siglos atrás, cuando, convertida Barcelona por un instante en dueña de sus destinos, albergó entre sus muros á la corte del archiduque Carlos, aparece en nuestra ciudad el primero de los escenógrafos europeos, Fernando Galli Bibbiena, encargado por el rey de disponer la solemnidad de las reales bodas, los populares festejos, el decorado de Palacio, y la representación de óperas y dramas en la Lonja. Desde aquel momento, queda establecida entre nosotros la tradición escenográfica, y las manifestaciones de aquel arte se suceden sin otra interrupción que las que imponen las públicas calamidades.

En tiempos de Fernando VI y de Carlos III, cuando, ya repuesta Barcelona del desastre de la guerra, emprende nuevamente el camino de su poder industrial y mercantil, son los pintores escenógrafos Tramullas los que, secundados por los Gurri, los Montaña y los Casanovas, decoran en días de público regocijo la ciudad con las complicadas invenciones del arte barroco. En el reinado de Carlos IV, es el escenógrafo Buenaventura Planella el adornista favorito en los grandes acontecimientos que celebra la ciudad.

Luego el estruendo de las armas ahoga otra vez el ruído de los telares y el rumor de los espectáculos públicos y las populares alegrías; mas, cicatrizadas al cabo las hondas heridas que recibió la ciudad durante la funesta lucha con los franceses, vese otra vez verdecer el decorado teatral y callejero en manos de los Planella y los Rigalt. Por los años 27 y 28, con la estancia de Fernado VII, vuelve Barcelona á convertirse en corte, y, bajo la dirección de los dos escenógrafos, se celebran un sinnúmero de manifestaciones, de cabalgatas, de *Máscaras Reales,* de funciones de gala en el teatro, de generales iluminaciones.



El coche mortuorio

El sepelio

grafo de estas espléndidas exhibiciones teatrales que han dado fama y prestigio al arte escénico de nuestra ciudad.

Llegada Barcelona al mayor grado de esplendor que jamás haya alcanzado, tenía, para el goce estético de sus ojos, al escenógrafo más grande que ha habido en Cataluña, que ha habido en España.

Con su arte amable y para todos inteligible, con su carácter jovial y altamente simpático, con perspicaz conocimiento de las gentes, Soler estaba excepcionalmente dotado para desempeñar á maravilla la misión artística y social á que desde niño se sintió llamado por irresistible vocación. Más que otra cosa, el pintor del infierno del *Lohokeli,* del castillo de *La Redoma,* de la gruta de *Don Carlo,* del bergantín y del cementerio de *La Sirena,*... más que otra cosa, fué para Barcelona un dictador que subyugó durante treinta años el ánimo de las gentes á fuerde sortilegios, de sorpresas, de ingeniosas hechicerías... Ante todo y sobre todo, fué un artista amado, un artista comprendido, uno de los pocos artistas que entre nosotros llegan á ser populares... y, si no temiéramos la paradoja, diríamos que la gran popularidad de aquel hombre, quien sabe si modesto, quien sabe si orgulloso, que no quiso nunca salir á la escena á recibir la ovación del público, la tenía principalmente en las clases elevadas y medias de nuestra sociedad, que en tan alto grado le eran deudoras del esparcimiento de su espíritu...

Por esto, el día del sepelio, cuando veíamos al mundo intelectual y al mundo aristocrático de Barcelona agolparse delante del féretro del gran escenógrafo, se nos antojaba que aquella multitud, enlutada del cuerpo y enlutada del alma, iba á atestiguar el agradecimiento que sentía por el hombre desaparecido que tanto deleite había procurado á sus ojos, que tantos ensueños había engendrado en su alma, que tanta fantasía había encendido en su imaginación.

R. Casellas

Más tarde, con la explosión de la guerra civil, se abate otra vez el espíritu de la urbe, y con él las artes de la escena y los públicos festejos. Pero se reanima, al cabo, en ciertos períodos del reinado de Isabel II, y así sigue fluctuando entre el decaimiento y la pujanza, hasta estallar la revolución del 68, que tanto debía aprovechar á la renovación de Barcelona, desatando las ligaduras que se oponían á la expansión de su personalidad.

Nuestra ciudad ya no era solamente el primer centro industrial de la Península, sino que empezaba á ser un gran centro intelectual, mientras esperaba serlo político. Al lado de las manifestaciones de carácter manufacturero, iban naciendo otras de índole literaria y artística, propias del país. Surgía toda una literatura propia, todo un teatro indígena, toda una música popular. Oreada por estos vientos de renovación, la casera existencia del antiguo barcelonés se desencogía para tomar vuelos de vida social. Aparecían otras costumbres más expansivas, más en relación con la cultura de los tiempos, con las exigencias de la civilización. Á la policía y al ornato de las vías públicas, respondía el lujo y el confort de los hogares; menudeaban los espectáculos y las exposiciones; abríanse nuevos teatros y grandes establecimientos públicos; celebrábanse certámenes artísticos, se introducían nuevos géneros de sport y diversión, y las rúas, las cabalgatas, los grandes carnavales, los desfiles cívicos, eran otras tantas manifestaciones del nuevo espíritu de sociedad...

Pues bien; ya es hora de decir que en muchas fases importantes de este renacimiento de Barcelona, Soler y Rovirosa, el artista que hoy lloramos, desempeñó un gran papel. Él fué el exornador de muchos de estos interiores que aceptaban la vestidura del arte como una novedad; él fué el decorador de muchos de estos establecimientos lujosos que se abrían por primera vez á la frecuentación del público; él fué el alma de muchos de estos espectáculos que hacían la admiración de todos; él fué el organizador de muchas de estas fiestas cívicas que dan idea del gusto y de la suntuosidad de una población; él fué, sobre todo y ante todo, el escenógrafo, el gran escenó-

Después del sepelio

Decoración para la ópera DON CARLO. Acto 2.º, cuadro 3.º (Liceo, 1869)

ESCENOGRAFIA

Principales fragmentos de la conferencia dada por Soler y Rovirosa en el Ateneo Barcelonés, en 1893

La decoración en el teatro no es más que el fondo del cuadro; los artistas son sus figuras. Pero todos sabemos, y hay que repetirlo ahora para sentar bien este principio, que es de gran dificultad dar con el fondo del cuadro. Una decoración bien dispuesta, y sobre todo ajustada al espíritu de la obra, ayuda en gran manera á su autor y á los artistas que la representan.

No debe olvidar nunca el escenógrafo lo que se ha propuesto el autor al escribir su obra, ya sea en conjunto ya en sus más pequeños detalles; y es indispensable ajustarse á sus indicaciones, porque, según decía Emile Augier, «todo lo que no pone de su parte el artista, se lo quita al autor.»

Siguiendo este principio, el famoso coreógrafo Noverre, nombrado en 1770 director de baile del teatro de la Ópera de París, decía ya que la poesía, la pintura y el baile, deben ser copia fiel de la naturaleza.

Á este fin, director de baile, pintor, dibujante y maquinista, deben todos secundar la imaginación del creador, siguiendo y perfeccionando la idea madre del poeta.

Diderot escribió en igual sentido, y Gœthe, en sus *Entretiens*, dice: «En general las decoraciones deben tener una entonación favorable á los trajes que se mueven en primer término. Si por acaso el decorador pinta un salón rojo, amarillo ó de entonación blanca, ó bien un jardín verdoso, entonces los actores deben tomar la precaución de evitar iguales tonos en sus trajes, porque si un actor se presenta en un salón rojo con una casaca del mismo color, en muchas ocasiones su torso desaparece ó se confunde con el fondo, destacándose con exceso las piernas, si son de color distinto.»

Conviene añadir, además, que así como cierto famoso hombre público decía que para gobernar se necesitaba mucha guardia civil, yo creo que para ser escenógrafo se necesita mucha perspectiva. Se emprende esta carrera por vocación loca y decidida, ó por circunstancias especiales de familia.

El escenógrafo casi nace en el teatro, se alimenta del vaho del escenario, y crece al calor de las candilejas.

La base del estudio del pintor escenógrafo ha de ser el de *la arquitectura;* y tanto es así, que varios arquitectos de talento he conocido y conozco que hubieran sido excelentes pintores escenógrafos, con sólo quererlo ser.

El pintor de caballete se dedica, generalmente, á un género determinado y puede consultar el original á sus anchas. El escenógrafo debe ejecutarlo todo: desde el salón de gusto refinado, al sitio más agreste ó fantástico que su imaginación pueda crear, producto de su fiebre ó exquisita sensibilidad.

ESCENOGRAFÍA EXTRANJERA

Los primeros datos que he hallado, son de Cahuzac, referentes á Italia y dicen así:

En celebración del Casamiento del Duque Galeas de Milán con Isabel de Aragón, en 1488, tuvo lugar en Tortona (Lombardía) una gran fiesta coreográfico-teatral inspirada por el gentilhombre Bergonzo di Botta, que fué el que la compuso.

Los variados bailes que se ejecutaron alrededor de la mesa del banquete, eran mitológicos, con gran lujo de trajes y tramoya; y los individuos que componían las agrupaciones de las danzas que ejecutaban, eran al mismo tiempo portadores de los manjares que depositaban sobre la mesa. Así, pues, Mercurio, que había robado á Apolo, guardador de los rebaños de Admete, entregaba una ternera. Diana, llevada en magnífico palanquín dorado, precedida de sus ninfas, ofrecía un ciervo. Después de una suave melodía, prorrumpía la música en un *forte* brillante, anunciando una cacería, que terminaba con la muerte del jabalí de Calydon.

Hebe escanciaba el néctar de los Dioses, acompañada de los pastores de Arcadia, portadores de leche y quesos, y de Pomona ofreciendo frutas.

Después seguía el gran baile de los Dioses marinos y de los ríos de la Lombardía que servían los pescados más exquisitos, mientras ejecutaban varias danzas de diversos caracteres.

Acabado el banquete, se presentó un espectáculo de canto y baile alusivo á la fiesta, la cual fué luego celebradísima y muy pronto conocida en toda Europa, tanto, que casi puede asegurarse que sirvió de preludio á las óperas y bailes de aparato que después se ejecutaron.

Durante los siglos XVI y XVII se daban en Inglaterra unos espectáculos de pompa extraordinaria y extraña al mismo tiempo; se los titulaba *Máscaras,* siendo un conjunto de música, bailes y festines, con escenas mímicas ó dialogadas por personajes alegóricos, ataviadoos con trajes espléndidos.

Según la crónica de Holinsted, una de las primeras *Máscaras* se representó durante el reinado de Enrique VIII en 1510.

Fué de las más brillantes la que compuso Thomás Campion, doctor médico, y se representó en White-Hall el 6 de Enero de 1606, con motivo del casamiento de Lord James Hax, conde de Carlisle, con Lady Anna, hija única de Edward, Lord Denny.

En la descripción de la escena, al detallar las decoraciones, se habla de árboles de oro, colinas, un bosquecillo de Flora adornado de toda clase de flores que despedían rayos de luz, la casa de la Noche, cuyos negros pilares estaban sembrados de estrellas de oro, y el fondo de la decoración cubierto de nubes y aves nocturnas.

Los teatros públicos ingleses eran tan pobres de decoraciones y trajes, según dice Philip Sidney, que la misma decoración servía para jardín, caverna ó campo de batalla.

En las obras de Shakespeare se obtenían sus múltiples cambios de escena por medio de letreros colocados bien á la vista del público, tal como se practicaba en Francia en los llamados Misterios ó teatros de Ferias.

Mr. Celler, en su libro titulado *Les origenes de l'opera et le ballet de la Reine,* al hablar del estreno de la obra «Circe», en París (el domingo 15 de Octubre de 1581), durante el reinado de Enrique III, dice:

Que fué el primer ensayo francamente realizado de la alianza de la poesía, del baile, de las decoraciones, de la maquinaria y de la música; y en cuanto á la colocación de la orquesta, nótese bien lo que añade:—La orquesta se hallaba *oculta* detrás de una bóveda de azur, ondulada de nubes, y con muchos agujeros luminosos para dar salida á los sonidos de los instrumentos.—

Tal fué el efecto de aquella representación llena de novedad en su conjunto, dice Pougin, que desde su estreno en 1581 hasta mediados de 1671, en que se representó «Pomone», primera ópera francesa regular ú ordenada, hubo un vacío tan grande, que aun no se había borrado el recuerdo de aquella «Circe» famosa.

Á principio del siglo XVII empiezan ya á sonar los nombres de algunos escenógrafos. Paul Lacroix cita á Laurent Mahelo como maquinista, decorador y director de escena en París en aquella época.

En Florencia, en 1589 y 1594, el caballero Corsi, músico, dió en su palacio, secundado por sus tres amigos los poetas Rinuccini, Peri y Caccini, la representación de una especie de ópera-baile, titulada: «Los amores de Apolo y Dafne», á la que asistieron los grandes Duques de Toscana, los Cardenales Monte y Montalto, y toda la nobleza florentina.

En Turín, en 1653, en la corte del Duque de Saboya, se dió el gran baile mitológico, compuesto por el Conde Felipe d'Aglié, titulado: «Gris de lino», por ser el color favorito de la Duquesa, con grandes figuraciones, tramoyas y transformaciones.

En 1645, en París, el Cardenal Mazarino, que había asistido á las flestas del Piamonte, llamó de Italia al maquinista Torelli, con una compañía de comediantes, que pusieron en escena, en el teatro del Petit Bourbon, *La finta pazza de Strozzi.*

En 1650, el gran Pierre Corneille dió en el expresado teatro «Andromede», tragedia con acompañamiento de canto y baile y gran aparato escénico.

La Gazette de France, 18 Febrero 1650, afirmaba, al hablar de la obra, que se había dejado muy atrás á los griegos y á los romanos, y que los milagros de los sacerdotes egipcios no eran nada comparados con las maravillas de «Andromede».

Las tramoyas de Torelli gustaron tanto al público, que muchos aficionados asistieron á varias representaciones de aquel espectáculo. Los trajes no eran inferiores á las decoraciones; Venus y todas las mujeres iban vestidas á la moda dominante en aquella época, y los hombres llevaban rico tahalí, melenas rizadas con bucles, coraza y casco con inmenso plumaje.

La tragedia *La toison d'or,* del expresado Corneille, representada en Enero de 1661 en el castillo de Neubourg, en Normandía, causó gran sorpresa por sus maravillosas máquinas teatrales.

Luis XIV hizo venir á París al famoso Vigarani, gentilhombre italiano, para construir el teatro de Las Tullerías. En él montó la ópera *Fêtes de l'amour et de Bacchus,* que se estrenó con grandísimo éxito en 15 de Noviembre de 1672.

A. Torija, fot.

Soler y Rovirosa en 1885

En la misma capital, Pietro Algieri pintó en 1749 magníficas decoraciones para «Zoroastro y Dardanus», cuya cárcel, de una grandiosidad fabulosa, según el gusto que dominaba entonces, fué muy celebrada.

En la misma época Claude Louis Chassé, tan buen cantor como hábil director de escena, hizo maniobrar, en el teatro de Fontainebleau, gran número de comparsas en la ópera «Alceste», con tal precisión, que después el Rey Luis XV le llamaba *mon general.*

El célebre Watteau también habia pintado decoraciones para algunos bailes que se dieron en el teatro de la Ópera. Y aquí me permitiré una pequeña digresión.

ABUSOS Y TIRANÍAS

Para formarse idea de los abusos que cometían en el teatro ciertas clases de la sociedad, en aquella época, conviene recordar que hasta 1759 hubo en el teatro francés dos filas de asientos, colocados á ambos lados del proscenio sobre el escenario, é iban á sentarse allí la flor y nata de los *dilettanti* y gomosos de la época, interceptando el movimiento de los actores y á veces confundiéndose con ellos; promoviendo alboroto y despabilando las velas de sebo para hacer reir ó contrariar á los espectadores; y algunos de ellos se presentaban á veces tan embriagados, que, en el desorden y confusión que allí se armaba, caían sobre la orquesta, habiéndose visto obligada la autoridad á colocar *une rampe* ó barandilla al extremo del tablado, denominándose desde entonces aquel sitio *la rampe,* y llamado por los españoles las candilejas ó batería.

Y siguiendo el mismo tema, debo añadir que el famoso compositor Lulli, director absoluto del teatro de la Acadimie Royale, obtuvo del rey los más odiosos privilegios, entre los cuales hay que citar los siguientes: Imposición de fuertes multas é indemnizaciones á los demás teatros, con prohibición, bajo penas muy severas, de aumentar en ellos el número de cantantes y músicos.

Las dimensiones de sus escenarios las daba la Dirección del teatro de la Academia, y en muchos de ellos no podía haber más de dos personas en escena. Si en cualquier teatro, ó en la ciudad, descubría Lulli alguno, artista ó no artista, que le fuera útil, tenía el derecho absoluto de reclutarlo; y fué tal la tiranía, que muchos padres tuvieron que ceder á la fuerza sus hijas para ir á trabajar en el teatro, al verse amenazados con un mandato Real cuya desobediencia era castigada en la Bastilla.

DESARROLLO DE LA ESCENOGRAFÍA

Volvamos á lo del progreso escenográfico y lleguemos ya á la aparición de Ferdinand Galli-Bibbiena de Bolonia, nacido en 1657 y fallecido en 1745. Gran escenógrafo y hábil director de Festejos Reales, recorrió varias cortes, siendo muy agasajado y aplaudido con entusiasmo. Fundador de la dinastía de los Bibbiena, ha legado á la posteridad muchas de sus obras, gracias á haber sido grabadas, que nos muestran su potencia creadora, su fuga artística y su nueva escuela ampulosa, con líneas en extremo movidas y atormentadas, muchas de ellas, á fuerza de aproximar la distancia en sus operaciones perspectivas, pero llenas de una elegancia, grandeza y fastuosidad encantadoras.

Junto á Bibbiena, y quizás delante de él, hay que poner á Servandoni (Giovanni), florentino, nacido en 1695, y fallecido en 1765, discípulo del pintor Panini y del arquitecto Rossi. Va á París en 1726 y revoluciona todo el sistema hasta entonces usado en la ópera. Sus composiciones, de la misma escuela de Bibbiena, eran grandiosas, pero más reposadas, y prueban un talento sólido y concienzudo. El Rey de Francia le distinguió mucho. Como arquitecto, Servandoni proyectó muchos altares y monumentos importantes. Pintó gran cantidad de cuadros de ruínas de arquitectura, siguiendo la moda de la época, y en el baile «Flora y Céfiro» hizo remontar dos niños sobre nubes, suspendidos por fuertes hilos de latón.

En 1765 el pintor Boquet, en París, sorprende al público con los telones de nubes con gasas para cubrir la escena, cambiando con ellos la decoración á la vista, y obtiene tan gran éxito, que se le nombra pintor de *L'Academie Royale,* por su especialidad en las nubes.

Y aquí siento no poder continuar citando muchos otros artistas de mérito, pues su enumeración sería tan prolija, que no dudo cansaría al auditorio; así, pues, vayamos deprisa, porque llega la «Revolución Francesa,» que ha de producir un gran cambio en la escenografía, naciendo de él el Neo-Romano.

EL NEO-ROMANO

Campea en primera línea el escenógrafo italiano Degotti, que en París introduce la disposición de las deco-

taciones en forma desigual, (destruyendo la costumbre de la monotonía de los bastidores y de las bambalinas, planteando la composición sobre el escenario, según lo exigía el movimiento escénico,) y que, en el «Triunfo de Trajano,» en el teatro de la *Place Louvois*, obtuvo un triunfo casi igual al de aquel Emperador.

Ya entonces se empezaba á ir en busca de datos históricos para dar carácter á las decoraciones y á los trajes, y en prueba de cuan difícil era al artista procurárselos, hallamos al pie de una comunicación, fechada en París en 17 de Mayo de 1809, por el jefe del taller de pinturas del teatro de la ópera, cuyo primer pintor era Degotti, lo que sigue, referente á los trabajos que se ejecutaban para el «Hernán Cortés» de Spontini.

«.....Hay un artista encargado de hacer averiguaciones en las Bibliotecas Imperiales para instruirse en el género ó estilo de los monumentos que existían en Méjico en la época de Hernán Cortés, y para la construcción de buques, forma de las armas y demás de aquellos tiempos. Se ha descubierto el retrato de Carlos V y se confía hallar el de Hernán Cortés. Firmado, Mitoire.»

Durante la revolución francesa todo fué entusiasmo en el teatro y ódio á Reyes y altos personajes.

La escarapela tricolor adornaba todos los trajes, y si el que debía llevar un actor en la escena era blanco, buen cuidado se daba en añadirle, á lo menos, una faja tricolor para evitar el desagrado popular.

El famoso Talma, que si era revolucionario en política, lo era mucho más en favor del arte, llevó á su apogeo el movimiento iniciado por su antecesor Lekain en la tragedia francesa, para vestirla con toda la propiedad posible; y á este fin no dejaba nunca de buscar los consejos del pintor David, su amigo íntimo.

Sacaba partido de cualquier detalle para disimular su corta estatura y asegurar el efecto artístico de su aparición en escena. En cierta tragedia había dispuesto el escenógrafo una decoración porticada en diagonal; Talma la vé en el ensayo y ocúrresele al punto la idea de hacer su aparición por el ángulo del foro, siguiendo la línea de la columnata; y envuelto en su manto y encogiendo su cuerpo, avanza lentamente, creciéndose por grados, hasta llegar al proscenio, donde, irguiendo del todo su estatura, con los brazos en alto, declama los sonoros versos del soliloquio, produciendo un efecto extraordinario.

En 1789, representando el papel de tribuno Proculus de la tragedia «Brutus», sorprendió la propiedad de su traje tanto al público, que éste tuvo un momento de vacilación antes de decidirse á mostrar su entusiasmo aplaudiendo ruidosamente, como al fin aplaudió. Los partidarios de la vieja escuela dijeron que el gran trágico estaba tan feo como una verdadera estatua romana.

En 30 de Mayo de 1791, aniversario de la muerte de Voltaire, en una tragedia, representando el papel de Titus, apareció con el pelo cortado, según había visto en un busto romano. Á los pocos días la juventud elegante de París se hizo cortar también el pelo, y de aquella representación salió la moda de peinarse á la Titus.

Cierta noche en que Talma, que iba á representar un

Jardin de la ópera DON CARLO. Acto 1.º (Liceo, 1869)

Audouard, fot.

Soler y Rovirosa en 1896

personaje romano, se presentó en el *foyer* de los artistas con los brazos desnudos, Mme. Vestris, al verle, no pudo contenerse y le llamó *Cochon*.

Los escenógrafos italianos, á más de Degotti, siguieron la evolución hacia el Neo-Romano; y Bernardo Galliari, de Cacciorna, llama la atención en París por su talento en las composiciones de arquitectura. Después sus discípulos empezaron á quedarse rezagados, sin fuerzas para seguir el movimiento romántico iniciado ya, y el grandioso y frío Básoli, de Bolonia; Perego y San Quirico, de Milán; Fontanesi y otros, fueron neo-romanos decadentes, que trataron todos los géneros de arquitectura con una ignorancia tan pueril, que contrastaba aun más con lo grandioso y clásico del concepto.

Desde entonces la famosa Italia, que llevó la escenografía á todos los teatros de Europa, descendió de su pedestal, para cederlo á Francia, que tan brillantemente lo ha ocupado hasta hoy.

Pero antes de entrar de lleno en pleno siglo XIX, conviene no dejar en olvido lo que hicieron en España nuestros antepasados.

ESCENOGRAFÍA ESPAÑOLA

Dice Cervantes en el prólogo de sus comedias, que á Lope de Rueda sucedió, en el teatro, Naharro, natural de Toledo, famoso en hacer la figura de un rufian cobarde; aquel farandulero levantó algún tanto más el adorno de las comedias y cambió el costal de vestidos por cofres y baules.

Sacó al teatro la música que antes se cantaba detrás de la manta, y quitó las barbas á los farsantes, pues hasta entonces nadie trabajaba con barba postiza, é hizo que todos trabajaran á cureña rasa, si no es los que habían de representar los viejos ú otras figuras que pidiesen mudanza de rostro; é inventó tramoyas, nubes, truenos, relámpagos, desafíos y batallas.

Después, en 1629, Cosme Lotti, ingeniero florentino, llamado á Madrid por el Rey Felipe III, montó en el Real Palacio la égloga pastoril intitulada «La selva sin amor», de Lope de Vega, y al publicarse impreso el libro, en 1630, dedica este ingenio grandes frases laudatorias á Lotti, y dice, entre otras cosas, que los instrumentos ocupaban la primera parte del teatro sin ser vistos, disposición que hoy se cree nueva y que ya he citado antes al hablar de la representación de «Circe» en París en 1581.

Durante el reinado de Felipe IV, en el Palacio de la Zarzuela, se representó en 1628 la obra en dos actos de Calderón de la Barca «El jardín de Falerina», con grandes tramoyas y maquinarias.

En el teatro del Buen Retiro, el 2 de Julio de 1640, representóse el drama lírico «El mayor encanto amor», de Solís Rojas y Calderón, con aparato de decoraciones y tramoya.

El domingo de Carnaval de 1738 se inauguró en Madrid el teatro de los Caños del Peral, bajo la pertinaz iniciativa del marqués de Scoti, ministro plenipotenciario del Ducado de Parma, valiéndose de los arquitectos y pintores á la vez, Juan Bautista Galuci y Santiago Bonavia, italianos, y con gran compañía, italiana también, muy celebrada.

A partir de esta fecha, poco ó casi nada he hallado digno de especial mención, y puesto que dejé á Francia con sus excesos trágicos y á Italia decadente, fuerza es entrar en el período moderno centralizado en París, donde aparece con todo su esplendor el llamado romanticismo.

EL ROMANTICISMO

Al frente de su movimiento escenográfico, hay que poner á Pierre Ciceri, nacido en St. Cloud, Francia, en 1782, quien, á pesar de haber hecho su primera educación artística con Degotti, neo-romano, cómo era hábil acuarelista,

empezó á estudiar el natural, ejercicio poco usado durante el reinado de los neo-romanos, y, secundado por el concienzudo perspectivista Leger, creó nueva escuela, formando una pléyade de brillantes discípulos como Fouchère Dieterle, Sechan, Desplachin Philastre, Cambon y Rubé, que se ocuparon en hacer croquis y apuntes en las calles y en el campo, ejercicio sano, altamente vituperado por la antigua escuela, que veía desaparecer con dolor el culto del arte escenográfico basada en los principios inmutables del Vignola de Lagardette.

Pinta Ciceri sus decoraciones manejando el color con soltura, huye de los viejos preceptos, fundiendo los tonos con gran habilidad, y obtiene resultados no conocidos hasta entonces.

En 1829 sorprende al público con las decoraciones de «Guillermo Tell», y en 1831 llega á su apogeo con «Roberto el Diablo» y el baile «Siselle».

Al mismo tiempo Gué montó la «Pata de Cabra» en el teatro de la Gaité, y Daguerre, el famoso Daguerre, inventor del daguerreotipo, hoy casi olvidado, pinta, en compañía de Bouton, un diorama que admira á todo París, y luego entra en el teatro del Ambigu-Comique, en donde presenta efectos nuevos en los dramas románticos, que decora con éxito siempre creciente. Una noche en que acababa de obtener un triunfo en un drama, por cierto ya olvidado, con la aparición de la luna á través de nubes de movimiento, mi sabio profesor de perspectiva, Mr. Ricquier, joven entonces, se cruzó en el pasillo de la platea con Daguerre, que iba azorado al escenario, le saludó respetuosamente, felicitándole con efusión por su última obra; Daguerre, sonriendo, le contestó: «Amigo mío, esto no vale la pena», y enseguida, con aire grave, estendió una mano delante del quinqué que alumbraba débilmente el pasillo, y señalando con la otra la sombra que aquélla proyectaba en la pared, díjole con su agitada tartamudez: «Cuando te quedarás admirado será el día en que veas esta misma sombra impresa en la pared después de retirar yo la mano», y se marchó. Mi profesor creyó que la gloria le había trastornado el juicio.

Al cabo de dos años, y ayudado por su amigo el pertinaz y sabio Niepce, obtuvo más de lo que deseaba, pues enseñó á mi maestro Cambon y á otros jóvenes escenógrafos, en su cuartito del taller de l'*Ambigú,* una plaquita donde había reproducido el tejado de la casa de enfrente, con sus buhardillas y chimeneas, con un primor y exactitud tal, que les dejó asombrados.

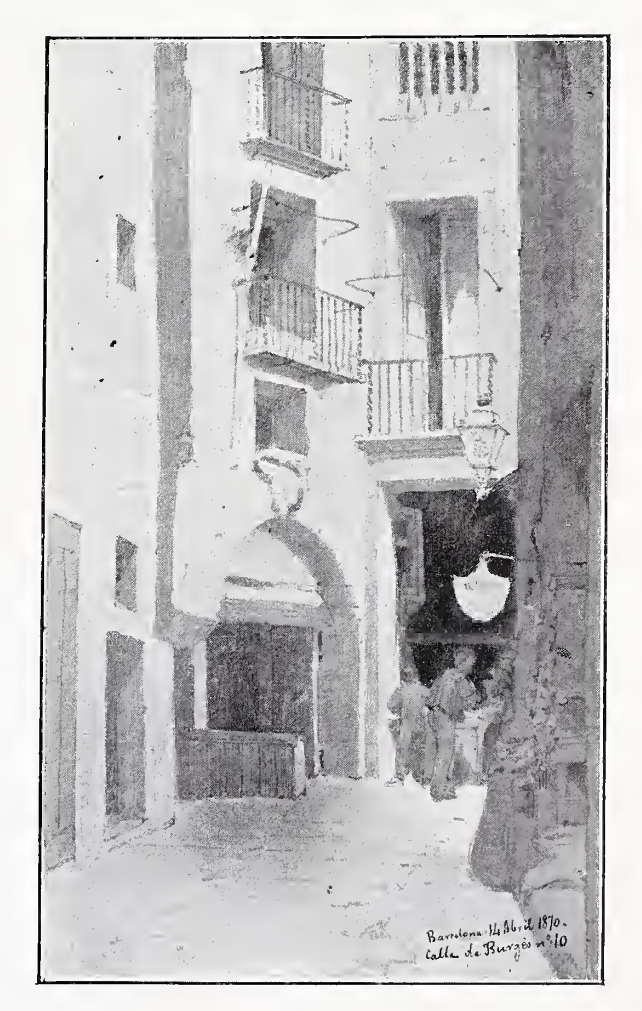
Así empezó aquel pobre escenógrafo á iniciar un invento del que debía más tarde nacer la fotografía, hoy poderoso auxiliar del arte, de la ciencia y de la industria.

El nuevo teatro de Víctor Hugo, de Dumas, Pixerecourt, Bouchardy y otros, así como las nuevas obras musicales de Meyerbeer, Herold, Halevy y Adam, dieron pie á los jóvenes pintores Cambon, Philastre, Sechan, Desplechin y Thierry, todos llenos de entusiasmo, para formar la nueva escuela, de la que salieron, entre otros, Cheret y Lavastre, artistas distinguidísimos; y, merced á los palpitantes asuntos desarrollados por los románticos, la escenografía entró de lleno en el llamado color local, cualidad personificada en Cambon, artista en toda la extensión de la palabra, tan admirador de los antiguos escenógrafos por la grandiosidad de sus líneas, como de los pintores modernos por su especial amor en busca de la verdad.

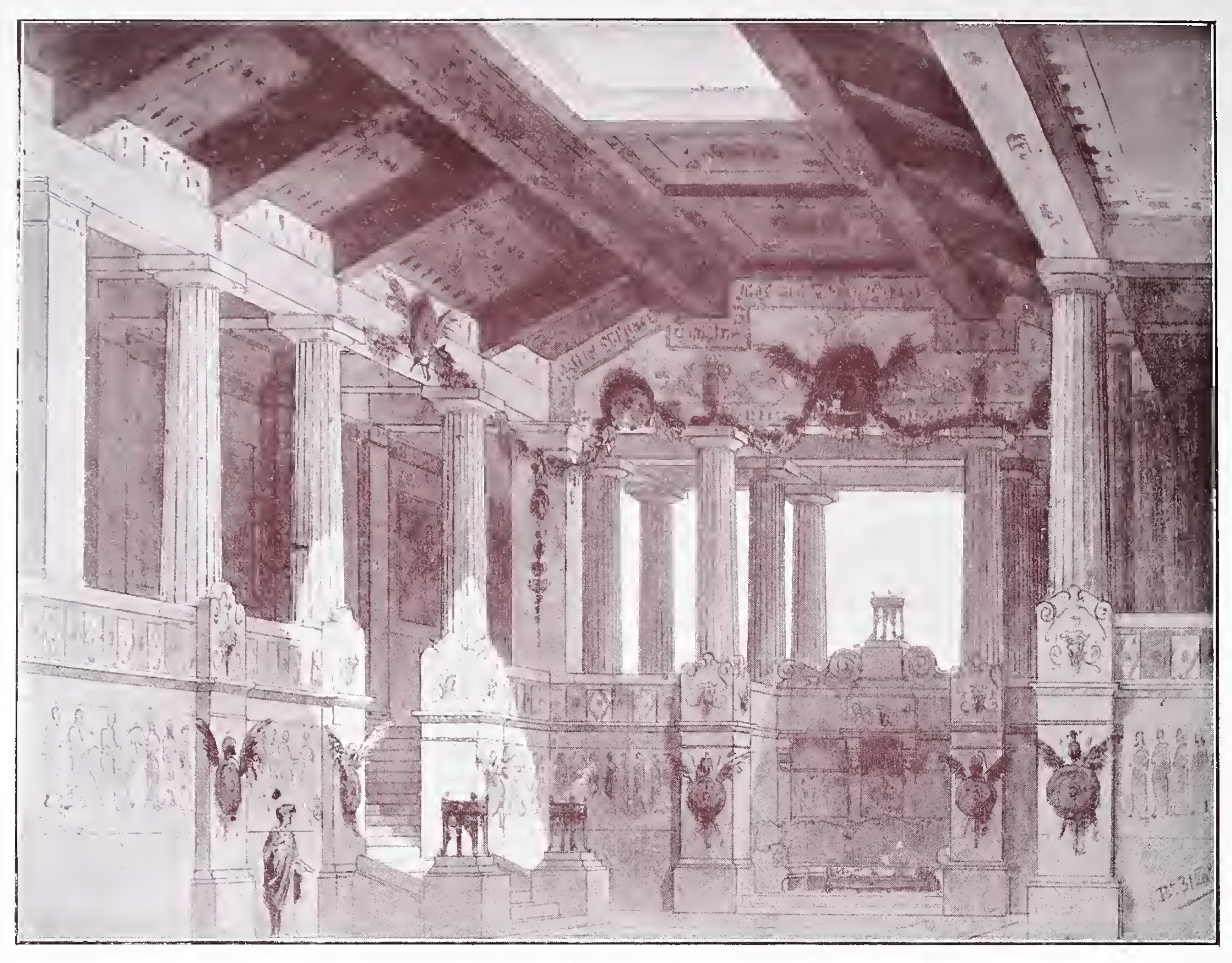
Su perspicacia era extraordinaria en el arte de la escena, y sabía sacar partido de cualquier incidente, apuntado apenas por un autor dramático; así es que el día que Scribe leyó, en comité, el libro de «Le prophête», estrenado en París en 1849, á Cambon no le pareció bien el tercer acto, porque todo él tenía lugar en la decoración de plaza, y el cortejo llegaba á ella acompañando á Juan de Leyde, que se apeaba de la carroza para penetrar en la Catedral, pintada en el telón de fondo. Entonces, recordando el interior de nuestra hermosa Catedral, que acababa de ver en su viaje á Barcelona, hizo su proyecto de decoración, que fué aceptado por los autores y el empresario; se dividió el acto en dos cuadros, y aquella soberbia obra de arte le puso al frente de la escuela moderna.

Su asociado Thierry, paisajista distinguido, imprimió en sus obras un sello de originalidad. Adepto de la escuela de Fontainebleau, la simplicidad en el concepto y firmeza en el color, eran sus cualidades relevantes, y tanto es así, que una decoración de este maestro, reproducida en un periódico cualquiera, no daba idea, ni remota, de lo que era el original.

Por la acertada unión de ambos artistas, quedó creada la escuela actual, sólida y progresiva, cuyo brillo no han podido amortiguar los excesos teatrales de algunos escenógrafos ingleses, basados sólo en el oropel y la luz eléctrica, sin arte ninguno, y que por algún tiempo han sido la admiración de las multitudes.



Apunte del natural, por Soler y Rovirosa



Decoración para el drama sacro LA PASIÓN. (Liceo, 1869)

En España el movimiento romántico se inició también, siguiendo su curso, aunque lento; Madrid lo empezó con don Luis Muriel y don Francisco Aranda, los dos andaluces; Aranda fué quien se identificó más con la moderna escuela, merced á los estudios del natural que hizo y al entusiasmo con que siguió las huellas de Philastre, llamado á Madrid en 1850 para pintar el teatro Real junto con él y con Antonio Bravo. Años antes Aranda había sido muy aplaudido en Madrid, pues, según cuenta Zorrilla en sus «Recuerdos del tiempo viejo,» en la decoración del castillo de Montiel del drama «El Zapatero y el Rey», conquistó tantos aplausos como el actor Latorre.

También en aquel teatro del Circo, Eusebio Lucini, catalán, obtuvo grandes triunfos, gracias á la esplendidez de su empresario, el famoso Salamanca; pero pertenecía á la escuela neo-romana, como su padre, Francisco, que de Barcelona también pasó á Madrid en 1837, y quedóse rezagado en el camino, á pesar de su talento, muriendo impenitente y aferrado á sus principios severos de la escuela decadente.

En Valencia, en aquella época, se hicieron aplaudir, siendo muy apreciados por sus paisanos, don José Vicente Pérez y don Luis Téllez.

LA ESCENOGRAFÍA EN BARCELONA

He reservado para el fin á mi querida Barcelona, empezando por decir con el historiador inglés Goldsmith al escribir la sangrienta historia de su país: «¡Inglaterra, á pesar de todas tus faltas, aún te amo!»

No quedó nunca esta ciudad en el atraso que muchos creen, puesto que ya en 1708, con ocasión del casamiento del Archiduque Carlos de Austria con Isabel de Brunswick, vino á Barcelona el famoso Galli Bibbiena á dirigir las fiestas y á montar en el salón de la casa Lonja un suntuoso escenario, en el cual se dieron espléndidas funciones de ópera, colaborando en los trabajos artísticos, quizás, el insigne Viladomat.

Los hermanos Tramullas de fijo salieron de la semilla sembrada por Bibbiena, como lo atestiguan los grabados que de ellos nos han quedado y los fragmentos de un aparato para el Novenario de Ánimas, que por los años 69 y 70 ví tristemente hacinados en los almacenes de la iglesia parroquial de Villanueva y Geltrú, y cuya gracia y donosura de ejecución acusaban una mano experta y sumamente hábil.

Estos artistas fueron escenógrafos, pues Francisco Tramullas consta como pintor en el libro impreso de la ópera «Siroe Rey de Persia», cantada en 1751 en Barcelona.

En los libretos de las óperas «Andrómaca» y «Lucio Papirio», se lee también que las decoraciones son del célebre Manuel Tramullas, *pittore catalano*. El regionalismo no quedó en el tintero.

La evolución neo-romana, fué implantada en Barcelona en 1806 por dos famosos escenógrafos italianos, José Lucini y Cesare Carnevali, que remozaron el teatro de

Santa Cruz, pintando el telón de boca y muchas decoraciones, obteniendo un éxito extraordinario. Formaron escuela, y sus discípulos continuaron la obra de aquellos maestros sin hacerlos olvidar; de ellos hay que poner en primera línea á Buenaventura Planella, decorador, grabador, escenógrafo y profesor de esta Escuela de Bellas Artes, nacido y fallecido en Barcelona en 1772 y 1844; á Francisco Lucini, hermano del famoso José, y á Pablo Rigalt, nacido y muerto en Barcelona en 1780 y 1846.

Todos ellos fueron arrollados por la invasión romántica que llega en 1840 con la gran compañía de ópera y baile ajustada para el teatro de Santa Cruz, por la empresa de los 40, que éste era el número de socios de que constaba la sociedad formada; y con ella un maquinista y el escenógrafo Penne, ambos franceses. Educado éste en la escuela moderna, sin ser un gran artista, decora de nuevo la sala, aumenta el alumbrado por medio de quinqués de aceite, y aquella claridad no vista hasta entonces, y la entonación brillante con que pinta las decoraciones, contrastan extraordinariamente con la monotonía y tristeza de la escuela que creó Lucini.

En el final del baile de espectáculo «La lámpara maravillosa,» aparece la bailarina Bartolomín inmóvil y con una pierna al aire, sobre una gran esfera de cartón dorado que gira sobre su eje, y atravesando el fondo de la escena, que representa el espacio, cae una lluvia de papel dorado, mientras el cuerpo de baile se balancea en primer término vestido de blanco, personificando genios con una llama de alcohol sobre sus diademas.

El éxito fué colosal.

Alentadas las Empresas que sucedieron á la de los 40, insistieron en los espectáculos, pero como no tenían medios de seguir la corriente, desenterraron de los almacenes la famosa comedia «El mágico de Astrakan», que años antes habían montado Lucini y Planella; mas, por ser anticuadas, el público no aceptó la palomas y otras aves bajando de las bambalinas por medio de cordeles, que á menudo entorpecían su vuelo simulado, ni se impresionaba ya con el tirano, vestido á la mameluca, cuyo trono se convertía en negro dosel galoneado de oro, ocupando su sitio un partiquino de la Compañía de ópera vestido de esqueleto, con la tradicional guadaña, y que cantaba una imprecación en forma de lamentos, para escarmiento del tirano usurpador, el cual quedaba junto al proscenio contemplando, lleno de asombro, aquel cuadro rancio y pueril; de modo que hubo necesidad de retirar el espectáculo, que ya no volvió á representarse.

Sucedieron á Penne los escenógrafos catalanes José Planella, hijo de Buenaventura, y Sert y Malató, asociados, quienes, al ver las obras de aquel pintor, á pesar de pertenecer á la escuela de Lucini, quisieron imitarle, consiguiéndolo algunas veces, pero sin poder disimular nunca su antigua procedencia.

La obertura del Gran Teatro del Liceo la noche del 4 de Abril de 1847, fué el acontecimiento teatral de más trascendencia, no sólo para Barcelona, si que también para toda España, puesto que el teatro Real de Madrid no se inauguró, como ya he dicho, hasta el año 1850.

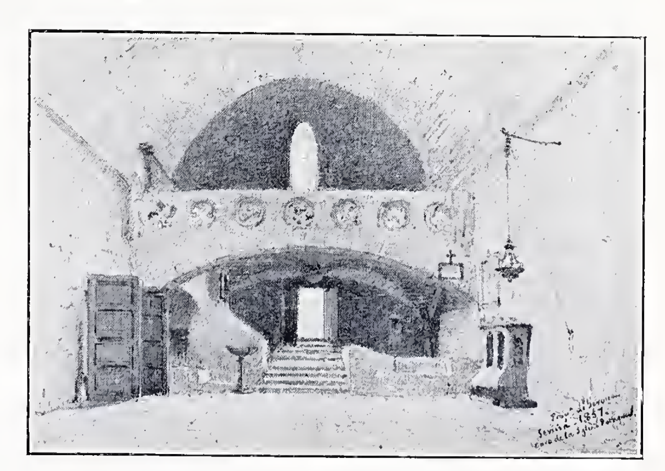
La grandiosidad y proporciones, entonces colosales, del edificio, su suntuosidad, su desahogo en los corredores, escaleras, vestíbulo, pasillos y salón de descanso; el alumbrado por gas, que deslumbró al público, y cuya mejora no se introdujo en el teatro Principal hasta 1851; la esplendidez de las decoraciones, pintadas por Philastre y Cambon, de París; la orquesta, coros numerosos, trajes, comparsería y demás alicientes, todo contribuyó á que el público, fascinado por tan estupenda novedad, declarara al Liceo indiscutible en materia de aparato escénico.

Y aquí conviene recordar que en 1788, cuando se reedificó el teatro de Santa Cruz, pareció al público tan alto el cuarto piso, que varios jóvenes lechuguinos asistieron allí con un anteojo de larga vista; broma infantil que fué muy celebrada.

Tan gran sacudida teatral produjo la apertura del Liceo, que conmovió al Principal hasta en sus cimientos. Nacieron los bandos de Liceistas y Cruzados; aquéllos progresistas, éstos conservadores, como si se tratara de una cuestión política; y á medida que el pintor francés Cagé, artista de mucho ingenio y de una laboriosidad temeraria, que sustituyó á Philastre en el Liceo, iba obteniendo éxitos ruidosos en «I Martiri», «Roberto», «Favorita» y «Hugonotes», se enconaban los ánimos, supliendo los Cruzados su mísero aparato escénico con cantantes de gran valía que combatían con el *bel-canto* los grandiosos conjuntos del nuevo teatro avasallador. Al Principal se le daba el título de rancio, y al Liceo de gran almacén de cartón, porque de esta materia eran los antepechos de los palcos.

Edificado sobre las ruínas del convento de Trinitarios, muchas familias no asistían á él, y los escrupulosos de conciencia llegaron á tal extremo, que una noche, durante la función, un fanático apareció de improviso en el pasillo lateral del anfiteatro del piso primero, y, á grandes voces, con un Santo Cristo en la mano, anatematizó al público, diciéndole que estaba condenado. Olvidábase ya que algunos años antes, en su derruída iglesia, se improvisó un Circo Olímpico, donde el famoso Mr. Auriol dió el salto mortal pasando por encima de un pelotón de soldados que disparaban los fusiles, y cuya habilidad fué popularizada en aleluyas y abanicos.

No cesó un momento la lucha de los dos teatros, y la exasperación de los Cruzados llegó á su colmo cuando en el Liceo, en 1851, al aparecer en el último acto de la ópera «Un' avventura di Scaramuccia», la decoración que debe representar la platea y escenario de un teatro,



Iglesia de Serinyà (Gerona)
Apunte del natural, por Soler y Rovirosa

vióse con gran sorpresa que éste era el Principal, copiado fielmente por Cagé, con su gran reloj sobre la embocadura, y que al marcar las diez, hora tradicional de ir á cenar, se levantaban de las primeras filas de lunetas varios comparsas bien disfrazados de caballeros abonados, ancianos con sus relucientes calvas, interrumpiendo la representación de la farsa que se simulaba ejecutar en la escena del fondo, y se marchaban precipitadamente, promoviendo la confusión y el alboroto ya indicado en el libreto de la ópera. Al día siguiente todo Barcelona comentaba el suceso, y en los cafés de las Siete Puertas, del Rincón y del Espejo, se ponía en ridículo la pequeñez del Principal, que cogía perfectamente dentro del escenario del Liceo. Pero la revancha fué dura para el Gran Teatro al querer cantar «La Traviata», que ensayó *sotto voce*, sabiendo que en el Principal se ensayaba también con gran empeño.

La estrena el Liceo el 25 de Octubre de 1855, cantándola la estrella que en él brillaba, Mme. Julienne Dejean, y, á pesar de sus grandes esfuerzos y recursos, pues era artista dramática de efectos de relumbrón, no puede con la ópera, y queda hundida y retirada por el gran éxito que obtuvo en el Principal la noche del 10 de Noviembre del mismo año, cantada por Landi y la Peruzzi.

En aquella noche, mi inseparable y querido amigo Juan Ballester y Ayguals, oyó resonar los primeros aplausos nutridos y espontáneos. Teníamos entonces 19 años.

Pintó para el segundo acto un salón de baile grandioso, con columnas aisladas á la línea usual de los bastidores, y alrededor de ellas los coristas y comparsas circulaban libremente, para lo cual construyó un contrasalón que casi llegaba á las paredes laterales del escenario. Fué una audacia juvenil que alcanzó gran éxito por su novedad y esplendidez.

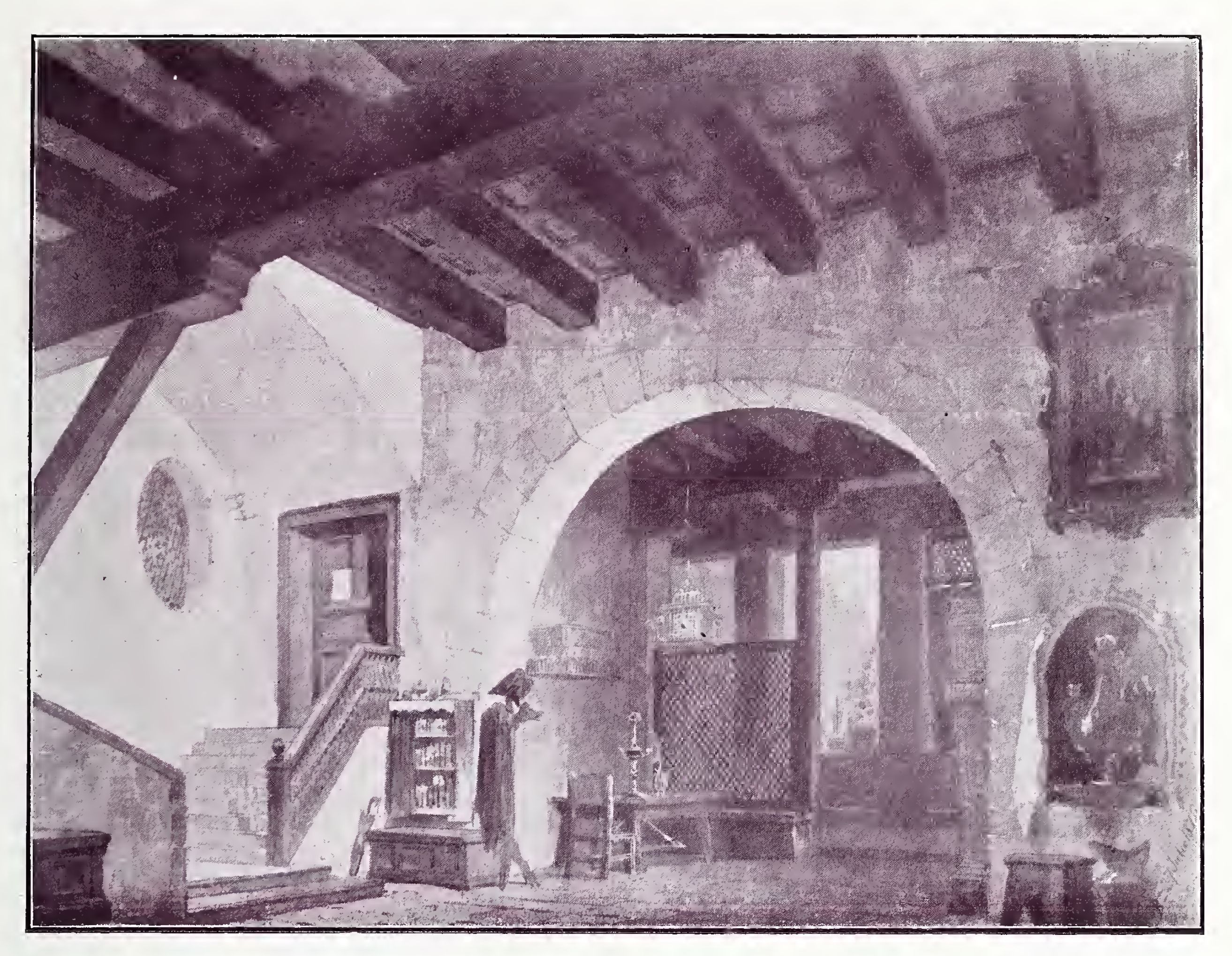
Cuando vino á Barcelona Luis Olona, el año 1860, con su Compañía de zarzuela, y estrenó en el Principal su vasto repertorio, Ballester obtuvo muchos aplausos, especialmente en «Madgyares» y «El Caudillo de Baza». Su nombre fué ya conocido del público: tanto, que más tarde pasó al Liceo, pintando allí «La Africana», cuya decoración del famoso manzanillo superó á la de París, pintada por Mr. Desplechin. Su última obra fué «Dinorah», cuyo gran éxito me comunicó en seguida, por medio de una detallada carta que me escribió á París, y su contenido, lleno de entusiasmo y de amor al teatro, me causó una alegría extraordinaria, alegría que pronto se trocó en gran sentimiento, porque falleció víctima de terrible enfermedad el 19 de Marzo de 1868, cuando su talento, sagacidad y perspicacia teatral, que poseía en grado sumo, debían dar grandes resultados. Dispensen ustedes estos pequeños detalles, hijos de la entrañable y fraternal amistad que nos unía.

Telón corto. Plaza de Zaragoza. (Teatro del Circo, 1895)

Novedad trascendental fué el renacimiento, y casi puede decirse nacimiento del teatro Catalán, que tuvo lugar en el Odeón con Federico Soler (Pitarra), Vidal Valenciano y Arnau, patrocinados con entusiasmo por su empresario Dimas. En la parte escenográfica se hicieron laudables esfuerzos para dar á las obras todo el carácter que ellas merecían.

Allí estaba de pintor Mariano Carreras, que desplegó su inteligencia y sentido práctico en la escenografía. Después se asoció con Ballester, pasando ambos al Liceo; y muerto aquél, trabajó en el mismo teatro hasta su fallecimiento, el año 1888.

El éxito entonces siempre creciente del teatro Catalán llevó á sus autores, que iban aumentando de día en día, al teatro Romea, vecino del Odeón, y allí desarrolló su vasto repertorio, cuyo decorado, obra de Planella, fué muy del agrado del público.



Telón corto de EL TESTAMENTO DE UN BRUJO. (Madrid, 1876)

CARTELONES

Y ahora, si del escenario del teatro salimos á la calle, hallamos muchas veces colgado en su fachada el *affiche* ó anuncio-reclamo, rara vez despreciado por el Empresario de teatros, y uno de sus elementos principales, por lo populares. Este es el cartelón llamado, en *caló* de bastidores, con la palabra denigrante de mamarracho. Obras pictóricas que acusan tanto ingenio como ingenuidad, y colocadas en sitio preferente, atraen las miradas de los paseantes, y cuyo orígen histórico no he podido averiguar.

Los datos preciosos adquiridos acerca de sus autores, empiezan con José Robreño, actor popular y picaresco, que era el niño mimado del público de Barcelona á principios de este siglo; y lo prueba una anécdota histórica que publiqué al hablar del fallecimiento de José Planella, y que ahora repito.

A beneficio de Robreño, por los años 20 al 25, se anunció el drama «El Capitán de fragata ó el capitán azul», en Santa Cruz. En uno de los actos la escena se supone en el camarote de una nave, pero Robreño, para llamar la atención del público, pintó él mismo un cartelón con un buque en alta mar. Se representó el drama, y, concluído éste, como era costumbre, había intermedio de baile nacional.

Después debía Robreño representar su «Hermano Bunyol», sainete en el que se deleitaba y deleitaba al auditorio, vestido de lego barrigudo. Cuando aparecieron los bailarines, el público comprendió que, habiendo concluído el drama, no habría buque, y empezó una gritería espantosa pidiendo *el barco*. El regidor presidente manda al Empresario, por medio de un alguacil, que aparezca el barco, y aquel pobre diablo corre asustado á notificarlo á Robreño, quien, sin inmutarse, pide que le traigan el car-

Decoración de plaza. (Novedades, 1884)

telón y que la orquesta toque una marcha patriótica, y aparece vestido de lego, sosteniendo con ambas manos su obra, y enseñándola á los espectadores atraviesa la escena, haciendo vaivenes, con la mayor calma y tranquilidad. El público, dominado por la sorpresa, aplaudió á rabiar; Robreño había conjurado el conflicto.

Con la muerte de este popularísimo autor, actor y político exaltado, el anuncio mamarracho sufrió un golpe muy rudo, del que no pudo rehacerse sino con la aparición de un nuevo astro, especialista en el ramo.

Fué éste don Ramón Barrera, catalán, actor, barba que hoy le llamaríamos, de carácter anciano, regresado de América por los años 50 ó 51, y aunque era indiano que va y no indiano que viene, según decía Iriarte, trajo algunas onzas, gruesos brillantes, varias coronas con dedicatorias apasionadas, muchos habanos y un soberbio jipijapa, que entre bastidores se aseguraba costó más de cincuenta duros.

Fué el famoso creador del tipo de Don Simón, de aquella zarzuela que en el Liceo dió muchas entradas como fin de fiesta de los dramas de Juan de Ariza, de Dacarrette y otros que la compañía de Guerra representaba sin ensayar siquiera, y cuyos títulos han quedado hoy completamente olvidados. Después se hizo célebre con el drama de Balaguer «Garín ó las montañas de Montserrat», que, puesto en escena en el Liceo por Casí y con música de Manent, dió muchos llenos á la Empresa.

Allí Barrera representó al anacoreta legendario, hecho una fiera y expiando su culpa, con un aspecto horrible y lastimoso. En el gran balcón de la fachada del Liceo aparecieron los cartelones pintados por aquel artista popular, con tanta intención sangrienta como candidez de ejecución.

Sus figuras se parecían á las imágenes que hacen poner en duda al arqueólogo, las cuales pueden atribuirse lo mismo á un pintor bizantino que á un ignorante moderno.

Desde entonces Barrera fué el monopolizador de aquel arte popular, hasta la aparición, en la esquina de la Rambla y calle de Fernando, de un cartelón soberbiamente pintado por Francisco Plá y Vila, nacido en Barcelona en 1830 y fallecido en Madrid en 1878. Era el anuncio de una obra que editaba, creo, la Sociedad *El Plus ultra*, ó la Maravilla, y trataba de la guerra de Crimea. Para todos los jóvenes entusiastas de entonces, fué el tal cartel una revelación, y su autor, discípulo de Cagé, joven elegante y de aspecto simpático, recibió mil plácemes de sus colegas. Pasó después á París, y allí nuestra amistad fué muy íntima. Regresado á España, se estableció en Madrid, donde fué festejadísimo, decorando allí el teatro Rossini en los Campos Elíseos, el de la Zarzuela y el de Apolo.

Más hábil pintor que compositor espontáneo, su ejecución era extraordinaria y puede asegurarse que nadie le ha sobrepujado en la destreza del pincel y en la fantasía nerviosa de su coquetismo escenográfico.

Otro catalán, Pedro Valls, nacido en Igualada en 1840 y fallecido en Madrid en 1885, tuvo ocasión de desarrollar su talento pictórico durante su corta vida en los teatros de la Corte.

MAQUINARIA Y DEMÁS ARTES

No quiero ahora dejar en el olvido, como sucede casi siempre, á un ramo especial de la escenografía, que presta importantísimos servicios al pintor. Este es la maquinaria. Esparramados ó confundidos en la balumba teatral, descubro los nombres de maquinistas franceses, tales como

Armand, inventor, en el siglo xviii, de un mecanismo que en el teatro del *Palais Royal* de París hacía subir el suelo del *parterre* ó platea, entonces sin asientos, al nivel del tablado del escenario, para los bailes públicos; á Bouillé, durante la Revolución francesa; á Boutron, en 1805; á Constant, 1830; á Carron, 1845, y á Brabant, 1864; y en España á dos, uno en Madrid y otro en Barcelona, de mucha iniciativa y talento; felizmente ambos viven todavía y aunque temo ofender su modestia, no puedo prescindir de nombrarlos: son Piccoli y Manció.

Á pesar de que en la historia de la escenografía no figuran nombres de pintores ingleses que hayan pasado á la posteridad, como en Italia y Francia, fuerza es confesar que á Inglaterra debemos inventos sorprendentes que después han perfeccionado con arte las demás naciones, tales como los cambiantes de luz con diversas coloraciones, los espectros sobre cristales, vuelos rápidos, escotillones con disparo, trampillas, correderos, etc.

Hoy Inglaterra posee verdaderos artistas y empieza ya á formar escuela.

Hay que citar también á los artistas inventores y compositores de trajes; á los sastres, modistas, armeros, atrecistas, joyeros, peluqueros, pirotécnicos, guardarropas y mueblistas, cuya cooperación es de inmensa utilidad para la escenografía.

ALUMBRADO

¿Y la luz, ese poderoso agente, el principal del teatro, y que el escenógrafo cuida con preferente solicitud, pudo dejarla en el olvido? Si así lo hiciera, cometería la más negra ingratitud.

Hasta el año 1800, en que Mr. Argand inventó la lámpara de aceite que tomó el nombre de Quinquet, de su fabricante y perfeccionador, los teatros estuvieron iluminados con velas y candilejas de sebo ó aceite, y en noches de gala con cirios que aumentaban la claridad, ó mejor, disminuían la obscuridad de la sala; y de allí data la frase legendaria, al pie del anuncio de la función: «En celebridad de los días de S. M. el Rey, la casa estará iluminada.»

Y tanta era la obscuridad de la escena, á fines del siglo pasado, que en nuestro teatro de Santa Cruz, una comedianta, celebrada por su hermosura y murmurada por sus costumbres, tenía establecido su campo de devaneos en el rincón del escenario, detrás del telón de boca. Los maquinistas del telar, deseosos de dar una broma y promover un escándalo de bastidores, determinaron aparejar un farol de la retreta, lo ataron á una cuerda y desde la altura del pasillo de arrojes, fueron arriándolo, con suavidad, hasta colocarlo sobre la cabeza de la comedianta, que quedó iluminada, como también su galán de tapadillo, y que resultó ser un personaje muy influyente; pastel que, convertido en torta, por poco les cuesta el pan á las familias de aquellos imprudentes maquinistas.

El uso del aceite en la araña ó lucerna del teatro, fué causa en 1844 de una conspiración que, á no ser descubierta á tiempo, sus consecuencias habrían causado muchas víctimas. El plan era asesinar al Capitán general

Decoración para el baile LOHOKELI. (Acto 1.º, cuadro 2.º)

Barón de Meer en su palco del teatro Principal, á favor de la obscuridad y desorden producido por el desplome de la araña al cortarse la cuerda que la sostenía desde el taller de pintura, sobre la platea; único medio entonces de apagar los quinqués instantáneamente. Al día siguiente fueron fusilados tres de los conspiradores, en las gradas del convento de Trinitarios, hoy Liceo, y expatriados dos empleados del teatro.

Se colocaron durante las representaciones centinelas en los pasillos de la platea y en el escenario, con bayoneta calada, arma terrible, suprimida luego por lo muy peligrosa que era para los maquinistas que se lanzaban en el espacio, agarrados á las cuerdas de los telones en los cambios de decoración.

Además del mal olor y del humo que producía aquel alumbrado, no cesaban las quejas y los abusos referentes al aceite. ¡ Cuántas rebanadas de pan, desayuno frugal de peones y barrenderos del teatro, fueron regadas con el aceite de los quinqués del escenario ! Y la maledicencia no cesaba de formular cargos contra los empleados, como el de cierto Empresario muy ladino, que en tono de broma exclamó un día : « Hace más de un año que administro esta casa, y ni yo, ni mi portero, hemos visto á la muchacha del conserje con la alcuza en la mano. »

Apareció en Londres el gas en algunos teatros en 1818, y París adoptó tan gran novedad en su teatro de la Ópera en 1822.

En 1856, con mi inseparable Ballester, vi en el teatro de la Princesa, de Londres, una tragedia de Shakespeare con efectos de luz Drumont. Nos dejó deslumbrados.— El petróleo ha sido un gran recurso para los teatros de las poblaciones que carecen de gas.

Hoy la electricidad queda ya instalada en los teatros más adelantados; sin embargo, falta todavía resolver algunos problemas, por lo que se refiere al escenario.

TORMENTAS Y RUIDOS

Recurso apremiante, y hasta obligación del escenógrafo, es el sacar partido de todos los elementos que halle á mano para aumentar el efecto de sus decoraciones. Por ejemplo, el bombo le sirve para imitar los cañonazos en alta mar, y también la tempestad lejana, y cuando ésta deba arreciar, aumenta el ruído que produce aquel instrumento con planchas de metal arrojadas con violencia las unas contra las otras, y con una descarga de guijarros despeñados dentro de una larga caja de madera. El ruído de un tren en marcha, se obtiene por medio del conjunto del contrabajo, del bombo y unas planchas de metal golpeadas suavemente y á compás, con su *crescendo* y *rallentando*. El sonido de las campanas, que son á veces de difícil adquisición por su precio excesivo, se suple por un trozo de raíl de acero, ó por una sierra circular.

En el drama «María Antonieta» la Ristori producía aquel efecto terrible del pueblo alborotado que llega á Versalles, por medio del hermano de aquella actriz y siete personas más hablando á la vez y un tambor destemplado, redoblando con más ó menos fuerza y rapidez, según iba acercándose la multitud.

COMPARSAS Y FIGURANTAS

En las decoraciones aparatosas ó de cuadros finales, la parte principal la componen personas de carne y hueso. En el siglo XVIII ese poderoso elemento era ya explotado en grande escala. Hoy, con los adelantos modernos, se han hecho esfuerzos casi temerarios.

Muchas veces, en grandes espectáculos, me ha causado terror el ver subir en el escenario uno ó más escotillones cargados de gran número de mujeres y niños encaramados sobre ejes de hierro, y atados á ellos por fuertes correas, de las cuales no pueden desasirse, y que un grito de *¡Fuego!*, ó cualquier otro semejante, dejaría á aquellos infelices suspendidos en el espacio, abandonados, sin socorro de ninguna clase, cuando sólo iban allí para ganar un mezquino jornal, algunos de ellos con un pasado glorioso, pero obligados por la miseria á aceptar una posición tan falsamente brillante como peligrosa.

Cuando se necesitan mujeres para un final de efecto, se dan órdenes de antemano al cabo de comparsas, jefe absoluto que contrata y despide á su voluntad las masas mudas; se le pide número mayor del que se desea, y al tener el personal reunido, antes del ensayo, se hace formar en fila, agrupándolo por estaturas ó corpulencia. Las exigencias, en estos momentos, son, á veces, casi ridículas.

Un día, habiendo aceptado en calidad de figurantas de primer término á la mujer y á las dos hijas de cierto cabo de comparsas, se atrevió éste á ofrecerme, para hacer una de las figuras del foro que representaban ninfas en lontananza, á su propia suegra, que era, sobre vieja, flacucha y desmedradilla.

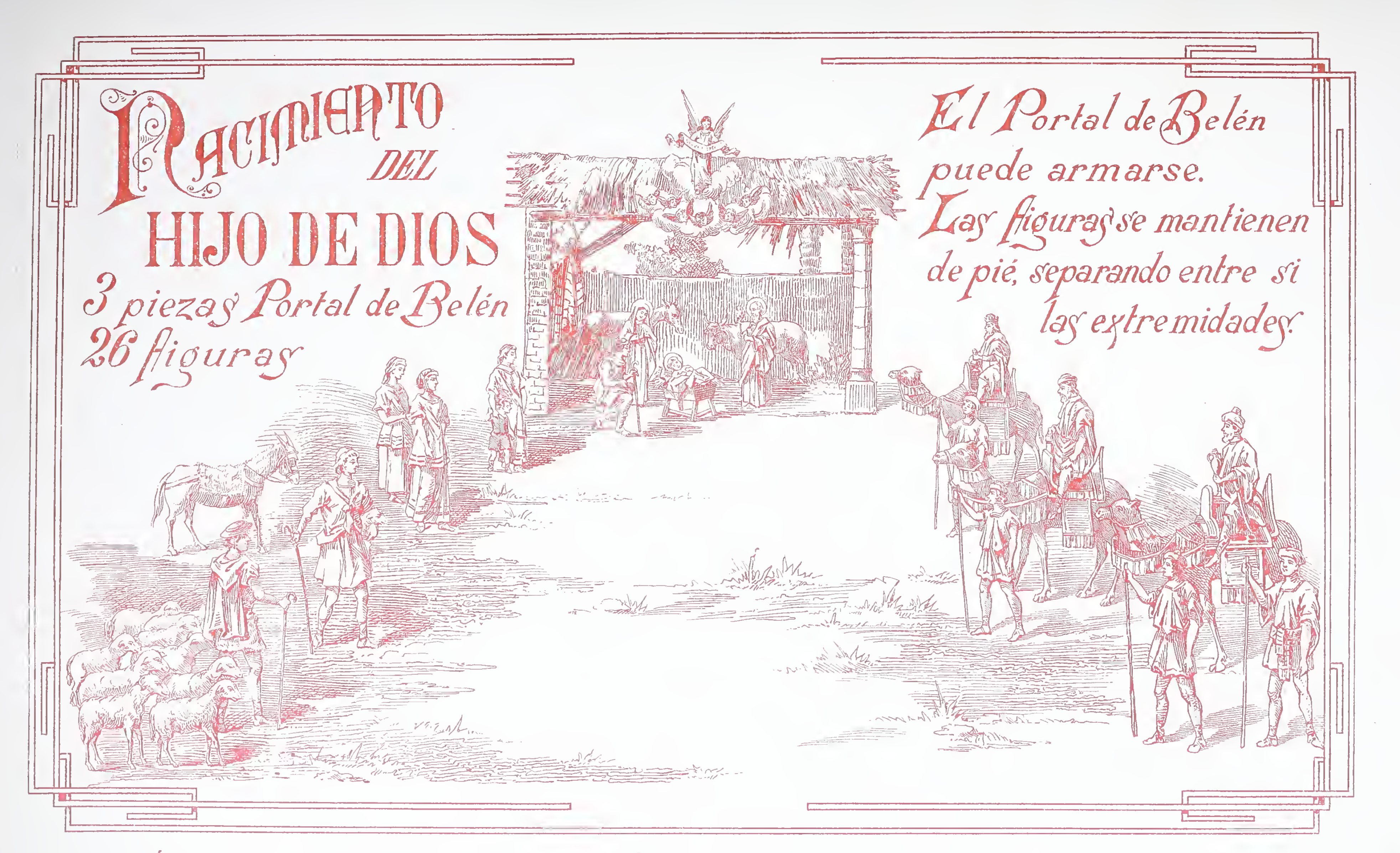
En el estreno de la ópera «Don Carlo», en el Liceo en 1869, sufrí más con las figurantas que con las decoraciones.

Era difícil entonces obtener mujeres para agrupaciones, y como el cabo Trabal empezaba á desconfiar, recurrí á mis amigos artistas, quienes me procuraron una modelo muy en boga llamada Zuavo, fallecida más tarde en el Hospital de la Santa Cruz. Como era de carácter decidido y entusiasta, proporcionó otras jóvenes, que unidas á las del cabo Trabal, completaron el número necesario.

Los trajes, como de costumbre, no llegaron sino la misma noche; y cuando iba á empezar el acto, el coreógrafo Moragas, baja al escenario, azorado, y me dice que las figurantas se negaban á salir á la escena. Corro con él á los cuartos y las encuentro en traje ligero y en plena insurrección. Pregunto la causa, y la más atrevida, y también la más entrada en años, me dijo que los trajes eran deshonestos. Pido, ruego y suplico, pero ella contestaba siempre escusándose con la honestidad; y cuando á fuerza de argumentos fué perdiendo terreno, después de la palabra fatal añadió que por seis reales no querían comprometerse; entonces comprendí el orígen del motín y del rubor; las ofrecí media peseta más, asumiendo la responsabilidad con la Empresa, y todo quedó arreglado.

De modo que la hoja de parra fué tasada en dos reales.

Paisaje de San Hilario.- Estudio del natural, por Soler y Rovirosa



PÍDASE EN LAS LIBRERÍAS Y TIENDAS DE JUGUETES

HISPANIA

FERIA DE PAVOS EN EL PARQUE DE BARCELONA

CARTA DE UN PAVO Á SU HIJO

Mi amado pavito: Cuando recibas esta carta, que te envío *in articulo mortis*, escrita con una pluma que se me ha caído de un alón, el padre que te engendró, el pavo más infeliz que se ha criado en los corrales de Horta, estará ya muerto, descuartizado, tal vez comido... Estamos á 23 de Diciembre... Se acerca el día de Navidad, el día *pavoroso*, es decir, el día de la degollación de los pavos, el día en que los cristianos — ¡ y cristianos se llaman !... — después de comerse los unos á los otros durante todo el año, nos comen á nosotros...

En estos días ¡ qué contentos están ! Y en cambio, yo ¡ qué meditabundo, qué triste !... ¡Ay de aquellos en cuyos corazones las campanas de Navidad resuenan y retumban como un sollozo de angustia, como un eco de muerte y desesperación !... Para esos los repiques y los villancicos, los regalos y las fiestas, suenan como rezos funerales y aparecen como luctuosas visiones...

Este vil peluquero á quien he sido regalado, está satisfecho de mí. Esta mañana vino á la galería donde estoy atado por las patas, y, después de soltarme, agarrándome por ellas y poniéndome cabeza abajo, me dirigió este insulto :

— ¡ Hermoso animal !

Iba á contestar para decirle que más animal es él, cuando su esposa, una aragonesa más colorada que un tomate y que presume de cocinera fina, me cogió á su vez y dijo con alborozo :

— ¡ Vaya un pavo ! No hay en Barcelona otro como éste. ¡ Si pesa un quintal !...

— ¡ Parece que está relleno !

— Ya verás como te lo hago... Te vas á chupar los dedos...

— ¡ Para mí las piernas !...

— ¡ Para mí la pechuga !

— Hay que cuidarle mucho. ¡Que no le falte nada ! ¡ Que coma lo que quiera, y muchas nueces, sobre todo ! ¡ Cuidado, por Dios, que no se enferme !...

Á rejalgar me sabían aquellos piropos... Hubiese preferido que me encontrasen escuálido, feo y nauseabundo; pero, no señor: había tenido la fortuna de agradar, de hacer felices á aquellos hambrones, que se solazaban y relamían de gusto ante la hermosa perspectiva de mi entrada solemne en el comedor, convertido en cadáver y exhi-

biendo—¡yo que soy tan casto!—mis formas desnudas!...

—¿Habrá apetito?—preguntó la peluquera á su esposo.

—¿Apetito?... ¡Hambre devoradora! No van á quedar ni las patas...

¡Hijo mío! No olvides nunca los consejos de este pavo que ha visto mucho, que en la soledad del corral ha meditado filosóficamente y que logró sobrevivir, á fuerza de astucia, á la feria de pavos del año anterior. En el mundo de nuestros tiranos, de nuestros verdugos, para salvarse, para que nos perdonen la vida, es preciso achicarse, pasar inadvertido, permanecer en la sombra. Sobre todo, ¡no engordes nunca! Como no seas pavo real para vivir del presupuesto, ostentando las pintorescas plumas en un jardín zoológico, no pretendas *pavonearte* ni distinguirte. Mientras más flaco estés y más vulgar seas y menos llames la atención, mejor para tí...

¡Qué animada, qué concurrida estaba el año pasado la feria! Desde la verja del Parque hasta el Arco de Triunfo apenas se podía dar un paso: tanto era el gentío que iba á vernos, que iba á comprarnos... Gentes de todas las clases sociales, desde el señorón de gabán vistoso que se lleva, sin regatear, lo más caro, hasta el obrero de blusa que va á caza de gangas, se colocaban frente á nosotros, pasándonos minuciosa revista. Y á este le miraban con embeleso y á aquel le cogían por las patas y al otro le tentaban el vientre. Y yo, más flaco que un maestro de escuela, ¡cuán satisfecho y gozoso al observar que mis compañeros, los de carnes rollizas, iban unos tras otros desapareciendo en manos de los compradores, mientras yo, desdeñado por todos, seguía en mi puesto!

Pero, de pronto ¡qué susto! un indivíduo de mala traza (cómo que iba de sombrero de paja, en Diciembre!) se encaró con mi amo y, señalándome con el dedo, le preguntó:

—¿Cuánto vale aquel?

Mi amo me cogió por las patas, me acarició las plumas, me exhibió de frente y de perfil, ponderó las partes de mi persona, y dijo:

—Por ser á usted, que es correligionario, se lo dejo en dos duros.

—¿Dos duros por un pavo tísico? ¡Si hay que darle la emulsión Scott!...

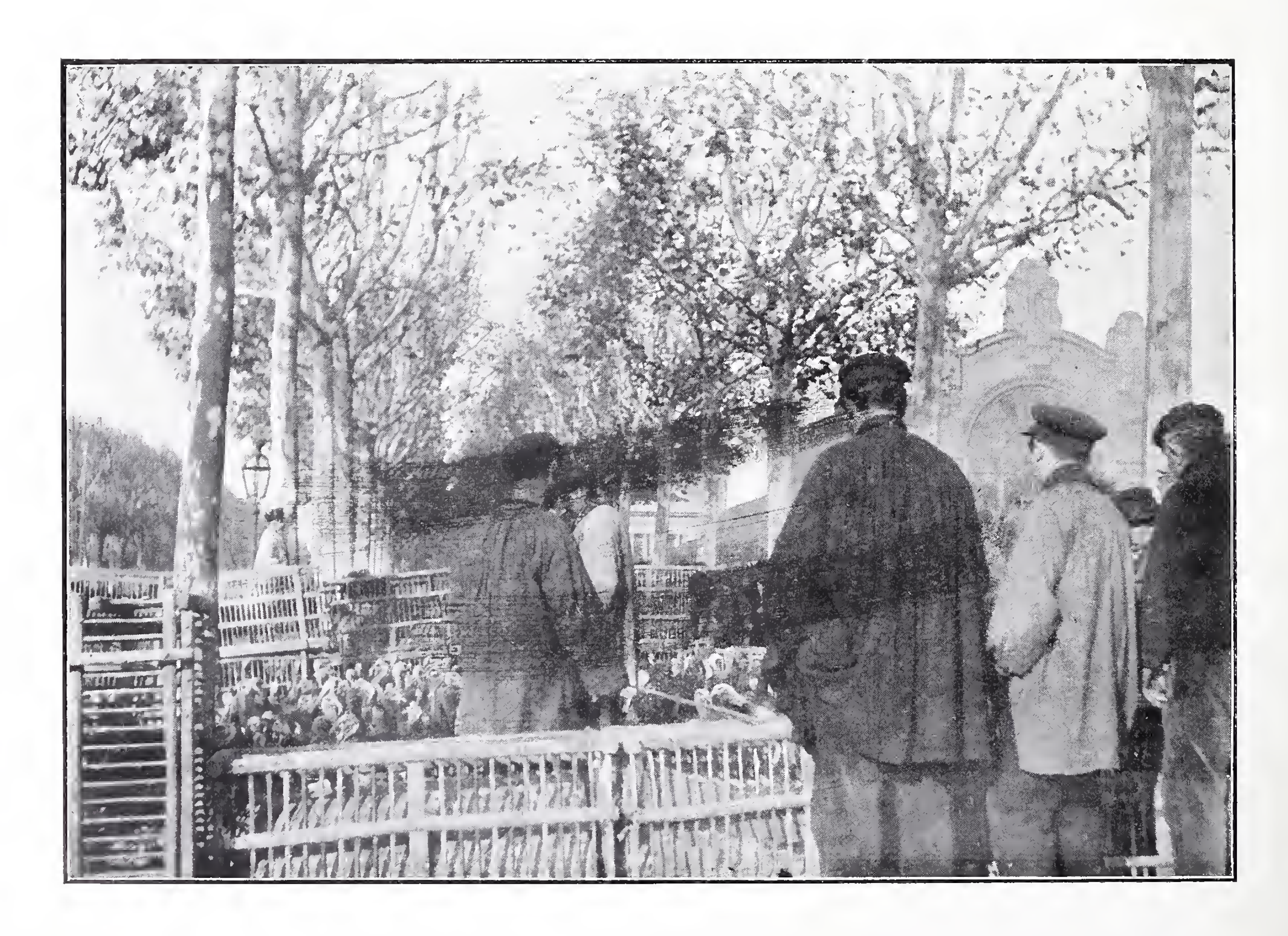
—¿Cuánto ofrece usted?

—Por ser á usted, que es correligionario, dos pesetas, y eso para hacerle una obra de caridad...

—¿Á mí?

—No; al pavo: para mandarlo al sanatorio del doctor Moliner...

Y yo, á todo esto, callado, pero contento. Pensando en la salvación de mi pellejo, agradecía aquellos insultos. Gracias al desprecio que inspiraba, escapé con vida; pero, en cambio, este año, que parezco, por lo bien presentado, un senador vitalicio, en el primer día de feria, un general de los que vinieron de Cuba, me compró por veinticinco pesetas. «¡Magnífico!—pensé yo.—Con una espada como



la tuya, que no ha salido de la vaina, no podrás cortarme el pescuezo.» Pero mi gozo en un pozo... El general me compraba para enviarme, como regalo sabroso, á su médico. ¡Habrá suerte como la mía! ¡Salir de un matón para caer en otro!

El médico, un infeliz que quiere ser concejal, al ver un pavo tan hermoso, pensó el hombre modestamente que era yo bocado demasiado exquisito para su estómago, y me regaló á un caballero muy respetable, á quien llaman «cacique» ó algo así. «¡Otro pavo!—dijo aquel señor con mal gesto.—Con éste son ya noventa y cinco los que recibo este año...» Y, sin detenerse á mirarme, sin hacerse cargo de mis prendas, ordenó que se me trajese á esta casa, donde ahora estoy y donde han acabado mis viajes. Aquí me quedo... ¡Este peluquero me come!

¡Hijo mío! Desde que dejé la manada del Parque, yendo de aquí para allá, ¡qué cosas he visto! Los hombres, nuestros verdugos, vistos de cerca, son bien dignos de lástima. Somos sus víctimas, es verdad; pero también ellos pasan la vida devorándose mútuamente y los más amigos *no se tragan*. Nosotros, si una pava nos gusta, le hacemos la *rueda*, como yo se la hice á tu madre; ellos, infelices, tienen que hacer la *rueda* á un cacique, á un gobernador, á un ministro que les desprecian; á nosotros, contra nuestra voluntad, nos engordan para vendernos bien; ellos, por su gusto, se venden mal para engordar bien; nosotros nos conformamos con nuestras plumas, aunque sean de pavo; ellos, casi todos, se engalanan con plumas ajenas; nosotros, seres inofensivos, gastamos espolones de lujo, que no hieren á nadie; ellos, desgraciados, se hieren todos los días los unos á los otros con los espolones de los celos, de la ambición, de la envidia, de la calumnia...

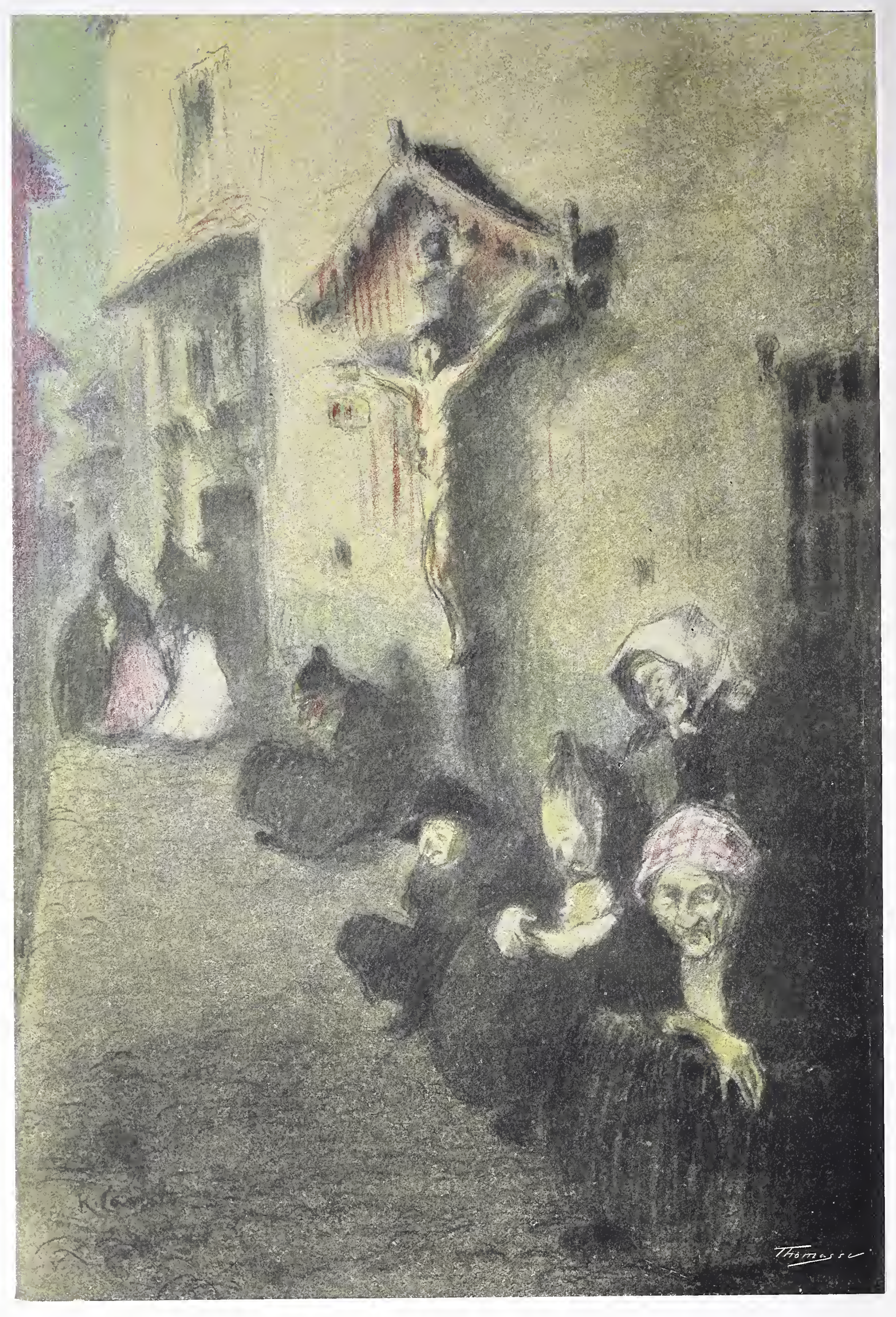
Cuando era flaco, me dejaron vivir; ahora, que soy gordo, me matan. Si en vez de ser pavo, fuese hombre, me ocurriría todo lo contrario. Entre la raza humana, hijo mío, con los gordos nadie se atreve.

Adiós, hijo mío. Si oyes contar, por casualidad, que en una calle de las más céntricas, el día de Navidad, por la tarde, murió envenenada la familia de un peluquero, puedes decir: «Ya papá se vengó.» ¡Me he comido una caja de fósforos!...

Ya el verdugo afila la navaja, ya se dirige á mí... Muramos con valor...

Por la copia,

ANTONIO CORTÓN



LA PASCUA NEGRA RICARDO CANALS

EL PERAL DE LA MISERIA

Allá, por los tiempos que pertenecen á la historia antigua, y en un pueblo cuyo nombre no hace al caso, vivía una vieja muy vieja y muy pobre, tan pobre, que necesitaba mendigar de puerta en puerta el cuotidiano sustento, albergándose en una choza fuera de poblado, cuya propiedad nadie reclamaba, porque los gastos de reparación hubieran importado más de lo que valía la finca.

Ninguno de los habitantes en el país sabía la procedencia de aquella mujer, ni se tomaba el trabajo de averiguarla. Conocíanla todos por la Miseria, y, á cambio de algunos mendrugos sobrantes, se divertían con ella, convirtiéndola en el hazme reir de los mayores y en el espantajo de los chiquitines.

La mísera vivienda tenía á la espalda un pequeño huerto, completamente estéril, por falta de brazos que lo cultivaran, pero en cuyo centro alzábase un árbol de extraordinarias proporciones, el ejemplar más hermoso de la creación, si se exceptúa el célebre manzano del Paraíso: era un peral, de fruto tan abundante como sabroso, que compartía con un perrito, bastante feo por cierto, los únicos goces terrenales de la buena anciana, y originaba, á la par, sus no flojos disgustos, cada vez que los grandullones del pueblo atormentaban al uno ó se comían fraudulentamente los productos del otro.

¡Cuántas rabietas costaron á la Miseria aquellas benditas peras!

Una noche en que la nieve caía á capazos, poniendo los caminos poco menos que intransitables, hallábase la vieja junto al hogar, dándose un calentón, cuando llamaron á su puerta y una voz suplicante murmuró desde fuera estas palabras:

—¡Por el amor de Dios, socorred á un infeliz que se muere de hambre y de frío!

La Miseria acudió solícita en auxilio del forastero, franqueándole la entrada, y ofreciéndole el calor de la lumbre y los frugales alimentos que guardaba de reserva para desayunarse al siguiente día.

No contenta con ésto, cedióle su propia cama; desprendimiento que la costó dormir sobre el duro suelo, envuelta en su mugriento mantón, y teniendo por cabecera el montoncillo de paja que servía de lecho al can, su inseparable compañero.

No bien entró por las rendijas del mal unido techo la primera luz del alba, estiró sus entumecidos miembros y se puso en pie, con ánimo decidido de salir en busca de una limosna que le permitiera atender á las apremiantes necesidades de su huésped; pero éste, que se levantaba también, adivinando su intención, la detuvo oportunamente, preguntándola:

—¿Dónde vais, buena mujer?

—Al pueblo; vuelvo en seguida.

—Es inútil; no os fatiguéis por mí. Á vuestro regreso, estaría yo muy lejos. Mi misión ha concluído, y he de volver cuánto antes al lado de mi amo y señor.

Y como la vieja le mirara con ojos espantados, añadió:

—Yo no soy lo que aparento. Ved en mí á San Perfecto, enviado por el Dios de los cristianos para fiscalizar en qué forma practican acá abajo la virtud, por Él practicada, de la Caridad. Y, hablándoos con franqueza, os confesaré que entre los poderosos de la tierra no he encontrado la expontánea y cordial acogida que me habéis dispensado vos. Para que compadecieran sinceramente mi desgracia, me ha sido preciso llamar á la puerta de una persona más desgraciada que yo. ¡Dios os lo recompensará! Pedid lo que gustéis; en su nombre os garantizo que se realizará vuestro deseo.

—¡Oh, santo mío! Al ofreceros lo poco de que dispongo, no me guiaba interés alguno.

—Por esto vuestra acción es más meritoria. Pedid sin escrúpulo; todo os será concedido. ¿Queréis honores, riquezas? ¿Un título de duquesa? ¿Una corona de reina?

—¿Para qué? ¡si estoy ya con un pie en el otro mundo! Os agradezco la oferta; pero...

—Pensad que, rehusándola, ofendéis á vuestro Señor, quien tomará muy á mal el desaire.

La Miseria quedóse pensativa; nada en aquel momento se la ocurría pedir.

—Pues bien,—balbuceó al cabo, viendo la impaciencia de su interlocutor,—ya que forzosamente lo exigís, sea. Yo tengo en mi pequeño huerto un peral muy hermoso, de cuyo fruto apenas me aprovecho, porque los mozos de la comarca se lo comen, antes de que esté en sazón. Concededme la gracia de que los que suban á mi peral, grandes ó chicos, no puedan bajar de él sin mi expreso consentimiento.

—Amén,—respondió el santo, riéndose interiormente de la sencillez de la vieja; y después de echarla su bendición, desapareció como por encanto.

Desde entonces, la situación de la mendiga fué mejorando gradualmente; tanto, que su colecta cuotidiana llegó á proporcionarla un relativo bienestar, que ella atribuía á la protección de San Perfecto, afirmándola en este convencimiento la circunstancia de que nadie se acercaba ya, con mala intención, al famoso peral.

¡Calcúlese cuál sería el desconsuelo de la Miseria, que le había ido cobrando mucho apego á la vida, el día en que se le presentó la Muerte, intimándola la orden de que la siguiera!

—¡Tan pronto!—arguyó en son de reproche;—¡si no he cumplido todavía los setenta!

—¿Te parecen pocos? Ea, déjate de lamentaciones; arregla tus bártulos, y en marcha.

El tono resuelto de la importuna visitante desvaneció en la anciana toda esperanza de arreglo, y disponíase á obedecerla, cuando de pronto brotó en su mente una idea luminosa.

—Si en absoluto lo exigís,...—balbuceó con aparente resignación—iré á donde queráis. Mientras preparo la maleta, dispensadme el obsequio de coger algunas peras, para que las comamos amigablemente por el camino.

Cayó la Muerte en el lazo. Encaramóse al árbol, llenóse los bolsillos del sabroso fruto y... cuando quiso bajar, se encontró prisionera de las ramas.

—¡Este árbol está embrujado!—gritó, bramando de coraje.—¡Condenada vieja! sácame al punto de aquí ó teme mi venganza.

—¡Quiá, amiguita!—contestó, chuleándose, la Miseria.—¡Tragad quina, mientras yo bailo una jota, por haber librado á la humanidad de vuestras crueles garras! Ahí os pudriréis por *secula seculorum.*

Pasó una semana, y un mes, y un año. Como la Muerte no ejercía su odioso oficio, los enterradores tuvieron que abandonar el suyo, y los médicos todos, incluso los homeópatas, aprovecharon la ocasión para demostrar el alcance ilimitado de su sabiduría.

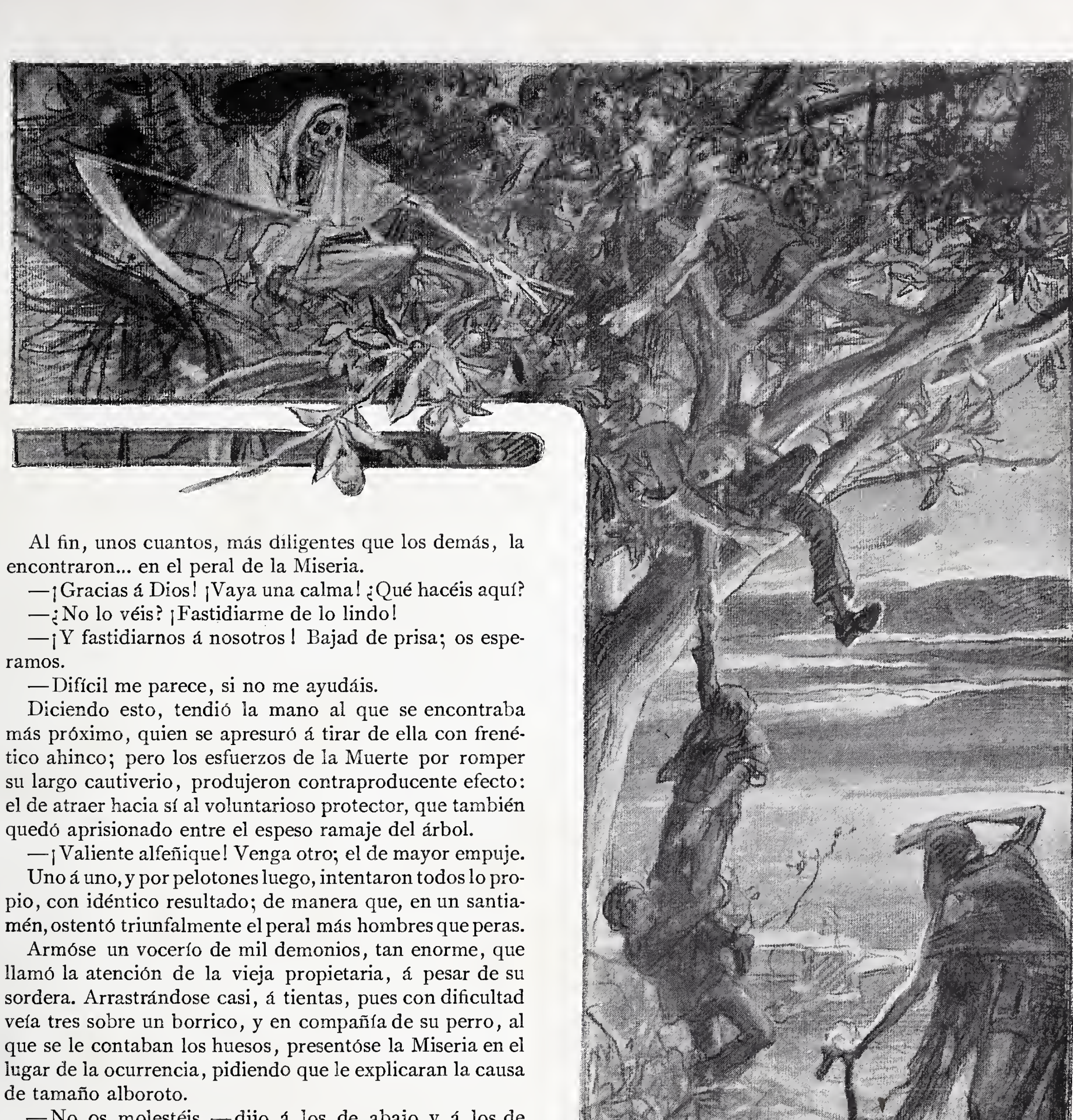
Al principio, el universal indulto había sido acogido con regocijo y entusiasmo indescriptibles; mas, no bien transcurrió medio siglo, los inmortales de ambos sexos lloraron á lágrima tendida sus funestas consecuencias.

Decrépitos, la mayor parte, y llenos de achaques, gastada su memoria, ciegos, sordos, sin gusto, tacto ni olfato, é insensibles á todo placer, vivían en perpetua agonía, en particular las mujeres, que, sobre tantas pejigueras, lamentaban otra mayor: la de haberse puesto horriblemente feas.

Llegó un día en que la tierra, materialmente pequeña para contener un número tan considerable de habitantes, no producía lo suficiente para alimentarlos,... y vino el hambre, implacable enemigo, el peor, con que en general tropiezan los hijos de Adán. Varones y hembras, poco menos desnudos que nuestros primeros padres, en sus mocedades, corrían despavoridos de ceca en meca, buscando un techo bajo el cual guarecerse y un pedazo de pan que llevarse á la boca.

¡Y en medio de ese feroz tormento, no les quedaba ni el consuelo de morir!

La existencia se hizo insoportable: los vivientes en masa, pedían á voz en grito la Muerte, persiguiéndola con ansiedad febril.



Al fin, unos cuantos, más diligentes que los demás, la encontraron... en el peral de la Miseria.

—¡Gracias á Dios! ¡Vaya una calma! ¿Qué hacéis aquí?

—¿No lo véis? ¡Fastidiarme de lo lindo!

—¡Y fastidiarnos á nosotros! Bajad de prisa; os esperamos.

—Difícil me parece, si no me ayudáis.

Diciendo esto, tendió la mano al que se encontraba más próximo, quien se apresuró á tirar de ella con frenético ahinco; pero los esfuerzos de la Muerte por romper su largo cautiverio, produjeron contraproducente efecto: el de atraer hacia sí al voluntarioso protector, que también quedó aprisionado entre el espeso ramaje del árbol.

—¡Valiente alfeñique! Venga otro; el de mayor empuje.

Uno á uno, y por pelotones luego, intentaron todos lo propio, con idéntico resultado; de manera que, en un santiamén, ostentó triunfalmente el peral más hombres que peras.

Armóse un vocerío de mil demonios, tan enorme, que llamó la atención de la vieja propietaria, á pesar de su sordera. Arrastrándose casi, á tientas, pues con dificultad veía tres sobre un borrico, y en compañía de su perro, al que se le contaban los huesos, presentóse la Miseria en el lugar de la ocurrencia, pidiendo que le explicaran la causa de tamaño alboroto.

—No os molestéis,—dijo á los de abajo y á los de arriba, en cuanto la pusieron en autos;—sólo yo puedo libertar á la Muerte, y lo haré con sumo gusto, en obsequio á los presentes, mediante una condición:

—¿Cuál? ¡Habla, maldecida bruja!—gritó furiosa la interesada.

—Que no usaréis nunca de vuestro poder conmigo ni con mi fiel compañero; que no se os volverá á ocurrir jamás darme un susto como aquel de marras.

—¡Calle! ¿Esas tenemos? ¿No piensas, infeliz, que te condenas á padecer eternamente?

—¡Hija! ¡Peor fuera no verlo! Viva la gallina y viva con su pepita.

—Trato hecho. Lo prometo;... y por testigos no ha de quedar.

—Pues bajad, y despachaos á vuestro gusto.

—Descuida; por lo que he rabiado en este maldito peral, te juro enmendar pronto el daño que causaste sin saberlo. ¡Lástima grande que no pueda empezar por tí!

. . . .

Hé aquí, caros lectores, por qué razón, mientras exista el globo terráqueo, subsistirá en él la Miseria.

Salvador Carrera

Ilustraciones de Julio Borrell

LA HECATOMBE

La Adoración de los Magos

Los orientales llamaban *Magos* á sus doctores y los escogían de entre lo mejor de cada tribu. Su educación pasaba por varios grados, hasta conseguir el título de maestros, teniendo además que sufrir un largo noviciado para ejercitar su paciencia. Dedicados á un mismo tiempo al culto y al estudio de la astronomía, la astrología y otras ciencias ocultas, interpretaban los libros sagrados, observaban el curso de los astros y, por medio de éstos y de los sueños, adivinaban el porvenir.

San Mateo, el más antiguo y el único de los cuatro Evangelistas que historía la Adoración, dice que unos *Magos* salidos del Oriente y guiados por una estrella, pasaron á Belén cuando nació Jesús, «y entrando en la casa donde se paró la estrella, hallaron al Niño con María su madre, y postrándose, le adoraron; y abiertos sus tesoros le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra.»

La Iglesia da el nombre de Reyes á estos personajes, fundada en la tradición y principalmente en el testimonio de los libros sagrados. El historiador anglo-sajón Beda, hace una curiosísima descripción de sus figuras y sus trajes, y dice además que se llamaban Melchor, Gaspar y Baltasar, siendo este último *de color pardo, de donde quedó el pintarle etíope.*

Acerca de la estrella que les sirvió de guía, convienen casi todos los autores de los primeros siglos en que fué un astro nuevo, cuyo resplandor excedía al de todos los demás conocidos hasta entonces, y San Ignacio cree que fué creado por Dios, únicamente para anunciar á los hombres el nacimiento del Rey de los Cielos.

La fiesta de la Epifanía se denominó en otra época *Festum stellæ* (Fiesta de la estrella), y siempre ha sido de tanta importancia, que aun los emperadores arrianos la celebraban con gran pompa y esplendor.

Así como entre nosotros la Natividad es la fiesta principal, para los griegos lo era la Epifanía, y en las edades primitivas estas dos fiestas se confundían: por espacio de mucho tiempo vinieron celebrándose en un mismo día.

San Juan Crisóstomo afirma que en el año 377 los habitantes de Antioquia empezaron á distinguir la Epifanía de la Natividad, y que imitaron en esto á la Iglesia de Occidente; pero, no obstante, los armenios, que designan á la Epifanía con el nombre de *Baptisterium*, continuaron confundiendo estas dos fiestas hasta el siglo XII.

En la Edad media, para dar mayor esplendor á algunas funciones religiosas, se introdujo la representación de misterios; de aquí que en muchas Catedrales, para celebrar la fiesta que nos ocupa, se hicieran procesiones representando á lo vivo la comitiva de los Reyes, con la pompa y magnificencia á que tan aficionada se mostró aquella época. Pero esta clase de espectáculos, que en su orígen excitaban el fervor religioso y aumentaban la devoción, degeneraron más adelante en irreverencia y fueron suprimidos. También en este día se proclamaba, y después se suspendía de un cirio, *la tabla pascual,* efeméride de las fiestas movibles.

Las fiestas instituídas y celebradas por la Iglesia católica se dividen en dos clases, correspondiendo á la pri-

E LAS PASCUAS DANIEL VIERGE

mera las que se relacionan con la doctrina religiosa en sí misma, y á la segunda las que tienen por objeto honrar á los mártires, á los confesores y á los santos; así, pues, la Epifanía está conceptuada por la Iglesia como fiesta de primera clase con octava privilegiada, toda vez que ha sido instituída para celebrar uno de los más grandes misterios del Cristianismo.

Afírmase que los Reyes Magos padecieron martirio en Salamina y que sus cenizas fueron transportadas primeramente á Constantinopla, debido al celo y la piedad de Santa Elena; que después, en tiempo del emperador Manuel, fueron llevadas á Milán, en donde se conservaron por espacio de siete siglos, y que, por último, cuando esta ciudad fué tomada y destruída por Federico Barbarroja en 1162, fueron trasladadas á Colonia y depositadas en una de las Capillas de su magnífica Catedral, donde actualmente se veneran, conservadas en suntuoso sarcófago, admirable por la riqueza y elegancia de sus adornos y la belleza de sus esculturas.

La Adoración de los Reyes ha servido de asunto á los más hábiles pintores de todas las épocas y de todas las escuelas para crear obras de fama universal. Solamente en el Museo del Prado, de Madrid, puede verse un buen número de cuadros, siendo los más afamados los del Tiziano, Pablo Veronés, Velázquez y Rubens.

Asimismo algunos reyes han hecho el asunto que nos ocupa objeto de sus preferencias. El rey de Francia Juan II el Bueno, creó en París en 1352 una orden militar bajo el título de *Estrella de Nuestra Señora de la Noble Casa,* siendo treinta el número de los caballeros de que se componía. Su emblema era una estrella dorada sobrepuesta de corona de oro y su divisa las letras M. R. A. V., iniciales de las palabras: *Mostrant Regibus Astra Viam.* (Los astros muestran el camino á los reyes.)

El pueblo cristiano, en esta como en otras festividades religiosas, no se limita á cumplir con sus deberes piadosos en los templos, sino que ha establecido ciertas prácticas como medio de manifestar en lo exterior su innata alegría.

En algunos pueblos de España, al amanecer del día de Reyes y en el punto de las afueras préviamente designado, se organiza la regia comitiva. El pueblo en masa acude á esperar su llegada, y ocupa las avenidas y todo el trayecto que deben recorrer. A la hora convenida se ve á lo lejos un jinete, llevando en la punta de larga caña una estrella plateada, y poco después aparece vistosa y nutrida cabalgata, como dando escolta á los egregios personajes, que hacen su entrada triunfal arrojando dulces y dinero, hasta llegar á las Casas Consistoriales ó á la del Párroco, en cuyos balcones se hallan esperándoles el Ayuntamiento y clero reunidos.

Para los niños los Reyes Magos son la personificación de la magnanimidad y de la esplendidez, puesto que adivinan todos sus antojos, satisfacen todos sus gustos y atienden todas sus exigencias.

Al celebrar, pues, esta fiesta, hagamos votos para que se perpetúe la pródiga costumbre que viene á colmar las más puras ambiciones de la inocencia, proporcionando á la vez á las familias una de las más gratas satisfacciones.

A. Avilés

LA ADORACIÓN DE LOS PASTORES J. GUARDIOLA

HISTORIA DE LA ESPADA

SIGLOS XVIII Y XIX

El sable y sus orígenes. - Fín de la daga

Después de los edictos del Cardenal Richelieu, la espada podríamos decir que se atrofia como todo órgano que no está en uso. Los ciudadanos pueden ya ir tranquilos por las calles, de día y de noche, sin miedo alguno de ser atacados, ni siquiera provocados. Los desafíos desaparecen; la espada, más que arma, á partir de esta época, viene á ser un símbolo. Sólo la pueden usar los caballeros en señal de nobleza y los facultativos ó altos funcionarios del Estado como insignia de su cargo.

En el ejército, indica sólo mando. Antes de esta época, los oficiales se distinguían de los soldados por usar el espontón, lanza corta con una gran borla, y los sargentos por llevar una alabarda, en vez de una pica; á partir de Luis XIV, se les da como insignia de mando, la espada reducida á su mínima expresión. La espada se ha vuelto espadín. Las guardas son tan cortas, que apenas salen de la concha; ésta es pequeñísima, y lo único que se conserva es el guardamano que va á unirse al pomo. La hoja es delgadísima, como la de un estoque. Y á los capitanes, el espadín les sirve sólo para señalar, como la batuta á un director de orquesta.

A los soldados se les dan, en Francia, Bélgica, Holanda y Alemania, espadas valonas de hoja ancha, y en España espadas de dos conchas, cuyas guardas son extremadamente cortas y retorcidas, de hoja ancha también. Estas espadas son relativamente cortas, de setenta á ochenta centímetros, en los infantes. A la caballería se le dan sables, como á veces también á la infantería, sólo que los de aquélla son más largos.

En España la caballería conserva la espada larga de dos filos, hasta fines del pasado siglo, sólo que el puño sufre una transformación. Las guardas son cortísimas y salen á través de *la vela* que cubre toda la mano.

Cuando, en tiempo de Luis XIV, se vuelven á permitir ó á tolerar los desafíos, ya éstos son reglamentados, con padrinos, médico y un prevoste de armas, y no se lleva á cabo al acto, sino á las veinticuatro horas, por lo menos, en un lugar retirado, y esto sólo en cuanto los padrinos juzguen que hay motivo suficiente, levantando y redactando un acta en toda regla del lance, si tiene efecto, ó del por qué no se llevó á cabo.

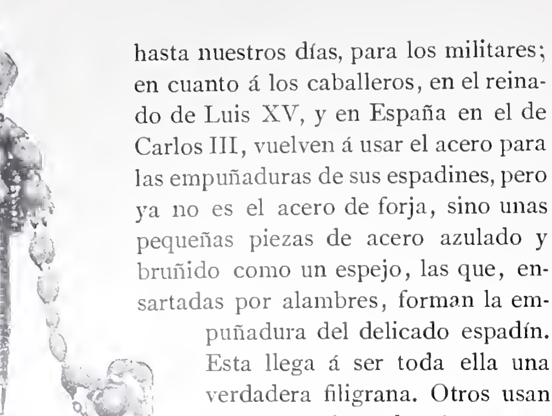
Entonces la espada, que es ya espadín, se vuelve florete. Ya no tiene golpe ni tajo. Sólo su herida es de punta.

Al llegar al siglo XVIII ya apenas se usa más que como arma de aparato.

La materia de que está formado el puño, cambia también. Antes eran de acero ó de hierro forjados. Todo el lujo consistía en la complicación y forma de las guardas, en los cincelados, grabados é incrustaciones de oro ó de plata. Raramente eran de otro metal, pues debían servir y ser muy resistentes. A lo más se les cubría de una placa de oro, ó de plata, aplicada al fuego, ó se les incrustaban medallones ó piedras preciosas.

Luis XIV, con su manía de boato, haciéndose llamar *Le Roi Soleil* (El Rey Sol), quiso que los caballeros, como los soldados, llevaran las empuñaduras de sus armas del color de los rayos de este astro. Así, para los soldados se hicieron las empuñaduras de los sables y de las espadas, de bronce dorado, ó de latón bruñido; y para los caballeros, de oro, ó de plata sobredorada, lo mismo que todas las demás piezas de metal que llevaban en sus trajes ó uniformes.

Esto quedó ya hasta el presente siglo, y aun



hasta nuestros días, para los militares; en cuanto á los caballeros, en el reinado de Luis XV, y en España en el de Carlos III, vuelven á usar el acero para las empuñaduras de sus espadines, pero ya no es el acero de forja, sino unas pequeñas piezas de acero azulado y bruñido como un espejo, las que, ensartadas por alambres, forman la empuñadura del delicado espadín. Esta llega á ser toda ella una verdadera filigrana. Otros usan la empuñadura de plata, pero es sólo de cascarilla repujada, ó de filigrana llena de detalles y de cinceladuras, ó de esmaltes y de grabados. Las hay que tienen en su concha miniaturas representando escenas de la mitología, atributos del honor, ó el retrato de una dama. Diríase que el espadín se ha vuelto femenino.

Para la caza, la espada se acorta y se vuelve *machete* ó *cuchillo de monte*. El puño es sin guardas y con una simple concha de adorno, ó con unas guardas pequeñísimas. La empuñadura es de hueso, de asta ó de marfil, y los adornos de cobre dorado.

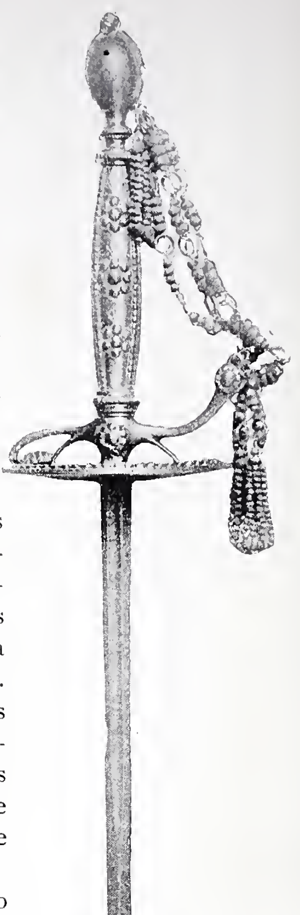
Todo esto dura hasta principios del siglo XIX, en que los espadines los llevan únicamente los alguaciles, y en las grandes ceremonias los funcionarios de palacio, ó los altos empleados públicos. En los espadines acostumbróse á usar la empuñadura de nácar ó de marfil, y aun á veces de concha.

La Revolución Francesa, cambiando el curso de las costumbres en Europa, vino á suprimir la espada de los nobles, y los funcionarios públicos dejan también de usarla. Ya ha desaparecido de la vida ordinaria, quedando relegada á los militares. Estos, á partir de aquí, ya más que espada usan sable; y á propósito de esta arma de museo, haremos unas breves disquisiciones sobre su uso y orígen.

El sable ó arma blanca de mano y de golpe, con un solo corte, es antiquísimo. Su uso se remonta á las primitivas civilizaciones asiáticas.

Su nombre de *sable* ó *sabre*, como se llama en catalán y en francés, es una corruptela de la palabra *sciabala*, que quiere decir *serradera* ó arma para aserrar ó dividir. Otros hacen derivar este nombre de *saebel* en antiguo alemán, ó del eslavo *sabla*, pero antes se le daba otros nombres, como veremos.

En la alta antigüedad hallamos esta arma entre los asirios y pueblos semitas del Asia central. Los fenicios y cartagineses lo usaron. Estos últimos con la empuñadura de asta, en forma de cabeza de caballo, distintivo de la república: tal es uno hallado en unas excavaciones cerca de Cartagena, en España.



Los griegos de la época heróica, ni los persas de la época tiránica, no lo conocieron el sable. El sable es un arma esencialmente semita. En Persia se conoció sólo á partir de su contacto con los árabes.

Después de la IV dinastía, la de los Califas (año 652), hasta el fin de la XII, la de los Mogoles, y durante la dominación de otros mahometanos, el armamento persa toma el carácter musulmán, y viceversa. Así los árabes españoles, los omeyadas, descendientes de los abasidas persas, usan la espada como los iranios, y los persas toman el alfange ó la cimitarra, como los musulmanes semitas, usándolo sin cambiar de forma hasta el 1736, en que es algo aligerado.

Los romanos lo encuentran entre los *dacios*, del otro lado del Rin, en tiempo de Trajano, y las legiones romanas del Asia empiezan á usar su arma, que llamamos *acinace* y que es una especie de sable corto.

Al final del siglo VI, el sable es usado entre los germanos, no siendo tan curvo como el de los árabes.

El uso del sable, alfange ó cimitarra (1), fué universalmente extendido por los árabes después de Mahoma, y luego por todos los islamitas. El motivo fué la simbólica media luna, á la cual asemeja el alfange. Desde este momento el sable, entre los musulmanes, se encorva extraordinariamente, hasta formar un tercio de círculo. Antes los sables eran sólo ligeramente encorvados, sobre todo á partir del tercer tercio de la hoja. En los países eslavos afecta la forma de *dusæk*, ó sea sable ligeramente curvo, de hoja no muy ancha, y con sólo un mango sin guardas, y viene á ser el arma nacional de los bohemios y luego de los Húngaros, manejándola con un guantelete de hierro. Aun hoy se conserva así en Rusia entre los cosacos.

La cimitarra verdadera pertenece á los musulmanes de la Persia, llamándose *chimichío*. Es el alfange que se ha vuelto un poco más corto y más ancho de la punta, que está como cortada en bisel: por lo regular el mango no tiene guarda.

El *yatagan*, el *khandjar*, el *flissa*, el *koukrí*, el *kampak*, etc., etc., son variantes del sable entre los pueblos menos civilizados de Oriente. La *makana* de los indios aztecas de Méjico, venía á ser una especie de yatagan de hueso lleno de dientes de pescado, intermedio entre el sable, el hacha y la maza ó martillo de armas.

(1) El nombre de cimitarra algunos pretenden que derive del gótico antiguo, *seymitar*.

El uso del sable entre los cristianos de Europa, en la Edad Media, data de las Cruzadas. Los cruzados, á la vuelta de Palestina, trajeron algunos alfanges y cimitarras, y en Europa se imitaron estas armas, como armas de golpe.

Adoptóse por el pronto más bien la forma de cimitarra que toda otra, y se forjaron con la hoja ancha y corta, más ancha de la parte interior, con la punta en bisel y las guardas retorcidas. El pomo era redondo y plano, ó bien de cabeza fantástica, representando la de un león ó de un águila.

Como lo usaban los infieles que tenían prisionero el Santo Sepulcro, le dieron el nombre del que fué á prender á Cristo, Marcos, y le llamaron *Malchus* ó *Marcus*.

En España los cristianos lo tomaron de los moros ó sarracenos. Los árabes usaban sólo la espada persa.

Ya á partír de la última cruzada, el sable cambia poco. En el renacimiento se le enriquece la empuñadura, y los famosos sables de honor que la República veneciana regalaba á los marinos ilustres italianos, provenzales ó catalanes, eran verdaderas joyas de arte.

Después de la derrota de los turcos de Lepanto, úsase algo más el sable en Italia y en España, pero cuando se generaliza, es en el siglo XVIII, en que es ya más estrecho, más largo y menos corvo, generalizándose á toda la caballería. Cuando Bonaparte fué á Egipto, los franceses del Directorio y del Imperio volvieron á ponerlo en boga, y de ahí hasta ahora, ya apenas si se ha modificado. Su empuñadura, á partir del siglo XVIII, por lo regular tiene la guarda de detrás corta y encorvada hacia abajo. Y la de delante larga y se levanta hasta tocar al pomo, cubriendo los dedos. A veces ésta se complica y ramifica.

Tal es la historia del sable.

En cuanto á la daga, después del edicto de Richelieu en Francia, al cesar los duelos, y en España al entrar Felipe V y poner en vigor las leyes de Luis XIV sobre los desafíos, desaparece y se vueive al cuchillo. Este tiene un desdoble. En forma de puñal largo y metido en la boca del mosquete, vuélvese *bayoneta*. Y doblándose de manera que la hoja entre en el puño, en España viene á ser la navaja.

POMPEYO GENER

MI NOCHEBUENA — F. DOMINGO

LA CHINA MODERNA

CARTAS DE UN DIPLOMÁTICO Á SU FAMILIA

CARTA SEXTA

El ataúd de un mandarín.— Como duermen los chinos.— Supersticiones. — Un oratorio. — Fumador de opio. — El Pi-Yung-Kung ó Academia clásica. — La profesión militar en la China.—La milicia en la antigüedad.—La bandera nacional.—Soldados con paraguas y abanico.—Oficiales acróbatas.—Burlas á la «Cruz Roja».—El valor en los combates.—Los progresos actuales.—El último viaje de Li-houng-chang.—Las tropas de las «ocho banderas» y las de la «bandera verde».—La Guardia Imperial.— Cifras teóricas.

Pekin, Septiembre 10 de 1898

Á Lord Roberto Harrisson, en Londres

Mi buen hermano: ¿Fué á Olga ó fué á tí—no lo recuerdo—á quién hablé, en una de mis cartas chinescas, de mi honorable amigo el mandarín militar Liao-shou-feng? Me conviene que lo recordéis, á fin de evitarme una segunda presentación de este conspícuo personaje chino, á quien tuve el gusto de conocer en el famoso banquete — que ya os he descrito — de la legación de Alemania. ¿No lo recordáis?... Fué aquel mismo que me invitó á pasar á su domicilio para ver su ataúd; invitación desagradable, que no tuve más remedio que aceptar enseguida, pues, de no hacerlo, el bueno del chino me hubiese enviado, con la mayor finura y atención, el ataúd á mi casa; y ya comprenderás, Roberto querido, que esto hubiera sido una broma pesada.

Abanderados del ejército en marcha

Fuí, pues, á la morada de Liao-shou-feng; y después de haber visto el ataúd monumental, todo cubierto de brocados rojos, en el cual cabían muy holgadamente dos personas, el mandarín, muy atento, comprendiendo la curiosidad de un europeo, me paseó por toda la casa, sin exceptuar las habitaciones interiores, ni los dormitorios, ni el oratorio, ni el *fumadero*. Nada de esto había visto en la casa del príncepi Tsai-Yi; y así, la visita al mandarín me proporcionó, entre no pocas enseñanzas, datos para completar la descripción, que ya empecé á haceros en otra carta, de un *interior* chino.

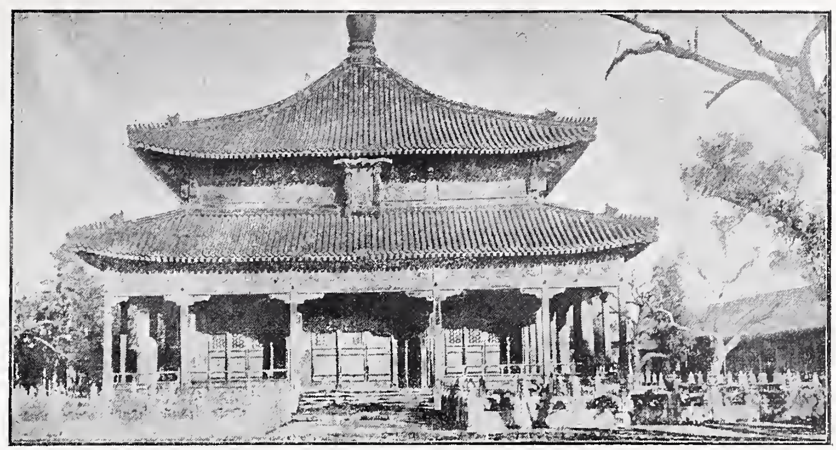
Los dormitorios, en casi todas las casas chinas, son iguales. Arcones de sándalo y armarios de alcanfor alternan con las camas de tamarindo, confundiéndose la de la primera mujer con las de las concubinas, que el dueño comparte indistintamente. Duermen vestidos y sobre una esterilla que sustituye al colchón, sin más sábanas que un abrigo de lana en que se arrebuñan. La almohada es de loza, del tamaño y forma de las almohadillas que antiguamente usaban las señoras en Europa para coser; y no apoyan en ella la cabeza, sino el cuello, con lo que las mujeres consiguen no deshacerse el peinado, que, por su complicación, no restauran más que semanal ó quincenalmente. En la cabecera hay colgados infinidad de amuletos, acusadores de la superstición que domina á esta raza.

Sobre esto de las supersticiones de los chinos, fué muy curioso lo que observé estando en la casa del mandarín. Recibió éste un despacho imperial, y, después de leerlo, guardó cuidadosamente el sobre, diciéndome:

—Este papel, si le echo en agua y dejo á ésta hervir, el agua servirá para curar las enfermedades epidémicas.

Liao-shou-feng me llevó á su oratorio, donde se alzaba un altar con pebeteros y relicarios de metal blanco, flores artificiales, estatuitas de Lao-tzé, el fundador de la Metafísica, de *Cugnan*, la virgen de la Pureza, y de la multitud de los ídolos de las teogonias búdhica y de Brahma, que, mezcladas con la moral de Confucio, forman las tres religiones dominantes en el país.

Después visitamos el fumadero de opio, que es una ha-



El Pi-Ynng-Kung (Academia clásica)

bitación en cuyo centro elévase un entarimado cubierto con un bocaporto, más ó menos lujoso, que imprime al conjunto el carácter de escenario de un teatro, del tamaño de una cama de matrimonio. En él, provistos de dos almohadas, se acuestan los fumadores, separados por un banquillo, sobre el que arde una lámpara de aceite. La pipa es de las dimensiones y estructura de una flauta, con un agujero en el centro, al que se adapta el hornillo de barro, como un hongo ó seta, provisto de un oido diminuto. Hay aparatos de estos, de tal mérito, que cuestan hasta tres mil duros.

Mostrándome orgulloso su espléndida pipa, el mandarín se lamentaba de no poder renunciar al opio, que embrutece y acorta la vida. Varias veces, según decía, había tenido que ir á Canton para hacerse operar por la paralización absoluta de sus funciones digestivas.

—Afortunadamente—añadió—mi hijo detesta el opio.

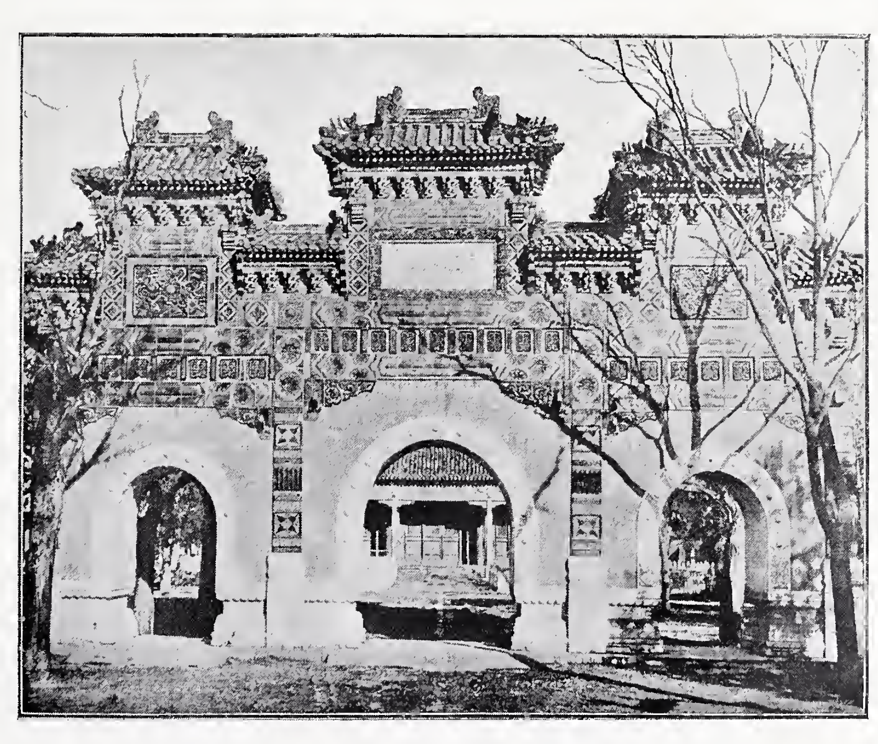
—¿Tenéis un hijo?

—Un hijo, que, á pesar de su juventud, es ya letrado y que se pasa todo el día, hasta que el sol se oculta, en el Pi-Yung-Kung.

—¿El Pi-Yung-Kung?

—La Academia clásica, como se llamaría en Europa. Es un edificio muy bello, con un arco monumental, que está enfrente de él y que es la gala de Pekin. En el vestíbulo del Pi-Yung-Kung, donde no se admite á los extranjeros, guardamos religiosamente el texto completo del Nine-King ó *libro clásico*, compuesto de lo más antiguo y selecto de la literatura china.

—Literatura que vuestro hijo conoce...



Arco de la Academia Clásica

—Ciertamente. ¿No os he dicho que es letrado? Para llegar á serlo y tener derecho á ocupar un puesto en la administración pública, ha sufrido largos y difíciles exámenes. En su brillante biblioteca está el gran libro de Chou-font-sce, sabio filósofo del siglo XII y los «cinco clásicos».

Mi amigo Liao, después de ponderarme los esplendores de la Academia clásica, me abrió su corazón y me mostró sus ocultas tristezas. Pertenecer al ejército, ser militar, había sido el gran error de su vida. En un pueblo como el suyo, pueblo pacífico, civil, agricultor é industrial únicamente, sólo se concede estimación á los letrados, á los hombres de saber y de genio que comentan las sabias máximas de Confucio y escriben poesías amorosas. El oficio militar en China ha sido considerado siempre como cosa despreciable y, en consecuencia, despreciada. En tiempos de paz, á un mandarín militar como Liao-shou-feng, como no sea gobernador de una buena provincia, nadie le hace caso.

Por efecto de la escasa estimación que á los chinos merece la profesión de las armas, aquí el ejército deja mucho que desear. Antiguamente la milicia se componía no más que de bandidos y de gente acanallada, acomodando á la práctica un viejo proverbio chino que reza: «El hierro bueno no se utiliza para fabricar clavos, ni un hombre honrado para soldado».

Hasta hace poco, hasta la guerra con el Japón, los soldados, en su inmensa mayoría, carecían de fusil, haciendo el ejercicio con cañas. En cambio, toda la tropa está provista de inmensas banderas multicolores: hay una para cada ocho hombres. La bandera nacional es de color amarillo de oro, de forma triangular, y está orillada de una especie de dientes que semejan las de una sierra. En la parte superior, á la izquierda, se ve un sol rojo resplandeciente, y lo contempla con la boca abierta, en ademán amenazador, un enorme dragón. Alegoría que tiene su explicación recordando que hará unos mil años que el

Soldados de la Guardia Imperial

Celeste Imperio declaró la guerra al Japón, y, como profetizando una victoria que se creía segura, adoptó esta bandera, en la cual el sol representa al Japón, por lo que lo hicieron pequeño y colocaron frente al dragón chino que, con la boca abierta, habría de devorarlo de un solo bocado.

Una de las cosas que más sorprenden al Europeo es ver á los soldados chinos provistos de un gran paraguas de tela embreada que llevan á la bandolera. En verano llevan además abanico colgado del cuello. Cuando salen á campaña se enroscan la trenza alrededor de la cabeza y se la cubren con un turbante, lo cual hace que si llueve tengan la cabeza empapada durante una porción de horas, cogiendo catarros ó fiebres todos ellos.

Y suele ocurrir que en el ejército se tiene más miedo á la lluvia que á las balas. Durante la última guerra con los japoneses, sucedió que, habiendo empezado á llover en la batalla de Pingyang, los soldados chinos se apresuraron á abrir los paraguas, sujetándolos entre el cuello y la blusa, por la espalda. Y los japoneses pudieron hacer de ese modo excelentes blancos.

Se clasifica á los oficiales según el peso que pueden levantar á brazo tendido. En Canton, en los exámenes trienales, se colocan piedras de distintos tamaños en el suelo, y el examen consiste en levantarlas del modo indicado.

Los soldados en campaña se alimentan de su sueldo, pues no existen ni administración militar ni bagajes. Tampoco hay ambulancias. Cuando la última guerra algunas señoras del barrio europeo de Pekin, quisieron organizar una ambulancia de la Cruz Roja para socorrer á los heridos. Las autoridades chinas se reían de ellas, diciendo que era cosa de locos el divertirse en recoger heridos en un país donde los hombres no cuestan nada.

Los chinos, sin embargo, tienen excelente madera de soldados. Las veces que han combatido á las órdenes de ingleses, franceses ó españoles, se han portado con mucha valentía. Cuando, en la campaña de 1842, Chin-Kiang fué tomada por nuestras tropas, los tártaros refugiados en la ciudadela perecieron hasta el último hombre; los que se habían quedado en la ciudad, se suicidaron, después de dar muerte á sus mujeres y á sus hijos. En la campaña de 1842 y durante la última guerra chino-japonesa, los oficiales más valientes se suicidaron después de ser vencidos. Soportan con mucha serenidad el fuego; lo único que no consienten es que se les corte la retirada, y si observan que va á realizarse alguna operación para tal objeto, emprenden la huída.

Poseen además los soldados chinos excelentes condiciones de inteligencia para la mecánica; tanto es así, que basta que vean una vez desarmar un fusil moderno, para que en el acto sepan ya armarlo y desarmarlo á la perfección y con gran rapidez.

En el último tercio de este siglo, desde el reinado de Hien-feng, antecesor del emperador actual y esposo de la actual emperatriz, los progresos del ejército chino son bien notables. Débese esto á la expedición anglo-francesa del año de 1860. De las cenizas del Palacio de Verano, incendiado y saqueado por las tropas expedicionarias, nació el odio profundo que se tiene á los europeos. El instinto del desquite, á la vez que engendró á los *boxers*, echó raíces en las esferas oficiales. Después del reinado de Hien-feng y durante la larga regencia de la emperatriz, se ha adelantado bastante, á lo que ha contribuído en gran parte el último viaje de Li-houng-chang á las naciones europeas.

Aquel viaje, hecho en 1896, casi el otro día, ha servido á Li-houng-chang para adquirir datos y noticias acerca de todo; tomaba notas relativas al armamento y á la potencia de los ejércitos, é inventariaba los inventos europeos, nuestros usos, costumbres y procedimientos. Al regresar á Pekin, tomó á su cargo la reorganización del ministerio de la Guerra. Instruído por las primeras derrotas, y comprendiendo que la transformación del armamento y de la táctica de la guerra debían ser las más urgentes de las reformas, á este objeto, apoyado siempre por su amiga Tsou-Hsi, ha enderezado todas sus iniciativas.

Las fuerzas militares continentales se dividen hoy en dos cuerpos. Forman el primero las tropas de las «ocho banderas», á las que pertenecen los descendientes de los manchúes, mongoles y chinos, que destronaron, en el siglo XVII, á los Ming y proclamaron la dinastía reinante. Forman el segundo cuerpo las tropas provinciales ó de la «bandera verde». Hay además algunos pequeños contingentes, separados unos de otros, y las tropas llamadas irregulares (Young), que son llamadas y despedidas según la necesidad del momento.

De las tropas de las «ocho banderas», que poseen una organización especial, una gran parte tiene sus cuarteles en torno del Palacio Imperial, formando la Guardia del «Hijo del Cielo», y otras están acantonadas en veinticinco villas de la provincia de Petchili, cercanas á la capital, ó en las guarniciones de otras provincias, ó en la Mongolia y en el Turkestan. El efectivo *teórico* es de unos cien mil hombres; la cifra exacta es un secreto, aun para muchos chinos y tal vez para el mismo emperador. Las tropas provinciales, cuyo mando ejercen los gobernadores generales ó los de provincias, se componen *teóricamente*, de 400,000 á 500,000 hombres; la cifra efectiva es desconocida.

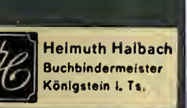
Charlando con el mandarín militar Liao-shou-feng, cambiando con él impresiones y haciéndole mil preguntas que él cortesmente me contestaba, diciéndome cuanto sabía, he adquirido estos datos sobre el ejército chino, que podrán servirte tal vez, mi querido hermano, para tus patrióticas campañas en la Cámara de los Lores, si es que algún día se trata allí, como es lógico que se trate, de los grandes intereses británicos en estos remotos países.

Sólo por tí, por serte útil, soporté los obsequios del mandarín del ataúd. Debes, por lo tanto, agradecerlo y recibir con doblado amor el abrazo que, muy afectuoso, te envía tu hermano

John Harrisson

Traducción del inglés por A.

J. BORRI.—EN BUSCA DE PROVISIONES


Helmuth Halbach
Buchbindermeister
Königstein i. Ts.

GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00617 4953

LABOR·VERITAS·CHARITAS